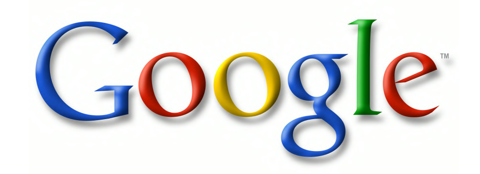
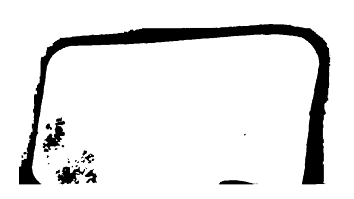




SIETE AÑOS DE AVENTURAS

EN

EL PARAGUAY

POR

JORGE FEDERICO MASTERMAN

Ex-ayudante cirujano, profesor de materia médica, farmacéutico militar en gefe

DEL

HOSPITAL GENERAL EN LA ASUNCION DEL PARAGUAY

TRADUCIDO AL ESPAÑOL POR

DAVID LEWIS

Aumentada con notas rectificativas



BUENOS-AIRES

IMPRENTA AMERICANA, CALLE DE SAN MARTIN NÚMERO 120

1870

INTRODUCCION

En Octubre de 1861 entré al servicio de la República del Paraguay, como farmacéutico principal del ejército, y llegué á la Asuncion en la tarde del 25 de Diciembre del mismo año.

D. Cárlos Antonio Lopez era Presidente en aquel tiempo, y bajo su administraccion habia poca ó ninguna probabilidad de que la paz, que hacia años se disfrutaba en el Paraguay, fuera interrumpida. Me aseguraron además sus agentes en Inglaterra, que el pais progresaba y que el pueblo era civilizado. Aparentemente, tal vez, lo que me decian era verdadero; los paraguayos tenian maneras agradables, una conversacion fácil, y la clase superior se presentaba por lo general bien vestida; pero la civilizacion de un pueblo consiste en algo mas que esto. Los paraguayos eran ciertamente civilizados si se les comparaba con sus vecinos, los indios del Chaco, con los Payaguás ó con los Guaycurús, y seria injusto juzgar de ellos ó de sus actos por la norma europea y por reglas solamente aplicables á naciones que han gozado largamente de una civilizacion absolnta. Digo esto, para demostrar que no me espuse voluntariamente al peligro, así como para evitar que se juzgue con demasiada severidad á un pueblo que estimo y compadezco.

Debe recordarse que la poblacion del Paraguay se compone de dos clases relacionadas, pero distintas; á saber: los descendientes de los colonos españoles, mas ó menos cruzados con los guaranís y otras tribus indias indíjenas del Paraguay, y los

descendientes de los mismos indios. Estos últimos, por ser los mas numerosos, formaban la gran masa del pueblo y se hallan solamente un grado mas arriba de la escala social que los salvajes de las pampas. La primera clase, que era la superior, fué casi esterminada durante el primer año de la guerra, lo que fué un motivo mas para que las otras prestasen á Lopez una obediencia ciega, una obediencia casi tan insensata como la de un buey para con su amo, pero que en la Europa ha sido tomada por la adhesion y el patriotismo. A causa del sistema adoptado por los jesuitas, que fueron los primeros que los reunieron en comunidades y les dieron el conocimiento suficiente para sentir la inconmensurable superioridad de sus maestros; sistema que puso desde luego en mano de los amos toda la direccion de sus negocios, y aun los mas minuciosos detalles de la vida, los paraguayos nunca han procurado pensar ú obrar por sí mismos, y la obediencia ciega es en ellos casi un instinto.

Privados de la proteccion de los únicos hombres que hubieran podido resistir con éxito la tiranía de Lopez, habian adquirido por la educacion, por el hábito, y por muchos años de un despotismo férreo, la creencia de que toda oposicion á la voluntad del gobernante era el peor de los crímenes; y no dudando jamás la fábula de que los brasileros deseaban reducirlos á la esclavitud, han peleado sin esperanzas ni probabilidades de éxito por cuatro largos años. Y aun ahora, reducidos como están á la centésima parte de su primitivo número, continuan peleando en defensa de un hombre, que recompensa su adhesion con la ingratitud, y su obediencia con inauditas crueldades.

La admiracion del mundo por su coraje y sufrimiento recibe un rudo golpe, cuando se conoce la verdad de los hechos; un pueblo que pelea valientemente y sin esperanza en defensa de su libertad, y en que sucumbe hasta el último hombre antes que rendirse, es un espectáculo que despierta nuestras mas nobles simpatías; pero una cuadrilla de esclavos, que resiste locamente á los hombres que les ofrecen la libertad y la independencia, y que, sin conocimiento de su propia degra-

dacion, se asen de las cadenas que los ligan, es un cuadro que no se contempla sin lástima é indignacion.

Lopez ha sido para algunos un gran general, un patriota sin tacha. No es ni una ni otra cosa. La lastimosa incapacidad de los generales enemigos, y no su talento militar, ha sido lo que ha postergado tanto su destruccion; y cuando se considera la obstinacion y tenacidad indo-española que posee tan notablemente, no cabe duda de que no se rendirá jamás, aunque sepa que su causa está irremediablemente perdida, mientras tenga un solo hombre á su lado. En cuanto á su patriotismo, la guerra misma prueba suficientemente que no conoce siquiera este sentimiento.

Un tirano jamás encontraria una policia mas dócil que los mismos hombres que han peleado por él con tanta abnegacion. La inhumana crueldad con que ejecutaban sus órdenes, puede ser atribuida en parte á la ferocidad natural y en parte al placer que hombres tratados con inusitada severidad, sienten en pisotear á los que les son superiores en nacimiento ó fortuna.

Es digno de observar que los indios sud-americanos acentuan casi siempre la última silaba, como por ejemplo en Tuyu-ti, *barro* y *agua* (un pantano). Tuyucué, *barro que fué*, (un pantano desecado.) Tatámé, *un fueguito*, (dame fuego). Yaguátè, *un perro grande, un tigre*; mientras que los del norte colocan el acento generalmente sobre la penúltima, v. g., Mohícan, Potòmac, Hamópe, etc.

La palabra *Paraguay* quiere decir una red de pescar ó un balde de cuero para llevar agua, y debia escribirse *paraguá-eú*. Sin embargo la última sílaba eú *(agua)* no puede ser representada por ninguna combinacion de letras conocidas de los españoles; en efecto, los europeos la pronuncian con dificultad, de manera que la escribieron como hemos visto. Pero fué un error craso. Los descubridores del rio bajo las órdenes de Cabot encontraron á algunos naturales pescando, y ense-

fiándoles el rio, les preguntaron su nombre ; los indios creyendo que indicaban la red, contestaron *paraguá-eu*, y el error no se descubrió sino cuando ya era tarde para corregirlo.

J. F. M.

Croydon, Agosto de 1869.

SIETE AÑOS

DE

AVENTURAS EN EL PARAGUAY

CAPITULO I.

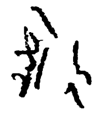
El Paraguay.—La navegacion del rio aguas arriba.—El paisage.—Una historia de Rui Diaz de Guzman.—Los mestizos.

Desde el principio de la desastrosa guerra entre el Brasil, las Repúblicas aliadas, y el presidente López, la atencion pública se ha ocupado tanto del distrito de La Plata, que es innecesario ya definir con exactitud la posicion jeográfica del Paraguay.

Cinco años ha, los europeos en general no tenian ideas muy claras sobre su localidad; sabian que estaba situado mas ó menos entre los innumerables rios que parten del Paraná y que estaba vecino al Brasil.

Hoy dia, sinembargo, la situacion de esta República absolutamente cerrada para el estranjero, es bien conocida y el nombre de Humaitá, el Sebastopol de Sud América, es familiar á todos los lectores de diarios.

Puedo pues decir en pocas palabras, que el Paraguay es un territorio que tiene cerca de cuatrocientas cincuenta millas de largo y doscientas de ancho ; su forma es la de una cuña obtusa, y está situado casi en el centro de la gran península del Sud.



Está limitado al Este y al Sud por aquel rio de islas, el Paraná, y al Oeste por el Paraguay. Su frontera Norte no puede definirse bien porque no está separada de la provincia brasilera de Matto Grosso, ni por un gran rio, ni por una cordillera continua de montañas, y la cuestion de límites en estas regiones está siempre pendiente.

El Paraguay reclamaba tambien algun territorio al Sud-Este del Paraná, pero este pertenece claramente á la provincia de Córrientes ; y una parte considerable del gran Chaco, distrito inesplorado al Oeste del rio Paraguay, que es aparentemente un desierto de lagunas y esteros, atravesado por rápidos tortuosos y turbios rios. Este reclamo no tenia otro objeto que dar al Paraguay el dominio de la embocadura del Bermejo, rio caudaloso, que partiendo desde Bolivia puede llegar á ser la via natural de un gran tráfico, y la mas importante salida para los productos de aquel pais ; hoy dia, ni una canoa flota sobre sus turbias aguas.

El Sud Oeste del Paraguay, que es el lado por donde jeneralmente penetra el estrangero, es bajo y llano, y por una distancia de muchas leguas pantanoso ó intransitable ; esto es lo que se llama el distrito de los esteros ó parajes inundados. El terreno por ser arcilloso y lleno de selenites, retiene el agua sobre su superficie, aun mas allá de estos lugares, y en la estacion lluviosa se forman inmensas pero bajas lagunas, parecidas á los mismos esteros. Cuando se aproximan los grandes calores se van secando poco á poco, dejando luego en pos de sí una tierra gris llena de grietas y cubierta de un pasto resistente, y de pequeños arbustos.

Cuando el rio sale de madre, las aguas se estienden á gran distancia de sus márgenes, sin dejar nada que indique su curso ó que señale la navegacion de las cenagosas lagunas, sino los tristes palmares cuyas cabezas dominan apenas la perspectiva.

Estos distritos son muy mal sanos como es de suponer, pero no dejan de ser de gran importancia para la cria de ganado.

Antes de la guerra, inmensos rebaños los poblaban, pero si

se esceptúa los pocos guarda costas, los únicos seres humanos que se veian eran uno que otro vaquero solitario.

Al Norte del Tebícuarí el pais es más elevado y variado; se puede divisar una larga série de colinas distantes, que terminan cien millas mas arriba en la cordillera de Cerro Leon. El paisage tambien es mas accidentado, siendo casi pintoresco. Vastas selvas cada vez mas estensas y densas á medida que se adelanta en direccion setentrional, varian el cuadro y ocupan por último todo su centro, y una piedra arenosa y rojiza, resolviéndose á la vista en granos relucientes, reemplaza la arcilla gris de los esteros.

La division Sud-Este de la República, llamada las Misiones, ó sean los antiguos, establecimientos de los Jesuitas, que se llamaban antiguamente las «Reducciones de los Indios», es talvez la parte mas fértil y valiosa de todo el pais. Antes de la guerra vivian allí las mas ricas y antiguas familias del Paraguay. Con un clima fresco, campos elevados, terreno profundo y facil de labrar, esta provincia era célebre por su salubridad y producciones. Grandes iglesias, confortables hogares, é inmensas tropas de ganado se veian entonces, en lugares donde hoy existe un desierto completo, sin sombra de habitantes.

De la division oriental limitada por el Paraná se sabe muy poco, toda esploracion por el lado de tierra es imposible; los montes vastos é intransitables presentan obstáculos invencibles, mientras que las cascadas y torrentes de Curitubá cierran por completo la navegacion del rio.

El Norte del Paraguay es montañoso; pero habiendo sido apenas esplorado, solo puedo describir la vecindád del gran pueblo de la Concepcion. A altura de esta, el gneiss y la piedra de cal reemplazan el basalto, la piedra arenisca, y la arcilla del Sud, y aquí se debe buscar, si la tiene el Paraguay, la riqueza mineral con que están eternamente soñando los sud-americanos. Pero el gobierno y el pueblo en general, se mostraban sumamente celosos y reservados siempre que se mencionaba este asunto. Recibí muchas muestras de guijos de cobre, para analizarlas por órden del gobierno, pero nunca pude saber de donde venian, sino que eran de «aguas arriba.»

Diciéndoles un dia que ni la mica amarilla, ni las piritas romboides de fierro contenian oro, suponian que los engañaba con propósitos maliciosos. En prueba de su mucha desconfianza, siempre que se hablaba del metal preciosos puedo relatar el siguiente suceso, que por el momento me incomodó grandemente.

En 1866 el hospital carecía de azufre y yo escribí al señor Cárlos Twite, ingeniero de minas del gobierno, que entonces recorria el pais desesperadamente buscando minas de carbon, que me mandase algunas arrobas de las piritas arriba mencionadas, las que sometidas á un buen fuego, dan azufre en abundancia. Logró encontrar unas cien libras del mineral y lo envió al comandante del partido, con órdenes de despacharlo á la capital sin demora. Encontrando sin embargo este funcionario la caja muy pesada la abrió, y las relucientes y amarillas piedras despertaron al instante sus sospechas. Dió parte al ministro de la guerra de lo que habia visto, de modo que cuando llegó la caja á la capital, se levantó una investigacion, y se envió una muestra del mineral á un boticario italiano, que vivia en la plaza, para que lo examinára. Concluido el análisis, el boticario declaró que era una mezcla de hierro con azufre y de muy poco valor. El parte no fué satisfactorio, y le enviaron otra muestra con la indicacion, de que á no dudarlo contenia oro, el cual intentaban robar á la república el «señor boticario inglés» y Mr. Twite. Contestó como antes, que no contenia ni una sola partícula de oro; supe todo esto depues por conocer al italiano. Habia empezado á separar el azufre de las piritas por medio de la destilacion, pero dejé de trabajar apenas supe que sospechaban de nosotros, y pasé luego á ver al ministro de la guerra para pedirle satisfaccion. Segun el sistema paraguayo, tuvo la audacia de decirme, que no sabia nada de la investigacion, que él mismo habia ordenado, aunque se veia sobre su mesa una muestra del mineral en el momento de mi entrada.

Dicho esto, vuelvo á tomar el hilo de mi narracion. Un caracter dominante de los rios paraguayos, y que no deja de impresionar tristemente al estranjero, es el aspecto inanima-

do y desierto de sus márjenes. Navegando águas arriba, se pasan leguas sin que se vea indicio alguno del hombre ó de su industria, sin que se presente á la vista un ser vivo de ninguna clase. Algun solitario caiman, que toma tranquilamente el sol, desaparece al proximarse el bote, sumerjiéndose perezosamente en el agua; una que otra melancólica cigüeña, que espera con ojos soñolientos la oportunidad de cojer algun desprevenido pez; un buitre espiando con las álas cerradas los destrozados restos de algun carpincho, son talvez las únicas cosas que se ven en el trascurso de un largo dia de viaje.

Cuando los rios están bajos, sus altas márjenes de arcilla ofrecen un muy triste aspecto, y cuando salen de madre no se ven sinó lagunas limitadas por inmensas praderas cubiertas de un pasto seco y corto, que vistas de cerca son apenas verdes, salvo cuando ha llovido, grises y luego azules á medida que se va perdiendo la llamura en el horizonte, y sin interrupcion alguna en este cambio gradual de colores, sino cuando pasa la sombra de alguna nube perdida; y tan silenciosas é inhabitadas, como cuando se levantaron por primera vez desde el fondo del mar.

Cuando se sube el Paraguay en el tiempo de las inundaciones, no se ven sinó interminables esteros cubiertos de camalotes y otras plantas acuáticas, ó árboles, cuyas cimas apenas dominan el agua, sostenidos solamente por cables de lianas, que los únen solidamente ó que flotan aguas abajo como balsas, sujetas y amarradas por los mismos cordones. El água tibia que circula entre estos, se pierde casi de vista bajo los lirios blancos y azules ó las anchas hojas y nevadas flores de su reina, la Victoria Rejia. Se ven, es cierto, bandadas de pequeños pájaros acuáticos pescando entre las enredaderas y las ramas, pero no dan vida á la escena, porque no emiten ningun sonido, salvo un grito bajo de alarma cuando sienten la aproximacion del viajero. Este silencio de muerte solo es interrumpido al ponerse el sol, cuando los loros vuelven á sus nidos despues de un malon sobre las naranjas. Sus ásperos chillidos, suavizados por la distancia, suenan en los oidos casi como

una música, y la luz y la vida parecen desaparecer junto con el rojo disco del sol y el vuelo del último tunante.

En la costa del gran Chaco, márjen derecha del Paraguay y en ambas márjenes desde Humaitá en adelante y por centenares de millas, hay una sucesion interminable de palmas, cuyos troncos no se levantan como columnas delgadas y en forma de flecha hasta el follaje, semejante á una cresta de plumas, tal cual nos imajinamos este árbol, el mas esbelto de todos—sino que son gruesos, hinchados, espinosos, en tanto que la copa, rala y desgarrada ostenta las grandes hojas del año anterior, murmurando con un sonido seco y marchitas bajo los nuevos retoños, hasta ser dispersadas por el viento.

Cuando el rio está muy crecido, parece que corriera en un canal elevado sobre el nivel jeneral del pais; porque, no siendo visibles las márjenes, y no estando contenidas las aguas que se estienden entre los árboles, la tierra en ambos costados presenta á la vista una declinacion gradual.

No es solo en el Paraguay donde se nota esta monotonia y falta de actividad; la perspectiva que acabamos de describir caracteriza todo el rio desde Buenos Ayres arriba. Las escasas y tristes poblaciones, situadas sobre el Paraná, interrumpen apenas su fastidiosa uniformidad, y sirven mas bien para aumentarla. Las selvas silenciosas son bellas, pero los pueblos silenciosos son melancólicos. Salvo una que otra ave, ó cabra estraviada, no se encuentra ni se vé en sus calles nada que las anime. Los transeuntes, cuando los hay, andan pesadamente y al parecer sin rumbo ni objeto. El espíritu comercial no los preocupa jamás. Las poblaciones mismas están singularmente concentradas, lo que indica que hubo una época en que estaban rodeadas de palizadas, y en que los habitantes se reunian para defenderse mutuamente contra los indios de las Pampas. Además de esto, están completamente aisladas, y solo las cúpulas de las iglesias, vistas desde lejos en estas vastas llanuras, hacen comprender al viajero su existencia.

Se ven ciudades de cinco á diez mil almas, en medio de un desierto inhabitado, sin caminos y ni siquiera rastros de

arrabales. Me parecian siempre mas bien los antiguos centros de una civilizacion abandonada hacia largo tiempo á los buhos y los zorros, que los hogares de una numerosa poblacion en via de progreso, pero desgraciadamente entregada á la siesta (1).

Despues de dejar á Corrientes, ciudad calorosa, triste, arenosa, presa de abominables olores y miasmas, no se ve pueblo alguno por cerca de trescientas millas de distancia. Entre Humaitá y la Asuncion existen ó existieron, porque la guerra no les ha dejado sino los nombres, unas pocas aldeas ó ranchos, con la comandancia y la iglesia, jeneralmente en el centro, porque estando limitado el comercio á la capital para facilitar la cobranza de los derechos de Aduana, no podian progresar mas allá de lo que exigian las necesidades de sus pocos habitantes.

[1] Esta asercion no es del todo exacta respecto de la costa argentina; hay en ella numerosos pueblos que tienen un comercio activo y puertos habilitados al efecto. La sola provincia de Buenos Aires tiene en la costa del Paraná, entre otras poblaciones, la ciudad de San Nicolas de los Arroyos, pueblo de gran importancia comercial, y al cual vienen directamente buques de ultramar, y hacen en él sus cargamentos de retorno. Goya, en la provincia de Corrientes, es otro punto comercial de importancia; y el Sr. Masterman debia saberlo, aun cuando no fuera sino por el gran botin que enviaron al Paraguay los soldados de Lopez. El inmenso cabotage de nuestros puertos, y sus numerosas compañías de vapores, demuestran á todo el que no es ciego, la importancia de los numerosos pueblos de la costa, que son á su vez, centros del comercio interior de sus respectivas provincias. Como los libros de esta clase son leidos con curiosidad en el esterior, hacemos estas rectificaciones para el lector estrangero, á quien parece se propusieran estraviar casi todos los viajeros, que nos recuerdan en Europa.

Otro error del autor, consiste en decir que estos pueblos son fundados en tiempo de la conquista, pues la mayor parte son muy posteriores, y algunos apenas cuentan pocos años. Ademas, su poblacion, que segun puede deducirse del texto, es nacional cuando no indígena, está completamente mezclada con estrangeros; la inmigracion es sumamente numerosa; en Goya por ejemplo, casi todas las casas de negocio son italianas—y aun cuando nacionales y estrangeros duerman la siesta por el intenso calor de ciertas horas del dia, no por eso dejan de reunir sendos patacones al amparo de las leyes protectoras y liberales de la República, de las que no parece tener conocimiento el Sr. Masterman. (*N. del E.*)

Las primeras colonias en el Paraguay fueron fundadas por los españoles en 1536, poco despues de la destruccion de sus primeros establecimientos en el Plata, donde está situado hoy dia el pueblo de Buenos Aires. Por mucho tiempo los españoles se contentaron con un fortin cercado con empalizadas, y recibian del esterior sus provisiones y todo lo necesario para la vida, porque los indios vecinos eran tan guerreros é intratables, que todos los trabajos de la agricultura—á la cual no parecen haberse aficionado jamás los colonos españoles — eran absolutamente impracticables, y las guarniciones por falta de víveres, se vieron reducidas muchas veces á los mayores estremos.

Un amigo mio, hijo del pais, me prestó por unos dias un libro intitulado « La Historia de la Conquista, por Rui Diaz de Guzman, Conquistador. » Habia sido impreso, por órdenes de Don Carlos Lopez, finado Presidente del Paraguay, valiéndose del manuscrito orijinal que estaba en su poder. Me hubiera gustado traducirlo todo, porque presenta un cuadro muy animado de los sufrimientos y dificultades de los primeros colonos; y esta historia, por ser de un testigo ocular, es relativamente de muchísimo valor. En un capítulo nos cuenta una historia que Parish cita tomándola de Azara, pero es tan curiosa, que la doy tal cual se halla en el orijinal.

« En este tiempo padecian en Buenos Aires cruel hambre, porque faltándoles totalmente la racion comian sapos, culébras y las carnes podridas que hallaban en los campos: de tal manera, que los escrementos de los unos, comian los otros; viniendo á tanto estremo de hambre, que como en el tiempo que Tito y Vespasiano tuvieron cercada á Jerusalen comieron carne humana, así sucedió á esta miserable gente, porque los vivos se sustentaban de la carne de los que morian, y aun de los ahorcados por justicia, sin dejarles mas que los huesos: y talvez hubo un hermano que sacó las asaduras y entrañas á otro que estaba muerto para sustentarse con ellas. Finalmente murió casi toda la gente, donde sucedió que una mujer española no pudiendo sobrellevar tan grande necesidad, fué constreñida á salirse del real, é irse á los indios para poder sustentar la vida, y tomando la costa arriba llegó cerca de la Punta Gorda

en el Monte Grande, y por ser ya tarde buscó donde albergarse; y hallándose con una cueva que hacia la barranca de la misma costa, entró por ella, y repentinamente topó una fiera leona que estaba en doloroso parto; la cual vista por la afligida mujer quedó desmayada, y volviendo en sí se tendia á sus pies con humildad: la leona que vió la presa, acometió á hacerla pedazos, y usando de su real naturaleza se apiadó de ella, y desechando la ferocidad y furia con que la habia acometido, con muestras halagüeñas llegó hácia á la que hacia poco caso de su vida, con lo que cobrando algun aliento la ayudó en el parto en que actualmente estaba, y parió dos leoncillos en cuya compañia estuvo algunos dias, sustentada de la leona con la carne que de los animales traia: con que quedó bien agradecida del hospedaje por el oficio de comadre que usó; y acaeció que un dia, corriendo los indios aquella costa, toparon con ella una mañana al tiempo que salia á la playa á satisfacer la sed con el agua del rio, donde la cojieron y llevaron á su pueblo, y tomóla uno de ellos por mujer; de cuyo suceso y de lo demas que pasó, adelante haré relacion.

«En este tiempo sucedió una cosa admirable que por serlo la diré, y fué, que habiendo salido á correr la tierra un caudillo en aquellos pueblos comarcanos, halló en uno de ellos, y trajo en su poder aquella mujer de que hice mencion arriba, que por la hambre se fué á poder de los indios; la cual como la vió Francisco Ruiz, la condenó á que fuese echada á las fieras para que la despedazasen y comiesen; y puesto en ejecucion su mandato, cojieron á la pobre mujer, y atada muy bien á un árbol, la dejaron una legua fuera del pueblo, donde acudiendo aquella noche á la presa numerosas fieras, entre ellas vino la leona á quien esta mujer habia ayudado en su parto: la cual conocida por ella, la defendió de las demas fieras que allí estaban y la querian despedazar; y quedándose en su compañia la guardó aquella noche, y otro dia y noche siguiente, hasta que al tercero fueron allá unos soldados por órden de su capitan á ver el efecto que habia surtido de dejar allí aquella mujer; y hallándola viva, y la leona á sus pies con sus dos leoncillos, la cual sin acometerles se apartó algun tanto, dando lugar á que

llegasen, lo cual hicieron, quedando admirados del instinto y humanidad de aquella fiera, y desatada por los soldados la llevaron consigo, quedando la leona dando muy fieros bramidos, y mostrando sentimiento y soledad de su bienhechora, y por otra parte, su real instinto y gratitud, y mas humanidad que los hombres; y de esta manera quedó libre la que ofrecieron á la muerte echándola á las fieras: la cual mujer la conocí y la llamaban la Maldonada, que mas bien se le podia llamar la Biendonada, pues por este suceso se ha de ver no haber merecido el castigo á que la ofrecieron, pues la necesidad habia sido causa y constreñídola á que desamparase la compañia, y se metiese entre aquellos bárbaros. Algunos atribuyeron esta sentencia tan rigorosa al capitan Alvarado y no á Francisco Ruiz; mas cualquiera que haya sido, el caso sucedió como queda referido.»

Se deduce de esta historia que no era permitido á las mujeres españolas casarse con los indíjenas; pero los hombres lo hacian comunmente, aunque con funestos resultados.

Los españoles cometieron dos grandes errores en Sud-América, á saber: esclavizar á los naturales y enlazarse con ellos.

El primero fué una gran crueldad inflijida á los indios, y el segundo un mal irreparable hecho á sí mismos, porque en vez de mejorar la raza con que se vinculaban, se rebajaban á su nivel.

Las interminables guerras civiles de los turbulentos, indolentes y desenfrenados mestizos, sus tremendas y mútuas carnicerias, que han despoblado provincias enteras, son la consecuencia de aquel fatal error, y hay razon para temer que el reinado de paz solo se iniciará cuando haya desaparecido toda la raza mista, cuando los descendientes de los opresores y los oprimidos hayan sido igualmente aniquilados por la terrible venganza exijida por las atrocidades de los conquistadores. (1)

[1] El autor comete un error al sostener que la diferencia de las razas ha sido la única causa de la guerra civil, y se muestra mal informado del estado de la cuestion, cuando predice que esas guerras solo terminarán con la extincion de una de ellas, dando á entender al parecer, que estamos en lo mas crudo de la lucha. Respecto á las causas de la guerra civil, ellas reconocen móviles de otro órden y que responden á

Si hubieran obrado á este respecto con la misma cautela que nuestros colonos en la América del Norte, y se hubieran abstenido de todo «comercio con los paganos», cuán diferente hubiera sido el resultado.

CAPITULO II

La Asuncion—Los edificios públicos—Las calles—La religion.

La Asuncion, capital del Paraguay, está situada en 25° 16' 29" latitud sud, y 57° 20' 53" lonjitud oeste. Se halla edificada sobre una suave pendiente, que elevándose desde el rio por la distancia de una milla, pierde gradualmente su declive hácia el sud, pero que pasando el pueblo, en direccion opuesta, ad-

fines elevados—la lucha entre la civilizacion y la barbarie, y sobre todo, la lucha entre las malas ideas arraigadas por la colonia y que en general son comunes á la raza latina, y las ideas verdaderas del buen gobierno. Si las campañas han luchado contra las ciudades, no toda la culpa es de aquellas; quizá estas son los mas criminales, por que no se han cuidado de educarlas, y sobre todo, por no haber tratado de reformar la mala conformacion territorial legada por la conquista, que planteaba pueblos separados por enormes distancias, haciéndolos por consiguiente, casi estraños entre sí. En cuanto al estado de la lucha, mas puede decirse que es necesario estinguir una parte de nuestra poblacion, pues para todo el que habita en este pais, es manifiesto que la lucha puede darse por terminada. Los últimos movimientos de las provincias, apenas pueden llamarse sublevaciones ó montoneras, y la facil lidad con que han sido dominadas, demuestra que son las últimas escaramuzas de la batalla. En cuanto á la provincia de Buenos Aires, para todos es una verdad que las revoluciones son imposibles. Si el Sr. Masterman, conociera la opinion argentina, manifestada por su prensa, sabria que no hay razas en lucha, y que la discusion de intereses materiales versa al presente, sobre las ideas mas ó menos adelantadas del derecho federal, sobre los intereses materiales del pais, sobre ideas administrativas, sobre todo aquello en fin, que engrandece á los pueblos y los impulsa á la paz y la felicidad. (N. del E.)

quiere una elevacion mayor. Antes de la guerra tenia una poblacion de cerca de veinte mil almas.

Debido á la escasez de grandes edificios, presenta desde el rio un aspecto mezquino, y como las casas, por lo jeneral, no tienen sino un piso, apenas se ve á la distancia otra cosa que techos de teja rojiza, con uno que otro mirador blanco que los domina. El único edificio hermoso en aquel pueblo era el palacio edificado por D. Francisco Lopez, para su propia residencia, el que nunca llegó á ocupar. La estacion del ferro-carril, y la iglesia nueva no están tampoco terminadas.

El muelle, que era lo que el viajero veia primero, no tenia ni el aire, ni el bullicio de los negocios, y esceptuando algunos soldados haraganes, ó mujeres que iban cigarro en boca al mercado, estaba por lo jeneral desierto, y los buques en vez de cargar ó descargar parecian podrirse en sus fondeaderos. Sin embargo, no dejaba de hacerse un tráfico considerable, á pesar del aspecto indolente del país.

Estando los muelles construidos en la estremidad de una curva, que forma el rio en frente del pueblo, el agua los va dejando en seco, y por via de compensacion, invadiendo la márjen opuesta, de manera que dentro de poco el canal quedará lejos de la ciudad. Cien años ha, el desembarcadero distaba mas de una milla de su sitio actual. En el dia queda lejos de la parte comercial del pueblo (porque los negociantes no se han retirado como el rio) del cual lo separa un terreno arenoso, un arroyo bajo y cenagoso, y un puente arruinado.

Sobre la derecha del desembarcadero se halla el arsenal, gran edificio terminado á medias, que ocupa el centro de un gran número de galpones que le rodean. Los injenios, las máquinas, así como los materiales eran todos ingleses, y las obras eran dirijidas y ejecutadas en su mayor parte por ingleses tambien.—Mr. W. Whytehead, injeniero en jefe, era un hombre notablemente capaz y un administrador de primera clase; su muerte, durante el primer año de la guerra, fué una pérdida irreparable para Lopez.

Pasando el arsenal y sobre una pequeña eminencia se halla

el hospital, que es un edificio largo y bajo, con un peristilo de columnas muy pesadas al frente y un techo de tejas rojizas.

En línea con este hospital y sobre el rio, se levanta una bateria de ladrillo, que estaba jeneralmentea artillada con ocho piezas y que fué atacada por los encorazados en 1868; mas abajo existe un formidable terraplen. El hospital está tan mal situado, con respecto á estas defensas, que dificilmente dejaria de penetrarle una bala que errase á una ú otra de aquellas. En la otra estremidad de la muralla se halla otra bateria, que es una casamata bien y solidamente construida. Al lado de esta se halla la aduana, que como todas las otras obras del país, queda sin terminarse, y es ademas tan espantosamente fea, que no puede menos de lamentarse que haya sido principiada. El terreno en que está edificada forma un declive de cerca de diez grados, y como los paraguayos no conocen la belleza de las líneas, ni la necesidad de los planos, todo el frente del edificio, que es muy largo, sigue la forma natural del declive. Para empeorarlo todavia, no hay una sola interrupcion ó proyeccion que oculte el defecto, y la columnata con sus veintidos arcos, y pesada cornisa, parece que quisiera zambullirse en el rio.

Un inglés, que no puede ver ni un cuadro mal colgado, encuentra muy curiosa esta indiferencia de los paraguayos por el nivel y la simetría, la que se demuestra en todas partes, tanto en sus casas como en las calles. En una hilera de ventanas hay siempre una ó dos mas altas ó anchas que las demas, y las cornisas de los cuartos, los dibujos de los empapelados y aun los entrepaños, presentan á la vista el mismo defecto chocante.

Por otra parte, las calles están tiradas á cordel, cruzándose siempre en rectángulos y á distancias iguales. Las manzanas así formadas, están edificadas solo sobre la calle, ocupando el centro los patios de las casas, y algunas veces sus jardines.

Las mejores calles, que se hallan sobre el rio, aunque arenosas son bien construidas, y la vereda por lo jeneral bastante buena ; las casas tienen un aspecto decente, y se han hecho algunos esfuerzos para probar que el paraguayo no carece de conocimientos arquitectónicos. Sin embargo, la parte alta del pueblo está entrecortada por barrancas, que solo han sido

compuestas en algunos parajes; y cuando estas se convierten en lagunas ó cauces de torrentes, no es fácil visitar por muchas horas al vecino de en frente.

Con pocas escepciones, las casas tienen solamente un piso, y por lo jeneral están construidas con adobes mas ó menos de la misma forma y tamaño que la teja romana. Cuando entré por primera vez en la Asuncion, no dejó de sorprenderme la semejanza que tienen sus casas con las de Pompeya. Los entrepaños de las paredes esteriores, decorados con pilastras en bajo relieve, y pintados de amarillo claro ó violeta; sus anchos y elevados portones, que no dan sobre el interior de la casa sino sobre un espacioso zaguan, dejando ver mas adelante sus patios adornados con una sucesion de columnas, que completan la semejanza; los techos cubiertos de dos capas de tejas semi-cilíndricas; sus hermosas salas, y sus tristes alcobas, las mas veces sin ventanas; la hollinienta y ennegrecida cocina con su fogon de tierra; en fin, todas estas disposiciones para una vida casi campestre, y la falta de esas comodidades domésticas que hacen parecer tan tristes las antiguas habitaciones romanas—todo, todo esto, me presentaba una idea exacta de lo que eran las casas, hace mil ochocientos años. El aljibe de los Moros, ha reemplazado el compluvium romano; faltan las hermosas decoraciones, y las pinturas con que se adornaban las paredes; son unas casas pompeyas, salidas de manos de arquitecto, y en las que nunca ha entrado el artista. Pero como los tonos sonoros del idioma español, estas obras nos recuerdan los dias del antiguo mundo, que, sin violencia alguna del espíritu, podriamos imajinarnos en toda su terrible realidad.

He pensado tambien frecuentemente, que el adulterado romanismo observado en el Paraguay (y por lo jeneral en toda Sud-América) debe parecerse al antiguo culto pagano, tal cual podria verse tal vez en alguna aldea de montaña ó distrito remoto del imperio; en donde imájenes rudas eran adoradas con ritos mas rudos todavia, por rústicos que habian olvidado á medias, ó no comprendido nunca su primitivo significado.

La relijion en el Paraguay es la cristiana, aunque solo en el nombre; practicamente no es sino una vergonzosa idolatria ó

fetiquismo. Los sacerdotes son ignorantes é inmorales, aficionadísimos á la riña de gallos, y jugadores; poseen una gran influencia sobre las mujeres, de las cuales abusan escandalosamente; pero de parte de los hombres son muy poco respetados.

El ídolo favorito es la vírjen, forma incóngrua de Venus y Diana, pero que tiene apenas un vestijio de la belleza poética de sus antetipos. Una madre vírjen, con aires de cortesana, una pobre reina de madera sentada sobre una media luna, coronada de estrellas y vestida con oropel y otras miserias lujosas es la divinidad que adoran y que celebran con jenuflexiones, mientras no se oye jamás el nombre de nuestro Salvador, sino en forma de saludos é interjecciones. Tengo la conviccion íntima de que si no recordáran las palabras del catecismo, contestarian en caso de ser preguntados, que la Vírjen Maria hizo el mundo y todo lo que contiene.

Nuestra Señora de Dolores reemplaza á menudo y bajo todos aspectos á la reina de Pafos; una Friné paraguaya en vez de mendigar un collar para su Venus, pide amorosamente un rosario de oro para la imájen de la Santísima Vírjen. (1)

Dicho esto, sigamos con la descripcion del pueblo. Los edificios públicos son numéricamente pocos y de muy pobre apariencia, si se esceptúa una inconclusa iglesia, cuyo arquitecto era italiano. El frontispicio de la catedral, y el de la iglesia de San Roque han sido elevados á una gran altura sobre el techo, con el objeto de darles una elevacion ficticia, la que vista por atras desaparece y le da un aspecto ridículo. El Cabildo es un edi-

[1]. Suponemos caritativamente que el autor solo quiere atacar el estado lamentable á que se veia reducido el cristianismo en el Paraguay, apesar de que con el poco criterio que demuestra respecto á los pueblos de la América del Sud, que no conoce, y entre los que incluye como es natural á la República Argentina, dice que casi en todos ellos sucede lo mismo. Si no supieramos esto, refutariamos su idea estensamente ó supririamos este párrafo que vendria á herir profundamente el sentimiento religioso y la suave y poética figura de Maria. La verdadera escuela católica, á que pertenece la República Argentina, rechaza y protesta contra los absurdos atavíos y las falsas prácticas, precisamente por que conserva un santo respeto por la madre de Jesu-Cristo. (*N. del E.*)

ficio de dos pisos, sin gusto alguno y que sirve para los besamanos ó *levées* del Presidente. Un teatro nuevo, diseñado por el arquitecto italiano ya mencionado, estaba medio concluido cuando llegué al pais, y queda todavia en el mismo estado: en realidad es muy grande para la poblacion y es necesario que pase un siglo para que le cuadre; el arquitecto declaró con toda injenuidad á Mr. Whytehead que no se hallaba capaz de concluirlo. Lopez emprendia con el ardor febril y el entusiasmo de una criatura, toda clase de proyectos nuevos, pero cansándose pronto, se aplicaba á alguna otra cosa que le era mas atractiva. De este modo, hizo comenzar un palacio, una iglesia nueva, un ferro-carril, un nuevo arsenal, una nueva aduana, un correo, un plan para una hermosa casa de gobierno y una esplanada, sin concluir ninguna de estas obras; en efecto, dos de ellas á la vez habrian sido mucho para él; de ahí resulta que el frente de la estacion del ferro-carril, construido á gran prisa, se está derrumbando ya; las macizas cornisas de la aduana fueron casi demolidas por una tormenta de granizo, y el teatro es un desierto completo de arcos y elevadas murallas. Habia lo que se llamaba la Biblioteca pública; pero siendo teolójicos casi todos los libros, nunca supe que hubiese quien los leyera. Lopez, sin embargo, los utilizó con su buen tino de costumbre. Hizo cortar los inmensos tomos para convertirlos en cohetes y fuegos artificiales. Ví practicar un dia esta operacion sobre una biblia hebrea y latina—modo muy sud-americano de difundir los conocimientos útiles. (1)

En todo el país, las ventanas de las casas están protejidas por fuertes rejas de fierro, que les dan la apariencia de cárceles; y los postigos, las puertas y sus cerraduras son macizas, porque los paraguayos son hábiles ladrones y rateros incurables. Me gustan las antiguas casas españolas con sus murallas ma-

(1) Es verdaderamente criticable el uso que de los libros se hácia en el Paraguay, pero es ridículo que el jefe de la fábrica de los cartuchos que se quemaban contra la civilizacion, lanze un apóstrofe tan rudo á los sud-americanos.

La razon que puede disculpar al Sr. Masterman, es la ignorancia pro-

cizas de mas de una vara de ancho, con sus altas habitaciones, y sus portones tan anchos y elevados, que si á uno se le antojase podria entrar á caballo sin agacharse ni apearse hasta la sala misma. Sus pesados techos, sostenidos por vigas de enorme tamaño, las pequeñas ventanas casi perdidas en el grueso de las paredes, el espacioso corredor, todo conviene perfectamente al clima, disminuyendo el calor y suavizando la luz de una manera indeciblemente grata, sobre todo despues de un paseo á caballo en las horas de sol, por caminos arenosos, ó calles en cerradas, y casas cuyo brillante color blanco lastima en estremo la vista.

Pero desgraciadamente uno de los resultados de la ostentacion y estravagancia introducidas por Francisco Lopez, fué la prediliccion por un estilo meretricio de arquitectura, del carácter mas estravagante y pretencioso. Los frentes de las casas fueron edificados á una gran altura sobre los aleros; se pusieron á la moda unas inmensas ventanas con la inevitable reja para el solo objeto de ostentar á los transeuntes los muebles, la alfombra de la sala, y todas las comodidades domésticas, y hasta la solidez fué sacrificada para presentar á la calle un lujoso frente.

CAPITULO III

Los paraguayos—El traje nacional—La educacion.

Los paraguayos son de oríjen indo-español y descendientes de las varias tribus que habitaban el país antes de la conquista

funda que ostenta en todas las partes de su libro, que se refieren á la historia y estado de los pueblos del Plata, y aun al Paraguay, sobre todo en la época de Francia.

Decir que la destruccion de los libros *es una manera sud-americana de difundir los conocimientos útiles*, porque esto se hacia en el Paraguay, es como si dijeramos que la manera europea de introducir la civilizacion en América es poner sus hijos al servicio de los tiranos, y contribuir al sosten de la barbarie mas refinada. (*N. del E.)*

y de sus invasores españoles. Tienen hoy dia mucho de lo que caracteriza ambas razas. Es singular, sin embargo, que el lenguaje de los vencidos, que es el guaraní, ha prevalecido, y en la campaña hay pocos que sepan otro.

Los hombres son en jeneral de estatura mediana, robustos y bien formados ; su tez es morena ó aceitunada. Han heredado de los indios la pequeñez de los pies y las manos, y sus largos y lisos cabellos negros. Son pocos los que tienen barba y patillas, y los que las tienen, se las afeitan siempre. Sus bigotes son cortos y escasos.

Las mujeres cuando jóvênes son á menudo muy bonitas ; sus finas y graciosas formas, sus grandes y brillantes ojos negros, á los que sus largos párpados dan un aire de languidez oriental, y sus largas y densas trenzas intensamente negras, producen una clase de belleza que se armoniza bien con las brillantes flores y el hermoso cielo de su patria. Pero como las mismas flores, se marchitan pronto, y careciendo completamente de educacion ú otros adornos del espíritu, sus encantos desaparecen rápidamente y para siempre. Esta prematura decadencia se apresura á menudo por la temprana edad en que llegan á ser madres.

Su tez es por lo jeneral oscura aceitunada ; pero he visto muchas veces á paraguayas puras, quiero decir, nacidas de padre y madre paraguayas, singularmente blancas; á estas las llaman rubias : he visto á otras tan blancas como nosotros mismos, con ojos azules y cabello rubio descendientes de vascos segun creo.

El traje de los hombres es parecido al de los gauchos arjentinos, que consiste en un par de calzoncillos blancos con cribos, un chiripá de algodon blanco, un cinturon ancho de cuero, una camisa blanca, á menudo hermosamente bordada, y un poncho. Completa el traje un sombrero de paja y enormes espuelas de plata, que pesan por lo regular dos libras cada una ; jeneralmente no usan calzado.

En la capital, todos los que podian hacerlo se vestian á la europea, siendo apasionadísimos de las botas de charol, porque este artículo indicaba el estado del que lo llevaba, y la frase

jente calzada ó la *contraria*, se empleaba á menudo para distinguir á los ricos y los pobres.

El vestido de las mujeres, aunque sencillo es muy gracioso. Forman su toilete, una larga camisa de algodon, llamada *tupoi*, que llega apenas al cuello, con una ancha franja de lana negra ó escarlata bordada, y cosida á la estremidad superior, unas mangas sueltas de malla, y faldillos de muselina ó seda, abultados como si fueran forrados en crinolina, por la cantidad de almidon que llevan las enaguas, y aseguradas á la cintura por una ancha faja. Escepto en la capital muy pocas andaban calzadas.

Su tocado consiste en dos largas trenzas que, á veces circundan la cabeza en forma de guirnaldas y otras caen sueltas sobre sus hombros, aseguradas con un enorme peine de carey engastado con oro y piedras preciosas. Bastaba para completar su muy bonito tocado una rosa, ó una pluma suave y sedosa, lánguida y coquetamente colocada. En dias de fiesta ostentaban sarcillos de escesivo tamaño, trabajados en el país y tan largos que descansaban en los hombros, uno ó dos collares de oro macizo y sortijas suficientes para tapar todos los dedos de la mano.

Este traje, sin embargo, está casi fuera de moda entre las familias de tono, y una peineta de oro significa hoy dia una mujer de la clase inferior. Este cambio debe echarse de menos, porque el antiguo traje es notablemente pintoresco y adaptado al clima.

He dicho que algunas de las casas me recordaban las de Pompeya; el recuerdo se convertia casi en ilusion, cuando sentado al anochecer en un estenso, silencioso y sombrío salon, veia pasar á lo largo del perístilo una criada, que con paso silencioso y felino, llevaba en su cabeza un cántaro, con sus torneados brazos pendientes á los costados, y su blanco tupoi realzado por sus negros ribetes, cayendo de los hombros en pliegues graciosos y hasta tentadores. Parecia una cariatide, que cansada y relevada de su enorme carga, se deslizaba viva á nuestra vista.

Los niños de ambos sexos andan por lo jeneral hasta la

edad de ocho ó diez años, enteramente desnudos. A las muchachas de la clase inferior, se les enseña desde el momento en que caminan á llevar cántaros en la cabeza. Cuando son grandes, raras veces llevan su carga de otra manera. Muchas veces he visto mujeres haciéndose camino á travez del mercado en las horas de mas bullicio, con una botella de vino balanceada en la cabeza, llevándola con la misma seguridad que si estuviera en un canasto. Un dia presencié un cuadro encantador: una criatura de cerca de ocho años de edad, venia de la fuente sin su cántaro, pero evidentemente creyendo que lo traia, llevando en su lugar un largo penacho de nardos blancos; los últimos rayos del sol, y el vasto desierto de ardientes arenas que se estendia á su espalda, formaban una aurea perspectiva á la graciosa figura de la niñita cuando pasó cerca de mí, mientras que sus grandes, melancólicos y distraidos ojos iban tristemente fijos en una cabaña que estaba á su frente.

No recuerdo haber visto jugar jamas á los niños paraguayos, al menos algun juego conocido, y aun los juguetes les parecian cosas casi desconocidas. Obtuve de Inglaterra algunas muñecas y otros juguetes para distribuirlos entre algunos de mis amiguitos; á primera vista estos últimos les parecian muy bonitos « epoinaeté », pero pasado el momento de sorpresa los hicieron pedazos; las mayores se apoderaron inmediatamente de las muñecas y las convirtieron luego en lujosos y fashionables Santos. Ví en la Catedral, un dia de la Natividad, un altar en la nave lateral, adornado en la forma del Pesebre, es decir, una cuna, con todo lo contenido en una «*Arca de Noé*» dispuesto de manera que representasen la adoracion de los Magos, y en que figuraban Sem, Jam y Jafet, vestidos de paltos cilíndricos de madera, haciendo los honores de la casa á los tres reyes.

Las criaturas de ambos sexos aprenden á fumar apenas caminan solos, y los muchachos á jugar, tan pronto como pueden hablar. Estos vicios de sus padres reemplazan los entretenimientos mas naturales de la niñez.

Una vez encontré un número de niños muy ocupados enter-

rando viva una criatura; habian cavado un pocito en medio del camino y tapado el chiquito hasta el pescuezo. Parecia algo asustado, como era natural, pero se mantenia bastante tranquilo en las arenas calientes. Dos ó tres de sus compañeros que tenian cerca de 5 años de edad, muy viejos supongo para diversiones tan pueriles, — estaban sentados en el borde de la vereda, fumando sus cigarros y contemplando el procedimiento con la mayor gravedad.

Despues de fumar y tomar mate, el mayor entretenimiento de los paraguayos es el baile, al que se entregan como nunca he visto á nadie. Talvez una de las razones porque las señoritas gustan tanto del baile, es que no tienen otra oportunidad para escuchar libremente á sus novios; en todos los demas momentos son espiadas con suma rijidez por las madres ó las tias — siento decirlo, que con motivo—y tan es asi, que antes de casarse apenas puede hablarse un minuto á solas, y nunca se pasean por las calles con sus amigos, ni aun con sus hermanos. Pero en los bailes públicos, las dueñas se sientan solas en la antesala. A menudo me daban lástima las pobres viejitas: no podian ni aun fumar, tal era la vijilancia que desplegaban sobre las chicas. Sinembargo, tenian su desquite en la cena, donde no solamente comian todo lo que podian, sino que escamoteaban cuanto cabia comodamente en sus vestidos. Fuí testigo ocular de un merodeo cometido por una rolliza matrona, que sustrajo una pagoda entera de alfeñique, de unos dos pies de alto, y en jeneral todas se embolsaban pollos asados con una calma encantadora.

La manera de comer de los hombres es muy primitiva; habiéndose introducido recien los tenedores, su maniobra es un tanto peligrosa. El modo correcto, por ejemplo, de comer asado, es meter entre los dientes cuanto quepa, y cortarlo en seguida raspando los labios con un largo y bien afilado facon. Las señoritas, por supuesto, no siguen la moda públicamente; pero tengo muchos motivos para creer que la seguian en su casa, porque eran siempre muy reservadas en la mesa, cuando habian estrangeros presentes.

Me pareció bastante gracioso un rasgo de la urbanidad para-

guaya. En un *pic-nic*, àl cual fui invitado poco despues de mi llegada, las señoritas que tenia á uno y otro lado elejian los mas tentadores bocados de su plato y diciendo en seguida « *Toma Señor* » me rellenaban la boca con ellos. A su vez, esperaban que les cortase la carne.

He dicho que las mujeres carecen completamente de toda clase de educacion, al punto que es muy raro encontrar una que sepa leer y escribir. Sinembargo, los hombres casi todos saben hacer ambas cosas. En cada pueblo ó aldea habia una escuela primaria, costeada por el gobierno, en donde se enseñaban á los niños estos sencillos conocimientos y los rudimentos de la aritmética. Pero nunca encontré un hijo del pais que supiera resolver con propiedad una cuenta de partir denominados, y la facilidad con que nosotros los estrangeros, al servicio del pais, resolviamos los diferentes problemas era para ellos una fuente inagotable de admiracion.

Poco despues de mi llegada á la Asuncion tuve motivo de ir á la tesoreria para percibir mi sueldo; siendo la primera vez que veia al señor colector, llevé conmigo una traduccion de mi contrato, y una anotacion de la suma que necesitaba. Le encontré en la oficina de pago, habitacion que tenia como diez pies cuadrados, pero que era muy alta, con paredes blanqueadas, y cielo raso de palmas, adornado con colgaduras de tela raña, y en uno de los rincones con un inmenso hormiguero de hormigas blancas. Ocupaba el centro una mesa cubierta con una bayeta verde, muy sucia y manchada con tinta; detras, estaba sentado el habilitado, viejo poco pretencioso al parecer, muy moreno, y que tenia el aire de vivir eternamente perplejo. A su lado estaban dos oficiales vestidos á la moda del ciudadano del pais. Sobre la mesa se veia un monton de papel moneda, un tintero lleno de moscas, algunas plumas veteranas, y el inevitable arenillero; en el fondo se hallaba un baul de cedro americano que estaba abierto, unos cuantos libros, un monton de pesos plata, y una bandeja llena de sucios doblones de oro. En la puerta, cuidando todo, estaba un centinela, vestido de bayeta colorada, con un ridículo sombrero, compuesto de cuero y bronce, que no podria compararse con

otra cosa que con un tambor de niño. Al principio me echó una mirada feroz, y luego, porque no le quité el sombrero como lo hubiera hecho un paisano, me saludó muy humildemente. Dí la mano al colector, le presenté los documentos, acepté un cigarro y una silla, y esperé que se enterase de mi solicitud y me pagase el dinero. Apenas es creible, pero pasó mas de una hora antes que pudieron dividir cierta cantidad de pesos y reales por doce. Dificilmente podia contener la risa viéndolos tan perplejos y cubriendo desesperadamente de números pliego tras pliego de papel oficial. Para hacer la escena mas cómica todavia, unos holgazanes les ofrecieron sus servicios gratis, exhibiendo asombrosos y complicados sistemas de cálculo, que ni el mismo Cocker conoce! Hasta el centinela, arrastrado por la generosidad y el entusiasmo, depositó su triste fusil de chispa, y dibujó tremendos números con los restos de una pluma, para esplicarles como calculaba él su sueldo, es decir un peso por mes, cuando el pobre lo obtenia, lo que no sucedia muy frecuentemente. Me senté con la silla ladeada, á la moda de los paraguayos, escuchando la música de la plaza, y cuando me decian, adivinando, que la suma era tanto, lo que hacian de rato en rato, les contestaba tranquilamente, que yo necesitaba tantos pesos, y que no me iba sin llevarlos. Por último, ví cruzar la plaza al Dr. Stewart, él que fué bastante bueno para venir en mi proteccion diciéndoles que podian tener toda fé en mis cálculos, y recibí la suma que habia pedido.

CAPITULO IV.

Bosquejo de la historia del Paraguay.—Francia.—Cárlos Lopez.—La historia de Cárlos Decoud.—De los empleados oficiales.

Bajo el gobierno de los monarcas españoles, la provincia del Paraguay abrazaba todo el territorio al Este de los Andes, y al Sud del Brasil. Pero cuando los colonos arrojaron el yugo español, todo el pais al Oeste del Paraná y Paraguay se separó, formándose un Estado llamado el Estado de Buenos Ayres

ó la Confederacion Argentina; el territorio entre el Paraná y el Uruguay se llamó la República de Entre Rios, y el resto al Este de esta última, la República del Uruguay, ó la Banda Oriental; dejando al Paraguay como estaba entonces constituido, solo la pequeña zona que se ha descrito en el primer capítulo. (1)

Los españoles y los mestizos del Paraguay, así llamado, fueron los últimos en rebelarse contra la madre patria, y cuando la nueva República del Plata envió un ejército para «invitarlos» á cooperar con ellos á este fin, y en caso de negativa imponerles la libertad, los paraguayos atacaron y derrotaron á los mismos hombres que iban á ofrecerles la libertad y la independencia. Con la ceguedad de siempre, han hecho la misma cosa durante la presente guerra defendiendo á Lopez á todo trance, cuando su destruccion les hubiera traido una ventaja inestimable, dándoles la oportunidad de formar un gobierno suave y liberal, en lugar de una tiranía, que no tiene paralelo en los tiempos modernos.

Sin embargo, algunos meses despues el Paraguay siguió el movimiento liberal, y habiéndose negado á formar parte de la Confederacion Argentina, se declaró en 1811 república libre é independiente. En el año siguiente, se elijieron dos cónsules con poderes iguales, llamados Francia y Yedros.

El primero era un hombre muy notable, de oríjen frances, pero nacido, segun creo, en la provincia de Córdoba. Estudió en la Universidad de este pueblo la teología y la jurispruden-

(1) Como este libro está destinado á circular en Sud-América parece innecesario reparar este error del Sr. Masterman. Las provincias que formaban el virreinato del Plata, inclusive el Paraguay y Alto Perú (hoy Bolivia) fueron comprometidas en el movimiento revolucionario de 1810. La independencia del Paraguay no fué declarada hasta 1840 y la de la República Oriental hasta el tratado de 1828. El territorio de Entre-Rios y el de Corrientes se separaron de la Provincia de Buenos Aires en el curso de la guerra civil, pero no para constituir naciones, sino provincias independientes relativamente y exentas del gobierno local de Buenos Aires, pero integrantes de la Confederacion Argentina.

(Nota del traductor.)

cia, recibió el grado de doctor, el cual, digámoslo de paso, es muy comun en Sud América, y luego se dirigió á la Asuncion, donde abrió su estudio de abogado.

Su colega Yegros, era imbécil é ignorante. Francia se deshizo de él muy pronto, y dos años despues, estando su autoridad firmemente establecida, fué nombrado cónsul y mas tarde dictador.

Al principio gobernaba con justicia y moderacion; se esforzó en mejorar la condicion del pueblo, fundó escuelas, y redujo por un proceder muy espeditivo las calles de la ciudad á la regularidad que hoy tienen. Entre tanto, habian empezado sus reyertas las repúblicas vecinas; no se oia hablar de otra cosa sino de tumultos, y matanzas, conspiraciones y revoluciones; y con el objeto de impedir que se reprodujeran en las rejiones pacíficas que gobernaba, Francia determinó aislar completamente al Paraguay del resto del mundo. A pocos permitia entrar en el pais y á nadie dejarlo. (1)

Reunió y disciplinó personalmente un ejército poderoso; estableció fuertes y guardias á cortas distancias á lo largo de los rios fronterizos y derrotó á los indios del Chaco, que le molestaban. Aisló tan completamente al pais, que no lo podia dejar un solo paraguayo, y los pocos estrangeros que lograban visitarlo, se veian en grande dificultades cuando querian salir. A uno que otro buque mercante le permitia subir hasta Ñembucú, pueblo situado un poco mas arriba de la embocadura del Paraguay; examinaba el manifiesto de su cargamen

(1) El Sr. Masterman no ha penetrado evidentemente del carácter de Francia. El Presidente del Paraguay cerraba los puertos del país al comercio estranjero, no por las reyertas de los pueblos vecinos, como dice, sinó sistemáticamente como lo han hecho los chinos y los japoneses hasta hoy dia. Recomendamos al Sr. Masterman que lea las obras de nuestro célebre literato Carlyle, que sin haber estado jamás en Sud-América conoce mucho mejor las razones políticas que tenia Francia para fundar un sistema de gobierno como no se ha visto entre jente civilizada. El filósofo desde el fondo de su gabinete vé á menudo mas lejos que el hombre de negocios en el teatro mismo de los hechos. *(N. del T.)*

to, elejia lo que necesitaba, armas y municiones sobre todo, las pagaba con yerba-mate y los despachaba en seguida. En mi opinion, esta medida era buena, en vista de las circunstancias, y creo, que si la raza hubiese sido de mejor tipo, hubiese hecho un admirable gobernante. Pero siendo hombre de talento y de ideas propias, no tenia paciencia para soportar su charlatanismo é incapacidad. Descubrió, que solo el temor y no el respeto, influia sobre semejante gente, lo que le hizo adoptar por sistema de gobierno la mas espantosa tirania. Le disculpo en parte, sabiendo por esperiencia, cuanta paciencia se necesitaba para vivir en el Paraguay, teniendo que enseñar hombres que no hacian esfuerzo alguno para aprender, que hablan bien, casi elocuentemente y que todavia no parecen tener el poder de raciocinar ni de adquirir conocimientos útiles; y ademas, cuan dificil era contenerme de usar y talvez de abusar del poder que tenia, de castigarlos. Francia no tenia ni mi paciencia ni mis escrúpulos, y se ha hecho la fama de haber sido un cruel y desapiadado tirano. Espoliaba á los ricos levantando dinero por contribuciones forzadas, y fusilaba á los que apelaban contra la tasacion de sus fortunas; pero no se quedaba con un solo cuartillo y murió pobre, aunque pasaba por sus manos toda la renta de la República. Logró crear al pais recursos propios y suficientes, y la pobreza no era conocida dentro de sus límites. Siendo muy inteligente para temer á los corrompidos é ignorantes sacerdotes, que administraban los oficios de la iglesia, refrenó su poder, se rió de sus dogmas y los despojó de sus riquezas. Quedó abolido el diezmo que era un impuesto desigual y opresivo, y los indolentes chacareros fueron obligados á adoptar un sistema mejor de agricultura. (1) Hizo mucho bien, pero

(1) Estos rasgos sobre el gobierno de Francia y los fines y causas de su política parecen escritos por el autor durante su residencia aun en el Paraguay, cuando los Lopez prohibieron que se hablara mal del *dictador*—Decir que Francia hizo bien en aislar á su país del estranjero, que le creó recursos propios, disculparlo de sus crueldades, contar como una cosa natural y casi racional que despojaba á los ricos y asegurar que la pobreza

fué estremadamente severo é iracundo; estando siempre atormentado con el temor del asesinato y la rebelion, se hizo en su vejez un tirano caprichoso, áspero, cruel, sin amigos y sin poder gozar de una sola hora de tranquilidad.

no era conocida en un país en que el trabajo libre no era posible, porque estaba monopolizado por el gobierno, y porque el comercio no existia: donde la fortuna como la vida se hallaba á disposicion del tirano—y sostener que el gobierno mas absurdo y bárbaro, era el conveniente para un pueblo digno de otra suerte, es una verdadera aberracion.

El Sr. Masterman debia saber, que la tirania de los Lopez es hija de la de Francia, que quien corrompió aquel país, fué Francia y que si su tiranía fué intelijente, fué precisamente porque mató las ideas y hasta las esperanzas de aquel pueblo.—Cuando persiguió la relijion, no lo hizo por la ignorancia de sus Ministros, que quizá entonces no eran tan ignorantes como hoy—lo hizo porque matando y persiguiendo los principios relijiosos por el terror, como destruyó la familia por medio de la abolicion del matrimonio, mataba los dos centros que sirven siempre de refujio á las ideas perseguidas por él—y á cuyo calor, tarde ó temprano, se enjendran las grandes revoluciones. Destruida la fé y el hogar, absorvidos por el terror todos los derechos politicos del pueblo, cortada toda comunicacion con el esterior, Francia destruyó en el pueblo paraguayo todas las ideas políticas y morales que ennoblecen á los hombres, destruyendo por su base la sociabilidad.

Amontonar dineros robados en las arcas del Gobierno, no es lo que se ha llamado nunca crear recursos para un pais—y considerar como bueno este sistema económico, cuando á las puertas del Paraguay está la República Argentina, con 14 millones de pesos fuertes de renta nacional y cerca de 8 millones de rentas provinciales, es un error verdaderamente singular.

Diremos con verdad que no creiamos existiera un inglés que profesare las ideas económicas del autor.

El sistema de Francia lejos de crear recursos para el Paraguay se los quitó, y aquella rica tierra es uno de los pueblos mas pobres de América gracias á su sistema. Los tiranos, en general, matan la riqueza pública; las guerras son menos perjudiciales al trabajo que las tiranias; donde la libertad existe, el trabajo fructifica, el hombre adelanta y la sociedad progresa; donde reina la tiranía, reina la muerte y la pobreza pública. El Paraguay ha gozado de la paz de la muerte durante 60 años—ha gozado del buen sistema de gobierno *dadas las circunstancias de sus vecinos (en guerra civil)*—compare el Sr. Masterman el estado financiero de aquel

El gobierno de Francia fué un despotismo puro; murió despues de un reinado de veinte y seis años, el 25 de Diciembre de 1840 á la edad de setenta y ocho años; lo enterraron en la iglesia de la Encarnacion, la mas antigua de la Asuncion, en una tumba construida en el piso del coro. Al dia siguiente los ladrillos se veian desparramados en todas direcciones y su ca-

pais con el de la República Argentina á pesar de sus guerras, y díganos cual de los sistemas ha dado mejores resultados.

Daremos los siguientes datos tomados del Rejistro estadislico de la Aduana de Buenos Aires, correspondiente á 1868—para que sirvan de comparacion con los que el autor debe tener sobre el Paraguay:

Valor oficial de las mercaderias importadas por esta Aduana, siendo de notar que el avalúo de la tarifa, es inferior á los precios en plaza, pesos fuertes. .		66039712
Calculada la diferencia de los precios de plaza sobre los de tarifa, lo que escapa á la vijilancia fiscal, y los articulos libres de derecho, en un 20 por ciento sobre las cifras demostradas, lo que ciertamente no es exajerado, el valor del comercio de importacion y esportacion en 1868, fué de pesos fuertes. . .		79247654
La renta recaudada por la Aduana de Buenos Aires, pesos fuertes		10242605
El número de paquetes á vapor entrados al puerto de Buenos Aires en 1868, ascendió á	1083	
Salidos en el mismo año	1083	2166
El numero total de buques de vela entrados y salidos		2502
Total de entradas y salidas de buques de vapor y de vela		4668
No siendo conocido el tonelaje de los vapores, solo podemos dar el de los buques á vela, que ascendió á toneladas		691663

Para mayor ilustracion del autor, le daremos datos particulares sobre el comercio de la Aduana de Buenos Aires con su propio pais.

El valor oficial de la importacion de Inglaterra á la Aduana de Buenos Aires en 1868, fué de fuertes .	9795005
La exportacion de la misma Aduana para Inglaterra ascendió á	3872240
Total de importacion y exportacion. .	13667345

dávcr habia desaparecido. No se sabe su destino, pero dijeron los curas á las personas que los escuchaban temblorosos, que el diablo lo habia llevado en cuerpo y alma durante la noche. Sinembargo, imajino que si pudieran hablar los caimanes podrian aclarar el misterio.

No murió con él el terrible temor que inspiraba su nombre. Un paraguayo nunca hablará voluntariamente de « el muerto » como le llaman ellos; y aun hoy dia, cuando lo mencionan, miran temblando al rededor de sí, para decir á sus mas íntimos amigos, y solamente con voz ahogada y misteriosa, las historias de sus crueldades y sobrenatural sabiduría.

Despues de un corto interregno, se elijieron otra vez dos Cónsules, D. Cárlos A. Lopez y D. Mariano Alonzo, que se instalaron en Mayo de 1840. Se cuenta, que tres años despues D. Cárlos propuso á su colega que optase entre la muerte y su retiro; este tomó prudente la última alternativa; y D. Cárlos A. Lopez fué nombrado luego por un Congreso estraordinario, primer Presidente de la República. Este acto tuvo lugar el 13 de Marzo de 1845.

En la navegacion de Ultramar los buques ingleses á vela entrados al puerto de Buenos Aires, fueron .	231	con 79774	tons.
Salidos con carga	177	« 55262	«
Total. . .	408	135036	«
Buques ingleses salidos en lastre	81		
Total general. . . .	489		
Buques á vapor ingleses entrados y salidos, llegaron á	213		
Procedentes de Inglaterra.	46		

Este movimiento comercial ha aumentado en 1869, y va aun en vía de progreso en 1870, sobre todo el número de vapores y paquetes—tomamos solamente datos de la provincia de Buenos Aires porque su aduana es la única que ha publicado una estadística minuciosa.

Esperamos que esta leccion de números aprovechará, á los que creen que la paz que Francia dió al Paraguay, era conveniente y que su sistema le creó recursos propios; y que hizo bien en aislar su nacion para evitar el contajio de sus vecinos.

(N. del E.)

Para aclarar todas las dudas seria bueno mencionar, que el Presidente nombra á los oficiales, que elijen á los diputados que lo nombran, de suerte que terminado el período nominal de diez años de presidencia, no solo vuelve á hacerse reelejir, sino á asegurarse su apoyo, en todas las cuestiones de lejislacion. Sin embargo, su administracion no se manchó con mucha sangre; fueron casi abolidas las restricciones para la libre navegacion de los rios, introdujo al pais artesanos europeos, fundó el arsenal, y estableció entre la Asuncion y Buenos Aires una línea quincenal de vapores; en una palabra, su gobierno fué de los mejores que se han visto en Sud América.

La administracion interna presentaba pocas dificultades, porque habiendo sido bien disciplinado el pueblo por Francia, para recibir ciegamente las órdenes superiores, y considerada la reverencia con que miraban los paraguayos sus facultades, obedecian humildemente sus decretos por mas severos que fueran.

En conversacion, Lopez hablaba del supremo poder del gobeirno como de una abstraccion vaga y terrible, que él no lo era, sino que lo representaba solamente, y por esta razon recibia cubierto y sentado á todas sus visitas, hasta las mas distinguidas. Jamás contestaba un saludo, porque esta prueba de respeto no se hacia á él como individuo, sino al *gobierno supremo* de que él no era mas que el símbolo vivo.

En el año 1859 se descubrió, ó á lo menos se dijo, una conspiracion contra él. Fueron presos muchos paraguayos y un súbdito inglés llamado Canstatt. Sin embargo, debido á la actitud enérjica de Mr. Henderson, cónsul de S. M. B. en la Asuncion, le soltaron pronto de la cárcel; pero los paraguayos permanecieron por muchos años encarcelados, y dos de ellos fueron fusilados. Es tan trájica la historia de una de las víctimas, que la voy á narrar.

Empezaré diciendo, que se vén comunmente en los caminos del pais, cruces rudamente talladas, pintadas de negro y envueltas en una faja de encaje. Un pequeño cerco las proteje de los animales, y en una jarra de loza metida en la

tierra, y á cubierto del viento, se coloca una vela, que se enciende de noche. Los estranjeros creian jeneralmente, que marcaban el paraje en que se habia cometido un asesinato; pero esto no es cierto, el pueblo no era sanguinario, y el asesinato, como la yerba mate, era casi un monopolio del gobierno. Eran simplemente recuerdos á amigos, que descansaban pacíficamente en las tumbas de un distante cementerio.

Una de estas cruces, que llamó á menudo mi atencion, se hallaba en el camino de la Asuncion á la Recoleta. El encaje que la rodeaba era finísimo, hermosas y frescas las flores esparcidas á su pié, y por temprano ó tarde que pasase despues de anochecer, veia constantemente brillar desde el enterrado cántaro la luz de una vela. Nunca encontré á nadie que la cuidára. En el fondo, y á corta distancia se divisaba una pequeña cabaña, con algunos campos cercados; pero si se esceptúa un anciano, que labraba la tierra de vez en cuando, no ví indicio alguno de vida, ni dentro ni fuera de la casa.

Admirado de esto, preguntábame á menudo, quien podria traer las flores y arreglarlas tan esmeradamente. Aquellos cuidados eran demasiado delicados para que fueran del anciano; pero pasó mas de un año antes que descubriera este misterio.

Algunos paraguayos amigos mios residian entonces cerca de la Recoleta, y algunas veces me demoraba en su compañía. Una noche me retardé mas que de costumbre, y seria ya la media noche cuando llegué á este sitio, y con gran sorpresa ví una jóven vestida de luto, hincada delante de la cruz. El camino era tan mullido y arenoso, que se ahogaban completamente los pasos de mi caballo, y como iba al tranco, habia llegado casi bastante cerca para oir las oraciones que murmuraba, antes de ser apercibido. La jóven medio hincada, medio postrada en tierra, sollozaba amargamente, y sus brazos pendientes, y la postura de su cabeza revelaban una incurable tristeza.

Horrorizado de violar y hasta de presenciar un tan sagrado

dolor, me apartaba lentamente con el objeto de tomar otro camino, cuando desviándose repentinamente mi caballo, mi espada chocó con las espuelas, y la desconocida, lanzando un grito de terror, se puso instantáneamente de pié.

Nunca olvidaré su hermoso rostro, hermoso aun, á pesar del dolor que le agotaba la vida; muda é inmóvil me miró; su rostro iluminado por la brillante luz de la luna era estrañamente bello, si no hubiese hablado, hubiera creido que era una vision de un mundo mas triste aun que el que habitamos. Le demostré en pocas palabras mi vergüenza y pesar por haberla perturbado. « No es nada; quédese con Dios, adios, señor, » me contestó, y desapareció por una abertura del cerco, en direccion á la cabaña. Despues de haber andado una cuadra ó dos, miré hácia atrás. Habia vuelto y estaba arrodillada como antes, siempre en su desoladora actitud.

El dia siguiente fuí á caballo hasta lo de mis amigos para preguntar quien pudiera ser aquella doliente solitaria de la noche.

Las burlonas é incrédulas miradas con que escuchaban al principio mi historia se convirtieron cuando hube concluido en lástima y compasion, y la señorita á quien interrogaba dijo: «¡ay de mí!» es un mal augurio: habeis visto á Carmelita; pobre niña, está loca.» La rogué me contára su historia, porque me despertó curiosidad la inacostumbrada gravedad de la vivaracha paraguaya. « Unos años ha, empezó, sentándose á mi lado, Carmelita R. era la mas bonita niña de la Asuncion, la mas entusiasta en los bailes, y la mas alegre en la conversacion. Habia perdido á su padre, siendo niña, mas su madre era rica; la niña tenia muchos pretendientes, pero favorecia solamente á D. Cárlos Decoud. Debia casarse con ella unas semanas despues, cuando en mala hora la vió D. Francisco S. Lopez, entonces coronel del ejército; se enamoró de ella, y le hizo las mas vergonzosas proposiciones que fueron rechazadas con desprecio. La dejó jurando vengarse.

« Pocos dias despues, Carmelita supo con indecible terror que su novio, junto con un hermano habian sido arrestados y

metidos en la cárcel; nadie sabia la razon, y pronto les tocó á muchos otros la misma suerte. Pasaron semanas: uno de los presos, paisano suyo, señor, fué puesto en libertad y entonces se supo que se habia descubierto una conspiracion. » Dicho esto, la niña se detuvo, miró al rededor de sí para ver si nadie nos observaba, y luego continuó en voz baja: « los demás permanecieron largo tiempo presos, y por ultima dos de ellos fueron fusilados. La sentencia se ejecutó en la plaza de San Francisco. Uno de ellos fué Cárlos; y, ¡oh horror! su cadáver fué arrojado desnudo delante de la puerta de su madre! (1) Carmelita estaba entonces en la casa; oyendo el ruido salió corriendo y cayó exánime sobre el mutilado cadáver de su amante. Pasó muchas semanas, presa de la fiebre y el delirio; por último, dejó su cama salvándose apenas de las garras de la muerte. . . mejor le hubiera sido morir porque estaba incurablemente loca. Poco despues perdió á su madre; y quedando huérfana, vive del trabajo de un anciano esclavo, que labra la tierra por donde vd. pasa tan frecuentemente. No se la ve jamás de dia, y vive solamente para adornar la cruz que levantó en memoria del pobre Cárlos, para rogar por el reposo eterno de su alma, y por aquel feliz dia, en que la muerte y nuestra Señora de Dolores enjugarán sus lágrimas para siempre. »

....

....

Durante la administracion del finado Presidente no queda otro acontecimiento que merezca mencionarse, si se esceptúa la visita de la espedicion esploradora norte-americana en 1854. Era mandada por el capitan Page, bajo cuya hábil direccion fué completamente esplorado el rio Paraguay, como lo hubiera sido el Paraná, á no ser por una desgraciada desavenencia con el Paraguay, que no permitia á otros buques que los suyos penetrar cierto canal bajo las piezas del fuerte de Itapirú. Los

(1) Garanto la verdad de esta parte de la historia.

(Nota del Autor.)

paraguayos hicieron fuego sobre el *Water-Witch* y un hombre fué muerto. Por el mismo tiempo, una compañia establecida en la Asuncion por Mr. Hopkins, cónsul de los E. U., con el objeto de traficar en tabaco y otras yerbas, se vió en conflicto con el gobierno. La compañia se disolvió, le casaron al Cónsul el exequatur, y por algun tiempo parecieron inminentes las hostilidades. Sin embargo, se arregló amistosamente el asunto; pero la manera de hacerlo, no fué honorable para una ni para otra parte.

El Sr. D. Cárlos Lopez era bajo de estatura y sumamente grueso; las facciones eran buenas, pero no dejaban de mostrar á primera vista vestijios de la sangre guaycurú que heredaba de su madre. No le hablé jamás, y creo que no le gustaba entenderse directamente con estrangeros. Como empleados del gobierno, teníamos que vernos con su hijo D. Francisco. Sus maneras eran imperiosas; y para con los de su nacion era altivo y dominante. El siguiente incidente dará á entender como trataba á sus propios ministros de gobierno.

Cuando Mr. Doria, Chargé d'affaires de S. M. B. fué al Paraguay, con el objeto segun creo, de arreglar los reclamos Canstatt, dirijió una nota oficial al Ministro de Relaciones Esteriores: « A Su Escelencia D. F. Sanchez, etc. » como es costumbre. El dia siguiente éste fué á verlo privadamente, y le dijo balbuceando, que no debia darle el título de Escelencia, por temor de que se diera por ofendido el Presidente. Mr. Doria contestó, que era el título oficial de los hombres en su posicion, y que no podia comprender como habria de ofenderse por ello el Escelentísimo. El Sr. Sanchez respondió que temia no poder aceptarlo, y le pidió que la próxima vez que viera al Presidente se lo mencionase. Lo hizo, y Lopez le contestó con brusquedad: « Llámele como quiera, no por eso dejará de ser un zopenco. »

Don Cárlos Lopez murió el 10 de Setiembre de 1862 á la edad de setenta y dos años, y fué enterrado con gran pompa en la Iglesia de la Santísima Trinidad, tres ó cuatro millas fuera de la Asuncion.

CAPÍTULO V.

Don Francisco Lopez elegido Presidente—Arrestos— Fiestas.

Don Francisco Solano Lopez, hijo mayor del último Presidente del Paraguay, habia sido nombrado por este, Vice Presidente de la República, y entró luego en el desempeño de sus funciones. Un mes despues de la muerte de su padre decretó la reunion de un Congreso estraordinario de los diputados del Estado para elegir un nuevo Presidente; todos sabian perfectamente bien ya quien seria elegido, ó mas bien pateado por su futuro amo y presidente.

La eleccion no pasó de una farsa: se reunieron en la capital los diputados por los noventa y dos partidos de la República y se instalaron en el Cabildo, que fué rodeado por un gran número de tropas mandadas por el mismo hombre que solicitaba sus votos; y esto por supuesto coartaba la libertad de obrar y aun de discutir. Es cierto, que un miembro tuvo la audacia de decir que la presidencia no podia ser hereditaria por la ley orgánica del país y que Lopez, por consiguiente, no era elejible: otro opinó, que el presente caso ofrecia una buena oportunidad para modificar las leyes del país; procedia á esplicar su teoría cuando Lopez le dijo bruscamente que se callára, que los diputados estaban reunidos con el objeto de elejir un nuevo presidente y no para considerar las leyes del país. Ambos desaparecieron aquella noche y hasta hoy dia no se sabe nada de ellos. (1) Es inútil añadir que al dia siguiente « el ciudadano Francisco Solano Lopez fué unánimemente elejido jefe supremo y jeneral de los ejércitos del Paraguay.»

Fué investido el 16 de Octubre 1862, y uno de sus primeros

(1) Las personas á que alude el autor son sin duda el padre Gorbalan y el padre Maiz. Aquel, como se verá luego, fué fusilado en 1868, mientras que Maiz fué puesto en libertad en el mismo año, y llegó á ser un instrumento ciego de Lopez.

(Nota del traductor.)

actos fué pedir se aumentara su sueldo hasta la suma de $ 50,000. Su padre se habia contentado con la quinta parte de esta cantidad. Sin embargo, debe convenirse en que la demanda era todavia moderada, porque tenia absolutamente á su disposicion toda la renta de la República; allí no se discutia jamás un presupuesto, ni se dió cuenta de los ingresos y gastos anuales, y la memoria del ministerio de hacienda constaba de un informe mensual de los derechos de entrada y salida, y de la renta de la aduana. Pero Lopez siempre queria hacer creer que gobernaba constitucionalmente, y el estranjero que leyera sus discursos en el «Semanario», le hubiera tomado sin duda por el mas justo y liberal de los hombres, y por el mas celoso defensor de las libertades de su país.

Su eleccion fué seguida de una sucesion de suntuosos banquetes, bailes y espectáculos, y por mas de un mes se prolongaron las procesiones y felicitaciones hasta dejar medio arruinados los negociantes y tenderos, y cordialmente cansada á toda la poblacion.

El nuevo presidente nació el 24 de Julio 1826 y tenia por consiguiente treinta y seis años cuando fué elejido. No es un hombre de gallarda apostura; tiene cinco pies y cuatro pulgadas de estatura; es sumamente grueso, y en los últimos tiempos carecia de flexibilidad. Su cara es muy chata, y las facciones poco nobles; su cabeza medianamento buena, es deprimida en la frente, y muy desarrollada en la parte posterior. La parte inferior de la cara tiene una anchura y solidez muy siniestra, peculiaridad que heredada de sus abuelos los guaycurús sirve de indicio para conocer su carácter—una cara cruel y sensual, que no ennoblecen los ojos, por estar sumamente juntos. Cuando estaba de buen humor sus maneras eran notablemente simpáticas; poro cuando tenia un acceso de ira, como los que le he visto en dos ocasiones, su espresion era verdaderamente feroz: el indio salvaje se manifestaba á traves del escaso barniz de la civilizacion, así como el cosaco se revela en un ruso iracundo. Su palabra, tanto en publico como en privado, era fácil, aunque su articulacion era imperfecta por la falta de los dientes inferiores, y hablaba tan bajo, si se esceptúa en

una memorable ocasion á la que me referiré luego, que solo las personas inmediatas podian entender lo que decia. Hasta el momento en que fué á Humaita me recibia siempre muy bondadosamente, levantándose cuando entraba, y dándome la mano (honor rara vez concedido á un hijo del país) con mucha familiaridad.

En 1854, partió para Francia é Inglaterra, con el objeto de negociar un tratado de paz y comercio entre estos estados y el Paraguay. Permaneció en Paris largo tiempo, de donde introdujo dos novedades—el uniforme francés para los oficiales, y una querida para sí mismo; esto último fué el paso mas fatal que dió en su vida: y puesto que esta señora ocupó por fin un lugar muy importante en los negocios del Paraguay, y que, por sus malos consejos fué, segun creo, la causa remota de la terrible guerra que ha arruinado completamente al país, me veo en la obligacion de consagrarle unos renglones.

Sus padres eran irlandeses, pero nació en Francia, donde se casó con un cirujano del ejército, que entiendo vive todavia, de suerte que suprimiré su verdadero nombre para llamarla madame Eloisa Lynch, apellido por el cual se la conocia en el Paraguay. Era, cuando la ví por primera vez, una alta, rolliza y hermosísima mujer, y aunque la edad y los muchos hijos que tuvo, habian deteriorado su belleza no tengo dificultad en creer la historia, de que los pobres paraguayos se quedaron pasmados de admiracion cuando llegó, creyendo ver desembarcar en la Asuncion un ser del otro mundo, á tal punto los conmovió su fausto y encantos. Su educacion era lucida, hablaba igualmente bien el inglés, el francés y el español, daba magníficas comidas, y podia beber, sin que la marease, mas champagne que ninguna otra persona que yo haya visto jamás. Se comprende, desde luego, que debia ser inmensa la influencia que ejercia esta intelijente, egoista y desapiadada mujer, sobre un hombre como Lopez, que por ser arrogante no dejaba de ser tambien débil, vanidoso y bestial. Con un admirable tino, le trataba aparentemente con suma deferencia y respeto, mientras que en realidad hacia de él lo que le daba la gana, y era bajo todos respectos la soberana del Paraguay. Tenia en vista

dos ambiciosos proyectos: el primero era casárse con él; el segundo era hacerlo «el Napoleon del Nuevo Mundo.» El primer proyecto era difícil, porque su marido, en calidad de francés, no podia demandar un divorcio; pero si lograse el segundo, no seria muy difícil talvez obtener una dispensa, y su posicion equívoca llegaria á ser segura y envidiable. Por eso es que la muy astuta empezó á hacer creer á Lopez que era el mas famoso guerrero del siglo, y con estas adulaciones, el crédulo, vanidoso y codicioso tirano, se convenció de que estaba destinado para levantar el Paraguay y hacerlo la primera potencia sud-americana. Para realizar este ambicioso proyecto era necesario emprender una gran guerra; y con vecinos, uno tan usurpador como el Brasil, otro tan turbulento y desenfrenado como la República Arjentina, no fué difícil encontrar un pretesto para la guerra; ni se hizo tardar la oportunidad. Entretanto, todos los preparativos estaban hechos. Aun durante el tiempo de su padre que decia: prefiro perder una cuarta parte del territorio antes que hacer la guerra en su defensa,—Lopez habia juntado una inmensa cantidad de materiales y municiones, y durante el primer año de su majistratura formó en Cerro Leon (hermoso valle cerca de la cordillera del mismo nombre, al sud-este de la Asuncion y como cincuenta millas distante de ella) un vasto campamento de instruccion, y en Junio de 1863 tenia reunido un ejército de 80,000 hombres. Estos preparativos produjeron entre los estranjeros y los mas intelijentes paraguayos, una gran inquietud; y algunos de estos debian haberse espresado con demasiada franqueza, porque un gran número fué arrestado en esta época.

Volviendo tarde á casa, he visto en dos ocasiones un grupo de hombres de la policia con bayonetas caladas, llevando á gran prisa á la cárcel jente bien vestida—que tal vez no volvieron á ser vistos nunca por sus parientes, y cuyos nombres se mencionaban apenas por el peligro que esto acarreaba. Raras veces se conocia la acusacion verdadera contra los prisioneros políticos ó su sentencia—y nunca el nombre de su delator ó testigos, y su familia y amigos eran evitados como si fueran apestados, porque toda persona sospechada era persona conde-

nada, y pocas veces se incurria en el ódio del gobierno sin comprometer al mismo tiempo la mitad de los parientes. Los primeros que cayeron fueron dos sacerdotes de la capital, el padre Corbalan y el padre Maiz, el primero pertenecia á una de las primeras familias del Paraguay, y el otro tenia un gran talento y mucho saber. Debo esceptuar á ambos del cargo que hice á los sacerdotes, porque eran muy respetados y no sin razon. Sin embargo, habiendo hablado desdeñosamente del Presidente (todas las antiguas familias españolas le miraban con desprecio por su orijen bajo y su sangre india), fueron delatados y metidos poco despues en la cárcel pública. El padre Corbalan permaneció preso muchos años y fué tratado bárbaramente, y muerto por último en la carnicería jeneral que tuvo lugar á fines del año 1868. Su compañero, segun corria, habia sido denunciado por un sacerdote llamado Palacios, quien por este y otros servicios fué nombrado Obispo del Paraguay. Maiz permaneció preso tres años, hasta que fué puesto en libertad, y se hizo muy pronto uno de sus grandes favoritos. Fué nombrado capellan del ejército, y despues miembro del terrible tribunal destinado para juzgar las personas acusadas de conspirar contra Lopez en aquel año. En este carácter, condenó al mismo Obispo, que cinco años antes le habia metido—imprudente pero inocente—en la cárcel pública. No puedo garantir la verdad de la parte anterior de esta historia; pero si es verdadera, Palacios encontró una terrible retribucion: fué juzgado, atormentado y declarado culpable de un crímen que no pudo haber cometido. Ni su carácter sagrado, ni su mucha edad (1) pudiera salvarle y cayó con una bala en el corazon en los campos sangrientos de Villeta.

(1) El señor Masterman parece no conocer al obispo Palacios, que no era el anciano que nos pinta, sino un jóven recien elevado á su puesto. Segun el señor Thompson, que tuvo muchas ocasiones de verlo, Palacios era un hombre jóven, nervioso, y tímido; estremadamente obsequioso para con Lopez, de quien era compañero constante, y como muchos suponen, cómplice en sus crímenes.

(Nota del traductor).

Los arrestos fueron mucho mas numerosos y se notaba una indescribible ansiedad por saber cómo terminaria todo esto. Sin embargo, para el recien venido, la Asuncion ofrecia el aspecto de un pueblo próspero y feliz. El *Semanario*, único diario del pais, bajo la inspeccion inmediata de Lopez, estaba lleno de entusiastas elojios sobre el progreso del Paraguay, y sobre las virtudes y sabiduría de su «providencial gobernante,» que le hacia la mas grande y envidiable de las repúblicas.

Toda fiesta y todo dia notable en la historia del país se aprovechaba para dar banquetes y bailes y para hacer discursos públicos; así es que las personas que no podian ver las cuerdas, ni la mano que movia los títeres, hubieran creido al Paraguay la nacion mas feliz del mundo, y á Lopez el mas benéfico de los presidentes.

Con motivo del primer aniversario de su eleccion, se gastó una inmensa cantidad de dinero en adornar las plazas públicas, en fuegos artificiales y en banquetes. Se construyó en la calle principal un hermosísimo arco de triunfo, y en la plaza del gobierno un inmenso salon de madera. El Estado corria con los gastos principales, pero muchos ricos ciudadanos dieron tambien su parte. He dicho que el rio se retira gradualmente de la Asuncion, y que ha dejado en direccion norte una série de lagunas poco profundas, y en las que abunda la Victoria réjia. Cuando el rio está bajo, una ancha playa de arena, llamada *Riberia*, se estiende por millas entre la márjen de las lagunas y las altas barrancas de la costa.

Allí se construyó una inmensa plaza de toros, tan grande que cabian paradas y sentadas varios miles de personas. La arena, que estaba descubierta, tenia cincuenta yardas de diámetro, pero con el objeto de poner á los espectadores á cubierto de los rayos del sol, la rodeaba una ancha zona de tela, bordada con coronas de flores, banderas y ramos de palma. En frente del corral en que se hallaban los toros, se veia una sucesion de palcos adornados de paño escarlata y cortinas de muselina; el que ocupaba el centro pertenecia al presidente y á los ministros de Estado, los otros estaban destinados para

la gente de tono, mientras que el resto quedaba libre para el pueblo, que desde las barreras hasta la cima de las vigas llenaba todo el circo. El panorama, visto desde una elevada posicion, se asemejaba á un jardin de crisántemos, y la comparacion es muy admisible, si se considera los flamantes colores que presenta siempre una muchedumbre paraguaya.

Aquella zona viviente, que reflejaba el rojo, el verde el amarillo y el celeste, era rodeada por un disco de arenas relucientes, y aquellos vivos calores realzaban mas la nevada blancura de los *tupois* y *cherifes* á la luz de los ardientes rayos del sol, que reflejaban sin cesar el movimiento de los abanicos y el relucir de las piedras preciosas que adornaban las cabezas.

El sitio, que era immejorable, se hallaba cerca de las lagunas, entonces adornadas con lirios y verdes camalotes, en un lugar, donde la igualdad de la arena y la suavidad del cesped, se estienden desde las barrancas hasta el rio, en cuyas aguas van á perderse imperceptiblemente ambas cosas. La barranca del frente cortada á pique, se levantaba como una muralla hasta la altura de cuarenta ó cincuenta pies, la dominaban sinembargo la catedral, y el antiguo y arruinado cabildo, y mas allá aun, se veian casas igualmente viejas y una parte de la ciudad. El paisaje en la direccion de las lagunas era muy hermoso. La anchura y rapidez del rio, su tortuosa corriente, que se perdia á la vista en el lejano horizonte, su márjen hermosamente bordada de selvas, que entonces se levantaban soberbiamente sobre las aguas, y ocultaban en su sombra, una que otra habitacion, que vista á travez de un lijero vapor purpureo, parecia magnificar el paisage, ofrecia al espectador el mas suave y el mas alegre de los cuadros.

Allí se habia reunido para lucirse toda la poblacion de la Asuncion; porque ademas de la corrida de toros hubo carreras, música y la *sortija*, entretenimiento moro al cual son muy aficionados todos los sud-americanos. Puede suceder que el nombre no sea familiar á todos, pero el juego se hace de la siguiente manera. Se cuelga una sortija de oro asegurada con una cinta desde el alto de un arco y la persona que la ensarte pasando á

todo galope, en la punta de su espada, ó en una varita pintada si no es militar, es declarado vencedor y la sortija es suya. El vencedor es recibido con músicas y vivas. Se abrieron tambien dos pipas de vino, que fué distribuido liberalmente así como la caña, á todos los que quisieron beberlo. El espectáculo adentro del anfiteatro, si se esceptúan los espectadores, era muy pobre. Los picadores y matadores no eran sino vaqueros con su traje de costumbre; no dejaban de ser pintorescos, pero no eran bastante lucidos para la arena. Los toros eran muy mansos, y se mostraban poseidos de un gran terror. Los que contribuyeron mas al entretenimiento fueron los Cambá Rangas ó *imágenes negras*, máscaras grotescas que bailaban, saltaban, y hacian mil cosas absurdas en el circo. Pero todos pertenecian á la policia, é imajino que el dinero que les tiraban era mas bien para atraérselos que para recompensar su destreza.

Las carreras fueron un poco mejores; pero la manera de correr debe parecer muy estraña á los ingleses. Una sucesion de postes y barandillas que se estendian por la distancia de doscientos varas, señalaba el curso. Solo dos caballeros de uno y otro lado de las barandillas partian á la vez y á no ser por las muchas partidas, cada carrera se hubiera terminado en un minuto. Los *Joekeys* solo tenian en vista la *salida*, la que debido á la corta distancia corrida, decidia la carrera. Los jinetes no calzaban espuelas, sino que partian, con consentimiento mutuo, animando á los caballos con el pié descalzo; pero la salida solo se consideraba limpia cuando ambos se servian de sus rebenques. De esta manera, si uno de los caballos partia bien, el jinete del otro, dejaba de levantar su látigo; y su adversario muy contrariado, lo que no dejaba de mostrar con palabras guaranis, tenia que volver de nuevo al punto de partida. Esto ocurria tantas veces, que á menudo se perdia una hora y pico en peleas é enjurias antes que la carrera se hubiese decidido. No habia mucha animacion entre la muchedumbre, ni muchas apuestas.

Se levantaron en la plaza dos enormes tiendas que fueron esplendidamente adornadas con siempre-verdes y banderas.

Allí dia y noche por cuarenta y ocho horas tronó sin cesar la *gomba*—inmenso tambor indio que no podia oir sin estremecerme—la tocaban alternativa y voluntariamente centenares de personas; al son de ella bailaba incesantemente el pueblo como solo bailan los salvajes (1); girando, chillando y gesticulando como energúmenos á los golpes del tambor, que resonaba cada vez mas rápido, hasta que por último salian temblorosos, cansados y agotados, despues de aquella feroz escitacion, pero solo para dar lugar á otros deseosos de reemplazarlos. Pero en aquella muchedumbre de cerca de diez mil personas, á pesar de los ojos chispeantes y frenéticos ahullidos, á pesar de la caña, de que todos podian participar, no hubo ni riñas ni accidentes hasta el último dia, en que un peon que habia sido *bolseado* por una muy coqueta morenita, la mató junto con su rival de una puñalada, y tirando luego su ensangrentado puñal, se entregó voluntariamente en manos de la policía para ser fusilado inmediatamente.

CAPÍTULO VI.

El carácter del pueblo—Las manufacturas—La yerba-mate.

Á pesar de haber estado largo tiempo aislados del resto de mundo, de su falta de educacion, y de pensar siempre en un idioma que no tiene palabras con que espresar «gracias» ó « si vd. gusta », los paraguayos son notablemente políticos, tanto en su maneras como en su modo de hablar.

(1) El espíritu con que está escrita esta obra es muy diferente del que caracteriza el libro del Sr. Thompson. El Sr. Masterman ha sufrido sin duda, pero sabiendo por esperiencia hasta donde alcanza la mano del tirano podia y debia ser mas moderado en su lenguaje. Como traductor rechazamos pues los epitetos y el lodo que arroja aquí y en otras partes sobre un pueblo tan sufrido y valiente como el paraguayo.

(Nota del traductor).

Francia proclamó una ley obligando á todos los hombres á que llevasen un sombrero ó algo que se le pareciera, aunque no fuera mas que una ála, (lo que se suele ver á menudo) con el objeto, decia, de que pudieran descubrirse y mostrar su respeto para con sus superiores. Y un ciudadano, cualquiera que sea su posicion social, nunca encuentra á un oficial, aunque sea del mas ínfimo rango, sin hacerle el saludo de costumbre. Esta es la llave maestra que descubre en el Paraguay todo su sistema de gobierno. Los militares se distinguen sobre todo, y son tratados mucho mas respetuosamente que los sacerdotes ó los empleados civiles del gobierno.

En la campaña si uno pide un fósforo para encender su cigarro (tatáme) ó un vaso de agua (eumé) el vecino siempre le invita á bajar del caballo y tomar asiento. Entonces le convidan con un cigarro, y si la casa es de una familia de la clase media, la que con todo seria considerada en Inglaterra como muy pobre, le ofrecen tambien un refresco de limon ó de naranja. Es de muy mal tono rehusar un cigarro, pero el convidado no está en la obligacion de fumarlo. Sin embargo, la costumbre de fumar es casi universal, porque hombres, mujeres y criaturas se entregan desenfrenadamente á este vicio; sin embargo, últimamente las mujeres de la alta sociedad se avergonzaban de hacerlo, y solo fumaban en secreto.

Como no quiero pasar por un ingrato, no hablaré de la moralidad de las paraguayas, observaré solamente, que no se reputa por crímen uno que otro desliz antes del matrimonio, pero nunca oí hablar de una mujer infiel en todo el tiempo que estuve en el pais.

Los paraguayos son apasionadísimos del lujo, y se aprovechan de toda ocasion para lucir su traje, pero muestran una indiferencia suprema por el bienestar doméstico. Como *médico* pude conocer la vida íntima en todas sus faces, y este privilegio me causó mucha pena. Era como entrar entre bastidores durante un ensayo. No dejaba de ser un espectáculo muy curioso de las costumbres paraguayas, aun cuando poco agradable, encontrar, por ejemplo, en el bailo del Club, á la esposa de un coronel vestida á la última moda de Paris, y luego

al dia siguiente ver á la misma muy pobre y escasamente vestida de algodon, sin medias ni zapatos, sentada en medio de sus esclavas, con los cabellos sueltos, riñéndolas asperamente en guaraní, mientras sus hijos súcios y abandonados, se revolcaban con el cigarro en la boca, entre las cabras y gallinas de la casa.

Despues del cigarro, el mate es sin duda la mejor escusa para desperdiciar el tiempo. El tiempo *legítimo* para beber este brevaje eran las primeras horas de la mañana, y despues de la siesta; pero las personas que tenian bastante yerba y tambien poco que hacer, pasaban todo el tiempo que no dormian con el mate en la mano. La yerba es la hoja seca y pulverizada del *Ilex Paraguayensis*, árbol que por su tamaño y follaje se parece al naranjo (es decir, al naranjo paraguayo que tiene á menudo treinta pies de alto) y cuyas flores son blancas, pequeñas y se presentan en forma de racimos. Pertenece á la familia *Ilex*, pero contiene un principio amargo parecido y casi idéntico á la teina, alkali encontrado en el té y el café. El modo de servirle es original: el mate, que es una calabaza ennegrecida, conteniendo de tres á cuatro onzas de agua, se llena de yerba rudamente pulverizada; dentro de él se mete una bombilla ó tubo de plata terminado por una estremidad en un globito lleno de agujeritos, entonces se llena de agua, y la infusion es chupada inmediatamente por el tubo y exactamente lo mismo que si fuera un *Sherry-cobbler*, con la diferencia de que el agua se echa diabólicamente caliente. Algunos lo toman con azucar, pero los verdaderos aficionados lo prefieren amargo.

Cuando nos instalamos en la legacion, lo usábamos en lugar de té, lo preparábamos de la misma manera, y nos gustaba bastante. Mas tarde, en mi viaje á los Estados-Unidos, me encontré con un americano que lo habia estado cultivando en el Paraná, al Sud del Brasil, y que viajaba para Nueva York con el objeto de introducirlo en aquel mercado. Estaba muy entusiasmado y confiaba en el éxito, creyendo que una vez probado el artículo, habia de reemplazar al té y al café. Lo habia tomado por años y me gustaba, pero no soy de la misma opinion que el yankee. El modo de tomarlo es ciertamente

singular, y se ha aseverado en una obra científica inglesa de bastante fama, que se toma así por el color negro y desagradable que adquiere cuando se espone al aire libre. Esto no es cierto; la infusion tiene un color verde oscuro, y no se ennegrece ciertamente hasta que se descompone.

La razon porque es preferible este modo de tomarlo, proviene de lo menudo de la yerba, que la bombilla detiene y filtra en su camino á la boca. He visto algunas veces el hueso de una gallina con una estremidad tapada con algodon haciendo las veces de una bombilla; la yerba como el té, es estimulante y astringente, y si la teoría de Liebig sobre la accion de aquella planta es exacta, esta seria tambien indirectamente nutritiva y retardaria el gasto de las fibras.

Muchas plantas medicinales crecen en el Paraguay, y los habitantes creen que toda planta ó flor sirve de remedio para alguna enfermedad; menosprecian sus propias flores silvestres, aunque tienen en mucha estimacion las rosas, claveles, pensamientos y otras exóticas, y creian, siempre que me veian cojerlas, que lo hacia para la medicina. Un dia cojia algunas espléndidas verbenas escarlatas, que crecian al lado del camino, cuando se me acercó una paisanita que llevaba una caña de azúcar, y despues de observarme un rato, me dijo tímidamente: «¿Para qué enfermedad sirve de remedio aquella flor? «Para ninguna, segun creo.» «Entónces por qué las coje Vd.? me preguntó asombrada. «Porque como Vd. es brillante y bonita.» *¡Nai-nah, che carai!* no me fastidie Vd. señor, dijo y se dió vuelta media ofendida, porque pensaba que me reia de ella.

Los paraguayos tenian ideas muy raras sobre la jeografía, debidas en parte á que pocos habian dejado su país y á que no podian comprender los mapas. La representacion de un vasto territorio sobre un papelito, era para ellos una cosa tan inconcebible, como lo es para un rústico una cantidad abstracta. En efecto, apenas lograban comprender el significado de los dibujos, si se esceptúan los grabados de santos. Una vez que terminaba un cuadro al óleo, de la montaña Lambaré, me observaba muy atentamente un sacerdote; en el primer tér-

mino del cuadro se veían dos figuritas, que él encontró « muy lindas, » y me preguntó luego con cierta desconfianza, quienes eran aquellos santos y por qué los achicaba tanto. El Paraguay les sirve de norma para determinar la posicion y distancia de otros países, y todos, segun los paraguayos, estaban ó arriba, ó abajo del rio. Imajinaban que llegaba hasta la Europa misma, y no podian concebir la existencia de otro continente con un océano de por medio. Un anciano me hizo una vez la muy comun pregunta, de si yo estaba muy distante de mi país nativo. Le dije que sí, mas de dos mil leguas. « ¡ Qué barbaridad ! » esclamó, como si dijese, que es cruel madre la tierra para separar así sus hijos.

Siempre confundian á Lóndres con la Inglaterra ; y aun el padre Roman, que tenia una biblioteca, que para esta parte del mundo debe considerarse muy grande, es decir, cerca de cincuenta volúmenes, y á quien encontré leyendo una traduccion española de la vida del cardenal Wiseman, me preguntó muy confuso, si Lóndres estaba en Inglaterra ó Inglaterra en Lóndres, y si esta última lindaba con la Francia ! Por estar aislados, abrigaban como es de suponer, una muy alta idea de su país, y de la vasta importancia política que debe poseer entre las naciones ; su ódio y desprecio por los estranjeros, provenia tambien del enorme sueldo que, segun ellos, percibian, y á causa de haber venido de tan lejos para el servicio del gobierno de la República. Como se comprende en un pueblo como este, las ciencias y las artes son naturalmente primitivas, especialmente las que pertenecen á la agricultura y á las manufacturas domésticas. Aquella tierra rica, arenosa y pulverizada exije poco trabajo; el mas rudo de los arados, que consiste solo en una rama gruesa con dos vástagos diverjentes sirve para todos los procederes de la labranza. Este instrumento, tiene como tres piés de largo, es puntiagudo, la parte que hace las veces de reja es endurecida por medio del fuego, y los dos brazos laterales sirven de manijas. Completa el instrumento, una yunta de bueyes que tiran de una guasca asegurada á un yugo, al que se uncen los animales. Cuando se envejece ó descompone una rama cualquiera del aparato arriba

mencionado, se le reemplaza. Se ignora del todo el uso del abono; la basura de la capital era depositada en la plaza y en frente á las oficinas públicas, con el objeto de echarla despues al rio.

El algodon es indíjena y el arte de hilarlo, que es tal vez el mas antiguamente conocido en el país, es muy sencillo. Las hilanderas toman en la mano izquierda un puñado de algodon y revuelven la hebra con una rueca ó pequeño huso, que aseguran con la derecha, haciéndolo jirar rápidamente con el índice y el dedo pulgar; no han adelantado un paso sobre el método seguido mil años há. Vi hilar precisamente de la misma manera á los á tártaros en la Crimea, que tenian tambien la misma aficion que los paraguayos, por la manufactura de toallas con bordados y ribetes del mas esquisito trabajo. Pero los tártaros mostraban preferencia por modelos sencillos, que ejecutaban con seda ó lana de vivos colores, mientras que los paraguayos, despreciando los colores, hacian sus trabajos de aguja con el mas intrincado encaje. El hilo así manufacturado es notablemente fino, líso y fuerte. Recorrian el país tejedores que llevaban al hombro su sencillo telar; he visto montarlo, muchas veces, y al obrero empeñado en su trabajo, bajo un naranjo, al lado del camino; aseguraba el rodillo en una rama, y lo balanceaba por abajo con piedras, que colgaba tambien con huascas para levantar las carcolas. Allí, sentado tal vez en una cabeza de caballo, producia una obra tan hermosa como durable. Es mas sencilla tambien su manera de hacer los ponchos de lana y los mandiles. Se devana la urdiembre sobre un marco de madera poco mayor que el poncho, y se pasa con la mano entre los hilos una ruda lanzadera en forma de bote. Se producen de este modo muy buenos modelos cuyos colores son, por lo jeneral, negro y blanco, ó un hermoso color azul que se saca del añil del país.

Despues de hilar y bordar, las mujeres son habilísimas para hacer cigarros, de los que fabrican una inmensa cantidad. Los cigarros, si se esceptúa los que fuman las mismas fabricantes, son mucho mas pequeños que los que se conocen en Europa;

los « *fuertes* » tienen mas ó menos el diámetro de un lápiz y el tabaco se estima en razon de su fuerza. Una clase, que se obtiene quitando las hojas inferiores de la planta y dejando maduras solamente las mejores, se llama « parà hobi » ú *hoja manchada* y vale cinco ó seis veces mas que el tabaco ordinario. He visto producirse en personas que no acostumbran á fumarlo, síntomas alarmantes de conjestion al cerebro.

La caña de azúcar crece abundantemente, pero como todo lo demas no saben cultivarla. Su sementera es escesivamente densa, y he visto crecer las plantas, como el trigo en Inglaterra; resulta de esto que el jugo del azúcar es muy pobre, la manera de condensarla es tambien sumamente ineficaz. Forma todo su injenio un marco maciso de madera, colocado perpendicularmente con dos cilindros de madera dura, que se disponen para este fin con dientes de madera; el eje del cilindro superior sobresale, y en él se asegura un palo largo, cuya estremidad contraria, se ata á las astas de una yunta de bueyes; estos marchan en un círculo trazado y de esta manera ponen en movimiento los cilindros. Entre estos cilindros se introduce la caña poco á poco, pero como no están bien ajustados y no tienen otro sostén que los rudos agujeros en que jiran, se pierde, como es natural, la tercera parte del jugo. Un paño ordinario sirve para colar el producto que se evapora en seguida en una honda olla de cobre, colocada sobre el fuego, á campo abierto. La clarificacion no se hace con cal, cuyo uso es desconocido, y como el jugo por lo jeneral es ácido, y largo tiempo hervido, el procedimiento de la cristalizacion se hace muy difícil, de lo que resulta una deliciosísima aunque costosa miel de caña.

Este producto es almacenado en sacos de cuero atados como se ataria un budin dentro de un paño. A veces obtienen una escelente azúcar granulada oscura, pero esto es casi siempre casual. El azúcar brasilera, á pesar del largo viaje por agua, que suele durar tres meses, y del impuesto de 20 p.% que la recarga, es mas barata en el Paraguay que la manufacturada en el país. La melaza se llama allí simplemente miel, y por esta palabra nosotros entendemos solamente la de abeja, lo

que sin duda hizo incurrir á M. Parish en el error de asegurar que la bebida principal de los paraguayos se hace de la miel de abeja, que abunda en el pais, lo que no es cierto: la miel de abeja [que diremos de paso es elaborada en el pais por una verdadera avispa] es sumamente escasa y cara.

La manteca, que no se usa sino como remedio ó pomada, es reemplazada con la melaza que se toma á menudo con pan; pero se fermenta y se destila muchísima para hacer caña, ó licor que tiene generalmente, por no estar purificado, un olor asqueroso y que contiene una peligrosa cantidad de aceta-to de cobre por ser de este metal el condensador. Los habitan-tes en general son moderados y beben poco, pero los artesanos ingleses en la Asuncion, con el descuido y temeridad conocida de los de su clâse, bebian enormes cantidades de caña, y puede atribuirse directa ó indirectamente á este esceso la muerte de la mitad de ellos. Los alambiques eran casi todos hechos de cobre, pero en prueba de su atraso vi en la aldea de San Lo-renzo, uno hecho de tierra que daba la corriente mas reducida posible de licor fuerte. Esta vasija no era otra cosa que un jarro de arcilla rojiza que tenia como cuatro piés de alto y cuya tapa era hecha de madera; cerca de esta se introducia un tubo de estaño que pasa oblicuamente por otro jarro parecido lleno de agua. El primero contenia el licor fermentado y se hallaba en tierra en medio de un gran fuego. El producto que probé era detestable, y me asombro de que hubiera perso-nas que pudiesen beberlo.

Una clase de caña llamada sustancia, se purifica con estraor-dinarios ingredientes: para entonar el licor, segun dicen, se meten adentro de algun alambique pollos desplumados, espi-nazos de vaca, y carne. Se mejora ciertamente tanto la fuer-za con el gusto, pero la carne quemada la deja impregnada de amoniaco. Solía hacer para mi propio consumo un licor inmejorable, é hice montar á la europea un pequeño alambi-que como su correspondiente hornaza y chimenea, y procuré á menudo seducir á los habitantes á seguir mi ejemplo. Admi-tian que era «muy lindo, maravilloso», pero que no valia la pena. Un destilador francés, llamado Lasserre, tenia un buen

aparato que le dió mucho dinero; el ahorro de combustible no mas le dejó pingües ganancias.

El ingeniero encuentra abundantes y aun tentadores arroyos con que mover molinos de agua que servia para atizar las fundiciones en Ibicuy. Me dijeron algunos ancianos que los Jesuitas hacian andar su maquinaria con agua, pero apenas queda el recuerdo del hecho. Todo el pan se hace pulverizando el maiz en morteros de madera; esto lo hacen las mujeres dos ó tres á la vez, machacándolo con gruesos y pesados palos en el mismo mortero, que es el tronco de un árbol cavado; pegan rápida y sucesivamente, llevando tan buen compás que el incidente me recordaba el ruido de un batán. Se oye por todos lados en las aldeas, largo tiempo antes de amanecer, el rápido pero sordo golpe de las maizeras preparando la harina que necesitan por el dia. Se lanza en el aire la ordinaria y pesada harina asi producida para que se lleve el viento la cáscara. Dos mujeres trillarán un *almud*, que es medio pié cúbico de maiz, por un medio, ó dos peniques y medio de nuestro dinero.

CAPÍTULO VII.

Un paseo á las cordilleras—El paisaje—Las selvas—Una fiesta en Paraguarí.

Durante el año 1864 el estado de la capital era aparentemente muy bueno; y se prolongaban tanto las numerosas fiestas, que todos los dias parecian feriados; pero se acercaba ya á su fin este breve intérvalo de la prosperidad del Paraguay, y estaban próximas á estallar las tormentas y las tempestades con que debia iniciarse aquella noche de espantosa desolacion. Los sufrimientos del pueblo, encubiertos bajo una engañosa y *farsaica* alegría, ó revelados en algunos pocos por un pesar reducido al silencio, habíanse empezado. Llenaban las cárceles personas de las mejores familias, y la flor y nata de la juventud del país, era arrancada por millares de

Ni autor, ni traductor no saben de historia y geografia del Paraguay.

sus hogares para hacerla sentar plaza en los ejércitos. Con el mas profundo pesar concurria á los brillantes bailes que se daban semanalmente en honor de Lopez, porque sabia cuántos habia, que obligados á asistir como yo, lamentaban la pérdida de séres queridos, y que finjiendo alegría y entusiasmo, procuraban granjearse la buena voluntad del tirano, á quien temian tanto como odiaban. (1)

Entre muchas otras conocia á una señora, doña Dolores Carisimo, esposa unos meses antes de D. Bernardo Jovellanos. Esta infeliz mujer, que era una excelente y tímida criatura, se veia obligada á mezclarse con un rejimiento de vergonzosas rameras, disciplinadas y encabezadas por madame Lynch, que cantaban un himno patriótico en honor de Lopez, mientras que su marido, cargado de grillos, yacia preso en el « Colejio. »

Sin embargo, antes de empezar la descripcion de las penosas escenas y episodios de la guerra, séame concedido el placer de hablar, aunque sea por un momento, de algunos felices dias que pasé esplorando las inmensas selvas del pais y gozando del hermoso panorama de las cordilleras. Habia obtenido una licencia de quince dias, con un pasaporte especial, en que se ordenaba á las autoridades de todo pueblo ó aldea por donde pasase, que se me suministráran caballos y todo cuanto necesitase. Llevé conmigo mi sirviente, y un aleman que iba á comprar tabaco nos acompañó en una parte del viaje, y nos indicó jenerosamente el camino que nos convenia mas seguir. No partimos hasta muy tarde, y ya se habia puesto el sol cuando pasamos los límites de mis acostumbrados paseos á caballo. Los caminos eran buenos, pero como te-

(1) Estas y otras observaciones del autor dán lugar á creer que la estraordinaria adhesion que los paraguayos desplegaron por la causa de Lopez, se limitaba, por lo jeneral, á la raza mista. La cuestion es bastante curiosa, y nos gustaria verla tratada filosóficamente por personas competentes, porque incluye, segun nuestro modo de pensar, un problema fisiolójico muy importante.

(Nota del traductor).

níamos que mudar caballos cada dos leguas, en las postas del gobierno, perdimos tanto tiempo que era ya de noche cuando llegamos al pueblito de Capieta, aldea cuyas casas hechas de adobes, con techo de caña, ocupan los tres costados de una manzana; el cuarto lo llenaba todo la iglesia, edificio en forma de galpon, con un campanario de madera. Cenamos con el comandante, pero no gustándome el sofocante cuartito que me tenia preparado, dormí al aire libre en mi hamaca, que colgué en un árbol vecino. La brillante luz de la luna me despertó á las 2 de la mañana, y llamando á los sirvientes los hice ensillar los caballos, y despues de bañarme en el arroyo que corria ruidosamente por una pedregosa quebrada al pié del pueblo, me fuí á toda prisa, considerando el estado del camino, que en aquel lugar era pantanoso y lleno de angostos y profundos cañadones.

En la primera posta, mi sirviente, que llevaba todo cuanto poseia en un poncho que le rodeaba la cintura, sufrió una caida atroz del caballo, pero salió ileso, gracias al inmenso bulto en que iba envuelto.

Aunque viajábamos á principios de la estacion calorosa, hacia un fresco delicioso de noche, y la luna llena, arrojando benignamente su luz májica sobre árboles, rocas y campos, iluminaba nuestros pasos suficientemente para evitar las zanjas y pantanos, tanto mas peligrosos, cuanto que estaban cubiertos en muchas partes del camino, que era por sí mismo bastante malo, de una magnífica vejetacion verdosa. Sinembargo, pronto llegamos á un terreno mas elevado; pasamos interminables campos de mandioca, con su hermoso follaje verde y rosado, y muchas sombreadas sementeras de tabaco, hasta llegar al pueblo de Itaguá, en el momento que se tocaba la *reveillé*. Despues de tomar un vaso de vino con bizcochos, encendimos nuestros cigarros y partimos al galope.

En la próxima posta supimos la desagradable noticia de que las lluvias habian destruido una parte del antiguo camino y que seria necesario hacer una larga vuelta. Por una legua, tal vez, anduvimos por el cauce de una pequeña pero rápida corriente, que en paises tan densamente poblados de árboles

como el Paraguay, forman á menudo el único camino practicable en las selvas, donde las sendas apenas se hacen, vuelven á cerrarse por lo prodijioso de la vejetacion. El agua nos llegaba á veces hasta las cinchas, y las copas de los árboles eran tan tupidas y enlazadas, que la via parecia un tunel de hojas. Recorriamos frecuentemente centenares de yardas tendidos en el lomo del caballo para evitar las ramas de los árboles y las redes de las parásitas y enredaderas. La atmósfera era sofocante y calorosa, y casi podria decirse animada por la multitud de espléndidas mariposas, que navegaban lenta y lánguidamente en los rayos oblicuos del sol, que lograban penetrar acá y allá la densa vejetacion, é iluminar el fondo lejano y recóndito de la selva. Nuestros caballos se detuvieron varias veces aterrorizados por los caimanes que se zambullian en las aguas. El terror del caballo por los yacarés no es esplicable, porque nunca atacan animales grandes. Con mas razon los asustaban las boas, que eran mas gruesas que mi brazo y se refujiaban en el follaje, señalando su camino con la luz trémula de sus ondulantes escamas bruñidas como la plata.

Desde que se fue de Caacupé ... la cordillera

Mucho me alegré cuando se estendieron á nuestra vista, á medio dia, las vastas llanuras de Caacupé, pueblo que, como todos los demas, consta de una plaza. El plan que los Jesuitas introdujeron en las reducciones ha sido fielmente copiado por toda la República, de suerte que basta ver un pueblo cualquiera, para tener una idea exacta de los demas, porque todos son iguales. Llamaban mucho la atencion los dibujos que sacaba de los paisajes; los habitantes formaban un ancho semicírculo á mi alrededor, se asomaban tímidamente por sobre mis hombros y retrocedian en la mayor confusion si echaba una mirada hácia atrás. Invité á uno de ellos á que pasára al frente para sacarle el retrato; pero pareció poseido de un susto tan exajerado, que tuve que abandonar mi idea, por no poder contener la risa.

Pasando adelante, el pais es muy montañoso, y toda la comarca me pareció rica en maderas. Ví por primera vez crecer *in situ* el *Guayacum* y la *Copaiba*, hermosos y elevados árboles. En el camino habia gran abundancia de naranjas dulces; mi

sirviente añadió cerca de media fanega á la carga que llevaba ya, é hizo con ellas un espléndido almuerzo. Como no seguiamos hacia tiempo el camino, los chacareros por cuyos ranchos pasaba, me suministraban voluntariamente y con urbanidad los caballos, aunque yo tenia poder para tomar cuantos quisiera.

Era ya mas de la una, y la cordillera que debiamos atravesar presentaba un aspecto azulado por su mucha distancia; con este motivo, antes de pasar mas lejos, crei conveniente almorzar y echar una siesta, porque los rayos perpendiculares del sól nos obligaban á ello. La próxima fonda á que llegamos nos invitaba por su aseo, é hicimos una escelente comida compuesta de *asado* y mandioca. El viejo sarjento, á quien pertenecia la casa, hacia él mismo el servicio de la mesa con suma bondad, y miraba comer al *estranjero teniente*, con un respeto que no dejaba picar en curiosidad. Cuando concluí la comida, la hija del patron, rubiecita muy bonita, nos trajo agua y toallas hermosamente bordadas, y luego nos dió cigarros. El patron y mis compañeros se durmieron pronto, pero yo pasé el tiempo mas á mi gusto charlando como podia con la chica. No sabia ella hablar el español ni yo el guaraní; y nos reimos tanto que despertamos al «taitá» quien sumamente escandalizado la echó inmediatamente.

El camino en adelante recorria los mas hermosos campos que habia visto en mi vida. El pasto llegaba hasta el lomo de los caballos. Vi un *tujuju* ó grulla blanca, con cabeza negra que tenia cinco piés de alto. A las cuatro de la tarde comenzamos á subir la Cordillera Oscura: No presentaba obstáculos tan formidables como los que yo esperaba encontrar, hasta llegar muy cerca de la cima, donde el declive se hacia tan escarpado, que se habian construido calzadas con troncos de árboles fuertes colocados trasversalmente, de manera que forman casi una escalera. Nuestros caballos treparon sin accidente alguno; y aunque la distancia era corta, no me pesaba haber llegado á la cumbre, porque no se podia mirar atrás sin estremecerse. El nivel del paso sobre el valle puede tener 1500 piés, pero es dificil calcular á ojo la altura de colinas tan densamente pobladas de árboles.

La perspectiva desde la cima era magnífica; las cordilleras, el lejano rio, y las inmensas llanuras presentaban un espléndido panorama. A nuestros piés se estendia el hermoso lago Ipacaraí, que tiene como cuatro leguas de largo y tres de ancho; los rizos de sus aguas lavaban los troncos de las palmas, que cubrian la playa y deshacian la profunda sombra de su plumado follaje, que obedecia entonces como siempre al dulce impulso de la brisa. Se veia en los potreros uno que otro rancho, con paredes blancas y techo de paja; mas allá se levantaban otros palmares, luego cedros, y altos árboles silvestres adornados con tapices y colgaduras de orquisos y lianas, que de oleada en oleada llegaban hasta la misma cumbre. Llenaba el claro un vívido color verde, que se reducia gradualmente con la distancia hasta convertirse en un suave color gris purpúreo, que con no bien definidas márgenes se fundia en el nebuloso horizonte. La misma senda era encerrada por murallas de cactus, cubiertos de espinas, cargados de blancas y rosadas flores, y reforzados con formidables euforbios, cuyas espinosas ramas no solo hieren sino que son venenosas.

Reemplazaba al pasto, el anana silvestre ó *caraguayiá* que cubria el suelo y cuyas dentelladas hojas con su centro escarlata, cortaban el paso á todo el que queria apartarse del camino. Esta última tendrá algun dia un gran valor comercial; desde los mas remotos tiempos los habitantes se han servido de su hebra para hacer redes de pescar, cuerdas, y un paño muy fuerte y ordinario. El Capitan Page habla de ella en términos calorosos, pero la llama equivocadamente aloés; pertenece á la familia Bromiliaceas. En los últimos años de la guerra, Mr. Von Truenfeldt fabricaba con ella el papel en que se imprimia el *Semanario*.

Mientras descansábamos en la cumbre de las cordilleras gozando de la fresca brisa y de la hermosa perspectiva, se me acercó el vaqueano y me contó la siguiente leyenda, que doy *mas ó menos* con sus propias palabras.

«En el sitio en que vemos ahora la gran laguna, se hallaba muchos años há un espacioso y fértil valle; y cuando los bue-

nos padres jesuitas plantaron por primera vez la cruz en el Paraguay, encontraron en aquel lugar una gran aldea india con sus campos de maiz y mandioca. Predicaron el evanjelio como de costumbre, pero los habitantes rehusaron convertirse y á mas de esto, no quisieron tener trato con ellos; prefiriendo comer mandioca, tomar mate, fumar sus cigarros y vivir en deplorable ignorancia antes que recibir la civilizacion y el cristianismo—es decir, preferian antes que adorar ídolos rendir culto al sol naciente, antes que hincarse en templos lujosamente pintados hacerlo en los solemnes y seculares bosques, donde sus padres habian orado y temblado en presencia de un misterio que no podian comprender, ni se atrevian á nombrar sino con una esclamacion de asombro.. «¡Tupa, que!» (¿qué es esto?) y en fin á que sus buenos amigos los padres los convirtiesen en bestias de carga. Como es de suponer una conducta tan mala y perversa no podia sino atraerles un castigo ejemplar. Los padres, indignados con su impiedad y disgustados con su obstinacion se retiraron maldiciendo amargamente á los paganos. La misma noche el agua del único pozo del pueblo se levantó rápidamente, corriendo cada vez mas lijero hasta lanzar una caudalosa corriente. Un loro perteneciente á un hombre que habia dado á sus huéspedes un pedazo de chipá, voló alrededor suyo gritando, ¡Terri-ho! ¡terri-ho! (idos, idos). El hombre se levantó y huyó aterrorizado delante de la inmensa creciente, pero los demas infelices dormian profundamente en sus hamacas, y jamás volvió á vérseles. Al dia siguiente al salir el sol, las profundas aguas de la azulada laguna corrian por encima de la maldita poblacion, y hasta los mismos piés del fugitivo, que habia caido enteramente desfallecido en la pendiente de las cordilleras; «¿Sigue creciendo la laguna, le pregunté? —No mi teniente. Los buenos padres regaron la márgen con agua bendita: se detuvo al instante y desde aquel tiempo hasta hoy dia, ha permanecido como lo vé vd. ahora.»

La noche estaba muy avanzada cuando llegué al pueblo «Barrero Grande»—ciudad grande y notablemente aseada. Me recibió admirablemente el comandante Don Justo Fran-

co, y segun la costumbre paraguaya, me aseguró con un empeño que era casi ridículo, que me pertenecia su casa y todo lo que contenia, y que él, su esposa é hijos eran mis muy humildes esclavos!

La jornada habia sido larga, talvez veinte leguas; despues de una inmejorable cena y de un buen cigarro, me envolví en mi poncho y apenas mi hamaca se habia columpiado doce veces, cuando me hallé profundamente dormido. Sin embargo, me despertó una serenata dada en honor mio, por el coro del pueblo, apoyado con las armonías de un clarinete, una flauta, un triángulo y un tambor. Los niños tenian unas voces atrozmente agudas, y un diablo de muchacho se plantó en la puerta, y por el ojo de la llave, me soplaba frenéticamente versos cumplimentarios, que me llegaban envueltos en una nube de tierra; sus intenciones eran buenas, pero estando muy cansado me dormí como un ingrato en medio de la sinfonía. Apenas habia apuntado el sol, me levanté para bañarme en el arroyo, que pasa por el pueblo, y en seguida de tomar un mate, salí á cazar hasta la hora de almorzar: el resto del dia lo pasé sacando bosquejos y estudiando la botánica de la vecindad.

—Siempre lo ha sido.

Me habia comprometido con un amigo á llevar una carta á un chacarero de cerca de Barrero, y partí solo al dia siguiente para cumplir con mi promesa. Encontré que *cerca* queria decir la distancia de tres leguas, entre las colinas. Llegué á tiempo para cenar, y en aquel remoto lugar, mi visita fué recibida con gusto. Consistia la familia en un estanciero, su esposa, dos niñas crecidas y varios hijos menores. Hablaban muy poco el español, pero me encontré muy pronto á mis anchas en la casa. Era muy tarde para volver, de manera que me quedé por la noche. Cuando me desperté la mañana siguiente, llovia á cántaros, y continuó lloviendo por tres dias; los caminos, como que seguian la base de las montañas eran intransitables, mientras durára la tormenta. Sin embargo, el tiempo se me deslizó rápidamente, hice bosquejos de cuanto habia por la casa, figuritas de papel para las criaturas, estudié el guaraní con las niñas, que se intere-

saban mucho en mi progreso, fumé muchos cigarros y tomé un sin número de mates.

Por último, se despejó el tiempo y volví á Barrero. D. Justo vino ansiosamente á recibirme, y me dijo mi sirviente, que mi larga ausencia lo habia inquietado mucho, « ¡ Santa Virjen ! » continuaba repitiéndo, « qué puede haberse hecho el inglés. »

Al dia siguiente cruzé el campo en direccion á Peribebuy, pueblo que llegó á ser notable por la resistencia que Lopez hizo allí, despues de su derrota en las Lomas Valentinas en Diciembre 1868, y en donde juntó el triste resto de su pueblo, para hacerle perecer por el hambre y las enfermedades. Vestido de gran parada, D. Justo me acompañó algunas millas á caballo, y adelantó uno de sus hombres para enfrenar los caballos en la próxima estancia, que estaba muy distante del camino. Partí sin almorzar, esperando llegar hasta Peribebuy antes de medio dia, porque el camino recto solo tiene siete leguas. Pero erramos el camino y tuvimos que apartarnos mucho para mudar caballos; era ya de noche y estábamos todavia en las selvas. Habia estado ocho horas sobre el caballo, y casi en ayunas, porque si se esceptúan unas naranjas silvestres, no habia comido nada en todo el dia. No teniendo ya paciencia, y estando mejor montado que mi sirviente, me adelanté á galope en busca de una casa en que pudiéramos mudar caballos y obtener un baqueano. A poco rato ví un gran rancho, con varios caballos ensillados á la puerta; me acerqué á él sin esperar al sirviente. Una docena ó mas de peones indios se hallaban en el espacioso zaguan, armados con sus formidables facones, y un pájaro de mal agüero fumaba en la puerta. Yo estaba vestido de ciudadano, con escepcion de la gorra de teniente, y había dejado mi espada en casa, pero llevaba un revolver á la cintura. Les dí las buenas noches, pero con gran sorpresa mia no contestaron al saludo, y entonces cometí el error de pedir caballos en vez de exijírselos. Un gruñido guaraní fué su única contestacion; contrariado, cansado y con hambre, les mostré mi revolver, y les dije bruscamente: « tráiganme tres caba-

Teoría europea

llos. » El cámbio de tono hizo un efecto instantáneo, y cuando llegó mi criado, estaba ya montado y listo para partir, con un muchacho por guía; pocos minutos despues corriamos al galope en las tinieblas de la noche.

El camino era detestable y la noche tan nebulosa, que apenas se veia la oscura y elevada muralla de árboles que se levantaba á ambos lados del camino. Sin embargo, nuestro baqueano iba á todo galope, le seguíamos como mejor podíamos, y en una hora nos llevó al pueblo.

Estoy por decir que el jefe de Peribebuy no habia visto antes á ningun estranjero. Era un hombre muy grueso, moreno, con una nariz que no merece mencionarse, unos ojitos pequeños, redondos y negros como cuentas, que tenia clavados en mí incesantemente, y repetia de vez en cuando, como si fuera una cosa inesplicable para él, « vuestra señoría es realmente inglés! ¡ María Santísima! un inglés vivo en esta mi pobre comandancia! »

Una de las regiones más fértiles del país

Peribebuy es un pueblo grande, pero muy pobre, edificado en una desnuda colina rocallosa, y rodeado de campos estériles. Me parecia uno de los parajes mas áridos de todo el Paraguay. Se considera muy pobre el que no tiene cinco vacas, y allí nadie, por lo que me dijo el jefe, las tenia, escepto él mismo. Al pié del pueblo corre un hermoso arroyo; su cauce consiste en una especie de pizarra, y forma un sitio excelente para un molino de agua. Al dia siguiente muy temprano me bañé en él con gran asombro de las jentes, que, aunque muy aficionadas al agua en verano, nunca se atreven á lavarse cuando hace frio. « ¡ Qué guapo! » decia uno— « ¡ Qué loco! » decia el otro.

Dejé esta aldea en viaje para Caraguatay, que significa el rio de los *Ananas silvestres*. Este pueblo, entonces grande y próspero, fué el término de mi viaje; pero á fin de aprovechar bien el tiempo, me dirijí hácia el Sud, haciendo un largo circuito de casi cien millas en mi vuelta á la capital. Encontré allí á un inglés, llamado Robert-Emery, que era ladrillero y curtidor. Hacia diez y ocho años que estaba en

el Paraguay, se habia casado con una hija del país, y él mismo parecia enteramente paraguayo.

El camino volvia á pasar por entre las selvas, y la belleza pintoresca de los bosques, se veia allí en toda su perfeccion. Tenemos todavía en Inglaterra muchas arboledas; excitan aun nuestra admiracion los numerosos « monarcas de los valles, » que hace muchos siglos eran hermosos árboles, y un paseo por los verdes bosques, encantan siempre al anciano y al niño. Pero en los ilimitados bosques del Nuevo Mundo, un sentimiento de pavor que llega hasta la reverencia, templa el placer con que se les contempla. Son sublimes por su enorme estension, y casi opresivos por su profundo silencio. Por ser tantos y tan agrupados se olvida casi su estraordinaria altura; pero llaman forzosamente nuestra atencion sus enormes y sólidos troncos nudosos, torcidos y envueltos en jigantescas enredaderas hasta la punta de su mas elevada rama, ó canos y podridos con la vejez, pero siempre brillantes con el tierno follaje de las parásitas que aun los tienen abrazados. Aquellos enormes cedros y lapachos son estrañamente bellos, pero me impresionaba mas el eterno silencio interrumpido solo por el silbido de la cigarra, y el éco de los vasos de mi caballo.

Apenas habiamos salido de la selva, cuando el camino se hizo malísimo y por mas de una legua, chapaleamos el agua y los pantanos á traves de los esteros, esperando por momentos que los caballos quedasen enterrados en el barro: el calor era escesivo en campo abierto. Me causó placer llegar al próximo pueblo, y descansé á la sombra de las macisas bóvedas del corredor del antiguo colejio de jesuitas «Yaguaron.» El pueblo es una tristísima aldea, pero el colejio, que es hoy la residencia del comandante, es un hermoso edificio con grandes cuartos y espaciosos y sombrios claustros. En el centro del patio se halla un cuadrante de piedra habilmente labrado. La iglesia, una de las pocas que quedan de las que edificó la Compañía, se parece por fuera á un inmenso granero, porque la torre se ha caido y las campanas están aseguradas á una viga del frente. El interior es muy curioso; los arquitectos

evidentemente pretendian producir mucho efecto con escasos medios. Con tablas delgadas, se representan de perfil en el coro arcos y columnas macisas, pintadas para imitar piedra. El techo está lujosamente pintado de verde y colorado, y se disimulan las vigas con esteras muy bien tejidas. El púlpito es sostenido por una figura de mujer vestida á la romana, y adornada muy artísticamente con pequeños medallones. Las paredes tienen cuadros toscamente ejecutados, que representan de un lado escenas de las Escrituras y del otro las vidas de los santos. Pero se ha prodigado la mayor finura y labor en los altares y relicarios. El primero es una vasta construccion de madera labrada y dorada, con una escalera detras, que da acceso á las hileras de candeleros que se levantan una sobre otra hasta la bóveda. Sobre la puerta occidental, se halla una galería para el coro y un órgano. Me sorprendió mucho de que hubiera semejante instrumento en tan remoto lugar; quise examinarlo pero se habia perdido la llave de la galería, y me dijo el comandante que no se oia hacia siglos. El jefe estaba muy orgulloso de su antigua iglesia; entretanto no la cuidaba nada y estaba medio arruinada.

El dia siguiente, me hallaba de nuevo en las colinas, y volví á cruzar la cordillera por el Paso Ivie (el paso malo) que bien merece su nombre. Me habian dicho que estaba intransitable para carretas de bueyes, y por lo mismo esperaba encontrarlo malísimo, porque estos rudos vagones, con sus enormes y anchas ruedas, logran pasar caminos que á nosotros nos parecerian enteramente intransitables.

Formaba el paso una angosta y escarpada quebrada, destrozada por las lluvias y tan precipitada, que mirando desde arriba abajo (una profundidad de mas de mil pies) parecia no haber otro descenso posible que el de irse de cabeza. Sin embargo, habia adquirido la forma de unos escalones á veces anchos, otras veces estrechos, de piedra arenisca, á la que las aguas habian llevado su capa de tierra dejándola desnuda; descendimos este declive como mejor pudimos. Confieso que hubiera preferido desmontarme, pero no haciéndolo el baqueano no lo hice yo tampoco, sino que seguí su ejemplo: mi criado cerraba

la retaguardia, llevando mi fusil. Cuando llegamos al fondo, afortunadamente sin descalabro, supe que el jefe de Yaguaron habia cargado, sin avisarme, ambos cañones de mi escopeta, y que los gatillos descansaban en los fulminantes: nuestro escape fué pues milagroso, porque si se hubiese disparado el tiro, aunque nos hubiese errado, se habrian asustado los caballos, y probablemente nos hubieran precipitado al fondo del abismo. Hicimos otra jornada larga por arbustos y praderas, costeando las cordilleras hasta llegar á su terminacion en cerro Santo Tomás, montaña cuadrada, de aspecto imponente y casi perpendicular, sobre el costado occidental. En el tiempo en que el Atlántico ostentaba sus olas en las bajas y arenosas llanuras de La Plata, este promontorio áspero y rocalloso debe haberse adelantado audazmente sobre sus aguas.

El cerro consta de mica, y le da su nombre una pequeña cueva ó gruta en que residió largo tiempo Santo Tomás, cuando emprendió su notable viaje para la América, muchos siglos antes del pretendido descubrimiento por Colon y de que no nos dicen palabra los historiadores seglares. Sin embargo, no cabe duda de que el buen santo vivió allí; porque queda de recuerdo una cruz rusticamente hecha, asegurada con clavos parecidos á los que se hacen hoy dia en Sheffield—prueba inequívoca de que no se han hecho grandes adelantos en la manufactura de clavos desde el tiempo en que el santo visitó la América.

Es una burla al autor.

La gruta sirve de capilla, y el dia de Santo Tomás la frecuenta mucha jente que trepa la roca para oir misa: la ocupan lo demas del año los buhos y los murciélagos, porque en el Paraguay no hay hermitaños.

Al pié del cerro se halla la aldea Paraguarí, que como Yaguaron fué fundada por los jesuitas, quienes edificaron allí un colejio y una iglesia. Esta última estaba en ruinas, y cuando vine, la estaban reedificando; del primero se hizo la residencia del comandante (hombre de importancia, porque el pueblo es una estacion militar) y del cura del partido.

Cuando dejé mi hamaca, al otro dia muy temprano, encontré señales estraordinarias de vida, en el soñoliento pue-

blito. Los dueños de las dos tiendas, que representaban el elemento comercial del distrito, estaban muy ocupados abriendo varias cajas de madera y ostentando el contenido á un alegre grupo de señoritas acompañadas de dos ó tres ancianas vestidas de negro, que examinaban las brillantes telas y cintas, mirándolas con los brazos abiertos, ó colocándolas desde la cintura abajo, pruebas con las que demostraban su regocijo por los trajes nuevos. Las acompañaban algunos *mozos del campo*, que envueltos en sus ponchos de color chocolate se apoyaban ociosamente, cigarro en boca, contra la puerta ó caminaban afeminadamente en la punta del pié, porque las inmensas rodajas de sus espuelas de plata les impedian el uso de los talones; me paré del otro lado de la plaza mirándolas, admirado de la razon que pudieran tener las niñas para venir en busca de vestidos tan temprano. Por último, una de ellas con quien habia fumado el dia anterior, me hizo seña para que me aproximára: fuí y le hice conocer mi curiosidad. « Oh señor! esclamaron todas á la vez, «mañana Carlos Fernandez da un baile en su quinta, y todas vamos. ¿Vd. irá porsupuesto?»—«Tendria mucho gusto, pero no he sido invitado.»—«Qué importa! no se necesita invitacion: Vd. los conoce y basta.» Habia tenido el placer de encontrar varias veces en la capital á doña Eusebia Fernandez, hermana de don Cárlos, y por esto resolví quedarme para ir con ellas.

El dia siguiente se levantó el sol con su brillantez de siempre, pero por la tarde el viento cambió de rumbo y sopló del sud. Una garúa seguida de nieblas, que bajaban de la montaña en forma de grandes y macizas columnas envolvió la triste aldea en un manto de oscuridad, que le daba un aspecto sumamente melancólico. Sin embargo, este accidente no bastó para detenerme en casa, y partí en busca de mis bellas amigas. Las encontré muy mortificadas por el chasco; me dijeron que no podian ir porque el tiempo estaba tan malo, y hasta sus hermanos, por salvar sus trajes de gala, no querian moverse de la casa; entonces determiné irme solo. La quinta distaba como tres leguas, pero se me dijo, que no era difícil encontrar el camino. Por mi parte, lo hallé muy intricado, porque despues

de haber andado una hora, no hallaba rastro de la senda. Siendo rocalloso y casi estéril el terreno, no dejaban huellas las ruedas de las carretas, mientras que los jinetes cortaban el campo por donde mas les convenia. Pronto me convencí de que el viaje seria inútil. El cerro que hasta entonces me servia de guia, se me perdió de vista en las tremendas ráfagas y en la copiosa lluvia que, descendiendo bravamente de la cordillera, me azotaban ferozmente en la cara, y solo pude calcular mi posicion relativa por la direccion de la tormenta. La noche se acercaba y determiné volverme, mientras quedaba todavia suficiente luz para evitar los obstáculos del camino.

No habia andado mucho, cuando se me presentó un hombre que venia á toda carrera, con el poncho flotando al aire. «¿Adónde va Vd. amigo?» le grité.—«Voy al baile,» me contestó.—«¿Quiere enseñarme el camino?»—«Con mucho gusto, señor;» y partimos juntos á todo galope. Al desaparecer el sol en el horizonte se despejó el cielo, y cuando llegamos á la casa hacia un hermoso tiempo.

La quinta era un edificio doble, con una sucesion de cuartos á ambos costados que tendrian treinta pies de largo y quince de ancho. El espacio entre los dos costados, estaba cubierto á la manera de una era, segun me pareció. Una de las estremidades estaba cerrada con tablas y cueros de vaca, dejando lugar para formar un buen salon de baile. De las vigas pendia una ruda araña de madera, y las numerosas velas pegadas á las paredes, daban una luz brillante pero inconstante por no estar á cubierto del viento.

Un gran número de jente al aire libre miraba á los que bailaban, y castañeteaban al compas de las guitarras y arpas que formaban la orquesta. Despues de bajarme, y agregar mi silla á muchas otras amontonadas en la puerta, solté mi caballo y me dirijí, prévia una corta pausa, al baile, donde estaba doña Eusebia, que era una alta y bella jóven, vestida con un hermoso tupoi de encaje, y una faldilla de seda. La música calló momentáneamente con la entrada del estranjero y quedáronse fijas en mí las miradas de todos, porque la presencia de un oficial del gobierno no era bien recibida; pero mi amiga me reconoció in-

mediatamente, y dándome ambas manos en seña de agasajo, esclamó: «Oh! señor don Federico, qué sorpresa me da Vd.; solo faltaba Vd. para completar nuestra felicidad.» Despues de esto siguió el baile. Me presentó á sus hermanos, lindos y hermosos hombres y á su sobrinita, en cuyo honor, por ser el dia de su santo, se daba el baile. Charlamos unos minutos en la sala y volvimos despues á juntarnos con los convidados.

El espectáculo era muy pintoresco y especialmente calculado para llamar la atencion de un inglés. En el momento en que entrábamos, cerca de veinte parejas ejecutaban «el cielo» danza complicada, medio minué, medio valz, que como muchos bailes españoles se efectúa haciendo figuras y dando majestuosos pasos. Los bailarines cantan al mismo tiempo que llevan el compas de la música, y los espectadores, con intérvalos, tomaban parte en el coro.

Si mal no recuerdo, los cinco músicos tenian dos arpas y tres guitarras con cuerdas dobles metálicas, y tocaban una melodía salvaje, cuyas notas como el viento entre las colinas, cambiaban caprichosamente de altas en bajas, y cuya clave variaba con el cambio del significado de las palabras que cantaban; á veces era melancólica, triste y bajo como cuando bailaban lenta y lánguidamente al son de la lúgubre queja: «Ay Cielo! ay Cielo! este cruel amor,» y luego se avivaba cuando con el entusiasmo de la marcha prorrumpian llenos de gozo en estas palabras: «Es mia, es mia, Cielo soy feliz.» La cadencia que habia sido lenta hasta aquí, se hizo rapidísima; las parejas castañeaban con los brazos estendidos, y un *Valz à deux temps*, terminó la danza entre los aplausos de los espectadores. Tuvimos varias otras danzas, el grave Montonero, la Media caña, el gracioso Pishesheshe, que deriva su nombre del sonido que hacen con el pié derecho al restregarlo suavemente en el piso, y otras muchas que no recuerdo.

Los que bailaban eran muchos, llegarian á cien: y el espectáculo era realmente encantador. Todas las muchachas llevaban el traje del país—el clásico *tupoi* y faldillas de muy vivos colores.

Este traje tiene tambien la ventaja de que con él se créen

vestidas las niñas (pero revela talvez *un peu trop* sus encantos) y el ribete negro ó escarlata del blanco *tupoi* produce un notable efecto, y sienta á las mil maravillas á su color aceitunado.

Las paraguayas han heredado de sus madres indias talles finos y flexibles, pasos elásticos y lijeros, que las hacen inmejorables bailarinas; me quedé admirado de verlas ejecutar con tanta precision, lijereza y naturalidad los pasos complicados del «Cielo». Todas llevaban peines de oro manufacturados en el pais y algunas tenian los dedos literalmente cubiertos de anillos, bastante grandes para cubrir una coyuntura y engastados con crisólitas rudamente talladas. Algunas tenian los cuellos envueltos con cadenas y rosarios, todos de oro macizo, y que representaban por lo jeneral la fortuna entera de las que los usaban. Ninguna, si se esceptúa doña Eusebia y sus hermanos calzaba zapatos, y sus piés descalzos no retumbaban en el piso de tierra. Los hombres llevaban su traje campestre de costumbre, que consiste en camisas blancas como la nieve, ricamente bordadas, cherifés y ponchos de carmesí, ó de algun otro brillante color, asegurados á la cintura. Me parecia muy estraña una de sus costumbres; cuando se levantaban para bailar, siempre se ponian los sombreros, y cuando se sentaban los tenian en las manos—prueba de que desconfiaban, y con mucha razon, de la honradez del prójimo. Las niñas, que se sentaban sin decirse apenas una palabra, esperando reservada y modestamente á que las sacasen, ocupaban dos bancos que se estendian desde una extremidad á la otra del salon. No habia ni cuchicheos, ni aquel bullicio de la conversacion, que nosotros creemos el encanto de semejantes reuniones; el baile formaba la órden del dia, y no querian saber de otra cosa. Mas tarde llegaron otros músicos y en honor mio tocaron las cuadrillas; pero no hubo posibilidad de bailar ó seguir la música, porque á los dos pasos ejecutaban de nuevo las antiguas danzas, y las dos orquestas se estorbaban mútuamente. Por lo tanto, me contenté con mirar á los demás, y charlar con mis amigos, porque no me atrevia á ensayar los complicados pasos que otros ejecutaban con tanta gracia.

A media noche la concurrencia se desprendia en destacamentos para ir á cenar; la mesa fué espléndida, y hubo durante toda la noche á la disposicion de todos, cigarros y caña. Se rompió el baile poco despues de ponerse el sol, y no se habia terminado todavia cuando amaneció; muchos se ofrecian voluntariamente á relevar á los músicos y las huéspedes nunca se cansaban de bailar. Ahora ¿quienes eran los convidados? Si se esceptúa la familia y unos cuantos que vinieron de Paraguarí, todos eran chacareros y vaqueros con sus esposas, hermanas é hijas, pero era admirable su comportacion, sú natural urbanidad y mútuo respeto. El *patron*, hijo del general Fernandez, era hombre rico y altamente colocado. Hablaban con él y con sus hermanas con respeto, pero sin la menor torpeza ni encojimiento; las jóvenes bailaban y se movian con mucha gracia, y aunque no logré sacarles otra respuesta á todo lo que les diriji que «*Dai guai castelhano caballero*» (no hablo español, señor) si hubiera podido hablar su propio idioma, hubieran conversado conmigo con soltura y buen juicio.

Procuré esplicarme y frecuentemente me ha sucedido lo mismo, por qué razon la misma clase de gente en Inglaterra es desesperadamente ruda y grosera. (1) No es ciertamente

(1) La observacion del señor Masterman, que es por otra parte verdadera, no tiene nada de nuevo. La aspereza del carácter inglés no se limita á la clase mas inferior, ni se funda, como dice el autor, en su incapacidad para apercibir su brusquedad, sino en el *individualismo* de la raza. Es un vicio nacional, de que no nos podemos curar, y que no nos pesa, porque en el fondo demuestra el valor, la franqueza y la independencia del pueblo. Tácito hallaba el mismo defecto en nuestros antepasados y Froissart hablando de los Ingleses, siglos ha, dice, «c'est le plus perilleux peuple qui soit au monde, et le plus outrageux et orgueilleux.» Es un rasgo de un pueblo libre, que se encuentra solamente en los ingleses y los yankees. La deferencia personal se nota mas entre los franceses que entre los ingleses, entre los españoles que entre los italianos, entre los griegos que entre los italianos, entre los griegos que entre los turcos, y entre los turcos que entre las naciones bárbaras del Asia como los chinos y japoneses, es decir la independencia de carácter se manifiesta en razon directa de la civilizacion del individuo. Por mas pormenores consúltese el «New América» de Hepworth Dixon. (*Nota del T.*)

por falta de instruccion (porque aun nuestros campesinos, la tienen mejor que la mayoria de los paraguayos) sino que parece fundarse en una completa incapacidad para apercibirse, de que sus maneras no son graciosas; y que por esta razon *cœteris paribus* serán siempre inferiores á un español ó á un italiano; porque los paraguayos deben sus maneras distinguidas á sus abuelos los españoles. El indio del Chaco ó el de las pampas es un salvaje tan brutal como pudieran desearlo el mas entusiasta defensor de la teoria del desarrollo gradual de la especie.

Durante la guerra fueron promovidos muchos artesanos ingleses, y en su carácter de oficiales fueron invitados á los bailes públicos; pero me avergonzaron profundamente la rudeza, los escesos, y la brusquedad de mis paisanos. Les eran infinitamente superiores en buena crianza y buen gusto los pobres paraguayos á quienes despreciaban con toda su alma.

Dicho esto volvamos á nuestra fiesta: bailamos hasta las seis de la mañana, hora en que se fueron casi todos los convidados, entonces se sirvió el mate y entró un gran número de peones vestidos de *cámba-ranghás,* algunos de tigres, otros de cabras, ó de gran béstia, y otros de demonios. Ni aun en sueños habia vísto un espectáculo tan horriblemente grotesco.

El caballo se me fué, pero me prestaron otro mejor, y por la tarde volví á Paraguari. Hacía bastante frio, en efecto, dicen que aquel es el pueblo mas fresco del Paraguay. Los elevados y casi verticales costados del cerro dan otro rumbo al viento del Sud, que pasando por encima del lugar, disminuye considerablemente la temperatura. Por la tarde continué mi camino hasta Itá, pueblo grande, en donde se manufactura con una arcilla azulada ordinaria, la mayor parte de la loza que se usa en el Paraguay. En Itá vivia entonces un inglés que habia estado preso muchos años en el tiempo de Francia; tenia mas de ochenta años de edad, pero parecia muy sano y estremadamente robusto; murió como dos años despues. Dormí, como de costumbre en la comandancia, y partí á las tres de la mañana para llegar á la Asuncion antes de medio-dia, hora en que espiraba la licencia.

Mas encantado que nunca del hermosísimo pais en que me hallaba, este paseo me determinó á no volver todavia á Inglaterra, porque estaba muy lejos de pensar que dentro de algunos meses todas mis esperanzas se habrian desvanecido, y que aquel pais seria teatro de sufrimientos tan terribles, que la mas pálida descripcion que de ellos se haga, parecerá exajerada; y aun yo mismo que los he presenciado, apenas creo en mi memoria cuando los relato.

CAPÍTULO VIII.

Las causas de la guerra—El General Flores—La Toma del «Marques de Olinda»—La espedicion de Matto Grosso.

Los que creyeran que el orijen de la guerra entre los aliados y los paraguayos, tenia por base la antipatia de razas, ó que se hacia por la voluntad del pueblo paraguayo, irian á buscar sus causas en razones demasiado lejanas; es decir, en los remotos tiempos del establecimiento de las colonias españolas y portuguesas en el nuevo mundo.

Si la guerra hubiese sido entre los arjentinos ó los orientales y los brasileros, entonces sí podria hablarse de aquellas antiguas querellas y reyertas, que han inundado de sangre la gran península del Sud y enjendrado un ódio intenso y eterno entre pueblos íntimamente ligados por su orijen y su lenguaje. Pero no ha sucedido esto, porque los paraguayos, á causa del largo aislamiento á que los sometió Francia, habian olvidado completamente que los brasileros eran « sus enemigos naturales, » y aun ahora mismo los miran mas bien con desprecio que con ódio. Los paraguayos merecen nuestras mas ardientes simpatías por su valor é infortunios; pero no se debe olvidar que la guerra que han hecho es injusta, pues fueron ellos quienes la provocaron. Podré, sin embargo, demostrar que la guerra es esencialmente personal; Lopez ambicionaba adquirir fama y poder, y los aliados procuraban

aplastarle antes que obtuviera la peligrosa supremacía que buscaba. Creo que el orijen de la guerra puede remontarse hasta la época en que Lopez hizo su viaje á Francia en el año 1854. Salia de una república semibárbara, remota y casi desconocida, y las paradas, la pompa, la falsa gloria y los espléndidos recuerdos de guerras y guerreros de que se vió rodeado, le ofuscaron. El ambicioso sabia que un dia no remoto gobernaria un pueblo valiente y entusiasta, é imejinaba no encontrar obstáculos para levantar su prestijio entre las naciones sud-americanas, hasta el punto de hacerse temible y solicitado.

Muy luego sus ambiciosos proyectos tomaron cuerpo y forma; una voluntad superior á la suya le dominaba fatalmente, y solo le faltaba que muriera su padre y adquirir el poder absoluto, para precipitarse en una guerra con la primera nacion que le ofreciera un pretesto, ó á falta de este creárselo él mismo. Pero con vecinos tan pendencieros como las repúblicas revolucionarias del Sud y del Oeste del Paraguay, no necesitaba de la última alternativa; no tenia mas que hacer causa comun con un partido cualquiera y la guerra era inminente.

A pesar de todo lo que he sufrido, á pesar de las terribles crueldades con que he visto martirizar á otros por Lopez, á pesar de todo en fin, y de la manera severa con que le he juzgado, me causa pena y lástima, el pensar en este periodo de su vida. Estoy cierto, por lo que vi despues, que era entonces tan fácil de amoldar como la cera, y si hubiera tenido un fiel consejero, uno solo siquiera, que hubiese desarrollado en él lo que tenia de bueno, y no lo que tenia de malo habríase hecho un celoso, aunque débil gobernante, y hubiera continuado introduciendo mejoras de igual valor y utilidad á las muy importantes que llevó á cabo durante la vida de su padre. Pero en el Paraguay no existia un Mentor semejante, ni era posible que existiese, á causa del aislamiento en que siempre vivian en el país las personas altamente colocadas. La amiga que escojió en el estranjero, la ambiciosa y desapiadada mujer á quien confiaba todos sus secretos,

fué su mayor enemigo, y su deseo de adquirir fama de guerrero, que no hubiera pasado tal vez de un capricho pasajero, llegó á ser, por sus malos consejos, la pasion dominante de su vida (1).

He aludido al estado febril é inquieto de las repúblicas del Plata; en efecto, su condicion normal puede decirse que es revolucionaria, y esta es tal vez la razon porque hablan eternamente de la libertad, del patriotismo y del progreso, sin saber lo que es la primera, sin tener la segunda y deudóres á los estranjeros de la tercera, que los adelantan á pesar suyo (2). Un inglés hallaria tan difícil como inútil todo esfuerzo

(1) Nos parece que el autor exagera la influencia de M. Lynch, y que su juicio sobre el carácter del tirano no es exacto.

Si Lopez hubiera encerrado en su corazon un solo resto de sentimiento humano y racional, alguna vez en el transcurso de mas de cinco años se hubiera abierto paso en las tinieblas de aquel error constante.

D. Manuel P. de la Peña, que habia conocido profundamente á Francisco Solano Lopez, y que acompañándole á Buenos Aires en tiempo de D. Juan Manuel Rosas, cuando lo mandó su padre en Comision repetia á menudo, antes de la guerra, y á principios de ella, cuando nadie imajinaba los crímenes que habia de cometer despues: «Este muchacho tiene un corazon de tigre; Francia y su padre eran santos á su lado—esperen ustedes á que tenga la ocasion y me diran si este juicio es exacto». La realidad ultrapasó el pronóstico.

Las atrocidades cometidas por su órden sobre niños, viejos, mujeres y hasta sobre su propia madre, sus hermanas y hermanos, y su cobardia sin límites—prueban la crueldad de su carácter, y es sin duda una ilusion de M. Masterman, creer que nadie habria podido reformar las negras entrañas de aquel mónstruo.

(2) El señor Masterman con su manifiesta falta de conocimientos respecto á la República Argentina, le lanza este sangriento insulto con toda la petulancia y magestad del que habla sobre lo que no entiende.

La República Argentina ha pasado por la via-crucis de la guerra civil, indispensable á las naciones que conquistan sus derechos y libertades palmo á palmo, y es quizá uno de los pueblos del mundo que la ha recorrido mas rápidamente, si se considera que en 50 años ha conseguido el triunfo de la forma y de las ideas mas adelantadas de gobierno, mientras que muchas naciones de la Europa despues de luchas mas prolongadas están aun por conquistar lo que nosotros poseemos ya, y la gran mayoria de sus

que hiciera para comprender los principios y disciplina de sus partidos políticos. Tenemos los blancos y colorados; los crudos y cocidos, los confederados y unitarios. Este último no es una secta relijiosa, ni entra la teolojía en sus reyertas, pero ni aun siéndolo podrian odiar mas intensamente á sus adversarios, ni tener menos conocimiento de la cosa por la cual pelean, que si se tratára de la cuestion mas abstracta. En

hombres políticos, si esceptúan los ingleses, mas atrasados que los nuestros en la inteligencia de la libertad y de su gobierno.

Dice el señor Masterman con una seriedad encantadora por su rudeza, *que debemos nuestro progreso á los estrangeros que nos adelantan á pesar nuestro;* y esto despues de haber asegurado, que no sabemos lo que es la libertad y el patriotismo.

Respecto á la libertad, nuestra constitucion, y nuestra prensa, demuestran el error; del patriotismo responde la larga série de nuestros mártires y en cuanto al progreso del pais, lo remitimos á la estadística del comercio de su propia tierra y si lo desea de la Europa entera, y fuera de las estadísticas, á las numerosas empresas, que tienen su residencia en la misma Inglaterra, y que esplotan telégrafos, ferro-carriles y empréstitos en la República Argentina.

En cuanto al progreso que, segun su opinion, nos injertan violentamente los inmigrantes debemos hacerle algunas observaciones.

La emigracion es sin duda una palanca poderosa en el rápido adelanto de este pais desconocido para el señor Masterman, pero está muy lejos, como no escapará al espíritu menos investigador, de ocupar la posicion que le atribuye. La emigracion por si sola, sin libertad, sin leyes protectoras, y sin gobiernos hábiles y progresistas, ni es numerosa, ni influye en nada en la civilizacion de los pueblos. El señor Masterman y muchos estrangeros han vivido en el Paraguay, y sin embargo no han dejado rastro de su mision civilizadora.

Las ventajas que la inmigracion produce á este pais, son hijas de sus leyes, de sus libertades, de sus riquezas naturales. Las conveniencias para el pais y para el inmigrante son recíprocas, y el bien general resulta de esta conveniencia individual de las partes, que teniendo solo en vista trabajar *para sí mismas*, producen el progreso para todos.

Ni la República es un hospicio de beneficencia, ni los inmigrantes son misioneros abnegados de la civilizacion. La primera busca el progreso, los segundos el trabajo y la fortuna. Pero si estos intereses dan por resultado el progreso — esto se debe á las sábias leyes del pais, á la amplia proteccion acordada al estranjero, que es recibido cariño-

una palabra, derrocaron el gobierno despótico de la España, sin saber gobernarse; han ganado la libertad y no saben servirse de ella. (1)

Como dije, Lopez no tenia mas que hacer causa comun con alguna de aquellas infelices facciones para encender la guerra y producir la confusion en toda la parte oriental de Sud América; porque su poder era tan conocido, su persona tan odiada de todos, que su alianza con un partido cualquiera bastaba para levantar los otros contra él.

Para demostrar que esta esposicion mia del estado político de las Repúblicas del Plata no es exajerada, consúltese la relacion que hizo Darwin del viaje del «Beagle.» Declara el naturalista que cuando visitó á Buenos Aires en 1850, (2) se habian instalado y desterrado *diez Presidentes* en doce meses, y que ocurrieron, mientras se hacia la guerra, cinco insur-

samente, y á quien la República Argentina concede todos los goces y prerogativas del ciudadano, sin imponerle sus cargas, liberalidad exajerada y desconocida hasta en la libre Inglaterra.

El progreso no se hace á pesar nuestro, sino que mas bien se hace á pesar del inmigrante, que contribuye á él sin sospecharlo, porque solo busca su bienestar personal, aun cuando produce un beneficio inmenso á la tierra que lo recibe como hijo.

En cuanto á la aseveracion de que se nos han civilizado, *malgré tout*, debemos observarle, que las ocho décimas partes de la inmigracion, no traen mas contingente civilizador que sus puños y el legítimo deseo de mejorar su suerte, y por consiguiente que muchos tienen que aprender, y muy raros que enseñar. *(N. del E.)*

(1) Nos parece escusado entrar á refutar al autor sobre este juicio de los partidos; baste decir que no sabe bien ni sus nombres, para demostrar que no puede comprender sus tendencias.

Los crudos y los cocidos no han dividido jamás á la República; eran simplemente una clasificacion pasajera, que se aplicaba á dos fracciones de un mismo partido en una lucha electoral.

Algun diario de esa época habrá caido en manos del autor, y le ha sucedido como se dice vulgarmente, que ha *oido repicar sin saber donde.* *(N. del E.)*

(2) Darwin llegó á Buenos Aires en 1833, cuando Balcarce era gobernador de la provincia. *(N. del T.)*

reciones y una revolucion. (1) Y cuando se considera que el partido que ocupa el poder compra jeneralmente á los jefes insurrectos para que licencien sus tropas, no hay por qué admirarse de que continúen los embrollos. Este modo de proceder sirve para fomentar la insurreccion.

En 1863 los blancos eran el partido dominante en la Banda Oriental; los colorados se hallaban en el destierro. El jefe de aquellos era el Presidente Berro, y sus adversarios solo esperaban un momento oportuno para echar á ambos; porque los colorados, aunque aplastados momentáneamente no habian perdido el ánimo, ni olvidado la terrible carnicería de Quinteros, en que 500 hombres de su partido, que se habian rendido con los honores de la guerra, fueron bárbaramente asesinados.

El jeneral Flores, que era entonces Presidente, era un colorado ultra, pero no era un mal hombre, ni mal gobernante (2). Sin embargo, le echaron cuando no se habia terminado aun la mitad del tiempo presidencial. Se refujió en Buenos Aires y entró al servicio militar de aquella *república*, que entonces hacía la guerra á los *Confederados*, mandados por Urquiza.

Permaneció allí casi olvidado, hasta principios del año de 1863, en que determinó atacar una vez mas á sus antiguos enemigos los blancos. El tiempo le era favorable; se manifestó contra Berro y su gobierno *de facto* un sentimiento muy

(1) Si el señor Darwin, es tan verídico en todas sus relaciones como en esta, puede juntarse con Santiago Arago, que cuenta, que los gauchos enlazan un caballo, le sacan un matambre, y lo largan luego al campo para que retoce.

Este dato es parecido á la compra de los gefes en la guerra civil; quizá el señor Masterman se refiera al conocido negocio del soborno del Almirante de la escuadra de Urquiza en 53; le recomendamos que pregunte como se llamaba para que se cerciore que no era arjentino.

(N. del E.)

(2) El presidente de la República Oriental cuando Quinteros era el señor Pereira, hombre anciano y débil; el que ordenó aquella *massacre* fué su ministro el Dr. Carreras, á quien el autor conoció en el Paraguay.

(N. del E.)

hostil, que tomó cuerpo no solo entre el pueblo que gobernaba, sino tambien entre los Estados vecinos, y de que participaban igualmente los estrangeros y sus representantes (1). Seria largo esplicar las causas de este descontento, pero contribuyó á aumentarlo mucho, el poco ó ningun respeto por la vida y la propiedad, y las atroces crueldades de que eran víctimas los estancieros de las fronteras. Se habian cometido, sobre todo en la frontera brasilera, algunas escandalosas tropelías, en las que es dificil decir quien llevaba la palma de la barbarie, si los portugueses ó los españoles. Sea como fuera, se habian distinguido por sus violencias algunas tropas pertenecientes al gobierno oriental, y el imperial pidió satisfaccion é inmediata reparacion de sus agravios, la que le fué negada con una insolencia raras veces vista en el lenguaje diplomático.

Entretanto, Flores tenia sus planes maduros, y el 17 de Abril de 1863 desembarcó en la márjen izquierda del Rio Uruguay acompañado solamente de dos personas; pero su nombre valia un ejército, y pronto vió reunirse á su estandarte miles de gauchos.

Un gaucho, debo decirlo de antemano, es un vaquero ó pastor, pero cuyo tipo es enteramente desconocido en Europa. Es una raza salvaje de mestizos, dotada de una destreza estraordinaria en el caballo, y aficionadísima á la vida errante, al juego y á la guitarra; el gaucho tiene el mayor desprecio por las leyes sociales y morales, y una marcada tendencia á degollar á sus vecinos por la menor provocacion.

Tales son los gauchos, los ismaeles del Nuevo Mundo, y de tales constaba el ejército de Flores que pronto llegó á ser mucho mas numeroso que las tropas del gobierno; pero su gene-

(1) Esta aseveracion es tambien inexacta. El gobierno del señor Berro pudo ser combatido por su política, pero su administracion es reconocidamente respetada por todos, y tuvo gran partido especialmente entre los estranjeros.

(N. del T.)

ral parece haber sabido manejarlos y contener sus escesos con eficacia.

El dia en que se desembarcó apareció la siguiente proclama en Buenos Aires, en donde sus intenciones eran bien conocidas:—

¡ Soldados del Ejercito Libertador !

Las puertas de la patria que os habia cerrado la tiranía se han abierto, y vamos á libertar á nuestros compatriotas de los vejámenes que sufren. Nos hemos armado en su suelo, para combatir al gobierno de los déspotas, que vencidos siempre, han aplaudido y continuado los escándalos originados de la bárbara hecatombe de Quinteros.

Soldados!!!—Ya que habeis corrido presurosos al clamor de tanto buen ciudadano perseguido, espero con entera confianza que al desempeñar la noble mision confiada á vuestro valor, jamás desmentido, os mostrareis dignos de vuestros antecedentes, sin olvidar en el ardor de la lucha, que combatis contra hermanos, y fuera de ella, que debeis respeto y proteccion á sus familias y á sus propiedades, así como á las de los demas habitantes nacionales y estranjeros, porque solo debeis considerar como enemigos á los que os combaten con las armas.

Soldados! Al abrir esta memorable campaña dad un grito entusiasta de

Viva la patria!!
Viva la libertad!!
Vivan las instituciones!!

VENANCIO FLORES.

El gobierno de la Banda Oriental se alarmó mucho, y el de la República Argentina hizo ostentacion de celo en defensa de la ley y del órden, prohibiendo á todos los orientales emigrados la salida del pais; pero permitiéndoles que saliesen cuando y como se les antojába, los dejaba mostrar su desobedencia por esas mismas órdenes.

En Agosto de 1864, quince meses despues de estallar la revolucion, el Brasil envió á su Ministro Saraiva, cuya primera

nota (fecha 18 de Mayo del mismo), habia sido muy mal recibida, para instar las demandas del gobierno imperial sobre la reparacion de los agravios que antes he mencionado. Fué muy mal recibido, y sus reconvenciones rebatidas con lenguaje tan anti-diplomático, como el que caracterizaba los despachos del año anterior.

Esto dió orijen á que el plenipotenciario brasilero pasase un ultimatum con fecha Agosto 10 de 1864.

El gobierno oriental declaró, que estando la República ocupada en sofocar una revolucion en que tomaban parte muchos brasileros, las exijencias del Brasil eran inoportunas y las rechazó.

Lopez prestaba mucha atencion á estos sucesos y se ofreció como mediador entre las partes contendentes; pero ambos declinaron terminantemente aceptar sus servicios, y la prensa argentina trató sus ofertas con menosprecio y sarcasmo.

Hasta aquí estaba en su derecho, y acertó todavia mejor cuando protestó contra la intervencion brasilera en la revolucion oriental, negando al gabinete imperial el derecho de intervenir en las querellas de los poderes vecinos, y declarando que no permaneceria de simple espectador cuando se trataba de violar el derecho internacional. Esta protesta tuvo la misma suerte que su oferta de mediacion : fué recibida con risas, y los colorados aconsejaron á su autor, que se ocupára del estado de su *tolderia*, y que mediára en las pendencias de sus *chinas*.

Despues de esto, el Brasil se alió con Flores y dió principio á la guerra libertadora con el bombardeo del desgraciado pueblito de Paisandú, y con el degüello del gefe enemigo despues de la rendicion de la plaza. En seguida el mismo Montevideo fué bloqueado por la escuadra imperial ; lo que determinó la fuga de Berro y sus ministros, quedando Flores dueño de la situacion. Sinembargo, rehusó aceptar la presidencia hasta no estar regularmente elejido ; arreglado esto, recibió al mismo tiempo poderes estraordinarios en consideracion á la condicion anómala del pais.

Si se supone que las intenciones de Lopez eran honorables,

no puede haber duda de que fué muy mal tratado por todos en aquella circunstancia y que los orientales desconocieron sus propios intereses cuando declinaron aceptar sus servicios. Pero la verdad es, que el nombre mismo del Paraguay era odiado de todos en los Estados del Plata, y que no habia habido un solo estrangero que hubiera penetrado en el pais, que no hubiese sido mal tratado (1). Los forasteros iban allí halagados con la esperanza de hacerse pronto ricos; algunos lo consiguieron y partieron en el acto contentos de haber logrado escaparse, otros continuaban permaneciendo en el pais por no poder liquidar sus negocios, pero no dejaban de hacer conocer á sus amigos, su triste condicion y las vejaciones á que se hallaban espuestos. Para estos hombres Lopez era un tirano altanero, y su pueblo se componia de ignorantes y sumisos salvajes.

Lopez, sinembargo, no declaró la guerra contra el Brasil, y el « Marques de Olinda, » vapor mercante que hacia la carrera entre Rio Janeiro y Matto Grosso, partió para este punto como de costumbre (Noviembre de 1864). Hizo escala en la Asuncion; pero no se le permitió por tal ó cual razon comunicar con tierra. Despues de una demora de algunas horas continuó su viaje aguas arriba. Lopez estaba evidentemente indeciso: no habia declarado la guerra, y sabia que no podia apoderarse del buque sin incurrir en un acto de pirateria. Por otra parte, la tentacion era grande. No tenia un buque igual al « Marques de Olinda, » y este habia caido en una trampa, porque estando desarmado no podia hacer resistencia. La misma noche determinó darle caza y la cañonera *Tacuarí* lo persiguió

(1) Esto no es exacto, los paraguayos no eran odiados por sus vecinos del Plata, y la guerra misma ha dado ocasion para probarlo muchas veces. Lo que hay de cierto es que la opinion estaba enteramente equivocada respecto al poder militar del Paraguay, casi todos, nacionales y estranjeros, creian que aquel poder era una farsa, que al primer empuje de las tropas aliadas se desvaneceria, y por otra parte, se consideraba irrisorio que el mas bárbaro déspota de la América, tomara parte en cuestiones de derecho, que no entendia ni practicaba.

y volvió trayéndole al muelle de la Asuncion. El nuevo gobernador de Matto Grosso se hallaba á bordo, con una fuerte suma de dinero que llevaba para pagar las tropas de la provincia, pero desgraciadamente para Lopez, la traia en papel moneda. El gobernador fué preso, y el buque se convirtió en cañonera, para cuyo objeto fué armado inmediatamente. Con el fin de que la noticia no fuera conocida pronto aguas abajo, embargó todos los buques que habia en el rio y se pasaron doce dias antes que nadie tuviera conocimiento del hecho, fuera del Paraguay. Esta notable hazaña fué el primer paso fatàl que dió Lopez; los pueblos del plata estallaron de indignacion, y este hecho le enajenó los pocos amigos que le quedaban alli; su próxima operacion fué la invasion de Matto Grosso, donde las plazas indefensas y las habitaciones privadas, á pesar de ser declaradas inviolables por las leyes ordinarias de la guerra, fueron saqueadas y quemadas con inauditas crueldades. Todo el mundo por último se convenció de que no podia fiarse en un hombre tan traidor, y tan barbaramente cruel.

Las fuerzas enviadas aguas arriba iban bajo el mando del general Barrios, cuñado de Lopez y constaban de cerca de 3000 soldados, del «Tacuarí» y de dos pequeñas coñoneras, que llevaban dos piezas lisas de á 68 y cuatro de á 32; el 14 de Noviembre, los buques fondearon frente á Coimbra sobre el Rio Paraguay á 19° 50'' de latitud Sud. Las cañoneras anclaron á alguna distancia del fuerte, pequeña plaza, que contenia una guarnicion de cerca de 200 soldados y que estaba defendida por seis piezas de bronce de á 12 y dos de á 32; despues de un nutrido fuego que duró dos dias, ninguno de los beligerantes habia sufrido serios perjuicios. Entonces se desembarcaron las tropas y se pusieron á abrir por entre los cactus, bromelias, y otras plantas espinosas un camino que condujera al fuerte. Mientras los sitiadores se empeñaban en este trabajo, un pequeño vapor fondeado al Norte de la plaza logró calcular su distancia, y les causó graves pérdidas; pero cuando los asaltantes llegaron hasta las murallas, fueron recibidos con un fuego tan nutrido de mosqueteria y granadas que se retiraron despues de haber perdido 100 hombres entre muertos y heri-

dos. Por la tarde, los paraguayos comenzaron á desembarcar sus piezas y á montarlas en la costa, operacion que debian haber hecho antes. Sinembargo, el enemigo les ahorró la molestia de abrir brechas en las murallas escapándose en la noche á bordo de un pequeño vapor, que partió antes de amanecer. Efectuaron su retirada con tanto sigilo, que los paraguayos no supieron hasta despues de muchas horas, que la plaza estaba abandonada. La fuga debia ser precipitada porque los cañones no fueron desmontados, ni clavados, y los almacenes estaban bien provistos; se encontraron en ellos algunos objetos particulares de mucho valor, especialmente una caja de instrumentos de cirujía, la mas costosa que yo haya visto jamas.

Este suceso, mientras infundia ánimo á los paraguayos, parece haber desanimado completamente á los brasileros, porque apenas hicieron un simulacro de resistencia en Alburquerque, Curumbá, Dorado, y Miranda, que cayeron sucesivamente en manos del enemigo. De este último lugar se retiraron sin siquera hacer fuego con las piezas que tenian cargadas. La conducta de las tropas brasileras fué vergonzosa; solo desplegaron actividad en la retirada, huyendo lo mas pronto posible y lo mas lejos que pudieron. Debe recordarse, que el general Barrios tenia solamente pequeños buques de madera, y piezas lisas, y que al principio estuvo tan cobarde como sus enemigos. Llegó á Coimbra en un estado tal de embriaguez, que no podia dar órdenes inteligibles, y muchos de los oficiales se hallaban en el mismo caso. Los soldados atropellaron el fuerte sin método ni plan; un sargento y siete hombres de tropa treparon inmediatamente la muralla, pero fueron hechos pedazos en el acto; si los hubiesen sostenido los demas, no tengo duda de que la plaza hubiese sido tomada el primer dia.

En Corumbá ocurrió un accidente serio: cuando se embarcaba la pólvora, voló por algun descuido y mató cerca de treinta hombres, y entre ellos al teniente Herreros, el mejor oficial que tenia Lopez.

Aquel pueblo indefenso fué tratado con gran crueldad, y entregado al mas atroz pillaje. Algunos ricos estancieros,

que no entregaron todo el dinero que Barrios exijió, fueron atados desnudos á las piezas de bronce, en donde quedaron varias horas espuestos al sol; otros fueron fusilados ó azotados por la misma razon. Dos hijos del baron de Villa María fueron degollados por querer escaparse; su padre debió la vida á la lijereza de su caballo. Despues de un penoso viaje llegó á Rio Janeiro salvo y sano, llevando la noticia de que el Brasil habia perdido una de sus mas ricas provincias. Fueron tomados prisioneros todos los estranjeros que cayeron en sus manos, y los llevaron á la Asuncion despues de robarles todo lo que tenian. Eran principalmente alemanes, italianos y franceses. Ví á muchos infelices que unas semanas antes habian sido ricos comerciantes, ó propietarios, trabajando de peones ó mendigando su pan por las calles. Los paraguayos volvieron llevando consigo setenta piezas, tres vapores, quinientos prisioneros y una numerosa cantidad de armas y pertrechos de guerra.

Entre tanto se procedia rápidamente á la concentracion de las tropas en Cerro Leon y Humaitá, y á principios de 1865 Lopez tenia bajo su mando 100,000 hombres, hermosos, robustos y aguerridos, que bien mandados y con buena oficialidad, no hubieran sido inferiores á las mejores tropas del mundo. Al principio estaban mal armados; una quinta parte solamente tenia fusiles fulminantes, un número igual, tal vez, estaba armado con fusiles de chispa, y los demás llevaban lanzas y facones; pero los brasileros fueron bastante buenos para suministrarles pronto y gratis todo lo que les hacia falta: en una palabra, creiamos que los *cambas* tenian miedo á sus propias armas y que las arrojaban por temor de que se les reventasen.

Lopez cometió un error fatal retirando á la vez á tantos hombres de su industria y ocupaciones. La poblacion del pais antes de la guerra consistia en cerca de un millon de almas, y un décimo, la flor y nata de los hombres, se convirtieron inmediatamente de productores en consumidores; por mucho tiempo el alimento fué abundante, sobre todo la carne de vaca, que era su único comestible. Pero los paraguayos no son como

los argentinos y los orientales, esclusivamente carnívoros; en realidad, se consume poca carne en el interior, donde los artículos principales de consumo, son: el maiz, la mandioca y las naranjas. Estos hombres fueron enviados de golpe y en medio del invierno á Humaitá, lugar húmedo y mal sano, en donde no se encontraba una partícula de alimento vejetal; de lo que resultó, como era de esperarse, una muy obstinada clase de diarrea, pneumonías y fiebres gástricas. Los miserables galpones que servian de hospitales, estaban llenos de enfermos, y se hicieron pronto el foco de muchas enfermedades; y aquel hermoso ejército se fundió rápidamente y desapareció sin gloria de la faz de la tierra: el sepulturero tuvo pronto mas ocupacion que el instructor.

Entretanto Flores, ayudado por sus aliados los brasileros, habia derrocado á Berro, se habia hecho nombrar «Director Discrecionario» de la República del Uruguay, y de acuerdo con ellos habia declarado la guerra al Paraguay. No estando satisfecho Lopez con tener estos dos poderosos enemigos, determinó emprenderla con los argentinos, y con este objeto pidió permiso para cruzar el territorio de Corrientes. Estando los argentinos en paz con el Brasil se lo negaron como es de suponer, y Lopez tomó inmediata posesion de la ciudad de Corrientes, capital de la Provincia.

Se dice que madame Lynch le instó á tomar esta medida, porque el Redactor de un diario de este pueblo, que era el *Siglo* si mal no recuerdo, habia publicado una biografía de aquella señora. La obra no era muy satisfactoria, y ella fuera de sí, indujo á su amante, á dar este paso fatal. Sea de esto lo que fuera, Corrientes se entregó á los paraguayos sin ofrecer ninguna resistencia, el 14 de Abril de 1865. Dos pequeños vapores, el 25 de Mayo y el Gualeguay, estaban fondeados en el puerto. La tripulacion del primero cargó las piezas, pero se echaron al rio sin hacer fuego; desde la playa hicieron uno que otro tiro, pero una bomba ó dos de los invasores, los redujeron al silencio; á bordo de estos dos buques se encontraban trece ingleses, maquinistas y foguistas, y los paraguayos los tomaron presos y los enviaron á Humaitá. Se les propuso

que entrasen en el servicio de Lopez; dos aceptaron la proposicion, los demás se negaron á hacerlo, y fueron metidos en los *calabozos* de la capital, donde murieron pocos meses despúes de hambre y de enfermedades.

Tres dias despues, los argentinos declararon la guerra, y el primero del siguiente mes se firmó la famosa «triple alianza» entre el Brasil, la República Argentina y el Estado de la Banda Oriental, en el apéndice se encuentra una traduccion de este documento, por la que se verá, que aparentemente los aliados solo buscaban la destruccion de Lopez, y la libre navegacion del rio y que la libertad é independencia del Paraguay estaban perfectamente bien garantizadas.

Dos meses antes se habia reunido en la Asuncion un congreso estraordinario, y Lopez informó á sus miembros de lo que habia hecho, y de lo que tenia la intencion de hacer. Hubo por supuesto una gran demostracion patriotica, y las vidas de los habitantes con todo lo que poseian, le fueron confiados — oferta, digámoslo, supérflua, puesto que podia ya disponer de ellos á su antojo. Le dieron el título de mariscal de campo, y aumentaron su sueldo hasta 60,000 duros al año. Las mujeres tambien quisieron dar prueba de su *patriotismo* porque se les sujirió que le ofreciesen la décima parte de toda la joyeria que poseian. Desgraciadas aquellas que no lo pagasen en género ó dinero, hasta el último cuartillo. Se hacian constantemente y con varios pretestos, cobranzas de estos *regalos*, una vez fué una estátua erijida en honor de su finado padre, que produjo cerca de 30,000 pesos fuertes; otra, una espada de oro, despues una caja de oro para guardarle, y joyas para adornarla — no se aceptaban sino brillantes; las crisólitas no servian, aunque los dueños no las volvian á ver; algun tiempo despues fué una guirnalda de oro para ceñir su heroica frente; este regalo le fué ofrecido en los últimos años de la guerra, cuando se escondia cobardemente en una casamata á prueba de bombas, que no abandonaba jamás ni de dia ni de noche. Ademas de todo esto, los infelices habitantes estaban en la obligacion de cantar himnos patrióticos, y de presentarse en masa delante de él, vestidos de gala para el deleite de su vis-

ta y de su oido. Presencié muchas de estas tristes exhibiciones, en que los miembros de las mejores familias del Paraguay tenian que asociarse con el populacho; los ví cantar y bailar para entretener al vil y egoista tirano, sin atreverse á manifestar su pesar, porque el luto era prohibido; su bajeza llegó hasta el punto de robar á las mujeres del mercado sus cadenas, zarcillos, y chiches del bolsillo, que fueron arrancados por agentes de la policia, en nombre del patriotismo y de la libertad.

Partió para Humaitá el 8 de Junio de 1865, para mandar el ejército en persona y llevó consigo toda la moneda de oro que quedaba en la tesoreria, junto con los *regalos* que se le habian hecho. Tres dias despues tuvo lugar la batalla del Riachuelo, la primera de una larga série de derrotas y desastres parciales de los que cualquiera habria sido decisivo, á no ser por la cobardía ó ineficacia del enemigo.

En prueba de que no hablo sin razon, cópio el siguiente despacho de Mr. Gould á Lord Stanley, con fecha 10 de Setiembre de 1867.

« Cuando Lopez comenzó la guerra, estaba al frente de un hermoso ejército. . . Desde entonces debe haber perdido de una manera ú otra, mas de 100,000 hombres, porque mas de 80,000 han perecido de enfermedades solamente.

« Si ha podido prolongar su resistencia, es debido solamente á la lentitud con que proceden los aliados, y á su falta de energía. Si la escuadra hubiera llegado á tiempo al Paso de la Patria y ocupádolo despues de la rendicion de una parte de las tropas paraguayas en Uruguayana, ni uno de los 25,000 hombres con que Lopez invadió la provincia argentina de Corrientes hubiera podido escapar al otro lado del Paraná.

« El 24 de Mayo fué rechazado con pérdidas tan tremendas que los aliados hubieran podido penetrar al dia siguiente en su campamento sin el menor obstáculo. Él mismo confiesa que empleó tres dias en la reorganizacion de una parte de su ejército. Perdió en aquella jornada de 12,000 á 15,000 hombres.

«Si los aliados hubiesen marchado directamente sobre Cu-

rupaity el 2 de Septiembre, dia en que tomaron á Curuzú, hubieran podido hacerse camino con muy poca resistencia. Desperdiciaron quince dias, tiempo en que logró atrincherarse fuertemente, y los aliados fueron despues rechazados con una atroz carniceria . . . . permanecieron mas de seis semanas en una total inaccion, cuando un movimiento bien apoyado sobre la derecha habria cortado completamente la comunicacion con el interior, y le habria obligado muy pronto á rendirse á discrecion.

Mas adelante haré un resúmen de estas operaciones. Anticipo mi narracion, pero el lector puede convencerse completamente desde luego, de que la prolongacion de la guerra es debida solamente á la inepcia de Caxias. Creíamos á veces que lo hacia de intento y con fines políticos, que tenian por objeto esterminar á los paraguayos.

CAPÍTULO IX.

La batalla del Riachuelo—La capitulacion de Estigarribia—El jéneral Robles—Su deshonra—Los Corbalanes..

A principios de Junio de 1865 los brasileros habian roto las hostilidades, bloqueando el rio con siete navíos y dos encorazados (1); no solo no se habian atrevido á penetrar en la embocadura del Rio Paraguay, que estaba defendida solamente por el fuerte Itapirú, artillado con tres piezas de á 32, sinó que se habian estacionado en el Paraná, tres leguas al Sud de Corrientes, en frente á un arroyo llamado el « Riachuelo ».

Lopez determinó atacarlos en su posicion, augurándose una

(1) El autor padece una equivocacion, debida sin duda, á los datos adulterados que se hacian circular en el Paraguay, los brasileros no tuvieron su primer buque encorazado, que fué el « Brasil, » hasta muchos meses despues de la batalla del Riachuelo.

fácil victoria. En efecto, solo le preocupaba el temor de que se le escaparan antes que pudiera batirlos.

Con el objeto de cortarles la retirada, hizo adelantar una pequeña columna á las órdenes del Coronel Bruguez, y estableció en Bella Vista, punto ventajoso, situado algunas millas á retaguardia de los brasileros, una pequeña bateria que constaba de seis ú ocho piezas rayadas de á doce. (1)

Con el mismo fin, ordenó al Capitan Meza, que mandaba la escuadra paraguaya, que pasase por el enemigo á todo vapor, sin hacerle fuego, y que dando vuelta en seguida, lo tomase ó *arriase* aguas arriba. Esta precaucion, considerando la cobardia de los brasileros en Matto Grosso, no parecia del todo descaminada, y estoy cierto que el enemigo hubiera preferido cortar sus cables, antes que pelear, si no hubiese sido tan desproporcionada la fuerza que lo atacó.

La escuadra paraguaya constaba de ocho vapores de madera y fierro, construidos para hacer la navegacion de los rios; (2) cuatro median de 300 á 600 toneladas, los otros tenian mas ó menos el tamaño y construccion de los vaporcitos que llevan pasajeros del puente de Londres á Westminster. La siguiente enumeracion de su fuerza, los dará á conocer: el Tacuarí tenia seis piezas, el Marqués de Olinda cuatro, el Igurey cinco, el Paraguarí cuatro, el Salto de Guairá cuatro, el Jejuy dos, el Iporá una, el Pirabebé una, y ademas cinco chatas, que constituian la parte mas formidable de la escuadra, llevando cada una una pieza de á 68. Los cañones de los

(1) La bateria establecida por Bruguez, estaba colocada sobre la barranca del Riachuelo, y constaba de 18 cañones el mayor de estos de 18. Esta batería existia el dia del combate naval, en ese dia combatió valerosamente, y fué la misma por donde pasó la escuadra el 13 de Junio. La de Bella Vista, solo la estableció cerca de dos meses despues, habiendo sido reforzado ya con 2 piezas de á 32—El pasaje de la escuadra por esta segunda batería tuvo lugar el 22 de Agosto. Bella Vista distaba muchas leguas del Riachuelo.

(2) Debe esceptuarse al « Tacuarí, » que era un verdadero buque de guerra, mandado construir por D. Cárlos A. Lopez en 1852.

vapores eran en general piezas de á 14, pero habia dos de á 32 una de las cuales se inutilizó al primer tiro.

La escuadra brasilera constaba de nueve navios de los cuales dos eran encorazados, y llevaba cerca de sesenta piezas, entre las que habian algunas Whitworth de á 70, y dos de á 120. Todos tenian su guarnicion completa, y fuertes redes de bordaje.

El 11 de Junio muy temprano, el capitan Meza se dirijió aguas abajo al frente de su pequeña escuadra, y llegó al costado de sus formidables enemigos, un poco antes de medio dia. Tenia que andar despacio, porque las chatas que llevaba de remolque retardaban mucho la marcha de los vapores; sin embargo, ejecutó la maniobra preliminar sin sufrir grandes averías. En efecto, los brasileros pasaron un terror pánico, y se hallaban tan consternados al ver que los vaporcitos seguian su marcha, y que tendrian despues que recibir su fuego, que si los paraguayos hubieran tenido un Dundonald, en lugar de Meza, habrian tomado toda su escuadra. Mr. Watts el injeniero del «Salto de Guairá,» le sujirió un escelente plan; que consistia en echar á pique á retaguardia del enemigo dos de sus propios vaporcitos, y entonces atacarlo con las grandes piezas de las chatas, hasta que se levantára una bateria en la costa y á vanguardia de los brasileros. No hay duda de que este plan hubiera tenido un éxito completo, pero Meza estaba demasiado exitado para comprender nada, y se perdió una espléndida oportunidad (1). Casi toda la oficialidad estaba embriagada, los soldados peleaban como querian ó como podian, y las maniobras las ejecutaban en realidad, los maquinistas ingleses que iban á bordo.

(1) Si se hubiera ejecutado el plan de M. Watts, es probable que el resultado de la batalla hubiera sido muy dudoso, pero de todas maneras habria sido el combate naval mas curioso de que se haya tenido noticia hasta el dia. Indudablemente M. Watts no era un hombre vulgar; si él hubiera mandado la escuadra, quizá la habria dirijido mejor que Meza—y sobre todo, nos habria dado el espectáculo de combatir y asaltar una escuadra con bateas elevadas á la categoria de máquinas de guerra.

Despues de mantener por largo rato un fuego irregular, y de hacer á los brasileros un daño considerable, los paraguayos volvieron á subir, llevando las chatas todavía á remolque, y los marineros hicieron esfuerzos desesperados para abordar á sus jigantescos antagonistas. El *Tacuarí* se plantó al costado del encorazado *Paranahyba.* La superficie de su tambor apenas llegaba hasta la obra muerta de esta; un sarjento con una docena de soldados lograron penetrar y deshacer las redes de bordaje con sus machetes, y lanzándose sobre la cubierta, la tomaron sin dar un solo golpe. Su tripulacion, oficiales y todos en fin desaparecieron bajo cubierta sin reparar en el número de sus enemigos, ni apercibirse que su buque, no habiendo podido contener su marcha habia pasado de largo. El vapor hubiera sido tomado, si los paraguayos en su entusiasmo hubiesen cerrado inmediatamente las escotillas; pero el sarjento de puro contento, se entretenia en marchar de una estremidad á otra del buque, tocando dianas en un tambor que encontró. El toque sirvió de llamada, y una multitud de soldados con bayonetas caladas subieron á toda prisa del interior del buque y con sin par heroismo cargaron á los invasores. Viendo estos que su salvacion dependia de una inmediata retirada se echaron al rio y escaparon á nado, ganando la costa. Este mismo sarjento estuvo algun tiempo despues bajo mi inmediato cuidado, y le he oido á menudo contar este episodio, y que sus compañeros se morian de risa al ver caer uno sobre otro á los *cambas*, tal era la prisa y el terror con que entraban á la bodega (1).

(1) Esta relacion no es tan exacta, como la del señor Thompson, que está de acuerdo con todas las que se han hecho de este episodio, y aun con lo que podia inferirse de los mismos partes. El autor equivoca al «Tacuari» con el «Salto.»

El «Salto,» vapor á hélice, se aparejó á la «Paranahiba,» y al pasar por su costado saltaron dentro de ella, treinta paraguayos, los que, dando golpes á derecha é izquierda arrollaron á los brasileros, que se echaban al agua, y aterrorizados se metian bajo cubierta. Los paraguayos eran dueños de la «Paranahiba» desde la popa hasta el palo mayor. Arriaron la bandera brasilera y tomando el timon dieron direccion al

Este éxito momentáneo fué el único que obtuvieron los paraguayos; los brasileros dejaron de hacer fuego, se lanzaron á todo vapor sobre los pequeños buques del enemigo, y aplastaron á cuantos pudieron alcanzar.

El «Tacuarí» habia pasado adelante antes que se hubiese practicado esta maniobra y el «Igurey» aunque llevaba la «Ipora» á remolque logró escaparse. La «Iberá», afortunadamente para su tripulacion, no habia pasado la escuadra enemiga por haberse descompuesto momentaneamente su máquina, y juntándose con sus tres consortes, los cuatro navegaron lentamente aguas arriba.

Los brasileros no deseaban otra cosa que ver desaparecer á la distancia á sus atrevidos enemiguitos; y no tomaron ninguna medida para detenerlos ó seguirlos. La historia de los demas es breve. El «El Marques de Olinda», hermoso y bien construido buque, con cámaras á prueba de agua, no se fué á pique, pero cayéndose de costado fué llevado aguas abajo y embicó por último en la costa del Chaco donde naufragó completamente.

El «Salto de Guaira» se hundió inmediatamente, pero el rio era tan poco profundo en aquel punto, que una parte de su cubierta quedaba fuera del agua. Su comandante yacia entonces en la mesa de su camarote mortalmente herido, los demas oficiales habian muerto, y su cubierta parcialmente sumerjida estaba llena de muertos y moribundos. La «Belmonte» que lo echó á pique, volvia á la carga, cuando Mr. Gibson su maquinista, subió sobre el puente y gritó á la tripulacion que no hicieran fuego. Un oficial se adelantó y le intimó que arrease la bandera; obedeció y los brasileros enviaron botes para sacar á los heridos ordenando á los demas que se quedáran donde estaban. El «Paraguarí» baró, se prendió fuego y

buque. En ese momento llegaron, el «Amazonas» y otro vapor, y haciendo fuego sobre la «Paranahiba» mataron las tres cuartas partes de los paraguayos, que quedaban á bordo: viendo los brasileros que sobrevivian los cargaron y mataron tres ó cuatro, logrando el resto escaparse á nado—Thompson—Guerra del Paraguay—Imp. Americana.

se consumió, no quedando de él sinó el casco y las máquinas. El «Jejuí» fué completamente aplastado. Los paraguayos perdieron segun ellos mismos 750 hombres, pero tuvieron doble número de bajas, y dos de los maquinistas ingleses perecieron. Los brasileros sufrieron grandes pérdidas, que no bajarian de 500 á 800 hombres y sus navios recibieron sérias averias.

La «Belmonte» estaba acribillada de balas; baró despues en la costa y fué abandonada por los brasileros. Sin embargo no estoy muy cierto si fué esta ó la «Jequitinhonha» la que baró y no pudo sacarse á tiempo; porque habiéndose establecido una bateria en la costa, Bruguez obligó á los brasileros á retirarse precipitadamente sin pegar fuego al polvorin, ni clavar las piezas, que cayeron inmediatamente en manos de los paraguayos (1).

Así terminó la batalla del Riachuelo, y no creo muy aventurado decir, que esa batalla, que duró cuatro horas y media, decidió la suerte de la guerra, porque dió á los aliados el dominio del rio. Si aquellos nueve buques hubiesen sido capturados, estoy cierto que Lopez hubiera triunfado, porque se habria presentado inmediatamente en Buenos Aires y Montevideo, y con la amenaza de un bombardeo, las habria obligado á entrar en arreglos. El fuerte de Martin Garcia no habria acobardado ni contenido á un hombre, que se habia atrevido á atacar una escuadra semejante con fuerzas tan inadecuadas (2).

Mr. Gibson permaneció á bordo de los restos del «Salto» hasta la noche, y entonces como no le venian á socorrer, se puso á construir una balsa con algunos paraguayos que sobrevivian; terminada su obra se embarcaron y dejándola correr aguas abajo

(1) El buque abandonado fué la «Jequitinhonha.»

(2) El autor debia decir, «que se habia atrevido á mandar atacar» y no á atacar, porque Lopez no era capaz de hacerlo.

En cuanto á la intimidacion de Montevideo y Buenos Aires, por el bombardeo, el autor debia recordar, que esta ciudad no se ha intimidado en las *diversas* veces en que ha sido amenazada ó atacada.

(N. del E.)

en las teniebias, llegaron á la costa del Chaco. Hicieron su camino á través de mil obstáculos en direccion del Paso de la Patria; estaban casi muertos de hambre cuando se encontraron con un buen estanciero, que les suministró cuanto necesitaban; desde este lugar pasaron á Humaitá. Gibson fué preso apenas llegó, y declarado traidor por haber arriado la bandera, en vez de ser recompensado por haber salvado las vidas del resto de la tripulacion con su presencia de ánimo. Permaneció tres meses engrillado, al fin le pusieron en libertad, pero murió poco despues (1).

El capitan Meza fué herido muy gravemente por una bala de fusil que le atravesó el hombro y el pulmon izquierdo. Llegó á Humaitá moribundo. Lopez le mandó decir para consolarle, que si sobrevivia lo fusilaria por cobarde, pero creo que murió al dia siguiente.

El dia de la batalla hice una visita al jeneral Barrios, cuñado de Lopez, que acababa de ser nombrado Ministro de Guerra y Marina, para felicitarle por su nombramiento; mientras fumaba con él, vino un telegrama diciendo, que se habia ganado una gran victoria. Esto sucedió á las 11 de la mañana, y debió haberse enviado antes de empezar el combate. Estaba muy entusiasmado, y se hicieron preparativos para un banquete y un baile esa misma tarde; pero como no se recibió la confirmacion del mensaje, fueron postergados. Al dia siguiente por la mañana, ya se vislumbraba algo de lo que habia pasado, y las personas que tenian parientes en la escuadra, anticipaban el desastre por la gran ansiedad y tristeza que revelaban.

Debia haber mencionado antes, que dos injenieros alema-

(1) El ejemplo de este valiente, cuya vida se estinguió consumida por la herida inferida á su dignidad, debia haber iluminado á los demás oficiales estranjeros que servian al tirano, ya que los infelices paraguayos vivian ofuscados por el fanatismo y la ignorancia. Otro maquinista inglés, M. Watts, que se portó tan brillantemente como Gibson en el combate del Riachuelo y que propuso á Meza un curioso plan de ataque, fué fusilado sin causa tres años despues. *N. del E.*

nes, Mr. Von Truenfeldt y Mr. Fischer, habian construido una linea telegráfica entre la capital y la Asuncion.

Mis amigos de Humaitá me hicieron una descripcion gráfica de la ansiedad que allí se sentia, mientras las dos escuadras se batian. Por la tarde, temprano todavia, llegó un bote de la reserva, con la noticia de haberse ganado una completa victoria, y todos se dispusieron á recibir á los vencedores, con grandes demostraciones. Pero pasó hora tras hora sin saberse nada de nuevo, y los temores de un desastre llegaron á ser casi una certeza; pero la verdad no fué conocida enteramente hasta el dia siguiente, cuando entraron en el puerto los buques destrozados. Hacia mucho frio al amanecer; cubria el rio una densa neblina, y los grupos de hombres que se formaban en las baterías y el cabrestante de estirar las cadenas, se estremecian en aquel aire húmedo, como si quisieran penetrar con la vista la sombría cortina que tenian por delante. Muy luego asomaron los mástiles de los buques, con el cordaje despedazado y las jarcias y la motoneria colgando como los trapos de las destrozadas vergas. La multitud descendió rápida y ansiosamente los resbaladizos escalones; hubo muchos cuchicheos, porque le iba la vida al que esparciera malas noticias; y se principió el desembarco de los muertos y los heridos.

El astro de Lopez palidecia; ya no podia hacer al enemigo presas como las del «Marques de Olinda» y las ciudades de la costa; obtuvo es cierto triunfos parciales y los aliados pagaron caras sus victorias, pero el sol del déspota se ponia para siempre entre lluvias y tempestades.

Lo que hacia tremenda la derrota del Riachuelo, no era tanto la pérdida de los cuatro buques, sino la de la oportunidad de hacerse de algunos hermosos vapores y de mucha artilleria pesada; oportunidad que ciertamente no volveria á presentarse.

He dicho ya, que se habia establecido una bateria en Bella Vista, otra fué colocada por el Mayor Cabral en Cuevas, seis leguas al sud de aquella. Los Brasileros permanecieron un mes en el Riachuelo componiendo sus buques, y despues se dirijieron aguas abajo á toda carrera. Todas las tripulaciones

escepto los timoneros, se metieron bajo cubierta, se dice sin embargo, que sufrieron grandes pérdidas. (1) Tan pronto como se marcharon, bajaron los paraguayos, procuraron sacar el encorazado (2) que se habia barado, pero no lográndolo, se llevaron sus cañones y máquinas. La bateria del coronel Bruguez habia rechazado á los brasileros cuando quisieron hacer otro tanto. Levantaron tambien el casco del « Paraguarí » que habia sido construido en Inglaterra unos meses antes para Lopez por la suma de 50,000 pesos, y lo llevaron á la Asuncion con la intencion de repararlo, pero nunca lo hicieron.

En esta época la mitad del ejército estaba concentrado en territorio arjentino bajo las órdenes del general Robles, y en Agosto un cuerpo de doce mil hombres, compuesto de la mejor tropa que Lopez tenia, y bien armado, la mayoria con rifles Enfield, fué destacado bajo el mando del general Estigarribia.

Su intencion era pasar por territorio arjentino, brasilero y

(1) La batería de Bella Vista fué establecida por Bruguez á los dos meses del combate en el Riachuelo, despues de haber recibido refuerzos de tropa y dos piezas de 32. Cuando la escuadra conoció la existencia de esta batería, retrocedió y pasó por ella haciendo fuego, y con toda su tropa sobre cubierta. Como la barranca tenia 50 piés de altura, el fuego de la escuadra no causó casi ningun daño á los paraguayos, estos en cambio hicieron un terrible estrago en los buques brasileros literalmente cubiertos de tropa. La escuadra fondeó como seis leguas mas abajo, y Bruguez, marchando rápidamente en la noche, estableció una nueva batería en Cuevas. La escuadra retrocedió nuevamente, pero esta vez cerró sus portalones y pasó á todo vapor. Solamente el vapor argentino «Guardia Nacional», buque mercante y viejo, pasó las baterías haciendo fuego, con toda su tripulacion sobre cubierta; este fué el único buque que se comportó bizarramente segun la espresion del mismo Sr. Thompson. El «Guardia Nacional» era el solo buque argentino que habia en la escuadra. El «Jequitinhonha» no estaba frente á Bella Vista sino en el Riachuelo, es decir, en el sitio mismo del combate, muchas leguas arriba de este último punto.

Así pues, Bruguez estableció tres baterías; la del Riachuelo, el dia mismo del combate, la de Bella Vista como dos meses despues y la de Cuevas al otro dia del pasaje de la escuadra por aquella. *(N. del E.)*

(2) Como ya hemos dicho, no hubo buque alguno encorazado; el vapor barado era la « Jequitinhonha ». *(N. del E.)*

oriental y marchar sobre Montevideo. Si la audacia fuera un título seguro para el buen éxito, Lopez hubiera sido ciertamente feliz en sus empresas.

Esta pequeña fuerza, jamás apoyada en su marcha, privada absolutamente de los medios necesarios para protejer su retaguardia ó para tener libre la comunicacion con el cuartel general, sin otras provisiones, que una pequeña tropa de novillos suficiente para el consumo de algunos dias, contando con encontrar en el camino lo demás, debia adelantarse peleando, en caso de ser atacada, y marchar siempre por un pais hóstil, en una distancia de casi ochocientas millas, y dudo que hubiera entre ellos, un solo hombre, que entendiera un mapa ó supiera á donde lo llevaria el camino.

Pero la suerte de la espedicion se decidió pronto. Cerca de San Borja, en la márjen izquierda del rio Uruguay, en territorio brasilero, chocó con las tropas imperiales mandadas por el Emperador en persona. Puede ser que Lopez sabiendo que los brasileros concentraban tropas en ese punto, pero creyendo inferior su número, mandára á Estigarribia, con esta pequeña fuerza, contando con derrotarlas fácilmente, y con que su marcha hácia el Océano, no pasaria de ser un paseo militar. Pero en uno y otro caso Estigarribia no tenia medios de salvacion; sus soldados se morian de hambre, y el resultado seria el mismo, ya fuese vencedor ó vencido.

Los paraguayos ocuparon el pueblo é hicieron algunas tentativas para atrincherarse; pero habiéndoles enviado bandera de trégua, se abrieron negociaciones y capitularon el 17 de Setiembre [1].

(1) La espedicion al Uruguay que sucumbió definitivamente en la Uruguayana se componia en efecto de 12,000 hombres. Cruzó un territorio desierto y llegó á las márjenes del Uruguay, donde se dividió en dos cuerpos; una vanguardia de 2,500 hombres bajo las órdenes de Duarte, y el resto bajo las de Estigarribia, que atravesó el rio y se posesionó de la Uruguayana. Las fuerzas que tenian allí los brasileros, no pasaban de 8,000 hombres de caballeria bajo las órdenes de Canavarro, aunque se dice, que se habia hecho creer al gobierno imperial que aquella columna

Algunos de los prisioneros lograron escaparse y despues de andar vagando varias semanas hicieron su camino hasta Humaitá y trajeron las noticias de este nuevo desastre; durante mas de quince dias el *Semanario* no hizo mencion del

era mucho mas numerosa. Cuando el Emperador llegó al sitio de la plaza, no trajo sino un reducido número de tropas, tambien de caballeria. Por este tiempo Canavarro habia sido relevado por Porto Alegre.

La espedicion del Uruguay fué conocida en Buenos Aires antes de partir para la Concordia el Jeneral en Jefe, y fué en su casa particular donde se reunió la junta de guerra, que aprobó el plan de campaña que presentó, y dió por resultado la pérdida completa de Estigarribia.

La columna que se desprendió de la Concordia era compuesta del 1er. cuerpo del ejército argentino, de la division Oriental, y de una brigada brasilera, bajo las órdenes del Jeneral Flores. Esta columna, cuyo total ascendia á 9,000 hombres, encontró la de Duarte en Yatay el 17 de Agosto de 1865, y la aniquiló completamente, con solo una parte de su fuerza. Atravezando despues el Uruguay, pisó en territorio brasilero, llevando á nuestros aliados el continjente de lo que carecían, es decir, de infanteria.

A causa de las dificultades surjidas entre algunos jefes brasileros y el Jeneral Flores sóbre el mando del ejército en el territorio imperial, el almirante Tamandaré vino á la Concordia, y trató de que el Jeneral Mitre marchara al teatro de las operaciones, para allanar todas las dificultades. Sucedió asi en efecto, saliendo el Jeneral del campamento con solo 4 ayudantes, pues Tamandaré le indicó la conveniencia de que no llevára mas infanterias arjentinas, pero al pasar por la Federacion, encontró dos batallones, uno brasilero y otro arjentino, y los embarcó con él en el vapor «11 de Junio».

El ejército que se formó al frente de la Uruguayana, se componia de infanterias arjentinas en su mayor parte, pues solo habia dos batallones orientales y tres ó cuatro brasileros y de una numerosa columna de caballeria brasilera, aumentada con la que trajo el Emperador; el total de estas caballerias ascenderia á 10,000 hombres.

El ejército aliado frente á la Uruguayana se componia de cerca 20,000 soldados, es decir de 9,000 que formaban el ejército que estuvo en Yatay, los batallones que llegaron con el Jeneral en Jefe, y los ocho mil hombres de caballeria que tenia el Baron de Porto Alegre, aumentados con alguna fuerza que se le incorporó despues. La artilleria pertenecia á los tres ejércitos.

Aunque el Emperador conservó en el nombre el mando del ejército, con arreglo á las prescripciones de la Constitucion de su país, el sitio y el

hecho á pesar de ser conocido de todos, pero nadie conversaba de ello, porque era muy peligroso hablar sobre estas cosas.

Lopez estaba furioso, por muchos dias nadie se atrevia á decirle una palabra, y el nombre de Estigarribia solo podia mencionarse secretamente. Por último cuando el *Semanario* habló de su capitulacion, lo hizo solo para maldecirle é injuriarle como á un traidor infame. Se decia que se habia dejado seducir por el oro brasilero; que su ejército tenia víveres de sobra, que los soldados ardian en valor, y deseaban atacar al enemigo, pero que él los habia contenido; estas y mil otras mentiras y calumnias se estampaban hasta el cansancio en las pájinas de aquel periódico.

Entonces se dudó de la lealtad de Robles, y con motivo tal vez, porque era un hombre malo y cruel, y los brasileros no sabian servirse de otra arma que del oro. Pero las historias de que se habian encontrado cartas bajo piedras cerca de su carpa y dirijidas á él son muy dudosas. Desconfio del hombre, pero desconfio mas de las pruebas de su traicion. Sin embargo, esto bastaba para Lopez y el general fué arrestado. (1)

plan de operaciones sobre la plaza, la direccion positiva, en fin, fué galantemente encomendada por el Emperador del Brasil, al Presidente de la República Arjentina.

La Uruguayana despues de algunos dias de sitio y en momentos de ser asaltada, se rindió, como era inevitable que sucediera, y es completamente ridícula la suposicion de que Estigarribia fué sobornado.

Como el autor tiene que referirse á los datos que corrian en el Paraguay sobre todos estos sucésos, no ha podido conocer sus detalles verdaderos, lo que no es de estrañarse bajo un gobierno como el de Lopez, y es por esta razon que sus errores respecto á operaciones son disculpables. Por mas pormenores, puede consultarse el libro del Sr. Thompson, pájinas 96 á 111.

(N. del E.)

(1) El Sr. Thompson con la severidad que lo caracteriza, cuenta los detalles de esta prision, que son ciertamente interesantes y dan su colorido peculiar á los actos de aquel gobierno, pero él mismo ignora los siguientes detalles:

Parece que la causa de la prision del Jeneral Robles, fué la siguiente:

El general Barrios fué enviado para conducirlo á Humaitá, y se comportó para con su antiguo camarada, antes su íntimo amigo, con la mayor insolencia. Siendo un hombre grueso y pesado le hizo andar á pié, á la cola de su caballo, y al rayo del sol hasta llegar al embarcadero que distaba dos leguas. Al llegar á Humaitá, le pusieron grillos, le juzgaron, le condenaron, y cuatro meses despues fué fusilado. Este largo intérvalo entre la condenacion y la ejecucion no debe considerarse como prueba de compasion y piedad; por el contrario, no tenia nada de humano; es el antiguo sistema español de tratar á los criminales. Los prisioneros eran á menudo atormentados para obligarles á confesar su culpabilidad, ó frecuentemente, para que declarándose reos, revelaran á fuerza de nuevos tormentos los nombres de sus cómplices. Por esta razon permanecian engrilladas muchas personas condenadas á muerte, con la esperanza de que comprometiesen á algunos de los que no habian sido sospechados todavía. Inútil es añadir, que mucha jente inocente fué acusada de esta manera, por desgraciados, que se agarraban frenéticamente de todo pretesto con la esperanza de prolongar su vida. Robles no fué fusilado hasta el 8 de Enero de 1866.

Poco despues del desastre de la Uruguayana pasé tres semanas en Humaitá, y con motivo de alguna fiesta nacional, asistí á un *besa-manos* en que el Presidente pronunció un discurso,

Algunos de los gefes ú oficiales de la Lejion Paraguaya, que hacia parte del ejército argentino, escribieron á dicho Jeneral. Las primeras cartas fueron devueltas, segun creemos sin abrirlas, pero las segundas, quizá con la intencion de contestarlas, las guardó en un bolsillo secreto de su carruaje. Como Lopez tenia organizado el mas tenebroso sistema de espionaje, supo inmediatamente el hecho; y en el acto de prenderse al Jeneral se tomó la galera, y sin vacilar, se sacaron las cartas de donde estaban. Se dice que el espia del Jeneral Robles era el Coronel Alen, que fué despues jefe de Humaitá. La verdad es que si bien Robles recibió las cartas, nadie sabe lo que pensaba contestar; la muerte, pues no importaba otra cosa la sospecha del tirano, le sorprendió quizá indeciso respecto á la conducta que debia observar con sus compatriotas liberales.

(N. del E.)

que jamás olvidarán los que lo oyeron. El Obispo, y no el Ministro de la Guerra como se acostumbraba en estas ocasiones, le dirijió la palabra, y despues de una larga sucesion de cargados cumplimientos, le habló con reserva de la desercion y traicion de Robles y Estigarribia. Lopez le escuchó con gran impaciencia hasta el fin, y casi sin mencionar su reconocimiento por el exordio del discurso del Obispo, prorrumpió en un torrente de injurias y amargos denuestos, y concluyendo con una voz mucho mas alta que de costumbre, dijo: « Trabajo por mi pais, por el bien y el honor de todos, y nadie me ayuda. Me hallo solo—no tengo confianza en ninguno de los aquí presentes,—no puedo fiarme de nadie. » Entonces dió tres ó cuatro pasos al frente, y levantando su mano cerrada, y pálida como la de un muerto, á causa de la violenta tension de sus músculos:—CUIDADO! esclamó! HASTA AQUÍ HE PERDONADO LAS OFENSAS, HE ENCONTRADO PLACER EN PERDONAR, PERO DE AQUÍ EN ADELANTE, NO PERDONO Á NADIE !» Y la feroz espresion de su rostro redoblaba el terrible poder de su amenaza. Al salir de la habitacion, toda la numerosa oficialidad le saludó muy sumisamente; observé una tristeza general, porque todos los presentes sabian que el energúmeno cumpliria su palabra.

Entonces estableció el sistema de castigar á los parientes de todos los desertores, fueran verdaderos ó supuestos, y esparció pronto de una estremidad á la otra del pais, la miseria y la ruina. Centenares de personas enteramente inocentes, especialmente mujeres, sufrieron en sus personas las faltas ó las desgracias de sus hijos, maridos ó hermanos.

Era amigo íntimo de una familia que fué una de las que se persiguieron primero, por culpa de uno de sus miembros, separado de ella por centenares de millas. Constaba de una viuda y varios hijos. Aquella se llamaba Doña Olivia Corbalan, española pura de orijen, muy orgullosa de este incidente, algo altanera para con los estraños, pero festiva y alegre para con sus amigos, piadosa sin ser fanática, generosa y caritativa hasta el esceso. Como vivian jeneralmente en su hermosa quinta poco distante del pueblo, la señora habia *incurrido* en el gasto

de hacer venir un carruaje desde Inglaterra, pero habiéndole hecho decir el austero *viejo Presidente*, que «solamente él y su familia podian gozar de aquel lujo, que no era para republicanos,» tuvo que abandonarlo.

Su hermano era el padre Corbalan, que he mencionado en el capítulo quinto, porque es una costumbre curiosa del pais, que las señoras casadas, así como las viudas conservan sus apellidos; su marido se llamaba Garcia lo mismo que los hijos, pero ella se conservaba Corbalan como antes de casarse. Mientras vivia el marido se le llamaba Doña Olivia Corbalan de Garcia.

Cuando su hermano fué arrestado, compró una gran casa en la capital, la que habia sido edificada para Mme. Lynch, que no quiso ocuparla, porque la incomodaban los gritos de los presos que eran atormentados en el *Calabozo*, situado á los fondos. Y fué precisamente su posicion, lo que la recomendó á la señora, por que con solo sentarse constantemente en un balcon del fondo, podia á veces, echar á su hermano una ojeada fujitiva y asegurarse de que vivia todavia.

Tenia cinco hijos; Jaime el mayor era un muchacho ocioso y relajado que vivia en el pueblo; el segundo se educaba en Paris; los menores, niños alegres y delicados, que tenian respectivamente ocho, diez, y doce años, vivian con ella. Tenia tambien cuatro hijas, dos de ellas mozas, bonitas y bien criadas. Poco despues del principio de la guerra, Jaime, que tenia entonces cerca de veintidos años, fué enviado de marinero abordo del *Taouarí* y Froilan, el segundo, al ejército.

Cerca de seis meses despues, una hermana de Doña Olivia que acababa de enviudar, fué arrestada por haber, segun se decia, hablado irrespetuosamente de Lopez. La conocia muy bien; era una mujer tímida y juiciosa, que estoy cierto no habria hecho semejante cosa. Fué condenada por supuesto, y colocada en un cuartujo detrás del Ministerio de Hacienda, que hacia mucho tiempo servia de perrera de Mr. Skinner. Aquella jóven y delicada mujer permaneció seis semanas en ese lugar con un centinela dia y noche á la puerta.

Durante el año 1866, Lopez estaba muy ocupado en llenar

el rio de unos torpedos, que fabricaba un americano que le inventó la idea. Cuando este hombre murió, la obra fué continuada por un refujiado Polaco, llamado Mischkolfsky, que se habia establecido en el pais, y se habia casado con una prima del Presidente. Solia llevar los torpedos aguas abajo en una canoa, que remaban cuatro muchachos, y se ordenó á Jaime Corbalan que le ayudára en este trabajo; uno de los muchachos llamado Gonzalez, era sobrino del Ministro de Agricultura.

Una mañana de Setiembre de aquel año, Mischkolfsky partió como de costumbre con el torpedo. No habia ido muy lejós cuando recordó que habia olvidado algo y dijo á Jaime, que le desembarcase y lo esperase hasta que volviera. Jaime aguardó solamente á que se perdiera de vista su superior, y ordenó á los muchachos que continuasen remando; como estaban del otro lado de las baterías, su escape fué fácil, y se entregaron á los brasileros con la canoa y el torpedo.

Cuando vino el injeniero, buscó en vano la canoa, y entonces volviendo á Humaitá, dió parte de lo que habia sucedido. Fué arrestado inmediatamente, acusado de haber sido cómpliee de los desertores, cargado con grillos dobles, y rebajado luego á soldado raso (habia tenido el rango de capitan) fué mandado á la vanguardia, y muerto poco despues.

Cuando llegaron estas noticias á la Asuncion, me conmovieron mucho, porque sabia que los parientes de los desertores serian severamente castigados, y casi todos ellos eran amigos mios. Dos dias despues, la señora Corbalan se hallaba en poder de la policía, todos sus bienes muebles é inmuebles fueron confiscados, y ella y sus hijas desterradas á Cuaguazú, establecimiento indio en la gran selva del mismo nombre, distante ciento cincuenta millas de su feliz morada de otros tiempos. Fueron despojadas de cuanto poseian, hasta de los zarcillos y joyas de las criaturas, y aun de los trajes que vestian. Les arrojaron algunos trapos para cubrir su desnudez, é hicieron descalzas su largo y penoso viaje. He sabido despues, que doña Olivia ha muerto, que su hija mayor está loca, y las demás criaturas desamparadas y sin un centavo. El tercer hijo

habia sucumbido ya en la guerra. Sus hermanos fueron enviados inmediatamente á la vanguardia; uno murió del cólera, el otro, muchacho anjelical y tímido, mi gran favorito, murió en el campo de batalla. Uno de mis colegas le vió llevar á la retaguardia mortalmente herido; la pobre criatura le reconoció pero no podia hablar, y dándose vuelta al oir su voz, murió con la sonrisa del reconocimiento sobre los lábios. (1)

Las familias de los demas participaron de la misma suerte. La madre y las hermanas de Gonzalez fueron enviadas á una guardia en el gran Chaco, éstero pestífero en que solo pueden vivir la grulla y la boa, y murieron muy luego.

Su tio, el ministro, un anciano de cabellos grises, fué atormentado en el *cepo Uruguayana,* y despues de haber estado largos meses encarcelado con grillos, fué enviado á pelear como soldado raso.

Habian ocurrido varias deserciones antes de estos acontecimientos, y á los parientes de los culpables, se les permitió disculparse públicamente, maldiciéndolos en las columnas del *Semanario* y renegando tener parentesco alguno con los desertores. Tengo delante varias de estas miserables publicaciones. En una de ellas, una madre maldice á su hijo; en otra un hombre ruega al Cielo que descargue toda su venganza sobre un hermano; una esposa reniega y vitupera á su marido, quien por lo demás no habia desertado, sino que habia muerto prisionero en la ciudad de Corrientes. Ví á esta señora algunos dias despues de la publicacion de su carta y conociéndola mucho, me atreví á preguntarle como habia podido escribirla.— «Para salvar á mis hijos, me contestó la mujercita mas vivaracha y alegre del mundo. Toda ella es falsa, Vd. sabe que quiero á mi marido con toda mi alma,—pero señor, qué queria Vd.

(1) Hemos conocido intimamente al niño á que se refiere el Sr. Masterman, era verdaderamente como él lo pinta; vivió en Buenos Aires algunos años y durante su permanencia en los Colejios era querido de todos. Tenia cerca de trece años cuando murió y se llamaba Marcos Garcia, muchos le echarán de menos y nadie mas que el traductor de este libro.

(*N. del T.*)

qué hiciera? » Dudo si puede presentarse un cuadro mas horroroso del estado del Paraguay que la revelacion que nos presenta cualquiera de dichas cartas. A pesar de esto, el *Semanario* se ha recibido en Europa, como la mas franca y última palabra en la cuestion paraguaya, un diario cuyas columnas estaban llenas de patriotas cartas como las que hemos mencionado, y cuyos artículos eran sometidos todos al criterio de Lopez antes de imprimirse; se han citado comunicaciones al redactor, firmadas por jornaleros ingleses en prueba de que ningun súbdito británico deseaba salir de aquella morada de la esclavitud, y se creia encontrar en sus pájinas rastros de los sentimientos del pueblo. Otra víctima, que padeció á fines del mismo año, fué el señor Acuña, hombre alto, cano y que tenia cerca de setenta y dos años de edad. Habia sido por muchos años director del Correo en la Asuncion, y sus buenas y finas maneras, le habian hecho querido de todo el mundo. Habia nacido en la ciudad de Tucuman, pero vivia hacia mucho tiempo en el Paraguay y se habia casado con una hija del país. Habia incurrido en el ódio del gobierno, no sé por qué razon, á no ser que fuera porque una hija suya se habia casado con el ex-cónsul brasilero; aunque con el objeto de no ofender al gobierno no la habia hablado desde el principio de la guerra. Fué metido en la cárcel, y poco despues su esposa, mujer anciana, participó de la misma suerte pero no de la celda de su marido. Permanecieron siete meses presos y aislados, y salieron moribundos. Murieron ambos con un pequeño intérvalo, poco despues de haber sido puestos en libertad. Me alegré mucho cuando lo supe, porque despues de tantos sufrimientos en una edad tan avanzada, la muerte no podria ser para ellos sino un huésped bien venido.

CAPÍTULO X.

La cocina nacional y sus peculiaridades—Visita á Humaitá Escenas en los hospitales.

Fatigado mi espíritu con la triste narracion que acabo de hacer, buscaré un refujio y un alivio en las reminiscencias de mis dias mas felices de la Asuncion.

Tan pronto como hube aprendido el español, fuí nombrado profesor de materia médica y de química, y tuve á mi cargo una clase de cerca de cuarenta practicantes. Pero la tarea era desanimadora; los estudiantes tenian muy poca memoria, nunca querian pensar por sí mismos, y jamás procuraban seguir hilacion alguna de raciocinio. Su preocupacion constante eran las *recetas* de sus abuelas, las que constituian siempre un obstáculo invencible para su adelanto. Una vez que se les metia en la cabeza una idea falsa, nadie se la arrancaba ni podia modificarla. Eran como los indios de la América Central, que habiendo confundido *invierno* con *infierno*, no pudieron despues dejarse persuadir por los jesuitas de que este último lugar era caliente.

Poco despues del bloqueo, se agotó nuestra provision de medicinas, y me ocupaba principalmente en buscar remedios del pais, que las reemplazasen. Hallé entre las *mimosas* bastantes astringentes, habia mucho carminativo, purgantes euforbiales, y estraje como pude de la cal, varias mixturas absorventes; en vez de la quinina, dábamos el arsénico, y el calomel lo manufacturábamos; pero fué imposible reemplazar el ópio que necesitábamos mas que nada. Habia plantado una cantidad de amapolas, pero desgraciadamente todas fueron destruidas una noche por las vacas. La planta del aceite de castor crece silvestre por todo el pais; se llama en Guaraní *mbaĭĕbó*, y es muy estraño que los paraguayos, aunque las semillas les servian de un violento y peligroso purgante, no se imajinaran, que podian hacer de ellas el aceite que compraban tan caro en Buenos Aires.

Creo que no he dicho nada todavia sobre nuestro modo de vivir, ó sea lo que comiamos. El pan fermentado es poco usado; podia ser comprado en la Asuncion, pero los hijos del pais preferian el *chipa*, que se hace de mandioca, ó almidon de casava, que los ingleses conocen con el nombre de *arrow-root* brasilero y de tapioca cuando está manufacturada en otra forma. El almidon se amasa con queso fresco, gordura, sal, agua y un poco de semillas de cilantro, y se coce en unos hornos de tierra, que tienen la forma de un enorme hormi-

guero, y que se ven detrás de todas las casas. La forma del pan es por lo general de un largo cilindro, pero cuando lo destinan para regalo, lo reducen á formas muy grotescas, variadas, y muchas veces indecentes. Es blanco, abiscochado, y muy agradable al paladar cuando es fresco, pero se le puede guardar largo tiempo. Si se le agregara un poco de ceniza de huesos, seria un alimento perfecto, un pan, tal cual se lo imaginaría un químico.

El maiz es un artículo muy comun y son muy ricos los dorados bollos que se hacen con su tosca harina. Se usan tambien á veces de la misma manera las semillas de la Victoria Regia, llamada allí *abatí-irupe* ó maiz del agua.

Los platos ordinarios son simples y buenos; la vaca á la parrilla es inmejorable; y la mandioca la acompaña admirablemente, aunque no tan bien como las papas, que digámoslo de paso, son raices apenas mas grandes, que las castañas en su pais nativo.

Sin embargo, no me gustan sus mas famosos platos, si se esceptúa la carne con cuero, que es deliciosa. Sus pasteles y otros dulces, siempre me traian á la memoria, á pesar mio, el banquete á la moda de los antiguos, descrito en «Peregrine Pickle». Hay un plato abominable al cual son muy aficionados y que debe haber sido muy estimado en el tiempo de Carlos II en Inglaterra, á saber, el *nonato*, porque Shadwell en su «Woman Captain» entre otras delicadezas menciona el:

«Fawns out of their dams' bellies ript».

Les gustan mucho las conservas, y sus frutas azucaradas y dulce de guayaba, son escelentes.

Emplean una cantidad escesiva de gordura en sus diferentes platos, y no me halagaba mucho ver á la cocinera derretir una vela para freir costillas; pero es preciso tener presente, que la vela se hacia de grasa fresca. La grasa sirve tambien de pomada. Durante las fiestas he visto muchas veces á una *peiñeta dorada* (1) sentarse en el umbral de su casa aprovechando el último rayo del moribundo sol, para hacer su tocado, con un

(1) Véase Thompson pag. 54.

espejo apoyado en una pierna, un peine en una mano, y debo decirlo, con una vela en la otra, que pasaba alternativamente por sus largos y abundantes cabellos antes de trenzarlos y de enarbolar su rodete negro como el ala del cuervo; tenia á su lado en el mismo umbral, la rosa, los macisos zarcillos, y el peine de oro. Me entretenia en cojer al vuelo la viva ojeada, que me lanzaba la picaruela desde su espejo cuando pasaba. Una rosa posada detrás de la oreja izquierda, á la cual he visto muchas veces pegar dos ó tres luciérnagas, formaba un artículo indispensable de su *toilette*.

Las paraguayas son amables y sencillas, y tan apasionadas á las flores, que no era posible conservar un ramo intacto, ni por algunos minutos. Si se tenia alguno sobre la mesa y llegaban visitas, era indispensable ofrecerlas algunas flores, las que siempre debian ser aceptadas; y si se salia de una casa con un ramillete, y se hacia otra visita, era preciso perderlo ó á lo menos cambiarlo por otro. Cuando eran estraordinariamente bellas, entonces el regalo pasaba de ser un mero cumplimiento. Un dia me regaló unas hermosísimas camelias, una señorita, á quien ví despues esposa, madre y viuda en menos de un año, y no queriendo perderlas las até á mi silla antes de hacer mi segunda visita. Sin embargo, al despedirme de doña Juanita, descubrió desgraciadamente mi tesoro, y despues de muchas disculpas por mi descuido, la rogué me hiciera el favor de aceptarlas. Las admiró mucho, me preguntó con aire de indiferencia quien me las habia dado, y en seguida, se despidió de mí con la cara mas risueña del mundo. Me fuí, pero echando de menos un guante volví, y entrando en la casa de improviso, encontré á mi risueña amiga, destrozando el ramo, haciendo pedazitos las camelias y pisoteándolas con una espresion de fisonomía, que no tenia nada de angélico.

Tenia en mi poder un aparato fotográfico, y deseando sacar algunos retratos de los indios payaguás, pedí al cacique que solia venderme plumas de avestruz, mates etc., permiso para sacar el suyo, pero me contestó;—que él no queria hacer sacar su fea cara para que se rieran de él los blancos,—y se mandó mudar ofendido. No queriendo darme por vencido

recurrí al capitan Meza, que era entonces capitan del Puerto y le pregunté si tendria la bondad de mandarme dos ó tres de ellos. La idea de hacer retratar á los indios le pareció muy graciosa, y me prometió enviarme cuantos quisiera. La mañana siguiente mandó unos cuantos soldados al Chaco é hizo venir toda la tribu, hombres, mujeres y niños, y para estar seguro de que no se escaparan, montó á caballo y poniéndose á su cabeza los condujo él mismo.

Saqué los retratos con suma facilidad; porque se quedaban tan inmóviles como si fuesen tallados en madera, y tenian un miedo exajerado á la cámara. Entre ellos se hallaba una vieja horrorosa, que tenia, segun se decia, mas de cien años de edad; su cara era apenas humana, sus cabellos grises y blancos le llegaban hasta la cintura, y sus miembros eran marchitos y descarnados. No he visto jamás objeto alguno tan espantoso, como me pareció aquella vieja vista patas arriba en el foco del vidrio.

Cuando acabé, les dí dos botellas de rom, lo que ocasionó una pelea jeneral, y temo que la vieja, á quien entregué una de las botellas, bebió demasiado antes de soltarla, porque mientras peleaban los otros entre sí por lo que quedaba, ella me besaba locamente las manos, y luego con profundo horror y confusion mia, echó á un lado su frasada, y se puso á jirar y bailar frenéticamente al rededor de la cámara oscura, absolutamente desnuda.

Poco despues de capitular Estigarribia, bajé hasta Humaitá, para inspeccionar el hospital y boticas de campaña, pero no encontré en ninguna parte aquellas formidables baterías que la han hecho tan famosa. Es un tristísimo paraje, llano y pantanoso; el terreno consiste en un arcilla porosa, de manera que un aguacero lo convierte en una laguna. Se estienden en todas direcciones funestos esteros atravesados por angostos y malísimos caminos. Se levantaban un poco sobre el nivel jeneral unos campos descuidados, un monte de naranjos ralos y viejos y un pobre ranchito; ninguna otra cosa se veia entre el bajo parapeto y la línea azulada de las montañas, que se

destacaban en el lejano horizonte. Dentro de las defensas y las obras, se hallaban una sucesion de cuarteles, galpones hechos de adobe con techos de caña, una casa de ladrillo de un piso, en una de cuyas estremidades residia el Presidente, y el Obispo en la otra, con madame Lynch en el medio á igual distancia de ambos, y unas cuadras de cuartos con techos de teja, para los oficiales. La iglesia era una buena muestra de la arquitectura paraguaya, pomposamente pintada por afuera y adornada por adentro con una doble hilera de santos de madera, de tamaño natural. La torre habia sido tan mal edificada, que no se atrevieron á servirse del campanario, y fué necesario colgar las campanas en una viga fuera de la iglesia. Una lengüita de tierra cubierta de árboles ocultaba las baterías, que no podian verse por consiguiente desde las líneas, y á nadie, si se esceptúa á las personas ocupadas en el servicio, se le permitia acercárseles. Eran en jeneral terraplenes, pero habia una casamata de ladrillo, llamada la *Batería Lóndres*; contaban entonces con cerca de 200 piezas, que eran principalmente de á 32.

Por el costado de tierra, la defensa consistia en un solo parapeto y un foso con ángulos reentrantes dominados por piezas de campaña colocadas *á barbeta* y bastiones á grandes intérvalos, protejido cada uno por cuatro piezas de grueso calibre. Pero cuando Mr. Gould, chargé d'affaires de S. M. B. la visitó en Setiembre de 1867, las defensas habian sido muy aumentadas y era una plaza muy formidable. Él nos dá el siguiente informe:

« Las baterías de Humaitá, del lado del rio, presentan en la actualidad, solo cuarenta y seis piezas, á saber: una de á 80, 4 de á 68, 8 de á 32, las demás de diferentes calibres. La batería de Curupaytí, en direccion del rio cuenta con treinta de á 32, (esta era una obra avanzada al Sud Oeste de Humaitá).

« El centro está defendido por cerca de cien cañones. En la izquierda se hallan 117 piezas, de las que cuatro son de 68, una rayada Whitworth de á 40 (sacada del encorazado

brasilero despues del combate del Riachuelo) un mortero de á 32 y muchas piezas rayadas de á 12. (1)

« Por el lado de tierra, Humaitá está protejida por tres líneas de terraplenes, cuyo interior está armado con ochenta y siete piezas. El número total sobre la izquierda, es de 204 cañones. La suma total es, por consiguiente, de 380 piezas. »

Los hospitales se hallaban muy distantes de los cuarteles, y á retaguardia de las baterías, de manera que era imposible que no sufrieran una buena parte del fuego, que iba á romperse sobre ellas, como sucedió en efecto; ocurrian frecuentemente accidentes en las salas, y en una ocasion, una sola bala mató á trece personas, que estaban acostadas en sus camas.

Ví por primera vez en los esteros que rodean tres costados de la fortaleza, la rana *tonelero*. El canto de este animal es muy singular, y sumamente parecido al sonido que se hace cuando se machaca una hoja delgada de fierro. Los batracianos de los trópicos son tan ruidosos como feos, y la manera de espresar sus sentimientos es muy curiosa. Me he detenido muchas veces en los esteros para escuchar el coro de su canto. Uno dá la clave, con tonos fuertes y solemnes, y entonces centenares toman parte en el concierto, hasta que la tierra misma parece vibrar con el bajo profundo gutural de aquel coro pantanoso. Hacian una pausa de algunos minutos y entonces alguna Lablache, vestida con chaleco amarillo, lanzaba refunfuñando un *solo* tremendo y el coro doblaba y redoblaba las notas que habia recojido, hasta ensordecer al oyente. Por la tarde, despues de una tormenta, hora en que las ranas son mas ruidosas, los esteros se iluminan con las luciérnagas, (*lam-*

(1) Los cañones que los paraguayos sacaron de la « Jequitinhonha » eran piezas comunes. El único cañon Whitworth que tuvieron fué tomado á los brasileros en el ataque llevado á Tuyuty el 3 de Noviembre de 1867. Véase la curiosa relacion de este incidente en la obra de Thomson, páj. 252. (*N. del E.*)

paris occidentalis), que despiden una luz amarillenta intermitente y de notable brillantez; y como no se veian nunca, sino sobre terrenos pantanosos, el ruido y la luz servian de faroles y boyas, y me indicaban á menudo los lugares peligrosos cuando volvia de noche á mi domicilio.

Es en estas silenciosas y húmedas tardes, en que la atmósfera está casi saturada de humedad, cuando su actividad y brillantez son mas espléndidas. Sin embargo, la lucierna, *(pyrophorus luminosus)* que despide una luz verde y constante, que puede aumentar y apagar casi á su antojo, es muy superior como lumbrera á la luciérnaga comun. Siento no haber examinado este fenómeno mas escrupulosamente. Sometidos á la prueba del microscópio, los iluminadores presentan la apariencia de glándulas conglomeradas, ó de un número de sacos en forma de peras, atravesados por enormes traqueas con varias ramificaciones. Casi diria, que la cantidad de luz es regulada por la admision graduada del aire que pasa por estos tubos; no es indudablemente un fenómeno vital, porque me he cerciorado que continuaba presentándose largo tiempo despues de la muerte, y aun despues de la separacion del órgano. Hay otro insecto que produce una luz todavía mas bella, á saber, la larva de un escarabajo, gusano gris y feo de dia, pero que de noche se convierte en un brazalete digno de la misma Titania, cadena doble de esmeraldas vivas, teniendo por broche un enorme rubí.

Pero volvamos á la fortaleza; habia pensado quedarme una semana, pero fuí detenido tres, y por una razon tan absurda, que no puedo recordarla sin reirme.

El Presidente Lopez habìa encargado á Paris una caja de vistas parecidas á las que se vén en las férias en Inglaterra, pero en escala mayor, y una linterna májica. Llegaron sin averias poco antes de la clausura de los rios, pero desgraciadamente se estravió la direccion del modo de usarlas, asi es que su excelencia ordenó al Capitan [ahora Teniente Coronel] Thompson y á mí, las colocáramos y las pusiéramos en exhibicion. No nos gustaba mucho semejante tarea, pero le obedecimos.

Cuando todo estaba listo para la exhibicion, Lopez acompañado del obispo y de tres ó cuatro generales, recorrió toda la esposicion al son de una música guerrera, y seguido por nosotros que haciamos de *cicerones*. Tuvimos mucha dificultad para contener la risa : hasta tal punto eran absurdos el encanto pueril y las ideas falsas de nuestro rollizo patron, mientras se paraba en las puntas de los piés para contemplar en los vidrios « la Bahia de Nápoles á la luz de la luna » ó un « Chasseur d'Afrique combatiendo diez árabes á la vez. »

La linterna májica era más risible todavia; se cerraba con una cortina la estremidad de un zaguan que unia dos patios, y la otra con un biombo; la máquina se colocaba en este, y las sillas, para *el famoso* y su séquito, se colocaban en semicírculo, mientras que los soldados, para cuyo entretenimiento, segun se decia, estaba principalmente destinada la esposicion, tenian que contentarse con quedarse parados afuera.

Muchos de los cuadros representaban vistas de batallas tomadas en la última guerra franco-italiana, pero nosotros nos tomamos la libertad de bautizar de nuevo á algunas, como por ejemplo : « Batalla de Copenhagen, entre los Persas y los Holandeses »—Ah ! qué horroroso combate fué aquel, decia Lopez al obispo haciéndose el entendido.—« El campo de Trafalgar despues de la batalla; los Mamelukos llevando los heridos. »—« ¡ Qué humanidad cristiana, Excelentísimo Señor ! » murmuró el obispo. Seguimos con la farsa. « Toma del Junfraú en la carga final de Magenta, » dijo Thompson con voz poco segura, dándome al mismo tiempo un pequeño golpe sobre la canilla por debajo de la mesa, y « la muerte del general Ordenes, en el momento de la victoria » fué el título del siguiente cuadro, que sonaba pomposamente en español, y con el que concluia la série de vistas. Sucedieron á estas los cuadros cómicos, y con motivo de ellos el obispo casi nos perdió. El biombo reflejaba luz suficiente para poder verle distintamente; sus sacudimientos, cuando trataba de contener la risa metiéndose el pañuelo en la boca, eran irresistiblemente comprometedores. No se atrevia á soltar la carcajada, pero no pudiéndose contener, casi murió de convulsiones, sobre todo al ver una

de las vistas en que la nariz de un enano llegaba á tomar gradualmente dimensiones colosales. (1)

La diversion hubiera sido famosa para una noche, pero habiamos trabajado tan bien, que fué necesario continuar con este pasatiempo hasta nueva órden, y la cosa no era broma; sin embargo me enformé pocos dias despues, y se me permitió que volviera á la capital.

Me quedé en cama durante una semana despues de mi llegàda. Mientras estaba todavia enfermo, murió repentinamente, con muchas sospechas de haber sido envenenado, Mr. Atherton, comerciante ingles, que habia sido escandalosamente injuriado por Lopez, despues de haberle robado una fuerte suma de dinero, con el pretesto de que habia tenido negocios con D. Cárlos Saguier, desertor paraguayo. (2)

M. Cochelet, cónsul frances, procedió enérjicamente en este caso, como lo habia hecho antes en favor de algunos jornaleros del arsenal, incurriendo por esta causa en el ódio eterno de Lopez. Este caballero merece la mas ardiente gratitud de los ingleses en el Paraguay, por el celo desinteresado y por la actividad que demostraba, siempre que su posicion oficial le permitia serles útil. Su majestad no tiene cónsul en aquel pais.

Poco antes de esto, murió Mr. Whytehead injeniero en gefe, ocasionando un profundo pesar á sus amigos y una séria pérdida á los paraguayos. Era un hombre de estraordinaria capacidad, y habia levantado el arsenal hasta ponerlo en pié de prestar notables servicios.

Cuando volví á la Asuncion, se habian enviado muchísimos heridos al hospital. Esos infelices estaban colocados de á dos en cada cama, muchos en el suelo de las salas, y algunos cen-

[1] Por este tiempo Lopez no permitia á nadie que dijera chistes en su presencia, ni que se riera; pues ambas cosas constituian un desacato á su persona. Véase Thompson, «*Carácter personal de Lopez*» páj. 363.
(*N. del E.*)

(2) Este caballero residia en Buenos Aires, desde muchos años antes de la guerra, pero Lopez declaró desertores á todos los paraguayos que estuvieron fuera del pais durante la campaña. (*N. del E.*)

tenares bajo las columnatas y á la intemperie, en medio del rigor del invierno. No tenian mas asistencia que la del Dr. Rhind y la del Dr. Fox, porque no era posible confiar en los cirujanos paraguayos, abandonados á sí mismos; eran en efecto lamentablemente atrasados, porque si se esceptúan unas cuantas lecciones de anatomía que recibieron de este último caballero, y alguna enseñanza que les dí de materia médica, no habian aprendido absolutamente nada. Por esto escribí al Dr. Stewart, cirujano mayor, ofreciéndole mis servicios. Este habló á Lopez del ofrecimiento, quien inmediatamente me nombró cirujano de 2ª clase, es decir, cirujano militar ayudante; y dí principio á mis deberes, amputando una pierna arriba de la rodilla, diez minutos despues de habérseme notificado mi nombramiento.

Los enfermos eran mandados á Cerro Leon, donde morian casi todos. No eran las medicinas lo que les faltaba, sino la dieta y el alimento apropiado; pues no era probable que sanasen personas que sufrian de disenteria, cuando su único alimento era la carne cocida. Hice presente esto á Lopez, pero me contestó sardónicamente.—« Si como *médico* no puede ofrecerme otra idea que esta, no venga á verme mas.»—Habia tambien terribles epidemias de sarampion, pneumonías, viruelas, y cólera asiático. La lista obituaria espantaba; antes que hubiese tenido lugar ninguna batalla séria en tierra, los paraguayos habian perdido 50,000 hombres en los hospitales! Los infelices venian aguas arriba, despues de haber subido desde la vanguardia, en los medio arruinados vapores, con cuatro dias de viaje, y sin recibir por lo general un solo bocado de alimento; se entiende por *los infelices* la mitad ó la tercera parte de los que fueron embarcados, los demas morian y eran echados al rio. El estado en que llegaban sobrepasa todo lo que puede imaginarse, y presenciaba sus sufrimientos con tanta indignacion y piedad, que frecuentemente me quedaba completamente postrado. Se les llevaba desde el muelle hasta el hospital casi, y muchas veces, enteramente desnudos, con las heridas abiertas, sucios, hambrientos, y tan estenuados, que despues de la muerte se secaban sin descomponerse. Se les

acostaba en la tierra por semanas enteras, hasta que venia la muerte á librarlos de sus penas; pero no se les oia quejarse jamás; aguantaban todo con un silencio tan heróico, que se ganaron pronto nuestra mas ardiente simpatía.

El hospital general está situado en una colina de poca elevacion al Oeste del pueblo, y fué construido segun creo por Francia. Sirvió á lo menos de cuartel de caballeria, y una parte, de residencia para él. Es un vasto edificio de un solo piso, pero muy elevado y consta de dos manzanas enteras, con parte de una tercera. El frente consiste de un corredor con lisas y pesadas columnas de estuco, en el centro está la capilla, el cuerpo de guardia ocupa una estremidad, la otra la tienen los oficiales. Las salas son por lo general espaciosas y elevadas, pero tienen poca luz.

La siguiente relacion dará al lector una idea de mi tarea diaria:

Antes de almorzar me iba á la Botica, en donde el ruido estridente de guitarras y los tropezones de personas que se apresuraban á ponerse de pié, se cambiaba repentinamente en golpes vigorosos dados en morteros vacíos, cuando los practicantes me oian abrir la puerta del escritorio. Estaba ya muy habituado á esta indolencia paraguaya para hacer caso del incidente, asi es que les indicaba lo que tenian que hacer, examinaba las preparaciones que se hacian bajo mi inmediata inspeccion, y firmaba las recetas que necesitaban esta formalidad. Despues de almorzar pasaba la visita de las salas. Cuando hacia buen tiempo, en su puerta encontraba un grupo de risueñas fumadoras, enfermeras, que ambicionaban probar su patriotismo curando los enfermos, ó mas bien dicho, á quienes la policia les habia ordenado que lo desplegaran. Era un trabajo muy desagradable para las pobres muchachas, no las necesitábamos, y cuando no entretenian á los heridos no les hacian bien alguno. Desperdiciaron mucho tiempo valioso, enamorando á los practicantes y á algunos enfermos favoritos, y su coqueteria tuvo á veces consecuencias lamentables. Esto me indujo à rehusar cortesmente sus servicios, les daba un buen apreton de manos y este consejo: «haced lo que que-

rais pero no me toqueis á los heridos.» No se debe imajinar por esto que me opongo á tener buenas enfermeras en los hospitales; pero sí, y decididamente, á emplear con este objeto mujeres aficionadas y bonitas de diez y seis años de edad.

Dicho esto las dejaba entregadas á la refinada atencion de mis colegas y entraba en la sala N° 1.

Era un elevado salon, que tenia cien piés de largo y veinte y cinco de ancho, el techo consistia en troncos de palmas y de bamboas colocadas bajo tejas macizas, el todo ennegrecido con la acumulacion del humo y de la tierra de cincuenta años; el piso de baldosa era húmedo y desigual. Las ventanas que se hallaban todas de un lado, eran bajas y angostas, y las estremidades de la sala estaban envueltas en la sombra de la oscuridad. Llenaban todo el espacio camas muy rudas hechas de palos unidos uno al otro con una red de huascas. Estaban colocadas lo mas cerca posible una á la otra, dejando apenas lugar para pasar entre ellas; porque aunque el hospital no deberia contener mas de trescientos hombres, se hallaban dentro de sus paredes casi el triple de este número.

Al entrar encontraba en cada cama un herido, algunos en colchones rellenados con musgo y otros sobre huascas que dejaban profundas huellas en su carne, cuando la tenian. La mayor parte estaban desnudos y sin mas abrigo que las vendas que les ligaban las heridas y sus destrozados miembros; ó tenian por toda cobija el triste resto de una sábana. No habia frazadas aunque hacia mucho frio y humedad. El aire era tan sofocante y fétido, que los que entraban no podian respirarlo, porque como los desgraciados tiritaban de frio, insistian en cerrar los postigos de las ventanas, y á pesar de esto, las salas estaban llenas de visitas, sobre todo de mujeres.

Al rededor de una de las camas, se veia á una familia entera hablar cariñosamente con un hijo ó hermano herido; en sus ojos, hacia poco mustios, se reflejaba la felicidad que chispeaba en los suyos; porque les habia dicho el médico que quedaria estropeado para toda su vida, y que jamás le obligarian á tomar servicio. Estos infelices salvajes, son muy

cariñosos, y no hay para ellos una desgracia igual á la de dejar sus casas. Un poco mas allá, una madre suponiendo el placer con que su hijo recibiria su bien conocida guitarra, se la habia traido, y el enfermo apoyado en su brazo tocaba «La media caña» que bailaban alegremente su hermana y un jóven practicante, cuya atencion era distraida por la admiracion con que miraba á su bonita compañera, y el temor de que yo le sorprendiera en su diversion; en la próxima cama un anciano con pulso trémulo, que pronto dejaria de existir, movia mecánicamente la cabeza al son de la media oida, pero inolvidable melodía. Cerca de la ventana se hallaba un sacerdote, que con la cabeza agachada, escuchaba el murmullo de uno que se confesaba. El padre podia absolverlo rápidamente y sin imponerle penitencia; el infeliz habia recorrido ya un purgatorio de sufrimientos.

Mas allá todavia, en un ángulo sombrio, se hallaba un grupo mas triste aun. Una esposa, cuya agonia no se revelaba con lágrimas, sostenia la cabeza de su moribundo marido. La mano de la muerte empalidecia sus gastadas facciones; no necesitaba ya de la ciencia del médico, habia perdido la esperanza de salvarse; rodaba por el suelo, donde quedaba como si no existiera, el pequeño regalo de chipá y cigarros que se habia afanado en traerle desde tan lejos y á pié; y murmuraba con prisa frenética el Ave-Maria, mientras procuraba introducir entre sus dientes ya apretados, un casco de naranja. Pero sus desvelos no podian detener el espíritu que se le escapaba, y la cansada criatura que dormia profundamente á su lado seria huérfana cuando despertára.

No pinto una escena de la imaginacion. Los actores se cambiaban un dia trás otro; algunos volvian á recuperar la salud, algunos quedaban para siempre estropeados, y otros que eran la mayoria, pasaban al triste cementerio de la colina; pero el drama no cesaba nunca; ninguna cama quedaba vacia muchas horas.

Continuaba parado en la puerta contemplando indulgentemente la pareja que bailaba hasta que me viea el haragan del practicante, que buscaba apresuradamente un pretesto para hacerse el que hacia algo, y en seguida, me traia con cara de zonzo

la lista de aquellos que habian entrado desde la víspera. Entonces los enfermos me saludaban todos á la vez diciéndome « Buenos dias, mi padre » « todos estamos enteramente buenos esta mañana.»

Entonces comenzaba mi tarea diaria. Primero examinaba cuidadosamente á los recien venidos, y en seguida á los demás, pasando rápidamente entre las filas de camas, y deteniéndome solamente con los muy mal heridos; porque teniendo bajo mi cuidado trescientos ó mas enfermos, no podia dedicar sinó muy poco tiempo á cada individuo.

Uno que otro hombre me estendia el brazo y me rogaba que le tomára el pulso. Esto les parecia servir como de una especie de encantamiento, y siempre me manifestaban su gratitud si me prestaba á hacerlo. Pero son muy tranquilos y sufridos; raras veces se oia un gemido ó un grito, aunque no se hacian visitas ociosas. Si á la frecuente pregunta que me hacian de « si me sanaré » no podia darles esperanza, contestaban simplemente « está bien » en un tono que indicaba la tristeza y la resignacion de una persona que jamás se quejaba.

La mañana se pasaba pronto. Descansaba desde las doce hasta las dos, hora en que volvia otra vez á mis tareas. Por la tarde hacia esas operaciones que no pueden ejecutarse en las salas, ó ayudaba en las suyas al Dr. Rhind, mi hábil y misericordioso colega. Terminábamos el último trabajo mucho despues de la entrada del sol, y tenia poca probabilidad de que me dejasen dormir mucho, porque pesaba sobre mí el servicio nocturno de todo el hospital.

CAPÍTULO XI.

Las batallas del Paso de la Patria, de Tuyutí, y de Curupaity—Negociaciones, y diplomacia.

Tal fué mi vida diaria durante meses, y al narrarla he dejado de mencionar la invasion del Paraguay por los aliados, que tuvo lugar el 17 de Abril 1866, es decir, cerca de diez y siete

meses despues del dia en que Lopez inició la guerra, con la toma del «Marques de Olinda».

Debo mencionar aquí, que la inagotable cantidad de pólvora que Lopez parecia tener, aunque enorme, fué reducida por un accidente desgraciado, poco despues de mi vuelta á la Asuncion. Además de la inmensa cantidad almacenada por su padre y de los dos mil barriles que recibió unos cuantos dias antes de que se bloqueara el rio, tomó muchísima en Matto Grosso. Habia además en la vecindad de mi casa un depósito de cerca de veinte toneladas de salitre y azufre, con el objeto de manufacturar mas cuando fuera necesario. Este depósito se incendió una tarde casualmente, y como el combustible y el alimentador de la combustion, estaban almacenados en el mismo edificio puede comprenderse fácilmente la furia y la rapidez del incendio. Ardió y tronó por dos horas como un volcan, no pudiendo salvarse absolutamente nada. Despues se procuró fabricar pólvora con el nitrato de soda, que se encuentra en pequeñas cantidades en el Paraguay; pero como es de suponerse no se logró el objeto.

Formada por último la triple alianza, los aliados, despues de perder mucho tiempo tomaron la ofensiva en Corrientes, y como en aquella ocasion estaban en la proporcion de diez contra uno, hicieron prodijios de valor y arrollaron á los paraguayos hasta el punto de echarlos del pueblo; pero al principal cuerpo de ejército se le permitió retirarse sobre el Paso de la Patria sin hostilizarlo jamás, cuando les hubiera sido fácil cortarle completamente la retirada. En Octubre de 1866 el ejército de Lopez estaba concentrado en paso Pucú (el Paso Largo) lengüita de terreno seco limitada al Este por el intransitable estero Nembucú y al oeste por el rio Paraguay.

Las fuerzas aliadas acamparon sobre la frontera Norte de la provincia de Corrientes, frente al Paso de la Patria. Contaban sesenta y dos mil soldados de las tres armas, es decir 40,000 brasileros, 18,000 arjentinos y 4,000 orientales, con doscientas piezas de artillería. Permanecieron allí seis meses sin emprender ningun movimiento serio.

Se habian reunido á la escuadra seis encorazados armados

con piezas rayadas de gran calibre; pero no se atrevieron á pasar el fortin de Itapirú, que estaba defendido por tres piezas de á 32 segun creo, pero que estoy cierto no pasaban de 68. El fortin y los monitores se hicieron fuego á gran distancia durante tres meses sin otro resultado que desmontar uno de los cañones del fuerte.

Lopez, como el Lord de Shurland se cansó del ruido, y para acallarlo ordenó que se llevára el ataque á las baterías colocadas en la isla de Cerrito, situada en frente de la desembocadura del Rio Paraguay. Su intencion era caer sobre el enemigo durante la noche, bajando los paraguayos silenciosamente y sorprendiendo á la guarnicion mientras dormia.

No cabe duda que su proyecto hubiera tenido éxito, mas afortunamente para sus víctimas, los paraguayos son sumamente apáticos, "*Esperá hasta mañana*" es la divisa del país; pero ni en esto les van en zaga los demas sud-americanos. Era dia claro cuando llegaron á la isla y cayeron en la trampa. Se les permitió desembarcar y entonces las baterías rompieron el fuego sobre ellos; los encorazados rodearon la isla, echaron sus botes á pique, y les cortaron la retirada. Todos los paraguayos, que no bajaban de quinientos hombres, fueron hechos pedazos.

Este combate tuvo lugar el 10 de Abril de 1866; una semana despues el ejército aliado atravesó el Paraná y acampó en sus márjenes con el Estero Bellaco sobre su derecha y el rio mismo sobre su izquierda. En este punto se formó un campamento atrincherado defendido por baterías de mucha fuerza.

Los paraguayos les llevaron un formidable ataque el 24 de Mayo y por la tremenda impetuosidad con que lo hicieron, se apoderaron de las mas formidables defensas; pero como sus tropas eran indisciplinadas y mandadas por oficiales poco capaces, que las incitaban á avanzar, sin darles el ejemplo, se desbandaron y huyeron sin guardar siquiera una sombra de disciplina, presa de un terror inesplicable. Sufrieron pérdidas atroces en la fuga; les hicieron fuego las mismas piezas que habian tomado pero que no habian tratado de inutilizar, y casi quince

mil hombres, entre muertos y moribundos, quedaron tendidos en el campo de batalla.

Puede decirse que la raza española en el Paraguay fué aniquilada en la batalla de Tuyutí. En la vanguardia se hallaban los varones de casi todas las mejores familias del país, y perecieron casi todos; á centenares de familias, sobre todo á las de la capital, no les quedaron ni maridos, ni padres, ni hijos, ni hermanos. Los ancianos, que habian permanecido en Humaitá, los indios y muchachos llenaron los claros dejados en las filas del ejército nacional.

Los aliados parece que aceptaron esta victoria con temblorosa gratitud; no dieron un paso para completar el triunfo, considerándose felices en no haber sido arrollados hasta las aguas del Paraná, y esperaban que Lopez, en vista de las circunstancias solicitara la paz. Pero este no era hombre capaz de desanimarse ni con tan horrible derrota : se puso inmediatamente á fortificar su posicion, y reunió con mucha prisa los pocos individuos que quedaban sin enrolarse. Fortificó con una triple línea de parapetos y trincheras defendidas por empalizadas, la lengüita de tierra situada entre el rio Paraguay y los esteros que protejian su izquierda, é hizo levantar un fuerte terraplen en Curuzú, punto estremo de la derecha que dominaba el rio.

Los aliados, despues de la batalla de Tuyutí, tomaron un resuello de tres meses; por último avanzaron el 2 de Setiembre y ayudados por el terrible fuego de sus encorazados, tomaron á Curuzú despues de una séria lucha, y por segunda vez mostraron su satisfaccion y agradecimiento tomando otro largo descanso.

Concedieron quince dias á Lopez para reorganizar sus tropas y aumentar las defensas de las ya formidables líneas de Curupaity, que habrian sido formidables para las mejores tropas del mundo, máxime para soldados mandados por una nulidad como Caxias! Esta vez no podia disculparse como solia hacerlo con la falta de conocimiento del terreno, porque la posicion paraguaya fué examinada, no solo como de costumbre, sino tambien con la ayuda de un globo, y desde su altura las lineas fueren reconocidas varias veces.

Sin embargo, los aliados dieron el asalto el 22 de Setiembre y fueron rechazados con horrible carniceria. Fué la repeticion de la jornada de Tuyutí *mutatis mutandis.* Se apoderaron de las dos primeras líneas, pero vacilaron en la tercera, dieron vuelta, huyeron y fueron hechos pedazos antes de poder ponerse á cubierto de nuestras piezas.

Si Lopez hubiera podido salir de sus atrincheramientos, habria concluido la guerra en ese momento; pero no se atrevia á arriesgar la suerte de la campaña en una batalla campal con el ejército que entonces tenia.

Las mejores tropas habian perecido todas, sus fuerzas estaban reducidas á la cuarta parte de su primitivo número, á pesar de haber activado el enrolamiento hasta el punto de no tener armas para los reclutas. Todo hombre desde la edad de diez hasta sesenta años habia sido alistados. Los dientes del rastrillo, como solia decir Mr. Cochelet, se juntaban cada vez mas, pues habíanse sacado cerca de *doscientos mil hombres* de una poblacion que no llegaba á un millon. De este número apenas quedaban veinte y cinco mil; 80,000 habian perecido en los hospitales de enfermedades, ó mejor dicho por falta de alimento sano, y otras necesidades de la vida; se perdieron doce mil en la desgraciada espedicion de Estigarribia; los demas habian muerto en el campo de batalla ó habian caido prisioneros. Los aliados querian utilizar estos últimos haciéndoles servir en una legion paraguaya agregada á las fuerzas argentinas, y se dice, temo que con razon, que fusilaron á muchos que no se ofrecian voluntariamente para pelear contra su propia nacion.

Sea de esto lo que fuera, el resultado no fué muy halagüeño, pues los paraguayos se aprovechaban de toda oportunidad para desertar, porque como lo he dicho, el amor á la patria es en ellos una pasion.

En una escaramuza cerca del Estero Bellaco, la guardia avanzada que consistia en 700 paraguayos, parte de las tropas de Estigarribia, se pasó con todo su armamento á las filas opuestas, apenas vieron la bandera nacional. Lopez recompensó su fidelidad haciendo fusilar á los gefes, por no haberse vuelto antes.

Aunque los duros y tenaces combates tenian la palabra, no se olvidaba la diplomacia. Los brasileros habian probado la suya característicamente, ofreciendo grandes recompensas á los desertores y Lopez se vengó poniendo en la vanguardia oficiales prisioneros para inducir á sus soldados á desertar. Un miserable y raquítico teniente brasilero, que se habia distinguido mucho en esa carrera y que en vista de su foja de servicios fué puesto en libertad en la capital, para espiar á Mr. Washburn, me contó con muchas contorciones de rostro, hasta qué punto un bayonetazo aplicado en la parte posterior estimulaba su elocuencia en estas ocasiones. «Habla hombre» «Grita á los Cambas» le decian alegremente los paraguayos mientras pinchaban las piernas con las bayonetas al infeliz brasilero, parado en el parapeto.

En Setiembre de 1866, despues de la toma de Curuzú, Lopez quiso tratar formalmente y propuso una entrevista personal entre él y los gefes aliados. Estos no tardaron en contestar afirmativamente, y la conferencia que prometia los mas halagüeños resultados, tuvo lugar el 12 del mismo mes. Pero el éxito no correspondió á las esperanzas de nadie. Lopez consintió en negociar sobre la base de que los aliados se retirasen del Paraguay, haciendo él otro tanto en Matto Grosso y aplazando la cuestion de límites para que fuese resuelta por arbitraje. Estas condiciones fueron rechazadas *in limine*, insistiendo los brasileros como *sine qua non* en que Lopez renunciase á la presidencia y saliera del Paraguay. El dia siguiente dijo Lopez que el pueblo no le permitia aceptar semejantes proposiciones, que no podia abandonar un país que queria tanto, agregando otros disparates ofensivos á la verdad y al sentido comun, y la conferencia fracasó. Despues del desastre de Curupaity toda esperanza de arreglo fué por supuesto imposible; el orgullo de los brasileros herido en lo mas vivo, no les permitia tratar.

El *Semanario* estuvo lleno por semanas enteras con manifiestos patrióticos y panejíricos del Presidente, en que se ensalzaban sobre todo, su jenerosidad y humanidad por ofrecer condiciones de paz á sus desmoralizados y moribundos enemi-

gos, y declarando que ellos (los paraguayos) preferirian morir mil veces antes que la *gloria* y el *salvador* de su patria la abandonase. Desgraciadamente decian la verdad. (1)

Estos manifiestos servian de pretesto para pedir nuevas contribuciones, y se arrancó á las mujeres las pocas joyas que todavia les quedaban, para hacer tapas de oro maciso á un album que contenia las firmas de aquellos cuyos sentimientos se suponia encerraban sus pájinas. Cuando la obra estuvo concluida, seis individuos de los principales que quedaban en la ca-

(1) Este capítulo del Sr. Masterman, que es sin duda el peor de un libro tan enteresante, no por eso es menos curioso, pues dá la medida del grado de libertad de que se gozaba en el Paraguay y de la incomunicacion en que el terror mantenia á todos sus habitantes. El Sr. Masterman, á pesar de ser un hombre observador, como lo demuestra á cada instante, no solo ha desconocido la verdad de lo que pasaba en el teatro de la guerra, sino que no ha podido ni aun inducirla, y equivoca hasta la cronolojía de los sucesos, cuando no los confunde unos con otros. Como para restablecer la verdad de los hechos seria necesario escribir muchísimas pájinas, nos limitaremos á algunas pasajeras indicaciones, sin entrar al detalle de las operaciones, y por mas esplicaciones, remitiremos al lector al libro del señor Thompson, que es hasta la fecha lo mas notable que se ha escrito sobre la guerra del Paraguay.

El ataque de Corrientes tuvo lugar el 25 de Mayo, es decir, 25 dias despues de firmada la alianza. Fué una escaramuza sangrienta, y que puso en claro cual seria el carácter de la guerra, pero no fué llevado por fuerzas superiores. El ejército aliado se formaba en la Concordia y el general Paunero estaba en Corrientes con unos dos mil hombres de línea, reuniendo las milicias correntinas. Embarcándose con estos dos mil hombres fué á Corrientes donde desembarcó de 600 á 700, tomando la ciudad despues de un reñido combate, y reembarcándose en seguida, porque sus pequeñas fuerzas no eran capaces, ni llevaban la intencion de batirse con todo el ejército de Robles, fuerte de 25,000 hombres.

Los aliados no estuvieron reunidos sobre el Paso de la Patria hasta Enero de 186‹; los paraguayos habian evacuado á Corrientes con mucha anticipacion, porque en el acto en que Lopez supo la rendicion de Estigarribia ordenó la retirada—mal pudieron pues ser cortados por el ejército—fué la escuadra brasilera quien debió impedir el pasaje del rio, para dar tiempo á que el ejército aliado avanzára sobre ellos.

Los aliados no estuvieron listos para el pasaje hasta Abril. Los combates de Itapirú y las chatas con los encorazados duraron tres semanas y

pital, bajaron hasta Paso Pucú para presentársela, y su suerte debe haber alentado mucho á los demás. Dos de ellos fueron fusilados por falta de patriotismo una semana despues de su llegada, uno quedó preso y engrillado, otro murió del cólera, y solo dos volvieron.

Los aliados estaban tan desanimados despues del rechazo de Curupaity, que limitaron sus operaciones á un bloqueo rijido del rio y á un débil y mal dirijido fuego de los encorazados, hasta el 15 de Agosto de 1867, época en que diez moni-

no tres meses; lo que no es por cierto poco, vista la diferencia de fuerzas

El ataque de la isla, no es tampoco fielmente relatado; la sorpresa se realizó en la noche, los encorazados rodearon la isla, y la matanza de paraguayos fué horrible, pero cuando el sol salió, su luz solo sirvió para iluminar el horrendo estrago de la metralla, y la fuga de los heridos en sus canoas. Es un error decir que esta operacion pudo tener consecuencias sérias para los aliados; la toma de la isla, no habria modificado en nada las cosas; fué una de las tantas calaveradas sangrientas del tirano Lopez, que no tuvo otra idea que apoderarse de la bateria, sin saber por qué ni para qué, como puede verse en Thompson y en las declaraciones de Resquin.

Los aliados invadieron al Paraguay el 16 de Abril, y esta operacion fué una de las mas hábiles y felices de la campaña, pues desbarató todos los planes defensivos de Lopez (véanse las declaraciones de Resquin). Los aliados no acamparon inmediatamente en Tuyuti, ó frente al Bellaco, pues este punto estaba aun distante. La primera operacion practicada en el territorio enemigo fué contra el campo atrincherado de Lopez en el Paso de la Patria, que este abandonó; posesionados de él los aliados continuaron su marcha hácia Humaitá, y mientras se llevaba á cabo este movimiento tuvo lugar «el 2 de Mayo» la sorpresa traida por los paraguayos al campo del general Flores, y su derrota inmediata. El ejército continuó adelantando y recien el 20 de Mayo llegó á Tuyuty, así pues no era posible que existieran el 24, las grandes defensas que el autor supone; apenas si habia algunas lijeras trincheras levantadas al acampar. Por consiguiente, los paraguayos no pudieron apoderarse de lo que no existia. La circunstancia de hallarse todo el ejército aliado, formado y listo para un reconocimiento, fué fatal para los paraguayos que perdieron en este dia mas de 13,000 hombres. El cargo hecho á los oficiales paraguayos es injusto, estos morian con igual fanatismo que sus estraviados soldados.

A pesar de esta derrota, las lineas de Tuyuty, que son las mas fuertes

tores pasaron las baterias y echaron anclas una milla mas abajo de Humaitá, que no se atrevieron á pasar hasta despues de descansar y recapacitar seis meses, como de costumbre.

En el mes de Agosto del mismo año, un norte-americano llamado Manlove, que habia sido hacia poco sarjento mayor de la caballeria Confederada, se presentó de voluntario á Lopez;

. . . .

que sostuvo Lopez en esta campaña, eran defendibles con ventaja, si no impenetrables; la única operacion ventajosa y que nos habria quizá dado un triunfo inmediato, habria sido la marcha de flanco hácia Tuyu-cué, que se llevó á cabo en 1867; pero en ese tiempo no tenia mas partidario que el general en gefe, y además el ejército carecia de los suficientes medios de movilidad para apartarse de su base de operaciones; en la batalla del 24, no tuvieron los aliados ni 1000 soldados de caballeria montados.

La conferencia de Yatayti-Corá no fué entre los brasileros y Lopez, sino entre este y el general Mitre; el general Flores (oriental) asistió por un momento, pero se retiró á causa de una disputa que tuvo con Lopez por recriminaciones que ambos se dirijieron; el general brasilero no asistió. Lopez salió de ella furioso, porque el general Mitre le notificó, que no trataria sino sobre las bases de la alianza, y protestó enérjicamente contra la insinuacion de tratar por separado, asi pues no tuvo necesidad de mandar al otro dia la respuesta ridicula á que el autor se refiere; esa respuesta fué dada á M. Gould en 1867, despues de haber conseguido arreglar con los aliados los priliminares de un tratado, sobre bases aceptadas de antemano por el mismo Tirano.

El desastre de Curupayty, no puede compararse con el del 24 de Mayo— Los aliados perdieron cerca de 5,000 hombres, mientras Lopez perdió 14,000. La retirada se hizo en el órden mas completo; y las tropas de Lopez no se atrevieron á salir ni una pisada fuera de sus baterias. El espíritu del cuerpo de ejército que hizo este ataque era tal, que si le hubieran mandado avanzar nuevamente, lo habria hecho con tanta gallardia como la primera vez. Además, solo entró en combate la mitad de su fuerza. Las causas de este desastre se hallan estensamente consignadas en las notas á la páj. 196 y sig. del libro del Señor Thompson.

El general Caxias no vino al teatro de la guerra hasta despues de Curupaity y la primera ascension del famoso globo tuvo lugar en Junio de 1867—un año despues de aquel desastre.

La lejion paraguaya, que acompañaba al ejército arjentino, se formó en Buenos Aires voluntariamente por los emigrados paraguayos, y si cuando estaba en el ejército fué engrosada por algunos prisioneros, estos se alistarian en ella por su voluntad, pues la mayor parte de ellos venia

pero fué recibido muy friamente, porque su reputacion le habia precedido. Parece que Lopez tenia amigos en el campamento de los aliados, porque se le enviaban diarios regularmente, y un periódico hablaba del mayor Manlove como de un excelente tirador al servicio arjentino, que iba rifle en mano á matar á los oficiales paraguayos. Sin embargo, sometió á Lopez un injenioso proyecto, el cual si lo hubiera adoptado, podria aun entonces haber cambiado materialmente el aspecto de la guerra. Solicitó una patente de corso para hacer la guerra á los aliados, y sobre todo á su comercio, con buques equipados en los Estados Unidos. No pidió dinero, ó solo exigió el suficiente para sufragar los gastos del viaje hasta su pais por la via de Bolivia y Panamá, y uno ó dos oficiales que le acompañasen como jefes subordinados. Declaraba que tenia dos monitores listos, y que partirian tan pronto como recibieran patente para distinguirse de los piratas.

Lopez, sin embargo, no quiso fiarse de él; le tomó por espía, le tuvo preso largo tiempo, despues fué puesto en libertad y mandado á la capital en donde percibió sueldo del gobierno por algunos meses; pero en 1868 fué arrestado de nuevo, y murió ó fué fusilado á fines de aquel año.

Uno de los rasgos característicos de Lopez, y que apresuró materialmente, sinó ocasionó su caida, fué una desconfianza general de todos los que le rodeaban, aun de aquellos cuyos propios intereses los ligaban íntimamente á su política. Si

á Buenos Aires, ó iba á Montevideo ó Rio de Janeiro. Es hasta ridículo proponerse contestar al cargo de los fusilamientos. Jamás se pasó al enemigo un cuerpo de 700 paraguayos porque nunca existió.

Lo que hacia imposible los tratados despues de Curupayty, no era el amor propio brasilero, sino lo que siempre habia obstado á la paz,—la presencia de Lopez.—Los hechos posteriores han demostrado la prevision de los autores del tan criticado tratado de alianza. Además si habia amor propio brasilero debia haberlo arjentino, puesto que sus tropas concurrieron al ataque en iguales proporciones.

Estas lijeras observaciones demuestran la atmósfera de miedo, de misterio y de mentira en que se vivia en el Paraguay—y hace mas relevante el mérito de la Historia de la Guerra, publicada por el Sr. Thompson.

antes de empezar la guerra hubiese declarado francamente al injeniero en jefe Mr. Whytehead y al cirujano mayor Steward, lo que habia de suceder, y pedídoles su opinion, estoy seguro de que hubiera recibido excelentes y valiosos consejos; el país fuertemente atrincherado por la naturaleza, se hubiera vuelto inespugnable merced á los conocimientos y á los infinitos recursos de Mr. Whytehead, sobre todo, contra un enemigo tan despreciable como el Brasil; y la terrible mortandad que casi destruyó su ejército antes de entrar en campaña, se habria evitado si se hubieran consultado los médicos y adoptado sus consejos.

Pero «los Dioses ciegan á los que quieren perder» y el castigo de sus crímenes parecia su sombra; y con todo esto, nunca dejaba escapar la oportunidad de dar un golpe de mano, y con el apoyo de los artesanos ingleses, que estos le prestaban gustosos, sacó el mejor partido que pudo de sus limitados recursos.

Una de las mas antiguas defensas de Humaitá, consistia en una cadena tendida de una márjen del rio á la otra, por Don Cárlos Lopez; cuando se rompieron las hostilidades, se añadieron dos mas, y las tres eran sostenidas por lanchas y estiradas por medio de cabrestantes colocados en la costa. Estas lanchas servian tambien de prisiones flotantes, y adentro de una de ellas se hallaba encarcelado el padre Corbalan. Se añadieron tambien estacadas; pero estas no dieron el resultado que se esperaba, por la necesidad de pescarlas cuando el rio estaba crecido. Fueron sumerjidos un gran número de torpedos, de los que algunos tenian enormes dimensiones; pero la mayor parte voló á causa de las maderas que venian aguas abajo cuando el rio estaba crecido, ó de los caimanes que trataban de satisfacer su curiosidad.

Cuando la guerra estalló, las piezas mas fuertes que tenian los paraguayos eran cañones lisos de á 68, pero los artesanos ingleses construyeron en el arsenal algunas excelentes piezas rayadas, sobre todo, dos Whitworth de 150, que fundieron con las campanas de las iglesias. Los brasileros les suministraban las balas; pero á pesar de esto, se fundieron

para hacer proyectiles varias máquinas, cuyo valor ascendia á millares de libras.

Se hizo tambien un esfuerzo para convertir el *Igurey* en encorazado, con rails de ferro-carril, pero el casco no era bastante fuerte para aguantar la armadura.

CAPÍTULO XII

Arresto del Dr. Rhind y del cirujano Fox. — Mi encarcelamiento.

Entretanto continuamos nuestras tareas como de costumbre. El hospital estaba siempre escesivamente lleno á pesar de la terrible mortantad, que no nos era posible contener, aunque trabajábamos dia y noche con este fin. Mi salud sufria por el escesivo trabajo físico y mental, y en varias ocasiones tuve que quedarme en cama durante algunos dias seguidos, por estar completamente rendido. Ademas de los deberes de mi profesion, me habia encargado no hacia mucho tiempo de las mujeres inglesas, esposas de los artesanos, y de sus hijos. Sufrian mucho por el subido precio y la escasez de los alimentos, y muchas se hallaban seriamente enfermas.

Estábamos á principios de Octubre, y no nos causaba poca ansiedad el efecto probable que tendrian los calores sobre los enfermos de aquellas pestíferas salas; ni se nos pasaba por la imajinacion que pronto nos veriamos obligados á abandonarlos á su propia suerte. El 6 de este mes habia hecho un corto paseo á caballo, placer á que entonces me entregaba raras veces, y á mi vuelta encontré al Dr. Rhind bajo la presion de una gran ansiedad. Se habia recibido un gran telégrama de Paso Pacú ordenando á él y al Dr. Fox que visitase á la señora Presidenta. La órden acababa de llegar, y el Dr. Rhind fué inmediatamente en busca de su cólega, pero no pudo encontrarle hasta las ocho y media. Inmediatamente se presentaron á las puertas del Palacio; pero la vieja estaba muy mal humorada y no quiso recibirles. A la mañana siguiente se

presentaron de nuevo, pero con el mismo resultado que antes.

Poco despues vino una nota del cirujano mayor Stewart, escrita por órden del Presidente, mandándoles que declarasen terminantemente las razones por qué se ausentaban de sus puestos, y qué habian hecho en la tarde anterior. Cumplieron la órden, pero la respuesta del Dr. Fox, fué considerada tan poco satisfactoria, que envió órdenes al mayor de plaza Gomez para que los arrestase.

El pobre Rhind, que era tisíco, estaba entonces muy enfermo y débil, vino á verme muy aflijido, y me dijo que el mayor lo habia mandado llamar, y añadió : «estoy cierto que me van á encarcelar. No podré resistir la prision ; estoy seguro que no saldré vivo. »

Procuré darle ánimo, pero no lo conseguí porque estaba tan agitado como él y me imaginaba lo peor.

Trabajé todo el dia como de costumbre, pero mis pensamientos estaban en mi amigo ausente. Por la tarde su ayudante vino á decirme que estaba preso, y que yo debia tomar á mi cargo el Hospital General, que entonces contenia ochocientos heridos. Quedó encargado de los hospitales del Estanco y de San Francisco el teniente Ortellado, antiguo practicante del país, que sabia tanto de cirujía como el hombre de la luna.

Incluyendo los inválidos habia en todo mil quinientos heridos confiados á nosotros dos y á unos cuantos practicantes ó estudiantes de medicina. En la mañana siguiente recibí un billete abierto de Dr. Fox, rogándome que fuera á verle y le llevara sus llaves. Fuí inmediatamente, ví al mayor de plaza, que me dijo bruscamente : están incomunicados. Le rogué procurase obtener una escepcion en mi favor y me prometió hacerlo. El Dr. Rhind habia llevado accidentalmente consigo un escalpelo mio, de que necesitaba para la diseccion ; me serví de este pretesto para mandarle por conducto del Ministro de Guerra una carta, por supuesto abierta y en español, pidiéndoselo, pero en realidad para asegurarle que le enviaria

cuanto necesitase y que haría cuanto fuese posible para serle útil.

Pasaron quince dias; trabajaba literalmente dia y noche, porque abrigaba el pensamiento que había de seguir pronto á mis cólegas, y me afanaba porque quedase lo menos posible que hacer. Ejecuté pues en aquel tiempo mas operaciones sérias, que las que jamás esperé tener la buena fortuna de practicar en toda mi vida. Afortunadamente estas ocupaciones distrajeron mi atencion, porque cuando reflexionaba en las desgracias que me rodeaban y pensaba hasta qué punto habrian sido mitigadas sin el arresto de mi amigo, apenas podia contener mi indignacion, cuya manifestacion hubiera sido tan peligrosa para él como para mí. Sin embargo, siempre pensaba en mi pobre Rhind y en las miserias que debia sufrir.

En la mañana del 22, Mr. Laurent Cochelet, cónsul francés, me envió un paquete de cartas, que habia sido introducido por las líneas hasta el Paso Pucú, por el *chargé d'affaires* y que él habia llevado consigo hasta la Asuncion. Dos de ellas eran para mí, y las demás para el Dr. Rhind. Recibí con gran placer las mias, porque habia pasado dos años sin tener noticias de mi pais, y me regocijaba tambien imajinándome el entretenimiento y satisfaccion que tendria el doctor, si pudiera recibir las suyas. Me puse pues la espada, y fuí inmediatamente á la mayoria. El ayudante me dijo, que el *gran hombre* estaba ocupado. Permanecí dos horas al sol, esperando verle; estaba muy contrariado por la pérdida de momentos tan preciosos, y supe por fin, que el individuo se ocupaba solamente en presenciar el juego de la sortija. Estaba sentado con el gefe de policia y otro oficial, cuando me aproximé á él, y le pregunté si no habia recibido ya la respuesta á mi solicitud pidiendo permiso para visitar á mi amigo. «No, dijo; ¿por qué está Vd. tan ansioso de verlo?» «Porque me dicen que está enfermo, y él, segun sé, desea mucho verme.» Continué diciéndole que habia recibido por conducto del cónsul francés algunas cartas, que le enviaba su familia, y que deseaba mucho entregárselas personalmente. Estaba seguro que si no se las

entregaba yo mismo no las recibiria. « Dáme á mi esas cartas, me dijo el mayor con mucha brutalidad. » « Señor, le dije tranquilamente, no puedo hacerlo; las cartas son privadas. » « *Terriho* (vete), me dijo enojadísimo, y no vuelvas á molestarme. » Le contesté que era el último favor que le pedia, y me retiré. Pero no me imajiné del todo lo peligroso de mi situacion.

Por la tarde tomé mi caballo y fuí al consulado francés para contar á Mr. Cochelet lo sucedido; estaba comiendo, y haciéndole saber que volveria mas tarde, pasé adelante con el objeto de visitar á un amigo del pais. Un oficial me alcanzó en el camino, y me dijo con mucha urbanidad que el mayor de plaza queria verme, y que podia llevar las cartas. Fuí inmediatamente, creyendo que habia venido el permiso para visitar al Dr. Rhind, pero muy luego supe que me engañaba miserablemente. Tan pronto, como Gomez me vió, gritó : « Lo declaro preso.» «En verdad? le dijé serenamente, ¿y por qué? ¿y hasta cuando?» « Eso lo sabrá Vd. mañana. ¿Tiene Vd. las cartas?» Contesté afirmativamente. « Tenga cuidado de ellas » Llegó á la puerta una compañia con bayonetas armadas, y me hicieron marchar para el cuerpo de guardia, atraves del patio, y despues por un angosto zaguan hasta llegar á una celda en cuyo suelo se hallaba una vela encendida. Entonces comprendí mi posicion en todo su horror. Estaba preso.

Me senté sobre el catre y pedí al oficial que me condujo, un cigarro; me lo dió. Le dije que tenia hambre, porque no habia comido, y me prometió mandarme alimentos.

Entonces examiné el calabozo en cuanto me lo permitia la luz; tenia cerca de doce pies de largo y ocho de ancho; las paredes estaban hechas de adobe; desde una pesada columna en la pared partian dos arcos, encima de los cuales y á una gran altura, se hallaba el techo que consistia en palmas, tierra, y baldozas. El piso era barroso, lleno de agujeros, frio y húmedo. Tenia por muebles un catre y una silla. No habia cerrado los ojos la noche anterior por haber estado ocupado en hacer una operacion quirúrgica muy complicada, y cuando

acabé de cenar me eché vestido sobre la ruda cama, y pronto me dormí profundamente.

Me despertó en la madrugada siguiente, á las cuatro, la banda que tocaba la diana á la hora de costumbre. Me quedé despierto en cama varias horas: podia oir que llovia fuertemente afuera, pero no apercibia la luz del dia. En efecto, descubrí muy pronto que la prision en que me hallaba estaba situada de tal manera, que no entraba la luz sinó cuando el tiempo era muy hermoso. El porton estaba abierto de par en par; pero como no daba sinó sobre un largo y arqueado pasaje que unia los dos patios del colegio (porque me hallaba dentro del antiguo colegio de los jesuitas) toda la luz que podia tener era la que reflejaba la pared. El cuarto habia tenido antes una ventana, pero esta estaba ya cuidadosamente tapada; quedaba sin embargo un poyo, que me sirvió muy bien para estante.

Cerca de las diez entró un sarjento, y me dijo que le siguiera. Obedecí sus órdenes, y me llevaron á un pequeño cuarto al frente del edificio. Me encontré con el capitan Silva, un alferez, un sarjento, y un señor Ortellado, notario público. Este último despues de tomarme el juramento sobre la espada, me interrogó muy fastidiosamente durante varias horas. Me leyeron preguntas escritas y apuntaron mis respuestas en pliegos sueltos, que ponian en limpio sobre papel sellado. Me hicieron primero un gran número de interrogaciones de forma, acerca de mi nombre, edad, nacimiento, religion y otras cosas análogas y luego me preguntaron si sabia la razon por que estaba arrestado—No.—¿No sabia que el obedecer era el primer deber del soldado?—Sí, por cierto, pero yo no era soldado, mi rango era honorífico.—¿Era yo empleado de la República? Si, pero no tenia contrato; y mi puesto era civil.—¿No sabia que era prohibida por la ley la entrega de cartas que no habian pasado por el Correo? No, jamas habia visto, ni oido hablar de semejante ley, pero á pesar de esto la habia quebrantado aun, puesto que no habia entregado las cartas. Las enviaria á su destino, si me lo permitian, pagando el franqueo—Me preguntaron entonces, si tenia las cartas, y me ordenaron que las entregase,

Objeté, poniendo en duda su derecho para quitármelas, puesto que no me habian manifestado por autoridad de quien obraban. El capitan Silva ordenó al sarjento que pusiese un par de grillos sobre la mesa. Comprendiendo lo que esto significaba, entregué las cartas, porque como es de suponer, la resistencia era imposible. Entonces me interrogaron muy minuciosamente acerca de mi correspondencia privada, la gente á quien escribia, donde vivian, y muchas cosas por el estilo.—¿Por qué rehusé obedecer las órdenes del mayor de plaza?—Porque pensaba que no tenia derecho para quitarme cartas privadas, les respondí, y porque, si lo hubiera hecho, no se las habria entregado al dueño; puesto que habia tomado ya una carta mia prometiéndome terminantemente entregarla, y que no lo habia hecho.—¿Cómo sabia yo esto?—Porque exigia una respuesta terminante, y no la habia recibido, y porque su sirviente á quien veia todos los dias, habia dicho no haberla recibido.

Entonces me mandaron de nuevo á la cárcel hasta la tarde, en que, prévio exámen del criado arriba mencionado, que negó haberme dicho nada acerca de la carta (temia decir la verdad) me llamaron de nuevo.

Ortellado me dijo, que era un embustero, y me preguntó cómo me atrevia á perjurar. Le contesté que los ingleses nunca mentian, que yo no era paraguayo, y que mi palabra merecia ciertamente mas fé que la de un criado. Pero no queriendo enredar al sirviente, porque esto causaria mal al mismo Sr. Rhind, dije, que hablando él muy poco español y yo menos guaraní talvez me habia equivocado.

Al volver á mi celda, encontré que la habian mejorado trayéndome la cama de mi habitacion, un lavatorio y una silla, pero era sin embargo una habitacion tristísima y sumamente fria.

Cerca del umbral, pero en el zaguan se hallaba dia y noche un centinela armado de fusil con bayoneta, que era relevado cada dos horas. Quedaba frente á mi, y á ocho pies de la cama; y desde las nueve de la noche hasta el toque de diana gritaba cada quince minutos: «Centinela alerta!» para probar que no

estaba dormido. Este grito que me tenia sobresaltado lo recojian todos los centinelas sucesivamente dentro y fuera de la cárcel, de manera que le tocaba al primero cuando el último acababa. Aquello era terrible! Este repentino alarido me atormentaba sobremanera, me despertaba y ya no me era posible dormir pacíficamente, porque me recordaba constantemente que estaba preso. Nunca podré borrarlo de mi memoria.

Pasé muchas noches enteras paseándome de un lado al otro de la sala, ó acostado con los dedos bien metidos en los oidos para que no me despertara aquel horrible grito. Durante muchos meses no dormia sino cada tres noches.

Dicho esto volveré á mi interrogatorio. El dia siguiente me citaron para oir leer la declaracion desde el principio hasta el fin. Cuando me la tomaban habia observado que el capitan Silva y el notario salian frecuentemente del cuarto llevando consigo los papeles y al oirla leer comprendí porqué lo hacian. Mis contestaciones nominalmente copiadas de las hojas sueltas habian sido infamemente terjiversadas; se omitia todo lo que tendia á disculparme, y se habia insertado una confesion falsificada de culpabilidad, agregando que yo habia pedido perdon por mis culpas, y que estaba dispuesto á sufrir cualquier castigo que se me impusiera.

Apenas tengo necesidad de decir, que yo no habia confesado ni dicho cosa que se pareciera á una confesion, porque el sentido de aquel documento era enteramente contrario á todo cuanto habia contestado y á la verdad misma.

Protesté enérjicamente contra la falsificacion de los hechos, y la manera indigna con que se me trataba despues de mis largos y muchos servicios; y agregué que en vez de interrogarme lealmente, se habian empeñado solamente en declararme reo, rehusándose á escuchar mis esplicaciones, y adulterando mis respuestas.

Les dije ademas que sabia, que las leyes no se evadian con no saberlas, pero que no solamente no sabia que existiera semejante ley con respecto á las cartas, sino que todavia no la habia quebrantado. No habia entregado las cartas al Dr. Rhind y consideraba que tenia pleno derecho para recibirlas de M. Co-

chelet; porque le habian sido enviadas con bandera de tregua junto con los despachos, por el secretario de la legacion francesa, y llevadas desde Paso Pucú por el cónsul en persona; y que en vista de esto, pensaba que no se debia cobrar franqueo ni habia necesidad de mandarlas al correo; que sin embargo, si era necesario proceder de esta manera, era claro que el cónsul y no yo era quien debia haberlas enviado.

Además habia recibido muchas cartas oficiales y privadas de Humaitá y Paso Pucú, enviadas á su destino, algunas por el mayor de plaza mismo, otras por el capitan del puerto, y ninguna de ellas habia pasado por el correo ni sido estampillada. Sabia muy bien, al defenderme así, que nada me valdria para prevenir mi condenacion; pero esperaba que uno de ellos—el capitan Silva especialmente á quien llamó mucho la atencion mi argumento—daria parte á Lopez, que se informaria así de la injusticia con que me trataban. Porque hasta entonces, él me habia tratado muy bien, y creia que por ser ingles, y por haberle servido fielmente muchos años, me pondria pronto en libertad. Ortellado me dijo que firmase las declaraciones sin mas réplicas. Me negué diciéndoles, que ellos sabian que eran falsas é injustas. Me hizo presente que podia engrillarme y me aseguró al mismo tiempo que si los dejase de molestar, me pondria en libertad dentro de algunos dias. Viendo que con la resistencia no adelantaba nada, y temiendo los padecimientos á que me esponia si me remachasen los grillos—privado de cama y de asiento, y no teniendo sino un cuero para sentarme ó acostarme,—firmé los documentos de muy mala gana. Añadiré con gran satisfaccion, que el capitan Silva no dejó jamas de tratarme con urbanidad y respeto, y era evidente que cumplia contra su voluntad las órdenes que habia recibido, Contuvo inmediatamente la insolencia con que me dirijia la palabra el alferez, y me dijo cuan agradecido me estaba por mis servicios á los enfermos; me dió cigarros, y me apretó amistosamente la mano al separarnos—al partir para siempre. El pobre murió del cólera poco despues.

Tenia pues en perspectiva la vida monotona del prisionero. Al principio contemplaba mi situacion con un temor y horror

tales, que no me dejaban pensar en la realidad y en cuanto duraria mi prision; pero nunca me entregué á la desesperacion: procuré encararla como una faz de la vida, parecida á una enfermedad ó á la fractura de un miembro, que es necesario sufrir con paciencia; rogaba á Dios, que me diera fuerza y resignacion para soportarla, y me devolviera segun su voluntad la libertad.

Esta gracia me fué concedida, y salvo cuando estaba momentáneamente casi fuera de mí, á causa del delirio ocasionado por la fiebre y el abatimiento nervioso, sufrí todo con una calma y paciencia que aûn me sorprende.

Me acostumbré poco á poco á la débil luz que reflejaba la pared del zaguan, y cuando hacia buen tiempo podia leer durante varias horas del dia. Pero estando el dia nebuloso me veia rodeado de una oscuridad tan grande, que para el que entraba era una profunda tiniebla. Lo que mas temia era que me afectara la humedad, porque el piso que era de barro, estaba abajo del nivel del patio, y las paredes, las vigas, y aun el colchon de mi cama estaban cubiertos de un moho verdoso.

La celda era estremadamente fria, pero no se me permitia hacer traer una frazada de mi habitacion, y en su lugar no tenia mas que un pedazo andrajoso de bayeta colorada, que por largo tiempo habia servido de mantel. Mis compañeros en la desgracia estaban alojados en el segundo patio. Mr. Fox tenia, segun lo que me dijo despues, un aposento muy alegre sobre la calle, de donde podia ver á las señoritas ir á la iglesia, y á veces el movimiento de un pañuelo en señal de saludo. El Dr. Rhind se hallaba mas cerca de mí, pero su cuarto estaba mejor alumbrado. Supe por un centinela que estaba preso, y un domingo por la mañana á fin de que supiera el local donde se hallaba cantó el Te-Deum de Jackson desde el principio hasta el fin. Al lado de mi celda en un corredor abierto se hallaban muchisimos presos cargados de grillos, cuyo tristísimo crujido se oia todo el dia; por las noches solian rechinar todos simultáneamente sacudidos por el inesperado alerta de los centinelas. De vez en cuando lograba verlo por una abertura de las tablas que tapaban la ventana, y á veces entraban en el gran cuadrángulo por un zaguan situado en frente de mi puerta.

Los habia de todas edades, algunos eran ancianos, otros niños, pero todos estaban reducidos al último grado de la miseria; no les quedaba mas que el cutis y los huesos. Todos llevaban un par de grillos de mucho peso, remachados en los tobillos, afeados por callosidades y cicatrices de antiguas heridas; muchos tenian dos pares; habia uno que tenia en sus piernas de esqueleto tres barras formidables de fierro, que cuando marchaba lenta y penosamente, vibraban como un columpio. Sin embargo estos infelices no eran tan desgraciados cómo podria imaginarse; solian reirse, cantar y hacer ruidosas y penosas carreras en aquella estrecha cancha. Uno de ellos—creo que debe haber sido el de la triple barra de grillos, porque tenia una cara muy cómica—solia contar historias interminables (podia oir el débil murmullo de las palabras através de las gruesas murallas) que los otros recibian con grandes risotadas acompañadas con un feroz crujido de cadenas, que me recordaba aquella terrible escena de «Los Miserables» en que los galeotes locos y desesperados horrorizaban la primera luz de la mañana con su griteria y el rechinamiento de sus fierros. Les permitian esto los centinelas á quienes las historias y chistes gustaban tanto como á los presos, y además les avisaban siempre la llegada de los oficiales. Un dia, sin embargo, estaban todos tan interesados en algun cuento graciosísimo, que no oyeron el *charque* de costumbre (cuidado) y el mismo viejo y austero comandante, los sorprendió en lo mas fuerte de su jarana. Se callaron instantáneamente! Un profundo silencio sucedió al alboroto, y pude casi sentir que habian palidecido de terror; el corazon se me detuvo y luego palpitó con violencia, porque temia que fueran cruelmente castigados. El comandante no dijo una palabra, pero se retiró para volver en seguida con una compañia de soldados. El desgraciado narrador fué echado en tierra, y bárbaramente azotado; sus llantos hacian resonar todo el edificio: dos ó tres de sus mas grandes admiradores participaron de su suerte. Por toda una semana permanecieron mudos y silenciosos como unas lauchas. Todas las semanas se sacaba al patio uno que otro preso y era atrozmente azotado. Estos eran dias de tristeza para mi; temia

su llegada, y no recobraba mi tranquilidad hasta muchas hora despues de terminado el martirio.

Creo que los castigos horrorizan mas cuando se oye su aplicacion sin poder verlos. Me enfermaba casi hasta desmayarme al oir el sordo y pesado sonido del palo, manejado por las manos de robustos y crueles cabos, al caer sobre la carne viva que se estremecia de dolor al recibir cada golpe. Como cirujano, pasaba por ser el mas imperturbable de los operadores y sin embargo, este sonido me enervaba completamente por todo el dia. Estaba muy lejos de pensar entonces, que un dia tendria yo que sufrir un martirio peor aún.

No estaba enteramente solo en mi calabozo, pero mis compañeros pertenecian á una clase de que me hubiera gustado mucho verme libre. Habia cientopies, escorpiones y zapos; estos últimos eran tan grandes, tan frios y tan horriblemente feos que la mujer mas guapa hubiera gritado de espanto sin sonrojarse. Personalmente hablando, no tengo antipatia á los zapos, y me he reido amenudo muy cordialmente del susto que causaba á mis amigos del país, que creen como en Europa que son venenosos, tomando cariñosamente en la mano algunos, que por su tamaño apenas cabian en mi sombrero. Pero la sensacion de pisarlos descalzo en el acto de buscar las chinelas en la oscuridad, no es de ninguna manera agradable, y los estraordinarios sonidos, que hacen á media noche no son motivos para considerarlos como una buena compañia. Son mucho peores, por ejemplo, los primeros que he mencionado: tengo á los cientopies y á los escorpiones una aversion positiva, la que no se disminuyó por cierto con la presa que hice en una semana de tres de estos interesantes animales. Supe además, que yo no era el único que les tenia miedo. Ví una tarde huir aterrorizadas de un agujero de la pared una docena ó mas de cucarachas. Venian cayéndose una tras otra sin son ni ton, en el paraje mas alumbrado del cuarto; yo las acometí salvajemente apenas empezaron á moverse—porque detesto á la cucaracha, una de las pestes de Sud-América, casi como aborresco á los cientopies—y me aproximé asombrado para ver lo que las habia asustado; esperaba ver asomarse una serpiente, pero hé aquí

que se presentaron dos enormes escorpiones macho y hembra, con los dardos tendidos; no es posible imajinarse dos animales mas feroces. A fin de cortarles la retirada metí hábilmente el pucho de mi cigarro en el agujero y entonces contemplé su manera de maniobrar. Se detuvieron por un momento sobre el borde, y luego buscaron atónitos y apresuradamente las cucarachas, recorriendo un gran círculo á su alrededor. No pudiendo encontrar rastros de su presa, se asustaron á su vez, y trataron de escaparse, pero la Nemesis en forma de zapatilla descendió y los hizo pedazos.

Me sorprendió mucho, que una araña que se habia acuartelado en el agujero de un poste cerca de mi cama valiera mas que ellos, y cuán rápidamente inutilizaba á su armado enemigo arrancándole su fuerte y nudosa cola. Varios escorpiones pequeños y uno grande fueron presa de mi activa aliada. Despues empezó á poner huevos; y deseando probar la fecundidad de las arañas, le quité varias veces su depósito (casi tan grande como ella misma) apenas estuvo terminado, y volvió á reponerlo seis veces en algunas semanas. Tenia una gran parentela en mi sombrio alojamiento. En efecto, mirando el estado de las alfajias y de las vigas encima de mi cabeza (una larga abertura bajo el alero daba entrada á un débil rayo de luz, que dejaba ver el techo y las interminables colgaduras de telaraña con que estaba adornado) podia casi decir, que vivia en una inmensa tela rodeado de una próspera y numerosa familia de arañas. Pero no hilaban todos como el enorme y peludo *ñyandé*, araña que parece superior al pardillo; habia varias que se servian de su habilidad y ajilidad para asegurarse la comida. Estas arañas beduinas, no permanecian mucho tiempo en casa, sino que comian casi siempre afuera; y caian tan repentinamente sobre su presa, que parecian brotar en el lugar mismo en que se les veia. Una sobre todas, araña gris y chata cuyo cuerpo tenia de largo el diámetro de un cheling y de grueso talvez su espesor, y cuyos miembros de varios colores estaban verticalmente comprimidos, se movia con una rapidez maravillosa, pudiendo lanzarse en grietas tan angostas, que parecia hundirse en la misma pared. Encontré sin embargo, que podia aprisionarla bajando

sobre ella lenta y perpendicularmente el dedo, y una muy grande que cojí así varias veces durante las horas de una larga tarde, dejó por último de resistir y me permitió pasarle la mano cuantas veces quise, con una verdadera satisfaccion. Su cuerpo aparentemente tosco, que yo creia estar cubierto de escamas cartilaginosas, era en realidad tan suave como el terciopelo; causaban la ilusion, las ligaduras de las *septas* y conservaba su forma curiosamente comprimida. Pero me divirtieron mas las acciones de una clase mas pequeña, que no pasaba del tamaño de las semillas de la nabina. Cubrian todo huequito en la pared de pequeñas y sedosas telarañas con aberturas ovaladas en ambos costados, por las que escapaban, apenas una cosa cualquiera les tocase los hilos. Salian en momentos de escasez á recorrer los confines de sus nidos y á hacerse visitas, ó mas bien, precipitados malones; así por ejemplo, cuando una se lanzaba por su puerta otra intrusa tomaba su lugar para ser arrojada á su vez inmediatamente. Este entretenimiento solia durar á veces horas enteras; pienso que es una especie de coqueteria de arañas, con intenciones sérias, pero nunca logré averiguar si eran de matrimonio ó de carácter glotónico. Vivia con el temor constante de ser mordido ó herido por alguno de los insectos venenosos que me rodeaban; pero si se esceptuan los que pertenecen al género *cimex*, no me molestó ninguno durante mis muchos meses de cárcel. El lugar era muy húmedo para que existiesen pulgas en él, de suerte que me salvé de una de las pestes de la zona tórrida.

Muy amenudo me preguntaba cuál seria la causa de mi arresto, porque sabia perfectamente, que la cuestion de las cartas no pasaba de un pretesto. Solo despues de mi vuelta á Inglaterra, supe por el Dr. Stewart la verdadera razon.

He dicho anteriormente, que habia fuertes sospechas de que M. Atherton habia muerto envenenado. Me seria imposible decir de donde partió este rumor; pero segun supe, yo cargué con la culpa y Lopez solo buscaba un pretesto cualquiera para castigarme por mi secreto delito.

La relacion íntima en que vivia con los Corvalanes y el cónsul francés, lo habian tambien prevenido contra mí.

CAPÍTULO XIII.

VIDA EN LAS CÁRCELES—LA LIBERTAD DEL DR. RHIND Y MR. FOX—LA MIA.

Al principio no veia á nadie sino al sarjento y al preso que me traian diariamente la comida. No me hablaban jamás ; y cuando pedia algo que necesitaba, significaban su beneplácito ó su negativa con un lijero movimiento de cabeza. Un dia, cerca de un mes despues de mi arresto, un soldado vino en lugar del preso, lo que comprendí, por no oir el crujido de los fierros al caminar, pues la oscuridad era tal, que era imposible distinguir su traje ni sus facciones. Al dia siguiente se presentó el mismo individuo, y como el tiempo era hermoso, reconocí con gran satisfaccion á mi viejo criado Tomás. Se conmovió mucho al verme; le temblaban los platos en la mano al ponerlos sobre la cama, que servia de mesa tambien; y me murmuró ajitadamente en el oido: «¿Cómo está vd., mi señor?» «Muy bien, Tomás, gracias.» Iba á añadir algo mas, y deseaba—Dios sabe con cuanta ansiedad—preguntarle algo acerca de mis amigos, pero el sarjento le gritó brutalmente que *se mandára mudar,* y que no me hablára. Sin embargo, siguió viniendo todos los dias; cuando cesaba la brillante luz del sol, se encontraba en completas tinieblas, y tenia que caminar á tientas, mientras que yo, acostumbrado á la oscuridad, podia ver á los ratones jugar intrépidamente, en el mas remoto rincon de mi calabozo. Algunas veces se nos permitia cambiar algunas palabras, ó mas bien, podia contestarme sin atreverse á hacer pregunta alguna; el sarjento con la espada desnuda se paraba entre los dos, para que nuestra comunicacion se limitase á esto. Era un criado fiel, y me queria mucho; siempre me llamaba taità (tata), y si se esceptúa el azúcar, que ningun indio puede dejar de escamotear, jamás me tomaba nada; tenia gran cuidado de todas mis cosas, y se ponia fuera de sí porque el comandante solia montar mi caballo.

El mayor Gomez vino á inspeccionarme oficialmente y le rogué me dejase recibir libros y vino. Con la lectura acortaria

mucho aquellos largos dias, y tal vez pudiera estudiar ó leer penosamente alguna pájina muy conocida, por otra parte, me debilitaba y enflaquecia tanto, que el vino me era del todo indispensable. Me concedió ambas cosas. Tenia muchos libros y buena provision de vinos, y los obtuve, de mala gana al principio, pero despues sin ninguna dificultad. Solia entonces quedarme en cama hasta medio dia; porque por lo jeneral sufria de insomnios, y solo por la mañana lograba algunas horas de reposo y olvido de mis penas. Mis ensueños, lo que parece singular, no se ligaban jamás ó muy raras veces con las escenas que me rodeaban, (oia confusamente relevar las guardias y el movimiento, el alboroto y los martillazos de los artesanos en los talleres, que estaban encima de mi cabeza) sino que asumian otras formas y traian á mi mente estrañas asociaciones de ideas que se referian á otra época de mi vida, y me despertaba frecuentemente, imajinándome lejos, en mi patria, y riéndome de algo absurdo y cómico que mi fantasía habia fraguado. Despues de esto, los fastidiosos y pesados dias de la prision y sus noches de insomnio, me producian la sensacion de un horrible vacío! Me traian el almuerzo á las ocho; pero me quedaba en cama, y si me lo permitia la luz, leia hasta las doce, dedicando la mañana á estudiar séria y metódicamente la Biblia, que la leí toda tres veces desde el principio hasta el fin, y los Salmos y parte de los Profetas muchas mas. Además me bañaba á mi manera, porque mi baño era muy grande, y hubiera consumido demasiada agua; tenia solamente una palangana, que afortunadamente no era francesa, y un cantarillo con dos golletes, que contenia muy poca cantidad. Esta operacion, que tambien practicaban mis amigos, producia la mayor admiracion entre centinelas y transeuntes. Para ellos, que un preso se lavára era tan estraordinario como si lo hiciera un enfermo, pues cuando lo estaban se guardaban de mojarse la punta de los dedos como de echarse al fuego, pues consideraban que mojarse era como suicidarse seguramente. A propósito de esto, cuando subí el rio por primera vez, á bordo de un vapor paraguayo, no encontré sino una palangana y dos toha-

llas, para los treinta y dos pasajeros que iban en él—y aun dé estas, dispuse yo solo. Los demás me miraban y cavilaban si padeceria de alguna enfermedad, que necesitaba frecuentes abluciones, pero por último llegaron á deducir que debia ser algun animal muy sucio puesto que necesitaba lavarme tanto.

Dicho esto, volveré á recojer el hilo de mi narracion. Este pasatiempo me ocupaba un buen rato; entonces me traian la comida, que me enviaba muy jenerosa y valientemente una familia del país con quien tenia relaciones íntimas y que me hacia mil otros favores; en seguida fumaba dos cigarros y entonces volvia á leer hasta que anochecia.

Cuando estaba cansado de leer y durante el largo intérvalo entre el fin del dia y la llegada de la linterna, que anunciaba la entrada de la noche fuera del calabozo, solia pasearme de una estremidad á otra del cuarto, y formé de esta manera una huella profunda. Los centinelas se divertian mucho con mi inquietud, porque á un paraguayo no se le hubiera ocurrido hacer esfuerzos para matar el tiempo; si obtenia un cigarro, se acostaba y dormia como un liron: por eso es que gritaban á los transeuntes, *Mirè que guarté* «qué pájaro es este individuo.» No para un momento quieto; anda de un lado al otro casi toda la noche.

Mientras iba y venia de esta manera, me divertia dictando mentalmente cursos peripatéticos, alternativamente en inglés y español, sobre asuntos sociales y científicos, á un auditorio imajinario. Pero encontré, que este ejercicio mental me excitaba excesivamente, tanto que cuando habia llegado la tan deseada *tercera noche* no podia dormir, y me acostaba cansadísimo, revolviéndome de un lado á otro, y escuchando cada cuarto de hora durante aquellas largas horas, el grito maldito de «centinela alerta.» Abandoné pues mi profesorado fantástico, encontrando que para dormir, lo mejor era caminar lentamente y dejar mis pensamientos seguir el rumbo que les pareciese. Pero cuando me habia debilitado mucho la lenta fiebre de que padecia (despues de seis meses de prision), no podia dormir ni aun con estas precauciones, y solia pasar toda

la noche paseándome, fatigado y gastado, pero incapaz y sin poder estar quieto ni por un momento.

Algunas veces cuando veia el reflejo de la pálida luna en la pared del frente, cubriendo con su arjentina luz un costado del patio (me lo permitia una grieta de los postigos) y los viejos cláustros mas lejanos todavía, que se divisaban apenas en la sombra, me sentia próximo á perder el juicio; tan grande y tan penoso era el contraste entre la calma y la belleza del esterior, con la sórdida miseria de mi cárcel.

Mis cólegas permanecieron presos tres meses, al cabo de los cuales, una buena mañana los pusieron en libertad. Ambos habian sufrido mucho. La salud del doctor Fox estaba muy quebrantada.

La enfermedad del Dr. Rhind habia hecho grandes progresos, y nunca se restableció del golpe que le ocasionó su arresto; vivió sin embargo por mas de doce meses, y murió tranquilamente en su casa. Si dijera que vivió universalmente estimado y murió lamentado por todos, no haria mas que repetir un dicho comun, pero que en este caso espresa la pura verdad: era hombre que se hacia amigos sin pensarlo, y jamás perdió ninguno de los que conquistó. Mi criado vino con cara risueña á darme las noticias, ésperando que mi libertad viniera en pos de la suya, sin pensar que me faltaban todavia ocho meses mas de sufrimientos.

En el segundo patio se hallaban varios presos políticos, á quienes conocia mucho. Uno de ellos era el Sr. Capdevila, arjentino, á quien ví pasar muchas veces por mi puerta; habia sido uno de los mas acaudalados comerciantes de la Asuncion, y cuando estalló la guerra contra los aliados, permaneció en ella, pues supuso que siendo una persona tranquila é inofensiva, escaparia á la persecucion; pero muy pronto lo enviaron preso á Humaitá sin otro motivo que el de ser argentino. Sin embargo, su esposa sobornó á Madame Lynch, que interpuso en su favor sus empeños, y con dos ó tres mas fué puesto en libertad. Compadeciendo á sus compatriotas que estaban todavia presos, les envió alimentos y ropa varias veces; este acto de caridad fué considerado como una ofensa contra Lopez y le

enviaron engrillado al Colejio. Cerca de un mes despues, ví llevar á este anciano, supongo que á la policia, y volver con dobles barras de grillos; le quitaron su catre de cuero y le hicieron acostarse en la tierra desnuda. Tres meses mas tarde pasó de nuevo, lenta y débilmente, y volvió algunas horas despues con tres barras de fierro. Me divisó al pasar y en el acto de quitarse el sombrero tropezó y cayó en tierra. Lo pisotearon brutalmente hasta que se puso de pié. La copa de amargura no estaba todavia llena: habia trascurrido un intérvalo mas corto, cuando le sacaron nuevamente y como tardó algunas horas en volver, crei positivamente que habia sido puesto en libertad, pero imajínese cual seria mi pena y mi dolor, cuando le ví volvèr, tarde de la noche, en un estado mucho mas lamentable que cuando salió. Llevaba siempre las tres barras de grillos, que eran tan gruesas y largas que se bamboleaba bajo su peso; empleó mas de media hora para cruzar el patio, pulgada por pulgada; por último cayó en tierra y pasó por mi puerta arrastrándose en cuatro piés. A pesar de este largo martirio no murió hasta muchos meses despues!

Pero habia crueldades todavia mayores. Ví frecuentemente conducir á ese abominable patio, hombres bien vestidos, seguidos de un grupo salvaje de policiales; y sabiendo de lo que se trataba, me tapaba los oidos con los dedos ó metia la cabeza bajo la ropa de mi cama, para no oir los terribles gritos y jemidos de agonía, que tarde ó temprano me revelaban las crueldades infernales de los verdugos. Algunas veces oia los golpes, pero frecuentemente solo los llantos de las víctimas me indicaban hasta que punto se les atormentaba. Una tarde, un pobre individuo fué estaqueado—horizontalmente crucificado, bajo mi ventana. Nunca olvidaré lo que sufri aquel dia imaginándome sus espantosos sufrimientos al escucharle gemir unas veces, ahullar otras frenéticamente, ó pedir piedad á sus verdugos. Despues de atormentarlos asi por horas enteras los veia pasar unas veces con paso vacilante, y otras cargados por los sicarios que los conducian á sus calabozos, pálidos, sangrientos, y moribundos; el espectáculo era desgarrador.

Se me puede preguntar, si no formé jamás proyectos para

escaparme. La idea me occurrió á menudo, pero sabia que no tenia esperanza de lograr mi intento. No habiéndome además notificado mi sentencia, cosa que sucedia allí á menudo, esperaba que cada dia seria el último, y que me veria libre á la mañana siguiente. A primera vista el escape parecia fácil. La puerta de mi calabozo estaba abierta de par en par, el centinela á menudo no pasaba de ser una criatura, que apenas podia echar el fusil al hombro, y que con frecuencia dormia profundamente tendido en el umbral; pero las paredes del patio eran altas, habia otro centinela en la estremídad del zaguan, y la única salida era el cuerpo de guardía que estaba siempre lleno de jente. Pero suponiendo vencidas estas dificultades, no se lograba otra cosa que pasar de una prision estrecha á otra mayor; todo el pais era una inmensa jaula, los aliados estaban á doscientos millas de distancia, el rio estaba cubierto de guardias y era imposible viajar por tierra. Mi traje, mi cútis, mi lenguaje, ó mi silencio, me hubieran traicionado en el acto, y no habria hablado con hijo de mujer que no me hubiera denunciado, porque así lo exigia irremediablemente su propia salvacion. Me hubiera sido imposible hasta obtener alimentos, y no podia ni pensarse, en cruzar á pié los fatales esteros en que abundan las culebras de cascabel y los leones ó atravesar las pampas y colinas sin ser visto. Una prueba evidente de esta verdad, es que no hubo un solo prisionero que lograra escaparse, y si se esceptuan unos guaicurús, no hubo quien lo intentase entre tantos centenares de presos. Dudo que el mismo Baron Frenk lo hubiera logrado.

Creo que los centinelas deben haberme envidiado muchas veces, porque el arqueado zaguan en que hacian el servicio era estremadamente frio. A menudo se introducian de noche furtivamente en el mismo calabozo y se acostaban tiritando de frio, sin otro cobertor que sus tristes ponchos y un par de calzoncillos. Estando despierto algunas noches he oido llorar amargamente á los mas jóvenes, niños talvez de doce y trece años de edad, que temblaban de frio y hambre ó de miedo al hallarse solos en la oscura bóveda. Vi una vez un muchacho rubio y bonito, que sostenia su fusil como si fuera

un palo, derramando abundantes lágrimas, y tratando de llorar silenciosamente, pero un profundo sollozo le agitaba de vez en cuando y le descubria. Le pregunté en voz baja lo que tenia. « Quiero irme á lo de mama, me contestó este lacrimoso héroe; y tengo miedo de la oscuridad. » Pobre querubin, me decia á mí mismo, tú eres mas desgraciado que yo.

Durante el dia pasaba constantemente mucha gente y veia á veces á algunos de mis antiguos enfermos caminando penosamente con una pierna de palo, y dirigiéndose talvez á los talleres, que estaban en el fondo. Uno de ellos me saludaba siempre que podia hacerlo sin que lo vieran, ó espresaba su simpatia por una especie de pantomima, manifestando el aprecio que me tenia de una manera tan escéntrica, que debo referirla. Vino desde Paso Pucú poco despues de mi nombramiento de cirujano ayudante y habia sufrido tanto, que tenia muy poca esperanza de poder salvarle; era ademas loco, y lo habia sido hacia muchos años. Le hice alimentar bien, y despues le amputé una pierna debajo de la rodilla, le saqué una bala de la cadera opuesta, y le cosí varias heridas en el cuerpo. Con gran sorpresa mia, sanó muy rapidamente, y se puso tan gordo y fresco, que nunca podia verle sin que me causára risa, porque empingoratado en la pierna que le quedaba, parecia un enorme trompo; y cada vez que pasaba por su cama gritaba «*Che-nesi-eté, taita*» (estoy muy bien, padre) y metia la cabeza debajo de su poncho para que no le examinara. Poco despues de mi arresto fué enviado al Colegio para trabajar de zapatero. Una noche oí á alguien murmurar en voz baja á la puerta de mi calabozo, pero siendo muy débil la luz de la linterna no podia decir quien era el que lo hacia; algunas noches despues ocurrió la misma cosa; me senté en la cama para escuchar, y reconocí que era mi enfermo loco. El centinela estaba profundamente dormido, y él habia llegado arrastrándose hasta el umbral, donde arrodillado y con sus manos levantadas oraba por mi, « por su querido padre, el buen doctor » como me llamaba, rogando á la Virjen santísima, que me protegiera y salvara. La manera con que este infeliz espresaba su gratitud y compasion me conmovió en estremo.

Perdí por último la salud; una lenta fiebre me dejó tan postrado que mis carceleros se alarmaron temiendo matarme sin órden; y Ortellado, médico paraguayo del hospital de San Francisco, fué enviado á verme. Le dije lo que necesitaba; me contestó que nunca habia oido hablar de semejantes remedios, que solo podia recetar purgas y varias decocciones de yerbas que rehusé tomar, prefiriendo morir de muerte natural; él dió parte á Lopez de que yo habia pedido drogas para envenenarme! Afortunadamente recibí tres ó cuatro botellas de cognac, justamente cuando mas las necesitaba. Este regalo me fué enviado por mi buen amigo Laserre, destilador frances de la Asuncion, y creo que á él, despues de la voluntad de Dios, debo mi salvacion. Tenia la garganta tan hinchada y relajada por la humedad de la prison, que no me atrevia á acostarme de miedo de sofocarme, y no tengo duda de que hubiera muerto á no ser por el cognac, que recibí tan oportunamente; porque aunque sabia que necesitaba tónicos, estaba tan enfermo y me habia puesto tan indeferente al ver burladas mis esperanzas, que dejaba correr lós dias sin decir á Tomás que me lo trajera.

Es inútil prolongar esta parte de mi historia que es ya escesivamente larga. Permanecí encarcelado *once meses* sin ver jamás la luz del sol, ni salir una vez siquiera del calabozo, sumerjido en una oscuridad parcial ó completa y rodeado de una atmósfera fétida y de presos que morian incesantemente del cólera asiático. Salí de la prision débil, enfermo, casi ciego y tan cambiado que mis mas íntimos amigos apenas me conocieron. En la tarde del 22 de Setiembre de 1867 se me presentó un sarjento, y me dijo, que me aprontara para ir á ver al Mayor de Plaza; media hora despues se me conducia á través del gran patio, á la misma hora en que lo habia pasado hacia tanto tiempo. El sol se habia puesto y se veian ya velas encendidas en los cuartos de los oficiales; pero aquella luz era demasiado fuerte para que la pudieran resistir mis ojos, y encandilado y bamboleante, dudando de la realidad de lo que veia, entré lentamente en el cuerpo de guardia. Allí estaban reunidos todos los oficiales. Esperaban sin duda, verme pasar humillado y

descubierto como ellos lo acostumbraban ; pero si mi suposicion es cierta, se engañaron miserablemente.

Con el Mayor de Plaza estaba el señor Ortellado, que me leyó la órden en que se me ponia en libertad, con la condicion sin embargo, de que no saliese del éjido del pueblo; de suerte que todavia no estaba del todo libre. La firmé, y entonces Gomez hizo una pausa, esperando evidentemente que espresara mis acciones de gracias al magnánimo Presidente. Pero me hubiera creido rebajado espresando una gratitud que no sentia, y se pasmó de asombro cuando le dije en pocas palabras, que me habian tratado injusta y cruelmente. Dicho esto salí del cuarto saludando á ambos muy friamente. Me proporcionó cuatro soldados que me lleváran la cama y otros efectos; y como mi criado no habia llegado y no sabia donde vivia el Dr. Rhind, fuí á lo de Mr. Taylor, el arquitecto, que era la casa mas próxima. Cuando entré, él y su familia cenaban con la puerta abierta. Llamé y pasé adelante. Apenas me vieron se levantaron asustados de la mesa; y tenian razon, porque yo mismo me asusté, cuando poco despues me miré en el espejo. No es posible imajinarse una figura mas espectral. Estaba descarnado y mortalmente pálido, parecia mas bien un cadáver que un ser viviente. Mis cabellos, que no habia hecho cortar hacia trece meses, caian sobre mis hombros y se entretejian con mi barba; ambos estaban completamente grises, mientras que en mis ojos, cuyas pupilas se habian dilatado enormemente en la oscuridad, parecia haberse concentrado la vida que habia desertado del resto de mi cuerpo. No era pues estraño que espantara, y que las criaturas quedáran petrificadas de horror al contemplarme. Al principio no pude balbucear una sola palabra, tal era la ajitacion y la fatiga que me habia producido el corto camino que habia hecho. Mr. Taylor se levantó apresuradamente y me dijo :

—«¿ Qué quiere Vd. señor ?»

—«Vamos Taylor, le dije, no me conoce Vd. ?»

—«Dios mio ! exclamó, temblando ; seria Vd. el señor Masterman ?»

Y los ojos se le inundaron de lágrimas al apretarme la mano. En efecto, todos estábamos tan conmovidos que la lástima

que les inspiraba parecia hacer inoportunas las felicitaciones. La noticia de mi libertad cundió rápidamente por el pueblo. El Dr. Rhind á quien faltaban palabras para espresar su gozo, me llevó á su casa, y el ministro americano, el cónsul francés y un gran número de amigos estranjeros y nacionales vinieron á visitarme ó me mandaron felicitar por tenerme de nuevo entre ellos. Supe que el Dr. Rhind y el Dr. Fox continuaban á pesar suyo al servicio de Lopez, y que el último habia sido enviado á Humaitá. No sabia que partido tomar. Me sentia inclinado á socorrer á los enfermos y á los heridos, pero al mismo tiempo me repugnaba servir á un hombre que me habia tratado tan mal. Creí poder vencer todas las dificultades pidiendo licencia para ejercer mi profesion públicamente; pero me encarpetaron ó rehusaron la solicitud, y dado este paso, no podia, como es natural, entrar de nuevo al servicio de la República.

CAPÍTULO XIV.

El cólera—La Carta de Mr. Washburn—La mision de Mr. Gould—Estractos de su correspondencia.

Supe que debia mi libertad á los buenos oficios del H. Cárlos A. Washburn, ministro de los Estados Unidos, que deseaba estuviera yo presente cuando madame Washburn saliera de cuidado, y habia solicitado mi perdon con tanta perseverancia, que por fin lo habia obtenido, y cuando estuve libre me ofreció el puesto de cirujano privado, que me cambiaría en el de «cirujano de Legacion» dado el caso en que el Gobierno Paraguayo se dispusiera á molestarme. Acepté su oferta con mucho placer, porque á pesar de que era solamente honorífico, creia me pusiera en el porvenir, á cubierto de toda persecucion y me facilitara pronto alguna oportunidad para abandonar el pais, aun cuando no se terminara pronto la guerra como lo esperábamos y creíamos.

Encontré al ministro alojado en una gran casa en la plaza vieja de la Asuncion, lugar bastante espacioso para servir de cuartel; en efecto hubo época en que cincuenta personas vivian en ella cómodamente y en caso necesario habrían cabido otras tantas en los cuartos que habitábamos yó y el Secretario; ocupaba casi todo un costado de la plaza, tenia un espacioso jardin en el centro, un enorme aljibe, y almacenes capaces de contener inmensos depósitos.

Solía andar mucho á caballo, pero dentro del ejido del pueblo como debe suponerse, seguido y vijilado constantemente por ajentes de la policía; concluí tambien varios cuadros al óleo que habia empezado largo tiempo antes. El tiempo, que se deslizaba agradablemente, me pareció aun mas risueño cuando Mrs. Washburn y su niño necesitando cambiar de aire, se mudaron á la quinta de Bedoya, en la Trinidad, á dos leguas del pueblo. La casa edificada y amueblada por el finado Presidente para su propia residencia, era hermosa; despues de su muerte tocó en la reparticion de bienes á Doña Rafaela, su hija menor, que se casó mas tarde con D. Saturnino Bedoya, Colector General, puesto que significaba una especie de comision general de obras, reasumida en solo hombre y almacenero en gefe. Obtuve con cierta dificultad permiso para ir allí á visitar á mis enfermos dos veces por semana, porque Mr. Washburn declaró que no aceptaría la invitacion para ocupar la quinta sin que se me concediera el permiso.

La señora Presidenta deseaba mucho que la ocupara, porque esperándose diariamente que los aliados avanzaran, sabia que su presencia, protegería su persona y su propiedad. Resultó pues, que el pobre anciano Vice-Presidente, Sr. Sanchez, dió ordenes á los piquetes bajo su propia responsabilidad para que me dejasen pasar. Deseaba mucho servir á la señora Presidenta, madre del Mariscal, pero al mismo tiempo temblaba á la sola idea de ofenderle, sabiendo que estaba tan indignado de que yó no quisiese volver á entrar al servicio de la República, que el señor Sanchez, que era un verdadero cero á la izquierda, no se atrevía ni á mencionarle mi nombre; hago esta insignificante observacion sobre mi modo de proceder por la interpretacion que se le dió despues.

Habia presentado una solicitud en la debida forma, pidiendo permiso para ejercer mi profesion privadamente, y el Dr. Rhind apoyó calorosamente mi peticion. Sin embargo fué rechazada lo mismo que otra peticion de los artesanos Ingleses, rogando que se me permitiera prestarles mis servicios profesionales á su propia costa. Debo observar que esta solicitud se firmó sin que yó lo supiera, y que solo tuve conocimiento de ella despues de presentada. El Vice Presidente dijo que la rechazaba porque yo me habia negado á servir á la República y que no habia asistido á Mrs. Washburn, aunque se me habia dado la libertad con este solo fin. Al oir esto pedí á Mr. Washburn una nota que probára lo contrario, á lo que se prestó inmediatamente. (1)

El cólera asiático habia aparecido en el Paraguay en el año de 1867, pero sus estragos se limitaron principalmente al ejercito. A principios del año siguiente, que en Sud América es la estacion calorosa, estalló en la capital, haciendo horribles estragos. Al principio no salvaba ninguno de los atacados; apenas los llevaban al hospital, se morian; la cuarta parte de la poblacion, que entonces consistía principalmente en niños y mujeres, perecia miserablemente.

Muy luego lo tuvimos en la Legacion; Basilio criado de Mr. Washburn fué atacado, y tuve la oportuidad de tratar un caso de la peor clase de cólera asiático, y la gran satisfaccion de savarle.

(1) **Mr. G. T. Masterman.**

Querido Señor:—En contestacion á su nota pidiéndome un certificado que haga constar sus servicios á Mrs. Washburn, declaro que Vd. fué su médico durante toda su enfermedad; no solo digo esto, sinó que Vd. se comportó satisfactoriamente, y que el Vice Presidente al declarar lo contrario, debe haber sido mal informado.

Muy respetuosamente su humilde servidor:

(Firmado)

Carlos A. Washburn.

Legacion de los Estados Unidos, Asuncion 10 de Mayo de 1868.

Luché con grandes dificultades para llevar á cabo el tratamiento necesario, porque la madre, que era una vieja Payaguá, hizo todo lo que pudo para contrariarme. En el Paraguay hay una sola palabra para designar todas las enfermedades, y esta es la «*fiebre*», y no tienen sino una manera de tratarla, que es la *dieta*, el hambre, los vomitivos y las purgas. Recuerdo todavia el asombro de la mujer del pobre Mischkoffsky, que era paraguaya, cuando le dí á su criatura, que se moria rapidamente de fiebre tifus, una copa de vino y le ordené continuára dándosele cuanto pudiera tragar, y ademas una dosis de extractum carnis. «Pero señor, me dijo agarrandome la mano, la criatura tiene fiebre.» «La tiene en efecto, pero este es el régimen que debe seguir.» Solo pude inducirla á seguir este tratamiento, que le pareció tan estraordinario, porque el *curandero* Italiano, que mataba á la criatura con el hambre y las purgas, le habia dicho que moriria sín remedio; supe despues, que tenian ya preparado el cajon para el enfermo, porque en el Paraguay se entierra antes de las veinte y cuatro horas, y que estaba en el cuarto próximo. Sin embargo no lo ocupó. Si una mujer inteligente y de la mejor clase abrigaba estas ideas, debe imaginarse los obstáculos que me presentó la cabezuda india, que era ademas una vieja horrible, que tenia apenas cuatro pies de alto, arrugada, morena y con cara de bruja. Se subia en una silla á la cabecera de Basilio, le miraba ansiosamente la cara, que no dejaba de tener un aspecto mortal y lanzaba los mas horrorosos ahullidos que pueden imaginarse. Pobre, le amaba apasionadamente, con ese feroz y celoso amor que las indias tienen por sus chicuelos; ademas era su hijo único, y ella era viuda. Abrigàba, me parece, una vaga idea, de que yo hacia esperimentos en la persona de su hijo, y que mis remedios eran malditos y venenosos, y de ahi provenia su desconfianza.

Durante el restablecimiento de Basilio, mi amigo Mr. Lassere fué atacado por el flajelo. Deseaba mucho asistirle, pero el riesgo era grande porque la policia me vigilaba tan de cerca, que apenas me atrevia á salir de la legacion. Sin embargo debia tanto á él y á su generosa familia, por las atenciones

que me prestaron cuando estaba preso, que me creia en el deber de ayudarlo en aquel trance, y lo hice. El caso era tambien gravísimo y no podia abandonarlo un solo momento.

En la tarde del segundo dia me hallaba completamente aniquilado por la falta de reposo y la ansiedad, pues se habian enfermado dos miembros mas de la familia, cuando equivocadamente vino el Mayor Manlove á decirme, que los agentes de policia estaban en la calle esperando á que saliera para arrestarme, y que yo no debia dejar la casa hasta que estuviera de vuelta Mr. Washburn, que entonces se hallaba ausente. Madama Lassere, que no comprendia bien lo que pasaba, creyó al verme contrariado, que su marido era hombre perdido, se puso casi fuera de si, á pesar de todo lo que le dije para darle ánimo y por último se desmayó.

Volvia á la cabecera del enfermo, cuando entró apresuradamente un criado escoces del Sr. Washburn, diciéndome que Basilio estaba muerto, que él creia que todos los demas se habian vuelto locos, y que debia trasladarme inmediatamente á la Legacion. Fuí: la alarma por la policia era falsa, pero convine completamente en la opinion del sirviente cuando entré en el patio, porque reinaba en él un alboroto indescriptible. Habia una multitud de mujeres indígenas al rededor de la cama de Basilio, ahullando por el muerto, y se distinguian sobre todos, los alaridos de la madre.—Mrs. Washburn aterrorizada estaba en el corredor llorando, y con la criatura en los brazos preguntaba en vano lo que habia sucedido: Hice volver á la cama á Mrs. Washburn, y cuando puse término al alboroto descubrí, como lo esperaba, que Basilio no solo no estaba muerto, sino que ni habia probabilidades de que muriera. Se habia levantado de la cama á pesar de mis órdenes, se habia cáido de debilidad y habiéndose golpeado la cabeza contra una silla, yacia aparentemente exánime. Su madre, que era una espía de la policia, acababa de volver del departamento y le encontró en el estado que acabo de describrir. Se figuró en el acto que estabá muerto, y reunió inmediatamente á todas las mujeres que pudo encontrar para ahullar sobre sus restos, y hé aquí el orígen del tumulto.

Poco despues tuve oportunidad de castigarla; junté un gran número de cuellos de papel sucios, y un dia en que me rogaba le diera la ocasion de mostrarme su gratitud por el restablecimiento de Basilio, se los dí, ordenándola que los lavase cuidosamente y me senté en la puerta para ver en qué paraba la farsa. Trajo una gran batea con agua, y sentándose sobre los talones, en el cesped del patio, empezó á lavarlos vigorosamente. Nunca olvidaré la espresion de su cara cuando contempló atónita y aterrorizada la masa de andrajos en que se le convirtieron al restregarlos en sus manos. Se levantó lentamente y con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos, me trajo temblando los fragmentos. Traté en vano de permanecer sério y por último solté la carcajada; me echó una furibunda mirada, se marchó furiosa, volteó la batea de una patada, y afortunadamente no me habló durante mas de un mes.

M. Lassere mejoró, lo mismo que su hermano, y un criado cuyo ataque habia sido benigno; pero hubiera sido preferible que todos hubieran muerto, porque algunos meses despues fueron arrestados y enviados á San Fernando como cómplices en aquella célebre conspiracion, que no tuvo ni siquiera visos de verdad, miserable invencion, que causó la muerte de tanta gente inocente; y la pobre madame Lassere, mujer jóven, simpática y notablemente inteligente, quedó huérfana y viuda —su padre, marido, y hermano fueron fusilados.

Se ligaba con este caso un pequeño incidente que mostraba cuan inútil era toda tentativa de ocultacion. Mr. Lassere sufria mucho de calambres durante el ataque, y muchos de sus paisanos entraron para darle frotaciones. Uno de ellos, carpintero de oficio, le frotó de tal manera, que casi le dejó desollado. Algunos dias despues la señora Presidenta vino á visitar al Ministro y le fuí presentado. Tuvimos una larga conversacion, y me dijo: «Oh Sr. Doctor, es cierto que el carpintero grande dejó casi desollado á D. Narciso?» Me quedé asombrado, pero le contesté reservadamente, «puede ser señora, porque fué el Dr. Rhind quien le asistió. Lo que era la verdad; porque aunque estaba entonces muy enfermo para trabajar, permaneció en la casa algunas horas y me prestó grandes servicios con sus consejos.

Cuando me soltaron del colejio, deseaba muchísimo saber lo que se habia hecho durante mi ausencia. Supe que muchos amigos mios habian muerto, pero si se esceptúa la vuelta de Mr. Washburn, no se notaba gran cambio en el estado de las cosas. Los aliados no habian hecho otra cosa que bombardear á Humaitá á grandes distancias, y el fin de la guerra parecia tan distante como antes. El Ministro tuvo muchos inconvenientes para volver al Paraguay; por lo pronto los brazileros se negaron á dejar pasar la « Wasp » cañonera destinada para llevar aguas arriba á S. E. y su familia y se le detuvo en Corrientes por mas de seis meses. Mientras permanecia allí visitó el campamento de los aliados y fué recibido de una manera muy lisonjera por el Presidente Mitre. El Marqués de Caxias le mandó decir, que estando detenido por las fuerzas imperiales era enteramente justo que el Brasil sufragara sus gastos, declarándole que tenia una gran suma á su disposicion. Este paso se dió sin duda con intenciones de sobornarle. Mr. Washburn rehusó sin embargo el ofrecimiento, y en un despacho dirigido al Almirante Ignacio, significó su intencion de forzar el bloqueo. Algunos dias despues la « Wasp » pasó á todo vapor por medio de la escuadra, la que, contra lo que podia esperarse, no le presentó obstáculo alguno, diciendo cortesmente el Almirante, que no les convenia tener disidencia con sus buenos amigos los norte americanos.

Mr. Washburn presentó á Lopez los documentos que lo acreditaban Ministro residente (tenia antes el puesto de comisionado de los Estados Unidos en el Paraguay) é inmediatamente se ofreció como mediador entre las partes contendentes.

Lopez se aferró con rara tenacidad á sus antiguas condiciones, pero por via de concesion se dispuso á trasladarse á Europa por dos ó tres años, cosa que los aliados no quisieron ni oir. A causa de esto Mr. Washburn con muy poco tino, se constituyó en su defensor, y conociendo perfectamente el carácter del individuo y las horrorosas atrocidades que habia cometido, escribió un despacho al Ministro brasilero, que publicó en el «Semanario,» en el cual le preguntaba que pensarian los brasileros si el mariscal Lopez, por preliminar

de una tregua, pidiese la abdicacion del Emperador. Esto no pasaba ciertamente de una pura charla; sabia lo que habia dado origen á la guerra, como se habia hecho, y la inútil resistencia de los paraguayos. Sabia tambien, que la renuncia de Lopez le pondria inmediatamente término, y que si sus palabras merecian alguna fé, si verdaderamente peleaba solo por el honor y gloria de su pueblo, debia sacrificar contento su poder y su posicion por el bienestar de su patria. Sabia ademas, que López solo habria quedado plenamente satisfecho cuando la poblacion hubiera sido destruida (si se esceptúa el número suficiente para labrar el país y convertirlo en una enorme estancia suya) con tal que pudiera siempre dominarla. Esto no es un vano palabrerío: mucho antes de la guerra, ordenó que se depositase en sus manos los títulos de todas las grandes propiedades y de las fincas de todos los presos políticos, de todos los desertores, verdaderos ó imaginarios, y en muchos casos, hasta los de sus parientes fueron confiscados en favor del Estado, es decir, de él mismo. Todos los títulos que no estaban en la forma debida eran destruidos, y la propiedad volvia al «Estado.» Puede juzgarse la manera como se les juzgaba por la siguiente anécdota, de cuya autenticidad puedo dar fé: D. Carlos Lopez deseaba comprar alguna finca que pertenecia á una acaudalada familia que vivia en la calle Comercio, pero esta no queria venderla, mas se le ordenó que enviara los títulos de la casa que ocupaba para verificarlos. Se los entregaron á un juez de paz, el que informó que estaban inmejorables. El Presidente le dijo bruscamente que se mandase mudar, y haciendo llamar á otro juez, le dijo: «dé estos títulos al juez fulano para que los examinase y el imbécil contesta *conforme;* examínelos minuciosamente y dígame si lo están.» Es inútil añadir que el dueño, á quien conocia mucho, permaneció muy poco tiempo en posesion de su casa, la que entregó tranquilamente al que la codiciaba.

Ademas, este despacho del Sr. Warhburn hizo mucho daño, porque el público europeo, que no podia tener informes de fuente segura sobre el estado verdadero de los negocios públicos en los pueblos del Plata, y en quien, como es natural, des-

pertaba mucha simpatia una pequeña república hostilizada aparentemente por dos mayores, aliadas con el imperio del Brasil, creyó que un hombre abiertamente apoyado por el ministro americano, debia sostener una causa justa, y que las horrorosas historias de sus crueldades, que llegaban de vez en cuando á sus oidos, debian ser inventadas ó extraordinariamente exageradas. Sin embargo, este documento no tuvo resultado práctico y el *distinguido amigo del Paraguay y la Libertad* fué pronto olvidado por el «Semanario».

En el mes de Agosto de 1867 Mr. Gould, encargado de Negocios de S. M. B., fué al Paraguay con el objeto de obtener la libertad de muchos súbditos británicos, que en aquella época podian considerarse como verdaderos prisioneros de Lopez. No logró su objeto pues solo obtuvo la libertad de tres viudas y de sus cinco hijos. Pero me es satisfactorio decir, que no se dejó engañar por la adulacion ni las mentiras de Lopez; y cuando sus cartas fueron publicadas por órdenes del ministerio de relaciones esteriores, se dió al mundo por primera vez una verídica y clara historia del estado exacto de aquellos asuntos. Estas notas son tan gráficas y vienen tan á propósito para confirmar mis propias declaraciones, que doy los siguientes estractos :

«Cuartel General, Paso Pucú, 22 de Agosto de 1867.

«La misma tarde de mi llegada (el 18 del corriente) fuí informado que S. E. me recibiria en audiencia privada, y tuve el honor de pasar un par de horas con el Presidente, quien me recibió de una manera cordial y franca.

«Despues de recordarme que la entrevista no era oficial, y de preguntarme el objeto de mi visita á su campamento, S. E. dijo, que sentia profundamente que me hubiera encargado de semejante mision, puesto que en vista de las circunstancias no podia de ninguna manera pasarse sin los servicios de los súbditos británicos en el Paraguay, que eran todos empleados suyos, y estaban obligados por contratos. S. E. añadió además, que no podia permitir á los estranjeros que salieran del pais en aquellos momentos, ni aún que volviesen del campamento á

la capital. Si concediera licencia á uno, observó S. E., es mas que probable que todos los demás querrian seguir el ejemplo. Por eso era que se habia visto obligado á rehusar una peticion urjente y reservada que M. Washburn, ministro de los Estados Unidos en la Asuncion, le habia dirijido en favor de un ciudadano americano.» Este ciudadano era el mayor Manlove.

« A consecuencia de esto el Sr. Berges, su ministro de Relaciones Exteriores acababa de notificar al público, que en el estado actual y en las circunstancias críticas porque el país pasa, no se dará licencia á ningun estranjero para salir del país.» Este aviso era tan reciente, que solo se publicó cuando Berges recibió la nota del Sr. Buckley Mathew declarando que el objeto de la visita de Mr. Gould "era facilitar la salida de los súbditos británicos que desearan partir del Paraguay."

"S. E. habló estensamente sobre la preferencia que en todo tiempo habia mostrado por los ingleses, á quienes habia empleado siempre esclusivamente, y sobre los grandes beneficios que habia hecho á algunos." Nunca pude averiguar cuales fueran estos beneficios, á no ser, la condecoracion de la "Orden del mérito" que otorgó al Dr. Stewart y á algunos otros, y el permiso que dió al Dr. Rhind para casarse en el país: no hay para que hablar de nuestros sueldos, de los que nos quitaban el cuarenta por ciento.

"S. E. me aseguró tambien, que ninguno de ellos tenia el menor motivo de queja; por el contrario todos, hasta el último, estaban enteramente contentos y eran felices. Ninguno de ellos, á lo menos que él lo supiera, deseaba partir, y todos tenian compromisos que cumplian con entera satisfaccion. Que me proporcionaria todas las oportunidades que deseara para conversar con los pocos súbditos británicos que estaban en el campamento, los que corroborarian todo cuanto habia dicho. "

Pero, cuál es la verdad de esto? Si se esceptúan dos ó tres individuos, todos los demás habiamos cumplido nuestros contratos hacia mucho tiempo y deseábamos ardientemente salir del país, pero no nos atreviamos á decirlo. Mr. Gould era rigorosamente espiado y «los pocos súbditos ingleses del campamento»

tenian miedo de que los vieran hablar con él; en la mañana siguiente á la entrevista, Lopez mandó llamar al Dr. Stewart, y le dijo: "Cuidado con que yo sepa que algun ingles diga que quiere salir del pais!" Solo los que conocen á Lopez pueden penetrarse del valor verdadero de estas palabras.

"S. E. pasó á quejarse de la poca simpatía que el gobierno de S. M. B. mostraba para la causa paraguaya; habló de su deseo de estrechar las relaciones de los dos países, del modo equívoco con que los ingleses interpretaban su política; y por último de la violacion de las leyes de la neutralidad hecha por el gobierno de S. M. durante la presente guerra. Dijo que por desgracia él no tenia quien defendiera su causa, porque su comunicacion con el mundo estaba completamente cortada. Que creia que el gobierno de S. M. obraba deslealmente exijiendo que entregara los pocos súbditos británicos que tenia á su servicio (no para pelear); mientras parecia, no hacer caso de los empréstitos, buques y armas, obtenidas por sus enemigos en Inglaterra y de los centenares de ingleses que peleaban en sus filas contra él.

"En cuanto al despacho dirijido por V. (Mr. Buckley Mathew) á su ministro de Relaciones Esteriores, S. E. declaró, que no podia esperar que le diera el valor de un documento oficial por cuanto todavia no le habia presentado sus credenciales, lo que solo es permitido hacer personalmente. Por estas razones se consideraba plenamente justificado, rehusándose á escuchar toda demanda, que se me ordenara hacer en favor de los súbditos británicos en el Paraguay, en vista de que no me hallaba munido de ninguna comunicacion directa del gobierno de S. M. B. para el del Paraguay." Mr. Gould no tenia fuerza armada para apoyar su demanda, ni aun el derecho de hacerlo. "Sin embargo, para probar lo estremadamente deseoso que estaba de ponerse de acuerdo con el gobierno de S. M. disimularia las informalidades diplomáticas, y procuraria hacer alguna concesion estraordinaria en su favor, siempre que no perjudicara á su situacion, que se habia hecho sumamente delicada con respecto á los poderes neutrales desde la publicacion del aviso arriba mencionado.

«S. E. concluyó haciéndome algunos finos cumplimientos, y diciéndome que era tal la simpatía que me profesaba, que por motivos puramente personales desearia ver terminada mi mision satisfactoriamente.»

No se puede menos que admirar la habilidad que Lopez desplegó en esa entrevista; (el astuto salvaje se mostró casi enteramente á la altura de su antagonista, atado como lo estaba por el temor de perjudicar á las personas á quienes tenia la mision de salvar, con una observacion intempestiva que descubriera la verdad de los hechos,) y la viveza con que quiere hacer aparecer la entrega de las tres viudas y sus hijos como una prueba de sus amistosos sentimientos para con la Inglaterra y un cumplimiento para Mr. Gould, quien continúa: «Empecé tratando de convencer al Presidente, que mi mision no era quejarme del tratamiento de los súbditos británicos en el Paraguay, sino sencillamente pedirle que permitiese á los que deseaban salir del Paraguay, que aprovecharan para hacerlo los medios que el gobierno de S. M. B. ponia á su disposicion. Añadí, que esta amistosa demanda se fundaba en un verdadero principio de derecho internacional, y que una negativa de su parte sería no solamente impolítica sino tambien inhumana. Si estos súbditos británicos fueran, como él lo decia, felices y estuvieran contentos, el número de los que deseasen partir sería tan insignificante, que su falta no perjudicaría en nada á su gobierno, y que por el contrario atraería á su causa con este pequeño sacrificio, no solo al gobierno de S. M. sino la opinion pública del Reino Unido, que se habia preocupado mucho de estos individuos. Que por la llegada de la cañonera de S. M. los ingleses se hallaban en un caso escepcional, que hacia inaplicable la notificacion á que se referia. Yo no queria poner en duda las aserciones de S. E., pero tenia muchas razones para creer, que los contratos de la mayor parte de mis paisanos habian espirado hacia mucho tiempo, y que por lo menos algunos, deseaban volver á su patria. Que yo no procuraría sinembargo averiguar sus verdaderos sentimientos sobre la cuestion, hasta que S. E. permitiera que saliesen del país. Haciéndolo no habria hecho mas que colocarlos en una falsa y difícil posicion.

«Concluí asegurando á S. E. que por medio de vd. llamaria la atencion de S. M. sobre los diversos motivos de quejas que se habia creido en el derecho de manifestarme; me comprometí ademas á participarle á vd. la peculiar y crítica posicion en que se hallaba.

«El Paraguay hace muchos años ha empleado casi esclusivamente á ingleses. El servicio médico de su ejército está confiado á cuatro cirujanos y un boticario ingleses. Las obras de los arsenales son ejecutadas por injenieros y artesanos ingleses. Los maquinistas de los vapores son ingleses. Su ferro-carril, muchos de los edificios públicos y el formidable sistema de obras defensivas que por tan largo tiempo han puesto á raya los ejércitos aliados, han sido levantados bajo la direccion de tres injenieros civiles ingleses.» Esta última declaracion no es enteramente exacta: las baterias de la costa fueron levantadas por el capitan Morice de la marina Real que dejó al Paraguay antes de mi llegada, y por el coronel Weisner, austriaco. Las nuevas obras fueron trazadas por este último y por el Sr. (ahora teniente coronel) Thompson, que era injeniero civil y el único ingles que se puso al servicio militar de Lopez durante la guerra.

«En fin, sus minas están esplotadas bajo la direccion de un injeniero inglés de minas. Se debe principalmente á los esfuerzos de este puñado de ingleses el que el Paraguay, reducido á sus propios y escasos recursos, haya podido hasta aquí, bajo la direccion del Presidente Lopez, prolongar la desesperada lucha que empredió hace mas de dos años. De aquí proviene la repugnancia de S. E. para deshacerse de personas cuyos servicios no tienen precio, y á quienes en vista de las circunstancias no tendria esperanza de reemplazar.»

«En una entrevista posterior, el Presidente Lopez me dijo, que en ausencia de su ministro de Relaciones Esteriores, que estaba en la Asuncion y por las dificultades de comunicarse con la capital, preferia que me quedara en el cuartel general, y que en seguida nombraría á su secretario, para que me entendiera con él oficialmente. Agregando, que si yo persistia en llevar á cabo mis instrucciones al pié de la letra, se hallaría en

la penosa necesidad de cortar inmediatamente toda negociacion. Que, sin embargo, si yo me declaraba satisfecho con la entrega de las mujeres y las criaturas á quienes estaba dispuesto á entregar, por motivos de humanidad, y esponía al gobierno de S. M., que esta era la única concesion, que se hallaba dispuesto á hacer en aquel momento, permitiría que salieran del país, con tal que se tomaran las medidas convenientes para impedir se pusieran en comunicacion con el enemigo, por el daño que esto podria ocasionarle.

«Acepté en parte sus términos, observándole sin embargo, que yo personalmente no podia garantir que el gobierno de S. M. se contentara con aquellas medidas parciales; pero que creia que el paso que daba disminuiria en mucho la desfavorable impresion que produciría una absoluta negativa.

«He resuelto proceder con suma circunspeccion; y si por último encuentro imposible obtener la libertad de las personas, que se me ha comisionado sacar del país, aceptaré el ofrecimiento de S. E. librando la cuestíon al juicio del gobierno de S. M. que decidirá sobre los medios mas adecuados para obtener la salvacion de los súbditos británicos que todavia permanecen en el Paraguay. Con este objeto no apresuraré las negociaciones por cuanto, á pesar del peligro y de las incomodidades personales á que me espongo, tengo la conviccion íntima de que mis compatriotas se hallan comparativamente seguros mientras yo permanezca á su lado.»

Mr. Gould recibió entonces una nota del jeneral Barrios, ministro de guerra y marina, en la que se le decia, que el mayor Caminos habia sido nombrado para tratar con él oficialmente, y que las negociaciones debian hacerse por escrito. Abrió las comunicaciones en frances; sabiendo que el secretario no pasaba de un cero, y que trataba en realidad con Lopez que hablaba muy bien aquel idioma.—Mr. Gould continúa diciendo: «Antes de contestar mi nota el Presidente manifestó el deseo de verme.» Mr. Gould, sin embargo, estaba indispuesto y pasaron varios dias antes que pudiera visitarlo; entonces, «en presencia del Sr. Caminos leyó la nota, y me llamó amistosamente la atencion sobre lo que él consideraba un

error de gramática y que yó corregí de buena gana. Entonces empezó haciendo otra importante alteracion, pero no me manifesté dispuesto á aceptarla; por último, convine en que me volviera la nota para meditarla de nuevo, con el fin de evitar que el asunto terminara en una discusion desagradable, que ante todo me convenia esquivar.

S. E. llegó á proponerme, que cambiara la redaccion de la nota hasta el punto de patentizar, que el gobierno de S. M. B. no tenia otro objeto al mandar la «Doterel» al Paraguay, que facilitar la salida de las pocas mujeres inglesas que S. E. estaba dispuesto á entregar.

Convine en que estas mujeres tenian indudablemente prioridad de derecho, y que el gobierno de S. M. reconoceria con gratitud la escepcion que se hacia en su favor; pero que esta concesion no destruia en lo mas mínimo el derecho, que tenian los demás ingleses que habitaban en sus dominios, á la consideracion de su propio gobierno. Sin embargo, le dije que su propuesta seria asunto de madura reflexion, pero que temia qûe mis instrucciones me pusieran en el caso de no poder aceptarla.

«Al dia siguiente entregué de nuevo al Sr. Caminos la nota ya mencionada despues de sustituir las palabras *en surtout* por *en outre*, á principios de la frase que se refiere directamente á las inglesas detenidas en el Paraguay» quedando así: «*En outre* (et surtout) *il y á des femmes et des veuves d'ánglais chargées d'enfants, qui ne doivent continuer á rester sans but esposées aux perils de la guerre.*»

Esta nota fué seguida de otras varias, pero como era de esperarse, no tuvieron ningun resultado. Mr. Gould dice: «las únicas observaciones que me atreveré á hacer respecto de la nota del Sr. Caminos con fecha 23 de Agosto son las siguientes; que evita completamente la cuestion principal, primero, procurando demostrar plausiblemente que no hay súbditos británicos en el Paraguay que deseen abandonarlo; segundo, que no cree oportuno darles la ocasion para espresar sus deseos sobre el asunto; tercero, que aunque sienta decirlo, sabe muy bien, que varios no hacen misterio de sus deseos de salir del

pais, de lo que se justifica hasta cierto punto sosteniendo, que ninguno de ellos habia solicitado oficialmente permiso para partir, y agregaba por último, que sea lo que fuera de todo esto, no se le permitiria salir á ninguno.»

«Convendria talvez, antes de penetrar en el fondo de la cuestion, hacerle presente la peculiar posicion que ocupan los súbditos británicos en esta remota República. Todos están, creo que con una sola escepcion, al servicio del gobierno.» Debiera haber dicho con la escepcion de tres personas. «Los contratos que se hicieron en Inglaterra, se renovaron nuevamente en el pais; pero la mayor parte de estos contratos han espirado el principio de la guerra. Es por esta razon que muchos que no podian partir, cuando la Dotorel subió anteriormente, podrian querer retirarse ahora, que estaban libres de compromisos. Ademas, la permanencia de la cañonera fué corta y el objeto del viaje no fué sabido de todos. Por lo jeneral los súbditos británicos han sido bien tratados por el Presidente, y aun hoy reciben sus sueldos con regularidad. Sin embargo, por una parte sufren una pérdida de cuarenta por ciento por la depreciacion del papel moneda en que se les paga la mitad de sus sueldos, mientras que por otra, tienen que pagar precios exhorbitantes por todo lo que necesitan, á consecuencia del rigoroso bloqueo que hace dos años ha cortado completamente toda comunicacion entre el Paraguay y los demas paises del globo. El Presidente Lopez los trata como lo haria con la mejor clase de sus súbditos; es decir, no les tiene ninguna consideracion, y los ocupa de la manera que se le antoja, sin que ellos se atrevan á manifestar su desagrado. De esta manera puede decir, sin peligro de que le contradigan, que jamás ha violentado á nadie, porque apenas les comunican sus deseos, se apresuran á complacerle al parecer de buena gana. Por otra parte, el temor de disgustarle es tan grande, que no se atreverian á hacerle la menor indicacion, porque no solo no serian atendidos, sino que la menor imprudencia podria acarrearles las mas graves consecuencias.

«El caso del Sr. Henrique Valpy es el mas injustificable de todos. Este caballero es ingeniero civil, y vino espresamente

de Inglaterra con el Sr. Burrel para construir un ferro-carril. El contrato del Sr. Valpy aunque se renovó, ha terminado hace mucho tiempo, y las obras del ferro carril están suspendidas á consecuencia de la guerra. Este caballero fué invitado á ponerse al servicio militar de la república, pero tuvo la resolucion suficiente para no prestarse y ofreció renunciar á su sueldo puesto que su empleo estaba suspendido de hecho. Sin embargo el Presidente se empeñó en que percibiera medio sueldo, y desde entonces ha hecho lo que ha podido por el bien general, en la Asuncion. Ahora diez meses, lo llamaron á casa del gobierno en donde se le dijo, que se preparara para marchar al campamento. Se opuso, pero se le informó que aquella era la voluntad del Presidente y que por lo tanto tendría que obedecer. Al llegar al campamento, S. E. le regaló una espada y le ordenó que pidiera un uniforme, á pesar de haberle manifestado que no podia aceptar concienzudamente el servicio militar. Se ha resistido siempre á ponerse el uniforme, y sus quehaceres se redujeron á levantar planos en la retaguardia; pero á pesar de esto muchas bombas han reventado á su alrededor. Se le vigila casi como á un prisionero; esta resistencia pasiva y el haber manifestado por mi conducto, sus deseos de salir del país, han exasperado tanto al Presidente, que tengo muchos motivos para temer por su vida. Para perjudicarle, es bastante segun creo, que se haya visto frecuentemente conmigo.

«El señor cirujano Fox tiene tambien grandes deseos de partir. No lo obliga ningun contrato, ni aun siquiera un compromiso verbal, y además su salud está muy quebrantada. Hablé sobre él á Lopez, como incidentalmente, para no comprometerle.

«Otro tanto habrian hecho casi todos, pero temiendo las consecuencias, se abstuvieron prudentemente de espresar sus íntimos deseos sobre este punto. El presidente Lopez me dijo incautamente que tenia perfecto derecho para tratar á los ingleses á su servicio, (sin embargo de no permitirles retirarse) de la misma manera que trata á sus propios súbditos. Se encarcela á los empleados del arsenal por las mas insignificantes faltas y se les manda á bordo de los vapores, donde sufren

trabajos forzados y se esponen continuamente al fuego de los encorazados brasileros anclados debajo de Humaitá.

«*Tal es el terror que inspira el Presidente Lopez, que temiendo que pudiera atribuirse á los súbditos ingleses del campamento, los informes que tenia, no mencioné el caso de un jóven boticario inglés, que por alguna insignificante falta se halla preso en la capital hace mas de nueve meses.* Hasta principios de la presente guerra, la posicion de los súbditos británicos en el Paraguay era muy buena; pero desde entonces ha cambiado totalmente, como me parece queda ya demostrado, y temo que su actual estado pueda llegar á ser mas crítico todavía.» El párrafo con letras itálicas se refiere á mí mismo. Termina Mr. Gould: «Durante mi prolongada permanencia en este campamento, mis desgraciados compatriotas se han hallado por fortuna, comparativamente seguros, aunque mi posicion era á la vez estremadamente desagradable y no exenta de peligros. Todo el campamento está hoy dia mas ó menos á tiro del cañon enemigo, y la ferocidad del Presidente Lopez es tal *que me previnieron muchas veces, que estuviera muy en guardia en nuestras entrevistas.*»

Mr. Gould partió llevando consigo las mujeres y criaturas de que se ha hecho mencion; pero á pesar de su esposicion sobre las violencias de Lopez y de la peligrosa situacion en que quedaban nuestros compatriotas, poco ó nada se hizo para socorrerlos. Una cañonéra, es cierto, se presentó dos veces en las aguas del Paraguay para repetir la farsa de pedir la libertad de los súbditos británicos; la primera demanda tuvo por contestacion, que nadie deseaba salir del país y un capataz del arsenal fué á bordo para dar fé de esta verdad, pero Mr. Nesbit, que es la persona en cuestion, habia dejado en rehenes á su esposa y á sus hijos en manos de Lopez. La segunda vez lograron sacar á Mr. Fox, que estaba entonces tan enfermo que naturalmente no podia cumplir con sus deberes profesionales; y me parece tambien, que se envió aguas arriba una tercera cañonera despues de la fuga de Lopez á las cordilleras, la que se volvió como habia subido.

Otra nota de Mr. Gould con fecha 16 de Setiembre de 1867

merece citarse, porque palentiza la astucia de Lopez; dice en ella, que considerando inutil continuar las negociaciones resolvió partir; y agrega: «el estado de mi salud era tan malo, que necesitaba un cambio inmediato de aire, y alarmó seriamente á los médicos ingleses del campamento, los que me prodigaron las mas finas atenciones, esponiéndose por esto á peligros de gravedad.'

«Con gran sorpresa mia, el teniente comandante Michell, acompañado de los tres ayudantes del Presidente, se presentó repentinamente en el campamento estando ya muy avanzado el dia. Me informó, que habia pasado una hora solo con S. E. quien le habia tratado con suma bondad y condescendencia (!) preguntándole lo que pasaba por el mundo y en el campamento vecino. Este fué el primer aviso que recibí de la llegada de la cañonera, aunque Curupaity está en comunicacion con Paso-Pucú por medio de una linea telegráfica. Apenas el comandante Michell me habia dejado para volver al Cuartel General, llegó un soldado trayendo un caballo de la brida, pero me hice el que no comprendia la indicacion, hasta que el Presidente me significase como se debia, que podia reembarcarme cuando quisiese. Poco despues me mandó dos oficiales que me acompañasen, y entonces me puse en marcha para Curupaity; allí me detuvieron una hora larga esperando al comandante Michell y su séquito.

«Mientras permanecia allí, los encorazados brasileros anclados debajo de Humaitá, lanzaron en mi direccion dos ó tres bombas, una de ellas al esplotar cubrió de arena al comandante Michell. Este error, que los brasileros no hicieron intencionalmente, solo puede atribuirse á que, por una razon que no me esplico del todo, se arrió la bandera inglesa en Curupaity mucho antes de que el comandante Michell y yo nos hubiéramos embarcado. A causa de estas demoras la cañonera inglesa no pudo volver antes de anochecer á su antiguo fondeadero á retáguardia de la escuadra brasilera, enfrente de Curuzú.»

Me hubiera gustado mucho tener la oportunidad de oir sin ser visto, la amable y familiar conversacion que Lopez tuvo

con el valiente y agradecido comandante; imagino que debia pertenecer á esa especie de averiguaciones, que se espresan pantomímicamente, imitando con el brazo el movimiento aspiratorio de una bomba imaginaria, y que debió servir por mucho tiempo á Mrs. Lynch de escelente materia prima para los chistes y gracias, con que solia amenizar sus postres y sus vinos.

No cabe duda que la bandera inglesa se arreó por órden de Lopez. Mr. Gould, tratando de llevar á cabo sus instrucciones habia desplegado una obstinacion muy importuna, y se habia cerciorado de algunas verdades, que convenia mucho ocultar al mundo; por eso es que esperaba, que una bomba brasilera le tapase la boca para siempre, y yá se ha visto cuan poco faltó para que lograra su intento.

En la nota del 10, iba incluso el siguiente notable sumario de los informes que Mr. Gould habia podido recoger:—«Desde el principio de esta larga guerra, no se ha sabido nada seguro sobre el estado actual del pais. Aunque las oportunidades de averiguar el verdadero estado de las cosas han sido sumamente escasas desde mi llegada, sin embargo he logrado reunir informes de mucho interés.

«Todo el pais está arruinado, y poco falta para que quede enteramente despoblado. Se embarga todo para el uso del gobierno. El ganado de la mayor parte de las estancias ha desaparecido del todo. Se han llevado todos los caballos y hasta las yeguas. Los esclavos que constaban de 40,000 á 50,000 personas han sido emancipados; los hombres fueron mandados al ejército y sus mujeres con muchas otras, trabajan en cuadrillas para el gobierno. Muchas estancias están enteramente desiertas. Se monopolizan las escasas cosechas que recojen las mujeres, para alimentar á las tropas. Las mujeres se han visto en la necesidad de deshacerse de sus joyas, aunque esta estrema medida se ha llamado un sacrificio patrótico de su parte.»

«Tres epidemias, el sarampion, las viruelas y el cólera, ayudadas por privaciones de toda clase, han reducido en dos terceras partes la poblacion de este desgraciado pais. Segun los diferentes cálculos, nunca ha tenido mas de 700,000 á 800,000 almas, pero sobre este punto no he podido obtener informes seguros. La

mortalidad de las criaturas ha sido horrorosa, y tanto el escorbuto como la sarna, son enfermedades muy comunes. El comercio con Bolivia, debido á obstáculos de comunicacion casi invencibles, es insignificante.

«A principios de la guerra el Presidente Lopez se hallaba al frente de un hermoso ejército de casi 100,000 hombres, y poseia inmensas cantidades de armas y municiones que su padre y él habian ido acumulando durante muchos años. Sin embargo, su escuadra consistía solamente en doce ó trece vapores de poca resistencia.

«Desde entonces debe haber perdido de una ú otra manera mas de 100,000 hombres, porque mas de 80,000 fueron víctimas de las enfermedades solamente. Le han tomado ó destruido muchos vapores; le pueden quedar todavía ocho ó diez, pero de estos, dos solamente pueden prestarle algun servicio.

«Si puede todavía prolongar su resistencia, la culpa la tienen los aliados, su falta de energía, y su manera lenta de operar. Si la escuadra aliada se hubiese presentado á tiempo entre el Paso de la Patria é Itapirú despues de rendirse una parte de sus tropas en la Uruguayana, no hubiera podido atravesar el Paraná un solo hombre de los 25,000 que invadieron la provincia argentina de Corrientes. El 24 de Mayo 1866 Lopez fué rechazado con pérdidas tan espantosas, que los aliados habrian podido penetrar el dia siguiente en su campamento atrincherado con suma facilidad. Sus pérdidas en esta jornada fueron de 12,000 á 15,000 hombres. Si los aliados, cuando tomaron Curuzú el 2 de Setiembre de 1866, hubiesen marchado inmediatamente sobre Curupaity, habrian avanzado sin encontrar ninguna resistencia seria. Perdieron quince dias, dándole tiempo para atrincherarse fuertemente y fueron rechazados en definitiva, con inmensas pérdidas. Despues de esto, cuando marcharon hace poco sobre Tuyucué, Lopez no estaba preparado para resistir un ataque serio. Pero desde entonces las defensas por aquella parte han sido muy aumentadas. Han permanecido allí mas de seis semanas inactivos, mientras tanto si hubieran adelantado algunos miles de hombres sobre la estrema derecha, su comunicacion con el interior habria sido completamente cortada, lo que le habria

obligado á rendirse muy pronto, porque no tiene suficientes fuerzas para arriesgar un ataque formal.

«Los aliados tienen hoy dia 48,000 hombres en campaña, y 5,000 á 6,000 en los hospitales. De estos: 45,000 son brasileros, 7,000 á 8,000 son argentinos y 1,000 orientales. Desde mi vuelta en abril, el ejército brasilero ha sido reforzado por el segundo cuerpo que defendia á Curuzú y por el tercero á las órdenes del jeneral Osorio, que estaba en aquella época en las Misiones. Además de estos, han llegado directamente del Brasil grandes refuerzos, y el gobierno Imperial se ha comprometido á enviar 2,000 hombres mensualmente para mantener la fuerza numérica del ejército que tiene ahora. El Presidente Mitre ha vuelto tambien con una parte de las fuerzas que se enviaron hace poco para sofocar la insurreccion en las provincias argentinas. Están admirablemente equipados y con todo lo necesario para abrir la campaña. De la suma arriba mencionada 8,000 por lo menos son soldados de caballería perfectamente montados; además llegan todos los dias grandes remesas de caballos nuevos. El ejército está tambien provisto de un gran número de piezas de campaña.

«La escuadra encorazada brasilera consiste en diez buques, que forzaron las baterias de Curupaytí sin ninguna dificultad. Existen, me parece, dos canales navegables en frente de estas formidables obras. El mas distante es defendido por tres líneas de estacadas protejidas por torpedos. Sin embargo, el almirante Ignacio lanzó su escuadra por el canal mas próximo y cerrando las troneras y manteniéndose próximo á la barranca en que están montadas las baterías, se puso, hasta cierto punto, á cubierto de sus fuegos, porque el enemigo no pudo dar á sus piezas el grado suficiente de inclinacion para causarle perjuicios sérios. Se inutilizó solamente uno de los buques, que recibió una bala en el condensador, lo que lo espuso á un tremendo fuego hasta la llegada de otro, que amarrándolo á su costado lo sacó á remolque por el frente de las baterias. La escuadra está fondeada en este momento á una milla mas ó menos al Sud de Humaitá, que está espuesta á sus bombas lo mismo que la retaguardia de Curupaití. La

comunicacion de la escuadra de madera, que consiste en siete buques fondeados en frente de Curuzú y debajo de Curupaity, se mantiene fácilmente por medio de un camino de ocho millas, que pasando por el Chaco, es defendido por tres reductos y 1,400 hombres.

«De suerte que todo el rio á la derecha é izquierda del campamento paraguayo está espuesto á los fuegos de la escuadra.

. . . .

«El número total de las fuerzas paraguayas llega á la cifra de 20,000 hombres,de estos 10,000 ó 12,000 á lo sumo son buenas tropas, los demás son niños de 12 á 13 años de edad, viejos ó estropeados; tienen además de 2,000 á 3,000 heridos y enfermos. Los soldados están debilitados por la intemperie, las fatigas y las privaciones. Actualmente se caen de debilidad. El alimento se ha reducido durante los últimos seis meses á carne solamente y esta de la peor calidad. De vez en cuando se les proporciona un poco de maíz; pero este, la mandioca y la sal sobre todo,son tan escasos, que tengo la convicoion de que se les reserva solamente para los enfermos.» (Mr. Gould debia haber dicho para los oficiales enfermos.) «En todo el campamento no se halla nada que comprar. Debe haber, por lo que ví, una gran escasez de drogas y medicinas, ó tal vez una falta absoluta de ellas, porque los enfermos, que son numerosos, se aumentan rápidamente. En vista de estas circunstancias, como se puede suponer, pocos son los que se restablecen. El cólera y las viruelas, que existen hasta cierto grado en el campamento aliado, se estienden á pasos jigantescos entre los paraguayos. Casi toda la caballada ha perecido, y los pocos animales que todavia les quedan están tan débiles y flacos que apenas pueden sostener al ginete. Con todo, acaban de traer las últimas cabalgaduras que se encontraban en el país, es decir unas 900 yeguas. El estado de los bueyes mansos es lamentable; es imposible que aguanten mucho tiempo. El ganado existente en el campamento, que serán de 15,000 á 20,000 vacas, se muere todos los dias por falta de pasto. De vez en cuando se introducen de noche animales nuevos, pero estos son por lo general de la misma calidad. Se dice, que se encuentran grandes

tropas cerca de Humaitá, en un lugar pantanoso próximo al rio y que es de muy difícil acceso para los aliados. Los pocos vapores que todavia hacen la carrera entre la capital y el campamento, descargan solamente de noche porque tienen que ponerse fuera de tiro de la escuadra brasilera, que está al otro lado de Humaitá. Muchos de los soldados están casi desnudos; no tienen por todo abrigo, mas que un cinturon de cuero, una camisa andrajosa y un poncho de fibras vejetales. Todos llevan un feísimo morrion de cuero. Muchísimos están todavia armados con fusiles de chispa, aunque se han tomado á los aliados en las peripecias de la guerra muchos rifles Minié.

«Los paraguayos son una hermosa, valiente, sufrida y obediente raza, pero empiezan á desanimarse á juzgar por lo que he visto y por lo que he oido. Los mismos heridos no dan ni aceptan cuartel. (Esta declaracion no es enteramente exacta; los numerosos prisioneros que he visto, prueban que algunas veces aceptaban cuartel.)" «Se han visto heridos paraguayos moribundos, casi en agonía, herir al primer enemigo que se ha puesto á su alcance.

(Debo añadir, y esto lo puedo asegurar con toda certeza, que los niñitos, que se convirtieron en soldados, tuvieron órdenes de degollar á todos los heridos, que encontrasen postrados; y un sargento, que fué uno de los que me informaron del hecho, me dijo con cierto amor propio y satisfaccion, que habia degollado á varios de sus propios soldados con el objeto de que no cayeran en poder del enemigo.) «Otros, desde algun tiempo á esta parte sobre todo, se echaban en tierra cuando se les acercaba el enemigo, sin ofrecer ninguna resistencia, pero se rehusan tenazmente á rendirse hasta el punto de obligar á los aliados á bayonetearlos sobre el campo.»

Creo que los pobres hacian esto porque no comprendian el español sinó el guaraní y creian que el arrojarse en tierra, significaba que estaban prontos á rendirse; sin embargo se les inculcaba sistemáticamente que los «macacos» degollaban siempre á sus prisioneros; en efecto, despues de la derrota de Lomas Valentinas, el Dr. Steward vió matar á bayonetazos á los he-

ridos, que yacian en largas filas al pié de los árboles. Como se sabe un enemigo cobarde es siempre cruel. (1)

«La guarnicion de Humaitá consistia en cinco batallones; de estos, tres se componian de antiguos soldados, uno de muchachos y enfermos dados de alta, y otro de heridos que hacian el servicio; su número total seria de 3000 hombres: 6000 soldados estaban acantonados sobre la izquierda desde Humaitá hasta el Angulo, y 5,000 hasta Curupaity. Las reservas, que consistian en tres batallones de infanteria y cuatro ó cinco mal montados regimientos de caballeria, (en todo 2,000 ó 2,500 hombres) estaban estacionados en Paso Pucú, que era el punto mas central del campamento y el cuartel jeneral de Lopez. De todas estas tropas los hombres hábiles no pasaban probablemente de 10,000.

(1) El Sr. Masterman vuelve á ser injusto con los brasileros, y de paso nos ofrece una razon ridícula para esplicar en parte la obstinacion de los paraguayos. Si estos no sabian español, no ignoraban por cierto que las balas mataban, y aun tendidos en tierra, disparaban sus armas sobre el soldado que se les aproximaba para desarmarlos.

Peleaban hasta morir y mataban á los que querian rendirlos por enceguecimiento, quizá por las ideas que se les inculcaban, ó porque supondrian que se les mediria con la misma vara con que el tirano martirizaba á los desgraciados prisioneros aliados, pero sobre todo por las represalias terribles que tomaba Lopez contra las familias de los que caian prisioneros, aun cuando fueran heridos.

Por otra parte, esa resistencia inconducente no solo se ejercia con los brasileros; lo mismo pasaba con los argentinos. Si alguna fuerza brasilera, con el calor del combate, se encarnizaba en la persecucion, deben recordarse los horrores que practicaron los soldados de Lopez sobre sus indefensos compatriotas de Matto Groso y del «Marqués de Olinda»; y los que ejercian diariamente sobre sus desgraciados compañeros de armas, cuando caian en su poder. Los brasileros nunca mataron á sus prisioneros, diferenciándose en esto de sus enemigos, que jamás los perdonaban, pudiendo considerarse felices los que morian á bayonetazos, pues se libraban así de los horrores del martirio.

El Brasil ha devuelto al Paraguay centenares de prisioneros de guerra, y de los brasileros caidos en poder de Lopez de una ú otra manera, no ha salvado ninguno.

Por lo demás, es ridículo pretender que en una batalla no se hagan

Sin embargo y á pesar de la debilidad, del hambre y la miseria que sufrian los paraguayos mantuvieron su posicion por

armas contra un hombre, que no solamente no se rinde, sino que hace fuego sobre el que se aproxima.

El autor puede considerar que las tropas brasileras no son las mas famosas del mundo, pero es injusto tratarlas con un desprecio hijo de la preocupacion y llamar cobarde á un ejército, que en la sola campaña de Diciembre de 1867, desde el 4 hasta el 21, perdió en los combates la mitad de su fuerza (15,000 hombres).

En una de estas batallas los brasileros tomaron un gran número de prisioneros, entre ellos, á casi todos los oficiales y gefes, incluso el jeneal Caballeró. Lejos de asesinarlos los custodiaron tan mal, que casi todos y el mismo Caballero, se fugaron en la noche y fueron de nuevo á reforzar al tirano.

En Lomas Valentinas el ataque se hizo por tropas brasileras y argentinas, siendo estas las primeras que ocuparon las posiciones de Lopez; murieron los que no se rindieron, pero los muchos prisioneros que se tomaron entónces, destruyen la asercion del Sr. Masterman. Ademas, (lo que por cierto fué un error) no hubo persecucion, y por consiguiente la tropa no tuvo ni la ocasion de tomar represalias.

Dice el autor, que no fueron los brasileros los que rindieron á Humaitá sino el hambre. En primer lugar debemos decir, que no eran los brasileros sino los aliados los que sitiaban la plaza, y en segundo, que el hambre fué producido por el rigoroso sitio á que se le redujo—Si el autor alude á que no la asaltaron, nos permitirá objetarle, que cuando un ejército puede aislar absolutamente una plaza, no tiene interés, ni tendria razon en sacrificar cuatro ó cinco mil vidas, para tomar hoy lo que le entregarán mañana. Si hubo error en esta operacion, no fué el no asaltar, sino el dejar que se retiraran los sitiados, cuando era fácil impedirlo contando con una poderosa escuadra.

Hacemos estas observaciones, porque el autor participa de la antipatia contra el Brasil que ha inspirado á otros muchos escritores, á pesar de las pruebas de patriotismo y valor que ha dado la Nacion brasilera en los últimos años.

El Sr. Masterman, no sabemos si con intencion ó sin ella, habla siempre de tropas brasileras, de gefes brasileros y de ministros brasileros; y sin embargo todo el mundo conoce la parte importantísima desempeñada en la guerra por la República Argentina, cuyo presidente ha mandado en gefe los ejércitos aliados en lo mas duro de la guerra y ha propuesto ó dirijido las mas importantes operaciones de ella, la influencia política de sus hombres en la direccion de estos negocios, y tambien la participacion de una division oriental en casi toda la campaña.

cerca de diez y ocho meses mas; entonces fueron arrojados, no por los brasileros, sinó por mas formidables enemigos—el hambre y las enfermedades.

CAPITULO XV.

Los Indios Guaiqis.—Arañas Gregarias.—Piques.—El bombardeo de la Asuncion.—La retirada á San Fernando.

Mientras el ejército aliado permanecia inactivo delante de Curupaity, se trabajan frecuentes escaramuzas entre la caballería paraguaya y la brasilera; Lopez exageraba mucho estos encuentros, llamándolos siempre grandes victorias; las pérdidas del enemigo llegaban por lo general hasta 5,000 hombres, mientras las suyas, segun los partes publicados en el Semanario, se reducian á dos ó tres muertos y media docena de heridos; sin embargo, estos últimos, algunos dias despues, entraban por veintenas á los hospitales.

Es por esto que nos inclinamos á creer, que la animosidad contra el Brasil y el deseo de atacarlo en toda ocasion, le hace ver brasileros por todas partes.

Precisamente en la época á que se refiere este capítulo, Mr. Gould estuvo alojado en el cuartel jeneral del jeneral Mitre, presidente de la R. A.

Referiremos un episodio relativo á Mr. Gould, que sirve para demostrar la diferencia que existia entre Lopez y los aliados.

Cuando el Sr. Gould estuvo en el campamento aliado varios dias, quiso dormir en el cuartel jeneral del jeneral en jefe, y no se le permitió hacerlo, aunque él lo deseaba, porque estando á tiro del enemigo, era bombardeado constantemente, y aunque el jefe argentino no habia querido removerlo arriesgando su vida, no quiso de ningun modo se espusiera la del representante de S. M. B.

Esta manera de proceder, comparada con la de Lopez, que se propuso hacerlo desaparecer, para que no divulgara los misterios de su antro, mas la libertad con que circulaba todo el que queria por el campamento aliado, bastaria para demostrar al Sr. Masterman y á cualquiera, la profunda diferencia que existia entre el representante de la mas cruel barbárie y los de la civilizacion mas humanitaria y liberal. *(N. del E.)*

En 1866 se descubrió un camino que pasàndo por las selvas desde el oriente de Bolivia, llegaba hasta los manantiales del Paraguay; y unos negociantes que lo conocian vinieron á la Asuncion en donde realizaron enormes ganancias con la venta de las zarazas mas ordinarias que espendian á un peso la yarda; el chocolate se vendia á cinco chelines la libra, y la sal á treinta y cinco pesos la arroba. Algunos de estos negociantes lograron partir con su dinero, pero los demás cayeron en las garras de Lopez, que los declaró conspiradores, y perdieron sus ganancias junto con sus vidas.

La escasez de sal me trae á la memoria un gracioso error, que encontré en una ilustracion Norte Americana, llamada Lesliés Weekly. Su autor el teniente Holmes, de la Wasp, mandó á la redaccion de aquel semanario sus apuntes y bosquejos, que el redactor comunicó á sus lectores como «sencillos y concienzudos apuntes de un marino observador.» Despues de espresar las impresiones que le causó el rio, y su admiracion por él «y las hermosas parásitas que crecen en el agua,» despues de admirar los estraños animales «kapurchas» (carpinchos), semejantes á los tapires (!) habla de la montaña Lumbarcú (Lambaré) como «de una montaña de trescientos cincuenta piés de alto, compuesta enteramente, segun dice, de sal de roca; y por consiguiente de gran valor para el pais, en donde este condimento es muy escaso.» Por lo que se vé, no se le ocurrió á este marino observador, que la sal en un pais en que existiera una masa semejante sobre la superficie de la tierra, debia ser tan «*escasa*» como lo es en el Océano. Lambaré es en efecto, una roca de basalto, y supongo que equivocó esta piedra con la sal de roca. Sus apuntes sobre los parajes que él cree describir, son tan chistosamente inverosímiles como es posible imajinárse.

Un boliviano, el Dr. Rocas, fundó un Semanario llamado «El Centinela» y otro «El Cacique Lambaré» fué publicado por el Gobierno, en Guaraní. Doy en el apéndice una muestra de este asqueroso pasquin.

Poco despues, algunos Indios llamados los Guaiquis, habitanes de las grandes selvas al norte del Paraguay, fueron traidos

á la Asuncion, y habiendo sido atacados por las viruelas, el Dr. Rhind tuvo oportunidad para observarlos mientras yo estaba todavia preso en el Colegio. Parecian pertenecer al tipo mas ínfimo de la especie humana; su poca estatura, su cutis casi negro, sus flacos y delgados miembros, me recordaban desagradablemente á los monos; su inteligencia parecia ser inferior á la de estos animales. No construyen cabañas, ni llevan ropa, ni conocen el uso del fuego; viven en las selvas y se alimentan de frutos y raices, á veces roban las gallinas de los colonos establecidos en su vecindario y las comen crudas; los soldados dijeron al doctor, que si los *encorralaban* no se les ocurririan para escaparse otros medios, que los que emplearian las vacas en idéntica situacion. No parecen tener un lenguaje articulado y la Señora Leite-Pereira me aseguró, que habia tenido dos de ellos (que tendrian cerca de seis años cuando los tomaron) en su casa, durante muchos años, pero que nunca habia podido enseñarles á hablar. Varios de los hombres, que asistió el Dr. Rhind murieron, y las mujeres mostraban su pesar poniendo sus cabezas entre las rodillas, y dándose vueltas como pelotas, al rededor de los cadáveres, gimiendo y lanzando cortos y repentinos chillidos. Cuando estaba preso, ví un hombre que permaneció mucho tiempo en frente de la puerta de mi celda, asombrosamente parecido á un mono; tenia la misma quijada saliente de estos animales, su pronunciada curva entre la punta de las narices y la frente, los ojos muy próximos, y los párpados superiores largos y tubulares, que abria y cerraba incesantemente, y cuando se le hablaba, reia y exhibia sus fuertes y compactos dientes como lo hacen los monos domesticados. Me inclino á creer que los Guaiquis son cretinos, que provienen del constante y tal vez incestuoso comercio de algunos indios de un tipo mas elevado, perdidos en las selvas. Pero la asombrosa inteligencia, la espresion triste y las acciones casi humanas del mono, por una parte, y por otra las facciones *macacas* y la vida puramente animal de muchos paraguayos, me impresionaban muy desagradablemente. Nunca pude matar un mono, aunque los Paraguayos tiraban á los Guaiquis sin ningun remordimiento, diciendo que no eran *cristianos*, y que eran ladrones incurables.

Mientras estuve en la legacion tuve excelentes oportunidades de estudiar los hábitos de la *araña gregaria*, la que ofrece aparentemente una escepcion á la regla de que las *arañas* son los animales mas insociables y sangrientos. Estas arañas, cuando son mayores de edad, tienen media pulgada de largo; su color, si se esceptúa una sucesion de manchas encarnadas en la barriga, es negro; tienen cuatro ojos, mandíbulas notablemente fuertes, y gruesas y peladas patas de casi una pulgada de largo. Construyen en sociedad inmensas telarañas, que tienen frecuentemente treinta piés de largo y ocho de profundidad; las colocan por lo jeneral entre dos árboles y á una altura de diez á doce piés.

Les gusta mucho tender sus tejidos de un lado al otro de un camino; en este caso, colocan siempre las telarañas á la altura suficiente para permitir el tránsito de hombres á caballo y de carretas de bueyes; sin embargo, podia casi siempre alcanzarlas con mi látigo, porque estando demasiado altas se les hubieran escapado las moscas y mosquitos, que no se elevan á una gran altura sobre la tierra, y constituyen su alimento principal.

En el patio de la legacion habia un jardincito cuyos bancos de tierra estaban cubiertos de un ladrillo rojizo, y cercado de la misma manera que el de lord Paulet en el reinado de Cárlos II, cuya descripcion leia en estos dias. Pocas personas entraban en él, si se esceptúa la vieja jorobada, madre de Basilio; las arañas habian estendido en él seis de sus enormes redes, apoyándose por un lado en un jazmin del cabo y por otro en unos naranjos y duraznos, que estaban, sobre todo estos últimos, cubiertos de una variedad de muérdago, que los paraguayos llaman poéticamente la *planta huérfana*. La distancia entre los árboles, que les servian de apoyo, era de cuarenta piés; para formar la màrjen de la tela, las arañas habian estendido de un lado al otro dos fuertes cables tan gruesos como un hilo de sastre; el mas bajo estaba solamente á la altura de cuatro piés y ocupaban el intermedio finos é irregulares tejidos imperfectamente divididos en cuadros ó círculos, que tendrian respectivamente cerca de un pié cuadrado de super-

ficie. Cada una de estas telarañas inferiores estaba custodiada por una araña, desde la puesta hasta un poco despues de la salida del sol, y las seis, contenian tal vez unos diez mil habitantes. Pero cambiaban de posicion frecuentemente, y se veia pasar y repasar constantemente los cables, una fila doble de arañas, que parecian fortificarlos en sus idas y venidas; algunas veces observaba tres ó cuatro en asecho, á poca distancia una de otra; pero reparé que se ocupaban en dar á los cables un movimiento rápido y casi eléctrico, siempre que una compañera abandonaba las jarcias mayores, que eran los portalones por donde se lanzaban sobre los hilos mas finos. Cuando se encontraban en el camino, pasaban una al lado de otra sin ofrecerse la menor muestra de consideracion ó respeto, no haciendo como las cucarachas y las hormigas, que al encontrarse se detienen y observan siempre las leyes de la buena crianza.

Poco despues de amanecer abandonaban las telarañas y retirándose á la sombra formaban dos ó tres grandes bultos del tamaño de un sombrero, debajo del espeso follaje del jazmin; allí permanecian inmóviles, hasta ponerse el sol, hora en que el bulto negro se derrumbaba, cayendo en pelotones, (este derrumbe vale la pena de ser presenciado) y las arañas se desparramaban tranquilamente; poco despues todas ellas ocupaban su puesto de pesca en sus aéreas posiciones. El aire estaba tan lleno de mosquitos, que caian en las redes por docenas, pero ellas desdeñaban esta pobre y despreciable caza, que solo permanecian en los hilos hasta que llegaban las cazadoras y los limpiaban á gran prisa para dejarlos invisibles y listos para mas provechosa cosecha. Las moscas grandes y las polillas eran atacadas inmediatamente y devoradas por la que llegaba primero, ó por varias á la vez, porque he visto frecuentemente á media docena de arañas cebarse juntas en el mismo cadáver.

Averigué tambien, que no se contentaban con chupar el jugo de su presa, sinó que devoraban todas las partes blandas hasta dejarlas completamente limpias. A las polillas no les dejan mas que las alas y á las cucarachas solo les economizan

la barriga. Tienen las garras y las quijadas muy desarrolladas, (les he permitido varias veces picarme el dedo, pero no sentia sino el dolor de una lijera punzada en el momento en que me herian) y aparentemente constituidas para despedazar y desmenuzar su alimento con gran facilidad.

Tienen además la peculiaridad de tragar la telaraña que el viento rompe ó destroza. Cuando ocurria un accidente de esta naturaleza, la araña mas cercana recogía los hilos sueltos, los convertia en un rollo y se los comia inmediatamente. Las he sorprendido en el acto de hácerlo, y he descubierto que antes de tragar la seda, la mojaban con saliba. Me costó mucho averiguar como estendian de un árbol á otro, el primer hilo, que tenia frecuentemente de sesenta á setenta piés de largo. Los arbustos intermediarios y otros obstáculos del camino, detruyen la teoría de los Paraguayos, que la esplican diciendo que amarran una punta del cable al primer árbol, descienden con el otro estremo hasta el suelo, cruzan el camino, suben al otro, y una vez arriba, lo estiran y echan el nudo maestro de costumbre. Un dia tuve la dicha de ver como lo ejecutaban. El algibe, que teniamos, estaba adornado de un arco de fierro, que servia para sostener la rondana; arriba de este se veia una araña que formaba con mucha actividad un rollito de seda liviano y suelto de un volúmen casi igual al del insecto mismo; poco despues el viento le arrebató la hebra y su punta fué á parar á un árbol vecino; la araña se puso inmediatamente á estirarlo, y cuando estuvo bien tirante lo recorrió con la rapidez y limpieza de un acróbata, pasándolo y repasándolo en todas direcciones, hasta dejarlo bastante sólido para soportar una telaraña.

Cuando el tiempo estaba malo y húmedo permanecian apiladas hasta que se despejaba un poco, y al dia siguiente se veian ya reemplazadas las telarañas, que habian sido arrebatadas por el viento. Habia en los patios varias otras de estas construcciones, que se habian estendido de un árbol á otro, pero todas estaban bastante elevadas para que los caballos pudiesen pasar por abajo; destruí varias veces las que estaban en el jardin, pero á pesar de esto las construian siempre á la

misma altura. Estas telas fueron ocupadas por las arañas cerca de dos meses, época en que todas desaparecieron repentinamente; pero poco despues descubrí bajo las hojas de los árboles, varios nidos con huevos, que evidentemente habian sido depositados allí por ellas.

He dicho que estos rasgos característicos del falansterio de las arañas, es decir, el trabajo en comun y las asociaciones pacíficas, ó sean reuniones sin reñir á mano armada, no son aparentemente mas que escepciones á la regla jeneral; porque opino, que el período laborioso en que se entregan á estas faenas, trabajando amistosamente, es el que precede á la pubertad, y que apenas se encuentran desarrolladas, y entra en funcion su potencia reproductiva, la ferocidad natural de la raza aparece. Entonces se traba una sangrienta batalla; las pocas que sobreviven, todas probablemente hembras, devoran á las muertas, hacen preparativos para la futura cria, y mueren á su vez. Esta es mi opinion, porque todos los habitantes de la misma telaraña tienen dimensiones iguales, se reunen para dormir juntas, como lo hacen por lo jeneral las chiquitas y desaparecen repentinamente, sin que quede ninguna resagada para decirnos lo que se han hecho sus compañeras. Debo confesarlo, no pude encontrar ni restos de los muertos, pero esto se esplica por la actividad de las hormigas, que son los basureros de los climas tórridos. Hemos observado todos, que las arañas por varios dias y aun semanas, despues de empolladas, viven unidas con gran armonia, y que hilan una telaraña que es de propiedad comun. Creo, pues, que el carácter gregario de esta variedad puede considerarse como el resultado del desarrollo tardío de los órganos de la jeneracion; y si asi no fuera, ¿qué razon habria para que desaparecieran tan repentinamente, y en el momento en que su alimento es mas abundante que de costumbre?

Tuve otra duda que quise aclarar: ¿por qué el Pique, chigoe, *(pulex penetrans)* deposita los huevos debajo del cútis de séres animados? « Ce vilain insecte », como lo llama Du Graty es tan diminuto que no pasa de la vijésima quinta parte de una pulgada de largo, hace una abertura debajo del cútis,

ó mas bien entre la epidermis y el verdadero cútis, y allí, como se supone jeneralmente, deposita sus huevos, produciendo una hinchazon; que contiene un saco blanco azulado, del diámetro de la décima parte de una pulgada, que está lleno de ellos. Pero el caso no es tan sencillo; el saco no es simplemente una vejiguilla de huevos, sinó la barriga de la misma pulga desarrollada despues, que conserva los principios de su vitalidad, cuando el resto de la madre ha perecido, y en este momento, los huevos no son mas que jérmenes, que jeneralmente perecen al mismo tiempo. Sometidas al microscópio, se observa una gran diferencia entre esta pulga y la comun (p. domesticus), la cabeza y el torax están fuertemente unidas, las dos primeras patas son apenas mas robustas que las otras, y del ano se destaca una especie de probóscide armada de un par de forceps, doblados en las estremidades. Sus instrumentos de diseccion, consisten en dos lancetas en forma de cimitarras, colocadas en una sola vaina; con estos instrumentos ábrese una guarida debajo del cútis, bastante grande para enterrarse enteramente, se arraiga con los ganchos de la probóscide, y muere uno ó dos dias despues. Pero la seccion abdominal sobrevive, absorve nutrimiento por los costados y crece rápidamente, á costa del suero que despide la irritacion del cútis en que está alojada; crece tanto en circuito como en diámetro, se désarrollan en ella fuertes bandas ligamentosas, y lo que es todavia mas curioso, los huevos que la llenan, crecen tambien, engrandeciéndose en la misma proporcion sus tiesas y membranosas envolturas; los huevos maduros, tienen por lo menos la mitad del tamaño de la misma pulga.

Se vé pues la razon porque el *pique*, no puede depositar los huevos como los demás miembros de su familia; y creo que es muy probable, que no consuma mas alimento del que lleva consigo, cuando deja el huevo, y que á causa de no poder alimentarse con otra materia, su desarrollo termina allí mismo. No he podido jamás encontrar á los machos; imajino que mueren tan luego como han ejecutado su parte en la creacion.

Examiné un gran número de estas pulgas para sentar es-

tos puntos, mientras esperaba, que me arrestase la policia, y tuve la dicha de encontrar un asunto, que me interesó muchísimo. Si no fuera por el interés científico que tienen, serian solo una gran incomodidad; causan muchos padecimientos á las criaturas descuidadas, lo mismo que á los perros, que se hacen pedazos las patas para sacárselas, y se les introducen frecuentemente en los lábios y narices, de donde, como es natural, no pueden desalojarlas. Nunca me molestaron mucho, porque las sacaba fácilmente con la punta de la lanceta y la herida se curaba inmediatamente.

He mencionado solamente á unos cuantos de los animales salvajes del Paraguay y á estos solo de paso; pero son numerosos, variados é interesantes.

El tigre paraguayo, (jaguar de los naturalistas,) es un animal muy formidable, tanto por su tamaño como por su indomable ferocidad. Nunca tomé exactamente sus dimensiones, pero tenia una alfombra rectángula de seis piés largos, hecha de un solo cuero, sin la cabeza. Uno de ellos se mantuvo largo tiempo en la capital, la policia lo alimentaba con los perros que andaban sueltos por la poblacion. Lopez tenia dos en Humaitá, en una jaula colocada cerca de los cabrestantes; ambos eran inmensamente grandes. Se dice, que tres brasileros, que se suponian ser espías, les fueron arrojados vivos. La historia tiene muchos visos de verdad; y una muerte semejante seria muy benigna comparada con las torturas que sufrieron otros acusados de la misma falta.

He visto tambien una hermosa muestra del *leon* ó *puma*, como debiera llamarse (Felis Caguar). Este animal se domestica fácilmente y se hace casi tan dócil como un perro. La puma de que hablo solia andar suelta por el campamento. Presencié una noche una escena muy ridícula. Un amigo mio tenia un miedo casi mórbido á los tigres. Una vez, que deslindaba unos terrenos cerca de la Villa Oliva, tuvo que acampar al aire libre, lejos de toda habitacion humana; mandó á sus criados paraguayos, en busca de alimentos, y acostándose al lado de sus caballos, que estaban atados á las estacas, se durmió; repentinamente le despertaron los ani-

males que tiraban de los cabrestos para escaparse; trató en vano de calmarlos, hasta que por último rompieron las sogas y partieron á toda carrera.

Sospechó que algun tigre debia haberlos asustado y que podria volver; para ahuyentarlo, se puso á encender un gran fuego, y aproximándose á su llama, empezó á disparar los tiros de su revolver, como para avisar lo peligroso de su situacion. Su posicion era por cierto difícil; sus criados, al parecer, se habian estraviado; no habia ni árboles ni casas en todo el contorno; al mas insigne caminador no se le ocurriria pasar los esteros á pié, y el peligro de las culebras era verdaderamente sério, y mucho mayor que el de los tigres, que nunca, al menos que yo lo sepa, atacan á los hombres. Llegó por último la mañana, y sus criados no tardaron en venir. En efecto, habian oido al tigre bramar á la distancia y quizá lo espantaria el tiroteo; el miedo ahuyentó el sueño de sus ojos durante toda la noche. Despues de esta aventura, el solo nombre del tigre bastaba para perturbar su equanimidad, y todo animal grande, que veia imperfectamente, asumia para él la forma de un caguar.

Cerca de los cuarteles de Lopez, cercada por dos paredes, se hallaba una callejuela, y por ella caminaba mi amigo una noche, muy tarde, llevando una linterna. A medio camino, su luz se posó en dos ojos de fuego y un bramido inconfundible saludó sus oidos. Sin recordar la *puma*, ni otra cosa que la triste noche que pasó en el estero, dejó caer la linterna, lanzó un alarido involuntario, huyó desesperadamente á través del patio, y se arrojó adentro de la habitacion del Dr. Steward, casi muerto de miedo y de fatiga. La puma le siguió tranquilamente al trote, contemplando con asombro el singular espectáculo presentado por un caballero corpulento, y de edad mediana, que huia á través del patio iluminado por la luna, sin su linterna, y mas rápidamente que el tradicional farolero.

Se encuentran en el Paraguay varias clases de *gatos monteses* y un *ocelote*, todos hermosamente manchados. Los indíjenas han cometido un error singular al denominar al

animal mayor: lo llaman *yaguareté*, es decir, perro grande, *yaguar* es la palabra guaraní, que significa perro; pero llaman muy correctamente á los ocelotes *mbarácayá*, que es el nombre jenérico que dán á los gatos.

He visto una vez un hermoso lobo, con una linda melena negra; (canis ruber) los zorros son numerosos.

Du Graty, menciona tres clases de monos, uno de los cuales tiene tres piés de alto, pero los que yo he visto son mucho mas pequeños.

Sin embargo los animales mas singulares son el *hormiguero* y el *carpincho*. Aquel, adquiere grandes dimensiones; las niñas emplean su fuerte cerda para abrirse agujeros en las orejas, creyendo que la picadura de esta no se inflama. El último animal es el *Capybyra palustris* ó (*sea hidrochserus*). Lineo. Es el mas grande de los *roedores* que existen hoy y es un animal muy estraño. Apenas se puede contemplar sin reir, su paso rápido y su estravagante chata y ridícula cara. Tuve uno por mucho tiempo; le gustaba tanto el calor, que solia chamuscarse el pelo por aproximarse demasiado al fuego de la cocina, que como es costumbre se encendia en el suelo. Necesita mucho tiempo para masticar su alimento, que consiste en pasto y otras plantas, porque su exófago es tan estrecho, que apenas admite la introduccion de una pluma de ganso, aunque el animal es tan grande, que pesa algunas veces mas de doscientas libras. Parece que su destino es alimentar tigres, los que viven principalmente de su carne.

Hay otro *roedor* el *Tapití buruchú* ó *chinchilla*, que se halla muy comunmente en los campos y en los esteros; tuve uno manso que corria por mi cuarto; pero como todos mis animales favoritos, tuvo una muerte prematura. Procuré domesticar toda especie de animales, desde el *yacaré* hasta los *tapitis*, desde las bestias mas ciegamente feroces hasta las mas tímidas.

Para mí, el Cuatí (Viverra Rasua) era el mas entretenido de todos: inquieto como un mono, pero sin su triste semejanza al hombre, se entretenia en trepar y saltar todo el dia; de vez en cuando se hacia el dormido, pero apenas oia el mas

ligero ruido, sus redondos y penetrantes ojitos parecian una brasa ardiente en medio del oscuro pelo que los rodeaba, y como la ardilla, á la que se parece mucho, se despertaba de un brinco. Solia treparse hasta mis hombros, y con mi pescuezo por punto de apoyo, que envolvia con su larga y musculosa cola, introducia rápida y sucesivamente en todos mis bolsillos su agudo y flexible hocico, en busca de algo que comer.

Tuve por varias semanas una hermosa muestra de la enorme grulla llamada en guarani *Tuyúyú* es decir, la que *anda en el barro*. Era casi tan alta como yo; y su pico tendria mas de un pié de largo. La tenia atada con una soga asegurada á un gran ladrillo. Un dia que se asustó, al entrar en el patio un peon al gran galope, se voló con la soga y el ladrillo, el que golpeándose contra la pared, se partió en dos pedazos, que cayeron sobre un soldado que estaba dormido y le dejaron casi muerto. Voló en direccion al Gran Chaco, y cruzó el rio llevando la soga, que flotaba en el aire como una bandera.

El Paraguay, ofrece al cazador mil atractivos, por que la caza es abundantísima. Manadas de gamos recorren los valles situados entre los arroyos y los montes. Miles de javalíes, se encuentran en las profundidades de las selvas; en los esteros se ven bandadas de perdices, como las nuestras, y otra ave de la misma clase, pero tan grande como un faisan, el *Ynambú guazú*; son tambien muy numerosas los *Mutús* ó codornizes, que son todavia mas grandes, lo mismo que las becasinas y las palomas silvestres; estas últimas tienen un gusto tan esquisito, que no he probado jamás nada mejor.

Una persona aficionada á las aventuras encontrará en el Paraguay un magnífico teatro para entretenerse. Visitará por ejemplo las grandes cascadas del Paraná, el salto de Guayrá á los 24° 6' latitud sud, que ningun Europeo ha visitado hace mas de un siglo, y que por su magnificencia debe rivalizar con el mismo Niágara. Encontrará las dificultades suficientes para añadir á semejante viage, el sabor del peligro, con montañas, selvas y rios que ofrecen vistas tan imponentes y salvajes como para dejar satisfecho al mas fastidioso amigo de lo pintoresco. El viaje desde la Asuncion hasta Villa Rica, le seria fácil; des-

de este punto el camino le llevaria através de las Cordilleras de Caaguazú y por selvas vírgenes, hasta las aguas del rio Monday, y entonces su itinerario seria aguas abajo, siguiendo su rápida corriente por la distancia de cien millas, hasta llegar al pié de la gran cascada, del casi mitolójico *Salto de las siete caidas.* En su camino podria encontrarse con algunos indios *Guyracuis*, los que son poseedores, de unos rabos cortos de una tiesura tal y tan incómoda, que obligan á sus portadores á llevar unos palos puntiagudos, con el objeto de abrir un agujero en el suelo para poder sentarse cómodamente [1] Pero sea de esto lo que fuera, deberá llevar un buen rifle, y hacerse acompañar de algunas personas armadas de la misma manera; porque otras tribus, que encontraria inevitablemente, son muy diestras y bastantes listas en el uso de las flechas envenenadas. De noche podria ver ese pájaro maravilloso, el *Ypegtétá*, pasar cual un meteoro, sobre los mas altos árboles, é iluminarlos con su luz mas brillante que la de la luna llena; (!) ¿por qué no dirian los naturales que este pájaro se alimentaba con luciérnagas, y exhibia su asombrosa brillantes de una manera mas intensa todavía?

Encontraria las innumerables islas del Paraná, llenas de tigres de las mas soberbias dimensiones; y si encontraba tapizes tan grandes como los que yo he visto, podria hacer una caza capaz de excitar la envidia de Gordon Canimming.

Los Paraguayos dicen que se encuentran en los yerbales *armadillos* de un tamaño estraordinario, pero yo no he visto ninguno. Hay uno que tiene cada escama de su armadura bordada de fuertes cerdas.

He mencionado ya las culebras, pero los paraguayos exajeran su peligro; encontré que varias de las que me dieron como muy venenosas, no tenian absolutamente colmillos ponzoñosos. Sin embargo, me han asegurado, que es peligroso procurar coger la vainilla, que crece silvestre en las márjenes del alto Paraguay, porque su aroma atrae las culebras de cascabel.

(1) El autor se refiere á los mitos indigenas.

Los lagartos son muy numerosos y algunos muy grandes. Descubrí que sus pulmones son muy dignos de estudio, presentando como se sabe, una forma muy simple de órganos respiraderos, apenas mas desarrollada, que la de los insectos. La *Iguana* por ejemplo, tiene dos sacos membranosos completamente unidos,en cuya superficie interna se ramifican las arterias y absorben por sus delgadas paredes el oxígeno del aire, que penetra por la traquea mayor. En realidad se le puede considerar como una sola celda del pulmon humano pero muy aumentada. Los paraguayos las utilizan de una manera muy singular Meten adentro de ellos el hígado del reptil, que es sumamente gordo, y lo cuelgan al sol hasta que destilan el aceite que contiene. Este, les parece un remedio soberano para las torceduras y contuciones; los paisanos en Inglaterra tienen el mismísimo respeto por la grasa del ganso (1). La cola de la *Iguana*, asada como *carne con cuero*, es segun los paraguayos, un riquisimo plato. Pero no soy partidario de los esperimentos gastronómicos y nunca la probé.

Los paraguayos despliegan estraordinario valor cuando se encuentran con tigres del mayor tamaño, y no se sirven de otras armas, que del cuchillo y un poncho. Por lo jeneral viajan de á dos, acompañados de algunos perros para contener al animal. Uno de ellos envuelve su brazo izquierdo en el poncho y con un largo y afilado cuchillo en la derecha, recibe el asalto del tigre, y por lo jeneral le hunde el puñal, con admirable destreza, en las vértebras de su pescuezo. Si hierra el golpe, su compañero viene en su auxilio, y en un momento, la enorme bestia cae rendida á sus piés. Pero tienen otro modo mas comun para destruirlos; les ponen trampas, que consisten en jaulas de madera con puertas escurridisas, parecidas á las de las antiguas ratoneras, y despues los matan á lanzasos.

El Sr. Washburn y su familia volvieron de la Trinidad á prin-

(1) No es de estrañarse que la gente ignorante crea en semejantes absurdos, cuando el capitan Page, de la marina de los E. U. atribuye, las propiedades medicinales y el color del rio Negro, á la gran cantidad de zarzaparrilla, que crece en sus aguas. *(N. de A.*

cipios de Febrero 1860; pero entónces ya no era el favorito de otro tiempo. Supongo que Lopez estaba contrariado porque su oferta de mediacion habia fracasado, y que odiaba á Mr. Warhburn por haberse empeñado tanto en su favor; pues Lopez tenia entre otras rarezas la de desconfiar de todos aquellos que se enforzaban en serle útiles, y trataba peor á las personas á quienes mas debia.

. . . .

Sinembargo, los negocios públicos seguian siempre la misma rutina. Mi estimado amigo Mr. Cochelet, cónsul frances, habia logrado sacar á su familia del pais salva y sana, aunque Lopez, que le detestaba, puso en práctica para matarle, el mismo proyecto de que se habia servido para con Mr. Gould, y con mayor pertinacia todavia, porque le detuvo mas de una semana, á él, á su esposa y sus cuatro hijos, en Humaitá, espuestos á todo el fuego de las líneas enemigas. Solia reirse á dos carrillos en las horas de comer del «gran susto» que que les «pegaba» antes de su partida. Me complazco en decir, que ninguna persona de la familia fué herida, apesar de que las bombas reventaban frecuentemente á su alrededor.

Su sucesor, que era un hombre de muy diversa estofa, no ahorraba medios para hacerse popular en el sentido que daban á la palabra *las pindongas de la Capital.* Siento no hallarme con la libertad suficiente para hablar de él como lo exije la justicia, pero espero llegará dia en que podré decirlo todo. Poco despues de su llegada dedicó una bandera de seda á Santo Tomas, de un lado tenia las armas de la Francia y del otro el nombre y los títulos de Lopez y la colocó con grandes ceremonias en la gruta de aquel santo. Creo tambien que asistió como lo decia, á una visita que hizo Mrs. Lynch á la Vírgen de los Milagros en Cáácupé. Esta Vírjen merece mencionarse al correr de la pluma. Es una imájen de madera, que existe en la iglesia de aquel pueblo y que inclina la cabeza de una manera benévola, y lo diré, sobre natural, cuando la peticion que se le hace ha de ser concedida. Pero para no molestar á la virjen (no sé si se habla de la virjen celeste ó de la de madera) con ruegos inconducentes, el suplicante debe someter préviamente

á la consideracion del cura el favor que pido y pagar la suma de un peso; entonces, si obtiene su asentimiento van juntos á la iglesia y hacen su peticion en el templo de Dios, al lujoso y favorito ídolo; y como debe suponerse la cabeza se inclina oportunamente.

Olvidé mencionar en el lugar debido una desesperada tentativa que se hizo el 3 de Noviembre del año anterior para destruir los depósitos y almacenes de los aliados. Una fuerza de 8,000 paraguayos cayó repentinamente sobre el campamento, por un lugar llamado Paso Chanár; llevaron el ataque con tanto ardor, que los ociosos centinelas fueron sorprendidos y muertos en el acto, y habian ya penetrado espada en mano en los depósitos de los arjentinos, que incendiaron antes que estos comprendieran lo peligroso de su situacion. ¡Afortunadamente para los aliados, los paraguayos estaban muertos de hambre, de suerte que se detuvieron para saquear los comestibles; esto dió tiempo para que llegaran los brasileros, que acuchillaron á los merodeadores derrotándolos con inmensas pérdidas. Los paraguayos dejaron 3,000 muertos sobre el campo de batalla, pero apesar de ser derrotados lograron tomar á los reconquistadores varias piezas de campaña. El Hon. Mr. Pakenham escribe á Lord Stanley: «En el combate arriba mencionado ocurrió un curioso incidente;—los vencidos se apoderaron de varias piezas y lograron llevarlas consigo; cosa desconocida en los anales militares de la historia moderna». (1)

(1) El ataque del 3 de Noviembre fué una verdadera derrota para Lopez. El objeto del ataque era principalmente arrebatar algunos cañones, y distraer al ejército aliado de sus operaciones de flanco. Lopez ordenó á sus Jefes, que remitieran inmediatamente todo cañon que tomaran, y lo que es inaudito, que permitieran á sus tropas entregarse al saqueo del campo aliado. La primer órden fué la causa porque consiguieron llevar artillería; la segunda, el principio de su espantosa derrota. Las posiciones estaban tan próximas, que aun cuando los centinelas hubieran dado aviso, habria sido difícil contener el ímpetu del primer ataque.

La primer fuerza que se presentó á combatir á los paraguayos y que restableció el combate inmediatamente, fué la caballería arjentina mandada por el Jeneral Hornos; entonces salieron las fuerzas brasileras de

A principios de este año (1868) se formaron efectivamente varios rejimientos de mujeres. Sus servicios eran porsupuesto vo'untarios, pero no se necesita recordar al lector lo que esto significaba en el Paraguay; hubo momentos en que se esperaba verlas marchar al ejército, pero despues de adiestrarse por algunas semanas en los ejercicios militares, la idea fué abandonada. Este hecho ha sido objeto de muchos comentarios y ha sido negado igual número de veces, pero yo doy fé de su verdad. Tengo en mi poder una lista impresa con los nombres, sesenta por todo, empezando con el de Juana Tomasa Frutos, y terminando con el de Brigida Chaves y encabezada «Lista nominal de las señoritas, que se ofrecen para tomar las armas». Doña Carolina Gill, antigua amiga mia, era «capitana» de una compañia.

Durante los meses de Diciembre y Enero el rio habia crecido estraordinariamente, los encorazados brasileros se atrevieron á ponerse al frente de Humaitá, porque los torpedos que los tenian á raya estaban á veinte piés debajo de la superficie; y en la mañana del 19 de Febrero, se vió que una de las boyas, que sostenia la cadena se habia volcado y que por consiguiente estos impedimientos ya no existian. El enemigo mostró talvez por la primera vez durante la guerra alguna audacia, y tres monitores forzaron las baterias de la ribera sin recibir sérios perjuicios y anclaron al norte del fuerte. (1) Estas noticias lle-

la Ciudadela, y el efímero triunfo del enemigo, se convirtió en una espantosa derrota.

En cuanto al asombro del Honorable Mr. Pakenham, debe convenirse en que ese señor era demasiado asombradiso, porque no es tan estraño tomar prisioneros y arrebatar algunos cañones en un primer encuentro, ó en un triunfo parcial, y sin embargo perder completamente una batalla.

El único hecho inesplicab'e de este dia, fué el del cañon Whitworth.

Sobre este acontecimiento véase la interesante relacion del Sr. Thompson y notas, pájinas 249 y 256. (N. del E.)

(1) Los motivos que el autor supone determinaron el pasaje de Humaitá por la escuadra, no son sérios ni exactos, las causas que espone, quizá concurrieron, pero de ninguna manera determinaron el hecho— Véanse notas á la Guerra del Paraguay por Thompson, pájina 264—Apéndice al mismo libro, pájina CXXIII. (N. del E.)

garon á la Asuncion el 21 y se ordenó la evacuacion de la ciudad en 24 horas. Apenas puedo decir cual fué mayor, si la consternacion ó la alegria con que fueron recibidas. Si se esceptúa la policia y una pequeña guarnicion, no quedaban de la poblacion nativa, mas que mujeres, niños y algunos centenares de estranjeros. Aquellas estaban horrorizadas á la idea de abandonar sus casas, pero al mismo tiempo se imajinaban que al fin terminaria esta fastidiosa guerra. Don José Berges, ministro de Relaciones Exteriores dió parte á Mr. Washburn de la órden que habia recibido, y que la capital seria removida á Luque hasta nueva órden; este pueblo distaba doce millas de la Asuncion. Este, sin embargo, se negó á partir, porque esperaba ver ocupar la ciudad inmediatamente por los brasileros y que todos escapariamos. Pero se equivocó grandemente. El mismo dia, el Doctor Don Antonio de las Carreras ex-ministro de Montevideo y el señor Rodriguez ex-secretario de la Legacion Oriental, pidieron permiso para quedarse con él; y habiéndole pedido hospitalidad y proteccion un número de artesanos ingleses cuyos contratos habian terminado, les dijo, que si el Vice-Presidente les daba licencia para permanecer, podrian ocupar algunos cuartos vacios del edificio. Fueron á casa de Gobierno y se vieron con el coronel Fernandez, que era el *factotum* de la ciudad, el que les dijo, que podrian quedarse en la Legacion con tal que no saliesen temerariamente á las calles; de modo que seis ú ocho hombres, con sus esposas é hijos, veinte y dos personas en todo, se alojaron con nosotros.

Al dia siguiente la ciudad quedó completamente desierta, y cuando se presentaron el 24 dos monitores, si se esceptúa un perro vagabundo, la poblacion no daba señales de vida. Mr. Washburn, el cónsul frances(1) y yo, los contemplábamos acercarse desde la azotea del consulado, con mucho interés, esperando verlos tomar posicion en frente á la ciudad, porque la

(1) Despues del primer tiro este caballero se retiró, diciendo que el sol hacia mal á su caballo. *(N. del A.)*

batería de Lambáre tenia solamente un cañon pesado y algunas piezas de campaña. Pero se detuvieron y combatieron estas obras á la mayor distancia que les permitió el alcance de sus piezas. La punteria fué malísima, la mayor parte de las balas cayó en el rio, unas cuantas llegaron hasta la ciudad sin hacer mas daño que destruir el balcon de la casa del Presidente, llevar un trozo de la fachada de un edificio, y matar dos perros en el mercado.

Siento no tener los partes oficiales que los Brasileros publicaron con este motivo, porque dan muy buena idea de la fé que debia prestarse á los informes que los aliados trasmitian á la Europa. Con todo, el que los leyera, creeria que se habia trabado un encarnizado combate; el vice-almirante dice; "la insolencia con que los Paraguayos nos hicieron fuego, ha sido severamente castigada," no causaron los perjuicios que él menciona, porque fuí testigo ocular y sostengo sin temor de que nadie me desmienta, que no hubo muerte alguno. Sin embargo, este futil ataque motivó, aunque de una manera indirecta, grandes sufrimientos para el pueblo. Despues de un fuego, que duró cuatro horas, los encorazados partieron aguas abajo, y no los volvimos á ver. La poblacion tuvo que retirarse á las pequeñas aldeas al Norte de la Asuncion, donde no habia casas suficientes para alojar la cuarta parte de su número; acamparon bajo los árboles ó al aire libre, durante aquel mes de lluvias, (á veces caian siete ú ocho pulgadas de agua al dia) y sufrieron toda clase de miserias; el alimento era exesivamente caro y escaso, no se hacia nada, toda clase de negocio estaba paralizado, y los habitantes morian por centenares de hambre y enfermedades. Casi todos fueron atacados del *chucho;* me quedaba apenas una onza de quinina, pero la regalé, y me puse entonces á preparar una cantidad de la solucion de Towler que Mr. Washburn suministró con direcciones para usarla á todos los que se la pidieron. No me atreví á recetar públicamente ni una sola dósis de medicamentos. Algun tiempo despues se les permitió á las mugeres volver á sus casas, una por una y por unas cuantas horas, con el objeto de sacar sus muebles; pero se les previno que no se acercaran á la Legacion.

El Mayor Manlove, de quien ya he hablado, se hallaba libre hacia algunos meses y vivia con un Sr. Bliss, americano tambien, en una casita frente á la Legacion. Sin embargo, poco despues de la evacuacion del pueblo, el primero alquiló una casa que formaba parte de la del ministro y yo fui á vivir con él. Habiamos hecho un buen acopio de provisiones; teniamos doscientos pollos, tres vacas, y varios cerdos; Mr. Washburn adelantó á Manlove el dinero para sufragar su parte en el costo de estos aprestos.

Pero pronto fuimos atacados por un enemigo, en que no habiamos pensado—por los gatos.

Cuando los habitantes de la ciudad partieron, los acompañaron los perros, pero casi todos los gatos permanecieron en el pueblo; pocos dias despues, su situacion era tristísima, se morian de hambre, y nos hacian malones como los lobos. Se llevaron primero los pollos, pero de noche solamente; por último, rabiosos ya de hambre, nos arrebataban enormes gallinas á medio dia. No podíamos pensar en alimentar una horda de mil gatos, de manera que determinamos su destruccion, poniéndoles trampas y en algunas semanas enterramos trescientos cadáveres. Nueve papagayos mansos, solicitaron nuestra hospitalidad, se la dimos alojándolos en una gran caña de bamboa, que teniamos en el corredor. Era cosa curiosa verlos á todos en fila comiendo mandioca; la tenian siempre en las garras de la pata izquierda. Uno de ellos nos asombró muchisimo lanzando el grito de "viva Pedro Segundo." "Hola," esclamó Mr. Washburn mirando atónito á su rededor. "¿Qué es eso?" "viva Pedro Segundo" repitió el loro dándose vuelta para mirarle de frente. "Tuérzale vd. el pescuezo inmediatamente dijo á Mr. Meinke, su secretario, si no quiere que todos nos véamos en aprietos." En efecto el peligro era grande.

Cualquiera hubiera creido, que los Brasileros habian dominado todo el rio despues de haber forzado la cadena; porque no le quedaban á Lopez mas que cinco ó seis pequeños vapores de madera. Pues bien, hicieron tan poco, que no merece la pena de mencionarse. Completaron el bloqueo de Humaitá á su modo; es decir, no se podian introducir provisiones de dia, pe-

ro de noche los paraguayos parecian libres para hacer lo que se les antojaba. Lopez les tenia tan poco respeto, que atravesó el rio el 21 de Marzo, y se retiró tranquilamente con tres cuartas partes de su ejército y muchas piezas pesadas, á San Fernando, situado quince leguas al Norte de su última posicion, y siempre sobre la márgen izquierda. Su retirada fué una verdadera hazaña tan admirablemente pensada como ejecutada. Pero la pérdida de hombres y cañones fué grande á causa del pésimo estado del camino.

Un artesano inglés, que estaba entonces preso en Humaitá, me contó despues algunos detalles de sus padecimientos y de los de otros, al cruzar aquel camino, que no pasaba de una mala senda por entre esteros y montes. Los soldados se sumerjian á menudo hasta la cintura, en el lodo y el agua; un gran número de hombres enfermos, ancianos ó débiles, murieron ahogados, y se vieron en la necesidad de abandonar muchas piezas de artilleria, despues de esfuerzos sobre humanos para llevarlas á travéz de tantos obstáculos. (1) Los Paraguayos lograron burlar la vigilancia del enemigo por una hábil *ruse de guerre*, y las líneas de Curupaity se hallaban abandonadas, un

(1) Lopez abandonó á Humaitá el 2 de Marzo y no el 21. Se embarcó á media noche, y seguido solamente por un pequeño séquito, para no ser visto ni sentido. Las fuerzas paraguayas á las órdenes de Bruguez, Barrios y Pesquin pasaron el rio frente á Humaitá, quizá el 21, y lo atravezaron frente á la fortaleza, mientras que Lopez desembarcó en el mismo Timbó en la noche del 3. Estas fuerzas lo alcanzaron marchando por tierra. La hazaña de Lopez no fué pues muy grande, se redujo á escapar lo m s cautamente posible, para salvar su persona. La marcha del ejército por el Chaco, es verdaderamente una prueba del sufrimiento y constancia del soldado paraguayo, pero no seguramente del de Lopez, que viajaba cómodamente, en buenos caballos, en escelentes carruajes y con una espléndida despensa. En una ocasion hizo tirar á brazo, su carruaje por los soldados.

Está tambien en error respecto al itinerario de las marchas sobre estos interesantes episodios puede verse la obra del Coronel Thompson, pag. 272 y siguientes.

(*N. del E*).

mes antes que los aliados hubiesen sabido que los pájaros se habian escapado. Las piezas fueron retiradas gradualmente de las troneras, y reemplazadas con *cuaqueros* (pedazos de madera). Entre tanto, grandes masas de tropas se presentaron siempre en la vanguardia amenazando llevar al enemigo un ataque formal, y preocupándole de tantas maneras, que olvidó á Humaitá, en donde de noche se embarcaba en grandes chatas la artilleria. Cuando todo estuvo listo, las tropas se retiraron silenciosamente de Curupaity á Humaitá, dejando una multitud de espantajos fabricados con leña y caña, parados al lado de las piezas de madera, y unos cuantos soldados, que hicieran fuego de vez en cuando para sostener la farsa.

Antes de partir, Lopez cometió un acto de crueldad atroz. Habia hecho un gran número de prisioneros; le era muy molesto llevarlos en su retirada á San Fernando; las fuerzas que quedaban en Humaitá eran muy pequeñas para guardarlos, y para desembarazarse de ellos ordenó fuesen todos acuchillados; la órden no tardó en ser ejecutada, esa misma tarde, todos (que eran como 2000 hombres,) fueron bárbaramente asesinados. (1) En la mañana siguiente empezó su retirada y tres dias despues llegó con 11,000 hombres á San Fernando, punto situado al norte de la embarcadura del Tebicuarí. El movimiento fué tan hábilmente ejecutado, que el enemigo no se imajinó lo què habia pasado, y trascurrieron algunas sema-

(1).. La diferencia de fechas, que hemos notado, demuestra que el autor no ha tenido informes exactos sobre la guerra. Lopez no pudo llegar á San Fernando con el ejército tres dias despues de salir de Humaitá—entre otras razones, por que el ejército salió muchos dias despues que él. Humaitá, despues de la salida del grueso de las tropas quedó defendido por 200 cañones y 3000 hombres. Las tropas de Lopez, cuando atravezaron el rio marcharon á Timbó, de allí volvieron á atravezar y se fortificaron en Tebicuarí; despues hicieron sus diversas estaciones y de esa linea marcharon para fortificarse en Pikisiry.

(*N. del E.*)

nas, antes que supiera á donde habian ido á parar los paraguayos. (1)

Una fuerza de cerca de tres mil hombres se quedó para defender á Humaitá y lo defendió hasta el 24 de Julio, contra 30,000 hombres, provistos abundantemente de armas, pertrechos de guerra y alimentos, apoyados además por una escuadra de diez encorazados.

La pequeña guarnicion puso en práctica una nueva estratájema que tuvo un éxito completo. Se desplegaba gran actividad por el costado del rio; se veian pasar al anochecer y al amanecer botes y canoas llenos de hombres; el fuego habia disminuido, por último cesó, y no se divisaban ni hombres, ni un solo indicio de vida adentro de la plaza; era evidente que la guarnicion se habia escapado. Así pensaban los brasileros; con el objeto de asegurarse, los encorazados se aproximaron á la fortaleza y rompieron, en concierto con las baterias de tierra, un tremendo fuego sobre la fatal fortaleza, desde la mañana hasta la noche del 15 de Julio. Ni una pieza les contestó, y esperando marchar sobre baterias abandonadas, como les sucedió con Curupayti, se ordenó al dia siguiente una avanzada general, y 6,000 hombres atravezaron á paso redoblado el campo despejado, en direccion á las troneras vacias. A la distancia de 200 yardas del frente, tropezaron con un reducto, desde donde les hicieron uno que otro tiro de fusil, algunos paraguayos que se retiraron inmediatamente. Las densas columnas estraordinariamente engreidas, y casi me atreveria á decirlo, un poco desordenadas ya, penetraron en la bateria que estaba vacia, y entonces se lanzaron sobre las obras principales del frente. Concedámosles cinco minutos mas y se verá flamear sobre el último baluarte del tirano la bandera amarilla

(1) El Coronel Thompson que estaba entonces con Lopez, no habla del fusilamiento de estos 2000 prisioneros, acontecimiento que no era fácil olvidar. Ademas, con el sistema de Lopez, no era posible llegar á tener reunidos dos mil prisioneros con vida. La matanza ó el martirio seguian tan de cerca á los prisioneros, que jamás llegaria á reunir vivos la cuarta parte de ese número. (*N. del E.*)

y verde. Las primeras filas se deshacian ya, nadie guardaba el órden, por entrar primero—cuando un alarido de—«*Muerte á los Cambas!*» se superpuso al ruido de la entusiasmada multitud. Las piezas fueron abocadas rápidamente á las troneras y un momento despues, vomitaron una lluvia de metralla y bombas sobre la desordenada multitud; hubo una horrorosa carniceria, un instante de aterrorizada indecision y luego una desenfrenada fuga. (1)

Una victoria! y los vencedores no eran sinó un grupo de hombres hambrientos, y casi muertos de fiebre. Lopez, tan pronto como se vió fuera del peligro, parece que les abandonó á su suerte, el poco ganado que les quedaba cuando él partió habia desaparecido casi todo; muchísimos perecieron en el bombardeo del 15 y no recibieron refuerzos aunque la comunicacion y el camino por el Chaco estaban todavia libres. El coronel Martinez le mandó decir el 19, que comian las últimas reses. Dió por contestacion, «resista cinco dias mas y entonces retirese». Obedecieron aunque ya se morian de hambre y se alimentaban con los cueros de los animales, que comian despues de cocerlos. Por último, llegó el dia señalado; atravesaron el rio, pero no lograron hacerlo sin ser sentidos; muchos de los botes fueron echados á pique por el fuego enemigo, y aconteció un terrible desastre en el momento del embarque. Una gran cantidad de pólvora habia sido trasportada á la costa, y en su inmediata vecindad se hallaba una multitud de mujeres y criaturas esperando llegara la noche para embarcarla, cuando una bomba cayó en su centro: hubo una

(1) El ataque de los brasileros á que se refiere el autor, no fué contra Humaitá; sino contra un reducto avanzado y tuvo lugar el 15 de Julio.

Los brasileros fueron rechazados, pero se portaron dignamente, conducidos por el valiente general Osório, que despues de destrozado, pidió refuerzos para volver al combate, que le fueron negados por Caxias. Osorio, segun la opinion de Thompson, se portó tan gallardamente, que apesar del horrible fuego de las baterias paraguayas, llegó con su caballeria hasta los abatis y los destruyó.

(*N. del E.*)

rápida llamarada, una tremenda detonacion, y las infelices fueron lanzadas en todas direcciones, quedando reducidas á mutilados y ennegrecidos cadáveres. (1)

CAPÍTULO XVI

La Evacuacion de Humaitá. — El arresto de los Señores Carreras, Rodriguez y Leite-Pereira. — Los cargos hechos contra Mr. Washburn; su correspondencia — La llegada de la Wasp.

El 24 de Julio de 1868, todos los que pudieron habian atravezado el rio y Humaitá fué abandonado á los moribundos y á los muertos.

Pero los fugitivos se encontraron, con gran desaliento, enteramente cortados, y separados del camino que debian seguir; el rio habia crecido estraordinariamente, y convertido en una isla los bajos y pantanosos terrenos en que se habian desembarcado. El coronel Alen y los soldados mas fuertes, que eran pocos, vencieron este obstáculo y llegaron á San Fernando en donde poco despues el coronel fué puesto preso por traidor. Los mas débiles, los heridos, las mujeres y las criaturas se quedaron con Martinez, todos sumerjidos en la

(1) En cuanto á los tres mil hombres que formaban la guarnicion de Humaitá, el autor parece no tener noticia exacta de su suerte, pues apenas salvó una mínima parte de ellos; casi todos perecieron y 1299 cayeron prisioneros, se vé claramente, que el autor no conoce bien la espedicion á la «peninsula» ni sus numerosos combates—Véase, Thompson y notas, pag. 286 á 299.

La pólvora que el autor supone voló al embarcarse el resto de la guarnicion el 10 de Julio, se incendió el 25 de Mayo, es decir dos meses antes, cuando se iban aglomerando en la costa los pertrechos, que debian embarcarse. El Coronel Thompson y otros, que estaban en la plaza, no dicen nada sobre las mujeres que volaron, segun el autor.

(*N. del E.*)

mas profunda desesperacion. Los brasileros no tardaron en descubrir el sitio en que estaban, y les intimaron que se rindieran. Su gefe contestó negativamente. Los encorazados subieron y bajaron, los cercaron de todos lados, y una vez mas se les intimó rendicion. Desesperados y fuera de sí recibieron á balazos la bandera de parlamento, y á consecuencia de esto fueron diariamente castigados con una lluvia de balas y bombas sin que aquellos infelices dieran señales de rendirse. Esa estéril é inútil obstinacion, que parte el alma, era sin embargo, casi sublime por su silencio, heroismo y desinterés. Demasiado débiles para pelear y demasiado deshechos para esperar escaparse, morian sobre el campo sin escuchar los consejos de la razon y de la piedad. Por último, despues de una carniceria de seis dias, un sacerdote indujo al coronel Martinez á rendirse, y los pocos que sobrevivian capitularon bajo sus órdenes. Lopez clasificó su rendicion como una infraccion de sus deberes, y *con el fusilamiento de la esposa y de la madre de Martinez á causa de su titulada desercion*, añadió dos nombres mas á la horrible y larga lista de sus crimenes. (1)

Muchísimos oficiales, estando mejor alimentados que los soldados lograron escaparse con el coronel Alen; pero al llegar á San Fernando, fueron todos tratados como criminales. Una semana ó dos despues apareció en el *Semanario* un artículo declarando falsa la noticia de que les faltaban víveres,

(1) La relacion del desembarque y de la rendicion de esta columna, es inexacta. En el Chaco donde desembarcó, se encontraba un cuerpo de 3000 bajo las órdenes del general argentino Ignacio Rivas—cuando desembarcaron esta fuerza fué remontada. El coronel Alen, que el autor supone un hombre vigoroso, fué trasportado por sus soldados moribundo, á consecuencia de haberse querido suicidar, temiendo la venganza de Lopez. Apesar de esto fué arrestado y quizá fusilado. Los paraguayos trataban de retirarse á Timbó y no á San Fernando. La resistencia de los paraguayos no fué pasiva y la escuadra brasilera no hizo nada en estos combates; guardaba el rio, pero no combatia. La parte principal en esta lucha desesparada fué desempeñada por las tropas argentinas. Todos los episodios casi fantásticos de este terrible periodo de la guerra, se hallan detallados en la obra del coronel Thompson y notas págs. 286 á 299.

Olvida decir que se habia ordenado la evacuacion de Asuncion y era un puesto militar.

y asegurando que la guarnicion estaba bien provista de todo, cuando Martinez entregó la plaza á los aliados. Casi todos estos desgraciados fueron ejecutados. La prolongada resistencia que hicieron los fugitivos despues de abandonar la fortaleza, y la falta absoluta de víveres en la plaza cuando la ocuparon los aliados, refutan completamente la acusacion de traicion.

Durante este intérvalo, los agentes del gobierno desplegaban un gran celo patriótico en la capital. Supimos muy luego que estábamos presos en la Legacion y no nos atrevímos á salir á la calle; solamente á Mr. Washburn, á su Secretario y á Basilio les era permitido salir de la casa. Los artesanos ingleses, y sus familias se hallaban en el estado mas deplorable, y empleaba casi todo mi tiempo en asistirles. Cometieron un gran error cuando se albergaron en la Legacion; gastaron todo su dinero en pocos dias, porque las proviciones eran muy caras, y se atrajeron el enojo de Lopez, negándose á continuar prestándole sus servicios. Cerca de un mes despues de su llegada vino el coronel Fernandez y les ofreció trabajo en el Arsenal, pero ellos cometieron la imprudencia de negarse, y mas tarde cuando se vieron en la necesidad de salir para ganarse la vida sus servicios fueron rechazados.

En Abril, Mr. Washburn ofendió nuevamente á Lopez, cometiendo una gran imprudencia. Se nos ordenó que no saliesemos á las calles, pero el mayor Manlove, solia llevar las vacas al rio, y hasta entonces no habia sido molestado. Sin embargo, un dia que volvía, se le ocurrió galopar á travez de la plaza, en frente á la Legacion. Esto estaba prohibido por una ordenanza municipal; fué sorprendido desgraciadamente por la Policia y se le notificó que se presentara en el Cabildo. Fué y le detuvieron varias horas; cuando Mr. Washburn lo supo, se dirigió á la Policia, donde viendo á Manlove sentado en un banco y vigilado por dos ó tres hombres no pudo contenerse; echó á los vigilantes á empujones, hizo montar á Manlove en su caballo y le mandó á la Legacion.

Al dia siguiente el Ministerio de Relaciones Esteriores le

pasó una nota muy fuerte quejándose del ultraje, y cuando Mr. Washburn fué poco despues á San Fernando para ver al Presidente, era evidente que se habia olvidado ya su adhesion á la causa paraguaya y que no estaba en la gracia de Lopez.

Pocas semanas despues se peleó con el mayor Maulove, y lo echó de la Legacion; salió y se mudó á la casa vacia de mi antiguo amigo Mr. Lassere cuyas llaves tenia en su poder con permiso de usarlas. Fué arrestado inmediatamente por la Policía, enviado á Villeta, y fusilado poco despues.

Mr. Bliss, otro norte americano, desalojó la casita que ocupaba, y vino á tomar posesion del cuarto vacio, porque no se consideraba ya seguro donde estaba. El nombre de este individuo, siento decirlo, ha figurado tan á menudo en los diarios unido con el mio, y ha pasado tan generalmente por mi amigo, que me veo en la necesidad de decir algo sobre él. Es hijo de un misionero Bautista, que ejerce su ministerio entre los indios, y debido al conocimiento que de esta manera adquirió de sus dialectos, fué nombrado por el Gobierno Argentino para tratar con las tribus del Gran Chaco: con este fin navegó aguas arriba, pero á su vuelta cayó en manos de Lopez quien le detuvo á su lado. Lopez le ocupó despues en escribir la historia del Paraguay bajo su punto de vista y con este motivo el Gobierno le suministraba gratis casa y comida. Escribia tambien artículos en el «Semanario», discursos patrióticos que pronunciaban las mujeres ultrajadas, y maldiciones contra desertores, verdaderos ó supuestos, á precios, indudablemente muy razonables, si se toma en cuenta su virulencia. (1)

(1) Estos detalles son inexactos. El señor Bliss no tenia conocimiento alguno de los dialectos indios Sud Americanos. Fué comisionado, es cierto, por el gobierno Argentino para visitar los indios del Chaco y estudiar sus costumbres, etnolojia, número y lenguaje. Llevó à cabo la mision que le confió el gobierno y volvió sano y salvo á Buenos Aires, donde publicó los partes oficiales de su viaje. Estos documentos como las obras del señor Hutchinson cónsul de S. M. B. en el Rosario no con-

Uno de los oficiales de la Escuadra Norte Americana me dijo despues: «Que todas mis desgracias provenian de la mala compañia en que habia vivido.» Hasta cierto punto estoy de acuerdo con su opinion, pero se debe recordar que fui arrastrado á ella y que no la busqué voluntariamente. Sin embargo me encontraba muy raras veces con él, si se esceptúa en la mesa, en donde no podia dejar de verle; pero me causa suma repugnancia ver siempre mi nombre mencionado por la prensa, en union con el suyo.

Nunca fué Cónsul

En el mismo dia del 16 de Junio, en que los Aliados fueron sériamente rechazados delante de Humaitá, nos sorprendió la repentina llegada á la Legacion del Señor Leite-Pereira con su señora; venian muy agitados y rogaron al Sr. Washburn que los protegiera. Parece que su *exequatur*, como cónsul Portugues, habia sido cazado en ese mismo dia, y temiendo que lo prendieran, buscaba refugio á la sombra de la bandera Norte-Americana.. Su crímen consistia en haber suministrado alimentos á sus paisanos, que habian caido prisioneros de guerra; Lopez tomó esto simple acto de caridad, por una manifestacion de simpatía hácia sus enemigos.

El Ministerio de Relaciones Esteriores pasó una nota al dia siguiente á Mr. Washburn preguntándole si los fugitivos se hallaban en su casa. Contestó afirmativamente. El 20 del mismo el ministro de Relaciones Esteriores D. Gumesindo Benitez preguntó por qué se permitia al cónsul permanecer en la Legacion. Mr. Washburn contestó, que no estaba obligado á responder á

tienen nada de nuevo. Son mas bien recopilaciones de trabajos ajenos parecidos á los que publicó nuestro cónsul bajo el titulo de «Esploracion del Rio Salado» y no agregan nada á nuestros prévios conocimientos del Gran Chaco. No comparamos el mérito literario de estos señores. El señor Bliss es hombre de letras, y sus producciones llevan consigo el sello del hombre que ha estudiado; el señor Hutchinson escribe mucho, pero todas sus obras son crudas, imperfectas y lamentablemente redactadas.

El señor Bliss permaneció en Buenos Aires largo tiempo despues de concluir el viaje arriba mencionado y partió espontáneamente para el Paraguay á principios del año 1862. *(N. del T.)*

semejante pregunta, y que el Sr. Leite Pereira era su huésped. El 23, vino otro despacho de carácter muy sério. Se pedia á Mr. Washburn, un número de documentos que le habia confiado D. José Berjes, Ex-ministro de Relaciones Esteriores, que estaba entonces preso en San Fernando acusado de conspirador y traidor. Mr. Washburn, sumamente alarmado, replicó enérgicamente, que no habia recibido jamás de Berjes documentos que no tuviesen carácter oficial, y que no tenia en su poder notas privadas de ningun jénero. Dos dias despues se repitió la exigencia incluyéndose una carta del mismo D. José, ó mas bien dicho firmada por él con mano trémula, en la que se le hacia decir, que conocida y descubierta su traicion, toda ocultacion era ya inútil, y que rogaba á Mr. Washburn entregara los dos atados de documentos y papeles, uno rotulado «Papeles de Berges,» y el otro con el nombre de su hermano, que él mismo le habia confiado. En la misma nota se hacia una relacion muy minuciosa de su última entrevista, despues de la cual, se decia, que el Sr. Washburn habia llevado los papeles; se mencionaba tambien en ella la posicion de los muebles del cuarto, del escritorio de que fueron sacados y la conversacion que habian tenido. La conversacion referida era indudablemente verídica, porque en ella estaba pintado Mr. Washburn con toda exactitud; en una palabra, tan viva y exacta era la descripcion, que hubo momentos en que dudé de la verdad de las afirmaciones de Mr. Washburn.

Continuaba el despacho, describiendo como Mr. Washburn se habia desmontado en el patio de su casa, separado de la calle por los aposentos esteriores, trayendo los papeles en una pequeña balija, que habia llevado primero al comedor y despues á su escritorio, donde habia depositado los atados, en la caja de fierro que allí se hallaba. Era evidente que teniamos un espia en la casa: tenia mis sospechas hacia mucho tiempo, porque habia visto frecuentemente á la vieja madre de Basilio pararse al anochecer, en la puerta de la sala, mirando y espiando, sobre todo cuando teniamos visitas; despues salia y permanecia muchas horas sin volver. Pero nosotros nos

Si alguien quiere enterarse de los hechos que lea "Diplomatic Correspondence" 1868. 2a parte. pag. 611 y stes.

reiamos de ella, porque no creiamos posible la traicion cuando se hacia el espionage abiertamente. En el dia recordado en la nota —algunas semanas antes—Mr. Washburn habia ido en efecto á visitar al señor Berjes, que estaba entonces sériamente enfermo; llevaba la balija que se describia con tanta minuciosidad, despues visitó á la señora Presidenta ó á Doña Juana Carrillo como se le llamaba entonces, porque ella tambien se hallaba en la lista negra de su hijo—todo esto estaba recordado fielmente; y en seguida fué á ver al Sr. Leite Pereira. Fué de este señor de quien el Sr. Washburn recibió los atados en cuestion, que no eran cartas sino « billetes » de papel-moneda. El 10 de Julio vino otra estensa nota exigiendo que se echara de la Legacion no solo el Sr. Leite Pereira, sinó tambien al Dr. Carreras y al Sr. Rodriguez, para seguirles causa por conspirar contra el gobierno del Paraguay. Esta demanda se habia hecho préviamente, pero sin mencionar ninguna acusacion formal contra ellos. Mr. Washburn rehusó prestarle oido, y dijo á los Paraguayos que mientras estos caballeros permaneciesen en *su casa* recibirian toda la proteccion que *esta* pudiera darles. Sin embargo, esto no queria decir gran cosa; porque su seguridad dependia solamente del respeto que Lopez pudiera tener por sus privilejios como ministro y el temor de que un ultraje pudiera acarrearle una nueva guerra. Por otra parte era evidente, que toda resistencia de parte de los acusados no tendria otro resultado que aumentar la severidad de su castigo; y como Mr. Washburn se negaba á permanecer en el pais hasta la terminacion de la guerra, ellos, en vista de su inocencia, resolvieron entregarse y levantar los cargos que se les hacian. Les tenia la mayor simpatía aunque no tenia intimidad sinó con el Sr. Rodriguez; porque un vago recelo, cuya causa no podia esplicarme, de encontrarme en dificultades con el gobierno, me aconsejaba no hablarles sinó cuando me consultaban profesionalmente.

El Dr. Carreras, que tenia cerca de sesenta años de edad, era bajo y delgado; su cabeza era buena, sus facciones delicadas y sus maneras estremadamente nerviosas á causa de su mala salud; hablaba con suma facilidad. El Sr. Rodriguez, era un

hombre jóven y buen mozo; sus maneras eran notablemente simpáticas y su porte era culto. Habia leido mucho, hablaba bien el Francés y aprendia el Inglés.

El señor Leite-Pereira era portugués, tenia una buena figura, pero era feo como en casi todos los individuos de su raza, que es en este como en otros respectos la peor de Europa. Su señora, alta, hermosa y simpática, era paraguaya, habia atravezado el Atlántico y vivido algunos años en Lisboa despues de casarse. Era una escelente muestra de lo que seria una paraguaya bien educada.

El 12 de Junio á medio dia nos despedimos de ellos para siempre. Apenas habian salido de la casa fueron sorprendidos por los vijilantes que dia y noche habian estado espiándonos por mas de un mes y conducidos inmediatamente á la Policía. Allí les pusieron grillos y los mandaron en seguida aguas abajo á San Fernando. Partieron tambien el mismo dia todos los ingleses, escepto yo. El coronel Fernandez prometió á Mr. Washburn, que no permitiria que los molestasen: pero fueron presos y detenidos algun tiempo en la estacion del ferro-carril, y enviados despues tierra adentro. Dos por lo menos, fueron arrestados, y uno, Mr. Watts, fué fusilado, dejando una esposa y varias criaturas.

En una de las noches que permanecian en la estacion, llegó un tren cargado de presos. No pudieron ver á aquellos infelices, porque era prohibido encender luces, pero oian sus jemidos, sus suspiros y el crujido de sus fierros. Eran casi toda la poblacion masculina de Luqué. En efecto, quedaron solamente tres oficiales, Sanabria, jefe de la Policia, el coronel Fernandez y Benitez. Fueron tomados cerca de ochenta italianos, veinte franceses, todos los bolivianos y varios otros de diferentes nacionalidades.

El 13 del mismo mes vino otro pedido. Se exijia mi espulsion y la de Mr. Bliss, y, al decir el ministro que éramos miembros de su séquito y por lo tanto con derecho á sus mismas inmunidades, tres dias despues se acusó á Bliss de los mismos crímenes que al Dr. Carreras, y á mí, «por haber cometido otros igualmente graves.» Apenas acababa Mr.

Washburn de contestar esta demanda, cuando llegó otro despacho, de treinta pájinas de papel de oficio, que contenia las confesiones de Carreras, Berges, y del capitan Fidanza; este último era italiano y amigo íntimo de Mr. Washburn. Acusaban á Mr. Washburn de ser el jefe de un comité revolucionario, de que ellos formaban parte, y que trabajaba por la destruccion de Lopez y la rendicion del país á los aliados. Lo acusaban de haber recibido una gran suma de dinero de D. Benigno Lopez (hermano del Presidente), para distribuirla entre él, y los demás conspiradores, y decian que tenia depositado en una caja de fierro en su escritorio, las actas de sus reuniones, con varias cartas enviadas por Caxias, conteniendo un plan de cooperacion y alianza mútua. Mr. Washburn, y digo esto con el debido respeto, cometió el gran error en contestar *seriatim* á los cargos que se le imputaban, arguyendo todos sus puntos, é injuriando al Dr. Carreras y al Sr. Rodriguez, á quienes llamaba embusteros, perjuros é ingratos.

Miraba con gran pesar su modo de proceder y me atreví á aconsejarle una manera de obrar mas digna y un estilo de redaccion menos familiar. Sin embargo, mis insinuaciones fueron tan mal recibidas, que no me fué posible ofrecerle de nuevo mi contingente de luces; y redactó notas, cuya lectura debe avergonzar al mundo diplomático, y que, no tengo la menor duda, le rebajaron en la opinion del mismo Lopez.

Se recibian cada diez ó doce dias voluminosos despachos del señor Benitez; su redaccion era cortés, se protestaba siempre el mayor respeto por el señor Washburn, á menudo, su concatenacion era admirable, y su redaccion jeneralmente correcta; sin embargo, estaban repletos de los mas sérios cargos contra él, tan bien argumentados, tan claramente sostenidos; y apoyados en una masa tal de pruebas, que me mortificaba el cerebro horas seguidas, leyendo y releyendo estos papeles, y apenas podia convencerme de que todo cuanto decian, desde el principio hasta el fin eran falsas, vergonzosas y viles invenciones.

El Señor Benitez, no se contentó con escribir, vino en persona una noche muy tarde é insistió en que Mr. Washburn en-

tregara los papeles de Berges, suministrando así una irrecusable prueba contra los conspiradores, que todavia no habian caido. Su Exelencia tenia por desgracia un conocimiento muy imperfecto del español, y como estuvieron solos, no se sabrá jamás la importancia de todo lo que le dijo el ministro Benitez. Vi momentáneamente la cara de Mr. Washburn cuando pasó de la sala á su Escritorio; estaba mortalmente pálido, y toda su persona sumamente agitada—no porque fuera criminal, sinó porque temia que el asunto terminara con su prision. Benitez le dijo, «todo está descubierto,—debe usted pues confesarlo todo»; palabras, que como se verá luego, ocasionaron su propio arresto y ejecucion. Cerca de una semana despues vino Madame Lynch con el mismo fin. Le dijo tambien, que tenia que confesarlo todo; que Berges habia declarado positivamente, que los papeles habian sido depositados en su poder; que debia entregarlos, y «tener fé en la piedad y generosidad del Mariscal, que se complacia en perdonar pecadores arrepentidos.»

En la nota subsiguiente, el ministro repetia la frase, que Benitez habia usado, y que habia mencionado tambien en un despacho anterior, diciendo que la conspiracion debia estallar en el dia del santo del Presidente. Benitez negaba en el despacho en que le contestó, haberse servido de aquellas palabras; y agregaba, «no fuí yo señor ministro quien dijo, que la revolucion estallaria en el dia que V. E. menciona, con todo le agradezco á V. E. el informe.» Mr. Washburn se puso furioso y por muchos dias repetia continuamente. «No fuí yo, Sr. Ministro, quien dije etc. etc.» Podria sin embargo haber aguantado el insulto con paciencia; porque, esta fué la última nota que escribió el Ministro: pocos dias despues le engrillaron, le torturaron, y su declaracion fué á aumentar el volúmen de las que él citaba constantemente! Me tocó tambien mi parte en las injurias. Me describian como un pordiosero, que habia venido al Paraguay para mendigar mi pan. ¡Mi contrato fué firmado en Lóndres! «Se me acusaba tambien de haber estado conspirando muchos meses antes de entrar en la Legacion.» Indudablemente tendria por cómplices á mis amigas las arañas. Se agregaba que se

me habia dado de baja y echado vergonzosamente del ejército; sin embargo tengo las pruebas de que me negué á tomar servicio nuevamente. Apesar de esto lo aguanté todo y con gran serenidad. Como Mr. Washburn no queria que lo ayudase, me dediqué al estudio del francés y del español, leyendo un gran número de novelas—à propósito de estas, el que representa en ellas el papel de hipócrita ruin, ó el de brutal bandolero, segun lo exije el argumento, es siempre un inglés! Me hizo suma gracia una, que decia, que un miembro del Parlamento fué honrado por sus cólegas con varias estátuas de diferentes tamaños por haber presentado un proyecto de ley proponiendo la destruccion de los católicos.

A principios de Agosto, toda la correspondencia fué publicada en el *Semanario*, si se esceptúan dos notas de Mr. Washburn, que perjudicaban mucho la causa de sus enemigos. En una se hablaba de mi y de Mr. Bliss en términos altamente favorables; de él como literato de gran talento, y de mi, como de un «hermitaño dedicado á las ciencias,» siendo segun él, la persona menos á propósito para entrometerse en conspiraciones y revoluciones.

Benitez replicó con mucha ingenuidad: «V. E. formaba los mismos favorables conceptos de Carreras, Rodriguez y *otros reos confesos*, antes de que estuvieran presos y hoy los llama embustèros y perjuros;» lo que demuestra el gran error en que el Sr. Washburn habia incurrido, cuando creyó que estos señores podrian haberse prestado voluntariamente á declarar contra él, debiendo comprender perfectamente, que no era posible que lo hicieran. Era evidente que se les habia aplicado la tortura, ó que se habian supuesto las declaraciones. Uno de los documentos, que se decia ser la declaracion de D. Benigno Lopez, era una verdadera curiosidad. Describia con una minuciosidad asombrosa una visita que habia hecho á Mr. Washburn, lo que conversaron, donde se sentaron, como fueron interrumpidas sus pérfidas conferencias por la entrada de «Cati» (Kate, mucama de Mr. Washburn) con una bandeja de vasos con cogñac y agua, como le pagó entónces una gran cantidad de oro, y de la remesa que le hizo despues de dos canastos lle-

nos de papel moneda. Todo, si se esceptúa el pago del dinero y una parte de la conversacion era indudablemente verdadero, porque Mr. Washburn era sumamente indiscreto en su conversacion. Entre nosotros nada importaba lo que decia sobre la guerra y el carácter de Lopez; pero hablaba muchas cosas con los Paraguayos, con el mismo D. Benigno, con Berges, con muchos otros y sobre todo con un italiano adulon llamado Parodi quien con llamarle «Exelencia» le arrancaba las mas peligrosas confidencias que revelaba inmediatamente á Madame Lynch. Estas opiniones particulares no tenian nada de malo consideradas en sí mismas, pero dada la situacion; se convertian en conspiraciones y traiciones.

Por otra parte se habia colocado en una falsa posicion desde el principio. Nadie conocia el carácter de Lopez mejor que él, sabia, que era un tirano, cruel, egoista y despiadado, que tarde ó temprano ocasionaria gradualmente, ó por una grave y repentina calamidad, indecibles miserias al pueblo que gobernaba, puesto que se ocupaba en escribir un libro sobre el Paraguay que *haria estremecer al mundo llenándole de asombro*. Y apesar de esto, tuvo la audacia de escribir al ministro brasilero la nota que he citado, volvió al Paraguay despues de haber salido de él sano y salvo, y con su presencia prestó á Lopez un apoyo moral, que le valió mas de lo que puede imajinarse.

Además, empeoró su posicion con la publicacion de aquellas desgraciadas notas, que no tuvieron ningun resultado útil.

Nuestro arresto no se hubiera anticipado, un solo dia, aun cuando no hubiera escrito ninguna de ellas. Estaba completamente inocente de haber conspirado contra Lopez como es natural suponerlo, porque no habia, ni hubo jamás, semejante conspiracion: pero su falta de dignidad y de independencia, el desconocimiento de aquellas delicadas leyes, llamadas «los hábitos de la buena sociedad y que los Paraguayos con su carácter grave y urbanidad española estiman tanto, fueron en realidad, la causa de todas sus desgracias; el error cuyo castigo sufrió fué el apoyo que prestó á un hombre que no podia concienzudamente sostener. No podia darme cuenta del temor que

tenia de que le examinaran sus papeles, hasta que descrubrí que el manuscrito de su «Historia» era el verdadero peligro. Hasta los mismos fiscales, en vista de sus maneras y trepidaciones empezaron por último, á convencerse de que la historia inventada por ellos mismos, era verdadera y que los «papeles de Berges» que no habian existido jamás, estaban verdaderamente escondidos en la caja de fierro.

La guerra no se habia interrumpido apesar de estas luchas diplomáticas. Lopez encontrando mala su posicion de San Fernando, se puso en retirada, costeando el rio aguas arriba, por una distancia de cuarenta leguas hasta llegar á Villeta y levantõ baterias, dos leguas mas abajo de este punto en un lugar llamado Angostura, con el fin de dominar el rio, este es el mismísimo paraje en que Sebastian Gaboto tuvo su primer encuentro con los indios paraguayos en 1568. Los brasileros le siguieron la pista, desembarcaron en la márjen derecha al Sud de Angostura y despues de practicarse un camino por el Chaco, marcharon con una parte de sus fuerzas hasta ponerse á su retaguardia, quedándose el principal cuerpo de ejército en Palmas, paraje situado algunas leguas mas abajo. Podiamos oir distintamente desde la Asuncion el cañoneo, y esperábamos, pero en vano, que por último los aliados desplegáran alguna enerjia y nos sacaran de nuestra peligrosa situacion.

La legacion, como lo he dicho, quedó completamente bloqueada desde el dia en que se arrestó á Carreras; pero los criados indíjenas solian conversar con los vijilantes, y sabiamos por su conducto lo que pasaba en el esterior de nuestro pequeño mundo. Un dia supimos que una cañonera americana habia llegado; y en efecto Mr. Washburn recibió el 29 de Agosto una carta del comandante de la Wasp, cañonera Norte Americana.

Mr. Washburn se puso loco de contento y á fé mia que tenia razon, porque abrigaba sérios temores de que mas tarde ó mas temprano la emprendiesen con él personalmente; pidió pues inmediatamente sus pasaportes, los que no le fueron sin embargo enviados hasta el 8 de Setiembre, y entónces supimos

que nuestra suerte estaba decretada: «los criminales Bliss y Masterman deben quedarse para ser juzgados por los tribunales del pais, decia la nota que acompañaba los pasaportes para los demás.

Ocupé el intérvalo que me quedaba, escribiendo cartas á mis amigos de Inglaterra (porque aunque tenia un gran presentimiento de escapar con vida, sabia sin embargo que la situacion era desesperante) y ocultando un poco de quinina y ópio en las costuras de mi casaca.

Por la tarde, la señora Leite Pereira, á quien se le permitió quedarse despues del arresto de su marido, partió para volver á la casa de su madre, situada á algunas millas del pueblo. Este fué para mí un momento muy penoso porque la estimaba mucho; no he sabido despues que ha sido de ella.

Nos acostamos temprano. No dormí mucho, me puse de pié al amanecer; en seguida tomé un vaso de leche, con un biscocho, y aguardé mi destino. Los cónsules de Francia é Italia llegaron temprano, Mr. Washburn confió á este último la inmensa cantidad de valores pertenecientes á estrangeros que habian sido depositados en su poder, buscando mayor seguridad para ellos, pero que por el contrario cayó con mayor facilidad en poder de Lopez. Como es natural de suponerse todo fué una farsa.

Mr. Cuverville, me habló de sus propios temores; diciendo que su canciller Mr. de Libertad, habia sido denunciado y que esperaba verse arrestado de un momento á otro, y me confirmó la noticia de que todos los estrangeros de Luque habian sido arrestados.

Para ahorrar á Mr. Washburn la pena y los disgustos de los últimos momentos, se convino en que dejase la Legacion acompañado del Secretario Mr. Meinke, su niño, mi enfermito de ojos celestes, y dos de sus criadas inglesas, y que los demás no partiesen hasta que se perdieran de vista. Al acompañarlos hasta la puerta cochera los policianos se arrojaron sobre mí, pero los eludí por el momento.

Dí la mano á todos los criados paraguayos, sin olvidarme de mi amiga favorita, la madre de Basilio, quien me dió su ben-

dicion, y de una tonta y rolliza cocinera que lloraba como una desesperada; despues de esto aguardé, hasta que Mr. Washburn estuviera listo.

En el último momento, me repitió lo que me habia dicho mas detalladamente la noche anterior, «que estábamos en plena libertad para acusarle de todos los crímenes, si con esto podiamos salvar nuestra vida, porque habia sabido por los criados, que todos los presos habian sido torturados, y esperaba que nosotros tendriamos que pasar por la misma prueba.»

Mr. Bliss deseaba mucho que nos trazásemos algun plan de accion, ó que inventásemos alguna historia para apoyarnos mútuamente; pero yo opinaba que convenia, ante todo, decir la pura verdad; él, justo es decirlo, se hallaba en una posicion muy diferente de la mia, porque pasaba la mayor parte de su tiempo en compañía del Dr. Carreras y del Sr. Rodriguez, y por lo mismo, en caso de que hubieran hablado de conspiraciones (sabia que se ocupaban siempre de política) debia estar al cabo de todo; pero yo huí cuidadosamente de su sociedad, desde el dia en que entraron en la Legacion. Estaba convencido por esta razon, que era inútil tratar de salvarnos por medio de alguna invencion nuestra, si Lopez se habia resuelto á sacrificarnos, rehusé aun entónces aprovecharme de la licencia que Mr. Washburn nos ofreció.

———

CAPÍTULO XVII.

El viaje á Villeta. — Se me aplica la tortura. La ejecucion de Carreras y Benitez.

Salimos de casa todos juntos, pero Mr. Washburn caminaba tan lijero que los cónsules y nosotros apenas podiamos seguirle, y cuando llegamos hasta el término del peristilo ya se nos habia adelantado algunas yardas. Allí los vijilantes, que iban estrechando el cerco poco á poco, desenvainaron simultáneamente sus espadas, se lanzaron al ataque, y nos separaron brutalmente de los cónsules. Levanté mi sombrero y dije fuerte y alegremente,

«adios Mr. Washburn; no nos olvide.» Dió media-vuelta, su cara estaba mortalmente pálida, hizo un movimiento despreciativo con la mano y continuó marchando rápidamente. Nosotros, es decir, Mr. Bliss, el negro Baltazar, y yo, fuimos rodeados por cerca de treinta vigilantes (los demás tomaron posesion de la Legacion), los que nos ordenaron á gritos, que marchásemos á la Policía. Yo iba cargado con una pequeña balija llena de ropa limpia, una capa impermeable, y un colchon liviano; pero podia haberme ahorrado esta molestia, porque me quitaron todo, y no he vuelto á ver mis efectos desde éntónces. Cuando llegamos al despacho, nos hicieron parar en la calle, donde nos detuvieron cerca de una hora; al cabo de ésta introdujeron al negro, un poco despues á Mr. Bliss y por último á mí. Encontré al jefe de Policía sentado en el corredor, rodeado de un grupo salvaje de individuos; me miró un rato sin pronunciar una sílaba, y entónces con un gesto ordenó que me desnudasen. Mi ropa fué prolija y sistemáticamente registrada, el forro fué arrancado, y todo pliegue abierto; se descubrieron, como es de suponer, mis pequeños atados de opio y de quinina, se apoderaron de ellos con gritos de triunfo, y fueron cuidadosamente colocados aparte. Me quitaron el pañuelo, la corbata y el dinero, y me volvieron lo demás. La puerta estaba asegurada, y como el cuarto carecia de ventanas, me hallé sumergido en una completa oscuridad, víctima de las mas acerbas reflexiones.

Habiendo convertido mi poncho en almohada, me acosté en el suelo, porque no habia ni un banco en el calabozo, y procuré dormir; pero todo fué en vano: pasé pues el tiempo revolviendo cuidadosamente en la mente los acontecimientos de los últimos seis meses, para tenerlos bien fijos en la memoria, y hice lo mismo sistemáticamente en los dias siguientes, porque tenia el firme presentimiento de que, por mas grandes y largos que fuesen mis sufrimientos, escaparia con vida, y que algun dia podria narrar, como lo hago ahora, la historia de mis sufrimientos.

A las siete mas ó menos de la noche se abrió la puerta; un sargento y dos soldados entraron llevando una literna; uno

traia un martillo y un pequeño yungue; el otro cargaba un par de grillos. Me puse de pié cuando entraron, pero el sargento ordenó que me sentase otra vez. Me quitaron los grillos que tenia, y se me remachó en su lugar la barra de fierro maciso que traia el soldado. Primero me pusieron en los tobillos dos anillos de fierro con pequeñas aberturas en las estremidades, luego metieron por estas aberturas la barra, que tenia diez y ocho pulgadas de largò, y dos de diámetro; en una de las estremidades remacharon á martillazos una chaveta de fierro, mientras un tornillo aseguraba la otra. Asi engrillado me levanté con la mayor dificultad, pero tuve que volverme á sentar, pues apenas podia aguantar el peso. Antes habia oido ya remachar estos fierros en los miembros de mis compañeros.

Poco despues el sargento volvió á entrar y me hizo seña de que le siguiera. Lo hice. Me sacó al frente de la policía, en donde merced á la luz de la linterna, ví á Mr. Bliss y á Baltazar montados en mulas y un tercer animal reservado para mi.

Me pusieron en la silla porque no podia levantar un pié del suelo; me lo impedian las treinta y pico de libras que llevaba. Aquel grupo de brutales policianos, nos deseó con grandes risotadas, buenas noches y placentero viaje, y partimos custodiados por un sargento y dos soldados armados hasta los dientes. Reconocí al primero por haber sido antes uno de mis enfermos; y debe haber sido un individuo de buen corazon, porque apenas perdimos de vista la policía hizo alto, bajó de su mula, y ató las barras de fierro á las jergas de nuestras sillas, lo que nos permitía sostenerlas con las manos; pero antes de llegar al fin de nuestro viaje tenia las muñecas casi dislocadas por el peso. Pensaba al principio por la direccion que llevábamos que ibamos á la estacion del ferro-carril solamente; pero pronto supe con gran pesar, que nuestro destino era á Villeta—punto que distaba treinta millas.

Este viaje, aun haciendo abstraccion del dolor que sufria, me ocasionaba una tristeza indecible, porque aquel camino cercado por hermosos cedros y naranjos, era mi paseo diario cuando salia á caballo, para estudiar la botánica ó sacar bosquejos del pais. No habia luna, pero las estrellas chispeaban

en el cielo, que estaba claro y despejado, y todo arbusto, todo valle en donde crecian los elachos y los altos arumes eran visibles, á su amarillento reflejo. Las blanqueadas quintas adornadas con parras y multiflores, en donde habia pasado tan felices horas, me traian á la memoria escenas y recuerdos, que hubiera deseado mucho olvidar, hasta alcanzar mas felices tiempos. Las casas estaban vacías, muchas estaban ya en decadencia, sus dueños habian muerto ó estaban presos como yo; los cercos estaban destruidos, y los jardines estropeados por los animales estraviados. La destruccion, la desolacion, la guerra, la peste y el hambre habian borrado de la faz de la tierra todo rastro de alegría; solo sobrevivian la amargura de los recuerdos y la esterilidad del sentimiento.

Rogué al sarjento, que nos dejase marchar lo mas lentamente posible, porque la inmensa barra se columpiaba á cada paso, y un tropezon cualquiera nos causaba dolores angustiosos. Accedió á mi peticion; pero una vez que bajábamos una escarpada pendiente, las mulas tomaron el trote, y tratando de asegurar la barra, perdí el equilibrio, y caí en tierra. Estando asegurado á las cinchas no pude desenredarme y fuí arrastrado boca abajo por alguna distancia; la mula mientras me arrastraba, se daba maña para cocearme. Afortunadamente no me hice mas herida, que una profunda en el tobillo y algunas contusiones en otras partes del cuerpo. El sarjento fué bastante bueno para permitirme descansar un rato en tierra y en seguida continuamos nuestro viaje. Poco despues, el camino se hizo malísimo; y mis dos compañeros fueron arrojados *del caballo* en una profunda y fangosa quebrada, pero no sufrieron mucho en la caida. Nos parábamos unos minutos en cada guardia, y lograba, á veces, obtener un vaso de agua para apagar la ardiente sed que me devoraba, porque el fierro, á causa de su aspereza, pronto penetró por los pantalones, las botas y las medias, y se columpiaba sobre mi carne viva, siempre que mis cansados brazos me obligaban á soltarlo. El dolor me acarreó la fiebre; en efecto, era á veces

tan intenso, que solo el temor de fracturarme una pierna me impedia desmayarme.

El camino nos llevaba frecuentemente cerca del rio y vi distintamente las luces de la cañonera norte-americana, que conducia á Mr. Washburn y á su familia, aguas abajo, en direccion á Angostura. Algunas veces encontrábamos bastante dificultad para atravesar las profundas aberturas de los terrenos pantanosos; pero teniamos luz suficiente para divisar las sendas, porque la noche, como he dicho, era hermosa, serena y calorosa, el aire estaba impregnado por el perfume de los azahares y de las flores de los orquides, que cubrian de guirnaldas á los árboles que cercaban el camino, é iluminado por las luciérnagas que salpicaban chispas de fuego en sus córrerias por las ramas.

Pasó por último esa larga noche; las estrellas desaparecieron una por una tras de las colinas del oeste, el aire se hizo fresco y el manto gris del alba se estendió á nuestra vista cuando nos acercamos á la colina basáltica de Ipané, pero nos faltaba todavia muchas millas para llegar al lugar de nuestro destino. Algunos hombres y muchachas pasaban casualmente por el camino; llevaban canastos en las cabezas y se dirijian al campamento; algunos no apartaban la vista de la tierra, otros nos miraban con mucha compasion; pero el espectáculo de cuadrillas de presos era muy comun para que les llamase la atencion ó escitase su sorpresa ó sus comentarios. Me hallaba aniquilado por el dolor y el hambre, y viendo una muchacha con un canasto, le rogué al Sargento que nos diese un bocado de cualquier cosa; compró humanamente un viscochito de casava y dándose vuelta cautelosamente para asegurarse de que nadie nos miraba, lo partió entre nosotros; no era mas que un bocado, pero lo recibí con gusto porque en todo el dia anterior no habia tomado mas que un vaso de leche. Nos habia tratado con suma consideracion en todo el tránsito; pero ya no se atrevia á mostrarnos mas atenciones porque nos encontrábamos con gente, y un oficial podria pasar cuando menos lo esperásemos; nos hablaba, empero con aspereza, y nos instaba para que aprasurásemos el paso. Cruzamos una

colina tras otra, ó mas bien varias cuchillas, cubiertas de un pasto ordinario y de pequeños arbustos, y por último trepamos la que dominaba la aldea de *Villeta;* allí hicimos alto en presencia de un grupo de oficiales; me soltaron las piernas y cai en tierra aniquilado y casi exánime.

Un alférez me ordenó bruscamente que me parase; quise hacerlo pero el peso de los fierros me volteó boca abajo; haciendo por último un esfuerzo supremo logré ponerme de pié. A cuatro pasos de allí se hallaba un terrenito cuadrado cercado de huascas; se me mandó que entrase en él, me hallaba demasiado fatigado para observar como se trataba á mis desgraciados compañeros de prision; me tiré en tierra y en el acto me quedé profundamente dormido. A la oracion me despertaron á palos, y se me ordenó que me levantara y marchara á un montecito de naranjos, que distaba cerca de media milla. Me dolian todos los miembros, pero obedecí inmediatamente, y sosteniendo mis grillos con una huasquita, salí con gran dolor y dificultad en la direccion indicada, tan apresuradamente como me lo permitian mis ensangrentados y machucados pies. Un cabo, armado de una bayoneta y de un palo me seguia «¡camine mas lijero!» gritaba á cada instante; quise hacerlo, pero en vano; me apaleaba tan brutalmente por los hombros y los brazos que me derribó; entonces me pegó mas cruelmente todavia, por haberme caido. Llegué por último contuso y casi exánime á un grupo de tolditos hechos con ramas y cañas, colocados en líneas rectas. Vi llegar á parte y separadamente á Mr. Bliss y á Baltazar. Yo pasé al otro lado, y entré en la cabaña mas distante. Encontré sentado dentro de ella á un viejo capitan y á un sacerdote, quien, por lo que supe despues, llenaba el oficio de secretario. Aquel me hizo señal para que entrara, y despues de escudriñarme algunos minutos, dijo:—¡Ah! por fin lo tenemos, ahora confiese vd. que Mr. Washburn es el gefe de los conspiradores y que vd. se refugió en la Legacion con el objeto de conspirar contra el gobierno. Contesté que no tenia nada que confesar, que nunca habia conspirado contra el gobierno, que por el contrario habia hecho cuanto me habia sido posible para ser-

vir á los Paraguayos: que estaba cierto que Mr. Washburn era enteramente inocente de los crímenes que se le imputaban, y espliqué en pocas palabras las circunstancias por las cuales habia entrado á su servicio. Me escuchó hasta el fin con indicios de gran impaciencia, y cuando concluí me dijo: —«No quiere confesar?» —«No tengo nada que confesar.» —«Confiese, le repito, porque me veré obligado á hacerlo confesar.» Entonces dirigiéndose al sacerdote, le dijo, que me sacara y que me aplicara el *potro*. Me llevó tras del rancho, pero tan cerca de él, que Falcon podia oir desde donde estaba todo lo que pasaba. Imploré silenciosamente á Dios, me diera fuerzas para soportar esta terrible prueba, y despues miré á mi alrededor en busca de los instrumentos de la tortura; pero encontré que estos salvajes, como los de «El último de los Mohicanos» podian lamentar lo atrasado de sus instrumentos para inflijir el dolor. El sacerdote me instó de nuevo para que confesara, pero contesté como antes, que no era conspirador, y que no tenia nada que confesar. Entonces dijo algo al cabo en Guaraní, y este gritó: ¡Traigan aquí la *Uruguayana*! A su llamamiento se adelantaron dos soldados trayendo varios fusiles y muchas huascas. Me dijeron que me sentase en el suelo con las rodillas levantadas, lo hice, y me preguntaron de nuevo —¿Quiere confesar? —No, soy inocente.

Entonces uno de los soldados me aseguró bien los brazos sobre las espaldas, el otro pasó un fusil por mis corvas y apoyando despues su pié, en medio de mis espaldas, dobló violentamente mi cabeza hasta que mi garganta tocó en el fusil inferior, me colocaron un segundo fusil sobre la nuca y los ataron con tanta fuerza, que me dejaron enteramente inmóvil. Permanecí asi por un buen rato, pero de cuando en cuando daban martillazos en la culata del fusil, el sacerdote entretanto, con voz monótoma, como si repitiera una fórmula, que hubiera ya pronunciado muchas veces, se empeñaba en hacerme confesar y aceptar la piedad *del bondadoso y generoso Mariscal Lopez*. No contesté nada, sufriendo en silencio el intenso dolor que me infligian. Por último me desataron, y me

preguntaron una vez mas: —«Quiere vd. confesar» Contestó negativamente. Me ataron nuevamente como antes, pero agregando dos fusiles mas sobre la nuca. Mientras estiraban las cuerdas eché la cabeza hácia adelante para evitar la presion sobre la garganta y golpeándome contra el mosquete superior me ocasionó fuertes heridas en los labios; la sangre casi me ahogó; por fin, no pudiendo aguantar aquellos atroces dolores, me desmayé.

Cuando recuperé mis sentidos, estaba tendido en el pasto, y tan completamente estropeado, que comprendí que ya no podria sufrir mas y que seria mucho mejor, hacer una pretendida confesion y ser fusilado, antes que ser torturado nuevamente. De suerte, que cuando se me iba á aplicar de nuevo la *Uruguayana,* como se le llamaba, dije—«Soy culpable; confesaré:» entonces me desataron inmediatamente—El sacerdote me dijo: ¿Porqué ha sido vd. tan imbécil y tan cabezudo? A su compañero Bliss no se hizo mas que amenazarlo, y confesó inmediatamente. Esta era la verdad, como él mismo me lo dijo despues. Habia oido varias veces al pobre Baltazar pidiendo piedad á gritos, y en aquel mismo momento el sonido de pesados golpes, seguidos cada uno de tremendos alaridos, probaba hasta donde llevarian su crueldad para con nosotros; le azotaron sin compasion y despues le aplastaron los dedos á martillazos. Le tenia mucha lástima, porque no sabia absolutamente nada, ni de la pretendida conspiracion, ni de las acusaciones contra su amo, y no podia salvarse aun cuando protestase que era culpable.

Bebí un poco de agua y procuré comer la poca carne que me ofrecieron, pero no pude. Volviendo en seguida al rancho repetí, como me fué posible recordarla, parte de la misma historia que se habia arrancado á Carreras, Berges, Benigno Lopez, y á los demás, cuyas declaraciones habia leido con Mr. Washburn. No pude remediarlo, pero Dios sabe con cuanto dolor y vergüenza recité aquel miserable tejido de fábulas y mentiras. Pero debe recordarse, que habia vivido tres meses en la mayor ansiedad esperando diariamente ser arrestado, que sabia la manera feroz como habian sido mal-

tratadas las personas que rehusaban confesar antes de ser ejecutadas; que habia hecho un largo y penoso viaje y que habia carecido de alimento por casi dos dias. Por otra parte no podia hacer á los acusados mucho mal. Mr. Washburn estaba salvo y sano á bordo de la « Wasp ; » habian sido fusilados ó habian muerto ya, Rodriguez, Gomez (el ex-mayor de plaza) Bedoya, Barrios y Gonzalez ; en cuanto á los demás, solo podia mencionar como conspiradores á los que decian serlo por sus propias declaraciones.

Tenia además el permiso espreso de Mr. Washburn, para decir contra él, todo cuanto pudiera. En su declaracion ante el comité del Congreso, dice contestando á Mr. Willar.

« Dije á Bliss y Masterman; *podeis decir sobre mi todo lo que creais pueda salvaros. Podeis decir, que me visteis robar carneros ó asaltar casas*, si con esto creis PODER PROLONGAR VUESTRAS VIDAS. » (Washington, E. U. 30 de Marzo, 1869.)

Estaba convencido desde el principio, que solo me necesitaban como declarante, y en realidad tal era el caso ; y si no hubiese dado el falso testimonio que me exijian, este hubiera sido falsificado, y yo habria sido fusilado para que no lo contradijese. Sin embargo, hice una declaracion muy imperfecta aunque no tenia dificultad alguna para repetir las palabras y hasta gestos de Mr. Washburn, demostrando de una manera patente que sus opiniones no eran sino verdaderos actos de conspiracion. (1) En cuanto á los demás declaré con toda verdad, que nunca me habian hablado sobre el asunto. Falcon y especialmente el sacerdote, perdieron enteramente la paciencia conmigo; me amenazaron veinte veces con aplicarme *el potro* por segunda vez y estuvieron dos veces al punto de hacerlo, cuando afortunadamente recordé algo que Mr. Washburn habia dicho contra Lopez. Creo que el viejo capitan no era mal sujeto, me ayudaba siempre que le era posible, con preguntas hábiles é insinuantes, y logró convertir mi escasa declaracion en

(1) En las declaraciones no se habia dicho una sola palabra contra mi, y esto aumentaba mis dificultades porque no sabia de que querian que me acusase,

una imponente esposicion; pero, como es de suponerlo, él mismo estaba al borde del precipicio y si me hubiese manifestado alguna simpatía real, ninguna sociedad de seguros habria asegurado su vida por dos horas. El sacerdote por el contrario, me mostraba el mas ponzoñoso rencor, se reia de mis «medias revelaciones» é instaba á Falcon á cada momento para «que pusiera á ese obstinado diablo en la *Uruguayana*, y acabará con él de una vez.»

Durante mi interrogatorio entraron varios oficiales, el mayor Aveiro, el capitan Jara, el Corónel Serrano y otros. Jara era hijo y heredero de D. Luis Jara, dueño hacia poco de la casa que ocupaba Mr. Washburn, y por la cual este último, muy imprudèntemente, se rehusó á pagar alquiler, fundándose en que los ministros gozaban de este privilegio; Jara deseaba mucho saber lo que se habia dicho sobre esto. Se lo dije, y contesté á los demás de la manera mas vaga posible.

Por la conversacion de estos hombres adquirí algunas ideas muy buenas sobre el mejor modo de proceder, y averigüé tambien incidentalmente, que Mr. Washburn estaba entonces abordo de la «Wasp,» y que por consiguente no podia ponerle en peligro todo lo que dijera contra él.

A una hora muy avanzada de la noche entró un sacerdote llamado Roman y pidió que le entregaran mis declaraciones. Falcon que le tenia evidentemente un gran miedo, se las entregó. Las leyó de cabo á rabo; estaba por hacerlas pedazos, cuando se contuvo y las arrojó despreciativamente sobre la mesa diciendo—«qué miserables disparates!» Entonces dándose vuelta hácia á mí, dijo:—«Son estas sus declaraciones? Mire, escúcheme, voy á dar un corto paseo á caballo, y si á mi vuelta encuentro que vd. no ha confesado sin reserva ninguna que la *gran bestia* de Mr. Washburn, es el conspirador en gefe, que estaba en relaciones con Caxias, y que recibió dinero, y correspondencia del enemigo, *y que vd. lo sabia*, le pondré en la *Uruguayana* y le dejaré en ella hasta que lo haga.» El capitan Falcon respiró libremente, cuando su terrible cólega se retiró. Rogué que me diesen tiempo para refleccionar, prometiendo decirles despues todo lo que

supiera. Tenia sobrado motivo para pedirlo, me habian interrogado seis horas, y me hallaba enteramente agotado. ¡Hoy mismo cuando me detengo á pensar en lo que dije, la escena se me presenta en toda su realidad! Un pequeño rancho de diez pies de largo y tres de ancho, con paredes de mimbres y techo de cañas, iluminado por las inseguras y caprichosas llamas de dos velas de sebo, espuestas á la corriente del aire, constituia la sala del Tribunal. En el centro se hallaba una mesa con solamente tres patas enteras, la cuarta estaba rota, y un buen pedazo de caña de azúcar asegurado con una huasca, suplia la que le faltaba. Las velas que ardian formaban depósitos de sebo en los candeleros de barro, y su luz ponia en un fuerte relieve el rostro y la estrecha y señuda frente del sacerdote; su cara baja, astuta y profundamente arrugada, lo hacia aparecer mucho mas viejo de lo que era, sin que mejorara su aspecto el rastrojo que cubria su descarnada y angulosa quijada, que haria como una semana no se habria afeitado; la tonsura parecia un monte recien derribado por el leñador. Se ocupaba en morderse las asquerosas uñas y contemplaba la cara del capitan con aburridas é impacientes miradas, que se convertian en ojeadas humildes y adulonas cuando sus ojos se encontraban.

Su compañero me concedió con gusto el tiempo que le pedí, él mismo estaba cansado y perplejo; fumando su cigarro sin saborearlo, mas bien lo masticaba que lo fumaba. Era un hombre bajo, grueso y calvo; cuando se quitaba sus enormes anteojos tenia un aire de *bonhomia*, que hacia un estraño contraste con su ocupacion. Estaba sentado en un cajon lleno de atados de manuscritos, que eran las declaraciones de los acusados; tal vez jamás se haya visto en la historia del mundo tantas mentiras enfardeladas en tan pequeño espacio! Algo mas allá estaba su cama, que consistia en un cuero y unos fardos de pasto; no tenia cobijas, al poco rato se envolvió en su poncho y se durmió vestido tal como estaba. Sobre su cabeza pendia la espada, una pistola y la montura, y esto era todo cuanto tenia. Yo estaba sentado en un banquito cerca de la puerta, cuyo asiento tenia una forma empozada. En la parte de afuera los tres

hombres de guardia, estaban acostados en el suelo; uno de ellos tenia el fusil bien asegurado en su fuerte y tostada mano, los de los otros dos estaban apoyados contra el rancho.

El crujido de mis hierros, al estremecerme nerviosamente en la silla, llamó la atencion del fiscal, sobre el negocio que tenia entre manos.—«Vamos Masterman,» dijo con cierta ternura, «cuéntenos toda la historia; díganos como era que la *gran bestia* pensaba concluir con todos nosotros.» Se puso los anteojos y apuntó y condensó mis contestaciones, en un pedazo de papel, porque le gustaba amplificarlas él mismo, sin prestar mucha atencion á lo que se le decia; pero yo estaba demasiado cansado para objetar ó protestar como lo hacia al principio, y casi estaba cierto de que era mejor dejarle hacer lo que le diera la gana. «Habiendo el criminal confesado libre y voluntariamente su crimen,» empezaba á dictar al secretario echando en olvido mi tortura, «y habiendo sido solemnemente *amonestado* por los Señores fiscales de que dijera toda la verdad, á fin de descargar su conciencia, depone, que Mr. Washburn era el inventor y el gefe de la conspiracion.» Y llenó dos pliegos de papel de oficio, menudamente escritos, con estravagancias de este género. Todo iba muy bien hasta que me preguntó cuanto dinero me habia pagado Mr. Washburn.—«Ni un real» contesté enérgicamente y con toda verdad.—«¿Y cuanto le ofrecieron?»—«Nada, nunca me ofreció dinero, porque yo no podria haberlo aceptado.»—«Señor Capitan, dijo, dirigiéndose impacientemente á su compañero y señalándome con dedo trémulo, «ponga ese *añarirú*, (ese hijo del demonio) en el *potro*, aplástele de una vez; nos está haciendo perder el tiempo con sus mentiras.»

Protesté con enerjia, que decia la verdad, y mientras hablaba me devanaba los sesos procurando inventar algo, que reconciliara mi participacion en el crimen, con la declaracion que habia hecho, de que nunca habia sido de los conspiradores, porque lo que me preocupaba mas, era que me pidiesen declaraciones contra los Ballesteros, Lasserres y otros—amigos íntimos mios algunos, otros conocidos de nombre solamente—á quienes se habia arrestado algunos meses antes, pero que po-

dian estar aun vivos; antes que hacerlo hubiera preferido morir atormentado. Concebí inmediatamente un plan, que sirvió á mis propósitos y que me habilitó para esquivar las terribles interrogaciones que me hacian. Por ejemplo: habia tenido muchas disputas con Mr. Washburn sobre asuntos políticos y literarios; él, era demócrata ultra-rojo-republicano por principios, y estremadamente dispuesto á olvidar, en el calor de la discusion, las formas de la sociedad culta, y detestando cordialmente á la Inglaterra, no era persona para convenir conmigo en estas cuestiones y tuvimos muchos altercados de esta clase. Exajeré nuestras discusiones hasta hacerlas pasar por verdaderas querellas; y les pregunté si como hombres racionales, creian probable, que una persona que me miraba como enemigo y que me retenia en su casa solo porque necesitaba de mis servicios profesionales, arriesgaria su vida confiándome plenamente todos sus secretos? Y agregué, que opinaba, que me habia iniciado solamente, en una parte de su crímen, porque temia que por algun accidente descubriera lo que pasaba y que me vengara acusándole. Mientras que comunicándome una parte de sus proyectos, aseguraba mi silencio por ser cómplice, y además, porque yo consideraria una cuestion de honor, guardar un secreto que tan generosamente me habia revelado un hombre que me detestaba y que me habia maltratado. Mi historia bastante plausible por sí misma, llevaba consigo suficientes visos de verdad para que la tragasen inmediatamente.

Falcon me escuchó sumamente complacido; y por ser casi media noche, me dijo, que podia acostarme en la arena y dormir; me acosté á corta distancia de la cabaña mientras ponian mis declaraciones en limpio. No podia dormir, y permanecí en la oscuridad repasando en la mente los acontecimientos del dia; la noche era borrascosa; oscuras y fugitivas nubes atravezaban en rápida sucesion la iracunda faz del cielo. Trascurrió mas de una hora; me llamaron de nuevo, y me leyeron «la primera eclaracion» á la que puse mi firma. Al salir del rancho, el viejo capitan me dió la mitad de un pan de chipa, que se lo agradecí fervorosamente y me prometió que al dia siguiente haria

cambiar mis grillos por otros mas livianos. Llamaron á los soldados y estos me condujeron de nuevo á la guardia y me ataron de los pies con una huasca. Me envolví en mi poncho, y á los pocos minutos estaba profundamente dormido.

Cuando desperté al dia siguiente, me encontré completamente mojado y casi sumerjido en un pantano (habia llovido mucho durante la noche y hacia un frio espantoso) y me convencí, cuan verdadero es que la desgracia nos proporciona estraños compañeros de dormitorio. Atado á un lado yacia el Dr. Carreras, que dormia todavia, y del otro el cadáver del Teniente Coronel Campos. Este murió durante la noche desamparado y abandonado, no hubo una alma caritativa que lo atendiera; allí yacía con los ojos abiertos mirando fijamente, aunque en vano, los primeros rayos del sol naciente.

A las siete de la mañana desataron una estremidad de la huasca; los presos fueron despertados con una lluvia de palos y cuando nos tocó el turno nos libramos de los lazos que nos aseguraban por los tobillos. El oficial de dia preguntó—¿Qué no hay mas que uno esta mañana? El cadáver fué en seguida arrojado sobre un cuero, y sacándolo á la rastra lo tiraron al rio. Entonces nos colocaron á la distancia de diez pies uno de otro y se me previno, que no hablara á mis compañeros; me senté pues, en el lugar mas seco que pude encontrar á mi alcance y eché una fatigada mirada á mi alrededor. ¡Qué horrible espectáculo!

Sobre aquella suave pendiente, en un espacio de menos de cien pies cuadrados, y que se habia desmontado apresuradamente al efecto, yacian cuarenta presos; y por todos lados hasta donde alcanzaba mi vista, habia otros cuadros ocupados de la misma manera que el nuestro. El mas próximo tenia ciertas pretenciones al lujo, porque cada preso tenia una perrera con paja para acostarse; vi allí á D. Venancio, hermano mayor del Presidente, y al Capitan Fidanza, antiguo amigo de Mr. Washburn; los demás eran oficiales, y algunos de alto rango. He dicho que el Dr. Carreras dormia á mi lado durante la noche; en la mañana siguiente le llevaron un poco mas adelante, pero tuvo tiempo para decirme en voz baja:—«Se ha ido Mr.

Washburn!» «Si» contesté. Iba á hacerme mas preguntas, cuando nos sorprendió un centinela, y refunfuñó: «cállense la boca.» Carreras presentaba un aspecto lamentable; en efecto, habia cambiado tanto que apenas pude reconocerlo. Descarnado, manchado de barro y de sangre, no era sino la sombra de lo que habia sido; durante dos meses habia estado acostado de la misma manera que le ví, al aire libre y sin mas abrigo contra las lluvias y el calor del sol, que una raida frazada. Habia convertido esta en asiento y procuraba interrogarme furtivamente con el movimiento de los lábios. Tenia las manos envueltas en unos trapos súcios; los desató, y me mostró sus dedos tan horriblemente mutilados, que me descompuse; pasó la mayor parte del dia sentado é inmóvil; sus ojos estaban hundidos; su vista clavada en la tierra, y sus escasos y grises cabellos flotaban al aire, y le caian sobre la cara sin que él lo apercibiera. Su criado, el pobre Baltazar, estaba en un rincon mas remoto, acostado boca abajo y en esa posicion permaneció rehusando todo alimento, hasta que murió pocos dias despues.

La única persona que yo conocia ademas de estas, en aquella triste compañía era Mr. Taylor, el arquitecto; no tenia grillos, pero parecia lamentablemente enfermo y fatigado. Estaba entre un grupo de italianos, á juzgar por su acento, los que hasta cierto punto eran privilejiados; habian hecho una pequeña tienda estirando una sábana sobre cuatro palos, á dos piés de altura, y se les permitia conversar; tenian yerba y estaban abrigados al rededor de un fuego, sobre el cual calentaban el agua, porque si se esceptúa uno que parecia estar enfermo, todos habian salido de abajo de la carpita y estaban sentados en circulo á su rededor; por falta de mate, preparaban el brebaje en una aspa y lo tomaban alternativamente por una bombilla de estaño. Taylor me miró, y levantando la mano hizo un gesto de compasion, pero no se atrevió á dar otra señal de reconocerme. En el centro del campamento de presos, ó guardia como lo llamaban los naturales, se veia una fila de sacerdotes, ocho si mal no recuerdo; todos estaban cargados de fierros, y debian haber sido traidos hacia

poco, porque sus largos mateos de paño estaban poco gastados; mas allá y próximos á estos, se hallaban los prisionèros de guerra; habia entre ellos un mayor y tres capitanes, como lo supe poco despues cuando los llamaron por los nombres; no estaban engrillados, pero se hallaban en el último grado de miseria; y casi desnudos; algunos lo estaban completamente, cubiertos de heridas, y la mayor parte demasiado débiles para caminar; y por último, un grupo de malhechores que se distinguian por tener el tobillo derecho asegurado con un solo anillo de fierro; estos apenas parecian séres humanos, no tenian ni vestijios de ropa, y se acostaban por lo jeneral juntos y amontonados en la tierra. Todos los dias se escojia entre ellos cierto número de jente para barrer, limpiar la guardia y acarrear agua y leña para sí mismos y para los demás; los soldados les daban á cada paso palos y punta-piés, y los injuriaban de la manera mas vil y cobarde.

A nuestra retaguardia estaba la cocina, es decir, una gran caldera de fierro, colocada sobre el fuego al aire libre; un fornido negro, ayudado por varios presos, preparaba la comida para todos, la que era malísima y escasa; nos daban hervido por la mañana, y á la noche un puñado de maiz y los huesos que dejaban los soldados. Vi á Carreras, antes hombre de suma importancia en la República Oriental, royendo ávidamente la ternilla de unos huesos bien pelados, que le tiró despreciativamente algun transeunte. ¿Puedo ofrecer un cuadro mas resaltante de nuestra miserable condicion? La carne, despues de cocida, era colocada en pequeñas tinas de madera, como las que se usan para los cerdos, y distribuida entre los presos. Estos estaban dispuestos en grupos de á cinco, y se colocaba una tina en el centro de cada uno; algunos tenian cucharas de cuerno, otros, pedazos de cáscara de naranja ó trozos de mate, y con estos instrumentos bebian su caldo y luego se repartian la carne y los huesos. Las cucharas de cuerno eran tesoros muy codiciados; cuando moria un preso que poseia alguna, solia haber una terrible lucha, entre los que sobrevivian, para heredarla, contienda que terminaba frecuentemente con sendas palizas,

administràdas á todos indistintamente. Por ser recien llegado, no se me dió nada hasta muy tarde; por último el negro vino con un pedazo de carne que comia, y me dió parte de él. Este era el tercer dia que pasaba en ayunas, si se esceptúa la mitad de chipá que habia comido la noche anterior; pero no tenia ganas de comer. Pedí solamente agua pero no me la quisieron dar.

Por la tarde se me citó de nuevo para presentarme delante de los fiscales, y se continuó mi interrogatorio, dirigido esta vez por el padre Roman en persona. Se repitió la misma antigua historia: relaté toda la conversacion que recordaba haber tenido con Mr. Washburn, en la que este injuriaba ó ridiculisaba á Lopez, teniendo presente el cuento del dia anterior, y declarando siempre que se mencionaba el asunto, que no sabia nada absolutamente de la conspiracion, sino simplemente que existió, agregando algunos detalles que pude sacar de las declaraciones de Berges y Carreras. El padre Roman se satisfizo mas fácilmente de lo que creí y me despidió mas ó menos á las ocho de la noche. Me llevaron á otra cabaña, que estaba poco distante, en donde encontré al mayor Aveiro (un negro) y al teniente Levalle, paraguayo educado en Inglaterra y que hablaba inglés y francés bastante bien. Habian sabido por Mr. Bliss que habia escrito á Inglaterra por conducto de Mr. Washburn; pero les habia dicho que la carta era para mi madre, sin decir nada acerca de la otra que escribí al *Times*. Por una afortunada coincidencia, dije la misma cosa, porque hubiera tenido pocas probabilidades de escapar con vida si se hubiese sabido que la última existia. Se me ordenó entónces, que escribiera otra carta, que Aveira dictaba en español (mi version era por supuesto en inglés) en la que se me hacia decir, que era culpable del crímen de conspiracion contra Lopez, que lo habia libre y voluntariamente confesado, asi como la culpabilidad de Mr. Washburn y que me habia entregado á la merced del Presidente, con la esperanza de que me salvase la vida. Esta version fué cuidadosamente examinada por Levalle, leyéndola palabra por palabra, quien la esplicaba á Aveira y á otro oficial que estaba presente. Una frase les embarazó: habia escrito, «Mr. Wash-

burn conspiró contra S. E. el Presidente y contra el gobierno del Paraguay.»—Aveiro dijo, pero S. E. es el gobierno, aqui no puede haber otro gobernador. No podia absolutamente concebir la idea de una administracion constitucional. El padre Roman entró un poco despues, y le recordé la promesa de hacerme cambiar los grillos. Me dijo, que me lo mandaria hacer al dia siguiente y que me haria dar mejor trato y alimentos; este cambio lo atribuyo á una carta que Mr. Washburn habia enviado á Lopez, en la que protestaba contra el ultraje de arrestar dos miembros de su séquito, haciéndole presente, que nuestra prision en la calle y en su presencia era un insulto tan grande á la bandera Norte Americana, como si nos hubiesen apresado en la misma Legacion y que el Gobierno de su pais lo vengaria seguramente. Entonces se introdujo á Mr. Bliss, y se le preguntó, si era verdadera su primera declaracion acerca de la carta; contestó «que sí» y para que no me comprometiera con algunas peligrosas preguntas, que me hacian sobre su anterior declaracion, le dije rápidamente todo lo que le habia dicho y escrito. Se me ordenó además, que escribiera otra carta á los mismos fiscales, esta me la dictó Roman. En ella pedia respetuosamente permiso para escribir la carta, «con el fin de aliviar mi conciencia del peso que la agoviaba, y para adelantar los fines de la justicia.»

Supe despues, que Mr. Bliss habia escrito ya una larga carta á Mr. Washburn en la que le decia: «Encontrándome libre por fin de la presion que V. E. ha ejercido por tanto tiempo sobre mi voluntad, no puedo menos que confesar libre y voluntariamente la parte importante que V. E. ha tomado en la revolucion en que ha comprometido á tantas personas y á mí entre otras. He declarado (lo siento profundamente, porque hubiera querido ahorrar este escándalo á V. E. pero debo decir la verdad) que V. E. ha sido el alma de la revolucion, y si este hecho queda revelado y confesado por sus cómplices, ¿á quien debe su existencia, sino á V. E. que ha continuado siendo su gefe hasta el último momento? No me considero pues absolutamente obligado por la promesa que V. E. me arrancó ayer en su escritorio, de no revelar sus procederes

anteriores ó actuales,» continuaba diciendo muchas cosas por este estilo, y terminaba así, despues de pedirle que le devolviera sus cartas «estando la verdad plenamente revelada y conocida, estas cartas no pueden servirle á V. E. para nada, y puesto que son falsas, no me conviene ya guardar el misterio de la hipocresia, etc. . . . . le aconsejo como amigo, no procure luchar contra las pruebas dadas por infinitos testigos.»

Si de lo que yo dije, se esceptúa que creia en la existencia de la conspiracion, que Mr. Washburn era su gefe, y que se me habia invitado á tomar parte en ella, toda mi declaracion era enteramente verdadera, porque afortunadamente para mi, Mr. Washburn tenia á Lopez una tal aversion (de la cual yo participaba cordialmente), y le habia injuriado y espresado sus pensamientos con tan poca reserva, que no tuve dificultad en satisfacer plenamente á los fiscales (dentro de los limites que mi primera historia prescribia) sin faltar ni aun á la confianza, puesto que Mr. Washburn, me habia dado permiso espreso para decir cuanto se me antojara contra él.

Continuo con mi narracion; á la mañana siguiente cambiaron mis grillos por otros mas livianos, y todos recibimos un pequeño bollo de casava y un pedazo de carne cocida, que despues nos continuaron dando dos veces al dia.

Cuando nos lo trajeron observé un rasgo del carácter de Carreras, que me agradó muchísimo. Es costumbre Sud Americana, que los esclavos lleven los mismos apellidos que sus amos, y cuando el comandante dijo, que tenia órdenes para dar á Carreras mejor alimento, el doctor esclamó calorosamente, «Aquí hay dos que llevan ese nombre, he ahi el otro,» señalando á su criado moribundo, «por cierto que los dos debemos recibirlo.»

Aquel dia y el siguiente hizo malísimo tiempo; la lluvia caia á torrentes y teniamos que sentarnos ó acostarnos literalmente en un charco de agua. Pero pronto descubrí, que el sentarse, aun en medio de un diluvio, era preferible á los ardientes rayos del sol, á que despues estuve espuesto durante muchas horas seguidas, tendido en un suelo, cuyas grietas demostraban lo abrasador del calor. La bebida mas abundante no hubiera

podido apaciguar la sed que tenia, mucho menos las dos copitas de agua que nos daban al dia. Si á mi que estaba tapado con una gruesa frazada me causaban tantos sufrimientos los ardientes rayos del sol, ¿qué tormentos no habrian sufrido los desnudos prisioneros que estaban á mi lado?

Algunos eran Paraguayos, otros negros del Brasil; estos podian aguantarlo sin gran molestia, pero la mayoria eran estrangeros, y causaba un dolor acerbo ver el silencioso sufrimiento que revelaban sus rostros, y la ansiedad frenética con que vaciaban el contenido de las aspas; cuando les tocaba el turno agotaban hasta la última hez de aquella agua caliente é inmunda. Los prisioneros de guerra, y los criminales nos llevaban gran ventaja à este respecto; iban dos veces al dia á los pozos que recibian las lluvias; podian beber cuanta querian y volver con toda la que cabia en sus vasijas. Algunos poseian aspas ó copas de estaño, otros mates ó pedazos de cuero en forma de bolsas, uno de ellos me parecia mas feliz que los otros—porque con la sed que tenia codiciaba su tesoro—poseia una bota que le servia de cántaro. Era un mayor Brasilero, espantajo andrajoso y sucio; pero cuando pasaba llevando ensartada en un palo, á traves de los tirantes, su bota llena de agua sucia, le mirábamos con ira, y nuestros ojos chispeaban ferozmente envidiando su felicidad. ¡Cuán egoistas; cuan brutalmente cruelos nos hacemos en la desgracia! Con cuanta envidia mirábamos al hombre que cargaba menos fierros que nosotros, y como maldeciamos al infeliz, que habia logrado arrastrarse hasta ponerse al abrigo de un arbusto en la margen del cuadrado; un dia que volvia de los pozos la interminable y banboleante fila, un italiano, cuyos ojos brotaban fuego por la fiebre, se levantó apoyándose en el codo al oir el ruido de las vasijas de estaño, y en un tono apenas perceptible, pidió por amor de Dios una sola gota de agua; mientras suplicaba estendió su brazo tembloroso, agitándolo á tientas en el vacio, pero ni sabia á quien lo dirijia ni podia mantenerlo fijo; el hombre á quien imploraba, que estaba á su vez con un pié en el sepulcro, se la negó profiriendo mil maldiciones; aquel infeliz cayó de espaldas, dió una media vuelta, y espiró. De

esta manera disminuia nuestro número diariamente, desapareciendo de á dos y de á tres, para ir á descansar eternamente. Los compadecia? ¡Ah, no! En esos momentos hubiera aceptado la muerte tan contento, como la criatura fatigada, que busca reposo en el regazo de su madre.

Cerca de una semana despues me apartaron de Carreras, colocándome algunas yardas á su retaguardia y ambos nos arrastrábamos y nos metiamos en unos ranchitos de cañas que tendrian cerca de tres pies de alto. El mio habia sido construìdo sobre un campo de piñas silvestres, que con suprema indiferencia ó tal vez intencionalmente, habian sido dejado en él sin arrancar. Cuanto se los agradecí, no solo por la sombra que me proporcionaban, sino tambien porque me daban ocasion de ocuparme en arrancar la raiz del *Caraguatá;* me puse á trabajar cavando profundamente con un palo punteagudo, pero apenas habia trabajado una hora, cuando recibimos órden de marcha. Nos hicieron salir al sol y tuvimos que esperar algun tiempo, porque estábamos al frente de la triste procesion de aquellos centenares de presos, y costó bastante hacer entrar en fila las guardias y los hombres que llevaban las ollas y las tinas; los enfermos y los resagados eran apaleados sin compasion.

De una de las próximas chozas salió en cuatro piés D. Benigno Lopez, hermano menor del Presidente; estaba bien vestido, pero sobrecargado de pesados fierros; y de otra, un viejo, fantasma de hombre, que reconocí apenas; era el ministro de Relaciones Esteriores D. José Berges. Se apoyaba débilmente en un palo y era seguido por su sucesor D. Gumesindo Benitez, que iba descubierto, descalzo, y engrillado. Luego se presentaron dos viejecitos, evidentemente chochos; no tenian ni un trapo con que cubrir su desnudez; el uno estaba engrillado, y no podia mas que arrastrarse penosamente en cuatro piés; el otro, miró alrededor suyo al parecer contento y risueño, y su tímida sonrisa y la imbecilidad de sus facciones, revelaban la satisfacion que le ocasionaba el bullicio, aunque evidentemente no comprendia lo que pasaba á su alrededor. ¿Puede exigirse una prueba mas eficaz de la cruel ferocidad de Lopez? Octogenarios engrillados, hombres que hacia mucho tiempo ha-

bian dejado de ser personas responsables, de quienes no podia hacerse mas caso que de las criaturas recien nacidas, porque con el vuelo de los años habian vuelto al desamparado estado de la infancia; horroriza hasta el pensar, que semejantes vestigios de la humanidad, temblorosos ya y cuyos miembros crujian á causa del tormento, que habian sufrido en vida, debieran pasar el resto de sus dias presos y engrillados. ¿Y cuál seria su crímen? Alguna lastimosa queja por la pérdida de su escaso bienestar, algun apasionado lamento por la muerte de sus hijos ó nietos, alguna vana palabra dicha en la amargura y locuacidad de la vejez y traidoramente interpretada, ó quizá no tenian otra culpa, que ser parientes de algun desgraciado, que habia muerto en la tortura ó en el cadalzo.

Por último, partimos en direccion al Este, á lo largo de la falda de las montañas y caminamos por un estrecho desfiladero, hasta penetrar en una selva casi intransitable. Al pasar por la garganta de la montaña hubo alguna confusion; los presos se estrecharon y se alejaron un poco de los soldados, que los custodiaban con sus bayonetas armadas ó sus sables desenvainados. Esto me dió la oportunidad que deseaba tener hacia mucho; me hallé algunos momentos al lado de Carreras; me preguntó otra vez en voz baja si Mr. Washburn se habia ido. «Si, está salvo y sano,» contesté, con el mismo sigilo, y continué preguntándole si habia alguna verdad en sus declaraciones; me replicó con rapidez convulsiva—*No, no, mentiras, todo es mentira, desde el principio hasta el fin.*—Por qué las hizo entonces? le pregunté, talvez innecesariamente.—«Ese terrible padre Maiz, contestó, me torturó en la *Uruguayana* por tres dias seguidos, y despues me pulverizó los dedos con un martillo.» Me miró con la espresion de un hombre completamente agoviado por los sufrimientos, y me mostró sus mutiladas manos en prueba de la verdad de lo que decia. Calló por un rato y me preguntó á su vez:—«Ha confesado V.» —«Si» contesté tristemente.—«Ha hecho bien, lo hubieran obligado: Dios nos ayude.» Le hablé de la dificultad que habia tenido por no poder decir cuanto dinero se decia que Mr. Wash-

burn habia recibido de los brasileros, aunque se habia mencionado varias veces la suma en las declaraciones, y tratando de averiguar cuanto debia decir—«Serian quince mil onzas?» le pregunté, y me contestó:—*¡ Mentira, todo es falso, todo es mentira !* No habia visto á Rodriguez por varias semanas, y creia que habia muerto. Me preguntó entonces por la suerte de su criado, que le habia servido desde su niñez, y que habia desaparecido dos dias antes; sin duda habia muerto ya.

Se limpió inmediatamente en la selva un lugar para acampar, porque estaba formada principalmente de arbustos y retoños, y solo quedaban algunos troncos para demostrar que se habian destruido los árboles viejos. Era ya mucho esperar que nos hubieran dejado alguna sombra; el potrero que se hizo tenia en efecto tanta estension, que hacia en él un calor tan abrumador como el que se sufre en las faldas de las montañas. Se descubrió que los dos ancianos no tenian suficientes fuerzas para caminar; los metieron á ambos en un cuero, que llevaban dos soldados por medio de un palo; cuando hicimos alto los tiraron al suelo á mi lado, sin embargo, agradecieron á sus portadores diciendo: —«Dios los recompense, hijos mios, Dios los recompense» Pero al dia siguiente se les negó este favor, y fueron horriblemente apaleados por los cabos para que marchasen mas lijero; partia el alma oirlos suplicar con trémulos y bajos acentos, y verlos llegar, una hora despues que los demás, cubiertos de tierra y de sangre porque se habian arrastrado en cuatro piés por casi una milla. (1) Ese dia trajeron varias mujeres, todas, escepto una, me eran desconocidas, pero era evidente que pertenecian á la mejor clase de la sociedad; dos ó tres de ellas tenian las chozitas que he mencionado, otras habian formado un toldo tendiendo un chal sobre tres ó mas palos; y vi á una pobre niña, que tendria diez y seis años de edad, agachada, cubriéndose con un cuero que se echaba por los hombros; no se movia jamás sino para cambiar su toldito segun el movimiento del sol; se sentaba con los ojos clavados en la tierra, y las lágrimas le

(1) Nos habiamos retirado mas adentro de la selva.

corrian furtivamente por las mejillas. Una noche los soldados les ordenaron que cantasen; murmuraron apenas un *triste* una de aquellas melancólicas canciones amorosas, que parecen un suspiro de la tarde, y que tanto agradan á los Paraguayos. Escuchando sus plañidos, apenas mas fuertes que la brisa vespertina, pensaba que nunca habia oido notas tan lastimosamente tristes.

Poco despues de nuestra llegada, D. Benigno, Berjes y Carreras fueron llevados á otra parte; á mi me apartaron de los demás y recibí mejor alimento que ellos; en efecto, si me hubieran puesto solamente á cubierto del sol y me hubieran suministrado mas agua, habria podido aguardar pacientemente hasta el fin—ya fuera para recibir la muerte á que me habian condenado, ó ya mi libertad. Mis sufrimientos por la sed eran intensos; se me reventaban los lábios y tenia la lengua seca y mohosa como un enfermo de tífus; para aumentar su cruel intensidad, á pocos pasos de distancia corria un limpio arroyo. Durante todo el dia, siempre que pasaba un oficial, se oia el débil grito de—«¡Agúa, señor, por el amor de Dios; un poco de agua!» Les suplicaban en los tonos mas tiernos centenares de personas que se morian de sed. Los que dormian, al oir estas palabras soñaban tal vez, como me sucedió á mi muchas veces, con dulces corrientes y con frescas fuentes, y se despertaban derrepente creyendo que la hora en que se distribuia el agua habia llegado, al tocar la realidad se dejaban caer en tierra lanzando gemidos, con la amargura del desengaño. Sin embargo, cinco minutos de tiempo y algun trabajo nos hubieran proporcionado el favor que tan inútilmente pediamos.

Permanecí tres dias en este punto; y una tarde mientras contemplaba el horroroso espectáculo de un preso á quien se atormentaba en presencia de todos, vino una guardia y me llevó en compañia de Mr. Bliss para ser fusilados, segun creí intimamente, pero solo fué para juntarnos con nuestros compañeros anteriores. Estaban colocados en una caverna en la montaña lejos de los demás. Encontré allí á Leite-Pereira, al Capitan Fidanza, á Berges, á D. Benigno y á D. Venancio Lopez, coronel y hermano mayor del Presidente, á Benites y á Carreras,

cada uno tenia su respectivo rancho. Nos colocaron con ellos dándonos por abrigo algunas ramas, pero lo que aprecié mas que todo fué un mate grande lleno de agua limpia y fresca, que me trajo el sargento. Apenas habiamos descansado cuando vinieron órdenes para marchar de nuevo. Sin pensar siquiera en quejarme, me levanté otra vez del suelo y atando una huasca á mi barra de fierro, partí. Marchamos en fila cerca de media milla, cuando llegó un oficial á caballo y nos detuvo ordenándonos, que volvieramos nuevamente al punto de partida; despues de una demora de cerca de diez minutos partimos una vez mas, á las cinco de la tarde si mal no recuerdo. Llevábamos por camino una profunda y arenosa senda á travez de las colinas, tan angosta que no cabian mis grillos, y me costaba tanto trabajo desembarazarlos, que tropezaba y caia á menudo al querer hacerlo. Marchamos ó anduvimos á tropezones uno por uno con un soldado entre cada dos presos, y el coronel Lopez á nuestra cabeza. Caminaba como los demás pero la espresion de su rostro revelaba la ira y la impaciencia; miraba frecuentemente hácia atrás en busca de su hermano, que á causa del enorme peso que llevaba no podia andar sino muy lentamente. Tenia á su frente á Carreras, engrillado tambien, y tan débil que se arrojaba en tierra completamente rendido siempre que nos deteniamos para descansar. Se oia muy claramente el éco de la artilleria enemiga, y la rápida detonacion de las bombas al reventar; en efecto, fué el repentino avance de los brasileros el que motivó nuestra retirada. ¡Cuanto nos hubiera agradado verlos asomarse á nuestro frente! Aunque no dudo que semejante acontecimiento nos hubiera acarreado nuestra inmediata ejecucion, pues, he sabido despues, que era una mania favorita de Lopez, mandar á la vanguardia grupos de presos contra quienes no se podia probar nada, y luego manifestar su profundo pesar porque un movimiento inesperado del enemigo, lo habia obligado á mandarlos fusilar para impedir cayeran en su poder. Varias personas eminentes fueron asesinadas de esta manera.

Despues de andar cerca de dos horas alcanzamos al cuerpo principal de los presos, que se estendian en gran número por

toda aquella vasta y polvorienta llanura—«¡Aquí viene otra tropa de bestias!» gritaron los soldados á nuestra llegada; y á fé mia, la mayor parte de los presos apenas parecian seres humanos. Se decia entonces que llegabamos á seiscientos; pero no dudo que eramos muchos mas, tal vez el doble. Hombres, mujeres y niños divididos en tres grupos eran cercados por soldados á pié y á caballo, bien armados y con palos en las manos, para apalear á los que se acercaban á los costados y á los que caián rendidos, mientras que los oficiales con sus espadas desenvainadas, cargaban á caballo por el centro de los grupos, dando golpes á derecha é izquierda indistintamente y por pura crueldad. Aquel espectáculo parecia mas bien una escena, que Dante habria envidiado para su Infierno, que un episodio de los tiempos modernos presenciado por un ser viviente.

Cuando nos divisamos por primera vez, nosotros que formabamos la retaguardia estabamos en la colina y los de la vanguardia en el campo que se estendia á nuestra vista; los objetos no se podian distinguir claramente, se veia una densa nube de tierra y una ondulante y tumultuosa multitud, que parecia andar columpiándose en su lenta marcha hácia las colinas, que se destacaban en el horizonte. El sol se ponia y sus rayos al reflejarse en los aceros que la oficialidad vibraba en el centro de la columna, y mas constantemente aun en la inea de bayonetas que custodiaban los flancos, parecian llamas de fuego flotando entre gemidos; pequeños grupos se destacaban en la retaguardia, de donde procedia principalmente una horrible griteria, que á la distancia parecia un confuso bramido; pesados golpes, sordos sonidos de garrotazos, ó rápidos é hirientes revencazos resonaban en todas direcciones acompañados por el crujido eterno de los hierros! lamentos, gritos, llantos y maldiciones, todo me recordaba el fin de una batalla, cuando ya no quedan por matar sino los indefensos fugitivos. Las salvajes pasiones de nuestros custodiantes parecian enfurecerse con el espectáculo; nos instaban á marchar mas ligero, ya no nos daban descanso, y al pobre Carreras le pegaron muchas veces con el reves de la espada por haberse caido en su vacilante marcha.

Mrs. Lynch se nos adelantó poco despues, iba en carruaje, nos saludó risueñamente; nos descubrimos en su presencia, porque sabiamos que una palabra suya bastaba para mandarnos al dia siguiente al cadalso ó á otra cosa peor todavia. He sabido despues, que se aprovechaba de toda oportunidad para hablar de la conspiracion é injuriar á Mr. Washburn y á sus amigos en presencia de Lopez, que ponderaba eternamente su generosidad como presidente, y la vil ingratitud de sus amigos. «¡Oh, como se ha sacrificado V. E. por el amor de su patria!» decia despues de comer, al corpulento ébrio y sibarita tirano; «y estos malvados han conspirado contra V. E.! Esto es muy triste señor!—oh! tristísimo!» Decia esto, no porque tuviera deseos de perdernos, sino para salvar su propia vida. Debia estar segura de que el hombre que habia encarcelado á sus hermanos, azotado á sus hermanas, fusilado á sus maridos, y amenazado á su misma madre, no tendria gran respeto por ningun otro vínculo posible.

Habiéndose internado en un desfiladero la multitud que iba delante, la alcanzamos antes de anochecer y la escena que de ello resultó, fué demasiado horrible para que pueda pintarla. Aquellos infelices no habian descansado en el camino, como lo habiamos hecho nosotros, estaban muertos de hambre y se caian por tierra á cada paso; como se habian amontonado estaban medio ahogados por el calor y la tierra, y sus ensangrentados miembros eran prueba suficiente de la manera cruel como habian sido arreados. Ví tropezar y caer á mi lado, un anciano alto y delgado, estrangero al parecer, y bien vestido; inmediatamente lo desnudaron y dos cabos lo apalearon sin compasion; se levantó con mucha dificultad, y se adelantó ciegamente con toda la prisa que le permitian sus grillos, pero cayó de nuevo; se repitió la misma espantosa escena, y un oficial despues de darle varios sablazos, le dió con el taco de su bota en la cabeza, hasta dejar sus blancos cabellos cubiertos de sangre. Pasó en el mismo momento una carreta vacía, y lo echaron adentro como si fuera un pedazo de madera. Rogué entonces, y lo espero aun hoy, que nunca recuperase sus sentidos.

No me sucedió mas que una desgracia—caerme en un pozo,—

y no recibí sino unos cuantos palos á la salida, por via de estímulo. Cuando llegamos á campo abierto, nos apartamos una vez mas del camino, y marchamos en medio de la oscuridad por esteros y lagunas secas. La tierra estaba cubierta de montecitos de paja tan gruesa como las cañas, con algunas senditas esparcidas aquí ó allá. Los Paraguayos hacian su camino fácilmente escojiendo estas sendas, porque veian de noche casi tan bien como los gatos, pero no sucedia lo mismo á los estrangeros; los montecitos eran demasiado altos para pasar por encima, aun cuando no hubiésemos estado engrillados, y demasiado densos para forzarlos. Yo me mantenia cerca del soldado que iba à mi frente, y andaba tolerablemente bien; pero Carreras con su mala suerte de costumbre cruzaba los montecitos á tropezones y se caia á cada momento cortándose horriblemente la cara y las manos, hasta que por último el oficial, cansado de pegarle ordenó á dos soldados que lo tomáran por los brazos y lo arrastraran violentamente el resto del camino. No puedo decir el tiempo que empleamos en vencer y concluir esta marcha, ni la distancia que recorrimos, supongo que no pasaria de cuatro millas; pero la noche estaba muy avanzada cuando hicimos alto. Me encontraba completamente rendido, y casi exámine por los esfuerzos que habia hecho; el agua sin embargo estaba cercana; todos bebimos sendos tragos; se clavaron estacas en el suelo, se estiraron las huascas, y nos amarraron como siempre, pero antes que hubieran acabado de atarme, estaba profundamente dormido.

Pensaba que tendriamos que continuar nuestra marcha al dia siguiente, creyendo que nuestro destino era llegar hasta la cordillera de Paraguarí, que veiamos á lo lejos sobre el purpúreo horizonte, pero esta debia ser mi última etapa, y la tumba de todos mis compañeros, con escepcion de dos.

Estábamos en un distrito llamado Pikysyry, próximo al lugar donde tres meses despues fué derrotado Lopez. Era, como ya se ha dicho, un estero sin agua, lugar nada agradable, porque las grandes lluvias, que pronto debian caer, le volverian en pocas horas á su primitivo estado. Al dia siguiente el viento cambió de rumbo y nos sorprendió un furioso pampero del

Sud, que nos ahogó en tierra, y nos hizo estremecer de frio; á la noche llovió á cántaros. No dormí, porque tenia los tobillos muy mal heridos, y se me habian hinchado hasta el punto de llenar los grillos, que me lastimaban de tal manera, que no me dejaban dormir. Estaba á sotavento de un montecito y á cubierto de lo áspero del viento, pero no por esto dejé de hallarme muy luego completamente mojado. Mi situacion era harto penosa, porque estaba bien atado y tendido en la tierra; no estando enfermo, apenas podia darme media vuelta, pero ahora me acosaba el dolor de tal manera, que no podia ni pensar en mover los tobillos. Sentia caer las gotas, y lo que era mucho peor, subir lenta y paulatinamente por la espalda, el agua que crecia siempre; sabia tambien que tenia que sufrir esto catorce horas seguidas permaneciendo siempre en la misma posicion, y tal vez otras tantas envuelto en una frazada empapada. Todas las tardes á las cuatro, se enviaban aquellas detestables huascas á los pozos, de donde se sacaba agua para nuestra bebida, con el objeto de mojarlas y ablandarlas; una estremidad, se ataba á una estaca bien clavada en la tierra, y despues de formar una série de lazos, se metian adentro los tobillos de los que no estaban engrillados, se aseguraban en seguida con un nudo y se estiraba el todo hasta donde alcanzaba la fuerza de dos hombres. Si el nudo se corria, como sucedia frecuentemente, el dolor que ocasionaba, era verdaderamente atroz. Los que estaban engrillados pasaban mejor la noche, porque la huasca se les ataba en ambas estremidades del fierro, y podian darse vuelta de un lado al otro.

En dos ó tres dias se nos construyeron perreras de la forma ya mencionada; es decir, de manera que no cupiera en ellas una persona sentada; pero como se me suministrabá casi la mitad de lo que podia comer, y abrigo contra los calores, aunque no contra la lluvia, que penetraba por el techo como si fuera un arnero, si hubiera podido solamente evitar nuevos interrogatorios, me habria considerado, vistas las circunstancias, altamente favorecido por la fortuna; y en efecto, me dejaron de molestar por tanto tiempo que empezé á creer que me habian olvidado del todo. Mis compañeros fueron menos

afortunados; todos los dias y frecuentemente dos veces, los sacaban al otro lado de un monte de naranjos, (se me habia hecho odioso hasta el nombre de aquel árbol, y no he vuelto á comer su fruto desde que partí del Paraguay; siempre que lo veo me parece que tomo olor á sangre); tardaban algunas horas, y luego aparecían mas fatigados y tristes que nunca.

Se atormentó á D. Benigno Lopez; el 23 de Setiembre, le sacaron por la mañana temprano y no volvió hasta despues de medio dia, hora en que le vi arrastrarse lentamente adentro de su cabaña, que estaba en frente á la mia; poco despues llegó un oficial con tres soldados trayendo la bien conocida haz de los fusiles. D. Benigno se puso pálido y se levantó temblando cuando se le acercaron; pensaba talvez en su cuñado D. Saturnino Bedoya, que habia muerto en el tormento algunos meses antes, y á una señal del oficial, los siguió hasta llegar detrás de un monte vecino. Pasó cerca de una hora, fueron á verle varios oficiales y entre otros el mayor Aveiro, y por último volvieron á traerle porque no tenia fuerza para sostenerse; su cara se habia desfigurado horrorosamente con el sufrimiento.

Pasé despierto toda esa noche, tratando de darme cuenta del motivo de aquel martirio, puesto que D. Benigno habia hecho una declaracion completa, y pensando que yo tendria tál vez que pasar de nuevo por aquella terrible prueba. En la tarde del dia siguiente, con gran espanto mio, me mandó llamar el padre Roman. Le encontré instalado en un confortable rancho situado detrás de algunos naranjos; cuando entré escribia, y como siguiera algun tiempo en la tarea que tenia por delante sin apercibirse aparentemente de mi presencia, tuve la oportunidad de estudiar con calma su fisonomia y no es probable que la olvide. Era capellan del ejército, vestia el uniforme de teniente y llevaba espada; nada tenia que indicara su ministerio, si se esceptúan una pequeña cruz roja en el lado izquierdo del pecho, y su corona, cubierta de pelos cortos y tán tiesos que parecian cerda.

Habria servido admirablemente para modelo de un Torquemada. Su figura era hermosa, alta y airosa, pero su rostro re-

velaba la crueldad y el sensualismo, y sus lábios finísimos indicaban uno de esos caractéres inflexibles, que no conocen la piedad.

Por último, echó á un lado sus papeles con un gesto de impaciencia, y me miró fija y plenamente á la cara; yo estaba parado sosteniendo los grillos con una mano y teniendo en la otra mi sombrero—«¿Y bien, cómo se siente?» me dijo-«Estoy enfermo y débil»—«Vaya! es que le remuerde su conciencia. Confiese sus crímenes, confiese lo que hizo esa *bestia* de Washburn. Mire, dijo, enseñándome un grupo de soldados que estaba afuera: le tengo lista la *Uruguayana* y despues se le fusilará.»—Le dije que no tenia nada de nuevo que confesar, y que no podria absolutamente arrancarme nada mas.—«Bien, dijo, le daré una oportunidad mas; dígame de nuevo todo lo que ha dicho antes, y con este motivo complete su historia.» Conté todo de nuevo, insistiendo especialmente en mis peleas con Mr. Washburn, y en lo improbable de que pudiera estar muy interiorizado en sus secretos, sosteniendo que por no creer posible el descubrimiento de la conspiracion, no habia ni apuntado, ni querido recordar sus pormenores.—«Pero V. debe haber conversado mucho con él sobre el asunto.»—«Muy poco, no me tenía fé; y los culpables evitan siempre hablar de sus fechorías.» Comprendió que no hacia sino entretenerme con él, y perdiendo del todo la sangre fria, me dijo, que Bliss, el que parece confesaba y denunciaba á troche y moche, habia llenado ya muchos pliegos de papel de oficio con sus declaraciones, y que si no le imitaba, me haria lamentar mi terquedad poniéndome en el *potro*.

Mientras hablaba, entró otro Paraguayo vestido como él; era un hombre hermoso, alto, con aire de soldado, de cerca de treinta años de edad, su cabeza era admirablemente formada, y sus facciónes finas y hermosas. No observé la crucecita roja, y en aquel momento no tenia idea de que fuera sacerdote. Se sentó mirándome sin pronunciar palabra hasta que concluyó Roman, y entonces dijo:—«Vamos Mastermán (los paraguayos acentuaban siempre mi nombre así) veo que su cabello está completamente gris aunque V. tiene mucha menos edad que yo

¿cómo es eso?»—«Señor, contesté, he estado once meses encarcelado, no es mi edad la causa de mis canas.»—«Once meses» eso es una bagatela; yo estuve preso mas de tres años»—«En verdad! Le compadezco; ¿cómo se llama V? ó con la gravedad española ¿cómo es la gracia de V?» Se sonrió y dijo que no me lo diria por entonces, pero supe despues con sorpresa, que era el terrible padre Maiz de Carreras. Le habia supuesto un tipo muy diferente.

Consultaron un buen rato hablando en voz baja, y despues el padre Maiz se retiró á un pequeño rancho, que no estaba muy distante, y volvió trayendo consigo á Mr. Bliss. No me habia imajinado hasta entonces cuan triste seria mi aspecto; pero el miserable mas abyecto, que me hubiera podido imajinar no sobrepasaba, en la realidad, al que se me acercaba; parecian haberle arrancado totalmente todo el valor que habia poseido y apesar de estar súcio, hambriento, harapozo, despeinado y barbudo, retrocedí horrorizado ante la idea de relacionarme con él.

Se me ordenó le dijera lo que habia confesado. Cumplí con lo que se me ordenaba y él confirmó plenamente todo lo que habia dicho sobre mis peleas con Mr. Washburn, entonces—como me lo dijo despues para probarme como se agradaba mas á nuestros jueces—continuó relatando algunas historias escandalosas del Ministro. Me apresuré á interrumpirle y rogué á los fiscales que no se enterasen de semejantes asuntos. Me dijeron que me tranquilizase, que todo esto era ya perfectamente conocido, y estaba archivado gracias á Bliss y otros testigos.

Cuando se retiró, el padre Roman se reclinó blandamente en su silla y con ávidos ojos y lábio pendiente, se preparó á escuchar los cuentos que habia oido, y cuya repeticion le hubiera gustado tanto. Tuve infinito placer en chasquearle distrayéndole tambien con razones que herian su orgullo nacional, y apelando con tan buen éxito al patriotismo del padre Maiz, que me dejaron ir, y volví muy agradecido á mi triste perrera del Estero.

Me habia hecho inmediatamente despues de mi llegada á Pikisyry un calendario con sortijas de pasto, añadiendo

todas las mañanas un eslabon á la frájil cadena, y uno mas grande los domingos. Habia llevado antes mentalmente la cuenta de los meses y de las semanas, pero advertí que se me olvidaba; y pedí un dia á un buen sargento, que me dijera la fecha, entónces continué con mi cadena, que reemplazaba los cortos y largos rasguños con que solia anotar el vuelo del tiempo en las paredes de mi calabozo.

Una guardia con bayonetas armadas llevó el 27 de Setiembre al Dr. Carreras y á D. Gumesindo Benitez, al pequeño monte á donde habia sido conducido D. Benigno algunos dias antes; dos sacerdotes y algunos soldados con azadas los seguian. Rogué á Dios que los ejecutasen pronto para que terminasen sus penas. Pero he sabido recientemente, que les estaba reservada una suerte mas terrible; fueron bárbaramente atormentados largo tiempo antes de ser ejecutados. Aguardé el fin con una ansiedad febril; y era ya muy tarde cuando una ligera nube de humo, levantándose sobre los arbustos, me reveló que todo habia concluido, que «los malos habian dejado de molestar, y que los fatigados estaban en paz.»

El Dr. D. Antonio de las Carreras era hombre de talento y de saber muy superior á la generalidad de sus paisanos, de maneras cultas y de mucha lectura; era literato y caballero. Hubo época en que fué muy poderoso y segun algunos cruel; pero se justifica la severidad con que sofocó la revolucion en el Salto; pues en efecto, la falta de firmeza ha servido de estímulo para la rebelion en su República y en las de sus vecinos, y las ha hecho el teatro de matanzas y de una anarquia perpétua: Fué cobardemente asesinado en el país en que habia esperado encontrar refugio y por el mismo hombre que debia haber sido su mas firme amigo, y en cuya defensa habia arriesgado su propia vida, y perdido su reputacion, riqueza y posicion.

D. Gumesindo Benitez no pasaba de ser un Paraguayo vulgar; capaz de pronunciar un discurso bombástico y de escribir lo que se le ordenara. Perdió la vida por su escesivo celo: tratando de enredar á Mr. Washburn en las mentiras que tejia, cayó torpemente en la red en que trataba de envolverlo.

Procuró por medio de cartas, y despues por conversaciones personales inducirle á que se confesara culpable de un crímen que nunca habia cometido, diciéndole que delatando á sus cómplices podia salir de su peligrosa situacion; al efecto, se sirvió desgraciadamente de esta frase: « todo está descubierto, tiene vd. que confesar. » Como Lopez no habia descubierto todo lo que queria saber llegó á suponer, que el mismo Benitez debia ser conspirador, puesto que hablaba de un conocimiento perfecto que los fiscales no tenian (1). Fué arrestado inmediatamente y atormentado; repitió la misma historia de mentiras y de infamias que antes habia inventado con tanta ligereza, y despues de infinitos sufrimientos murió de una muerte vergonzosa.

CAPÍTULO XVIII.

SE CONTINUA LA NARRACION—LAS ATROCIDADES DE LOPEZ—MI LIBERTAD.

Al dia siguiente se fusilaron muchísimos presos en el mismo paraje en que yo me hallaba; eran principalmente oficiales

(1) Esta informacion me la dió incidentalmente el Teniente Levalle. El nombre de este oficial me recuerda que servia para demostrar la naturaleza incivilizable de los Indo-Españoles. Fué enviado á Inglaterra siendo muy muchacho, á un colegio en Richmond (el del Dr. Kenny's) donde permaneció algunos años, y aprendió á hablar el inglés bastante bien y el francés mucho mejor, sin adquirir muchos mas conocimientos; observé sobre todo que no habia logrado vencer las dificultades de la aritmética, que son el tormento de su raza; no podia resolver el problema mas sencillo en la multiplicacion de denominados. El gran adelanto de Inglaterra, las comodidades de nuestras casas, el bienestar de nuestra vida social, nuestras calles y edificios, no parecian haberle hecho impresion alguna.

Gustaba de conversar conmigo, y quise averiguar qué efecto habia producido sobre él la vida europea; pero un sentimiento de amargo rencor contra sus condiscipulos, que le habian vejado en Richmond, y esto lo supe mejor por el fuego que enrojecia sus ojos y sus mejillas cuando hablaba de ello, que por lo que determinadamente me dijo parecia ser su principal recuerdo.

paraguayos que no hacia mucho ocupaban la segunda guardia. La carniceria continuó to la la tarde; deben haber perecido cuarenta ó cincuenta personas cuando menos. El fuego fué tan nutrido en ese momento que un centinela proximo preguntó al sargento si les habian caido los *cambas*. «No, contesto con indiferencia; no hacen mas que fusilar presos». Dia tras dia se cométian los mismos horrores. Se oia á lo lejos el crujido de los fierros; pasaba tropezando un andrajoso casi loco por la desgracia, y frecuentemente no volvia—¿Por qué? . . . De esto respondia una confusa é irregular descarga.

Algunas veces, sin embargo, el drama consistia en una visita, corta ó larga segun el caso, al rancho situado del otro lado de los naranjos, Alli iba todos los dias uno que otro de mis compañeros; el flaco y descarnado don José Berges, y don Benigno eran conducidos amenudo á aquel punto.

Un dia vi al primero arrodillado en el barro á los pies del Mayor Caminos. Alli estaba; en medio de la llovizna el ex ministro de doce años, y encargado de una mision especial en Inglaterra y Estados Unidos, implorando, á la vejez, con sus manos juntas y tremulas la piedad de un soldado brutal, que dos años antes solamente se le habria acercado tímidamente con el sombrero en la mano. Nada le valió esto, ni sus largas y escasas canas que flotaban húmedas y enredadas al capricho del viento. Lopez le odiaba, y segun creo le temia; porque cuando se hablaba de su propia eleccion, el pueblo decia sin mucha reserva que don José seria su candidato, si tuviera la libertad de elegir y por esto le espiaban y temian desde el principio de la guerra.

Pasó el mes de setiembre y el siguiente sin grandes novedades. El tiempo se hacia mas caloroso; pero no sufria ya de la sed, porque un generoso comandante me habia regalado un cantarillo, pequeña botella de barro con dos aberturas, que me llenaban todas las mañanas con un litro de agua; diariamente pasaba un rato de ansiedad por temor de que me lo rompieran cuando mandaba llenarlo con el agua asquerosa que nos traian en cueros; solia poner en él pedazos de carbon de leña que mejoraban mucho su sabor; los obtenia guardando la brasa candente que se me da-

ba para encender el cigarro; porque gozaba entonces del esquisito placer de fumar. Se presentó una tarde un oficial llevando un buen número de cajitas que contenian regalos de parte de Madame Lynch, para ser repartidos entre los mencionados en una lista que traia en la mano, por la que supe, si se me permite la digresion, que el mayor Manlove vivia todavia. Recibí algunos cigarros, azucar, yerba y una botella de caña; despues de vivir dos meses con solo una pequeñísima cantidad de hervido, frecuentemente sin sal, puede imaginarse con qué gusto saborearia estos regalos.

Habia contemplado amenudo con hambrienta envidia las encomiendas que recibian los dos hermanos del Presidente, y deseaba ardientemente participar de su alegre festin, sobre todo del pan fresco que les traian casi todas las mañanas de la casa de la madre; solo una persona que ha vivido varias semanas, solamente con carne y aun esta misma escasa, puede decir que refinada delicadeza son el pan y los bizcochos.

Continuaron interrogándome con intérvalos; algunas veces me mandaban llamar á media noche, ó al amanecer, y se me interrogaba ocho ó diez horas seguidas. Aun ahora mismo admiro como pude hablar tanto y decir tan poco, y no me sorprende absolutamente que el padre Roman me amenazara siempre con fusilarme ó mandarme al potro. Pero creo que tenia un amigo secreto en el padre Maiz; este deseaba mucho instruirse, y solia conversar largamente conmigo sobre tópicos que nada tenian que ver con la conspiracion, lo que disgustaba grandemente á su irascible colega. Ofrecí tambien levantar de memoria un plan minucioso de la Legacion; eché á perder intencionalmente dos que hice, pero Roman me lo hizo pagar, deteniéndome toda una noche sin dormir para rehacerlos; tenia por objeto eludir las preguntas que se me hacian sobre mis declaraciones; porque un solo error bastaba para perderme, probando que no era tan criminal como lo pretendia. Vacilé un dia en llamarme, *reo confeso*; Roman me atacó instantáneamente.—¡Como! no es vd. criminal? ¿Debo mandarle al tormento para poder tomarle la declaracion de nuevo? ¿Esa bestia de Washburn no es conspirador tampoco? Protesté que me habia comprendido mal, y que

yo era el mas culpable de los hombres. «Ah! dijo, lo verá cuando le mande fusilar» ¡Qué consuelo!

Los ví una tarde ocupándose en poner á un estranjero en la Uruguayana. Ví su cara solo por un momento; estaba mortalmente pàlido, y estendia las manos en la actitud de quien pide compasion. No he podido averiguar quién fuera, pero estoy cierto de que no era paraguayo.

Inmediatamente á la retaguardia de mi rancho, estaban encarceladas las dos hermanas de Lopez, doña Inocencia de Barrios y doña Rafaela de Bedoya; cada una estaba presa en una carreta, que tenia cerca de siete piés de largo, cuatro de ancho y cinco de alto. Estas desgraciadas señoras permanecieron mas de cinco meses encerradas en aquellas cárceles portátiles. Las ví á menudo conducir por frente de mi rancho, en su camino al *Tribunal;* el frente y las ventanas estaban tapadas, y la puerta trasera estaba asegurada con un candado; pero se habia practicado una abertura en el frente, que tendria seis pulgadas de alto, por la que, segun creo, se les entregaban sus alimentos. He oido muchísimas veces que algunas criaturas lloraban dentro de ella pero no sé si eran las suyas. Los sufrimientos que soportaron, sobrepasan casi todo lo que se puede imajinar. En Diciembre de 1867, sus maridos se acarrearon el ódio de Lopez, segun se dice, porque los discursos que pronunciaron al presentarle la espada de honor no fueron bastante patrióticos; desde entonces fueron detenidos y sus familias recibieron órden de partir para San Fernando. Se las arrestó á principios del año siguiente. D. Saturnino Bedoya fué acusado, primero de haber robado la Tesorería (era Tesorero jeneral), y despues de ser cómplice en la pretendida conspiracion, protestó su inocencia, pero fué puesto en el tormento, y se lo aplicaron con tanta crueldad que le dislocaron el espinazo y murió con una atroz agonía. El jeneral Barrios, para escapar á un destino tan horrible, quiso suicidarse cortándose el pescuezo, pero la herida, aunque profunda, no lo era suficiente para tener un resultado fatal; se la vendaron y se le fusiló al dia siguiente. Su esposa y hermana fueron sacadas de la cárcel y obligadas

á presenciar su ejecucion. Las infelices, desgarradas y fuera de sí, espresaron como era natural su desesperacion por la barbárie contra-natural de su feroz hermano; cuando él lo supo ordenó que las azotasen de una manera ultrajante á la decencia y á todo sentimiento de humanidad, y sus órdenes fueron inmediatamente ejecutadas. No quedando satisfecho con esto, las mandó de nuevo á sus carceles, y las obligó por amenazas de un tratamiento peor todavia á dar falsos testimonios contra sus asesinados maridos. En Diciembre de 1868 obligó á su madre á dejar su casa de la Trinidad, en donde habia permanecido brutalmente presa por cerca de dos años, é ir á Luque, capital provisoria, y allí, delante del altar de la iglesia, jurar que ella solo reconocia por hijo suyo á Solano Lopez y maldecir á los demás por rebeldes y traidores. Se escusó lastimosamente alegando su ancianidad (tiene mas de setenta años) y estar enferma del corazon, para no cumplir con la órden; pero el oficial encargado de ejecutarla, le dijo que tenia que obedecer ó morir, y se vió obligada á mentir. Creo que la triste historia de los crímenes de la humanidad no puede producir uno que sobrepase éste, por su desapiadada crueldad. Era una madre viuda, que habia visto ejecutar como criminales á su hijo menor y á sus dos yernos; de los hijos que le quedaban, uno estaba preso, y el otro, por ser un demonio encarnado, era odiado y maldecido por millares de personas; sus hijas estaban ultrajadas y enjauladas como béstias salvajes, y ella en el desamparo de la vejez, se veia obligada, bajo pena de muerte, á pronunciar maldiciones contra los muertos y los vivos, que le eran mas queridos, y esto por órden de su hijo mayor, criatura monstruosa que antes habia alimentado con tanta ternura. Preferible le habria sido morir; pero mil veces mejor habria sido que su hijo no hubiera nacido.

A mediados de Noviembre llegó á Pikisiry M. de Libertad canciller del consulado frances. Antes de mi arresto el cónsul me dijo que este señor habia sido acusado de conspirador; apenas crei que Lopez se hubiera atrevido á dar este paso, pero el hecho prueba hasta donde habia llegado su te-

meridad. Cuando llegó, me pareció muy fatigado y asustado y no comió casi nada por varios dias. Le colocaron en el rancho próximo al mio; no llevaba grillos, pero le aseguraban en el cepo de lazo todas las noches, como á los demás. Los dos hermanos de Lopez solamente se vieron libres de esto. Fué examinado repetidas veces y en detalle; volvia siempre con la mirada abatida de una persona casi muerta de vergüenza.

Habia sido amigo íntimo de D. Benigno, lo que unido á su posicion oficial daba aparentemente mucho valor á sus declaraciones, como medio de ocultar á los paraguayos y á los demás pueblos del mundo, la estremada violencia de estos actos. Pero no lograron sacarle mucho, segun creo, hasta que, por último Mr. Bliss (que habia llegado ya á ser un gran favorito del padre Roman) fué comisionado para indicarle lo que deberia decir. M. Libertad, como es natural de suponerlo, se horrorizó ante la idea de mentir tan vergonzosamente, y por último le dijo enteramente desesperado:—«Dígame lo que quiere que declare, y lo declararé.» Sé esto por el mismo Mr. Bliss que me habló con suprema satisfaccion de las miserables fábulas cuya autenticidad, le hizo jurar, de las reuniones que los cospiradores habian tenido en casa de D. José Berges, de sus proyectos, de los documentos que redactaron, y de los nombres de los miembros de la comision de que Bliss era secretario. Creo que tengo razon para asegurar que este no habia tenido nunca entrada en la casa de D. José Berges, y que como es de suponerse el ministro no habia condescendido jamás en formar una relacion íntima con semejante individuo. M. de Libertad, sinembargo fué mas afortunado que todos nosotros, porque el ministro frances mandó una cañonera aguas arriba en busca del cónsul tan pronto como Mr. Washburn le participó la peligrosa situacion en que se hallaba. Cuando aquella llegó se mandó á bordo á Mr. de Libertad en calidad de preso. Se me ha informado despues, que ha sido despedido del servicio diplomático; pero no porque se creyera que hubo una conspiracion en que tuviera parte, sino por no haber sostenido con suficiente energia la dignidad de su puesto. Sé, que solia hablar muy imprudentemente con D. Benigno sobre los sufrimientos del

pueblo, y la inutilidad y locura de continuar una lucha desesperada; pero no abrigo por un momento la creencia de que estas opiniones asumieran jamás la forma de una conspiracion. Nunca tuve gran intimidad con él, ni con D. Benigno, pero sí con los demás que se decia eran sus cómplices; y estoy plenamente convencido de que si se hubiese tratado de semejante cosa yo la hubiera sabido tambien. Además, la confesion de Carreras decide totalmente la cuestion y disipa todas las dudas; y la seriedad con que pronunció las palabras, «mentira, todo es mentira desde el principio hasta el fin» encerraban una plena conviccion. No puedo dudar de su perfecta inocencia.

Un dia en este periodo me mandaron llamar los fiscales, y el padre Roman me favoreció con una larga recitacion, diciéndome que no debia tener la menor gratitud á Mr. Washburn por haber obtenido mi libertad en 1867 y que la amistad no debiera ser motivo para impedirme decir toda la verdad acerca de él; continuó un buen rato hablando en este sentido, y me informó luego que Bliss, escribia una historia de la conspiracion, y me preguntó si querria hacer lo mismo. Le dije por supuesto que sí; entonces me dijo que si la obra fuèra satisfactoria, salvaria talvez mi vida; porque aunque creian la declaracion que habia hecho de no haber tenido parte en la conspiracion, sin embargo se castigaba con la muerte el conocimiento de su existencia, y sabia que estaba condenado.

Inspirado por estas influencias comenzé á escribir mi primera obra. Me agrandaron el rancho hasta dejarme lugar para poder sentarme en el suelo, y me dieron por mesa un baul; se me suministraron tambien dos pliegos de papel á la vez, un tintero y una pluma, que me quitaban antes de ponerse el sol, por temor de que procurase escribir alguna cosa clandestinamente. Dí principio á la obra con gusto y energia, porque esperaba poner en boca de Mr. Washburn opiniones y observaciones que no me atrevia á decir por mí mismo, y revelar asi al mundo el verdadero estado de las cosas. Empezé describiendo brevemente la prosperidad y felicidad del país cuando puse el pié en él por primera vez; entonces repetí muchas

conversaciones que habia tenido con Mr. Washburn, en las cuales Lopez figuraba como un cruel y avaro tirano y una nulidad completa en la ciencia militar; en las que discurria sobre la locura y la vanidad de luchar contra los aliados cuya fuerza y recursos exageré; en las que hablaba de la certeza de que el gobierno de los Estados Unidos vengaria el insulto inferido á Mr. Washburn y del inmenso poder de que dispondria desde el momento que llegara á Washington. A fin de velar mi verdadero objeto, traté de ridiculizar siempre que se me presentaba la ocasion, tanto á él como á sus amigos los *macacos* y los *cambas* y de exagerar tanto la gloria de Lopez que habria de ser ciego el hombre que no lo comprendiera en el acto. No dije una palabra sobre la conspiracion; pero el padre Roman insertó un párrafo de unos cuantos renglones significando, que Washburn era gefe de los conspiradores y que Carreras, me habia invitado á correr la misma suerte que ellos. El conjunto formaba un folleto de cerca de doce páginas en octavo.

Estando descontentos de la obra, me dijeron que habia desplegado tan poco zelo que acabarian probablemente per fusilarme; no lo estrañaba, porque mi trabajo era muy pálido comparado con el de Mr. Bliss, que tengo por delante en el momento en que escribo este libro. Pretende contener una vida de Mr. Washburn á quien acusa de toda clase de canalladas desde el robo de cucharas en el colegio hasta la intencion de asesinar á Lopez mismo; sigue una relacion detallada de la conspiracion, los proyectos de los conspiradores y la forma de gobierno que pensaban introducir. Monr. Laurent Cochelet, poco antes cónsul frances en la Asuncion, hombre alta y merecidamente respetado, figura como uno de sus agentes; y la prueba contra los demás «traidores» aparece completa en todo sentido. Estrañaba mucho ver á los fiscales mandar llamar tan frecuentemente á mis compañeros; pero supe despues que volvian á examinarlos, y que estos se veian en la obligacion de atestiguar bajo juramento la verdad de todas las historias inventadas por Mr. Bliss. Me escapé milagrosamente de la prueba; me mandaron llamar un dia á gran prisa; se me dijo que habia asistido una vez en la casa de

Bliss á una reunion de conspiradores y se me exigió, que dijera lo que habia ocurrido en esa ocasion. Se leyeron los nombres de los presentes; pero casi todos me eran nuevos y pude jurar con toda energia, que nunca los habia encontrado y que no sabia nada de ellos. El capitan Falcon, afortunadamente para mí, era interrogador, y tuve la suerte de convencerle de que decia la verdad. Si hubiera sido el padre Roman no tengo la menor duda de que me habrian atormentado.

Habia estado preso cerca de once semanas cuando el Coronel pasó á habitar un rancho mejor, y, su lugar fué ocupado por el objeto mas deplorable con forma humana que haya visto en mi vida. Llegaron con paso poco seguro dos soldados llevando en un cuero, suspendido de una caña, un hombre casi desnudo, que apoyaba la cabeza en sus rodillas y que hubiera creido muerto sino fuera por el hondo jemido que lanzó cuando echaron la carga en tierra. Ví momentáneamente su descarnado rostro cuando le arrastraban dentro del rancho, pero no le reconocí; sus enormes coyunturas demostraban que habia sido antes un hombre alto y robusto, pero estaba en un estado tal de estenuacion, que las partes agudas y huesos de su cuerpo parecian que iban á rasgar el cutis. Permaneció doblado mudo é inmóvil como cuando le ví por primera vez; pero apesar de estar tullido y estropeado cargaba fierros dobles. Durante la siesta un buen sargento, que me venia á hablar frecuentemente cuando el oficial estaba dormido, se introdujo furtivamente en mi rancho, y le pregunté quien era el recien venido.—« Es el Coronel Alen, me dijo, al pobre le han estropeado en la Uruguayana de tal manera que nunca podrá enderezarse. » Este oficial habia sido Secretario de Lopez antes de la guerra, y mas tarde Gefe de Humaitá. Era entonces un hermoso hombre y de maneras simpáticas, francas y festivas; recuerdo bien haberle visto un dia encabezar una banda de música en el campamento, acompañada de una multitud de bailarinas, y llevarlas á saludar al Dr. Rhind y á mi mismo, concluyendo la jarana con un discurso en honor nuestro. Se le acusó de traicion despues de la toma de Humaitá,

le arrestaron, le azotaron, le atormentaron atrozmente, y acabaron por fusilarle.

Los fiscales entretanto trazaron un proyecto para justificar la manera como me trataban. Declararon, que nunca se me habia perdonado mi ofensa anterior, y que se me habia puesto en libertad solo condicionalmente: que pude asistir á Mr. Washburn, pero no practicar la medicina; que lo habia hecho apesar de esto é ido á la Trinidad sin licencia, y que era por esto que se me habia vuelto á arrestar. Se me dijo que Mr. Washburn habia mentido, cuando me dijo que el Vice-Presidente habia dado órdenes á los centinelas para que me franquearan el paso. (¡No solamente sé que se concedió la licencia, sinó que vino el mismo D. Venancio, hermano del Presidente, á decir á Mr. Washburn que yo podria ir cuando me pareciera.) Celebré saber esta historia, porque me probaba que se ocupaban de mí; en efecto, la noticia de la próxima llegada de una cañonera americana, los preocupaba bastante. En la mañana del 3 de Diciembre me mandaron llamar, y encontré al padre Maiz sentado á la sombra de un árbol; ordenó á los soldados que me custodiaban que se retiraran un poco, y pronunció un largo discurso sobre la conveniencia de ser consecuente, añadiendo que yo debia decir siempre en todos lugares y circunstancias la misma historia que les conté, y que era deber mio delatar á Washburn por conspirador en todas partes del mundo. Apenas pude ocultar mi alegria, porque supe que habian venido en mi proteccion, pero contesté sumisamente, que lo que estaba escrito, lo estaba; y que no podia negar lo que habia dicho.

Se sonrió en señal de satisfaccion; porque todo lo que se decia en forma afirmativa le agradaba sumamente. Continuó diciéndome que habia llegado un nuevo Ministro de los Estados Unidos, que el Presidente me habia conmutado la sentencia de muerte en destierro perpétuo, y que él esperaba verme emplear los dias que me quedaban celebrando la clemencia del Mariscal y denunciando las maldades de Washburn. Prometí hacer conocer la verdad desnuda, y cumplo ahora con aquella promesa.

Se llamó un herrero, que partió los remaches, y mis hierros cayeron crujiendo; pero aun entonces, apenas pude creerme tan afortunado. Habia vivido tanto tiempo con la muerte constantemente en perspectiva, que no podia estar cierto si el padre Maiz queria ó no divertirse conmigo, al decirme que saldria del pais dentro de pocos dias. Sin embargo, le agradecí cordialmente la bondad que me habia mostrado, y las buenas noticias que me daba, pero me dijo, que debia estar agradecido al Presidente, y que debia escribirle una carta dándole las gracias en prueba de gratitud.

Me escusé diciendo que él podia espresárselas verbalmente mucho mejor que yo, que no conocia sinó imperfectamente el español, y que por esto le confiaria la tarea. Una sonrisa se dejó traslucir en su rostro y me dijo: puede vd. retirarse á su rancho; sospecho que fué bastante sagaz para adivinar lo que pasaba en mi mente en aquel momento.

Volví con ligereza á la guardia sintiendo un alivio y una alegria indescriptibles; al pasar por delante de mis compañeros de desgracia me dirigieron fatigadas y estrañas miradas, me preguntaban mudos, que podria significar el cambio, por que ellos habian perdido toda esperanza y la muerte era la única libertad á que aspiraban todos: si se esceptúan dos, todos murieron quince dias despues.

En la tarde un oficial me trajo té, biscochos y cigarros y lo que aprecié mas todavia, ropa limpia aunque ordinaria. Dos dias despues me ordenaron de nuevo que acudiera al rancho de los jueces. En el tránsito tropezé con el padre Maiz, quien me repitió lo sustancial de lo que me habia dicho antes, y me dió á entender que mi vida dependia de mi discrecion. Me dijo tambien, que dos oficiales Norte Americanos me aguardaban para oirme confesar, que mis declaraciones eran verídicas y que yo debia satisfacerles sobre la verdad del caso. Sentia amargamente la falsa posicion en que me hallaba, pero no dudé jamás de que conocerian mi inocencia y que por lo tanto apreciarian todo lo que dije en su justo valor.

Cuando me acerqué á sus cuarteles, observé inmediatamente que se habian empeñado mucho por dar al paraje un aspecto

mas decente. Se practicaron algunas mejoras en el viejo y ruinoso rancho dándole mayor altura y solidez, el terreno á su rededor estaba bien barrido, no quedaban rastros de cadenas ni de huascas, y en el arenal no se veia nada que indicara la matanza de que habia sido teatro; por otra parte, el monte de naranjos, y los densos arbustos que crecian por abajo ocultaban á la vista los presos. Cerca de la puerta se hallaba una mesa con una botella de caña y vasos, sentado á su lado estaba el teniente Kirkland y dentro del rancho se veia al capitan Ramsay, ambos de la marina Norte Americana.

Cuando me aproximé, tropezé con Mr. Bliss que salía lenta y servilmente, inclinándose delante del padre Maiz quien dijo impacientemente á los soldados que le llevaran de allí; casi les perdono á sus paisanos la manera con que me trataron, cuando recuerdo su aire y figura. (1)

Al pasar cerca del capitan Ramsay, le dije al oido, que esperaba me dispensaran aquella degradacion, sin juzgarme por ella. No me atreví á decir mas, porque Levalle y otro paraguayo que hablaba tambien el francés y el inglés, me siguieron inmediatamente. Sentados dentro del cuarto encontré al padre Roman, otro sacerdote que hacia de secretario, y al mayor Aveiro. Se empezó á dar lectura á mis declaraciones en Español, porque los dos americanos comprendian aquel idioma y al concluir cada pliego se me preguntaba «*Está conforme, y es esta la firma de vd.?*» Contestaba, como es de suponer, que sí. Cuando se leia la hoja en que se me hacia decir que yo era criminal, y que sabia que existia una conspiracion, el capitan Ramsay me preguntó con aire de duda.—«¿Pero es realmente verdadero todo esto?» Vacilé, y me dispuse momentáneamente á arriesgar todo y decir francamente, no, to-

(1) Lopez le perdonó sin condiciones y le hizo saber que en vista de su verdadero arrepentimiento y del zelo que habia desplegado por redimir sus crímenes, podia quedarse con los 15,000 patacones que juró haber recibido de los brasileros y enviado á Buenos Aires por mano de Mr. Washburn, agregando que confiaba en que haria buen uso de su dinero! Esto sí que es pagarle á un hombre en su misma moneda.

do es enteramente falso; pero creyendo que podria justificarme algunas horas despues, y que seria el colmo de la locura esponer mi vida por hacerme el valiente, contesté en inglés «le ruego à vd. que no me haga preguntas.»—«¿Qué dice?» preguntó en Guaraní, el padre Roman con recelo, y Levalle le tradujo mi respuesta. Se detuvo un momento y entonces levantándose invitó á los oficiales á tomar con él un vaso de caña.

Salieron juntos, pero él volvió inmediatamente y preguntó fruciendo las cejas, «¿por qué no quiere que le hagan preguntas?» Le dije que estaba enfermo y débil (lo que era muy verdadero) y que deseaba mucho volver á mi rancho, lo que le satisfizo, pero esto probaba entretanto, á lo que podia esponerme una palabra dicha descuidadamente.

Los dos oficiales fraternizaban mucho con los paraguayos y se regocijaban al oir las injurias que decian contra Mr. Washburn. Habian almorzado con Lopez y Madame Lynch y parecian estar plenamente convencidos de que yo era tan criminal como parecia serlo.

Habia causado en Buenos Aires tanta indignacion la defensa de Lopez hecha por su ministro anterior, que no estrañé mucho que estuviesen tan dispuestos á tragar los cargos que se le hacian, y si él era criminal y conspirador claro es que habian de suponer que yo lo era tambien.

Cuando los Americanos se fueron se me mandó volver á mi rancho, donde pasé una muy triste noche; porque el comandante, deseoso de que yo apreciara la libertad cuando la obtuviera, me aseguró tan sólidamente con huascas que no pude dormir un momento por el dolor que me causaban. Pasaron cinco dias, llegué á suponer que al fin y al cabo se me habia engañado y que serviria de pretesto para detenerme, la mala voluntad que mostré para corroborar las tituladas declaraciones, y que siendo inglés y estando abandonado por mi propio gobierno, no podia esperar, que los Americanos se molestaran mucho para salvarme.

Pero el Almirante habia incurrido en el mismo desgraciado error que nuestros oficiales y fué esto lo que causó la demora. Estando prevenido contra Mr. Washburn y atizadas sus sospechas

por el astuto Lopez y su manceba, faltó á sus órdenes y acudió á la diplomacia; pero fracasó. Consintió en recibirnos como presos, en que fuesemos tratados como tales durante el viage y que fuesemos enviados á Washington para ser juzgados allí. Nunca satisfizo á Lopez ó mas bien dicho temia las revelaciones que inevitablemente hariamos; y por lo tanto, se empeñó todavia en detenernos; y solo cuando el Almirante le amenazó con hacer fuego sobre sus baterias, fué que nos dió permiso para salir. Yo, como es de suponer no supe nada de esto hasta despues; y cada dia me parecia mas largo y mas desesperado que el anterior, pero en la tarde del 10 de diciembre, tres meses justos despues de mi arresto, me mandaron llamar por la última vez.

Habia estado dos horas en el cepo y atado con tanta violencia, que apenas podia mantenerme de pié cuando me soltaron las huascas.

Me encontré en el antiguo y acostumbrado lugar con el padre Maiz; me apretó cordialmente la mano, me dió una silla y en tono de reserva me felicitó por mi escape. Su colega estaba sentado adentro del rancho; examinando un monton de papeles recien impresos, y cuando pasé por su lado solo me favoreció con un gesto de *goloso* chasqueado, supongo que deberia sentir lo que la hambrienta araña, que ve escapar una mosca despues de haberla enredado en la tela y humedecídola con su baba. Repartí contento los cigarros y biscochos que me quedaban, entre los soldados que me hacian la guardia, y rogué al bueno del sargento tuviera la bondad de dar mi cántaro al coronel Alen; se alegró mucho tambien y me prometió entregársclo. Pero tuve que esperar todavia largo tiempo, porque Lopez no queria que nos vieran partir las tropas, de manera que era ya muy de noche cuando salimos; íbamos tan mal montados que era ya mas de media noche antes que hubiéramos llegado á Angostura en donde estaba anclada la cañonera.

El oficial que mandaba nuestra partida deseaba mucho conversar conmigo y su vòz me parecia singularmente familiar, pero la oscuridad era tal, que no podia distinguir sus facciones; supe despues que era don Eduardo Aramburú antiguo amigo

mio. En el camino tuve pruebas innegables de que los aproches al campamento estaban rigorosamente vigilados y de que la fuga habria sido una temeridad imposible; no andábamos diez minutos sin ser detenidos silenciosamente por un piquete de soldados con los fusiles al hombro y listos para hacer fuego; algunas veces los piquetes se componian de una docena de hombres, otras veces de dos ó tres solamente tendidos en el suelo, y tan perdidos en el pasto, que parecian brotar de la tierra á los pies de nuestros caballos.

El camino por los esteros era detestable, de suerte que andabamos solamente al tranco; de vez en cuando nos perdiamos casi en los pozos y las bestias hambrientas que montábamos tenian que hacer esfuerzos supremos para salir de ellos. Me alegré cuando llegamos por fin á las baterias y pudimos divisar la brillante luz de los vapores reflejada en las distantes ondulaciones de las aguas del rio.

Nos apeamos, don Eduardo me dió la mano y como la barranca era honda y resbalosa y yo estaba muy débil para caminar mucho, me tomó en sus robustos brazos y me colocó adentro de la canoa, diciéndome al oido—Ah! mi amigo, cuanto le envidio! La fuerza de la corriente y el juego rápido de los remos nos llevaron pronto al costado de la «Wasp.»

Habia esperado tener la entusiasta recepcion, que hubiera recibido á bordo de un navío inglés, vistas las circunstancias en que me hallaba, pero el comandante Kirkland, llamó al maestro de armas y le dijo: «lleve á estos individuos á la proa y póngales un centinela.» Quedé atónito. Mr. Bliss, sombrero en mano, hacia como siempre el papel de adulon; le dije furioso que se pusiera el sombrero y observé:—«Seguramente V. nos vá á poner presos?» Mr. Bliss es hijo de un pastor Bautista, y yo he ocupado el rango de teniente en el servicio de S. M. B., y aun aquí mismo por varios años. Cuando V. nos vió la última vez se nos trataba como criminales, espero que V. no nos tome por tales.» Contestó:—«Los recibo como criminales y los trataré como tales hasta tener pruebas de su inocencia.» El almirante Davis me espresó despues su pesar por la manera indigna con que se me trató, porque me ase-

guró que llevaba órdenes espresamente contrarias; pero cuando supe despues que Kirkland habia tratado á la señora Washburn con la mayor rudeza á bordo de su propio buque, solo porque estaba mal con su marido, dejó de sorprenderme de su brutalidad para conmigo.

Pasé la mayor parte de la noche comparando notas con Mr. Bliss, y me disgustaron muchísimo las declaraciones que segun me decia, habia hecho. Podian perdonársele algunas cosas que habia dicho, sino fuera por la satisfaccion que manifestaba por el mal que habia hecho, y en efecto, me dijo con la mayor alegría, cómo habia completado la prueba en todos sus pormenores contra los presos que no habian sido ejecutados todavia, mostrándose absolutamente orgulloso del rol infame que habia jugado. Durante el resto del viaje me alejé de él cuanto pude.

Permanecimos fondeados frente á Angostura por tres dias, con el objeto de desembarcar al general Mac Mahon, nuevo Ministro Norte-Americano, y su bagaje, y luego seguimos aguas abajo. Pasamos las ruinas de Humaitá en la tarde del 15, habia sido nivelada casi con la tierra; el único objeto conspicuo, era un monton de escombros coronado por los restos bamboleantes de dos torres, con uno que otro rastro de pintura y adornos, que indicaban el sitio de la iglesia. Los cuarteles de Lopez habian desaparecido del todo, y tambien la mayor parte de los galpones ó cuarteles de los soldados; en cuanto á las baterías quise en vano encontrar una tronera ó parapeto que me dijera el lugar en que se hallaban antes. Al Sud de la antigua plaza de armas se habia levantado májicamente una aldea de vivanderos con sus ranchos de madera, muy parecida á las que habia en la Crimea; las carpas de madera y lienzo eran casi iguales, y llevaban las nunca olvidadas tablillas, «Hotel de France» y «Café d' Alliance» pintadas en letras mayúsculas, que se estendian desde una estremidad á la otra del frontispicio. Pero se habian olvidado el aseo y órden, que se observaba en Humaitá bajo el antiguo *réjime*, y no se podia imajinar un lugar mas sucio y escandaloso. El rio estaba lleno de buques; conté mas de cincuenta entre Humaitá y las Tres Bocas, en que flotaba la bandera brasilera.

Tan pronto como fondeamos en Montevideo fuimos trasladados al buque almirante *Guerriere*, y aunque no estuviese arrestado, como me vijilasen, escribí bajo sello volante al Encargado de S. M. B. en esa, describiendo los insultos á que se me esponia, y rogándole que se interpusiera. Contestó que habiendo entendido él, que yo habia reclamado la proteccion de los Estados-Unidos, no habia lugar á mi peticion, pero me aconsejó, que me dirijiese personalmente al almirante Devis.

Lo hice y tuve con él una entrevista muy satisfactoria. Declaró que ignoraba que se me habia traido como preso, abordo de su buque, pero dijo que habia prometido á Lopez, que no se me permitiria comunicar con la costa en aguas brasileras. Me esplicó todo lo que habia hecho y pareció bastante asombrado de los informes que le dí sobre los negocios del Paraguay. Le dí mi palabra, que aceptó inmediatamente; y quiso que los oficiales me tomasen por huésped, y me dejasen en plena libertad.

Permanecimos una semana en Montevideo, y luego partimos para Rio Janeiro. El dia despues de nuestra llegada vino á bordo Mr. Buckley Mathew Ministro de S. M. B. El almirante me presentó y tuve con él una larga é interesante conversacion; habia sabido la manera como Kirkland me habia tratado y esperaba que yo le presentara mis quejas, y hasta me reconvino privadamente por no haberlo hecho; pero despues de la franca declaracion del almirante, que espresó su pesar, y considerando que me habia salvado la vida, comprendí que no seria jeneroso de mi parte revolver la cuestion, y por esta razon resolví callarme.

El 25 de Enero me trasladaron al *Mississipi*, vapor correo y partí para Nueva-York. En el camino tuve el placer de ver á vuelo de pájaro el paisaje de las Amazonas, porque subimos hasta Mariñon para embarcar algunos pasajeros y algunas toneladas de caoutchou. Llegamos á nuestro destino sin tener ningun incidente digno de mencionarse; y dí parte inmediatamente de mi llegada á Mr. Seward el que me dirijió la siguiente contestacion:

Departamento de Estado, Washington, 24
de Febrero 1869.

Señor:

He recibido su carta de fecha del 21 del corriente, en la que me anuncia su llegada á Nueva-York en cumplimiento de las órdenes del Vice-Almirante Davis de la Escuadra del Atlántico del Sud.

En contestacion tengo que participarle, que el Gobierno de los Estados Unidos, no reclama jurisdiccion sobre V. por las órdenes á que se refierè, tanto mas cuanto se comprende que V. no solo es súbdito británico, sino tambien es ahora ó lo era hace poco, oficial al servicio del Paraguay.

Sinembargo, este departamento recibiria contento de V. ya por escrito ó ya verbalmente, toda declaracion que V. crea propio hacer, respecto á los interesantes hechos del Paraguay con que se liga su nombre, de algun tiempo á esta parte.

Soy Sr. su obediente servidor.

(Firmado)—*William H. Seward.*

Al Sr. Masterman, ex-Cirujano ayudante al servicio del Paraguay.

Continué pues mi camino hasta Washington, y tuve el placer de conversar media hora con Mr. Seward y de darle todos los informes que imajinaba podrian interesarle; volviendo á Nueva-York, partí inmediatamente para Inglaterra.

A propósito de esto, puedo decir que mientras permanecia en esta ciudad esperimenté el curioso procedimiento de *interviewing* (visita de inspeccion). (1) Uno de los redactores de la *Tribuna* vino á verme y me rogó con mucha urbanidad que le suministrara verbalmente todos los pormenores de mi vida en el Paraguay. Estuve al punto de soltar la risa va-

(1) En los Estados Unidos, cuando llega algun hombre notable, todos los diaristas se presentan á conocerlo, con el objeto de recojer sus primeras palabras y levantar su filiacion, para publicar inmediatamente los menores detalles sobre su vida y su persona. Este procedimiento se llama allí *interviewing*, palabra que no tiene equivalente en español.

rias veces durante la entrevista, sabiendo el uso que haria de ella, pero me contuve por el convencimiento de lo que debia á los norte americanos. Al dia siguiente encontré que tres columnas de la *Tribuna* estaban dedicadas á la relacion completa de mi conversacion, observaciones, aspecto personal, y otras cosas por este estilo.

CAPITULO XIX.

LAS NARRACIONES DEL SEÑOR TAYLOR Y DEL CAPITAN SAGUIER.

Gracias á la cortesia del señor Russell Shaw I. C. puedo dar al público la siguiente narracion de los sufrimientos de uno de mis compañeros de desgracia, dictada á aquel caballero por el mismo Alonzo Taylor, poco despues de su salvacion y de su llegada á la Asuncion. Dice así:

«Me llamo Alonzo Taylor. Nací en Chelsea y trabajo de maestro albañil y arquitecto.

«En Noviembre de 1858 me contraté, por medio de los señores Blyth de Limehouse para servir á Lopez en el Paraguay por un periodo de tres años, y para enseñar mi oficio á sus paisanos.

«Soy casado, pero me pareció conveniente trasladarme solo para conocer bien el pais por mí mismo. En 1861 se juntaron conmigo mi esposa é hijos y vivimos en una casa cerca de la Aduana. En la sala construí una chimenea con estufa, que fué la primera que se vió en el pais.

«Tenia un buen sueldo y poco trabajo, y el Presidente (era general entonces) me trataba con mucha consideracion, de suerte que firmé un nuevo contrato poco despues de mi llegada obligándome por cuatro años mas.

«La guerra contra el Brasil y la Confederacion Argentina estalló en 1865; pero esto no me afectó mucho, aunque percibiamos menos sueldo porque la guerra ocasionó una depreciacion en el valor del papel moneda. Por lo tanto, cuando se concluyó mi contrato, pedí al Gobierno se me dejara presentar uno nuevo, se me contestó en el Ministerio, que estaban

muy ocupados para atender á semejantes cosas, pero que si trabajábamos como siempre nos remunerarian generosamente. No me ocupé mas del asunto hasta Diciembre de 1867, en que el Mayor Fernandez, Oficial Mayor del Ministerio, de la Guerra, me dijo que si queriamos podriamos (és decir los hombres del arsenal), hacer nuevos contratos y presentar al efecto nuestras proposiciones.

«Fué en esta época que volví del Interior en donde habia estado construyendo hornazas para destilar azufre con el objeto de hacer pólvora, segun un plan que concerté con Masterman.

«Aunque me disgustaba ya la guerra y el cambio que naturalmente acarreó, todavia no se me ocurria lo que debia hacer n como sacar del pais á mi esposa é hijos, porque Lopez nunca dejaba este punto á nuestro albedrio; hice pues un contrato por un año mas. Muchos ingleses al servicio del Gobierno se rehusaron á renovar sus contratos, y siento no haber obrado de la misma manera.

«Durante mi permanencia en el Paraguay me ocupaba de la parte práctica de muchas obras, como por ejemplo, del taller de moldes, de la nueva fundicion y de la colocacion y disposicion de las varias máquinas del Arsenal; dirijí la construccion de las estaciones del ferro carril, del nuevo muelle y del hermoso palacio del Presidente. El palacio que es muy espacioso está sólidamente construido, el material consiste en piedra y ladrillo de superior calidad; pero él nunca lo ocupó, y deseo ardientemente que no lo ocupe jamás. Solia percibir el sueldo de algunos de mis paisanos cuando no estaban presentes, y se los reservaba y protegia á las viudas y las huérfanas, de las que habia un gran número, porque muchos de nuestros artesanos se suicidaron con la bebida.

«Digo todo esto para esplicar porqué fuí al Paraguay y por qué permanecí en él; ahora contaré mis sufrimientos durante cinco meses de cruel cautividad. Estando sin embargo mas acostumbrado á trabajar con el cincel y la trulla, que con el compas y el lápiz, apenas podré describir como se debe los horrores que he presenciado, de manera que me limitaré á decir la verdad pura y llana como hombre sencillo; pero desearia poder

pintar aquellas terribles escenas como podrian hacerlo personas mas instruidas, para que el lector se formara una idea de sus horrores y miseria y para que pudiera imaginarse, como yo me imagino y aun creo oir en este mismo momento, los lamentos y gemidos de los muchos infelices, que murieron en el tormento.

«Mis sufrimientos comenzaron así: despues de un dia de duro trabajo en las jabonerias de Luque, volví á casa á las 10 de la noche. Poco despues un soldado de caballeria llamó á la puerta, y antes de que le abriera, me dijo que traia órdenes del Ministro de la Guerra y Marina, llamándome á la capital, pero sin poderme decir porque razon. Sabiendo que era inútil resistir, monté en mi caballo y acompañé al soldado, quien al pasar por el Ministerio, me dijo que tenia órdenes para conducirme á lo del Capitan del Puerto; asi fué que continuamos nuestro camino hasta llegar á las orillas del rio donde nos encontramos con un gran número de jente. Al bajar del caballo, apesar de protestar enérjicamente, me pusieron una barra de grillos y me colocaron en compañia de ocho ó nueve presos mas, hasta la mañana siguiente en que nos trasportaron á bordo del vapor «Salto de Guayrá»; Mrs. Lynch y su hijo mayor Francisco, acompañados de varios oficiales vinieron á bordo antes de zarpar el buque aguas abajo.

Al dejar el vapor Mrs. Lynch me vió, pero pretendió no verme, aunque solia tenerme en mucha consideracion y mi hija frecuentaba mucho su casa. Pregunté á un oficial, que estaba presente y que era antes muy amigo mio, si me permitiria hablarla, pero me dijo que estando preso, no podia hablar con nadie y mucho menos con ella. Me injurió y parecia gozarse en mis infortunios.

En esta época el Presidente Lopez tenia sus cuarteles generales en el Tebicuarí, gran rio que desagua en el Paraguay. Llegamos á este punto á las cuatro de la mañana, nos desembarcamos y tuvimos que marchar al campamento engrillados por una distancia de seis millas, y fué entonces, que empezaron nuestros sufrimientos. Nuestra partida consistia, en un viejo llamado Sortera (estaba muy enfermo, y no cargaba grillos,

porque no podia caminar, era padre del segundo capitan del puerto), en dos orientales, seis italianos, un correntino, tres españoles, un paraguayo y yo, es decir, once personas. Si se esceptúan dos, todos llevábamos grillos y algunos cargaban dos pares, es decir, gruesas barras de fierro con argollas, que pesaban entre veinte y treinta libras. Un paseo de seis millas en épocas normales en el Paraguay no dejaria de ser una hazaña para un pedestre libre de toda traba, pero era una tarea tremenda para el que marchaba á tropezones con sus tobillos aprisionados en pesados grillos. Además tuvimos que llevar á dos de nuestros campañeros enfermos, al viejo Sortera y á un italiano. Fueron colocados en hamacas que llevábamos suspendidas en un palo. La fuerte compañia que nos guardaba aceleraba nuestra marcha á bayonetazos y azotaba con huascas á los fatigados.

« El infeliz Sortera fué el que sufrió mas, porque estaba casi loco; y sin contar sus quejas eternas por el cruel trato que le daban en su vejez, los injuriaba y le arrimaban sin compasion con el fin de hacerle callar.

« Aquella terrible marcha me impresionó mas que todo lo que sufrí en seguida; porque todo esto me era nuevo y tenia una salud robusta. Despues habiendo perdido la salud y la fuerza llegué á ser sumiso é indiferente y sufrí mucho menos, tanto moral como físicamente.

Veia torturar diariamente á muchos hombres en el cepo Uruguayana, pero de esto hablaré en otra parte; vi matar á hombres y mujeres á bayonetazos ó azotes de la manera mas bárbara en los meses de Julio, Agosto y Setiembre; todos los castigados eran acusados de traicion y rebelion apesar de estar completamente inocentes de semejantes crímenes. Perecieron en todo mas de setecientos.

Al llegar á San Fernando vi á Mr. Stark caballero anciano de gran corazon, ingles y comerciante. Habia residido muchos años en la Asuncion, y todo el mundo le tenia gran respeto y estimacion. No se me permitió hablarle, pero vi azotarle, y tratarle cruelmente de diversas maneras. Fué fusilado en compañia de varios otros á principios de Setiem-

bre. John Watts, otro ingles, que fué primer maquinista de una cañonera, y Manlove, norte americano, fueron pasados por las armas en el mismo dia. Al menos que yo sepa, Lopez no fusiló sino dos ingleses; el otro murió de hambre y de la intemperie, como le sucedió á un compañero mio el dia despues de mi llegada. El desgraciado de Mr. Neuman fué bárbaramente azotado. Podian oirse sus gritos por todo el campamento y murió en medio de la aplicacion del castigo.

« El viejo Sortera resistió meses enteros de sufrimientos, pero murió por fin del chucho, en Villeta.

« En San Fernando habia centenares de presos en la misma deplorable situacion que nosotros; pero como no se nos permitia hablar, solo podiamos comparar apuntes, y solamente despues de verme libre supe que todos estábamos acusados de traicion.

« Nuestra titulada cárcel no pasaba de un terrenito de cerca de veinte varas cuadradas rodeado con estacas y sin mas cielo raso que el firmamento. La manera de asegurarnos era muy primitiva, pero atrozmente dolorosa.

Se ataba á una de las estacas una huasca, entonces llamaban:—preso núm. 1, supongamos.—Échese de espaldas, le decian, y se le aseguraban los tobillos con un lazo; entonces venia el N° 2°, se acostaba á dos yardas de aquel y le ataban á la misma cuerda. Esto se repetia hasta que no cabian mas hombres en la misma hilera, entonces se empezaba con otra cuerda, y despues con otra, hasta que todos quedaban asegurados. Las estremidades de estas huascas eran amarradas á las estacas y las estiraban dos ó tres hombres hasta dejarlas como una cuerda de violin. Sufriamos atrozmente; pronto tuve los tobillos cubiertos de heridas y casi dislocados por la tension violenta del lazo. Habia en cada corral una sarta de cincuenta hombres. Este modo de asegurar á los presos se llama el *cepo de lazo*. Permaneciamos de esta manera dia y noche, si se esceptúa un rato de la mañana, en que marchábamos al interior de la selvas bajo la inspeccion de una fuerte guardia. Algunas veces las personas que nos ataban eran mas pia-

dosas que otras y no estiraban tanto la cuerda, pero el dolor era frecuentemente mas intenso de lo que puede describirse.

Nos cercaba un cordon de centinelas que nos pateaban y pegaban á su gusto. Tenian órdenes de fusilar ó bayonetear á los que intentasen escaparse. Todo les servia de motivo para azotarnos cruelmente, hasta el pedirles un poco de agua.

«Estábamos de esta manera espuestos á los rayos ardientes del sol, á la lluvia y á las tormentas; casi nos enloquecian las mordeduras de los millares de insectos tropicales, y estábamos tan mal alimentados, que solo comiamos las entrañas de los animales que se mataban para las tropas. No nos daban ni sal ni tabaco, el que echábamos de menos mas que nada.

«Se sacaban á los presos todos los dias, á unos para tomarles declaraciones, á otros para atormentarlos, y á muchos para fusilarlos. No ví sino pocas veces atormentar, porque este castigo se ejecutaba tras de los arbustos, ó en los ranchos de los jueces.

«Ví sacar un dia á un oficial arjentino; cuando volvió traia todo el cuerpo hecho pedazos. Al dia siguiente en el momento de soltarnos, le indiqué su espalda sin hablarle, dejó caer la cabeza sobre su pecho y con un palo trazó en la arena 100. Comprendí por esto, que habia recibido cien azotes con una huasca, ó con una planta que llaman liana, y que crecia abundantemente en los árboles que nos rodeaban. En esa misma tarde le mandaron llamar de nuevo, y cuando volvió escribió 200. El dia siguiente le fusilaron.

«Los presos pertenecian á diferentes nacionalidades, grados y posiciones; pero el calor, la lluvia, la angustia y los vientos redujeron muy pronto á todos al mismo estado de penuria y desnudez. Además, nuestras centinelas solian ofrecernos pedazos de pan ó algunas espigas de maiz en cambio de nuestra ropa: y sufriamos tanto por el hambre, que comprábamos muy contentos la vida de un dia á costa de una casaca ó una camisa. Entre los presos habia muchas mujeres pertenecientes á las mejores familias del pais; algunas eran muy ancianas, enteramente canas y otras eran jóvenes y bonitas,

sobre todo Dolores Recalde, alta y hermosa niña, y Josefina Requelmé, mujer hermosa de bellísimos ojos. Estas infelices sufrian muchísimo aunque tenian pequeños ranchos de paja en que refujiarse (como los que tenian algunos presos de categoria) y lamentaban dolorosamente su cruel posicion.

« Antes de dar una noticia detallada de mi declaracion y tormento y de lo que sufria diariamente en el *cepo de lazo,* debo mencionar una circunstancia, que ocurrió algun tiempo antes y que como se verá por mi declaracion, esplica la causa de mi arresto.

« Dos ó tres años antes llegó á la Asuncion un italiano llamado Tubo y abrió allí una escuela; era hombre agradable y comunicativo, pero no me gustaba. Sin embargo envié por algunos meses á uno de mis muchachos á su escuela. El Sr. Tubo se aprovechó de esto para pedirme dinero prestado. Algun tiempo despues me mandó un recado invitándome á una reunion que debia tener lugar en su casa, con el fin de iniciarme en los misterios de la franc-masoneria.

« Habiendo oido que era cosa buena hacerse mason, sobre todo en el estrangero, y teniendo tambien curiosidad de conocer sus secretos, fuí, pero encontré que todo era una pobre farsa con el objeto de arrancarme dinero. No obtuve otra cosa que un delantalcito, la vista de algunas letras cabalisticas con que el farsante de Tubo habia adornado el cuarto, y una cantidad de disparates místicos que no pude comprender. No pronuncié una palabra en todo el tiempo que estuve presente y partí tan pronto como me fué posible, llevando conmigo el delantalcito para no perder del todo mi dinero, aunque era demasiado pequeño para serme útil.

« Al dia siguiente hablé de esto con el Sr. Watts, maquinista de una de las cañoneras, y me contestó, que todo era farsa y que el tal Tubo no sabia nada de la franc-masonería.

« Yo no puedo decir si la franc-masonería tenia algo que ver con la titulada conspiracion. En cuanto á mí, no creo que hubo absolutamente tal conspiracion, á no ser que la hubiera de parte del Presidente y algunos de sus instrumentos, con el fin de robar su dinero á los estranjeros.

«Pero volvámonos á San Fernando. Un dia en que estaba atado como de costumbre, ví pasar al Mayor Serrano; le llamé, porque le conocia mucho y solia tomar mate con él casi diariamente, diciéndole—«Mayor Serrano, conoce vd. á Thompson?» (El Sr. Thompson era un injeniero civil, que se puso al servicio de Lopez y que se distinguió muchísimo hasta llegar á ser Teniente Coronel). Serrano me contestó—«No tiene poder alguno aquí.» Esto me lo dijo cortesmente, pero en un tono que indicaba, que no podia esperar nada de él. Le dije que solo queria hacer traer alguna ropa y tener algo que comer.

«Serrano no me contestó, pero ordenó al cabo de la guardia que me soltara y entonces llevándome aparte tuvimos el siguiente diálogo:

—«¿Sabe Vd. porqué se halla aquí?

—«No lo sé, y querria saberlo.

—«Hay varias acusaciones contra vd., primera que vd. conoce el nombre del nuevo Presidente, destinado para reemplazar á Lopez; segunda que Vd. ha recibido una suma de dinero del Capitan Fidanza; y además Tubo ha confesado que Vd. es uno de los cómplices!

—«Le repliqué, que todos aquellos cargos eran falsos y que tanto él como Tubo, lo sabian perfectamente.

«Serrano continuó diciendo:—Está bien, le doy el plazo de doce horas para reflecсionar, y si Vd. hace una confesion neta, el Presidente le tendrá piedad y le perdonará la vida.

«Respondí:—que no tenia nada que confesar, ni al dia siguiente, ni en ningun otro tiempo y que mi posicion y carácter eran muy conocidos para temer semejantes acusaciones, y que tanto mis paisanos como el Gobierno, habian tenido siempre en mí una confianza completa.

—«Efectivamente, me contestó Serrano; en otro tiempo tuvo Vd. las manos limpias, pero las cosas han cambiado, y Vd. se ha manchado como todos los demás. Entonces ordenó que me ataran de nuevo.

«Serrano me vino á ver al dia siguiente y me preguntó si habia considerado su proposicion y si queria confesar todo lo que

sabía. Le contesté, que no sabia nada y le pedí que me pusiera por delante á mis titulados cómplices.

«Serrano se enfureció, y ordenó inmediatamente al oficial de guardia, que me pusiera en el cepo Uruguayana. Se dice que este tormento se inventó en el tiempo de Bolivar, Libertador de Sud-América y que se llama por eso mismo el «Cepo Boliviano» cambiado por Lopez en Uruguayana, despues de la rendicion de Estigarribia en 1865.

«El tormento, segun mi propia esperiencia, es el siguiente: me sentaron en tierra con las rodillas dobladas hácia arriba, me ataron primero las piernas y luego me ligaron las manos sobre las espaldas con las palmas al aire. Entonces pasaron por mis corbas un fusil, y luego colocaron un atado de seis fusiles sobre mis espaldas, los que aseguraron por una de las estremidades con una huasca; luego hicieron un nudo en forma de lazo en la otra á fin de ligar los fusiles de arriba con los de abajo, los soldados que tiraban de la huasca me doblaron la cabeza hasta que tocó las rodillas y me dejaron en esta violenta posicion.

«El efecto era el siguiente: Primero se me durmieron los piés, despues sentí un ruido sordo en los dedos que se estendió gradualmente hasta llegar á las rodillas; lo mismo me sucedió con los brazos y las manos, aumentándose el dolor, hasta convertirse en una agonia espantosa. Se me hinchó la lengua, creia que se me dislocaban las quijadas, y tuve un lado de la cara completamente muerto durante quince dias. Mi sufrimiento era horroroso, hubiera confesado ciertamente si hubiese tenido algo que confesar y no tengo duda, que muchos inventarian cualquier mentira para no sufrir el espantoso dolor de este tormento. Permanecí dos horas en la posicion que he descrito y me consideré afortunado en poder escapar con esto, porque á muchos los ponian dos y hasta seis veces en la Uruguayana y con ocho fusiles en la nuca.

«La señora de Martinez sufrió este tormento seis veces, siendo además azotada y apaleada hasta no dejarle sana ni una pulgada de su cuerpo.

«Al terminar dos horas me soltaron, Serrano vino á verme y me preguntó si quería confesar quien deberia ser el nuevo

Presidente. Yo no podia hablar y él continuó diciendo, que debido á la clemencia de S. E. el Mariscal, me habian tenido poco tiempo en el *cepo*, pero que si no queria confesar me haria remachar otros dos pares de grillos, y me volveria á la Uruguayana con ocho fusiles en vez de seis, conservándome en ella mucho mas tiempo. Estaba tan completamente exhausto y rendido en aquel momento, que sus amenazas no me hicieron impresion alguna. En seguida me llevaron á la guardia y haciéndome un gran favor no me ataron aquella noche.

«Al dia siguiente, que era el 25 de Julio, Serrano me llamó de nuevo y me preguntó, quien me habia autorizado para minar el puente del ferro-carril en Ibicuy, arroyo que dista cerca de tres millas de la Asuncion. Contesté, que nunca habia oido que el puente estuviera minado y que no sabia nada de semejantes mentiras.

«Serrano volvió á verme el 26, acompañado de un Oficial llamado Aveiros. Este me preguntó que grado masónico era el mio. Respondí que no era mason, pero que habia asistido una vez á una reunion en la casa de un italiano llamado Tubo, quien procuraba fundar una lógia bajo falsos pretestos.

«Aveiros dijo,—sabe V. que tenemos á Tubo aquí presente? —No, respondí, cómo lo habia de saber?—Serrano, dijo entonces, vamos á confrontarlos. Tubo fué introducido al rancho. Dirigia el interrogatorio un jóven Paraguayo, abogado, que habia residido varios años en Inglaterra y se llamaba Centurion. Me preguntó, enseñando á Tubo—¿Conoce V. á ese hombre? ¿sabe V. que él le detesta?; repitió las palabras, sabe V. que él le destesta, en inglés, porque no las comprendí cuando las dijo en Español. Le dije, querria esplicarme en inglés, puesto que V. lo comprende perfectamente. Me contestó que no habia necesidad, puesto que yo hablaba el Español y el Guaraní bastante bien. Respondí entonces, que deberia odiar á Tubo por haberme sacado mucho dinero bajo falsos pretestos, habiéndome embromado con su farsa de franc-masoneria.

«Tubo, dijo entonces, que yo habia firmado un documento en que me prestaba para ser miembro de la Sociedad Masónica. Se lo negué, y, entonces Centurion preguntó á Tubo, si yo

habia firmado semejante escrito.—Tubo vaciló y dijo: creo que sí.—Centurion esclamó enfurecido, su creencia no nos sirve para maldita la cosa ¿firmó Alonzo Taylor el documento, sí ó nó?

«Tubo se confundió todavia mas, y no pudo dar contestacion alguna, lo que me hizo decirles francamente que todo aquel asunto era una impostura. Le echaron, y nunca mas le volví á ver, pero se me dijo, que habia sido fusilado.

«Cuando Tubo se fué, Centurion me interrogó acerca de mis compatriotas, preguntándome porqué algunos no querian renovar sus contratos.—Contesté en español, *cada barril tiene su asiento, y cada persona conoce sus intereses.* Serrano y Aveiros contestaron á la vez:—No, no, Alonzo, *á otro perro con ese hueso*: Vd. bien sabe porque no quieren renovar sus contratos. —Contesté, no lo sé, pero si sé, que nosotros los ingleses estamos hastiados de la guerra, y la razon porque fuimos á la Legacion Americana fué por carecer de un consulado ingles en la Asuncion, y porque creiamos que allí nos protejerian hasta que tuvieramos oportunidad para marchar á Inglaterra. Tenia otra cosa en vista al ir allí; queria que Mrs. Taylor, que estaba por salir de cuidado, fuese asistida por Mr. Masterman, porque no habia otro médico en la Asuncion; además el Sr. Masterman era conocido mio!

—«Centurion agregó: ¿Con que esas tenemos? Entónces Vd. cree que los negros tomarán el pueblo y que Vd. podrá servirles?

—«Le contestó que no, que habia sido siempre fiel á S. E. y que todos los ingleses habian cumplido con su deber, pero que estábamos cansados de la guerra y que queriamos salir del pais!

—«Entónces dijo Serrano: antes era Vd. un buen servidor, Alonzo, pero desde algun tiempo á esta parte se ha conducido malísimamente.

«Me llevaron de nuevo á la guardia, y me aseguraron como siempre, dando órdenes estrictas para que nadie me hablara.

«Es inútil tratar de describir las miserias de nuestra vida diaria en San Fernando, que ofrecia siempre la misma faz,

privaciones continuas, nuevos presos, castigos y ejecuciones. No pasaba un dia sin que alguno fuera sacado para azotarle, atormentarle ó fusilarlo. Los gritos de los azotados desgarraban el alma. Ví matar á azotes á dos orientales; y cuando el jóven Caplevila fué fusilado, estaba estropeado desde los pies hasta la cabeza á consecuencia de los palos que habia recibido.

« Habia varias señoras entre los presos; las azotaban en los ranchos, pero se oian sus gritos y sus llantos.

« Algunos de nosotros fuimos bastante afortunados para tener un cuero en que acostarnos y con que abrigarnos durante el dia. Solo las personas que han vivido en los trópicos saben que especie de tormento es acostarse á los rayos del sol sin abrigo ninguno.

« Nos daban un alimento escasísimo y que se reducia á los desperdicios de los soldados; cuando llovia, lo que sucedia frecuentemente, no nos daban absolutamente nada de comer, y yo por mi parte sufria una hambre incesante.

« Habia logrado conservar un pedazo de lápiz y con él hacia apuntes en el forro de mi sombrero, con el objeto de recordar la marcha del tiempo y marcaba en él las ejecuciones de la misma manera; las rayas largas indicaban personas de importancia y las cortas hombres de posicion mas humilde, pero el forro de mi sombrero se desprendió y lo perdí con el lápiz en la marcha de San Fernando á las Lomas Valentinas, pereciendo de esta manera el único recuerdo que tenia del número de las ejecuciones. Estoy cierto que no exájero cuando digo, que se fusilaron mas de trescientas cincuenta personas durante nuestra permanencia en San Fernando (1).

« Habia varias guardias además de aquella en que yo me hallaba, y una especialmente destinada á vijilar presos condenados; estaba próxima á la mia, y podia ver muy bien á cuantos se sacaban para ejecutar y reconocerles fácilmente. Ví sacar á Mr. Watts y á Mr. Stark á fines de Agosto ó á principios de Setiembre.

(1) Las que perecieron en realidad, fué casi el doble de este número.

La primera ejecucion de que tengo conocimiento tuvo lugar el 4 de Agosto, dia en que se fusilaron cerca de cuarenta y cinco. Entre estos se hallaban los dos Susinis y otro italiano llamado Reboudi. A los que no podian caminar, los llevaban en carretás, los otros marchaban de á dos y engrillados. En seguida una descarga y uno que otro tiro tardío, nos daban motivo para reflexionar. Si las víctimas llevaban ropa, veiamos á la guardia y á los oficiales inferiores volver engalanados.

« Echaba de menos al tabaco, mas que nada; pero un dia recojí un pedazo de arcilla con la que formé un pito que sirvió despues para todos mis compañeros en nuestra marcha á Villeta; solia andar en busca de tabaco, cuando nos soltaban por la mañana, rejistrando el camino y los cercos. Las lluvias, los calores y el hambre ocasionaron el reumatismo, el chucho, y la disenteria de que muchos murieron; en verdad me parece casi milagroso el que alguno pudiera sobrevivir á semejantes privaciones.

No puedo recordar la fecha en que el ejército empezó á replegarse sobre Villeta; pero fué en el mes de Setiembre; nunca olvidaré lo que sufrimos en el camino.

« Para dar una idea de esto deberia decir algo sobre la topografía de esta parte del país. Como toda la orilla occidental del Paraguay hasta la Asuncion, es llano y pantanoso, cubierto de selvas intransitables ó inmensas lagunas, y cortado en todas direcciones por rios; está en mi opinion casi dividido en tierra y agua. Los caminos, ó mas bien sendas, no son directos, sino que siguen los bordes de los montes, y pasan de una cuchilla á otra, obligando al transeunte á recorrer tres ó cuatro millas, para avanzar una en su marcha. Las selvas están llenas de enredaderas, que parecen andamios, cubiertos de cuerdas, y las lagunas, cuando las aguas bajan, están llenas de cañas y yuyos de cinco ó seis piés de alto, con filos que cortan como cuchillos. En otras partes, los palmares parecen haber sofocado toda otra vejetacion y se estienden por muchísimas leguas; el andar á pié es muy penoso porque las hojas caidas y las ramas están erizadas de espinas.

« Antes de marchar nos quitaron los grillos, pero los llevábamos en las manos, y se nos permitió conversar en el camino; cuando vino la noche nos pusieron en el cepo como antes. Conté cerca de 260 presos, de los que catorce eran estranjeros, y los demás paraguayos. Entre aquellos recuerdo á—

« Cateura, argentino y amigo íntimo de Stark.

« Tulger, relojero aleman.

« Horman, aleman casado con paraguaya.

« El teniente Romero, argentino.

« El capitan Fidanza, italiano.

« Leite-Pereira, portugués.

« Segundo Bello, argentino.

« Bartolomé Quintana, id.

« Con estos iban cuatro señoras: Da. Juliana Martinez; esposa del Coronel Martinez, quien despues de la evacuacion de Humaitá, se entregó al enemigo con sus 500 soldados reducidos á esqueletos por la fatiga y el hambre.

Doña Dolores Recalde.

Las Señoritas Egusquiza, dos ancianas solteras, hermanas de Egusquiza, antes agente de Lopez en Buenos Aires. Iban con nosotros dos carretas de bueyes en que se suponia iban las hermanas de Lopez.

«El primer dia marchamos tres leguas, y fuimos horriblemente estropeados por las espinas y los pastos. En la tarde del segundo dia llegamos á la orilla de un gran Estero, y los vaqueanos dijeron, que era necesario esperar el dia para cruzarlo, pero cuando se apeló al Oficial que mandaba, dijo, los presos tienen que adelantarse inmediatamente y si *necesitan estímulo, métanles bayoneta.* Seguimos pues nuestra marcha en que no se economizó la bayoneta. Andabamos hasta la cintura en el agua, exhaustos por la marcha anterior y por el hambre; sin embargo tuvimos que hacer la travesia que duró cinco horas; todos estábamos completamente rendidos y cuando llegamos por fin al otro lado, no obtuvimos nada para comer, pero se nos permitió encender fuego y calentarnos porque las noches eran intensamente frias.

«Hicimos en siete dias nuestro viaje de cien millas apesar de

las dificultades del camino y de nuestro estado de estenuacion. La señora Martinez recorrió toda la distancia á pié, aunque tenia el cuerpo cubierto de heridas, su cara ennegrecida y desfigurada, y las espaldas y la nuca completamente en carne viva, porque á esta desgraciada señora la habian puesto seis veces en la Uruguayana. Hasta su arresto, era amiga íntima de Madama Lynch; pero despues la abandonó cobardemente, dejándola entregada á su terrible suerte. Cuando la conocí era notablemente bonita, y no tenia mas de veinte y cuatro años cuando subió al patíbulo. Me habló muchas veces en la marcha porque en la desgracia nos hacemos todos iguales y comunicativos; Da. Juliana me contó todas sus penas. Tenia una gran ansiedad por saber si desapareceria alguna vez el cardenal que tenia encima de un ojo ó si la desfiguraria para toda la vida. Lo tuvo efectivamente, porque ví conducirla al patíbulo el 16 ó 17 de Diciembre; llevaba siempre la horrible marca. No tenia otro crimen que ser la esposa de un valiente gefe abandonado por Lopez y que fué obligado por el hambre á rendirse.

Obtuvimos muy poco alimento en el camino, porque solo teniamos el tiempo suficiente para asar la triste carne, que nos daban cuando nos apartábamos del camino para dejar pasar las tropas.

«Recuerdo bien un tremendo estero que tuvimos que atravesar; se llama el Estero Ipoa y su fondo es de una profunda y pegajosa arcilla. Era de noche cuando lo abordamos y salimos de él al dia siguiente temprano, pero muchos de los que entraron en él, sobre todo los débiles, enfermos y ancianos, no salieron y murieron ahogados ó bayoneteados. Ví á dos ancianos quedarse enterrados en el barro sin poder moverse, tal vez fueron víctimas del hambre, ó de los buitres que se cernian sobre ellos!

«Llegamos á Villeta en Setiembre, y allí nos colocaron al aire libre y en el cepo. Ví un dia traer preso y engrillado á Masterman y con él á un americano llamado Bliss; pero no permanecieron largo tiempo en la misma guardia. No me atreví á hablarle; un dia le ví con la cara cubierta de sangre, por lo que deduzco que le habian atormentado.

«Solo hubo tres ejecuciones en este lugar antes del mes de Setiembre. El Sr. Carreras, antes ministro de gobierno en la Banda Oriental, fué el primero en morir; se puede adjudicar á este hombre el oríjen de esta desastrosa guerra. (?) Llegó en una carreta desde San Fernando; le acompañaban el hermano menor del presidente y Leitte Pereira, cónsul portugues. Entónces se ejecutaron varios sacerdotes, y se fusilaron tambien en esta ocasion muchísimos oficiales, (creo que cincuenta.)

«Nuestras miserias se aumentaron con el estallido del cólera, y nuestro campamento fué trasladado cuatrocientas yardas arriba de la colina. Algunos dias despues mudamos otra vez de campamento, yendo mas lejos.

Me parece que los paraguayos debieron perder muchos hombres el 7 de Diciembre; porque se escojieron diez y seis oficiales de entre los presos y los pusieron en libertad. Al mismo tiempo se ejecutaron cerca de treinta estranjeros que habian sido traidos de Cerro Leon, y muchísimos paraguayos, que habian sido encarcelados por diferentes razones. Ví confesar á todos antes de fusilarlos. Los sacerdotes trajeron sillas, y los condenados se hincaron delante de ellos cada uno á su turno. Entre las personas fusiladas esta vez, ví á Fulger y á Gustavo Horman, alemanes, y al teniente argentino Romero.

Poco despues trajeron preso á Mr. Treuenfeld, el telegrafista aleman. No pareció reconocerme; pero estando juntos de noche, me dijo tengo mucho que decirle acerca de Mr. Washburn y las cañoneras inglesas; pero no puedo hacerlo ahora, porque se me prohibe hablar.

«El 16 ó 17 de Diciembre el coronel Marcó, antes géfe de la policía, llegó á la guardia acompañado de varios oficiales, y leyó en un papel los siguientes nombres:

«Sosa (sacerdote.)

«Juliana Martinez (pobre señora! apenas podia pararse por que estaba en el último grado de estenuacion y debilidad.)

«Dolores Recalde (alta y antes hermosa niña.)

«Luisa Egusquiza (esta infeliz señora parecia tener sesenta años de edad, era cana, de semblante benévolo y

venerable. Su hermana habia muerto en su ranchito completamente abandonada.)

«Benigno Lopez (hermano del Presidente.)

«José Berges (ex-ministro de Relaciones Esteriores.)

«José Bogado (Dean de la Catedral de la Asuncion.)

«El coronel Alen (uno de los gefes de Humaitá. Habia perdido un ojo por haberse querido suicidar.)

«Simon Fidanza (capitan italiano de un buque mercante que vendió á Lopez; no se le permitió despues salir del pais.)

«Leite-Pereira (cónsul portugues.)

«Todos respondieron al llamado dando dos pasos al frente, hasta concluir la lista y dejar completa la fila. Entónces recibieron órdenes de marchar acompañados de una fuerte guardia al frente y á la retaguardia. Cerraban la triste procesion tres sacerdotes llevando sillas para confesar á los condenados en el lugar de la ejecucion. No los vimos despues. Cuando hubo trascurrido cerca de una hora se dejó oir una descarga, luego uno que otro tiro, y todo se acabó. La guardia volvió; un viejo soldado llevaba el sobretodo del capitan Fidanza, y el oficial el uniforme de Leite-Pereira con sus botones dorados.

« Algunos de estos hombres merecian tal vez la muerte. Se decia que el Capitan Fidanza habia denunciado á los demás; pero esto no sucedió hasta despues de haberle atormentado al punto de enloquecerle. Sin embargo no se podrá escusar jamás el horroroso crímen de fusilar á desamparadas é inocentes mujeres por las faltas verdaderas ó falsas de sus maridos, hermanos ó novios. Si hubo conspiracion, el tiempo lo probará; pero si se condenó á los titulados conspiradores sin pruebas mejores, que las que me dieron para detenerme preso por cinco meses, debe considerárseles como víctimas y mártires. Se conocerá la verdad algun dia, y entonces el Presidente Lopez pasará á la historia, ó como un héroe, ó como un demonio.

« El 21 de Diciembre nos soltaron como siempre á las 6.30, pero nos ataron inmediatamente, porque los brasileros habian calculado nuestra distancia; las bombas estallaban en todas direcciones á nuestro alrededor y los paraguayos es-

peraban verse libres de nosotros con este cañoneo. Yo no me alarmé absolutamente porque estaba enteramente resignado á mi suerte; la horrorosa miseria que habia sufrido durante cinco meses, habia embotado, sino obliterado, todos mis sentimientos morales y físicos.

Cuatro dias despues, Lopez y madama Lynch acompañados de un gran séquito pasaron á caballo por la guardia y creo que ella le llamó la atencion sobre nosotros. Se nos ordenó que nos presentásemos en fila; se nos acercó, y preguntó: « ¿Son todos presos? » Contestamos, sí. Y entonces el Sr. Von Treuenfeld apeló á S. E.; quien le preguntó porqué estaba allí. El Sr. Treuenfeld, dijo que no lo sabia, y el Presidente le dijo, que estaba en libertad y que podia retirarse. Yo entonces me acerqué diciéndole, que le quedaria muy agradecido si me concedia la misma gracia. Lopez me preguntó quien era, pretendió sorprenderse mucho al oir mi nombre y dijo—« ¿Qué hace Vd. aquí? »—Está Vd. libre. Entonces los demás presos, que eran diez, se acercaron y recibieron la misma respuesta. Permanecimos al lado del oficial hasta el 27 de Diciembre, en que á las cinco de la mañana, se rompió un tremendo fuego; las balas redondas y las bombas caian entre nosotros, y poco despues recibimos una carga de la caballería brasilera. Recibí una pequeña herida en el hombro, pero logré internarme en las selvas acompañado de dos caballeros argentinos. Muchos de los presos estaban demasiado débiles para moverse, y fueron muertos.

« Mas tarde, en el mismo dia caimos en manos de algunos soldados brasileros, quienes nos llevaron á presencia del Marqués de Caxias. Me interrogó, y despues me dijo que podia ir donde me diera la gana. Le dije que no tenia fuerzas para caminar, y uno de sus oficiales, el Coronel G. (1) que habia sido médico, tuvo la bondad de acompañarme. No puedo espresar con palabras cuanto le debo.

«Yo era un miserable objeto reducido á esqueleto y debili-

(1) Desgraciadamente el nombre de este oficial no es legible.

tado hasta el último grado. Cuando estaba en Luque pesaba 178 libras; y cuando fuí á bordo de la cañonera «Cracker» no pasaba de 98 libras.

Despues de recobrar mis fuerzas durante los cuatro dias que permanecí en Lomas, partí á caballo para la Asuncion. Sufrí horriblemente en el camino, porque apenas tenia un poco de carne sobre los huesos y no tenia fuerzas suficientes para mantenerme á caballo.

Llegué por último á esta plaza, pero tan enfermo que no pude hablar por algunos dias; otro oficial brasilero fué muy humanitario conmigo, como lo fué tambien el Mayor Fitzmaurice, oficial inglés al servicio argentino.

Al dia siguiente fuí á bordo de la «Cracker», donde fuí muy bien recibido por el Comandante Hawksworth Fowke, y me encontré por último á Dios gracias, salvo y cubierto por la bandera inglesa. Todo el mundo hizo á bordo cuanto pudo por mí. Trascurrieron algunos dias antes de que pudiera hablar claro, pues solo podia descansar como un bulto en la cubierta.

«No he visto todavia á mis hijos y esposa, pero el cónsul francés me dijo que estaban en las Cordilleras salvos y sanos. Recupero mis fuerzas todos los dias, pero parezco un hombre convaleciente de la fiebre amarilla, y al dictar esto á Mr. Shaw, me parece que la memoria se me vá; á veces no puedo concentrar mis ideas; espero recobrar pronto mi salud mental y física.

Asuncion, Enero 20 de 1869

Al fin de esta dolorosa narracion el señor Taylor dá una afligente relacion respecto al dinero que le confiaron sus compañeros del arsenal, todo el que, como se puede suponer, fué perdido.

La siguiente narracion apareció en *La Nacion Argentina*, diario que se publica en Buenos Aires, fecha 15 de Enero de 1869. Conocí á su autor el Capitan Saguier, y por ser uno de mis compañeros de desgracia, su testimonio me es sumamente interesante, sobre todo, porque viene á probar la verdad de mis propias declaraciones.

Vi una mala traduccion de ella en un diario inglés poco despues de mi vuelta del Rio de la Plata, pero no he podido dar con ella. En la siguiente version he seguido el testo original casi al pié de la letra.

El Redactor de *La Nacion*, dice :

«El capitan D. Adolfo Saguier ha suministrado los siguientes detalles sobre los actos de barbarie perpetrados por Lopez.

Lopez hacia azotar á los prisioneros, con quinientos, mil y dos mil azotes, antes de fusilarlos.

El Dr. Carreras fué azotado así, del modo mas bárbaro.

El Sr. Saguier, que se hallaba á la vista del Dr. Carreras y tambien con una barra de grillos, desde hacia cinco meses, presenció el hecho, y cuenta hasta los gritos que arrancaban á Carreras, el *laso* y las *varillas* con que le daban los azotes.

Berges tambien fué azotado antes de fusilarlo.

D. Benigno Lopez, antes de ser ejecutado, fué tambien despedazado á azotes. El Sr. Saguier lo ha visto y conoce al verdugo que lo azotó. Se llama *Aveiros*, antiguo escribano de gobierno y hacienda.

El marqués de Caxias tiene prisionero al capitan de caballeria Matias Goiburu, que fué el que mandó la ejecucion de Benigno Lopez, jeneral Barrios, el Obispo, el Dean Bogado, la mujer del coronel Martinez, doña Mercedes Egusquiza, Da. Dolores Recalde y otras personas mas, cuyo nombre no recuerda.

Esto sucedió el 21 de Diciembre, y las ejecuciones fueron presenciadas, de órden de Lopez, por sus dos hermanas ; Inocencia, mujer del jeneral Barrios, Rafaela, viuda de D. Saturnino Bedoya, á quien hizo morir Lopez en la tortura llamada *Cepo Uruguayana*, y su hermano Venancio, quienes despues de la ejecucion, fueron internados al interior en un carreton, sin saber á qué punto se dirijian.

La gran mayoría de todos los presos han sufrido torturas de toda especie, antes de ultimarlos, y ellas consistian en el *Cepo Uruguayana*, azotes y hambre.

Muchos de los infelices condenados á la tortura, morian diariamente de cinco á seis por no poder resistir á los tor-

mentos y al hambre. Todos estos horrores inauditos sucedian á algunos pasos y en presencia de D. Adolfo Saguier, quien igualmente estaba en la tortura con una barra de grillos de 45 libras de peso, y además, en cepo de lazo, permaneciendo así durante cinco meses, al sol y al agua, como todos sus compañeros de infortunio.

Este señor ignora por qué ha sido preso. Sin embargo, él supone que habiendo sido nombrado fiscal para encausar á la manera de Lopez á mas de veinte infelices, principió á encausarlos y no los puso á la tortura ni les hizo dar de azotes, ni les encontró culpa, razon por la cual fué inmediatamente agregado á las víctimas, para seguir la suerte de ellas; y si ha salvado ha sido providencialmente y para relatar al mundo los horrores de ese malvado.

Sufrió igualmente la tortura del Cepo Uruguayana, que, segun él, es mil veces peor que todas las que inventó la inquisicion en tiempo de Torquemada. Al sufrirla, poco despues se desmayó, y cuando volvió en sí, se encontró en su antigua posicion, con su barra de grillos y en cepo de lazo. Hizo la marcha á pié, de San Fernando á Villeta, con los piés hinchados y estenuado por los sufrimientos, y se resignó, como todos, á esa tremenda marcha de 40 leguas, por caminos impracticables, porque la órden era de matar á *bayonetazos*, indistintamente, á todos los que se cansasen, fuesen jenerales, jefes, oficiales, soldados, presos, clérigos, mujeres, niños, ancianos, en fin, todos los que hacian la travesía, y, como es natural, muchos infelices cayeron al suelo, estenuados, pidiendo por Dios y á gritos, que les diesen un solo momento de descanso, para continuar despues.

Pero la órden del malvado era terminante, y los que caian eran ejecutados sin misericordia por el esbirro *Hilario Marcó*, antiguo Jefe de Policía de la Asuncion, muy conocido de todos. Es inútil pretender describir los hechos del malvado Lopez, porque no se ha inventado aun voz para narrar los horrores inauditos ejecutados en el siglo de la civilizacion. Los que tuvieron lugar en los tiempos mas bárbaros no al-

canzaron, ni con mucho, á asemejarse á lo que el bárbaro ha practicado casi á nuestra vista.

No tiene ni una sola de las virtudes del militar. Cobarde como él solo; siempre lejos del peligro y empeñoso en sacrificar en combates inútiles hasta el último de sus soldados.

En los dias 21 y 27 cayeron todos los que se escaparon con él; van en su mayor parte heridos, careciendo, en el interior de recursos, hombres y municiones.

Solo le quedan tres ó cuatro vaporcitos, escondidos en los Arroyos en el Alto Paraguay, en donde le quedaban insignificantes recursos de que habrá dado ya cuenta la espedicion que marchó en su busca.

Entre los verdugos mas caracterizados, al servicio del tirano, podemos citar con nombre y apellido los principales, dejando para otra oportunidad los de segundo órden.

Ellos son los siguientes:

General Resquin.

Teniente Coronel Hilario Marcó.

Teniente Coronel German Serrano.

Los clérigos Maiz y Roman. Maiz era el que estuvo preso por tres años, acusado de conspirador. Despues se desdijo de todo y se convirtió, al salir de la prision, en el mas bárbaro y cruel verdugo de Lopez.

Luis Caminos era otro de los verdugos que juzgaba y mandaba ejecutar por su cuenta. Tambien un Beron y el Aveiros que antes nombramos.

Entre los estrangeros que han sufrido torturas existen de todas las nacionalidades, ingleses, franceses, norte-americanos, españoles, italianos, portugueses, alemanes. No hay que hablar de los arjentinos, orientales y brasileros, que han sido sacrificados en masa.

Entre los franceses que podemos citar al correr de la pluma, muertos á azotes, podremos nombrar, entre otros, á los señores Anglade y á Filisper. Es de notar que tampoco se escapó de muchos cintarazos de los esbirros del tirano *el canciller del consulado de Francia, Mr. de Libertad,* quien ha pasado

para Europa, en calidad de preso por órden de Lopez, en la cañonera francesa «Decidée»!

Italianos, Fidanza (el comandante), dos hermanos Suslnis, Rebaudi y muchos mas.

Ingleses, Stark y otros cuyos nombres propios no tenemos presente en este momento, pero los curiosos ó las partes interesadas podrán saberlo del cirujano inglés Mr. Stuart, quien está al cabo de todo.

Alemanes, los señores Newmann, Gustavo Hamann y algunos otros.

Españoles, Galarraga, Elordi, Uribe y muchos otros.

Portugueses, el cónsul de S. M. F. Leite Pereira, el vicecónsul Vasconcellos y otros. Ya hemos referido que los arjentinos, brasileros y orientales fueron sacrificados en masa. Hay una circunstancia especial y tal vez la única en el mundo con respecto al Coronel Laguna.

Recibió el fuego de los tiradores y fué traspasado por cuatro balas. Apesar de eso se volvió á sentar, recomendando que lo ultimasen. Segunda vez recibió el fuego y se volvió á sentar, teniendo el pecho hecho pedazos. Le volvieron á tirar y se volvió á sentar. Así continuó este drama tremendo hasta la quinta vez en que recien rindió la vida.

Los bolivianos que pasaron por Santo Corazon para comerciar con el tirano, fueron sacrificados sin escepcion en compañia de todos los gefes y oficiales que el General Saa, del Pocito, le habia mandado á Lopez por via de Bolivia.

Gaspar Campos y Telmo Lopez fueron los que mas sufrieron de hambre; porque entre la inmensa cantidad de presos, estaban á retaguardia, muy cerca del Sr. Saguier, y el negro que repartia las raciones, que consistian en un pequeño pedazo de carne á las diez y á las cuatro, sin duda era un poco carnívoro y solo despues de estar bien repleto se dirijia á las víctimas en las horas indicadas y á veces no alcanzaba para todos. En tal situacion muchos estenuados, y con una naturaleza mas débil que la de los otros, sucumbian; pereciendo de hambre cada dia, seis, ocho ó diez prisioneros.

Es inaudito que en el siglo del telégrafo que ha facilitado la

comunicacion inmediata á todos los pueblos y por lo tanto ha morijerado las costumbres mas duras de los paises mas salvajes, se hayan estado cometiendo atrocidades tales tan cerca de nosotros y en presencia de muchos agentes estranjeros, que han estado en cierto modo autorizándolos con su presencia, y que además hayan tenido comunicacion frecuente, por medio de cañoneras de guerra y no hayan protestado, ó escapándose de allí si no tenian valor para hacerlo, para clamar justicia cerca de sus gobiernos y tratar con tal paso humanitario de salvar tantas víctimas inocentes de la ferocidad del salvaje Lopez.

Lejos de esto. Han permanecido tranquilos embarcando los tesoros robados á todos los nacionales, á los estranjeros y al tesoro público del Paraguay.

Ahora queremos saber cuál será el gobierno que admita en sus estados á tan feroz criminal?

Pronto lo veremos.

El bribon está en los montes y probablemente en camino de Bolivia; y si llega á aquella República hermana, se lo recomendamos al General Melgarejo, no para que le haga un juicio político de que ahora no se trata, sino para que proceda contra él en nombre de los mas sagrados derechos de la humanidad conculcados por aquel monstruo, en cuyo sentido Lopez es justiciable ante todas las naciones.

Terminamos por hoy aquí, garantiendo la autenticidad de estos detalles, que nos han sido suministrados, lo repetimos, por el Capitan Saguier.»

El Capitan Saguier alude en un párrafo de su declaracion á los Cónsules de Francia é Inglaterra, que eran muy amigos de Lopez, recibian regalos de él y de M^me^ Lynch, hacian discursos y toda clase de demostraciones en su defensa y comian tète à tète con él y su manceba, mientras sus paisanos, en cuya proteccion habian sido enviados al Paraguay, eran asesinados todos los dias despues de sufrir los mas horrorosos tormentos y miserias, y dice que nadie sabia mejor que M. Cuverville, que todos aquellos infelices hombres, mujeres y niños eran completamente inocentes de los crímenes de que se les acusaban y por los que sufrian; él solo tenia la llave de

los misterios y los medios de probar á fondo, que los cargos que se les hacian eran ficticios.

El tesoro de que se ha hecho mencion, era el que contenian varias cajas que llevaban el nombre de Mme. Lynch y que fueron recibidas á bordo de las cañoneras italianas y francesas. Yo dudé algun tiempo de la verdad de esta historia, pero mi amigo el Teniente Coronel Thompson, que estaba al frente de la batería en donde se embarcaron las cajas, viene á confirmarla en su *Guerra del Paraguay*, en que dice (p. 290). «Algunos de estos vapores llevaron un gran número de cajas que pesaban tanto, que se necesitaban seis ú ocho personas para mover cada una de ellas; contenian probablemente una parte de las joyas que se habian colectado en 1867, y muchos doblones del mismo oríjen.

CAPÍTULO XX.

LAS BATALLAS DE IPANÉ Y DE ITÁ-IVATÉ—DERROTA Y FUGA DE LOPEZ—SALVACION DE LOS INGLESES—CONCLUSION.

Mientras estuve preso podia oir diariamente las sordas vibraciones de la artillería brasilera, y de vez en cuando el mas rápido estallido de una bomba que reventaba; pero me parecia que el enemigo adelantaba poco. En efecto, habia dejado hacia mucho de esperar proteccion de los aliados, sin que todavía entraran en completa actividad. En el primer dia de Octubre cuatro encorazados pasaron por delante de las baterias de Angostura. Esperaban hacer el pasaje furtivamente y de noche, cubriéndose con la profunda sombra de las selvas de la orilla opuesta, pero sus enemigos estaban siempre alerta, y recibieron varios balazos; las balas, dando contra la coraza, dice Thompson, producian una luz chispeante (hermosa ilustracion de la conversion del movimiento en calor y luz) y fragmentos de madera que la corriente llevaba mas abajo, probaban que el pasaje no se efectuó impune-

mente. A mediados del próximo mes otros varios buques se unieron ilesos con estos, porque debido al curso irregular de las corrientes en fondos arenosos, el canal que en el año anterior no pasaba de un pobre arroyo cubierto de lirios, se habia ahondado gradualmente dejando una rada bastante profunda para permitir la entrada de cañoneras; tenian además á su frente un islote que los ponia á cubierto de los tiros paraguayos. Los encorazados efectuaron el pasaje y fondearon en Villeta. Tuvieron sin embargo sus dificultades, porque estando emboscado en la orilla izquierda un buen número de rifleros, no se asomaba un brasilero sin hacerse el blanco de una docena de balas.

Caxias estaba convencido ya de que no era fácil concluir la guerra siguiendo á Lopez paso á paso y dejándole escapar á su antojo al interior del pais; y concibió el proyecto de abrir un camino por el gran Chaco y atacar la retaguardia de sus posiciones.

La obra fué larga y difícil, aunque la distancia no pasaba de tres ó cuatro millas, porque se necesitaba construir cada pié del camino en un estero densamente poblado de árboles y cortado por centenares de arroyos. Sin embargo los árboles fueron derrumbados y colocados en líneas paralelas, y su solidez reforzada con troncos de palmas; se construyeron del mismo modo varios puentes y el camino quedó listo á fines de Noviembre para el tránsito del ejército.

Los arjentinos permanecieron en Palmas, algunas millas al Sud de Angostura; pero los brasileros hasta el número de 32,000 hombres de todas las armas, se pusieron en marcha el 25 de este mes, se embarcaron en los encorazados en la otra estremidad del camino, y desembarcaron en San Antonio, aldea á cuatro ó cinco millas al Norte de Villeta. Se les dejó desembarcarse sin ofrecerles la menor resistencia; y podia divisar muy bien desde mi rancho las largas líneas de sus carpas.

Mediaba entre su posicion y la de Lopez un angosto y profundo arroyo, que al precipitarse en el Paraguay se deshace en torrentes de espuma; un puente que atraviesa el arroyo en

este punto sirve para continuar el camino real del Sud; el puente, los esteros y los montes protejian la retaguardia y el flanco de los paraguayos hacia el Norte. Siendo pues este punto la llave de la posicion, Lopez mandó al general Caballero con 5,000 hombres y doce piezas de artilleria para defenderlo. El enemigo le llevó el ataque con todas sus fuerzas el 5 de Diciembre. El ejército estaba dividido en tres cuerpos. Osorio al frente de la tercera brigada esperando encontrar un paso siguió el arroyo aguas arriba por la mañana con el objeto de flanquear á los paraguayos; pero el terreno presentó tantos obstáculos que no logró sino ponerse en la imposibilidad de prestar el menor socorro á las otras divisiones durante el combate. Se encargó al General Argollo el mando del centro con órdenes de tomar el puente, quedando Caxias con la reserva á la derecha. A las diez de la mañana Argollo, que es un valiente, llevó bizarramente sus soldados al ataque, y apesar del terrible fuego que le hacia la artilleria paraguaya, atravesó el puente al frente de su columna y cargó á Caballero; pero despues de un combate encarnizado al arma blanca, el enemigo le obligó á replegarse. Los brasileros adelantaron sus piezas de campaña para despejar el puente, y Argollo cargó de nuevo, pero fué batido una vez mas con numerosas pérdidas. Aun despues de la tercera tentativa, no lograron desalojar á los paraguayos que luchaban desesperadamente hasta teñir con su sangre y la del enemigo las aguas del arroyo. El enemigo vencido y desanimado retrocedió; los paraguayos solo abandonaron la posicion cuando Caxias al frente de su reserva los atacó con todas sus fuerzas; sin embargo, se defendieron obstinadamente y se retiraron con la mitad de sus piezas, dejando 3,000 brasileros muertos en el campo de batalla.

La situacion de Caxias era muy crítica. Encontraba grandes dificultades para proporcionarse víveres; Lopez hostilizaba incesantemente sus avanzadas, y le arrebató varias tropas de ganado en su tránsito por el Chaco; y con victorias ganadas á costa de tantos sacrificios, habriase visto por último obligado á retirarse; pero haciendo de tripas corazon, se adelantó de nuevo, y despues de una séria escaramuza con la vanguar-

dia de los paraguayos en Avay (1) chocó otra vez contra las fuerzas de Caballero, que habia recibido refuerzos y mandaba entonces 4,000 soldados y dos piezas de artilleria. Los brasileros tenian 24,000 hombres y los cercaban completamente; pero aquellos, como siempre, pelearon con tanta resolucion que fueron diezmados antes de rendirse. Caballero fué arrancado de su caballo y le robaron sus espuelas de plata, pero afortunadamente los galones de oro se habian hecho tan escasos, que los *Cambas* no imajinaron que habian tomado preso á este famoso Jefe, y logró escaparse de sus manos acompañado de algunos de sus mejores soldados. Los brasileros tuvieron 4,000 hombres fuera de combate y Osorio que mandaba, fué gravemente herido.

Lopez se alarmó sériamente con este último golpe y empezó á atrincherarse á gran prisa en Itay. Deseoso siempre de alejarse cuanto podia del lugar del combate, ordenó estender las líneas al punto de no tener con que defenderlas, y su retaguardia quedó completamente descubierta. « Esto sin embargo, (copio las palabras del coronel Thompson que las construyó) no significaba nada con un jeneral como Caxias, que lograba siempre descubrir y atacar los puntos mas fuertes, como sucedió en efecto en el caso presente. »

Pero Lopez era aun peor jeneral que el brasilero. Era el coraje desesperado de sus soldados y no su talento lo que le habia sostenido por tan largo tiempo. No cabe duda de que si hubiera tenido en las lineas do Ita-Ivaté los batallones que sacrificó tan inútilmente en Itororó é Ipané, habria podido aun entonces haber derrotado á los brasileros, y cayendo en seguida sobre los arjentinos, haber recuperado su posicion cuando parecia casi desesperada.

Es difícil dar una idea neta de la posicion paraguaya sin un mapa; pero será suficiente decir que la cima de una pequeña colina estaba coronada por un fuerte, protejido en direccion al

(1) Un arroyo llamado asi del nombre de un famoso jefe de los guaranis.

rio por una zanja y parapeto, y al Sud por líneas mucho mas fuertes que arrancaban desde el rio; el otro costado la defendia el estero de Pikisiry. La guarnicion de este punto consistia en 1500 soldados entre hombres y muchachos, con cuarenta piezas de artillería. Cerca de 3000 soldados, flor de los que sobrevivian, con catorce piezas, defendian el fuerte, y mil mas estaban esparcidos por el parapeto esterior.

En la mañana del 17 de Diciembre los brasileros hicieron un reconocimiento con su caballería, y tomando por sorpresa el rejimiento 45 de lanceros, mataron á todos salvándose únicamente el jefe con tres soldados; el 21 todo el ejército, que consistia entonces en 25,000 hombres, tomó posicion frente á las líneas paraguayas. Se destacó una division á las órdenes del Jeneral Barreto con una bateria de piezas de campaña que atacó las trincheras de Pikisiry y las tomó matando 700 de los defensores y tomando 200 prisioneros entre los cuales se hallaban muchas mujeres y criaturas. Poco despues de las doce, el cuerpo principal del ejèrcito, como se habia previsto, escojiendo el único punto en que podria haber resistencia séria, atacó el centro de las líneas paraguayas y lo tomó despues de sacrificar inútilmente muchísimas vidas; habiendo arrollado á los artilleros fueron rechazados á su turno del fuerte y tenian antes de ponerse el sol una pérdida de 3,500 entre muertos y heridos. Durante la noche mandó llamar Lopez á las pocas tropas que habia adelantado en direccion de Cerro Leon y Caapucú, y un refuerzo de cerca de 600 soldados se reunió con sus escasas fuerzas; pero era evidente que no tenia otra salvacion sino retirarse cuanto antes á las cordilleras.

Los brasileros esperaban á que se juntasen con ellos los arjentinos, y les faltaba una parte de su artilleria que habian dejado en Palmas; esto le daba una escelente oportunidad para escaparse sin arriesgar otro combate en las llanuras; pero no lo efectuó, porque esperaba sin duda que los aliados como de costumbre, le habian de dejar de molestar por algunas semanas mas. Llegaron los arjentinos el 24, y en la mañana de la Natividad los jenerales aliados dieron á Lopez el plazo de doce horas intimándole que se rindiera y entregara las armas;

le hicieron presente toda la sangre que se habia derramado, y le rogaron que salvara, sometiéndose inmediatamente, las vidas de la poca jente que todavia le quedaba. La respuesta fué muy notable. Siento no tener el testo porque la traduccion inglesa que he visto es tan pobre é incorrecta que dá una triste idea del orijinal; imajino que fué el padre Maiz quien la escribió; pero quien quiera que fuese su autor, le hace gran honor. Lopez escribe ú otro lo hace por él, pretendiendo honrar á los jefes aliados aun sin tomar en consideracion su nota; y como si fuera el mas jeneroso, el mas abnegado y el mas valiente de los patriotas, habla en términos que conmueven, del valor y del desinterés de sus soldados, vuelve á repetir la vergonzosa mentira de que él y ellos han peleado y combatirán siempre en defensa de la libertad y seguridad de su patria; y echa toda la culpa de la guerra y del crimen de la matanza de su pueblo á los aliados.

En el momento mismo en que decia esto, tenia las manos teñidas en la sangre de su propio hermano y del obispo que habia sido su compañero y condiscípulo en la niñez y su amigo mas sincero en todas las épocas de su vida, y en la de los mas valientes é intrépidos de sus oficiales. Con razon se ha observado que el lenguaje (sobre todo el lenguaje escrito) nos es dado para ocultar nuestros pensamientos!

Tan pronto como se trabó el combate en Ita Ivaté, Lopez abandonó sus cuarteles é hizo levantar su tienda en una selva á una milla de retaguardia y se mantenia todas las mañanas listo para huir en caso de que los aliados tratasen de tomar el puesto por un asalto jeneral. Teniendo el enemigo 46 piezas en posicion el dia 25, rompió un fuego tremendo pero mal dirijido sobre la posicion paraguaya. Balas, bombas, cohetes, caian dentro de las lineas durante todo el dia; al siguiente los brasileros atacaron, pero con asombro de todos, sus veinte mil combatientes fueron rechazados en la mayor confusion por menos de dos mil paraguayos! He hablado muchas veces ya del coraje de esta desgraciada raza, pero todo lo que he escrito parece pálido comparado con los hechos y hazañas de aquel dia. La admiracion que les tengo casi me disgusta sabiendo que

pelèaban por un cobarde miserable y por una mentira vergonzosa. Pero estoy orgulloso de mi intimidad con ellos y del poco auxilio que les presté de tan buena gana.

El fuego de la artilleria volvió á tronar y continuó todo el dia siguiente, pero los paraguayos contestaban siempre con los tres ó cuatro cañones que les quedaban haciendo fuego desde el suelo despues de habérselos desmontado, y rehusando absolutamente rendirse. El 27 los Arjentinos apoyados por los brasileros esterminaron los pocos que sobrevivian (menos de mil) pero la vida de cada uno costaba al enemigo dos ó tres; cerca de trescientos que se habian internado en las selvas fueron cercados y tomados prisioneros; los demás perecieron todos hasta el último. (1)

Lopez huyó temprano, partió solo porque nadie le echase de menos: no lo advirtió ni aun Madame Lynch que habia permanecido á su lado: la abandonó sin que ella supiera cuándo ni donde habia ido. Todo su bagaje fué tomado. Sus tesoros, es decir, el dinero que habia robado á estranjeros y paraguayos asesinados, iba ya en camino para Perebibuy bajo la proteccion de Mac Mahon. Cayeron en poder de los enemigos sus papeles y las listas de los presos que habian sido ejecutados; se apoderaron tambien de cien pares de botas de charol con las cuales como se ha mencionado ya, estaba sumamente orgulloso como lo son todos los paraguayos. Le quedaba la satisfaccion de que pocos podrian calzarlas porque tenia el pié muy chico.

Huyó sin sujetar su caballo hasta llegar á Cerro Leon, reuniendo en el camino unos cuantos hombres de caballeria que fugaban en la misma direccion, ¡y huyó sin ser perseguido! Por no estar alli en aquel tiempo cito el siguiente párrafo del Coronel Thompson que si lo estaba, porque el hecho es muy dificil de comprender.

«En la órden del dia, dice, Caxias declaró que Lopez en su retirada, solo iba acompañado por 90 hombres. Si esto no es en-

(1) Estos datos no son del todo exactos. Véanse notas á la Guerr del Paraguay por el Coronel Thompson pág. 329 y 339.

teramente exacto, poco le falta para serlo; y sabiendolo ¿por qué razon Caxias, jeneral en jefe del ejército aliado en guerra, *no con la nacion paraguaya sino con su gobierno*, y teniendo 8,000 hombres de caballeria admirablemente montados y enteramente desocupados, no persiguió á Lopez, á quien podia haber tomado sin perder un solo hombre? ¿Fué por imbecilidad ó por sacar mas dinero de la proveeduria del ejército? ¿Fué un pretesto para tener permanentemente un ejército brasilero en el Paraguay ó existia una intelijencia secreta entre Caxias y Lopez? ¿O lo hizo para dar á Lopez el tiempo necesario para reunir hasta el último paraguayo con el objeto de esterminarlos en *guerra civilizada*? De cualquiera manera que se considere la cuestion, el marques de Caxias es responsable de todas las vidas que se han perdido en el Paraguay desde Diciembre de 1868 y de todos los sufrimientos de los hombres, mujeres y niños que continúan en poder de Lopez. » (1)

En el dia 29 se intimó á la guarnicion de Angostura que resistia aun, que se rindiera, pero se negó á hacerlo; sin embargo, al dia siguiente el teniente coronel Thompson que la mandaba, izó bandera de trégua y envió una carta á los jenerales aliados quejándose de un monitor que no la habia respetado el dia anterior. Se le contestó secamente, y se le informó que Lopez, habiendo sido completamente derrotado, habia fugado á las cordilleras, concluyendo por intimarle de nuevo que se rindiera. Thompson pidió licencia para enviar cinco oficiales con salvo conducto, para saber si lo que decian era cierto; á la vuelta de los oficiales, convinieron en capitular, debiendo los soldados salir con los honores de la guerra y los oficiales conservar sus espadas, bajo palabra de honor de no servirse de ellas contra los aliados en la presente guerra. Estos términos fueron aceptados, y á las once de la mañana del 30 de Diciembre de 1869 se entregó al enemigo el último baluarte importante de Lopez. La guarnicion consistia en

(1) Véanse notas á la Guerra del Paraguay, pág. 331—donde se hallan datos curiosos sobre el particular.

1200 hombres hábiles, pero la mayor parte eran ancianos y muchachos; habia 800 heridos y muchísimas mujeres y niños.

Lopez partió directamente, como se ha dicho, á Cerro Leon; los profundos arroyos que tuvo que vadear á nado retardaron algun tanto su fuga, dando tiempo para que Madame Lynch, y los jenerales Resquin y Caballero le alcanzasen. Este volvió despues para juntar los dispersos con el objeto de protejer su retirada contra las partidas sueltas de la caballería brasilera que recorrian las pequeñas eminencias del Este; pero fué obligado á su vez á retirarse en presencia de fuerzas mucho mas numerosas. El jeneral Resquin, tratando de andar al mismo paso que Lopez estuvo á punto de perderse; sufrió una mala caida del caballo quedándose mucho tiempo aturdido, pero por último se recobró lo bastante para poder andar montado. Debo tambien mencionar á otro oficial superior que fué menos afortunado. Viendo accidentalmente su nombre, recuerdo tan bien su hermosa figura y aire marcial, que imajino casi oir el franco «Buenos dias» con que me saludó tantas veces; este era el coronel Toledo. Era el gran favorito de Carlos Lopez, y habia llenado por muchos años el puesto importante de comandante de la escolta del Presidente. Cuando le conocí era un hombre alto y hermoso con cabellos blancos; su voz y maneras eran tan atractivas como para dar envidia al mas refinado diplomático. Cuando se encarnizó mas la batalla de Ita-Ivaté, Lopez se habia amparado de dos espesas murallas, pero sus guardias caian uno tras otro. Su anciano coronel permanecia sin embargo inmóvil en medio de ellos; su cara estaba tan serena como si estuviera de parada; no hubo trascurrido mucho tiempo cuando Lopez le llamó diciéndole: «vaya á pelear,» se inclinó, tomó una lanza al primer soldado y marchó contra el enemigo, pocos momentos despues cayó muerto del caballo, casi á los piés de su inexorable amo.

Cuando Lopez hubo recorrido la mitad de la distancia en su marcha á Cerro Leon, se encontró con el coronel Caminos, que venia de aquel punto seguido de 2500 hombres y algunas

piezas de artilleria; pero no sintiéndose todavia seguro continuó su fuga precipitada casi solo, ordenando que le siguiesen lo mas pronto posible. Los hospitales cerca del Cerro estaban llenos de heridos; se descubrió de una ú otra manera, que tres mil de estos servian para llevar armas; y estos ý los soldados hábiles de Caminos formaron la guarnicion del lugar que empezaron á fortificar lijeramente; pero en el último dia de Diciembre, Lopez se replegó sobre Azcurra, al pió de las cordilleras.

He hablado del carácter salvaje y pintoresco del paso; y de la perspectiva que, mirado desde su cima, presenta el ancho valle, hermoseado con las brillantes aguas de la laguna Ipacaray, enriquecida por el Rio Pirayú, que lo recorre en toda su lonjitud hasta las elevadas colinas de Paraguarí y las precipitadas rocas de Santo Tomás.

Yo habia contemplado esa escena con completa serenidad de alma; pero los hambrientos paraguayos la miraban con sentimientos muy diferentes; desde los palmares en las alturas del paso, podian divisar las praderas de Paraguarí, que parecian ardiendo en las primeras horas de la mañana antes que las anublara el paisaje del medio dia, y mas brillantes todavia cuando los últimos rayos del sol se despedian de los vastos y dorados campos de maiz; porque el hondo y rico valle estaba sembrado con millares de fanegas de grano, que harto escaso era para los pobres habitantes, y que reclamaba urjentemente la hoz. Le vieron madurar al calor del sol y le vieron podrirse con los torrentes de las lluvias del equinoccio; los infelices murieron de hambre por centenares, en frente de millares de Acres de dorado trigo.

Se introdujeron algunas carretadas para el uso de los soldados y de los caballos de los oficiales principales, pero no recibieron nada las multitudes de mujeres y criaturas que estaban cerradas en las quebradas de las montañas; no se les permitia recojerlo por temor de que se pasasen á las filas brasileras que estaban acampadas al otro lado.

Durante este intérvalo los aliados habian subido hasta la suncion y la habian ocupado; y habiéndoles proporcionado

á las tropas el descanso qué tanto necesitaban, se dispusieron para terminar la guerra. Les prestaba grandes servicios el ferro-carril que arrancando de la capital, llegaba hasta Paraguarí; pero les sirvió de gran impedimento la destruccion del puente de un arroyo á pocas millas de la Asuncion. Se me ha criticado amargamente por tener una opinion muy pobre de los soldados brasileros: creo sinembargo que nadie negará que son tristísimos injenieros; porque les costó dos meses reparar aquel solo puente, obra, que me atrevo á decirlo, un carpintero inglés hubiera logrado completar en otras tantas semanas. Por último, dieron cima á la obra y llegaron hasta el Pirayú á mediados del mes de Mayo obligando á los paraguayos á retirarse cerca de una legua al pié de las cordilleras.

Quedaron algunas tropas en Cerro Leon y con la llegada de los brasileros se trabó un combate muy sangriento considerado el corto número de los paraguayos. Estos se retiraron con grandes pérdidas, y en el mismo dia Lopez atravesó las cordilleras, destruyendo ántes de partir, toda casa, cerco y huerto, dejando como siempre en pos de sí un desierto completo.

A mediados de Abril estando todavia los paraguayos en posesion del ferro-carril en Paraguarí, Lopez emprendió una nueva y talvez injeniosa clase de guerra. Hizo montar una pieza pesada en un carro asegurado á los wagones de un tren que estaba lleno de jente; y en un dia señalado, el tren salió en direccion al puente y se trabó un combate con el enemigo á corta distancia. Se les volvió el fuego con tanta enerjia que los paraguayos se apresuraron á retirarse, no por las pérdidas que habian sufrido sino por temor de que cayera el tren en manos del enemigo.

Estando los brasileros todavia en Pirayú se destacó una division en direcion á Paraguarí que, penetrando la cordillera en el paso Sapucaí sin encontrar gran resistencia, ocupó la aldea de Ibitimé á distancia de setenta y cinco millas de la Asuncion. Su marcha fué tan rápida é inesperada, que Lopez no habia tenido tiempo para ordenar que se le evacuara y destruyera, y se rescataron muchas familias del pais. Los brasi-

leros las trataron jenerosamente dándoles raciones de carne y fariña, pero Lopez les habia imbuido tales ideas sobre la barbarie del enemigo que muchos huyeron despues, internándose en las selvas.

Caballero recibió órden de arrojar á los invasores, pero llegó demasiado tarde. El enemigo habia atravesado las cordilleras de Pirayú ántes que les hubiera dado alcance. Sinembargo, volvió á tomar á muchas mujeres que fueron cruelmente atormentadas y ejecutadas despues por Lopez por haber querido escapar. Entre las fujitivas se hallaba una señorita cuyo nombre no puedo recordar pero que era prima de Caballero. Estaba sentada en una carreta que contenia todo lo que poseia en la tierra; el vehículo andaba tan lentamente que estaba por quedarse atrás y caer en manos de los paraguayos cuyos gritos se oian distintamente; varias compañeras, estando imdecisas, tardaban y miraban hácia atrás, pero ella se arrojó de la carreta y abriendo un atado que llevaba, les tiró un rollo de billetes del valor de trescientos duros diciendo: «Si teneis la intencion de permanecer con Lopez tomad esto porque lo necesitareis; voy á donde me darán de comer; y partió como un rayo al frente de la columna.

El arsenal establecido en Caacupé en 1868 y al cual se habia trasportado una gran parte de las máquinas del que estaba en la Asuncion, funcionaba dia y noche produciendo en seis meses sesenta piezas de poco calibre adaptadas á la guerra de montaña; muchas eran rayadas; eran obra de paraguayos bajo la direccion forzosa de artesanos ingleses. Se enviaron tambien partidas sueltas á los campos de Villeta y se recuperó un número considerable de rifles, que los aliados no se dieron la molestia de juntar; se manufacturaron lanzas para los que no tenian fusiles; de suerte que Lopez se encontró una vez mas rodeado de una fuerza armada. Cuando Caxias cometió el crimen de dejarle escapar, se reia de la idea de que los paraguayos pudieran jamás hacerse formidables: olvidando el proverbio español «no hay enemigo chico» y es realmente maravilloso cuán pronto se formó y se equipó un ejército nuevo.

Los brasileros continuaron las operaciones enviando dos encorazados que calaban poco arriba de Manduvirá, pequeño rio que desagua los valles situados al norte de la cordillera menor y que se une con el Paraguay un poco al norte de la Emboscada. Los tres pequeños vapores, que les quedaban á los paraguayos, estaban escondidos en las ensenadas frondosas de este riachuelo, y el enemigo tenia por objeto capturarlos y ponerse tambien en la retaguardia de Lopez. Este, sin embargo, logró frustrar ambas ideas, echando á pique el mas pequeño de los tres vapores en un paraje muy angosto del canal y cerrándolo por completo.

Durante este intérvalo habia sido relevado el Marqués de Caxias y sustituido por el Conde d'Eu, yerno del Emperador, en el mando del ejército; y en Mayo de 1869 habia concentrado las tropas en Pirayú, quedando muy pocas fuerzas para defender la capital donde se habia formado un gobierno provisorio, que debia funcionar hasta concluir la guerra.

Con los prisioneros y los desertores se habia enrolado una legion paraguaya que desplegaba la bandera nacional que es tricolor con rayas horizontales y un leon en el centro protejiendo el gorro de la libertad. Lopez se irritó cuando supo esto, y escribió al conde d'Eu diciéndole que si no la arreaban inmediatamente daria órden de fusilar á todos los prisioneros brasileros y arjentinos. El jefe brasilero contestó, que la lejion paraguaya se componia de voluntarios y que ellos y no él, decidirian con que bandera habian de combatir. En cuanto á los prisioneros dudaba si alguno quedaba vivo; pero que si alguno hubiera, moriria pronto ahorrándole la molestia de fusilarle. Le decia verdades amargas, porque los ochenta cautivos que Lopez tenia entonces cedian rápidamente al hambre y á las enfermedades, y los mataban á lanzadas siempre que se les ofrecia un pretesto; sin embargo no llevó á cabo su amenaza, pero aun cumpiéndola, les habria hecho un gran servicio, porque muy pocos sobrevivieron un mes.

Pero fueron las mujeres y los niños quienes sintieron mas los sufrimientos de que participaba todo el pueblo. Se distribuian esclusivamente entre los soldados las escasas raciones de

carne; los demás tenian que vivir del alimento tal cual lo encontraban en las selvas. Se consumian las naranjas que allí se encuentran por los caminos, antes de estar siquiera medio maduras, y se arrancaban las guayabas todavia verdes; se buscaba con avidez toda planta ó baya que pudiera servir de alimento, pero la multitud era demasiado numerosa y las plantas nutritivas muy pocas, y se prolongaba la vida solo para morir mas dolorosamente.

Salia del campamento todas las tardes al ponerse el sol una larga procesion encaminándose lentamente en direccion de la iglesia de Caraguataí y se detenia en el borde de un pozo poco hondo que se abria en la arena movediza. Veíase una fila de mujeres, medio desnudas, llevando cada una en la cabeza un cadáver asegurado á una tablita ó bamboa tan liviano y estenuado por el trabajo destructor de la lenta muerte del hambre, bajo aquel sol ardoroso, que las portadoras aunque exhaustas, podían llevarlos solas y sin esfuerzo. Sus padres y maridos yacian en los esteros pestíferos de San Fernando y ahora llevaban á sus hijos á la tumba. Habian cabado el foso con sus propias manos y con ojos fatigados, en que no cabian ya las lágrimas, contemplaban á sus hijas, antes que las mismas manos quo los habia acariciado en la cuna los cubriesen con la dorada arena que fué su única mortaja. La portadora solia frecuentemente tropezar bajo el peso que llevaba, añadiendo otro cadáver á la lista. No se podia andar dos cuadras en las selvas sin tropezar con una docena de mujeres que habian muerto buscando alimento. «En menos de seis meses, diçe Mr. Valpey, quien me proporciona estos pormenores y que presenció todo, mas de cien mil mujeres y niños perecieron de hambre en las cordilleras.»

Se habia enviado á las viudas y parientes de los titulados conspiradores á Yhú, aldea á 30 leguàs próximamente de Azcurra. Pertenecian con muy pocas escepciones á las mejores familias del Paraguay; muchos llevaban apellidos muy conocidos en la historia española. Les quitaban todo, si se esceptúa sus tupois y chales, obligándolas á andar á pié á traves de inmensos esteros y por lagunas de tres y cuatro pies de profundidad. Mrs.

Stark súbdita inglesa y sus cuatro hijos, vergonzosamente abandonados por el gobierno de su pais, emprendió el mismo viaje llegando viuda á su destino. El terror y la ansiedad que revelaban los restos de estas infelices era una cosa que desgarraba el alma.

En los meses de Junio y Julio los aliados hicieron espediciones contra San José y las minas de fierro de Ibicuy con el fin de destruir los talleres y las fundiciones; sin embargo, dieron á Lopez tiempo suficiente para llevar todas las piezas que necesitaba. El Presidente estaba siempre acampado en Azcurra, pero Peribebuí habia sido atrincherado y se habian levantado baterias que dominaban los aproches, y el grueso del ejército esperó en este punto el ataque del enemigo.

En Agosto, los brasileros destacaron una columna que, pasando por Valenzuela destruyó las obras de azufre que allí se hallaban; de este paraje tomaron el camino de Barreiro Grande situado cinco leguas al este de Azcurra. Al mismo tiempo, una parte de las tropas arjentinas mandada por el Jeneral D. Emilio Mitre, forzó el paso de Atyrá ocupando la aldea de este nombre, situada cinco leguas al nordeste de Azcurra y tres de Barreiro Grande. Lopez estaba pues cercado de todos lados: á su frente en Pirayú se hallaba el grueso del ejército brasilero, en Tacuaral y Guasuvira una parte de los arjentinos, en Barreiro Grande una division brasilera y la Lejion paraguaya, y en Atyrá el resto de los arjentinos: los encorazados estaban fondeados en Manduvirá. Nada hubiera sido mas fácil que su toma ó destruccion. Pero los aliados cometieron en esta ocasion uno de aquellos incomprensibles errores que tanto distinguen esta famosa guerra. En vez de lanzarse sobre Azcurra y de concentrarse rápidamente sobre un solo punto, cercando del todo á Lopez y cortando sus comunicaciones con Peribebuí, Mitre llevó sus tropas á Altos, dos leguas al norte de Atyra y los brasileros se dirijieron sobre Peribebuí. En efecto, en vez de reconcentrarse estendieron sus líneas en forma de un abanico roto, dejándo abierto en la retaguardia un espacio de veinte millas por el cual Lopez pudiera escapar!

En el dia 12 de Agosto el Conde d'Eu intimó la rendicion á

Caballero; este, sin embargo y apesar de saber que toda resistencia era inútil, temia á Lopez mas que á los brasileros. Rehusando capitular fué tomada la plaza por asalto. Los paraguayos tenian 1,500 hombres, y el enemigo 10,000; estos últimos sufrieron grandes pérdidas, y el bizarro Jeneral Menna Barreto fué muerto; apenas salvó uno que otro de sus enemigos, y muchísimas mujeres y niños perecieron en la lucha. El Coronel Caballero cayó vivo en manos de los aliados, pero fué bayoneteado mientras rogaba de rodillas que le perdonaran la vida. (1)

En la tarde del mismo dia Lopez anunció que habia ganado una gran victoria, y la hizo celebrar con un Te-Deum en el mismo campamento; pero al siguiente se preparó silenciosamente para retirarse. Pasó á las 10 de la noche por Caacupé en su camino á San Joaquin habiéndose hecho preceder varias leguas por algunas de sus mejores tropas seguidas de 15 piezas de artilleria arrastradas por mujeres. Llegó á este lugar sin ser molestado por el enemigo. Desde entónces ha hecho una guerra de recursos yendo de una montaña á otra, donde permanece aun (30 de Marzo 1870) sin haber sido vencido. Permanecieron en Caacupé en la mayor ansiedad é incertidumbre muchísimos paraguayos, así como el rèsto de los empleados ingleses inclusos, Mr. Valpy, Mr. Burrell, y Mr. Twite injenieros civiles y Mr. Skinner cirujano. Algunas tropas ocupaban todavia el pueblo esperando por momentos recibir órdenes de marchar y con la perspectiva de ser atormentados ó muertos, por haberse quedado atrás, con la intencion de desertar, como Lopez lo suponia siempre en estos casos. En estas circunstancias mandó un oficial con órdenes de hacer-

(1) En el asalto de Peribebuy, tomaron parte varias tropas argentinas á las órdenes del Coronel Campos, que fueron los primeros en penetrar las trincheras del enemigo. El Conde d'Eu, admiró tanto el valor de Campos y sus tropas, que no quiso dividir las banderas tomadas, y queriendo premiar á Campos y no teniendo condecoraciones, desprendió una de las que adornaban su pecho y se la colocó al valiente gefe argentino.

(N. del E.)

los retirar; pero Baco á quien tantos ingleses se habian sacrificado con una devocion tal, que habian rendido su vida en sus altares, vino en su proteccion. El oficial tropezó con una botella de caña, y cuando llegó al campamento estaba tan borracho que no podia ni hacerse entender; le sacaron del caballo y le depositaron en tierra para que durmiera; cuando se despertó se halló preso por los brasileros.

Mr. Skinner y Mr. Nesbit partieron temprano para juntarse con Lopez y desde entonces no se ha sabido nada de ellos. (1)

En el dia 15 de Agosto llegaron los brasileros y salvaron á los demás; al principio los trataron ásperamente, y esto no es de estrañarse, porque los aliados sabian perfectamente que los injenieros ingleses habian prestado grandes, aun cuando forzados servicios á la causa de Lopez. Sin embargo los pusieron en libertad y casi todos han vuelto á Inglaterra en donde me han dado verbalmente ó por escrito pormenores muy interesantes de sus aventuras. Soy sobre todo deudor de Mr. Valpy por las notas que me han servido para componer casi enteramente este capítulo.

He terminado por último esta dolorosa historia; he procurado contar los hechos como los vi, y las escenas tales cuales las presencié, sin exajerar nada intencionalmente, ni servirme de un lenguaje que pudiera hacerlos aparecer mas horribles de lo que fueron en realidad. Mis anotaciones, mas bien que relaciones de las batallas, son necesariamente imperfectas, y pueden ser incorrectas en muchos detalles, porque no presencié ninguna, y mis fuentes de informacion no eran siempre fidedignas: no he mencionado tampoco muchos incidentes de la guerra que merecen estudiarse, pero cuando pondero el coraje é intrepidez estraordinaria de los paraguayos me encuentro invariablemente apoyado por todos los que han hablado ó escrito sobre este singular pueblo, cualesquiera que fueran sus opiniones políticas.

(1) **Mr. Skinner estaba presente en el desenlace final de este gran drama; presenció la muerte de Lopez, y vive actualmente en el Paraguay.**

(N. del T.)

No existe ya:—hay un claro en la familia de las naciones; pero no debe perecer con él la historia de sus sufrimientos y heroismo. En cuanto á mí, compadezco profundamente á los paraguayos; las crueldades que algunos me hicieron sufrir no han afectado absolutamente la simpatía que les tengo como nacion; pero al mismo tiempo no dejo de comprender que su destruccion inevitable era cuestion de tiempo; «el árbol que no dá fruto será cortado y arrojado al fuego.» No eran bastante intelijentes para comprender la civilizacion; no podian gobernarse á sí mismos, y hubieran permanecido en su estado infantil por toda la eternidad. Su magnífico pais no pasaba de una gran selva y no querian que nadie hiciera lo que ellos no querian hacer por sí mismos. Los estranjeros, de quienes desconfiaban, cultivarán el terreno que ellos dejaban presa de las zarzas y zizañas, y gozarán de la bella herencia que ellos eran indignos de poseer.

Hacian de la idolatría su relijion: vivian verdaderamente sin Dios, gozaban del presente sin acordarse siquiera del mañana.

La poblacion por su indolencia y disolucion aumentaba muy poco y la condicion de la gran masa del pueblo era tan deplorable que no habia un hombre de salud vigorosa.

Incapaces de pensar y de raciocinar, vivian contentos en la ignorancia y la barbárie, y marchaban un siglo á retaguardia de sus vecinos; se doblegaban tímida y servilmente ante cualquier tirano que se les impusiera, ante cualquier déspota bastante desalmado para robarles, y eran incapaces de levantar un dedo para protestar contra cualquier carga, que se les impusiera, por pesada y estúpida que ella fuera.

No puedo todavía, ni culparles del todo, ni compadecerles. Su alegría, su urbanidad, la espontánea bondad y la caridad de los unos para con los otros, cuando ni la *sombra de la sombra* del gobierno pasaba sobre ellos; su obediencia á sus superiores, tan estraordinariamente probada en las crueldades que sufrieron y que inflijieron, su amor al hogar y á la patria, su coraje y su paciencia, les hacen merecedores de uno ú otro sentimiento.

El teuton y el anglo-sajon, llenarán pronto el vacío abierto por esta guerra de esterminio, y una prosperidad flamante borrará todos los rastros de sus desvastaciones. Y así debe ser. Cuando pienso en ello, me imajino lo que pasaria por una persona, que viera por fin convertirse el terreno inutilizado por una vieja y peligrosa selva, en una poblacion industriosa, cubierta de casas y de calles. Reconoceria que el cambio era una gran mejora, pero recordaria siempre con profundo pesar las pintorescas bellezas de los musgosos árboles y las brillantes y silvestres flores que crecian á su sombra.

TRATADO DE LA TRIPLE ALIANZA.

Este tratado, cuya publicacion se anticipó á solicitud del Gobierno de S. M. B., produjo la mayor indignacion en toda Sud-América.

Se publicó en el *Semanario* del 11 de Agosto de 1866 y contribuyó mas para entonar la causa de Lopez, que todo lo que sus mejores amigos hubieran podido inventar.

Se trasluce en varios de sus artículos que el Brasil no tiene otro fin sino apoderarse del Paraguay, aunque el tratado parece proveer contra semejante medida. Compárese el art. 8.° con el 14.°, y uno y otro con el 1.° y el 2.° del protocolo. Se declara la república libre é independiente; pero debiendo reembolsarse los aliados lo que han gastado durante la guerra y recibir compensacion por daños y perjuicios públicos y privados, es patente que se exijirá alguna garantía material, porque habiéndose apoderado Lopez y Mme. Lynch de todo el metálico del pais, hasta de las sortijas, cadenas y peines de las mujeres públicas, y de los inmensos haberes de los estranjeros abandonados por Mr. Washburn, que en su mayor parte han sido embarcados ó escondidos, la única cosa que puede servir de fianza es el suelo del Paraguay. En el último ajuste de sus límites el Brasil se ha apoderado del distrito de los yerbales que produce el artículo mas valioso de esportacion del Paraguay, dejando á sus aliados solo las llanuras arenosas del centro y los esteros de los departamentos del Sud. Queda pendiente la cuestion de las Misiones.

¿ Cómo puede un pueblo vencido y exhausto, sin armas ni fortificaciones tener la esperanza de resistir á sus turbulentos y cínicos vecinos del Sud, ni aun á los indios que todavia habitan las selvas á lo largo del Paraná y las inmensas florestas al otro lado del Caaguazú? ¿No se verá en la absoluta necesidad de solicitar de los brasileros que tomen el pequeño territorio que les queda y lo anexen como la provincia menor de su imperio?

NÚMERO DE PRESOS EJECUTADOS.

La siguiente es una lista oficial de las personas ejecutadas «por traicion y rebelion», encontrada entre los papeles de Lopez despues de su derrota en Lomas Valentinas:

Estranjeros ejecutados.	107	
» muertos en la prision	113	
	———	220
Paraguayos ejecutados.	176	
» muertos en la prision. . . .	88	
	———	264
Ejecutados el 22 de Agosto de 1868, nacionalidad desconocida.	85	
Muertos (bayoneteados entre San Fernando y Pikysyry)	27	
	———	112
Número total de muertos hasta Diciembre de 1868.		596

Despues de esa fecha se ejecutó un gran número; en realidad casi todas las personas que quedaban de las 700 ú 800 que fueron arrestadas.

«El Lambaré».

Este fué un diario publicado por el gobierno en guarani y que interesa por ser una muestra de aquel singular idioma. Su formato era de medio pliego doblado y bastante bien impreso. En la primera pájina se veia un tosco grabado que representaba el cacique de Lambaré tirando flechas contra un dragon de triple cabeza, que llevaba de la cola un globo, emblema, como se puede imaginar, de la triple alianza. A la iz-

quierda se destaca el monte Lambaré con una puma descansando á su pié; el rio parece correr cuesta arriba y un vapor pronto á estrellarse en su costado: los artistas paraguayos no tenian ideas muy claras de la perspectiva. En la lontananza se vé un tren de ferro carril y algunos asombrosos palmares. El título es « Lambaré ». « *Cuatia ñeé y bety rusu güi osê biè.* » Lambaré. Diario que dice verdades y que viene de su montaña.

La mayor parte de los artículos eran tan feroces y llenos de porquerias que no puedo entretener á mis lectores con una traduccion; pero como muestra de aquel idioma doy una traduccion literal de una cancion que apareció en sus columnas el 5 de Setiembre de 1867 omitiendo algunas palabras.

MBURAHÉI OSÉ BAE YBYTY RASUE GUI.

El cacique Lambaré
I huy ombohacua
Opahaguà omondore
Las cambai rebicua

Tounte las camba curu
Na ne Retà pota hára
Rébicua rehe onandu ne
Upe hendy hoe overaba

Lambaré heta ete oioiái
Umi camba byroton
Porque ndo hecha moáiri
Oipata ete ba l'Asuncion

Oparupi rei oiape
Ndo icuaábei hembiapo rá
Icaá pa pota ete maco
Umi ana rembichyra.

Oime oho cu iaicuaá bae

Inboca rubichá guazu
Josopy que tebi Ignacio
El camba rebicua pucu

I mbegüe caraia mbaásy
Cachimbo hei ba ichupe
Carumbe hae iatyta
Ichugui ipyae mbe

Oñeguáhe Curuzugüi
Opama ramo opotí
Hae tohoque mombyry
Tuni aña rymba catí.

UNA CANCION QUE VINO DE LA MONTAÑA.

El jefe Lambaré
Afila sus flechas
Para despedazar
Las espaldas de los negros.

Que vengan los sarnosos negros
Que codician nuestro pais:
Sus espaldas sentirán
Atravesadas de parte á parte

Lambaré se rie de
Estos negros idiotas
Quienes, por mas que lo deseen
Nunca verán la Asuncion

Huyen acá y allá,
No saben qué hacer
Casi se les ha acabado su alimento
Y el Diablo los va á freir.

El huyó la presencia de aquel que conocemos
El gran capitan de la artillería
....................Ignacio
....................negro.

Aquel macaco enfermizo
Que se llama cachimbo (1);
La tortuga y el caracol
Marchan mas lijero que él

Huyeron de Curuzú
Cuando todos...............
Que se vayan lejos de aquí
Estas bestias hediondas del diablo.

(1) El marqués de Caxias.

Mamo pa oime Caxias
¿I curumbe eta ndibe?
Mbae gui ndo ieraiái
I caraia eta rehebe?

Ma pico Bartolo ypi
Hae aeo burro monda eté
Oséе ba ichupe Flore
Umi aña membyre?

Caraia Peru tujape
Mocóibe omeé oguétá
Hae ogúeru oincapa ete
Umi hétá ygna cuera etá

¡Ibyro co umi aña cuera
Umicha gra na ñahendui
Ni aipo Neron tuia yma
Abe pe no momboioái!

Umicha gua mborebi pe
Topo ute leon ñaro
Ja hésás ñande Rubicha
Hae icatu bao ña ñorairo!

¿Dónde está Caxias
Con todas sus tortugas?
¿Porque no viene
Con su tropa de macacos?

¿Qué ha hecho Bartolo
Y ese burro ladron
Que se llama Flores,
Hijos del diablo?

Al viejo macaco Pedro (1)
Ambos se han vendido
Y han llevado al matadero
A muchísimos de sus paisanos

¡Qué imbéciles son estos diablos!
Jamás se han visto sus semejantes.
¡Neron en la antigüedad, tal cual era
No se puede comparar con ellos!

Con estos (animales) como tapires
A quienes el feroz leon persigue
Viva nuestro jefe
Y nosotros continuaremos peleando!

(1) El Emperador D. Pedro.

Es digno de notar que *carai* significa hombre, y *caraia* mono, en guaraní; siendo esta voz, segun creo, una contraccion de *carai camba*, hombre negro, ó tal vez de *carai aba*, hombre peludo, que es probablemente la mejor interpretacion. Debe tenerse presente que los indios sud americanos son castaños ó aceitunados y no tienen barba.

Apuntes sobre las enfermedades del Paraguay.

En una obra destinada para la lectura popular no puedo estenderme sobre las enfermedades del Paraguay; sin embargo ha de esperarse que no las pase enteramente por alto. Puedo mencionar algunas de las mas sérias, pero sin hacer mas que aludir á la que era mas general, pero menos mortífera.

La pulmonía era comun, y la tísis sobre todo; lo cual parece destruir la teoría, de «que esa es una enfermedad que resulta de un grado estremo de civilizacion y de una crianza demasiado refinada», tésis que he oido sostener algunas semanas ha en una de nuestras primeras escuelas de medicina; la pneumonía y los catarros ocurrian frecuentemente en el invierno, requiriendo casi constantemente estimulantes.

La fiebre amarilla, el tifus, y la fiebre gástrica eran desconocidas, como lo era el cólera hasta la guerra cuando lo introdujeron los aliados, asi como las viruelas (1) y talvez el sarampion. Esta enfermedad hizo horribles estragos en toda la poblacion, y por la razon misma de haber tomado todas las precauciones contra su introduccion, no se limitó como entre nosotros á los niños que son menos susceptibles de las complicaciones que puede acarrear, sino que atacó á viejos y jóvenes y costó á lo menos la vida á 60,000 personas.

La indijestion y las enfermedades del hígado no eran muy comunes entre los paraguayos, que son por lo jeneral muy moderados; pero los empleados ingleses al servicio del gobierno que comunmente comian doble de lo que necesitaban, y que por supuesto bebian muchísimo mas de lo que les convenia, sufrian á menudo irritaciones y conjestiones en aquellos órganos. La diarrea, la disenteria y el cólico (esta enfermedad provenia de que los paraguayos comian el maiz crudo y de la enorme cantidad de sandías que tomaban) eran muy comu-

(1) El Sr. Masterman incurre en un grave error. Consta segun creemos, que las viruelas *grandes* y *chicas* son oriundas de las Américas. Voltaire por lo menos parece favorecer esta teoría haciendo una larga historia de la última enfermedad en las primeras pájinas de *Candide*.

Las viruelas eran desconocidas talvez en el Paraguay en el tiempo del Sr. Masterman; pero nuestro distinguido amigo D. José Manuel Estrada, que conoce la historia del Paraguay como pocos, nos ha suministrado los siguientes interesantísimos datos que establecen la verdad de los hechos.

La poblacion total de las Misiones en 1764 era 91,545; de este número murieron en aquel año 7414 personas de viruelas. En el pueblo de Santo Tomé (Uruguay) con una poblacion de 2511 hubo una mortalidad de 570. Santa Maria la Mayor (Uruguay) con una poblacion de 1228 perdió 668 personas. Mártires (Uruguay) con 2220 habitantes perdió 808; y en la Santa Rosa (Paraná) con una poblacion de 2051 hubo una mortalidad de 1596, es decir mas de cincuenta por 100.

Los Carmelitas descalzos, misioneros del Amazonas introdujeron la inoculacion en el siglo 18; pero tardó mucho en propagarse. Es digno de mencionarse que el conocimiento de la inoculacion que fué precursora de la vacuna fué introducido y propagado en el Oeste de Europa en el siglo 17 por Lady Mary Montague esposa del embajador inglés cerca de la Corte del Sultan Achmet II.

(Nota del traductor).

nes, pero cedian muy pronto al tratamiento aplicándoles el réjimen debido.

El chucho era muy jeneral en los distritos húmedos, apareciendo à veces en la capital cuando el viento continuaba soplando del Oeste, (atravesando como se supone los Esteros del Gran Chaco) pero los remedios al caso lo curaban pronto.

Ví muchísimos casos de coto y varios entre mujeres de buena familia, que comian y se alojaban bien, que no bebian nieve derretida, que vivian en llanuras abiertas y risueñas donde habia una gran escasez de cal, y no conocian hondos y rocallosos valles mas que de nombre. Resulta pues que las teorias del caso no esplican su existencia entre ellos. Pero por otra parte, era mas comun en las clases pobres que vivian mal alojadas en miserables ranchos pasando una vida brutal é indolente en las selvas. El Dr. Stewart hablando de patolojia menciona la siguiente singular circunstancia: «Cuando los ejércitos paraguayos, dice, invadieron á Corrientes (durante la guerra contra Rosas en 1845) un número considerable de las tropas fué atacado casi repentinamente por el coto, pero desapareció casi repentinamente tambien cuando los soldados volvieron á su patria.

Nunca era acompañado del cretinismo. A propósito de esto no recuerdo haber visto ni oido mencionar un solo idiota paraguayo, aunque no dejaba de ser comun entre ellos una forma violenta de locura que se podia atribuir á la rijidez de los reglamentos policiales. Esta declaracion no anula lo que dije en la pájina 19. La idiotez, que se encontraba entre los indios guaquis seria de una clase enteramente distinta de la que suele acompañar al coto. Un cretino nunca ha tenido una intelijencia que perder, es decir, una estructura cerebral capaz de desarrollarla. La una, segun lo entiendo yo indica falta de la estructura; la otra falta de potencia. Pero creo que la presencia del cretinismo en casos de coto en lo relativo á la causa y el efecto es una suposicion gratuita. Algunas veces se encuentran juntos porque la misma causa obrando sobre distintas estructuras y funciones puede producir efectos enteramente diversos, lo que se deduce por si, pero no se sigue con seguridad que aquellos efectos dependen uno de otro.

Se encontraban algunos casos de esa misteriosa y asquerosa enfermedad que se llama elefanteasis (peabydermia) y por suponerla contajiosa desterraban á todos los que padecian de ella enviándoles á una lejana aldea del interior. El cutis de los enfermos toma grandes proporciones; el de la cara y de los brazos sobre todo presenta profundas y ásperas grietas dándoles la apariencia de lo que los antiguos llamaban la «cara leonina» Todos los tratamientos que ensayé ó que ví ensayar fueron estériles.

Ví varios casos de tétano, y me parecia que las mas veces eran debidos al enfriamiento del cuerpo despues de un fuerte ejercicio, ocasionado por el viento del sud, que es allí tan pernicioso, como entre nosotros el del norte.

Con todo, y apesar de esta formidable lista, debo añadir que el clima del Paraguay es uno de los mas sanos, si se observan las mas simples precauciones sanitarias: quiero decir, deben evitarse los grandes calores, vivir con moderacion, llevar flanela, bañarse con frecuencia y alejarse de la vecindad de los esteros. Sí se esceptúan las epidemias arriba mencionadas no habia quizás una dolencia que no pudiera atribuirse ó á la indolencia, ó á la glotonería ó á la inmoralidad. «Puesto que somos mortales, dice Jonh Hunler, algunas enfermedades deben necesariamente tener un fin fatal; pero estoy convencido de que uno tiene mas probabilidad de morir en el Paraguay que en Inglaterra de la enfermedad llamada la vejez que no es tan comun entre nosotros como podria serlo. Es un error creer que el clima no conviene á nuestra constitucion y que no podemos trabajar allí como acá. Los ingleses no trabajan allá tanto como en su patria por la sencilla razon de que no tienen necesidad de hacerlo, porque pueden enriquecerse mediante una suma de trabajo, que aqui bastaria apenas para llenar las necesidades de la vida; pero si realmente trabajasen con cierta contraccion, recibirian sin duda la recompensa de sus esfuerzos.

Relacion de Mr. Eden.

Yo Guillermo Eden dejé la Inglaterra para ir al Paraguay en 1861; estaba contratado por tres años para dirijir una carpinte-

ria mecánica y llevé conmigo á mi esposa. Cuando hubo terminado el contrato quise dejar el pais, pero se me prohibió hacerlo; sin embargo no recibí grandes vejámenes hasta el bombardeo de la Asuncion por los encorazados brasileros en Febrero de 1868. Se ordenó la evacuacion del pueblo; pero nosotros y casi todos los ingleses, nos refujiamos con permiso del coronel Fernandez en la Legacion de los Estados Unidos. Nos hallábamos alli tolerablemente cómodos hasta el mes de Mayo en que la policia empezó á molestarnos rodeando toda la casa con centinelas. Lopez queria hacernos volver á nuestras faenas y nos dió órden al efecto, pero creyendo que no se atreveria á molestarnos en casa del ministro norte americano, rehusamos hacerlo, aunque nos pesó mucho despues.

Se le intimó á Mr. Washburn el 11 de Julio que nos arrojase á la calle, y por no tener medios de protejernos, accedió inmediatamente á los deseos del gobierno. Habia además del declarante tres ingleses á saber: Juan Watts, Jorge Miles y Guillermo Newton (los demás prefirieron salir de la capital como se les ordenó) con sus esposas é hijos; habia tambien dos viudas y varios huérfanos.

Apenas habiamos salido á la calle un gran número de vijilantes con espadas desenvainadas nos puso presos; fuimos conducidos en seguida á la estacion del ferro-carril en donde nos detuvieron agrupados en un rincon de la sala de recepcion por el espacio de ocho dias. Entonces nos llevaron á un lugar llamado San Lorenzo cerca de diez millas de la Asuncion, y nos colocaron á todos en un mismo rancho que tendria doce pies cuadrados, pero nos permitieron á mí y á mi esposa, dormir afuera á cubierto de un pedazo de alfombra con que habiamos envuelto una de nuestras cajas. A media noche penetraron en este recinto tres hombres con espadas desenvainadas, se apoderaron de Watts, le ataron los brazos, y haciéndole dar media vuelta, se fueron con él dejando á su esposa y cuatro pobres criaturas presas de la mayor angustia.

Fué la última vez que se le vió; supimos poco despues que le habian pasado por las armas. Quince dias mas tarde de este incidente, Mrs. Watts pidió á Miles y á Newton que le abrieran

su baul porque su marido habia llevado consigo las llaves, y necesitaba sacar dinero y ropa. Viéndoles uno de los guardias hacer esto, les sacaron inmediatamente junto conmigo, y apesar de dejarnos al aire libre, nos declaraban encarcelados y de noche nos ponian en el cepo. Cuando hubieron pasado cuatro dias se presentó el jefe de policia con un sacerdote, y llamándome á parte, me dijo que, no habiendo ayudado á abrir la caja podria ir á casa.

Esto me esplicó por primera vez la razon por la cual se nos trataba con tanto rigor. Mis compañeros permanecieron presos once semanas mas al aire libre. Mi esposa se encargó de protejer á los niños de Mr. Newton y le enviábamos diariamente á él y á Miles alimento para que no murieran de hambre. Despues de esto no nos molestaron por mucho tiempo, pero se nos ordenó que no habláramos con ningun hijo del pais y que no nos acercáramos á sus casas. Nos vijilaban, pues, constantemente. Durante este tiempo los estranjeros que vivian á nuestro lado desaparecian dia por dia, y vimos llevar frecuentemente á muchos montados en mulas con los pies cargados de grillos.

Nos sorprendió el 5 de diciembre de 1868 una órden de la policia intimándonos que nos presentáramos inmediatamente en Luque. Fuimos, y se me preguntó á que parte de la campaña querria ir: contesté, que por ser estranjero no sabia nada de la campaña, y me espidieron un pasaporte para Piribebuy situado al otro lado de las montañas. El oficial me dijo que podriamos ir por el ferro-carril hasta donde alcanzaba la línea, pero nos lo hicieron pagar muy caro, y pusimos dos dias para llegar hasta la estacion mas próxima; sin embargo nos adelantó cerca de treinta millas y nos bajamos en un lugar llamado Tacuaral. Vimos traer á muchísimos heridos; su condicion era deplorable pero nadie parecia prestarles la mas mínima atencion. Permanecimos en este punto diez dias al aire libre sin tener un árbol siquiera que nos protejiera; teniamos por único abrigo el pasto y los arbustos. Ofrecimos una suma exajerada por llevar adelante nuestro equipaje, pero todas las carretas y bueyes estaban embargados y puestos al servicio del ejército; vi-

nieron por último órdenes de continuar nuestra retirada sin demora porque el enemigo avanzaba á marchas forzadas. Habia varios miles de fujitivos, además de nosotros, de toda nacionalidad, y cuando vinieron las órdenes, cada uno recojió de lo suyo lo que pudo y nos fuimos como un rebaño de carneros. Dí á algunas paraguayas cincuenta pesos por llevar mis efectos á traves de un estero, y despues de una marcha de cuatro dias llegamos á la gran laguna de Ipacaraí situada al pié de las cordilleras.

Lo atravezamos en un paraje en que las aguas estaban bajas en una falua que llevaban por delante ocho bizarras jóvenes desnudas que andaban chapaleando (1) en el agua sumerjidas hasta el cuello; ganaron muchísimo dinero en aquel dia porque pedian cinco pesos por cada viaje. En este viaje vi miserias y desgracias suficientes para despedazar el corazon de un salvaje; el camino estaba sembrado de muertos y moribundos y no habia nadie para socorrerles.

Afortunadamente hice el hallazgo de una pequeña carreta que alquilé para llevar nuestros baules através de las montañas á un lugar llamado Atirá. Mi esposa y yo andábamos á pié, pero cuando llegamos á este punto el carretero no quiso ir mas adelante; estando en esta situacion fuí á ver al jefe para solicitar otra; pero nos ordenó continuar inmediatamente la marcha; no pudiendo sin embargo hacerlo, nos ocultamos cuatro dias y pasamos la natividad en un tristísimo rancho espuestos á un torrente de lluvias, que duró cuarenta y ocho horas y sin nada que comer.

Nos separaron en este punto y no se me permitió acompañar á los demás de mis paisanos; por último alquiló otra carreta, y compré un caballo para ayudarnos á vencer las dificultades del camino, que no pasaba de ser una áspera senda por entre selvas y esteros.

Despues de una marcha penosa de dos dias llegamos á nues-

(1) La voz *chapalear* es una corrupcion de la palabra *chapotear*, pero que vale mas que la primitiva (N. del T.)

tro destino; el viaje entero nos tomó veinte y cinco dias. Encontramos en Piribebuy á Mr. Valpy y Burrel injenieros civiles, quienes nos recibieron muy jenerosamente enviándonos alimentos apenas supieron nuestra necesidad.

El pueblo estaba lleno de jente de todas las nacionalidades. Octuve licencia para ir á vivir con algunos paraguayos á dos millas de distancia, con quienes permanecí hasta el fin de Mayo. Sufrimos grandes privaciones y miserias y dos de mis compañeros sucumbieron al hambre, eran hombres ricos cuando la guerra estalló, pero Lopez les habia robado todo lo que poseian. Me llevaron el caballo algunas semanas despues y tuve que ir á pié todos los dias al pueblo, espuesto á los calores y á las lluvias, ó para hacer constar á la policia mi presencia, ó para tratar de adquirir alimento, pero volvia frecuentemente al lado de mi esposa con las manos vacias y con el dinero en mi bolsillo; ella estaba enferma de fiebre reumática y tenia los pies muy mal heridos despues de la travesía de las montañas; entonces para colmo de nuestras desgracias yo me enfermé sufriendo de fiebre y chucho.

Por último mi esposa para salvar nuestras vidas resolvió ir á ver á madama Lynch y rogarle que interpusiera sus buenos oficios con Lopez á fin de que me empleara de nuevo; la recibió muy bien y le dió esas pequeñas comodidades que no podian adquirirse con oro; le estaré eternamente agradecido porque creo que fué el medio de salvarnos la vida.

Despues de alguna demora volví á trabajar en el nuevo arsenal en Caacupé, pero sufrí grandes penurias; se trabajaba casi dia y noche, se nos daba muy poco que comer, y se nos tenia á medio sueldo. Pero yo y los ingleses en jeneral eramos dichosos comparados con los infelices paraguayos, sobre todo con los pobres prisioneros de guerra, á quienes se les hacia trabajar dia y noche, y la pluma se resiste á pintar su miserable estado y el tratamiento que recibian.

Casi toda la poblacion tambien estaba desnuda, hambrienta y moria por centenares de personas; tan espantosa era la miseria que los pocos que sobrevivian, no tenian fuerzas suficientes para enterrar á los muertos que yacian en el lugar mismo en que caian

por los campos y caminos, y he ahuyentado muchas veces á los buitres interrumpiéndoles en su horrible festin al ir y al volver (1) de mis faenas. A veces algunos de ellos trataban de pasarse á las filas de los brasileros, pero eran sorprendidos siempre, y casi les mataban á azotes; en seguida les estaqueaban ó les lanceaban para escarmiento de los demás; tanto los hombres como las mujeres eran tratados de esta manera. Una vez que iba á mi trabajo, me llamó un paraguayo conocido, para que viera ejecutar á un jóven con quien tenia una relacion muy íntima. El pobre estaba de pié y cargado de cadenas al borde de un sepulcro abierto; le taparon los ojos, en seguida le quitaron el poncho, y ví que su espalda estaba hecha pedazos. Un momento despues me horrorizaba de verle traspasar con las lanzas; entónces le quitaron los grillos y le arrojaron dentro de la tumba. Pregunté al hombre que me habia llamado, cuál habia sido su delito, y me dijo: «solamente porque se separó á buscar alimento.»

Pero me enferma el continuar esta relacion; no podria decir en una semana la mitad de las miserias y crueldades que he presenciado en el Paraguay. Pero las mias terminaron el 15 de Agosto de 1869, cuando fuimos rescatados en el último momento por los brasileros. Habia perdido toda esperanza de salvar mi vida, pero Dios, en su gran misericordia, nos libró, á mi y á mi esposa.

La declaracion de Mr. Newton es exactamente igual á la que precede, por cuya razon no hay necesidad de molestar á mis lectores con su reproduccion.

(1) Nos atrevemos á introducir en el castellano esta construccion que es inglesa. No nos parece gramaticalmente correcta la costumbre española de hacer depender de una y la misma preposicion dos verbos que rijen partículas diferentes.

(Nota del traductor).

Significado de algunas voces Guarani.

Aguapé	El lirio, Victoria régia
Aguapeí	Laguna cubierta de esta planta
Apá	Lento, rio asi llamado
Cáá	Arbol ó plànta
Cááguazú	La gran selva
Cáápucú	Pasto largo
Carandaí	Una palma
Carandaití	Monte de palmas
Curúpaí	Hacacia
Curupaití	Monte de hacacias
Caraguatá	Bromelias
Caraguataí	El rio de las bromelias
Cambaí	Rio negro
Curuzú	Cruz
Guaşu	Ciervo
Guázuvirá	Campo de ciervo, una palma
Guazu	Grande
Guira	Un pájaro
Hobí	Verde, azul
Hu	Negro
Mó Y (eú)	Agua, rio
Mi, michi, mími, mití	Pequeño
I orotí	Blanco
Mbuyapeí	El rio del pan
Nembucú	Charlatan
Pucú	Largo
Poná, poa	Hermoso
Piri	Juncos
Piribebuí	El Estero de los juncos
Peguáho	Un Estero profundo
Para	El mar
Parana	Semejante al mar
Pará	Manchado
Tacuára	Bambú
Tacuarí	El rio de los bambúes
Tebicuarí	El nombre de un rio
Tabati	Casa blanca
Tayí	Lapacho, árbol
Yaguaron	La colina de los tigres
Yberá	Las aguas brillantes
Ypoa	Las aguas hermosas
Ypitá	El rio Colorado
Yta ó ita	Una piedra
Ytapé	Piedra chata
Ytaquá	Piedra movediza
Ytapuá	Una roca elevada
Ybicuí	Arena
Yuquí	La sal
Ybitimí	Un monton de tierra

Ocuparia demasiado espacio si me detuviese á examinar la construccion de esa singular y mui compleja lengua, pero tiene unā peculiaridad que debo mencionar; unas pocas palabras que por lo jeneral espresan el cariño ó la sorpresa, están

reservadas para el uso de las mujeres; se reirian del hombre que las usase. Es muy probable que este idioma sea el resultado de la fusion de dos lenguas, una de las cuales perteneció á una raza conquistada y estinguida.

Cuña mujer, significa lengua suelta. *Cuñatai* significa una muchacha tierna de lengua suelta. *Cuñacarai*, vieja, y *carai* hombre, se componen de la misma palabra.

———

En el momento de poner en prensa estas pájinas, me llegan los detalles de los padecimientos sufridos en el Paraguay por el Mayor Von Versen. De otra manera, los habria insertado en su lugar correspondiente; porque apenas se podria encontrar un ejemplo mejor de la caprichosa crueldad de Lopez, ni al mismo tiempo, proporcionar una prueba mas fácil de su realidad á aquellos que todavia consideran al dictador como un gran Jeneral y un hombre jeneroso, que la referencia por escrito que haria á cualquiera el mismo Mayor Von Versen.

En 1866 la fama de la valiente defensa de los Paraguayos habia llegado hasta la Prusia; y el Mayor Von Versen, entonces oficial de la escolta del Jeneral en jefe, admirado del indómito coraje que desplegaban y de la admirable estratejia de Lopez, hizo una solicitud al rey de Prusia pidiendo licencia para ausentarse del pais á fin de estudiar en el sitio mismo de la guerra la táctica que daba tan asombrosos resultados. Se le concedió la licencia y partió provisto de credenciales de S. M. para el gobierno del Paraguay recomendándole á su proteccion y esplicando el objeto que tenia en vista.

En Julio del siguiente año llegó al campamento de los aliados, pero no se le permitió pasar las líneas. Sinembargo, con esperar un momento oportuno, logró burlar la vijilancia de las avanzadas llegando salvo y sano al campamento Paraguayo en Paso Pucù. Allí le constituyeron preso inmediatamente segun lo habia calculado, y le privaron de su caballo. Fué conducido por un oficial que mandaba la avanzada, el capitan Miguel Rojas, á los cuarteles del jeneral Resquin, á cuyas órdenes estaba aquel punto. Despues de rejistrarle

minuciosamente le llevaron dentro del rancho donde encontró al mismo jeneral, al obispo, al general Barrios y al coronel Caminos que era el secretario de Lopez. Se le preguntó quién era y porqué habia llegado al campamento. Les contestó dándoles su nombre y á mayor abundamiento les mostró sus credenciales, porque deseaba esplicarse mas detalladamente á Lopez á cuya presencia quiso que le condujeran. Se le rieron en sus barbas, le dijeron que era un espia y su carta una falsificacion, y le dejaron bajo custodia, mientras se daba parte al dictador del resultado de su exámen. Ahora, el mayor Von Versen tiene una flaqueza perdonable: crée en la homeopatia. Tenia en el bolsillo un botiquin de esos inocentes globulillos, y envuelta dentro de este, una receta en aleman, de las dósis y manera de usarlos. Lopez, al verlos, se asustó y pretendió descubrir en ellos una conspiracion para atentar contra su vida y envenenar á sus oficiales, creyendo que los *centenares* y *miles*—como solian llamarlos los niños—poseian realmente las terribles cualidades que indicaban los nombres puestos sobre los lindos frasquitos. Convocó inmediatamente un consejo de médicos y les preguntó si el arsénico y el acónito etc., no eran *venenos atroces.* «Por supuesto que son»—dijo uno de ellos—mientras un estremecimiento iniciado por el Obispo ajitó todo el círculo de los congregados. —«Pero,—continuó otro, señalando despreciativamente los globulillos—«Si V. E. crée que *esos* son venenos los tomaré todos de una vez para probar su completa ineficacia».

Lopez se avergonzó y echando al entusiasta alópata, envió la receta á un aleman que estaba entonces en el campamento, para que la tradujera, y despues sucesivamente á dos mas que estaban en la capital, para comprobar la fidelidad de la primera traduccion. El resultado, como es de suponer, fué absolutamente absurdo; pero rehusando siempre creer en la buena fé é inocentes intenciones de Von Versen, le detuvo preso, resistiéndose á darle audiencia. Sin embargo, su tratamiento no fué tan severo como el que sufrieron muchos otros; se le permitia retener su dinero y pasearse al rededor de su rancho

bajo custodia; pero seis semanas despues, se enfermó gravemente de disenteria, á consecuencia de los malos alimentos y de sus crueles desengaños, y fué enviado al hospital. Estaba allí cuando Mr. Gould visitó el Paso-Pacú, y este caballero á su regreso á Buenos Aires, informó á Von Gülich, Ministro prusiano en esta, del tratamiento que sufria, quien en consecuencia escribió á Lopez asegurándole que Von Versen era en efecto lo que él manifestaba ser, y rogándole que le pusiera inmediatamente en libertad. Esta nota fué enviada por las líneas pero no se le prestó la menor atencion. En Marzo de 1868 fué enviado á un calabozo de Humaitá, y despues hizo con los demás presos el terrible viaje hasta San Fernando por el camino del Chaco; sin embargo, afortunadamente le quedaban todavia algunas libras esterlinas, y con este recurso indujo á algunos de los mas fuertes de sus compañeros de desgracia, á llevarle cargado cuando se le agotaron las fuerzas, escapando de esta manera á los bayonetazos que terminaban la vida de tantos de sus compañeros. Poco despues de la llegada de la escolta á las orillas del Tebicuarí, el doctor Stewart estaba sentado en su rancho con el capitan C. H. Thompson, cuando le trajeron al Mayor Von Versen para que le prestara su asistencia médica, y apenas puede imajinarse un espectáculo mas conmovedor. Estaba demacrado hasta el último grado, su ropa estaba hecha andrajos y sus facciones hundidas por la miseria y el hambre. El doctor Stewart hizo una señal á su criado para que alejara á los centinelas, y entonces dió al infeliz una taza de café y un pedazo de *chipá*; bebió con avidez el fortificante líquido, y levantando sus miradas al cielo, rogó fervorosamente á Dios que bendijera al mortal que por segunda vez le habia devuelto á la vida, (1) El doctor Stewart pudo despues suministrarle alimentos de vez en cuando, pero con grave peligro de su vida, y sobrevivió á la miseria en Villeta, hasta que fué rescatado por los brasileros en Cáa-cupé.

(1) Envió hace poco tiempo un hermoso juego de café trabajado en plata, «en memoria, decia, de la tazá de café que vd. me dió, á la cual y á su bondad debo mi vida.»

Esta historia perderia la mitad de su importancia, si yo añadiese algun comentario mio, y solo me limitaré á recomendar á todo el que desee detalles, que se dirija al Mayor Von Versen, en Posen (Prusia,) donde se encuentra de guarnicion.

FIN.

APÉNDICE



APÉNDICE



ADVERTENCIA

Para hacer mas completa la interesante obra del Señor Masterman, hemos creido conveniente agregar en su apoyo una série de documentos tomados entre los papeles del tirano, que cayeron en manos de los Aliados despues de su derrota en Ita-Ivaté. Para comprobar el estado del pais y la influencia de la tirania sobre sus habitantes, reproducimos como muestras, varias de las manifestaciones que todos los individuos y corporaciones estaban obligados á presentar al *gran mariscal* en el aniversario de su nacimiento.

Damos tambien una muestra de lo que era la prensa, y reproducimos un splecimen de las publicaciones que se hacia firmar á los padres y parientes de los paraguayos que afortunadamente se hallaban lejos de las garras de Lopez, ó que habian caido prisioneros, cuando no muertos en el campo de batalla.

Además hemos agregado una série de declaraciones, de las que el Señor Masterman no pudo tener conocimiento cuando publicó su libro, pues muchas de ellas son posteriores; entre otras, la notable relacion de Mme. Lasserre, á quien el autor cita en el testo del libro, quizá sin saber que habia escapado al martirio y que publicaria una de las mas tocantes y verídicas narraciones de las miserias y padecimientos de los desgraciados habitantes de aquel pais.

Llamamos tambien la atencion sobre la declaracion de los Jueces encargados por Lopez para procesar á su anciana madre.

Si despues de conocer los datos suministrados por el señor Masterman, las declaraciones que lo apoyan y la copia de documentos oficiales, compilados para esta traduccion, quedan todavia partidarios del *Gran Americano,* como se llamaba á Lopez en una República vecina, será necesario desesperar del buen sentido de los hombres.

Despues de haber leido todo el libro del Sr. Masterman detenidamente, y sobre todo los capítulos relativos á sus padecimientos, hemos cobrado admiracion por su talento, y simpatia por sus desgracias, razon por la cual deploramos la acritud de

algunas notas, sin embargo de que las irritantes injusticias del autor para con la República, que se repetian en cada capítulo que llegaba á nuestras manos, justifica la viveza del lenguaje, si se tiene en vista sobre todo, que sus pájinas se publicaban en un periódico del pais.

Esto en cuanto á la viveza de la forma, pues en cuanto al fondo habria que decir mucho mas de lo que hemos dicho, y contestar á muchas apreciaciones que hemos pasado por alto para no aumentar demasiado el volúmen del libro.

Agregamos tambien á esta edicion, el Juicio de un escritor brasilero, que como muchos otros de su pais no tienen bastantes dicterios para los Sres. Thompson y Masterman, y hasta para los anotadores del 1°, demostrando con una furia prolongada á travez de 400 pájinas, que la verdad necesita mucho·palabreo para poder ser desfigurada.



COLECCION

DE

DOCUMENTOS OFICIALES

Trascripciones, manifestaciones, declaraciones y documentos oficiales que sirven para demostrar la verdad de las opiniones del autor sobre la tiranía de Lopez y sus crueldades.

Lo que era la prensa en el Paraguay.

FRAGMENTOS DE ARTÍCULOS DEL SEMANARIO, CON MOTIVO DEL CUMPLEAÑOS DE LOPEZ.

Si en todas las solemnidades ha sabido desarrollar el entusiasmo que le caracteriza, el dia 24 de Julio es para él de doble importancia, porque le recuerda por un lado la memoria de un héroe sagrado que con sus trabajos apostólicos afianzó la paz de los pueblos Americanos, y por otro la grata memoria del nacimiento feliz del Gran Ciudadano que tan sábia y dignamente dirije los destinos de la Nacion Paraguaya.

En justa celebracion de este dia memorable, tuvo lugar en la Santa Iglesia Catedral una pomposa funcion en honor de San Francisco Solano Apóstol y Protector de la América, y por la prosperidad del Magistrado Supremo D. Francisco S. Lopez que incansable trabaja por defender *la paz* del mismo continente, y especialmente por consolidar la de su Patria natal.

. . . .

Por mas que nos hayamos esmerado en celebrar con el engrandecimiento posible el dia del Señor Presidente, por mas que cada uno á su vez haya desplegado su buena voluntad á tomar parte en tan augusta celebridad, nuestros corazones han tenido que quedarse sin aquella satisfaccion completa, que esperimentan con la presencia del que es objeto de sus demostraciones.

. . . .

Sin pretender la narracion completa de las funciones populares ofrecidas en la capital en festejo del feliz cumplea-años del Exmo. Sr. Mariscal Lopez, Presidente de la República, vamos á dar á nuestros lectores una reseña de ellas, breve, pero suficiente para formar una idea *del cuadro de satisfaccion* que esperimentábamos todos.

. . . .

Amaneció el Lúnes, y los estruendos de los cañones de la plaza de 14 de Mayo al saludar el paño tricolor, anunciaron que era llegado el dia del natalicio del Exmo. Sr. D. Francisco S. Lopez: el pueblo paraguayo esencialmente relijioso se acordó en primer lugar, en ese momento, para dirijir sus fervientes votos al Altísimo, por la prosperidad del Ciudadano y Majistrado que *se sacrifica* en pró y honor de los derechos sagrados de la patria.

. . . .

Las demostraciones populares de la adhesion y simpatias hácia el Señor Mariscal Presidente Lopez son altamente recomendables.

El pueblo paraguayo se entrega en familia al festejo del aniversario del nacimiento del primer Magistrado que dirije los destinos de la República, y con general aplauso contemplan sus hijos donde quiera que esten, la aparicion del *eminente estadista, político y militar, elaborando* la grandeza y la prosperidad del suelo que le vió nacer el 24 de Julio.

El nombre del Mariscal Lopez significa en estos momentos la augusta imájen de la Patria, porque en él tiene depositadas todas sus esperanzas, y toda la confianza que reclama la grande empresa que envuelve la causa que nos ha hecho tomar las armas para no dejarlas sino cuando hayamos alcanzado los sagrados objetos que blazonan los colores nacionales en la cruzada de la paz continental.

. . . .

Todas las clases de nuestra sociedad en la campaña se entregaron con placer al festejo del feliz cumple-años del Sr. Mariscal Lopez, y todos le aclaman el Padre de la patria.

Con razon se aplaude el natalicio del Sr. Mariscal Lopez, porque él ha hecho bienes especiales á la Nacion que traerán otros incalculables á la posteridad.

Presentemente todos sus conatos se dirijen á proporcionar mayores bienes á la República, empleando los mas decididos esfuerzos para este laudable fin.

. . . .

El 24, enarbolado el pabellon nacional, al frente del Colegio y por las casas particulares, al primer repique de campanas los empleados vecinos y residentes mas notables se reunieron en el salon del Colegio, que se hallaba adornado, ostentando en el

lugar conveniente el retrato del Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República, y al último repique se dirigieron al templo á pedir á Dios Nuestro Señor para la conservacion de la vida de S. E. y de los Ejércitos de la República, y para que triunfe completamente de nuestros cobardes enemigos. El Señor Cura sostituto ofició una Misa cantada solemne con Te Deum en accion de gracias al Todo Poderoso por la felicidad y acierto del Supremo Gobierno de la República, habiendo tambien pronunciado una plática referente al dia que se celebra.

(*Semanario* de 29 de Julio de 1865).

Vejámenes que se imponian á los estranjeros.

MANIFESTACION FIRMADA POR ESTOS.

(*Con raras escepciones todos los firmantes fueron fusilados antes de terminar el año* 1868)

EXMO. SEÑOR:

Todos los habitantes de la República festejan con inmenso júbilo el dia 24 de Julio, porque es época memorable para un pueblo aquella que le recuerda el nacimiento de sus grandes hombres; y V. E., Exmo. Sr., es justamente acreedor á este título, pues que, si en tiempos normales de paz y bonanza, ha sido siempre V. E. el iniciador y el protector de la civilizacion y del progreso, bajo todas sus formas, hoy que la patria exije de sus hijos supremos sacrificios, es tambien V. E. el primero á desplegar en el campo de la gloria, el lábaro sagrado que simboliza el honor y la dignidad nacional.

Los residentes estranjeros, Exmo. Sr., anhelábamos ardientemente que llegase este fausto dia, para tener el honor de poner á los piés de V. E. la respetuosa ofrenda de nuestros votos, y de nuestro agradecimiento; mientras abrigábamos la lisonjera esperanza de escuchar de los elocuentes labios de V. E. aquellas palabras de jenerosa benevolencia en que reconociamos mas bien al bondadoso protector, que al Supremo Majistrado.

Menos afortunados, tenemos que resignarnos hoy á consignar la espresion de nuestros vivos sentimientos de gratitud por la benévola proteccion que V. E. no cesa de dispensarnos, en esta sencilla manifestacion, que respetuosamente elevamos á manos de V. E.

Con esto, Exmo. Sr., esperimentamos la dulce satisfaccion que produce el cumplimiento espontáneo de un deber sagrado, pues nunca podriamos agradecer debidamente la culta hospi-

talidad que recibimos en esta República en que, ni la misma situacion anormal que atravesamos ha alterado en lo mas mínimo el pleno goce de todas las seguridades y garantías que hemos disfrutado siempre bajo el ilustrado Gobierno que V. E. tan dignamente preside.

Al ofrecer respetuosamente á V. E. el humilde obsequio de los fervientes votos que hacemos por la felicidad mas completa de V. E., deseamos vivamente, Exmo. Sr., que los esfuerzos patrióticos de V. E. sean coronados del éxito mas brillante y afortunado, para que el iris de paz que no tardará en aparecer en el sereno horizonte de la República, sea la aureola de gloria mas digno del ínclito nombre de V. E.

EXMO. SEÑOR.

José Solis—Domingo Parodi—José T. Ramirez—Egidio Terrero—Florencio Uribe—José Agustin de Elordui—Ignacio de Galarraga—Ventura Gutierrez—José Catcura—Andres Dellepiani—Agustin Piaggio—Eugenio M. Aguiar—Antonio Rebaudi—Antonio Susini—Nicolas Susini—Desiderio Arias—Adolfo Soler—Gustavo Haman—Ramon Capdevila—Hipolito Perez—Cornelio Blis—Jorje Stewart—Guillermo Stark—Emilio Neuman—Guillermo Hasterton—Miguel Jelibert—Joaquin Romaguera—Venancio Uribe—Narciso Prado—Ygnacio Ruiz—José Maria Leite Pereira—Caetano Raviza—Pedro Anglade—Enrique Turo—José Pefaur—Juan Beltrano—Constantino Barleta—Francisco Barleta—Julio Veia—José Font—Pio Pozole—Francisco Vidal—Federico Hofman—Octavio Fullgraff—Miguel Lombarde—Francisco Vilas José Maria Vilas—Ynocencio Gregorio—Jaime Folladosa—Luis Anastasis—José Lacorte.

(*Semanario* de 5 de Agosto de 1865).

. . . .

Habiendo sabido que un gran número de estrangeros residentes en esta Capital habian firmado una manifestacion con motivo del cumpleaños de S. E. el Señor Presidente de la República, y como por no tener conocimiento de ello, y deseando ser del número de las que con tanto justo motivo han dirijido sus felicitaciones á la ilustre persona del gran Patriota que rije los destinos de esta Nacion, ruego á V. quiera insertar en las columnas de su apreciable periódico la presente manifestacion: favor á que quedará sumamente reconocido.

Su affmo. y S. S.

José Balet.

Asuncion, 25 de Julio de 1865.

. . . .

Algunos hijos del pais y tambien estrangeros no habian podido suscribir las felicitaciones dirijidas á S. E. el Señor Presidente de la República, por faltas independientes de la voluntad de ellos, de los cuales nos han pedido Don Antonio Irala, y Mr. Balet para publicar esta circunstancia, con la espresion de que se adhieren de todo punto á aquellas justas felicitaciones.

(*Semanario* de 29 de Julio de 1865).

Manifestacion del Clero paraguayo.

(*Los firmantes que no fueron fusilados se convirtieron en verdugos*).

¡ VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY !

Exmo. Señor.

En este dia solemne en que Vuestro Augusto Nombre electriza los corazones de todos los Paraguayos: cuando las voces de los fieles y de los ministros del Altar suben de todos los Templos de la República entre torbellinos de incienso ante el Trono del Altísimo á pedir larga y próspera vida para el Piadoso Patrono de la Iglesia Nacional, cuando los habitantes de nuestra Patria querida hacen en todos sus ámbitos resonar sus parabienes al ínclito defensor de su Independencia y Prerrogativas: el Vicario general y Clero de esta Capital, que participan en el mas alto grado de ese mismo entusiasmo que agita toda la Nacion, ya que no les es dado apersonarse ante V. E., llenan por escrito este deber de gratitud.

Recibid, Exmo. Señor, con vuestra acostumbrada benignidad las felicitaciones que os dirijimos en vuestro Dia Natalicio, y vivid muchos años á la grandeza y seguridad de la República, y al acendrado amor y veneracion de vuestros *súbditos*.

Deseamos que el Cielo siempre propicio con la Patria de los Paraguayos conserve colmada de bendiciones la preciosa vida de V. E., y que con verdes laureles de triunfo recogidos en el campo del honor vuelva V. E. á llenar nuestro constante anhelo por su simpática presencia.

Asuncion, Julio 24 de 1865.

EXMO. SEÑOR.

JUSTO ROMAN.

JOSÉ TEODORO ESCOBAR.

Gerónimo Becchis—Mariano Aguiar—Nicolas Izasi—Sebastian Venega—Eliseo Patiño—Francisco Ignacio Maiz—José

Gregorio Moreno—Manuel Vicente Moreno—Santiago Leon—José Ramon Gonzalez—Cárlos Casco—Juan Bautista Céspedes—Domingo Candia—Vicente Benitez—Vicente A. Bazan—Justo Bueno—Cárlos Vazquez—Angel Céspedes—Juan Bautista Villasboa—Ignacio Acosta—Rafael Rios—Eleuterio Benites—Juan Andrés Aranda—Gabriel N. Sanchez—Antonio Ortiz—José Felix Gonzalez—Bernardino Sandoval—Alejandro Sosa—Roque A. Campos—Olegario Borja—Eustaquio Estigarribia—Del Pilar Jimenez—Francisco P. Aguilera.

Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República y General en Gefe de sus Ejércitos Ciudadano Francisco Solano Lopez.

Manifestacion de los empleados.

¡ Viva la República del Paraguay !

Exmo. Señor.

El pueblo parayuayo, con la mas viva emocion y laudable entusiasmo que un pueblo grato y reconocido puede tributar al bien hechor general y Padre de la Patria, celebra este dia 24 de Julio, con particular regocijo el aniversario del natalicio de V. E., el protector ilustre de la nacionalidad paraguaya, del hombre por exelencia, que por tantos y tan honrosos títulos se ha atraido la simpatia general de sus conciudadanos, del Magistrado que desde los primeros albores de su amable juventud, ha inspirado á la Patria las mas alhagüeñas esperanzas de un *grandioso porvenir, como lo ha manifestado desde la inauguracion de la benemérita persona de V. E. al solio de la Dignidad Suprema, en la Presidencia de la República.*

Los empleados que suscriben, y que tienen la honra de elevar estas sinceras y respetuosas felicitaciones, ante la *augusta* persona de V. E. en el destino en que se encuentre, se complacen en trasmitir estos humildes pero verdaderos conceptos, como intérprete fiel del íntimo deseo que les acompaña de tributar personalmente á V. E. el digno homenaje de nuestra gratitud y reconocimiento, en el memorable dia de su nacimiento.

La ausencia de V. E. nos priva hoy, Exmo. Señor, del particular gusto, que deseamos tener para representar en persona plácemes respetuosos, y ofrecer como ofrecemos desde aqui, nuestro humilde contingente para compartir con V. E. las fatigas de una campaña, en que se encuentra por sostener los sagrados derechos y la dignidad de esta Patria, que le ha confiado sus destinos, y que cuenta ya con hechos gloriosos de armas, que inmortalizarán su nombre, y coronará de laureles á la Nacion entera.

Quiera pues, Exmo. Señor, aceptar la demostracion sincera

del respetuoso cariño, con que nosótros, y todos los hijos de la Asuncion, tributamos á V. E. las mas cordiales felicitaciones por su feliz cumple-años, con los fervientes votos que incesantemente imploramos de la Divina Providencia, por la salud y feliz conservacion de V. E., por la victoria de sus Ejércitos, y un triunfo completo de nuestras armas.

Dios guarde por dilatados y felices años, la importante vida de V. E. para el engrandecimiento y prosperidad de la nacion.

Asuncion, 24 de Julio de 1865.

Exmo. Señor.

Cárlos Riveros—Saturnino Bedoya—José Falcon—Pablo Antonio Gonzalez—Francisco Javier Acuña—Gumesindo Benitez—Benjamin Urbieta—Sebastian Ibarra—Abdon Molinas—Pascual Bedoya—Julian Aquino—

Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República del Paraguay.

Manifestacion de los empleados civiles.

¡ Viva la República del Paraguay !

Exmo. Señor.

En este grandioso dia veinticuatro de Julio en que la Patria celebra con entusiasmo el natalicio de V. E., la corporacion de los empleados civiles cree cumplir con su estricto deber de gratitud, dirijiendo á V. E. sus mas cordiales felicitaciones.

Los que suscriben, Exmo. Señor, desean á V. E. largos años de vida en premio de los innumerables beneficios que habeis hecho en vuestra larga carrera diplomática, militar y administrativa á la República: desean que bajo vuestros auspicios y direccion las armas nacionales lleguen al apogeo de la gloria, escarmentando á todos los enemigos de la Independencia y libertad nacional, y que V. E. coronado de laureles vuelva cuanto antes á alegrar con su presencia esta Capital.

Dios guarde la importante vida de V. E. muchos años. Asuncion; Julio 24 de 1865.

Andrés Gill—Manuel Caballero—José Maria Escalada—José Maria Montiel—Domingo Rojas—Félix Larrosa—Escolástico Garcete—Manuel Maria Rivarola—Miguel Borges—Pastor Gonzalez—Dolores Insfran—Martin Zelada—Eliseo Galeano—Zenon Rodriguez—Fermin Bazarás—Bernardo Ortellado—Manuel Trifon Rojas—Eustoquio Recalde—

Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República del Paraguay.

¡Lo que puede el terror!

MALDICION DE UN PADRE Á SU HIJO.

Señor Redactor del SEMANARIO.

La noticia de la pérfida y cobarde desercion de mi hijo Bernardo, rejistrada en las columnas de su apreciable periódico del 27 del pasado, me ha llenado de vergüenza y de pesadumbre. ¡Ojalá hubiese yo bajado á la tumba antes de ver tanto baldon sobre mi familia! Bernardo, tu has perdido mi afecto para siempre: tu Madre ya no te llamará hijo, ni mis hijos te contarán en el número de sus hermanos. Has cubierto de vergüenza mis canas y has llenado de amargura los dias de mi vejez.

Los epitetos de miserable, menguado, cobarde y traidor que te dá el corresponsal del *Semanario*, son bien merecidos; y si yo supiese espresar la repugnancia y el horror que me causa tu crímen, mucho mas te diria. Olvídate pues de mí, Bernardo, olvídate de tu madre ya que te olvidastes de tu Patria y traicionaste á la confianza del Gobierno Nacional.

Asuncion, 1 ° de Febrero de 1866.

Hilario Recalde.

Declaracion del teniente coronel paraguayo Lucas Carrillo, 2. ° gefe de Angostura y pariente cercano de Lopez.

El mismo dia mes y año, el señor Juez Fiscal hizo comparecer ante sí y presente Secretario al Teniente Coronel D. Lucas Carrillo, que perteneció al ejército paraguayo y que mandaba juntamente con el Comandante Thompson la posicion denominada «Angostura,» y que capitularon despues del contraste que sufrió en Cumbarity el ejército al mando inmediato del mariscal Lopez en los dias veintiuno á veintisiete de Diciembre del año próximo pasado. El Sr. Juez Fiscal lo invitó á contestar bajo su palabra de honor á las preguntas siguientes:

Preguntado—Su nombre, patria, edad, religion y empleo: Dijo: llamarse Lucas Carrillo, ser de edad de treinta años, su patria, la República del Paraguay, de religion C. A. R., y que es Teniente Coronel de Artillería.

Preguntado—Qué parentesco lo une con el Mariscal Lopez: Dijo: que era primo hermano de él.

Preguntado—Qué poblacion se daba á la República del Paraguay antes de la presente guerra:—Dijo: que se le calculaba generalmente *seiscientos mil* habitantes.

Preguntado—Qué personal contaba el ejército al principio de la guerra, ya en tropa de línea, ya en Guardia Nacional, su composicion, su disciplina, su organizacion, su vestuario y nutricion, su armamento, espíritu y trato que se daba al soldado, sus posiciones militares en todos los puntos de la República, así como sus dotaciones respectivas en todos los ramos y los Gefes que lo comandaban:—Dijo: que el ejército tenia *cincuenta y seis mil* hombres por todo, pues allí no hay Guardia Nacional, esto es, en 1864; que en cuanto á su composicion solo puede decir que era de las tres armas, incluyendo la marina; que en cuanto á su disciplina era regida por la ordenanza española, sin mas modificacion que el capricho de la tirania que dominaba aquella infeliz patria: su vestuario era compuesto de una camiseta colorada y pantalon de lonilla, y que no siempre estaba bien equipado; el armamento se componia en artilleria, una bateria de seis piezas rayadas de á nueve, la demás artilleria era comun y se calculaba por todo en *trescientas* y tantas piezas de todos calibres, inclusa la de marina y la de ciento cincuenta y otra de ciento veinte, compuestas con las campanas de las iglesias estas dos últimas; que el espíritu del ejército era excelente, que el trato que se daba á la tropa estaba sugeto al carácter del gefe que mandaba los cuerpos, que las posiciones militares al principio de la guerra en toda la República, eran Humaitá, la Asuncion y el fuerte Olimbo, que las demás conocidas fueron planteadas durante el curso de la guerra: que en Humaitá el gefe era el Coronel Hermosa, en la Asuncion el General Barrios y en el Olimbo era un Teniente Sanchez.

Preguntado — Cuál es el estado actual de la República del Paraguay, y su ejército hasta que se separó de él, el que declara dijo: que el estado general de aquella república es el mas lamentable, pues ha quedado reducida á escombros en su poblacion, sus haciendas destruidas y su familia en la mas profunda horfandad, y su poblacion total reducida á mujeres, niños, inválidos y heridos, se calcula cuando mas en *trescientas á cuatrocientas mil almas*; que el ejército ha quedado reducido cuanto mas, de mil quinientos á dos mil hombres útiles, que en cuanto á su armamento y municiones, todo ha concluido con los combates últimos de Cumbarity y Angostura, quedando en poder de los aliados.

Preguntado—Cuántos Generales y Coroneles tenia el ejército, qué sueldo recibian sus Gefes, oficiales y tropa durante la guerra;—Dijo, que al principio de la guerra solo tenia el ejército dos generales, que era el mismo Mariscal Lopez y el General Robles: que Coroneles habia diez, pero que mas tarde con el curso de la guerra ascendieron á Generales Resquin, Barrios, Brujnes, Diaz y Caballero: que los sueldos antes de la guerra ignora lo que tenia un General, que en cuanto á los demás gefes, los Coroneles tenian ochenta patacones, los Tenientes Coroneles sesenta, Sar-

gentos Mayores cincuenta, Capitanes treinta y seis, Tenientes treinta, Alferez veinticinco, la tropa siete pesos, los sargentos diez y seis, los cabos doce: que estos sueldos se pagaban cada dos meses, la mitad en metálico y de la otra mitad una parte en géneros y la otra en billetes; que en el curso de la guerra han dado al ejército tres ó cuatro gratificaciones solamente, pagándose sueldos íntegros solamente á las fuerzas que combatian, por ejemplo el 24 de Mayo en Tuyutí, 18 de Julio en Sauce (Boqueron), 22 de Setiembre en Curupayty y en Tatayuba.

Preguntado—Qué número de soldados calculaba haber perdido en el curso de la guerra la República del Paraguay;—Dijo: que en su concepto no bajarian de *setenta á ochenta mil*, tanto en los combates, cuanto por las numerosas pestes que ha sufrido el ejército, esto es, muertos solamente, fuera de heridos é inválidos.

Preguntado—Qué edad se exijia antes de la guerra para la recluta del ejército:—Dijo: que desde diez y seis años hasta cincuenta, pero que en el curso de ella se han traido al ejército desde diez hasta sesenta años.

Preguntado—Si á mas del vestuario de que ya se ha hablado, tenia algun equipo mas la tropa;—Dijo: que no tenia otro que el fusil y la cartuchera; sin calzado ninguno.

Preguntado—Si las tropas que formaban la guardia del Mariscal Lopez estaban á la par de los demás cuerpos del ejército, tanto en su vestuario, sueldos, equipos y demás:—Dijo: que antes de la guerra la escolta, tanto de Gobierno como la del General en Gefe, pues habia dos escoltas, tenia un uniforme distinto que el del ejército, pero que en la campaña vestian lo mismo que los demás cuerpos, lo mismo estaban en todos los demás ramos.

Preguntado—Cual ha sido el trato que se ha dado en el ejército á los prisioneros de guerra argentinos:—Dijo: que el que declara ha estado siempre distante de los puntos en que se tenia á los prisioneros, que de algunos le consta que los castigaban cuando no querian declarar lo que se les preguntaba del ejército aliado: que en cuanto á los alimentos se les daba un pedazo de carne.

Preguntado—Cuantos Gefes y oficiales argentinos han sido fusilados el 21 de Diciembre de 1868, y cuántos antes de esta fecha, con espresion de sus nombres: el número de mujeres, como igualmente el de Generales, Ministros, individuos de la familia del Mariscal Lopez, y personas del clero:—Dijo: que ignora precisamente el número de Gefes y oficiales argentinos que fueron ejecutados en la fecha que se le pregunta, porque el que declara estaba separado del ejército por la interposicion de fuerzas aliadas; que solo sabe de cierto la ejecucion del Coronel Telmo Lopez, que en cuanto á Generales, de los que sabe solamente es el General Barrios, Robles (Paso de la Patria), Brujues

(San Fernando); Ministros estrangeros que no habia ninguno escepto el americano; que los que se han ejecutado han sido los cónsules Oriental D. Antonino Nin Reyes, Portugues Vasconsellos; que en cuanto al Cónsul Brasilero murió de muerte natural en el campamento de Paso Pucú, estando preso, que en cuanto á señoras, de las que sabe fueron ejecutadas, son la señora del Coronel Martinez, la señora Monjeló, hermana de D. Félix Egusquiza, y la señorita Dolores Recalde, estas despues de haber sufrido larga prision y aún crée que la señora del Coronel Martinez fué azotada, tambien agrega que la señora del Coronel Martinez, jóven de diez y ocho á veinte años, era prima hermana del Mariscal Lopez. Respecto á sacerdotes, dijo que los que le consta que han sido fusilados, son el Obispo Palacios, el Dean Bogado, se dice de un padre Baconos tambien, pero que en esto no está cierto.

Preguntado—Qué número de bolivianos han sido fusilados espresando sus nombres, como igualmente de otras nacionalidades que hayan tenido el mismo fin;—Dijo: que del único que se sabe es del Dr. D. Tristan Roca boliviano, que este señor es el mismo que redactaba en la Asuncion el periódico llamado «El Centinela»; italianos dos hermanos Susini, Capitan Fidanza y Paulino (no recordando su apellido); orientales Dr. Carreras, Coronel Laguna, Rodriguez secretario que fué del Ministro Sagastume, Tomé, Anabitarte, y otro mas cuyo nombre no recuerda; ingleses Mr. Stark; brasileros el Señor Leite Pereira; argentinos Tomás Ramirez, Cateura, Arias, Capdevila, tres señores Cáceres, Gutierrez, Coroliano Marques, Mayor Carranza: que estos son los que recuerda en este momento.

Preguntado—En que caso era aplicada la pena de muerte en el ejército paraguayo, que tramitacion se seguia al efecto para aplicar los castigos;—Dijo: que al retirarse del campamento del Paso de la Patria el ejército se dió una órden general prescribiendo la pena de muerte al individuo que faltase á tres listas, pero que en general no precedia para estas ejecuciones ú otros castigos, sinó una órden del Comandante General de la Division del Sud, que lo era el General Resquin y en otros casos era el mismo Mariscal Lopez, procediéndose así con todos los individuos del ejército, fueren del grado que fueren; que esta era toda la tramitacion.

Preguntado—Si existia el espionaje como medida gubernativa en el ejército y en los demás puntos militares de la República ó fuera de ella con el fin de obtener noticias ó de vijilar la fidelidad de sus servidores;—Dijo: que en efecto estaba establecido el espionaje con el carácter que se le pregunta y de tal manera que no se abrigaba confianza ni aun en la intimidad, que á mas era un medio eficaz y seguro para obtener ascensos; que esto sucedia en todos los puntos de la República y aun en cada cuerpo; que en cuanto al Esterior estaba reservado al General Mariscal Lopez.

Preguntado—Si sabe ó le consta de qué medios se valia el

Mariscal Lopez para facilitar su correspondencia en el Exterior de la República ó si salian de ella agentes con ese ú otro objeto;— Dijo que lo único que se sabe es que su correspondencia la recibia por los buques de guerra estranjeros ó parlamentos con ajentes estrangeros que se presentaban en el ejército aliado: que en cuanto á Agentes, su creencia es que no habia ninguno, escepto los que se mantienen en Europa.

Leida que fué esta su esposicion, dijo ser la misma que ha presentado, que nada tiene que agregar ni quitar. Que lo dicho es la verdad segun su conciencia y su palabra de honor prometida; y lo firmó con dicho señor Fiscal y presente secretario.

F. Olegario Orquera. *Lucas Carrillo.*
Fiscal.

Ante mi—

Calisto E. Falcato.

Esposicion del Coronel paraguayo Francisco Martinez, Gefe de Humaitá y casado en la familia Lopez.

En Buenos Aires á los diez y ocho dias de Enero del año de mil ochocientos sesenta y nueve, el Sr. Juez Fiscal hizo comparecer ante sí y presente Secretario al Coronel D. Francisco Martinez, que perteneció al ejército Paraguayo y que capituló en la Península frente á Humaitá en el mes de Agosto del año ppdo. y á quien hizo presente dicho señor Fiscal, contestara bajo su palabra de honor á las preguntas siguientes, á lo que se comprometió hasta donde sus conocimientos le permitiesen, hacerlo así. En seguida el Sr. Juez Fiscal le propuso si le convendria mas escribir por si la contestacion á las preguntas siguientes, á lo que se comprometió.

Primera—Su nombre, patria, edad, religion, estado y profesion.

Segunda—Su empleo en el Ejército Paraguayo, el como se encuentra en esta Capital y que trato ha recibido entre los aliados.

Tercera—Donde se encuentra su familia con todos los pormenores que tenga de ella y si su señora tenia algun parentesco con el General Lopez.

Cuarta—Qué disciplina tenia el Ejército Paraguayo y de qué modo se castigaban las faltas militares, si se hacia uso del tormento con los militares.

Quinta—Cual era el alimento, vestuario y tratos que se daba al soldado, ya en las filas, ya en los hospitales del Ejército.

Sesta—Qué edad se exijia al ciudadano para ingresar en el Ejército y en qué forma se hacia la recluta para el mismo, antes de la guerra y en la última época de la misma.

Séptima—Qué sueldos gozaban las clases del Ejército antes de la guerra, en el curso de ella y en su última época: y en qué forma ellos se pagaban.

Octava—Si los cuerpos que formaban la guardia del General en Gefe y Presidente, estaban en las mismas condiciones y trato que los demás cuerpos del Ejército.

Novena—Si existia el espionaje como medida gubernativa en el Ejército y en los demás puntos militares de la República, ó fuera, con el fin de obtener noticia, ó de vijilar la fidelidad de sus servidores.

Décima—Cuál era la poblacion del Paraguay antes de la guerra.

Undécima—Qué personal tenia el Ejército Paraguayo antes de la guerra.

Duodécima—Cuántos Generales y Coroneles tenia el Ejército.

Trijésima—En qué caso se aplicaba la pena de muerte en el Ejército Paraguayo y la tramitacion que se seguia al efecto para aplicar los castigos.

Décima cuarta—A mas de las anteriores, diga cuanto sepa é importe poner en trasparencia el sistema que caracterizaba el Gobierno del Presidente Lopez y su administracion en jeneral, tanto en el pueblo cuanto en el Ejército.

En cumplimiento de lo que tiene prometido en el interrogatorio que precede, el infrascrito Coronel Francisco Martinez, pasa á contestar por su órden las preguntas contenidas en dicho interrogatorio.

Contestacion á la pregunta 1ª—Se llama Francisco Martinez natural de la República del Paraguay, de 38 años de edad, Católico Apostólico Ro mano, casado, de profesion militar.

A la 2ª—Su empleo en el Ejército Paraguayo es de Coronel de Caballería, se encuentra en esta Capital en virtud de capitulacion, ha sido bien tratado por los aliados en los primeros momentos de su capitulacion, del mismo modo que en Buenos Aires punto de su residencia.

A la 3ª—Su familia residia en Villa-Rica, pero de todos los miembros de ella, solo vivian en los últimos tiempos, su esposa Dª Juliana Isfran y su suegra. Su dicha esposa se hallaba, segun noticias, en la Asuncion, al tiempo que él capitulaba en la Península frente á Humaitá: y se asegura hoy por prisioneros tomados por las fuerzas aliadas que fué presa por órden del Mariscal Lopez luego que llegó á conocimiento de este la noticia de dicha capitulacion, conducida al campo de San Fernando sobre el Tebicuary, y de allí al de Villeta. Obligada á hacer á pié ese camino de 40 leguas entre muchos otros presos, todos con órden de ser muertos á bayoneta si no pudiesen acom-

pañar al Ejército en su retirada precipitada y que subsiguientemente fué puesta en toda clase de tortura, y por último fusilada, todo á lo que se dice por no haberse prestado á renegar de su matrimonio. Igual suerte cupo, segun noticias del mismo orijen á la suegra del esponente, madre de su desgraciada esposa. Doña Juliana Ysfran de Martinez era prima en tercer grado con el Mariscal Lopez.

A la 4ª—La disciplina en el Ejército Paraguayo era severa, castigándose las faltas militares ordinarias, segun ordenanza y empleándose el tormento, el azote por lo jeneral, para asi arrancar declaraciones en los casos de sospecha ó delacion de conspiracion ó conatos de lo mismo, por órden especial.

A la 4ª—El alimento, vestuario y trato que se daba al soldado en las filas y en los hospitales, han sido bastante bien en los primeros tiempos, pero muy escasos mas tarde.

A la 6ª—Antes de la guerra no se reclutaban jóvenes menores de quince años, pero en los últimos tiempos, no era raro ver niños de diez años ingresar en las filas del Ejército. Los reclutamientos eran practicados por oficiales militares enviados al efecto en los diferentes departamentos, con órden de completar el número que se les pedia, con buena jente ó con lo que podia, siendo dichos oficiales eficazmente coadyubados en su tarea por los gefes departamentales.

A la 7ª—Desde que empezó la guerra actual el Ejército no recibia ningun sueldo fijo, pero si pequeñas sumas de dinero, de tiempo en tiempo, como gratificacion. Al esponente no le consta los sueldos que gozaban las clases del Ejército antes de la guerra por no haber hecho parte de él entonces.

A la 8ª—Los cuerpos de guardia del Jeneral en Jefe y Presidente estaban en las mismas condiciones de los demás cuerpos del Ejército, escepto en su vestuario, á que se atendia algo mas.

A la 9ª—El espionaje existia en el Ejército y demás puntos de la República. El esponente ignora lo que ha podido pasar fuera de ella á este respecto.

A la 10—Ignora el esponente la poblacion que hubiere tenido el Paraguay antes de la guerra.

A la 11—El esponente supone que el Ejército paraguayo contaba de 50 á 70 hombres al empezar la guerra.

A la 12—El Ejército tenia al empezar la guerra, un Mariscal y un Brigadier; en el curso de ella han existido en diferentes épocas, seis Jenerales, mas el esponente recuerda haber habido nueve Coroneles hasta la fecha en que capituló.

A la 13—La pena de muerte se aplicaba en la mayor parte de los casos prescriptos por la ordenanza española, siguiéndose al efecto las tramitaciones de la misma ordenanza, así como frecuentemente por una simple órden del Mariscal Lopez, sin forma alguna de proceso.. Entre las ejecuciones de esta última categoria el esponente recuerda entre otras las siguientes: La

del teniente Ibañez, valentísimo oficial de caballeria, por haber dicho que el enemigo estaba fuertemente atrincherado lo que el Mariscal Lopez afectó traducir en cobardía.

La del no menos valiente Eliseo, del batallon núm. 40, cuyo apellido no recuerda el esponente, por habérsele antojado desconfiar de la exactitud de la relacion que le hizo de su participacion en un combate del 18 de Julio de 1866. Al mandarlo al suplicio, Lopez dijo á este oficial: «Yo lo he formado y yo voy á destruirlo.»

Y la de tres oficiales de los batallones 4 y 45, por no haber protestado que en adelante se conducirian mejor en la ocasion de una reprension que les hizo hacer el Mariscal por conducto de un ayudante suyo. Los demás oficiales de los mismos batallones camaradas de los cuatro ejecutados, fueron todos degradados por la misma falta.

A la 14—El esponente espera que las respuestas que preceden bastarán por si solas para poner en trasparencia el sistema que caracterizaba el Gobierno del Mariscal Lopez y por esta razon cree seria innecesario responder de un modo especial á la 14 y última pregunta.

Buenos Aires, Enero 20 de 1869.

Francisco Martinez.

Otro si—El esponente cree deber tambien mencionar como una prueba mas de la arbitrariedad que caracterizaba la administracion del Mariscal Lopez, que en el tiempo en que él (el esponente) se hallaba todavia en el Ejército Paraguayo, al mando de Humaitá, llegó á su noticia por conducto de una persona que se hallaba á su servicio en sus establecimientos propios, que las haciendas de campo que poseia en dos estancias, habian sido arreadas en su totalidad, para gastos de las tropas, como es de suponer, sin que él hubiese recibido antes ni despues ningun aviso directa ni indirectamente.

Tambien crée deber mencionar que un capitan de caballeria llamado Torres fué fusilado por órden del Mariscal Lopez, sin forma ni proceso, por haber dicho á un soldado despues del ataque á las posiciones aliadas de Tuyutí, el 3 de Noviembre último, que en el Ejército Paraguayo solo se ponderaba la pérdida sufrida por el enemigo, sin hacerse mencion de las pérdidas paraguayas, que no habian sido tampoco insignificantes.

A la fecha *ut supra,*

F. Olegario Orquera. — *Francisco Martinez.*
Fiscal.

Ante mi

Juan Sinclair.

Esposicion del súbdito italiano Antonio Pulverini

En Buenos Aires, á los veinte dias del mes de Enero del año de mil ochocientos sesenta y nueve, el señor Juez Fiscal hizo comparecer ante sí y presente Secretario, al individuo D. Antonio Pulverini, á quien hizo presente dicho señor Fiscal, iba á ser interrogado, y si prometia y juraba decir la verdad en lo que se le preguntase, á lo que contestó que sí, y en esto se le hicieron las interrogaciones siguientes:

Preguntado—Su nombre y empleo. Dijo: llamarse Antonio Pulverini, natural del reino de Italia, de edad de cuarenta y un años, de la marina de guerra nacional de la República Argentina, de relijion C. A. R.

Preguntado—En cual de los buques de guerra de la marina prestaba sus servicios;—dijo: que en el vapor de guerra «25 de Mayo» en clase de oficial de proa (primer contramaestre).

Preguntado—Como fué el suceso de la aprehension por las fuerzas paraguayas en el puerto de Corrientes: Dijo: que estando el dia catorce de Abril del año de mil ochocientos sesenta y cinco, fondeados en el puerto de Corrientes, como á las siete de la mañana, se presentó la escuadra paraguaya, compuesta de cinco vapores, aguas abajo, y despues de haber pasado el vapor «25 de Mayo», un trecho de una cuadra mas ó menos, dieron vuelta con direccion á dicho buque, llegando hasta él y poniéndole la proa encima saltaron á bordo, intimándoles prision y apoderándose del vapor, de cuya tripulacion lograron escaparse treinta y ocho individuos, entre los cuales se contaron cuatro oficiales, y cuyo resultado fué alzar los paraguayos las anclas al vapor «25 de Mayo» y hacerse á la vela hasta el Paso de la Patria.

Preguntado—Llegados á ese punto, que medida tomó el Gefe de la escuadra para el que declara y demás prisioneros; que trato recibieron; á donde fueron conducidos, con todas las demás circunstancias de lo ocurrido con el que declara y con los demás, sus nombres, así como el de los que los custodiaron:—Dijo, que llegados al «Paso de la Patria», los desembarcaron por órden del General Robles, que de allí los condujeron con una escolta de caballeria á Villa Franca, que la partida que los condujo los trató muy bien, no así en el Paso de la Patria al desembarcarlos donde eran amenazadas instantáneamente sus vidas, ya por lancearlos, ya con el cuchillo para degollarlos; que el número de prisioneros, incluso el que declara, el Comandante del vapor «25 de Mayo» D. Cárlos Massini, Capitan Oliviere, Tenientes Calvo, Leston, Constantino Lluvancli, perteneciente á la Lejion militar, Federico Casa, vaqueano, y demás tripulacion hasta el número de treinta y siete; que llegados á Villa Franca los llevaron á un cuartel en donde los pusieron en clase de presos bajo la custodia de un piquete de tropa: que allí los

hacian trabajar en baldozas y tejas, escepto á los oficiales; que el alimento que les daban era una libra de carne cada veinte y cuatro horas, que el vestuario que tenian cuando estaban á bordo del vapor «25 de Mayo» se los quitaron, dejándoles solamente lo encapillado; que el trabajo que les exijian era forzado aunque no recibian castigo ninguno; que en ese punto permanecieron siete meses y medio bajo la misma situacion; que despues de esa fecha, una noche, á eso de las once, se presentó el vapor de guerra paraguayo «Iporá» y los condujeron custodiados á todos á bordo, en donde por órden del Presidente Lopez los colocaron en el cepo de campaña desde el Comandante Massini abajo á todos, trayéndolos de ese modo hasta Humaitá, allí los desembarcaron y los condujeron escoltados hasta el paraje denominado «Tres árboles»; que en ese punto su situacion fué peor, pues los obligaron á trabajar como en Villa Franca tejas y baldozas, bajo el rigor del látigo, al que se mostraba estenuado por la apatia: permanecieron nueve meses en ese estado escepto los oficiales. Que estando en Humaitá, tuvieron lugar los combates del Paso de la Patria y 24 de Mayo; en consecuencia de este último, ellos vieron los soldados desbandados y en derrota que entraron en Humaitá, unos desarmados, otros á pié, enancados otros, y con todo el aspecto de una derrota completa; esto es, la tropa del ejército paraguayo. Que de ese destino y despues de los citados combates, los condujeron embarcados en el vapor de guerra «[illegible]» á la Asuncion; en ese punto los colocaron en la cárcel á todos, que de allí los sacaban, menos á los oficiales, á trabajos forzados en las calles como y á la par de los criminales, que su alimento era el mismo que se ha dicho antes, permaneciendo en ese estado siete meses mas ó menos; que allí en la cárcel, el auxilio único que recibian era por un señor Capdevila, que les mandaba la comida todos los dias; que en un dia primero de año, aunque no recuerda de cual era, le remacharon una barra de grillos á este señor por haberles mandado el alimento, que despues del tiempo ya mencionado y con motivo de un rumor de revolucion, ó bajo este pretesto sacaron á todos los oficiales y algunos marineros, conduciéndolos al cuartel de Francia que es el de San Francisco; que en seguida los condujeron á todos los marineros y soldados prisioneros del ejército aliado á la fábrica de Ibicuy, que está á cuarenta leguas al interior de la Asuncion, quedando en la capital el comandante Massini con los demás oficiales; que en ese punto bajo el rigor mas cruel del látigo y palo, los hacian trabajar noche y dia en las fundiciones de proyectiles de guerra de toda especie: muchos de ellos perecieron en ese destino por la fatiga y falta de alimento, pues llegó al estremo de hacerles comer cueros de cabeza de animales vacunos, haciéndolas asar y despues hervir; allí fueron degollados dos soldados brasileros por haber desertado, y uno fué fusilado por la misma razon,

que allí permanecieron seis meses los que sobrevivieron á los mas terribles sufrimientos y sin nombre, la crueldad mas espantosa. Que á los seis meses el que declara fué reclamado por el cónsul Italiano, como otros mas, y entonces salió de ese destino á Luque, que en ese destino, despues de cuatro años de sufrimientos recibió el que declara del citado Cónsul una camisa y unos calzoncillos, pues que en la prision quedaron reducidos á tal desnudez, que solo tenian por único vestido un pedazo de cuero que ellos habian conseguido para cubrirse apenas la cintura por delante, lo bastante para cubrir las partes naturales; de ese destino el Cónsul Italiano lo hizo embarcar en la Angostura á bordo de la cañonera de guerra italiana «Beruche» cuyo Comandante por medio del Cónsul citado, recibió órden del Presidente Lopez para conducirlos bajo de cubierta al que declara y tres mas de los prisioneros del «25 de Mayo» hasta esta capital, en donde el ministro italiano no permitiria desembarcarlos ni aqui (Buenos Aires) ni en Montevideo, debiendo embarcarlos directamente para Europa; que en el esterior de la bahia de Montevideo debian ser trasbordados, segun disposicion acordada entre el ministro italiano de esta capital (Buenos Aires) y el Gefe de la estacion Italiana en Montevideo tan luego como llegase á este puerto la barca «Josefa de Lima» para seguir viaje á Europa. Que habiendo sido en aquel punto trasbordado el que declara y sus compañeros de la cañonera «Baruche» á la fragata «Dellone» de á bordo de este buque, el que declara se lanzó á la agua la noche buena á las dos de la mañana del 24 de Diciembre del año próximo pasado, y á las cuatro arribó al puerto de San José; mas ó menos igual operacion hicieron tres compañeros, logrando salvarse dos y siendo aprehendido uno por la fuerza de la «Josefa de Lima», que el que declara, permaneció en Montevideo en el Cordon ocho dias oculto en una casa, y luego se vino á Montevideo, embarcándose para esta capital á los dos dias, y llegado aqui, se presentó al Gefe de la Escuadra Nacional Coronel D. José Muratore.

Preguntado—Si durante se embarcó en la Angostura, ó antes, ó despues de estar á bordo, ha visto embarcar algunos objetos de cualquiera naturaleza que sean pertenecientes al Presidente Lopez á bordo de la cañonera «Beruche»;—Dijo, que no ha visto embarcar nada en la Angostura, pues luego de venir á bordo el que declara, zarpó la canonera aguas abajo, pero que en Montevideo, cuatro cajones como de un pié cuadrado, con dinero, perteneciente al Presidente Lopez y con direccion escrita sobre los cajones al Cónsul Francés en Montevideo, fueron desembarcados en esa plaza; que aun que el que declara no leyó la direccion por no saber leer, pero que todos abordo la leyeron en su presencia.

Preguntado—Durante su prision en el ejército paraguayo,

que especialidad ha visto sobre el personal de todo este ejécito, sus pérdidas en el curso de la guerra y el estado en que ha dejado el que declara aquel país, y todo lo que ha presenciado ú oido decir á los mismos paraguayos:—Dijo, que le oyó al Comandante de Villa Franca, que el Presidente Lopez tenia al principio de la guerra un ejército de ciento veinte mil hombres, que despues de las pérdidas que sufrió el mismo ejército en la Uruguayana y de un Gefe paraguayo que se decia haberse pasado á los brasileros en Mattogroso con tres mil hombres, se decia que aun le quedaban á Lopez ochenta mil hombres, que lo que ha presenciado el declarante es que en Humaitá, despues del combate del 24 de Mayo, le quedaron como diez mil hombres, que el estado del país segun ha oido decir á los mismos paraguayos, y lo que ha presenciado el mismo que declara, era el mas lamentable, las familias con sus pequeños hijos en una desnudez completa y estenuados por el hambre; que ha visto en un rancho, cuando lo trajeron á Luque, como treinta mujeres con sus criaturas desnudas completamente, presentando el cuadro de una miseria espantosa, que es tal el terror que ha presenciado en las familias paraguayas que al nombrarlo á Lopez, caen de rodillas como en adoracion al mismo Dios.

Preguntado—Si tiene algunos otros pormenores que agregar á esta su declaracion, relativos al Presidente Lopez, su administracion y estado general del país:—Dijo, que lo que puede agregar es que, en aquel pais de doce años arriba, eran los varones obligados al servicio de las armas, que en la Angostura la mayor parte de la tropa eran muchachos, que lo mejor de la fuerza la tenia en las Lomas de Cumbaritî, donde estaba el mismo Lopez. Leida que le fué esta declaracion, dijo ser la misma que ha prestado, bajo la fé de juramento, que no tenia que quitar ni agregar; por no saber firmar hizo una seña de cruz, firmándolo dicho señor y el presente Secretario.

F. Olegario Orquera. †

Ante mi—

Juan Sinclair.

Autoridad de la relacion. Los superiores á merced de los inferiores.

El alférez Vicente Goybuni me ha dado cuenta de que el cabo Silverio Fernandez, del Regimiento No. 7, enfermo en el hospital general, le habia dado parte de los abusos que se estaban cometiendo en el hospital, y que son: que cuando el practicante

Talavera mandaba una de las salas del hospital, tenia consigo un primo suyo llamado Zoilo Recalde como enfermero, á quien depositaba todos los víveres destinados á los enfermos, y quien hacia uso de ellos á discrecion. Que el cabo noticiante fué una ocasion á la carneada y de órden de Talavera, entregó todo el sebo de una rez á Recalde, quien hizo de él uso particular, que el mismo Recalde por valimiento de Talavera ha pasado como enfermo al hospital de Cerro Leon y que no estaba enfermo. Que una vez cuando el Alférez Cirujano N. Gonzalez le asistia en la sala, le dijo, para que le curase de un mal que padecia y no le hizo caso.

Campamento en Pikysyry, Noviembre 18 de 1868.

Hilario Marcó.

Campamento en Pikysyry, Noviembre 21 de 1868.

De órden Suprema, castíguese cincuenta palos en círculo al practicante Felipe Talavera y de alta en el Batallon No. 40 á servir en clase de soldado.

El soldado Zoilo Recalde, cien palos en círculo y de alta en el Batallon No. 3.

F. I. Resquin.

En cumplimiento de la Suprema órden antecedente, yo el infrascripto, Capitan Comandante del Batallon No. 9, mandé castigar en círculo de tropa de parados con 50 palos al practicante Felipe Talavera, y con 100 dichos al soldado Zoilo Recalde, destinando en seguida el 1.° á servir de soldado al Batallon No. 40, y al segundo en el Batallon No. 3, y para constancia, firmo en este Campamento de Pikysyry, Noviembre 21 de 1868.

Cándido Mercado.

Modelo de una lista de presos, con especificacion de clases y causa de su prision.

Cabo 2.° Trifon Olmedo, del Batallon No. 1, se halla encepado desde el 29 del mes próximo pasado, por haber licenciado al soldado Clemente Duarte para ir á comprar naranjas á distancia de una cuadra y media, quien aprovechándose de la ocasion, se desertó y no se ha capturado hasta la fecha.

Los Sargentos Concordio Correa y Marcelino Torres encepados el 9 del corriente; el 1.° por haber despachado dos solda-

dos solos á leñar, de donde se desertó uno de ellos, llamado Ignacio Caballero, quien fué capturado: y el 2.° por haber dejado de partear al citado desertor, creyendo que estuviese en el rancho con el Sargento Correa; ambos pertenecen al Batallon No. 13.

Sargento 2.° Agustin Estigarribia, encepado el 11 del corriente, por haber abandonado su cuerpo de noche.

Soldado Eusebio Rindiar, del Batallon No. 11, encepado el 11 del corriente por igual causa del antecedente.

Sargento 2.° Félix Gonzalez del Batallon No. 11, encepado el 15 del corriente, estando de guardia con el Teniente Pascual Valiente durmió sentado, y por esta falta le ordenó para hacer porta y no obedeciéndolo, le dió dos cintarazos.

Alferez 2.° Policarpo Guillen, del Batallon No. 53, arrestado el 6 del corriente, por haberle desertado de su cargo un soldado del trabajo, quien fué ya capturado.

Teniente 2.° Saturnino Ortiz, del Batallon No. 37, arrestado el 7 del corriente por haber licenciado à un soldado estando de faccion en la guardia de campo.

Sargento 2.° Leandro Acuña, del Batallon No. 29, encepado el 4 del corriente, por haber cortado un dedo de la mano del soldado Baltazar Gavilan, que estaba atajándole un espinazo de carne, siendo ambos rancheros.

Cabo Silverio Flores, del Batallon No. 54, encepado el 8 del mes próximo pasado, por haberle desertado un soldado estando de guardia, quien fué capturado.

Total 10.

Campamento en Tikysyry, Octubre 17 de 1868.

Terrible muestra del sistema de espionaje y delacion establecido en el Paraguay.

Batallon No. 29.

El Alférez Elias Armoa, que se hallaba de guardia en la comisaria, el sargento y los dos cabos de la misma, que no advirtieron el robo que ejecutaron de frutos, el cabo Angel Bolaño en complicidad del centinela de la misma guardia, soldado Lázaro Cumbarity, de Orden Suprema queda suspendido de su empleo el citado alferez haciendo servicio de sargento dentro el cuartel de su Batallon: el Sargento que no se ha nombrado que se hallaba de guardia, sufrirá cuarenta palos y suspendido de su empleo, haciendo el servicio de Cabo adentro de trinchera, lo mismo que el suspendido Oficial: los Cabos de dicha guardia sufrirán treinta palos en circulo, con suspension de su em-

pleo, haciendo el servicio de soldado en la forma que queda ordenada: el Cabo Angel Bolaño sufrirá la pena de ochenta palos en círculo y rebajado á la clase de soldado, á dormir de noche en la guardia de bandera, haciendo servicio de rancho bajo de vijilancia: el centinela cómplice de Bolaño, soldado Lázaro Cumbarity, sufrirá ochenta palos en círculo y en libertad á servir á su compañía bajo de vijilancia, debiendo hacer entender á los dos ladrones que debian ser fusilados y que por clemencia del Exmo. señor Mariscal, Presidente de la República y General en Gefe de sus Ejércitos, se le han conmutado la pena.

El soldado Ventura Cano, que se halló tambien de centinela cerca de Lázaro Cumbarity y que no ha dado parte á su cabo, sufrirá cincuenta palos en círculo y en libertad, cometiéndose la ejecucion al Gefe de dicho cuerpo Sargento Mayor José Orihuela, prévia notificacion á los reos, debiendo sacar copia de esta sentencia para constancia, devolviendo el original en cumplimiento de lo mandado.

Campamento en Pikysyry, Noviembre 2 de 1868.

F. I. Resquin.

He cumplido la respetable Suprema Orden á mí cometida, y les hice entender á los dos ladrones que debian de ser fusilados y que por clemencia del Exmo. Sr. Presidente Mariscal y General en Gefe de sus Ejércitos, se les ha conmutado la pena, que por constancia firmo—

Campamento en Pikysyry, Noviembre 2 de 1868.

José Orihuela.

Resorte de la disciplina en el ejército de Lopez y esplicacion de obediencia ciega.

ESPINILLO.

De órden Suprema, el Sargento Antonio Amarillo, del Batallon No. 19, suspendido de su empleo, haciendo el servicio de cabo.

Soldado Pedro Sarco, 4.° Regimiento de Artillería, 40 palos y á servir bajo de vigilancia.

Teniente Francisco Céspedes y Alferez Rosendo Céspedes, amonestados y en libertad.

Teniente José Gamarra, amonestado y seis guardias dobles.

Cabo Manuel Gonzalez, 30 palos y en libertad.

Soldado Eliseo Gimenez, 100 palos en círculo y á bandera.

Sargento Saturnino Veron, amonestado y en libertad.
Soldado Valeriano Acosta, 25 palos y en libertad.
Alferez Juan Largosta, del Batallon No. 29, ocho guardias dobles, con fusil y privacion de espada.
Cabo Antonio Chamorro, rebajado á soldado y 25 palos.
Soldado Dolores Amarilla, 4.° Regimiento de Artillería, pasado por las armas.
Teniente Nicolás Ferreira, amonestado, y 4 guardias dobles.
Cabo Claudio Palacios, y soldado Olegario Laguardia, pasados por las armas, amonestándose severamente al Alferez Patricio Pereira, por no haber tomado pronta providencia.

Campamento en Paso Pucú, Enero 13 de 1868.

Francisco I. Resquin.

A S. S. el señor General Brujnes.

Campamento en Paso Espinillo, Enero 13 de 1868.

Habiendo recibido con la debida consideracion la precedente lista providenciada de órden Suprema, hice cumplir las penas, castigos y amonestaciones en ella ordenadas, dando órden que los tres cadáveres sean sepultados en el cementerio general del Ejército.

Y dando cuenta de su cumplimiento le devuelvo á V. S.

José M. Brujnes.

Sistema inquisitorial.

PROCESO POR HABER DUDADO DEL ÉXITO DE LA GUERRA. ESPLICACION DE LA PRETENDIDA UNIDAD DE ACCION Y VALOR DEL PARAGUAYO. LO QUE HACE EL ESPIONAGE. TÉNGASE PRESENTE QUE QUIENES ACUSAN SON NIÑOS DE DOCE Y CATORCE AÑOS.

Relacion sobre las espresiones proferidas contra la Patria por el soldado Pedro Gautó, del Escuadron suelto de Villa Franca, que formo yo el infrascripto de órden Superior poniendo por cabeza el Oficio del Comandante de aquella Villa.

¡ VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY !

Tengo el honor de llevar al conocimiento de V. S. que el oficial telegráfico de la Estacion Provisoria en esta, Juan Climado Valdovinos me ha pasado parte que el jóven llamado Dionisio Galian, le habia dicho que ahora cerca de dos meses,

ha oido hablar al soldado del Escuadron de esta, Pedro Gautó, que se hallaba de chacarero en la chacra del estado «Bogadone» por asunto de la guerra actual con una mujer que iba en retirada en la Villa del Pilar, cuyo nombre se ignora, y que entre la conversacion que han tenido, Gautó habia dicho á la muger, que todos los esfuerzos que el Supremo Gobierno de la República estaba haciendo eran ya inútiles, por razones que los enemigos ya nos iban agarrando á todos, y que únicamente por prudenciar un poco mas, el Gobierno estaba haciendo un esfuerzo simulacro, y que ha oido tambien estos dichos el jóven llamado Del Pilar Yegros, porque los dos estaban juntos cerca de ellos, en su consecuencia llamé ante mí á los dos jóvenes y tomándoles á cada uno separadamente su declaracion, salieron contestes el uno con el otro.

Seguidamente llamé ante mí al soldado denunciado y preguntándole sobre el particular y á pesar de los esfuerzos que hice para sacarle la verdad, él se puso de todo negativo y en resultas lo mandé asegurar con una barra de grillos hasta la Suprema deliberacion de V. S.

Es cuanto tengo el honor de elevar al conocimiento superior de V. S.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Villa Franca, Abril 8 de 1868.

Isidro José Arze.

A S. S. el señor Brigadier General Comandante de la division del Sud.

Interrogado el jóven Del Pilar Yegros sobre las mencionadas producciones de Gautó, dijo: que siendo él uno de los cuidadores de aquella chacra al mando de Gautó: estuvo una tarde como á las tres sentado en un cuero en tierra en el corredor de la casa de la chacra con otro jóven de la misma, llamado Dionisio Galean, estando al mismo tiempo Gautó sentado en una hamaca y una mujer, oyó las palabras siguientes: «nuestro Superior ya por demostracion, procura y por no mostrar de que ya se entrega del todo porque tiene ya poca gente» que Gautó no aclaró mas de la manera que se refiere, peró que el declarante entendió que hablaba por el Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República y los enemigos, que la dicha paisana no movió ni una palabra en contestacion, manifestando únicamente un semblante medio risueño cuando le hablaba, que ignora el nombre y vecindario de la referida muger, pero presume que hubiese sido concubina de Gautó, porque andaba y dormia con este, por el tiempo de tres y cuatro dias y despues pasaba habitando dos y tres dias en una casa en tapera, de donde volvia á la chacra; que el caso sucedió como tres ó cuatro dias antes de la arribada de las corazas enemigas; que

despues de uno ó dos dias del suceso, pasó aquella paisana al lado de la capital.

Que al levantarse con Galean de sobre el cuero en que estuvieron cuando habló Gautó, se dijeron uno á otro de que seria bueno dar parte de aquellas producciones, pero como no tuvieron enteramente lugar por las ocupaciones de la chacra, no pudieron dar parte mas tempranamente, hasta que despues de algun tiempo pasaron á la misma chacra dos oficiales telegráficos, de apellido Martinez y Valdovinos, y á este refirió el caso primeramente su compañero Galean, mientras el deponente estuvo en la copuera y cuando volvió de alli averiguó con el Valdovinos, y se lo refirieron juntos todo el caso, y al siguiente dieron parte en la Comandancia; dice Yegros ser de doce años de edad. Interrogado seguidamente el jóven Dionisio Galean sobre las mencionadas producciones de Gautó, dijo que como cuatro dias antes de la arribada de las corazas enemigas, en circunstancias que como á las tres de una tarde estuvieron el declarante y su compañero Del Pilar Yegros, sentados en tierra sobre un cuero, el soldado Pedro Gautó en una hamaca y una muger cuyo nombre y apellido ignora, sobre la reguera del galpon que sirve de corredor en la chacra del Estado denominada «Bogadone» habló Gautó sobre la guerra actual, diciendo primeramente «muchos de nuestra gente han muerto» y en seguida dijo, por S. E. el Sr. Mariscal Presidente de la República—devalde procura nuestro Superior, porque ya no puede y únicamente por no demostrar de que ya se entrega, procura un poco todavia»—diciendo tambien en seguida—«Parece que vamos á perder»—esto dijo, hablando sobre la misma guerra: que las espresiones dichas dirijió Gautó á la referida muger que estaba con ellos, pero que ella no le respondió ni una palabra, ni tampoco manifestó agrado ni desagrado, porque estaba con semblante muy formal: que ignora de qué vecindad sea aquella paisana, pero cree sea del Departamento de la Villa del Pilar, porque cuando se retiraron los vecinos de por ahí, fué ella á detenerse por las inmediaciones de la citada chacra y trabó amistad con Gautó, porque iba á dormir de noche con él y por la mañana volvia á su habitacion que era una casa dejada por una vecina, que tambien le refirió; que como dos dias despues del caso, pasó dicha muger para Villeta, ignorando el deponente que por donde andaria, bien que ella decia de que iria únicamente á ese partido por no tener ni saber donde irse. Que Gautó no habló otra ocasion en presencia del declarante, profiriendo iguales producciones: que solamente á cuantos pasajeros que iban del lado del Ejército, siempre preguntaba de los sucesos de la guerra, y algunos le referian de haber muerto muchos enemigos, pero que jamás ha habido en esas conversaciones cosas desagradables; que el declarante es vecino de Villa Franca, que se ocupaba al servicio de dicha

chacra en clase de soldado de milicia urbana, que los demás soldados de la chacra, escepto Yegros no oyeron la produccion de Gautó ; que el deponente y su dicho compañero Yegros se convinieron luego para dar parte del suceso, pero como no tuvieron proporcion no lo hicieron inmediatamente, hasta que como veinte y tantos dias despues, cuando los oficiales de la Telegrafía pasaron á colocar su máquina en la misma chacra, refirió el caso el deponente á uno de ellos de apellido Valdovinos, y este averiguó bien con Yegros y bien enterado del suceso, dió parte al Comandante de Villa Franca: que el declarante recuerda que no hizo su denuncia á Valdovinos tan luego como llegó á la chacra sino como tres dias despues, que el dia que hizo su denuncia de Gautó, tuvo la diferencia con este motivo de haberse perdido algunas balas de plomo de su caja y puso por el que declara: que en una disencion dijo Gautó al deponente de que era traicionero y descendiente de los Cambai á lo que se le contestó, de que él era traicionero, porque habló contra la Patria; que antes de la diferencia que tuvieron, dijo el que declara por dos veces á Gautó de que lo delataria por aquellas espresiones; y que desde entonces les apuraba mas á él y á Yegros á los trabajos de la chacra, por cuanto no pudieron hacer presente al Comandante de la Villa y dijo de ser de catorce á quince años de edad.

Para continuar las interrogaciones en averiguar bien todas las circunstancias del crimen de Gautó denunciado por Galean y Yegros, ayer diez y ocho del corriente mes de Abril como pasado de las ocho de la noche, fué de la mayoría el Alferez Ignacio Caballero, del rejimiento núm. 7, á conducir al reo Pedro Gautó, á quien lo trajo al calabozo de este campo, con el cabo Antonio Guerren y dos soldados del batallon núm. 12, montado en su caballo, y habiéndolo traido, dando vuelta por el camino real inmediato, que se halla al Oeste del corral grande, al salir atado de la guardia de prevencion del Trozo de Infantería, sintieron los conductores de que Gautó se degollaba y que con la brevedad posible el Alferez Caballero le habia agarrado á Gautó del brazo, pero ya despues de haberse inferido la herida en la garganta, y no halló arma alguna en la mano del suicida, que allí mismo Gautó se encontró en mal estado; en cuyo paraje fué primeramente el Sarjento Mayor, ciudadano José Palacios, con el Alferez, cirujano, ciudadano Julian Quevedo, quien inspeccionó al herido y halló que se hallaba en estado de no poder hablar y lo condujeron á la guardia citada del Trozo de Infantería. Estando allí, pasé yo con un sarjento y llamando á los dos cabos de la guardia, los puse en disposicion de prestar juramento al citado reo, á quien interrogué en los términos de ordenanza, pero ya no pudo hablar, aunque se hallaba con gran fuerza y haciendo

revoltijos sobre el cuero en que estaba tendido, y al ver el estado del herido lo exhorté por todo estilo, ordenándole me respondiese y declarase quien le habia herido, y con qué instrumento y que si no podia hablar me indicase con señas si era él el que se habia inferido la herida, pero no he conseguido me diese ninguna respuesta hablando, ni con señas. Seguidamente hice llamar otra vez al cirujano que lo habia inspeccionado, y tomándole juramento en forma de ordenanza, le ordené inspeccionase de nuevo y me diese su esplicacion de la herida, y practicándola debidamente dicho cirujano, dijo: que la herida del soldado reo Pedro Gautó, estaba en la larinje y que se cortaba el exófago, que no era punzante, sino cortada hecha con instrumento cortante, teniendo de dimensiones tres pulgadas y de profundidad una y media, dichas con el conducto del exófago que la herida no permitia pronunciacion de palabra, por cuanto ya no hablaba Gautó y que segun su leal entender, la herida era muy peligrosa.

Esta mañana se dió parte por la guardia en que quedó vivo con la herida costureada el reo Gautó de que éste ha muerto.

Inmediatamente hice reconocer por el mismo Alferez cirujano Julian Quevedo por ante los mismos cabos de la guardia, si estaba muerto el reo Pedro Gautó y declaró Quevedo despues de haberlo reconocido muy detenidamente, de estar muerto Gautó. Seguidamente se le quitó al cadáver las prisiones que tenia y se mandó dár sepultura en lugar profano atrás del cementerio de este campo, como suicida que es, segun los conductores.

Al difunto ya le recibí ahora algunos dias por un momento en seguida de las interrogaciones que les hice á los denunciantes, declaracion, y á las primeras preguntas se puso negativo, pero luego con las exhortaciones que le hice á que hablase la verdad y no mintiese y me contestase, declaró que ciertamente habló algunas palabras, de las que yo le echaba en cara, en vista de su tenacidad de no querer declarar, con arreglo á lo que arrojan las relaciones de los denunciantes Galean y Yegros, pero no asenté en aquel acto por pasar á otras ocupaciones, y por decir tambien Gautó, en aquel acto, de que no tenia bien presente sus producciones, pero que segun se habia denunciado como se le hacia cargo verbal, arreglado á las relaciones asentadas que por su tenacidad se le echó en cara, recordaba ya; y en seguida hice conducir otra vez á la guardia de la mayoría, de donde pasó al calabozo; por todo lo cual dió Gautó á entender de su convencimiento del crímen de que fué acusado.

El instrumento con que pudo haberse herido el reo Pedro Gautó ha sido buscado esta mañana temprano por un sargento y un cabo con un soldado en mi presencia, en el mismo

paraje en que sucedió la desgracia, y no se pudo hallar aun por toda la inmediacion, habiéndose ya buscado anoche con todo empeño.

Para hacer constar el modo con que sucedió la desgracia, hice traer á mi presencia al Alferez Ignacio Caballero, que se hallaba en arresto, y le interrogué sobre el suceso, dijo: que ayer á prima noche le envió al calabozo el sarjento mayor, ciudadano José Palacios, á conducir al reo Pedro Gautó para tomar la declaracion, y habiéndolo conducido con un cabo y dos soldados guardianes del mismo calabozo, vinieron por el lavadero de la retaguardia de los cuarteles del batallon núm. 9 y poco antes de descargar una guardia de la orilla del rosado, el soldado que venia trayendo de un pedazo de soga el montado del reo, vió que el reo hacia movimientos para degollarse y avisó al deponente, y al instante pasó á agarrarle al reo del brazo derecho, del lado izquierdo del caballo y entonces estaba ya Gautó degollado, pero la mano vacía, porque ya no tenia ningun instrumento cortante; que cuando el soldado le dió el aviso, el declarante vino haciendo caminar al montado del reo, por cuanto venia muy cerca del que hice traer del calabozo, al reo no lo rejistró para ver si tenia alguna arma, pero que eso fué por falta de precaucion, y por otra parte, como el reo difunto estaba ya preso y bajo centinela en el calabozo, no pensó que tuviese arma alguna: que los nombres ni cuerpos del cabo y dos soldados que los trajo de custodia, no sabe el deponente: que aunque estaba oscura la noche vió tambien el que declara, cuando Gautó tenia la mano tocada á la garganta tan luego que le avisó el soldado que traia el caballo; que tan luego que sucedió la desgracia, pasó el deponente á dar aviso á la mayoría; y que lo declarado está conforme al acontecimiento, sin haber faltado á la verdad.

Seguidamente interrogué al cabo Antonio Guerren del batallon núm. 12, que era custodia del difunto Pedro Gautó sobre las circunstancias del suceso de la desgracia de este reo en la noche del 18 del corriente, dijo: que siendo el guardiero del calabozo de este campo; el dia 18 del corriente fué un oficial, cuyo nombre y apellido ignora, á traer á un reo engrillado que no sabe su nombre y apellido, y envió al declarante y los soldados Andrés Gonzalez y Antonio Zamudio, todos de su cuerpo, el oficial de guardia de custodia con el oficial conductor; y habiendo conducido al reo montado en su caballo, trayendo á este de la soga el soldado Gonzalez, el deponente á la izquierda y Zamudio á la derecha, y el oficial atrás del reo entraron en el lavadero de los cuarteles del batallon núm. 9, para salir á la mayoría de este campo y como dos cuadras antes de alcanzar una guardia que estaba en la orilla del rosado vió el soldado Gonzalez que el reo hacia movimientos para degollarse, y entonces dió su aviso con esta advertencia, al oficial conductor,

con prontitud pasó á agarrar del brazo derecho al reo, á quien ya se halló con la herida en la garganta, pero la mano vacía, lo bajaron del caballo y lo rejistraron, pero no le hallaron ningun instrumento cortante, y en seguida pasó el oficial á dar parte á la mayoría de la desgracia, que para sacarlo al reo del calabozo no lo rejistró el oficial, que por el camino, el difunto reo no habló ninguna palabra ni tampoco hizo ningun ademan que indicase el hecho; pues que Gautó se infirió la herida en la garganta y no otra persona; que todo lo declarado es la verdad.

Hoy dia 21 de Abril hice comparecer ante mí á los soldados Andrés Gonzalez y Antonio Zamudio, que vinieron de custodia con el cabo Antonio Guerren, cuando el Alferez Caballero condujo del calabozo al difunto reo Pedro Gautó, é interrogándoles juntos sobre las circunstancias del suicidio mencionado, dijo Gonzalez: que ahora cuatro dias, estando ellos de guardia en el calabozo de este campo, fué allí un oficial que no conocia, á traer á la mayoría un reo engrillado, que tambien ignora su nombre y entonces su oficial de guardia, el sub-teniente M. Leguizamon, de su mismo cuerpo, del batallon núm. 12, ordenó al sarjento de la guardia para enviar al cabo Guerren el deponente y Zamudio; que el declarante trajo al reo montado en un caballo que lo tiraba de un pedazo de soga, el cabo y el otro soldado en los costados y el oficial atrás, haciendo caminar al caballo con su rebenque y cuando traian ó venian por el Lavadero de la retaguardia de los cuarteles del batallon núm. 9, el que declara, por momentos venia dirijiendo su vista al reo, y en una de sus miradas vió á pesar de la oscuridad de la noche, que era como cerca de las ocho, cuando el reo hacia movimientos de cortarse en la garganta y por eso al instante dió su aviso al oficial y cabos; con tal motivo con prontitud pasó el oficial á agarrar de la mano al reo, que lo bajó á tierra pero no se le halló en la mano ningun instrumento cortante, y apesar de haberse buscado por el suelo y por toda la inmediacion, no pudieron hallar, pues cree que al tiempo de ser agarrado el reo de su brazo, pudo haber saltado el instrumento con que se dió la herida, que no ha visto si ha sido rejistrado el reo para traerse del calabozo si tenia ó no alguna arma y que asegura que el difunto reo se infirió la herida por sus propias manos, y que todo lo relacionado es verdad. El soldado Zamudio dice, que todo lo declarado por Gonzalez es conforme al suceso y que él de su parte no tiene que añadir ni quitar á la narracion de este, por ser todo verdad, sin haber en ella la menor falsedad.

Campamento en San Fernando, Abril 21 de 1868.

Vicente Abalos.

Como procesaba Lopez—Falta de defensa.

REGIMIENTO No. 4.—RELACION DEL SOLDADO ANTONIO IRALA DEL ESPRESADO CUERPO, VECINO DE QUINDY, QUE DESERTÓ EL 18 DEL CORRIENTE MES. (1)

Dice, que la mañana del espresado dia desertó de su cuerpo con la intencion de pasar á su partido á ver á la mujer Teresa Almiron, que le ha criado, y cuya ausencia le es sensible, pero habiendo entrado en Tacuaty, distrito de este partido de Villeta, le capturó su sargento que habia estado vigilando esos lugares, segun se lo dijo el mismo capturante, quien le entregó al teniente ciudadano Casiano Roman en Yuquito y este le hizo conducir á esta mayoría.

Por tal motivo, queda el citado prófugo encepado en la guardia de su cuerpo.

Campamento en Pikysyry, Octubre 21 de 1868.

Hilario Marcó.

———

Campamento en Pikysyry, Octubre 23 de 1868.

De órden suprema, pásese por las armas al soldado desertor Antonio Irala del Regimiento núm. 4.° capturado en Tacuaty.

F. I. Resquin.

———

En cumplimiento de la suprema órden que antecede esta, hice pasar por las armas al soldado desertor Antonio Irala, capturado en Tacuaty, para que conste, firmo.

Campamento en Pikysyry, Octubre 23 de 1868.

Benito Rolon.

———

BATALON NÚM. 41.—RELACION DEL SOLDADO MATIAS VERA DEL ESPRESADO, VECINO DE SAN JUAN BAUTISTA, QUE DESERTÓ DE ESTE PUNTO EL 23 DEL PRESENTE MES.

Dice, que la siesta del dia espresado desertó de su cuerpo sin motivo alguno, con la intencion de pasar á vivir en el partido de Itariguá donde dice tener su familia; que al siguiente dia de su desercion le capturó un hombre en la cañada de Aldana, ju-

(1) Se encontraron mas de veinte órdenes por el estilo de esta entre los papeles encontrados á Lopez.

risdiccion de Itá y le condujo al señor gefe de Milicias respectivo, quien le hizo remachar una barra de grillos, le mandó al calabozo, y le remitió á esta mayoria.

Por tal motivo queda el prófugo con la misma posicion en la guardia de su cuerpo.

Campamento en Pikysyry, Noviembre 30 de 1868.

Hilario Marcó.

Campamento en Pikysyry, Diciembre 10 de 1868.

De órden suprema pasese por las armas al soldado desertor Matias Vera del batallon núm. 41 capturado en el partido de Itá.

F. I. Resquin.

En virtud del supremo decreto de fecha de hoy ha sido pasado por las armas el soldado desertor Matias Vera del batallon núm. 41 capturado en el partido de Itá y para que conste el cumplimiento de la suprema órden del Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República, firmo el presente en este Campamento de Pikysyry á 10 de Diciembre de 1868.

Francisco Roa.

La delacion como medio de venganza.

¡ Viva la República del Paraguay !

Con todo mi respecto doy parte á V. S. que el prisionero de guerra Bernardo Encrito Pinto me ha dado parte de que el sargento Francisco de Pablo Montero igual prisionero, le habia contado haber oido á Antonio Carballos de Sosa amenazar á Antonio Moreira de Sosa, para poner al conocimiento de la autoridad competente por las repetidas invitaciones que les hizo para desertarse al campo enemigo.

En esta virtud hice las interrogaciones que demanda el caso entre ambos pretendientes de la fuga, y resulta ser el, Antonio Carballos de Sosa, fué que le hizo la invitacion y no el Antonio Moreira de Sosa en cuyo estado hallándose complicado segun

sus relaciones, mandé asegurar á los dos con la prision de una barra de grillos.

Es cuánto tengo el honor de poner al conocimiento de V. S. para lo que haya lugar.

Dios guarde á V. S. muchos años.

Campamento en Paso Pucú, Diciembre 21 de 1867.

Matias Goyburú.

Señor General Comandante de la Division del Sud.

Campamento en Paso Pucú, Diciembre 30 de 1867.

De órden suprema, pásese por las armas á los prisioneros de guerra Antonio Carballos de Sosa y Antonio Moreira de Sosa que convinieron desertarse al enemigo, cometiéndose la ejecucion al capitan de caballería ciudadano Matias Goyburú.

F. I. Resquin.

Campamento en Paso Pucú, Diciembre 30 de 1867.

Estando cumplida en debida forma la Suprema órden que antecede, la devolví á S. S. el señor General Comandante de la Division del Sud con la diligencia del cumplimiento y para constancia firmo: de que certifico.

Matias Goyburú.

Efectos del terror—La abyeccion.

¡ VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY !

Exmo. señor:

Con el debido respeto comunico á V. E. que he puesto presente la órden de V. E. al señor general Resquin para que me hiciera conocer ó aprender á tener juicio, pues que á mi me faltaba grandemente, que en efecto, el señor General me hizo ver con tanta claridad mis faltas en esta ocasion que me ha dejado únicamente lugar para ver con mas lucidez la benignidad que V. E. jamás descanza de alcanzarme, por tanto, Exmo. señor; mi aber bueno de haber tenido el atrevimiento de pedir perdon á V. E. y arrepentido de la ingratitud con que he correspondido

á V. E. á la confianza con que V. E. me ha elevado con esta ocasion, movido de mi conciencia pido á V. E. justicia y no perdon, porque soy indigno de ello, porque no he sabido portarme y hubiera hecho cualquier sacrificio en agradar á V. E. en las circunstancias y no reparar en nada sinó cumplir exactamente las órdenes de V. E. y marchar adelante, y esto no lo hice y lo que bien Exmo. señor es faltar y faltar en cosa ruin y baja y no remediar á su tiempo y asi señor, justicia.

Es todo lo que me cabe comunicar á V. E. en esta ocasion.

Dios guarde la vida de V. E. por los dias de la patria, muchos años.

Campamento Brite, Diciembre 10 de 1867.

Julian Nicanor Godoy.

Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República y General en Gefe de sus ejércitos.

———

Diciembre 10 de 1867.

Para la administracion de justicia que el mayor Godoy solicita pase al Brigadier Resquin para que nombrando un fiscal, levante el correspondiente sumario y con la sentencia dé cuenta.

LOPEZ.

———

Órden bárbara sobre desercion.

¡ VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY.

De órden del Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República y General en gefe de sus ejércitos, se establece los castigos siguientes:

A los que duermen estando de guardia.

1.° El oficial será preso y dado cuenta á S. E.
2.° El sargento sufrirá 50 palos de parado.
3.° Los cabos serán castigados á 40 palos.
4.° Los soldados á veinte y cinco palos.

A los empleados y costados de los desertores que hacen su fuga estando fuera de la compañia.

1.° Los dos soldados del que se deserta, á veinte y cinco palos.

2.° El oficial encargado de la tropa de que se deserte algunos de ellos, será preso y dado cuenta al supremo gobierno.

3.° El sargento 50 palos de parado y destinado en su compa-

ñia á servir un mes en clase de soldado y otro en la de cabo, cumplidos estos dos meses volverá á su clase de sargento.

4.° Los cabos sufrirán á 40 palos en círculo y destinados en su compañia á servir en clase de soldado dos meses, cumplidos volverá á su clase de cabo.

Esta órden se entiende con las tropas ó partidas que salgan de la compañia á cualquier trabajo ú ocupacion á cargo de los respectivos empleados.

Campamento en el Paso de la Patria, Marzo 25 de 1866.

Es cópia.

Francisco I. Resquin.

Esplicacion de la despoblacion.

¡VIVA LA REPÚBLICA DEL PARAGUAY!

De órden Suprema despacho á novecientas mugeres á cargo del Alferez Ignacio Romero, con treinta de tropa armados, para escoltarlas hasta ese punto, debiendo vd. hacer lo mismo hasta el cerro de Aruaí, de allí á Paraguarí y de este punto á Cuacupé al otro lado de la Cordillera, para que el señor Gefe de dicho partido de Caacupé las haga acomodar en los partidos mas lejanos de aquella parte de dicha Cordillera, á fin de que tengan lugar de hacer algunas plantaciones de porotos, andaices, etc., etc. Para cuyo efecto jirará este oficio hasta la Gefatura de Paraguarí y Caacupé.

Dios guarde á vd. muchos años, campamento en Pykysyry Diciembre 18 de 1868.

Francisco I. Resquin.

Al Sr. Capitan Ciudadano Bernardo Amarilla.

¡Viva la República del Paraguay!

De órden Suprema despacho otra porcion de 640 mugeres vecinas de la Villeta 170 dichas de diferentes distritos para que, como la vez anterior, sean escoltadas para seguridad del tránsito desde el Paso de Yuquity con 30 hombres de caballería bien armados á cargo de un Oficial hasta el cerro de Aruaí, si allí no hubiese guarnicion, hasta Paraguarí, si no hubiese, de cuyos puntos marcharán á la Capilla de Caacupé, con prevencion de que el señor Gefe de aquel partido inmediatamente á la llegada de dichas mugeres mandará distribuir en las otras Capillas del centro de aquella parte de la Cordillera, cuidando de que se ocu-

pen utilmente en la agricultura ú otros ramos, para agenciar su subsistencia á cuyo fin les proveerán de los auxilios que se puedan.

F. I. Resquin.

Al Capitan Comandante del Destacamento de Yuquity y los señores Gefes de Paraguarí y Caacupé.

Fusilamiento por no madrugar

Campamento en Pikysyry, Noviembre 13 de 1868.

De órden Suprema pásese por las armas al Teniente Manuel Sayas, del batallon Nº 22, por no haber querido levantarse á la diana cuando fué despertado para hacer servicio en el rancho, dió unos cintarazos á dos soldados que estaban cantando al frente de su cuarto en aquella hora, y no obedeció la órden que le ha traido de su comandante del cuerpo, para entregar su espada al oficial de dia, diciendo que despues de verse con el comandante la entregaría.

Francisco I. Resquin.

Campamento en Nandipay, Noviembre 13 de 1868.

Hice ya pasar por las armas al Teniente Manuel Sayas, en cumplimiento de la órden Suprema que V. S. me trasmite.

Manuel Montiel.

Atrocidades

FUSILAMIENTO POR CONVERSAR Y PALOS POR OIR.

¡Viva la República del Paraguay!

Relacion del soldado Cándido Ayala, de la compañía de Granaderos del Batallon número 3, y es como sigue:

El referido soldado anoche estando en la fogata con otros compañeros de su misma compañía, refiriòles los dichos y ofertas que los enemigos les hacian andando en la vanguardia al mando del Sargento Mayor ciudadano Benito Rolon en ocasiones de hallarse de donde se percibian unos y otros: y en una de ellas le dijo, «vengan entre nosotros, echen los ponchos de cuero, aquí pasa-

mos bien, no les ha de faltar nada, y olviden á vuestro Presidente, ese indio viejo barrigon» y en este momento que el Comandante del cuerpo se hallaba inmediato de ellos, les oyó la conversacion: al pronto les reprobó y cortó, diciéndoles, cállense, quien los ha facultado á referir semejantes dichos de esos canallas, y qué tienen que decir, ni tachar á nuestro ilustre Mariscal, siendo el soberano mas bello y gracioso en todo el continente americano, llamando en seguida al soldado y preguntándole con que idea estaba refiriendo aquella conversacion, cuando se dirijia á herir y tachar personalmente á nuestro Señor Presidente, y dijo que referia sin malicia alguna, ignorando que seria reprobable, y al pronto hizo enceparlo en la guardia bandera, donde queda, dando cuenta al Comandante de la Division.

Campamento en San Fernando, Abril 4 de 1868

Julian N. Godoy.

De órden del Exmo. Señor Mariscal Presidente de la República y General en Gefe de su Ejército, pásese por las armas al acusado soldado Cándido Ayala del Batallon núm. 3, y castíguese á cincuenta palos á los individuos de su compañía que estuvieron con él oyendo la conversacion: cometiéndose la ejecucion de esta sentencia al Sargento Mayor Comandante de dicho cuerpo, quien en su cumplimiento hará constar los nombres de los castigados á palos para conocimiento.

Campamento en Tebicuary Abril 4 de 1868.

Francisco I. Resquin.

En cumplimiento de la presente órden suprema, que con el debido respeto he recibido, para hacer pasar por las armas al soldado Cándido Ayala del batallon número 3, por la causa arriba espresada, la hice cumplir hoy mismo con arreglo á ordenanza, haciendo así mismo castigar á cincuenta palos al sargento Faustino Sanabria, los cabos José Figueredo, Blas Gimenez y á los soldados Baltazar Medina, Matilde Pino, Tomás Duarte, Cecilio Maciel y Canuto Galeano, quienes estuvieron oyendo las provocaciones del espresado Ayala, y como el soldado Canuto Galeano fuese castigado por equivocacion del cabo con cuarenta y nueve palos, ordenó le completara los cincuenta, los que cumplidos se me volvió como ofendido, pidiéndome le hiciera castigar mas si todavia faltaba, por cuya soberbia le hice castigar en el acto con veinte y cinco palos mas dejándole encepado.

De todo lo que respetuosamente doi cuenta á V. S.

Campamento en San Fernando, Abril 4 de 1868.

Julian Nicanor Godoy.

Tablas de Sangre de F. S. Lopez

FUSILAMIENTO EN SEIS MESES, PRUEBA DE UNA TIRANIA ATROZ.

Diario de Resquin.

Campamento de San Fernando, 31 de Mayo de 1868.

Por órden superior fueron pasados por las armas en Villa Franca los desertores Domingo Caballero y Juan Lopez, soldados del batallon núm. 13, capturados en los montes de dicha villa, teniendo el primero dos heridas, una debida á él y otra á sus perseguidores.

17 de de Junio. Por órden superior, fué pasado por las armas el brasilero espia enemigo, Juan da Silva, tambien en desercion, el soldado de artilleria de Tibicuary, José Delvalle.

18 de Junio—Falleció el traidor Silvestre Silva de muerte natural. Tambien por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores de la capital Estéban Homen, Vicente Cabrera, Apolinario Diaz, Nicolás Medina, Gregorio Ferreira y Félix Diaz.

22 de Junio—Por órden superior fueron pasados por las armas el desertor por tercera vez Antonio Babadila, del batallon núm. 43. Tambien fueron pasados por las armas por órden superior los reos traidores de la Capital Juan Benitez, Antonio Barbosa, Francisco Pereira, Pio Ayala, Bernardo Pereira, Dionisio Gonzalez y José Devmac.

25 de Junio—Por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores engrillados Soto Diaz, Domingo Talavera, Bartolomé Mayo, Gaspar Morinigo, Miguel Gimenez, Tomas Vasquez, José Maria Quintana y German Egusquiza, todos traidores de la Capital.

28 de Junio—Por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores Vicente Ortigoza, Tomas Pedroso, Eujenio Cáceres, Martin Morales, Tomas Cardoso, Galo Iturbe, José Manuel Otazu y Vicente Lopez, todos traidores de la capital, Falleció de muerte natural en un calabozo el desertor brasilero Pedro Antonio Alves.

1° de Julio—Por órden superior fué pasado por las armas el desertor Victoriano Zaraque, del cuerpo de remeros.

5 de Julio—Falleció de muerte natural en un calabozo el reo traidor Juan Gomez ex-Teniente Coronel. Otro si, el reo traidor Sotero Torres, soldado de caballeria.

6 de Julio—Por órden superior fué pasado por las armas el desertor Eujenio Nuñez, soldado del regimiento núm. 19.

7 de Julio—Falleció de muerte natural el reo engrillado Emilio Loroman, de nacion aleman.

9 de Julio—Falleció de muerte natural el reo engrillado Pablo Becaris, de nacion italiano. Tambien por órden superior

fué pasado por las armas el desertor Basilio Rivarola, del batallon 23.

13 de Julio—Por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores Juan Bautista Lescano, Marcelino Marquez, Salvador Martinez, Zacarias Pereira, José Ignacio Garay, Manuel Cardoso, José Tomás Martinez, Serapio Escobar, Ramon Infran, Juan de la Cruz Vera, Manuel Vieira, el cabo Angel Alderete, Basilio Villalba, Nemesio Benitez, José Luis Votella, Manuel Montero Braga, Francisco Magallanes, Antonio Carlos de Oliveira y Julio Bautista Dacosta.

14 de Julio—Por órden superior fué pasado por las armas el reo traidor, alferez de caballeria, Miguel Gayoso.

15 de Julio—Falleció el reo traidor, Juan Lenze Colomno, inglés. Falleció el reo traidor, Manuel Madruga, portugués. Falleció el reo traidor, Policarpo Garro, paraguayo. Falleció el reo traidor, Trifon Cañete, paraguayo.

16 de Julio—Falleció el reo traidor Buenaventura Cáceres, paraguayo. Fué pasado por las armas el reo traidor Miguel Antonio Eloduy, menor y paraguayo.

17 de Julio—Falleció el reo traidor Manuel Bicinejui, italiano. Falleció el reo traidor José Bedoya, correntino.

18 de Julio—Fué pasado por las armas el reo traidor Tomás Pisarelo. Fué pasado por las armas el reo traidor Gregorio Luibedo.

19 de Julio—Falleció el reo Isidoro Troche, paraguayo. Falleció el reo traidor Domingo Purniez.

20 de Julio—Falleció el reo traidor Miguel Bergues, paraguayo.

21 de Julio—Falleció el reo traidor Agustin Elezdui, español. Falleció el reo traidor Justo Benitez paraguayo.

23 de Julio—Falleció el reo traidor Clemente Velote, paraguayo.

24 de Julio—Falleció el reo traidor Raimundo Ortiz, paraguayo. Falleció el reo traidor Estévan Luisaga, paraguayo. Falleció el reo traidor Agustin Piaggio, italiano.

25 de Julio—Falleció el reo traidor Carlos Orrute. Falleció el reo traidor Ignacio Galarraga, español.

Falleció el reo traidor Escolástico Garesse, paraguayo. Falleció el reo traidor José C. Fernandez, paraguayo.

28 de Julio—Fallecieron los reos traidores, Estévan Idelusis y Antonio Susini, italianos.

29 de Julio—Falleció el reo traidor José Angelo, paraguayo; y por órden superior fueron pasados por las armas, Santiago Oscariz y Manuel Cabral, paraguayos, y Cándido Vasconcellos, portugues.

30 de Julio—Fallecieron los reos traidores, Bernardo Artaza y Fermin Gonzalez, paraguayos.

31 de Julio—Falleció el reo traidor, Francisco Rosas.

4 de Agosto—Fallecieron los reos traidores, Manuel Coelho, portugués, Abdon Molinas, paraguayo, y Pedro Anglade frances.

5 de Agosto—Falleció el reo traidor, Sinforoso Cáceres, correntino.

6 de Agosto—Por órden superior fué pasado por las armas el reo desertor, Eusebio Herrera, argentino, y falleció el reo traidor, Vicente Valle, paraguayo.

7 de Agosto—Falleció el reo traidor Salvador Figueredo, paraguayo.

8 de Agosto—Fallecieron los reos traidores, Luciano Baez, paraguayo, y Juan Fusoni italiano.

9 de Agosto—Fueron pasados por las armas los reos traidores siguientes: Américo Varela, Anjel Silva, Antonio Arana, Antonio Tomé, Antonio Rebandi, Antonio Guaner, Antonio Foboas, Antonio Irala. Arístide Dupirá, Baldomero Ferreira, Benjamin Santerre, Cayetano Barbosa, Eujenio Mateo Agariaz, español, Faustino Martinez, Feliciano Hermosa, Francisco Canteros, Francisco Samaniego, Francisco Solera, Fermin Bararvaz, Gregorio Argüelles, Inocencio Gregorio, Isidoro Arriola, José Caraiza, José Valle, Juan Campen, Juan Fusoni, (este último murió de muerte natural, un momento antes de ser ejecutado) Julian Rodriguez, Julian Aquino, Luis Avila, Martin Candia, Nicolás Cassales, Nicolás Susini, Nicolás Delphino, Pedro Falcon, Pelayo Arcona, Roman Franco, Roman Capdeville, Serapio Pucheta, Venancio Oribe, Vicente Servin y Vicente Galarza.

10 de Agosto—Falleció el reo traidor Juan Padilla, argentino.

14 de Agosto—Fallecieron los reos traidores, Agustin Vieira y Eliseo Galiano, ambos paraguayos.

17 de Agosto—Fallecieron los reos traidores, Pedro Burges, paraguayo, y Coroliano Marquez, arjentino.

18 de Agosto—Falleció el reo traidor, teniente Juan Caballero.

19 de Agosto—Fallecieron los reos traidores, Dámaso Cuevas paraguayo, y Alfredo Levrint, francés.

20 de Agosto—Fallecieron los reos traidores, Florencio Oribe, español, y Benjamin Oribieta, paraguayo.

22 de Agosto—Fueron pasados por las armas los presos traidores, Cipriano Dupra, Andrés Urdapilleta, Cárlos Recla, Julio Carranza, Vicente Varleto, Constantino Borleto, Antonio Oneto, Elisardo Baca, Sebastian Ibarra, Gregorio Vera, Narciso Lascerre, Felipe Millares, Juan Nera, Alejandro Pinto de Souza, Nicolás Jupelini, Federico Anavitarte, Tristan Rosa, Benigno Gutierrez, Raimundo Baraga, Leandro Barrios, Roman Silvero, Honorio Grillo, Mateo Muso, Ignacio Ruiz, Félix Garcia, Félix Arriola, Pastor Gonzalez, Juan Baeco, Juan Bautista Duré, Leopoldo Anglade, Francisco Cardoso, Miguel Lombar-

di, José Mino, Domingo Fernandez, Federico Gariada, Juan Gregorio Valle, Miguel Peñujo, Miguel Espinola, Félix Candia, Joaquin Fernandez, Enrique Fuvo, Lorenzo Craz, Francisco Molina, Juan Andreo, Egydio Ferrero, Desiderio Arias, José Remondini y Pio Pozoli, Total 48.

En la misma fecha fueron pasados por las armas los reos traidores, Francisco Rodriguez Larreta, Narciso Prado, Santiago Mayoza, Ulisis Martinez, Erancisco Laguna, José Garay, Guillermo Stark, Bernardino Ferreyra, I. M. Intigaraba Leandro Sion, Nicolas Fraya, Salvador Echenique, Santiago Deluqui, Pablo Kert, José Rustei, Joaquin Bargas, Celso Correo, Domingo Rosas, Enrique Garcia, Pilar Guaicochea, Pascual Bedoya, Juan Batalla, Juan Perrasi, Gregorio Molinas, Roque Céspedes, Marcelino Gomez, Francisco Vidal, José Rodriguez, Joaquin Romaguera, Pedro Polleti, José Maria Saucedo, Vicente Urdapilleta, Anjel Ugalde, Aurelio Manchuet, Ginés Raustas, Bernardino Cabral, Faustino Rodriguez, presbítero, esceptuándose Nicolás Froyra que murió antes de la ejecucion—Total 37.

23 de Agosto—Falleció el reo traidor, capitan Ramon Boga, y por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: Juan Watts, Natalicio Martinez, Benigno Rosas, Luis Echevarrieta, Teodoro Gauna, Marcos Pernabé, Celestino Cattim, José Sanyur, Vaciliano Lampini, Enrique Fenaus, José Haller, Carlos Triston, Alejandro Galeano, Francisco Sora, Francisco Balbuena, Bartolomé Albertont, Estévan Meza, Anteoxeliano Capdeville, Antonio Lucero, Agustin Piris y Manuel Fernandez, paraguayos estos 3 últimos—Total 23.

24 de Agosto—Falleció el reo traidor D. Jesus Lopez, paisano, fueron pasados por las armas los traidores: Clemente Pereira, Martin Vera, Aniceto Duarte, Casimiro Aquino, Francisco Roman, Pablo Rosas, Miguel Garcia, éstos paraguayos, y Epifanio Palacios, Juan Moreira, Máximo Rodriguez y José Loco, estranjeros—Total 11.

26 de Agosto—Fueron pasados por las armas los reos traidores: Francisco Fernandez, paraguayo, ex-sarjento mayor, capitan Miguel Itaed, teniente Anastacio Vallejos, alferez José Villasante, alferez Dionisio Villalva, urbano, Pablo Gonzalez, urbano, Francisco Frutos, urbano, Alejo Acuña, urbano, Matias Moutril, italiano, Selverino Voie; y los estranjeros Hilario Santana y Antonio Fonseca—Total 10.

Por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: José Maria Bruguez, el ex-coronel Manuel Nuñez, el sarjento mayor Vicente Mora, alferez Rosario Bobadilla, capitan Miguel Rosas, el particular Carlos Riveros, Manuel Céspedes, el ex-presbítero Vicente Bazan, Fidelio Dávila, Juan Morales, Teodoro Vera, alferez Gerónimo Delfin, Juan Madera, Sixto Pereira, Angelo Cacens, Antonio Nin Reyes y Antonio Vasconcellos—Total 10.

Por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: Manuel Trete, Pablo Sarracho, Blas Recalde, Juan Antonio Rodriguez, Francisco Decoud, Valentin Vargas, Prudencio Ayala y Valeriano Ayala—Total 8.

Campamento en Cumbarity, 7 de Setiembre—Fallecieron los reos traidores Francisco Cándia, el teniente José Martinez y urbano Dionisio Figueredo.

5 de Setiembre—Falleció en prision el traidor Narciso Nuñez, ex-juez de Paz en Villeta.

6 de Setiembre—Fallecieron en la prision los reos traidores Anacleto Gonzalez, correntino y José Fen, norte-americano.

9 de Setiembre—Fallecieron el reo traidor y soldado Nicolás Sanabria, paraguayo, y Timoteo Correa brasilero.

10 de Setiembre—Fueron pasados á bayoneta los espias Vicente Amarilla é Inocencio Gonzalez, soldados paraguayos.

11 de Setiembre—Fallecieron los reos traidores Gustavo Aman, aleman, teniente, Patricio Gorostiaga, argentino, y Antonio da Silva, brasilero.

12 de Setiembre—Falleció el reo traidor, alferez Tomás Céspedes, y el urbano Ramon Cándia, paraguayos.

13 de Setiembre—Fallecieron en su prision el teniente coronel Gaspar Campos, prisionero, y el traidor Gabriel Coria, argentino.

Lista de los presos muertos en tránsito de San Fernando á Cumbarity, desde el 27 del pasado Agosto hasta el 3 del corriente.

Juan Pastore, Pedro Lalena, Antonio Charman, estrajeros; el traidor Jorge Kes, suizo; Manuel Antonio do Espiritu Santo, el traidor Isidoro Martinez, mejicano; José Cayetano Beurro, Carlos Bono, Jorje Daly, Antonio José de Mora, Pedro Lagarde, Andrés Gonzalez, Eleuterio Eneiro, Manuel Peña, José Vicente Jestono, José Maria Castro, Andrés Ibañez, traidor boliviano; Eustaquio Uriarte, Manuel Riveras, Juan Almoya, Roberto Casimiro, Eleuterio Benitez, Raimundo Aquino, Manuel Berges, Miguel Silva y el alferez José Gavila—Total 28.

14 de Setiembre—El teniente Alejo Ibero fué pasado á bayoneta, y fallecieron los reos traidores Marischavel español, y Carlos Moreno, argentino. Púsose en libertad al coronel Bernardino Deniz. Con fecha 4 del corriente se sacaron de la prision pasados del enemigo, los prisioneros de guerra y presos por otras causas para trabajo de trincheras, en número total de 190.

15 de Setiembre—Fallecieron los reos traidores Jacinto Duarte, paraguayo, Baltazar de las Carreras, Oriental.

18 de Setiembre—Fallecieron los reos traidores Aguntin Trigo, Sebastian Zusfron, Eufemio Mendez, Antonio Ortiz, todos paraguayos, Wenceslao José Maria, brasilero.

18 de Setiembre—Falleció el traidor Justo Cáceres, paraguayo. Para trabajos de trinchera fueron pasados los siguientes reos: Simon da Silva, Antonio Luis Morales, Inocencio Monteiros de Mendoça, José da Silva, José da Costa Leite, José Justiniano, Indalecio de Souza, Manuel dos Santos, Manuel Antonio da Silva, Manuel Carneiro, brasileros todos estos diez, y Ramon Lescano; Antonio Sanchez, argentinos—total 13.

20 de Setiembre—Fallecieron el reo traidor paraguayo Mauricio Gonzalez en su prision, y el desertor brasilero Juan Suarez de Araujo.

21 de Setiembre—Fallecieron en la prision, los traidores Fulgencio Gonzalez y Antonio Quintana, paraguayos, Justino Lescano, argentino, y Antonio da Silva, brasilero.

21 de Setiembre—Fallecieron los reos traidores Francisco Pintos y José Vega, paraguayos.

Campamento en Pikysyry, Setiembre 23 de 1868.

Por órden superior fueron pasados por las armas el soldado desertor José Segovia del 3er. Rejimiento de artilleria, capturado en el distrito de Itá. El sarjento de policia Luciano Recidias recibió treinta pesos de prémio por el celo de capturar al desertor José Segovia del 3er. rejimiento de artilleria, gratificacion que se dignó conceder el Exmo. Mariscal Presidente de la República y General en Gefe de sus ejércitos—*Francisco I. Resquin*— Es cópia.

22 de Setiembre—Falleció el reo traidor Sebastian Salduondo, paraguayo.

24 de Setiembre—Fallecieron los reos traidores paraguayos, Ramon Mareco, pasado á bayoneta, gefe del Tayty, José Lino Torres, particular, Dolores Caballero; brasilero, José Veiga. Por órden superior fué puesto en libertad el reo Lázaro Gonçalves de Yaguaron.

25 de Setiembre—Fallecieron en la prision los reos traidores Juan Rodriguez, brasilero, Pedro Merolles; italiano.

26 de Setiembre—Falleció el reo traidor Joaquin Patiño, paraguayo, Antonio de Souza, brasilero, desertor de Yaguaron, fué pasado á bayoneta.

27 de Setiembre—Falleció en la prision el reo José H. Varella, italiano. Pasaron á la trinchera para trabajar los prisioneros de Iberyby, soldados; Deodato José dos Santos, Manuel Isidoro da Silva, y Pedro Reginaldo, brasileros. Falleció el reo traidor, Facundo Salduondo, paraguayo. Por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: ex-mayor Matias Sanabria, paraguayo; ex-capitan Ignacio Garay, id., ex-teniente Elias Ortellado, id. id., Francisco Souza, id., ex-presbitero Martin Serapio Servin, id., id Juan Evangelista Barrios, id., ex-sargento Dolores Bera, id., Bernardo Ortellado, id., Gumesindo Benitez, id., Manuel Leandro Colunga, id., Za-

carias Rodriguez, id., Vicente Dentella, id., Segundo Colunga, id., Isaac Alvarez, id., Francisco Ozeda, id., Juliano Jacques, id., Matias Ferreira, id., Francisco Zelada, id., Daniel Valiente, id., José Mariano Servin, id., Miguel Ramirez, id., Jorje Centurion, id., José Franco, id., Antonio de las Carreras, oriental, Francisco Xavier de Mattos, brasilero, Juan Fernandez Contadonia, id., José Gomez Maciel, id., Francisco Eleuterio de Souza, id., Juan Beitiano, italiano, Francisco Inyernise, id., Juan Viscaba, id., Julio Beca, id., Vicente Reina, español, Francisco Vilas, id., José Maria Vilas, id., Enrique Reina, Ventura Gutierrez, argentino, José Cateura, id., Calisto Lescano, id., Juan de la Cruz Lopez, id., Crisóstomo Carrano, id., Leonardo Ruz, francés, Miguel Alderry, id., José Pelifer, id., Octavio Julgra, aleman, Francisco Ordano, ruso, Isidoro Cordina, español—Total 47.

28 de Setiembre—Pasaron de la prision para el trabajo de la trinchera los reos: Nicolás Lopez, correntino, Simon Ballejos, id., Luis Bernardo Mure, italiano, José Maria Gomez, argentino, Santiago Romero id., Justo Faria id., Celestino Nanua, español, Celestino Leite de Oliveira, brasilero, Francisco Joaquin, id., Ludovico Barroso, id.—Total 10.

Por órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores: Máximo Falcon, paraguayo, Pablo Colman, id., Cecilio Ballejos, correntino—Total 3.

Por órden superior fueron puestos en libertad los reos siguientes: presbítero Facundo Gill, paraguayo, presbítero Mariano Aguiar, id., sargento Buenaventura Borden, id.—Total 3.

29 de Setiembre—Falleció en la prision el soldado Manuel Gonçalvez, brasilero.

30 de Setiembre—Falleció en la prision el reo traidor Tomás Gill, paraguayo.

1.° de Octubre—Falleció en la prison el reo traidor sargento Rivas, paraguayo.

2 de Octubre—Falleció el reo traidor Andrés Garcia, paraguayo.

3 de Octubre—Falleció el reo traidor Vicente Robrero, argentino.

4 de Octubre—De órden superior fué puesto en libertad el prisionero de guerra tomado en Surubyby, capitan Joaquin Gomez Peso, brasilero. Falleció el reo traidor ex-alferez Antonio Santa Cruz, paraguayo.

6 de Octubre—De órden superior fueron puestos en libertad los prisioneros sargento mayor Maximiliano Barsen, aleman; teniente Gerónimo de Amorim Valporto, brasilero. Falleció el reo traidor Marcelino Sanchez, paraguayo.

7 de Octubre—Falleció el reo prisionero alferez Severo Gonzalez, argentino. Falleció el reo traidor francés Juan Cárlos Leuzensi.

8 de Octubre—Falleció el reo traidor ex-alférez Manuel Baez, paraguayo. Falleció el reo prisionero, brasilero, José Suarez.

11 de Octubre—Falleció el reo traidor José Riveros; paraguayo.

12 de Octubre—Falleció el reo traidor Vicente Quadra, italiano.

19 de Octubre—De órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores que desertaron la guarda bandera del batallon número 9, soldado Luis Alcaráz del regimiento número 3 y Ramon Paredes.

19 y 20 de Octubre—Falleció el reo traidor soldado José Palacios, paraguayo.

21 de Octubre—Falleció en la prison el reo traidor brasilero Fernando José Moreira.

25 de Octubre—Falleció en la prison el reo traidor brasilero, Ricardo Costa Leite.

28 de Octubre—Falleció el reo traidor, brasilero Thomé da Costa.

29 de Octubre—Falleció el reo traidor brasilero, Juan Moraes Bueno.

5 de Noviembre—Falleció el reo traidor paraguayo, Miguel Patiño.

7 de Noviembre—Falleció el reo traidor paraguayo, Benito Alvarez.

8 de Noviembre—Fallecieron en la prison los reos traidores brasilero, José Manuel de Campo, argentino, Cipriano Gonzalez, paraguayo, José Maria Franco.

9 de Noviembre—Falleció de peste en el hospital, el reo traidor paraguayo, Valentin Fernandez. Falleció de peste en el hospital el reo traidor paraguayo, De la Cruz Cañete. Falleció el reo traidor paraguayo, Sinforiano Martinez.

10 de Noviembre—Falleció de peste en el hospital el reo traidor paraguayo, Buenaventura Blasque, ex-juez de Paz de Carapeguá. Falleció en la prision la rea traidora María de Jesus Egusquiza, paraguaya.

Lista de los reos muertos en la trinchera: paraguayos, Mariano Lopez, Francisco Sanchez, Alejo Benitez, Sebastian Ferreira y Buenaventura Soria.

Argentinos: Santiago Romero, Cornelio Salazar, Luis Soto, Aniceto Corche, José Perez, Simon Romero, Roque Mansilla, Manuel Sanchez, Angel Agüero, Cipriano Alonso, Basilio Canoma, Marcelo Herrera, José Torres, Lázaro Iarini, Santiago Avila, Andrés Atuno, Primitivo Sosa, José Montero, Manuel Alvarez, Isidoro Agüero, Lino Tarela, Nicolás Vera, Antonio Sanchez, Badurlello Artaza, Francisco Argüello, Inocencio Mendoza, Savino Pari, Ramon Mansilla, Martin Acebo, Ramon Perez, Celedonio Fernandez, Estevan Guanez, Maria Gomez, Juan Larrea—34.

Brasileros: José Costa, Antonio Francisco Simon de Santos, José Tertuliano, Manuel Souza, Jòaquin Soares, José Lucas, Vicente Correa, Lázaro Gonçalves, Joaquin de Souza, Emilio Alves, Francisco Puede, Vicente Fernandez, José do Nascimiento, Basilio Dinis, José Lautela, Manuel de Santos, Manuel Antonio Felipe da Silva, José Justiniano—20.

Italiano, Juan Canclo—1.

Total 60.

11 de Noviembre—Fueron pasados por las armas los reos: capitan Andrés Maciel, paraguayo traidor; tenientes Francisco Ortellado é Ignacio Oseda, id. id., presbíteros Talavera, Antonio Baldovinos y Juan Arza, id, id., soldados Bernabé Sanchez, Donato Lescano, Aniceto Joare, Francisco Sanchez, Sebastian Alonzo, id, id., urbanos Francisco Sanchez, Victoriano Cabrisa, Ignacio Vera, Basilio Pereira, Gaspar Lopez, Eleuterio Barbosa, Luciano Decoud, Simon Céspedes, id. id., coronel Telmo Lopez, santafecino traidor. Particulares Malaquias de Oliveira, Francisco Salazar de Oliveira, Juan A. Deante, brasileros; José Meira Cáceres, correntino; Cárlos Ulrich, Leon de Delme, Pedro Nolasco Conde, correntino; coronel Ulpiano Lotero, correntino prisionero; tenientes Joaquin da Silva Gusmao, brasilero; José Romero, argentino prisionero; alférez Paulino Baez, correntino, id.; sargento Francisco Barreira, brasilero, id.; cabos Francisco José de Olivera, José Francisco de Amorin, id. id, soldados José Barroso, Manuel A. dos Santos, Antonio Manuel Rodriguez, Antonio José da Silva, id.; pasados, José Porciam, Francisco Tavares, (espia,) Martin Machado, brasileros; Raimundo Ruiz, enterriano prisionero, Ireneo Alvariza, oriental id., Honorio Cambá, francés, José Espiritu Santo Rodriguez, Seraphin Gomez de Moura, José Ferreira Brandao, Joaquin Gonçalves y José Tomás da Costa, brasileros prisioneros—Total 49.

12 de Noviembre—Falleció en prison el reo traidor ex-presbítero, Antonio Corvalan. Fallecieron en prision los reos paraguayos Cándido Centurion, paraguayo traidor, B. Ventura Maria de Mattos,, brasilero pasado. Fallecieron de peste en el hospital los reos traidores; ex-presbítero Santiago Narvaez, paraguayo, paisano Pedro Barrios, id. soldado Francisco Encina id.

13 de Noviembre—Falleció de peste en el hospital el prisionero de guerra capitan Antonio Falcon, argentino. Falleció en prison el prisionero teniente Mauricio Soto, argentino.

14 de Noviembre—Falleció en prision el desertor del enemigo; soldado José Pereira Campos, brasilero.

15 de Noviembre—Falleció de peste en el hospital el brasilero desertor, soldado Raimundo Coello. De órden suprema, datada el 12, fué pasado por las armas el reo ex-alférez Ezequiel Duré, del batallon número 18.

17 de Noviembre—De órden superior dióse de alta, pasando á la capital el reo traidor Gustavo Bayon de Libertad, francés.

21 de Noviembre—De órden superior fueron pasados por las armas los reos traidores, espias del enemigo, soldados Juan Gonzalez, de Carapeguá y Basilio Escobar. Falleció en prision el traidor particular Simon Condes.

22 de Noviembre—Falleció en prison el reo traidor Saturnino Tavares de Silva, brasilero.

23 de Noviembre—Falleció en prision el reo traidor paisano Juan Cabrisa, paraguayo. Falleció el prisionero de guerra Joaquin Manuel Conceiçao, brasilero.

29 de Noviembre—Falleció en la prision el reo traidor Saturnino, ex-teniente de caballeria, Eduardo Barrios.

1.° de Diciembre—Falleció el prisionero, soldado Francisco Juan da Silva, brasilero. Falleció el reo traidor Vicente Gomez, paraguayo.

10 de Diciembre—Entregáronse presos para ser conducidos al esterior, los traidores Peter Cornelio Bliss, norte-americano, y George F. Masterman, inglés.

11 de Diciembre—Reos puestos en libertad: coronel Venancio Lopez y presbítero Eujenio Bogado, agregado al estado mayor.

14 de Diciembre—Fué lanceado el traidor teniente Simplicio Linche.

Total de víctimas—605.

RESÚMEN estraido de los comprobantes del cuadro de registro de órdenes paraguayas, encontrado en el campamento de Cumbarity.

	Paraguayos	Brasileros	Argentinos	Orientales	Italianos	Españoles	Portugueses	Ingleses	Franceses	Norte-americanos	Mejicanos	Bolivianos	Suizos	Rusos	Alemanes	Estranjeros	Sin designacion	TOTAL
Pasados por las armas...	289	50	48	2	2	6	1	....	6	....	....	....	....	1	1	26	....	432
» á bayoneta.......	4	1	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	5
Lanceados.............	1	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	1
Fallecidos en la prision en el tránsito de San Fernando...............	103	20	14	1	9	5	2	1	3	1	1	1	1	....	2	3	....	167
Sacados de la prision para el trabajo de las trincheras................	....	16	8	....	1	1	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	190	216
Entregados presos Bliss y Masterman...........	....	....	....	....	....	....	....	1	....	1	....	....	....	....	....	....	....	2
Tuvo alta para la capital..	....	....	....	....	....	....	....	....	1	....	....	....	....	....	....	....	....	1
Puestos en libertad.......	6	3	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	....	1	....	....	10
	403	90	70	3	12	12	3	2	10	2	1	1	1	1	4	29	190	834

Esposicion del Sr. D. Juan de D. Valdovino

En diez y seis del mismo mes y año, compareció D. Juan de Dios Valdovino, el que fué citado en virtud de haber pertenecido al ejército paraguayo, en cuyas filas se halló hasta el 25 de Diciembre de mil ochocientos sesenta y ocho, y preguntado el tenor del interrogatorio de fojas una, y recomendado diga y declare cuanto sepa, no solo respecto á los tres puntos que encierra dicho interrogatorio sino tambien lo que no constando de él sepa, dijo:

Respondiendo al primer punto del interrogatorio, que los individuos de tropa prisioneros eran obligados durante el dia á trabajos de pala y azada, teniendo solamente para descanso una hora indeterminada del dia, en la que se les repartia un pedazo de carne mas ó menos como de una libra, la que cada uno la cocia ó asaba sin sal, y era el alimento único que se les daba durante las veinticuatro horas; que á veces muchos de ellos imposibilitados por la debilidad no podian soportar las fatigas, pero entonces eran obligados á continuar en el trabajo, apaleándolos en la espalda con varas flexibles de enredadera, gruesas mas ó menos, como de una pulgada de diámetro, habiendo llegado el caso de que algunos hayan quedado desmayados en este castigo: que este trabajo cesaba á la oracion, en cuya hora se les ponia en cepos de lazo de ambas piernas generalmente á la intemperie, que la mayor parte de la linea de Pikysyry fué trabajada por ellos.

Que sabe respecto á los Oficiales, que recibian doble porcion de carne que la tropa, sin sal tambien, y que permanecian presos bajo guardia constantemente; que ignora pormenores respecto á ellos, porque en su clase de Sargento primero de Artilleria, se veia en la necesidad de estar siempre en la linea. Que sabe tambien que en el Paso-Pucú quizo evadirse un Capitan prisionero del 3 de Noviembre, cuyo nombre ignora, y el que fué tomado en la Division Curupaity. Que despues de tomadas algunas indagatorias, con escepcion del Capitan, fueron azotados la mayor parte de los que decian estar en combinacion con él á fin de que declarasen de que realmente lo estaban, siendo fusilados en seguida en número de diez y siete, incluso el Capitan, por un piquete del batallon de muchachos núm. 52, á las órdenes del Comandante Marcó, á razon de tres tiradores por cada uno de los 17, habiéndose hecho esta ejecucion en una sola descarga, y de los que de ella no murieron, como era consiguiente, por ser sumamente reclutas y pequeñas aquellas criaturas, fueron ultimados á balloneta, resultando que para adiestrar á esos niños en aquel ejercicio, jugasen con los cuerpos de los desdichados prisioneros.

Contestando al segundo punto, dijo: Que no ha presenciado castigo ni ejecucion de mujeres, que solo ha visto entre los cadáveres de los que se fusilaron el veintiuno, uno de mujer, tambien fusilada; pero que por paraguayos á quienes dá crédito

sabe que ha habido estas ejecuciones. Asi mismo saben por reclutas que llegaban al ejército, que en toda la campaña se dejaba una mujer por cada cinco, para que esta trabajase para la familia llevándose las demás á las chacras donde trabajaban para el ejército: que cada 50 mujeres mas ó menos se les ponia un sargento que debia ser muy viejo ó inválido, el cual desempeñaba las funciones de primer capataz, nombrándose tambien una mujer para cada diez ó doce, responsable del trabajo que se les encomendaba, segun la gravedad de la falta en que algunas de ellas incurriesen, eran castigadas con la pena de diez y seis á cincuenta azotes.

Al tercer punto, contestó: Que respecto á fusilamiento de estranjeros, sabe los de Carreras, Telmo Lopez, Nin Reyes, Ignacio Galarraga, Miguel Elorduy y sus sobrinos Uribe, Susini y otros comerciantes de la Asuncion, cuyos nombres no tiene presente, pero que aseguran pasan de cincuenta, incluyendo entre estos los que han muerto en tormento, como *cepo Uruguayana* ó azotados con lazos, en *cuatro estacas*, desde la nuca hasta la nalga, en cuyo tormento, murió el ciudadano argentino Desiderio Arias, á quien se le castigó de este modo repetidas veces, para que declarase que tenia relaciones y estaba complicado con los que se pretendia que fraguaban una revolucion: que de este modo se conseguia, que muchos para no sufrir este martirio dijesen que era cierto lo que se le preguntaba y entonces se les pasaba por las armas.

Que respecto á la confiscacion de intereses, no ha visto, pero sabe que habia una comision, la que despues de aprenderlos, engrillarlos y hacerlos conducir á los calabozos de los cuarteles, penetraba en su casa, tomaba el dinero que en ella habia, y despues de registrar la correspondencia y documentos que en ella hubiesen, sellaba las puertas, llevándose préviamente los documentos que tüvieran importancia: que el temor de hacerse sospechoso en el ejército, le ha impedido averiguar quienes componian esa comision.

Que concluida esta operacion, los embarcaban y conducian á San Fernando, donde eran desembarcados y conducidos al campamento cuya distancia al punto de desembarque era una legua y que debia hacerse este trayecto á pié y engrillados, ha habido algunos á quienes el anillo del grillo les ha gastado la piel y la carne hasta verse limpio el hueso, que como es consiguiente esta herida les impedia caminar, pero entonces se les obligaba á hacerlo, dándoles de palos con el sable, hasta el estremo de haberles hecho vomitar sangre á algunos: que debe tenerse presente que el grillo no pesaría menos de una arroba: que es todo cuanto por ahora tiene presente y tiene que declarar y que en prueba de ser verdad, empeña su palabra de honor, y suscribe esta declaracion, ante mi el Capitan del Puerto.

Fancisco Fernandez.

Juan de Dios Valdovino.

Esposicion del Sr. D. Bartolomé Quintanilla

En el mismo dia, mes y año, compareció D. Bartolomé Quintanilla, quien enterado del interrogatorio, fojas una, dice: Que estando preso en San Eernando, en cepo de lazo, ha visto poner en el tormento del cepo colombiano al Teniente coronel D. Gaspar Campos y á un Capitan llamado Falcon, para obligarlos á estos á declarar el estado en que se encontraba el ejército aliado, y que ambos murieron de resultas de este tormento, y del mal tratamiento que se les daba continuamente; que los Tenientes Murillo é Iberos, tambien prisioneros, fueron fusilados á su presencia en Loma Valentina, y que la mayor parte de los demás Oficiales subalternos sucumbieron en el cepo de lazo: que los individuos de tropa sufrian diariamente castigos de sus capataces y por la noche dormian como todos en el cepo. Que le consta que en el trayecto hecho de San Fernando á Loma Valentina, fueron bayoneteados todos aquellos que por el cansancio se veian en la imposibilidad de continuar la marcha; que le consta igualmente que en la mina de fierro que se halla situada en el departamento de Ibicuy, se encontraban de 400 á 500 prisioneros de los aliados, sin saber el fin que estos hayan tenido; que presenció tambien el fusilamiento del Teniente Romero y Sarjento Barrera, ambos prisioneros del 18 de Julio y muertos el dia 14 de Setiembre.

Contestando á la segunda pregunta del interrogatorio, dijo: Que doña Juliana Isfran de Martinez, prima hermana de Lopez y esposa del coronel Martinez, señora que gozaba de la estimacion jeneral de todos los arjentinos y estranjeros, por su carácter afable y bondadoso, fué atormentada bárbaramente en el cepo colombiano, y azotada; órdenes que recibió é hizo ejecutar el Capitan Goiburú, todo por no haber querido maldecir y renegar de su esposo.

Cónstale igualmente al declarante que el dia veintiuno de Diciembre, fueron fusiladas las siguientes:

Dª Josefa Isfran de Martinez.
« Dolores Recalde.
« Mercedes Egusquiza.

Que doña Jesus Egusquiza, murió de miseria en su prision.

Sobre el tercer punto del interrogatorio, dijo: Que sobre los fusilamientos de estranjeros y confiscacion de sus bienes, sabe los siguientes:

Cónsul oriental, Antonio Nin Reyes; Dr. id., Antonio Carreras; id. Francisco Rodriguez; id. Federico Anabitarte; arjentino, Enrique García; aleman, Emilio Neumad; arjentino, Desiderio Arias; id., Reinaldo Barrasa; español, Ignacio Ruiz; id., Salvador Echenique; id., Anjel Silva; arjentino, N. Palacios; español, Ignacio Galarraga; id., Inocencio Gregorio; sarjento mayor arjentino, Ulises Martinez, (con 2 ayudantes);

oriental, Anjel Ugalde; español, Francisco Sotero; oriental, N. Caravia; italiano, Ejido Ferrera; portugués, Américo Varela; italiano, Paulino Vacari; id., Nicolás Troya; coronel arjentino, Telmo Lopez; id. oriental, Francisco Laguna; sarjento mayor arjentino, Julio Carranza; italiano, Antonio Susini; id., Nicolás Susini; id., Antonio Reboadi; inglés, Guillermo Estek; italiano, Agustin Piaggio; aleman, Federico Vilgraf; español, Martin Madrenas; arjentino, Aurelio Capdevila y hermano; español, Cárlos Urutia; italiano, Constantino Barlety; id. Vicente Barlety; español, Miguel Elorduy (con 6 sobrinos); italiano, Fidanza; arjentino, Sinforoso Cáceres; id. Anjel Cáceres; español, Francisco Vidal; id. Juan Andreu; id. Eujenio Mateu; arjentino, Ventura Gutierrez; teniente id., Maurico G. Soto (murió en el cepo); italiano, Pio Pozoly; arjentino, José Cateura; doctores bolivianos, Roca, Baca; boliviano, Guiteres; portugués, Manuel Madruga; id., José M. Madruga Leite; id., Antonio Vasconcellos, id., Cándido; francés, Juan Andrade é hijo; italiano, N. Barriso; id., Nicolás Tubo; español, Pelayo Ascona; id., Isidro Martinez; cónsul arjentino, Cayetano Virasoro; id., id. José Latero; arjentino, Lorenzo Grass; español, Victoriano Faguas; francés, José Jelisber; id., Narciso Laserre; id., Juan Duprat; italiano, N. Paitori; francés, Sr. Remy, ambos fueron lanceados en el camino por no poder continuar la marcha; aleman, Cárlos Olrido; español, Enrique Reina; inglés, Juan Waro; aleman, Francisco Sales de Olivera; portugués, Francisco Eleuterio Sosa; brasilero, el Presidente para Matto-Grosso, Carneiro Campos y su E. M. de cinco oficiales, que murieron de miseria en la prision.

De los paraguayos fusilados y sus bienes confiscados, sabe de los siguientes, todos hombres respetables por su posicion social en el pais.

Martin Candia; Gregorio del Valle; Francisco Molina; Esteban Luisaga; Antonio Guanes; Manuel del Valle; Ramon Franco; Abdon Molina; Felipe Millers; Pablo Gonzalez, colector; Saturnino Bedoya, tesorero; Federico Gaziaga; Sebastian Ibarra, oficial 1° del Ministerio de Gobierno; Benjamin Urbierta, juez de paz; Leonardo Zion; Pascual Bedoya; N. Gomez, teniente coronel; Bernardo Ortellano, juez civil; Elias Ortellano, teniente 1°; José Quintana; Miguel Garcia; Luciano Baez; Nicolás Candia; Juan Gavilan; Vicente del Valle; José M. Estigarraga; N. Brujnes, brigadier jeneral; Manuel Benitez; Gumesindo Benitez, ministro de relaciones esteriores; Miguel Haedo, capitan; Francisco Fernandez, ministro de guerra y marina; José de la Cruz Fernandez, sarjento mayor; Manuel Aquino; José V. Urdapilleta; Andrés Urdapilleta; Raimundo Ortiz; Santiago Oscaris; Escolástico Garcete; Juan Gonzalez; Dolores Isfran; Vicente

Barrios, brigadier jeneral; Pedro Barrios; Benigno Lopez, hermano del Presidente Lopez; Gaspar Lopez; José Berjes, escelentísimo ministro; Fermin Barraras; N. Sanabria, sarjento mayor; Francisco Palacios, obispo de Mallo; N. Corvalan, canónigo; N. Bogado, id.; N. Barrios, id.; N. Patiños, presbítero; Joaquin Talavera, id.; N. Arce, id.; Miguel Berjes; N. Alen, coronel; Policarpo Garro; el mayor Palacios y el capitan D. Adolfo Saguier; y grupos de 10, 15 y 20 personas de la campaña, cuyos nombres ignora, pero que pasan de 200.

Preguntado: Cómo se hallaba preso en el campamento de San Fernando y las causas porqué lo fué; dijo: que residiendo en el departamento de la Capilla de Pyrybebuy, á consecuencia de la órden que recibieron para abandonar la capital, el dia veinte y dos de Julio de mil ochocientos sesenta y ocho, el jefe de urbanos del punto de su residencia, D. N. Nogueras, le intimó la órden de prision, haciéndolo conducir hasta Luque, custodiado por dos individuos de tropa, que lo entregaron al Jefe de Policía, Mayor D. Mateo Sanabria, quien en el acto ordenó al ayudante D. Manuel Solalindiez, que le hiciera remachar una barra de grillos, lo que fué ejecutado en el acto, conduciéndolo en seguida á un rancho de paja, donde se hallaban presos y engrillados tambien, los siguientes comerciantes:

Enrique Garcia, arjentino.
Gustavo Admam, aleman.
Juan Ward, inglés.
Segundo Bella, italiano.

Y un correntino cuyo nombre no recuerda, ni figura en la lista de esta declaracion, pero que fué tambien fusilado en San Fernando; que en ese mismo dia fueron conducidos á esa prision:

Juan Alvarez, arjentino.
Antonio Vasconcellos, Vice-Cónsul portugués.
Anjel Cáceres, arjentino.
Miguel Lombardi, italiano.
Constantino Barleta, id.

Y además, otros italianos cuyos nombres no sabe: que de allí fueron conducidos en un wagon hasta la Asuncion, donde fueron embarcados en el vapor «Ipora,» con la viuda y dos hijas de D. Jaime Folladosa, español: que el viaje duró dos dias y medio, en los que solo tomaron agua por todo alimento: que llegados al puerto desembarcaron al amanecer y emprendieron la marcha hasta el campamento, á donde llegaron á las cuatro de la tarde, poco mas ó menos, siendo mortificados en esta marcha, ya á culatazos ó á palos, aun aquellos mismos que por haberse llagado las piernas con los grillos, no podian caminar; que la familia que acaba de

nombrar, fué conducida en una carreta, y que mas tarde la mandaron al interior, sin saber el declarante adonde, ni lo que haya sido de ella.

Que la causa de esta prision, fué la supuesta revolucion que se decia fraguaban los estranjeros residentes en el Paraguay.

Con esto se dió por terminada la presente declaracion y empeñando su palabra de honor en fé de ser verdad lo espuesto, la firmó con el Capitan del Puerto.

Francisco Fernandez.

Bernabé Quintanilla.

Esposicion del Sr. D. Matias Goiburú

CAPITAN DEL EJÉRCITO DE LOPEZ

En el campamento general del Ejército Argentino, en Trinidad, á los doce dias del mes de Febrero, de mil ochocientos sesenta y nueve, habiendo dispuesto S. E. el Sr. General en Gefe, que por su Secretaría, se tomen algunas declaraciones al tenor de la nota que encabeza este espediente, hice comparecer á mi presencia á D. Matias Goyburú, á quien prévio juramento, interrogué de la manera siguiente:

Preguntando: Por su patria y empleo, dijo—que es paraguayo, que ha sido Capitan del Ejército de Lopez, y que actualmente es Ayudante de este Cuartel General.

Preguntado: Cuando y como dejó el servicio de Lopez, dijo—que dejó el Ejército de Lopez el 27 de Diciembre, y que lo hizo voluntariamente, valiéndose de la confusion del combate que se habia iniciado ya.

Preguntado: Sobre el trato que recibian de Lopez los prisioneros de guerra, y que diga y declare sobre el particular cuanto sepa, individualizando si fuese posible algunos hechos, dijo—que sobre la pregunta que se le hace, puede contestar con conocimiento de causa; pero que tiene que partir del tres de Noviembre de mil ochocientos sesenta y siete, por ignorar lo que anteriormente á esta fecha sucedia, no queriendo decir esto, que de pública voz y fama no supiese que los prisioneros eran ya tratados con crueldad. Que ahora, contestando á lo que se le pregunta, dice: que el trato que recibian los prisioneros, salvo muy contadas escepciones, era cruel y sangrientamente bárbaro y que es necesario haber presenciado lo mucho que aquellos infelices sufrian para creerlo. Q e en el combate del 3 de No-

viembre en Tuyutí, se tomaron de doscientos á trescientos prisioneros, de los cuales fueron estaqueados y azotados á lazo doblado mas de cien y fusilados cuarenta y cinco. Que se pretestó para consumar esta crueldad, un levantamiento en el campo, en consecuencia con el Vizconde de Porto Alegre, y que el individuo que no declaraba lo que se le exijia por su Fiscal, era irremediablemente estaqueado y azotado hasta que se les arrancaba la confesion que se deseaba. Que el principio de esto consistió en haberse fugado uno de los prisioneros—un negro brasilero—el cual fué tomado al salir de la trinchera, quien interrogado, apremiado y martirizado, dijo que iba en busca de alimento, pues se estaba muriendo de hambre. Despues de nuevos y horribles castigos, declaró que se iba con el fin de propiciarse el Vizconde de Porto Alegre, para que protejiese un movimiento que iba á estallar entre sus compañeros, siendo el objeto de esto forzar la guardia que los custodiaba, tomar sus armas y despues de matar cuantos pudiesen, tomar hácia el campamento brasilero, en cuyo trànsito debian ser protejidos por el referido Vizconde. Que sabe esto por haber estado el mismo declarante encargado de la custodia de estos desgraciados, y que mas de una vez con harto dolor de su corazon tuvo que presenciar y aun ordenar castigos que la humanidad y la civilizacion reprueban. Que de esos mismos prisioneros murieron muchos despues, unos de miseria, otros por efecto de los castigos que sufrian, y varios fusilados en distintas ocasiones. Que el declarante cree que la suerte de los primeros ha sido mejor que la de los últimos, porque al fin dieron su vida al tirano sin pasar por los horrendos martirios de que despues fueron víctimas sus compañeros de infortunio. Que Lopez habia establecido una responsabilidad tan bárbaramente arbitraria, que el delito que uno cometia era purgado por sus demás compañeros. Que en la época de que viene hablando, los Gefes y Oficiales prisioneros gozaban de una relativa libertad, y que á consecuencia de haberse huido un Capitan brasilero, de apellido Correa, que fué aprendido al dia siguiente de su desaparicion, todos los Gefes y Oficiales fueron puestos en rigurosa prision, con sendas barras de grillos y á media racion de tropa, y que á vueltas de tanto padecimiento tres de estos desgraciados murieron de miseria, y sobre todo, de hambre.

Preguntado: Diga y declare cuanto sepa sobre el tratamiento que los prisioneros de guerra recibieron despues de la época citada; si ha conocido al Teniente Coronel D. Gaspar Campos y á algunos otros gefes y oficiales, y que esprese cual ha sido el fin que ha tenido, con lo demás que sepa y diga relacion con esta pregunta, dijo: Que el trato recibido por los prisioneros en las épocas posteriores á la que queda mencionada, ha ido haciéndose mas cruel y bárbaro, y que á medida que la posicion de Lopez se iba haciendo difícil, hacia multiplicar los castigos y disminuia el alimento á los prisioneros y los cargaba de prisiones. Que desde

que Lopez abandonó Humaitá, los oficiales que custodiaban los prisioneros tenian órden de fusilar á todo aquel que se cansase durante las marchas, y que le constaba que en las marchas hechas desde San Fernando hasta Lomas, fueron fusilados ó lanceados varios que tuvieron la desgracia de no poder dar un paso, agobiados por la miseria, por los padecimientos y por las enfermedades. Que en los últimos tiempos, todo el que se pasaba ó tomaba prisionero, fuese Gefe, Oficial ó individuo de tropa, era azotado hasta que no declaraba lo que se pretendia que declarase, y que varios han muerto por efecto de los castigos sufridos, habiendo sido otros fusilados despues. Que ha conocido al Teniente Coronel D. Gaspar Campos y que sabe que ha llegado á Villeta; pero que, cuando lo vió, estaba ya muy estenuado, y que ha oido decir que ha muerto de miseria en los últimos tiempos. Que sabe que el Teniente Morillo de la Artilleria Argentina, fué lanceado, y que varios otros fueron tambien sacrificados, ignorando los nombres y circunstancias de su muerte.

Preguntado: Sobre los fusilamientos ordenados por Lopez, individualizando causas, nombres y circunstancias de nacionalidad y sexos, dijo: Que sabe y le consta que Miguel Elorduy, Florencio Uribe, José Elorduy, Bernardo Artaza, Miguel Elorduy (sobrino), Lucio Echavarrioste, Ignacio Galarraga, Francisco Lotera, Martin Madrenas, Eujenio M. Aguirre, Francisco Vidal y su yerno, Enrique Reina, Pelayo Azcona é Isidro Martinez, lo mismo que Inocencio Gregorio, todos españoles, murieron en el campamento de Lopez, la mayor parte de ellos á consecuencia de las torturas ó por efecto de la miseria, habiendo solo muerto fusilados Lucio Echavarrioste, Francisco Lotero, Francisco Vidal, Enrique Reina é Isidoro Martinez, que fué lanceado en la marcha, por serle imposible caminar. Que murieron de la misma manera los individuos alemanes Gustavo Hamann, Emilio Neuman, N. Hoffman, Cárlos Urrich y el súbdito inglés Guillermo Stark. Que tambien tuvieron igual fin los franceses Lassere y los hermanos Duprat y su hijo, Valet, Anglade y su hijo, y los italianos Nicolás Troya, Antonio Susini, Ejirio Terrero, Antonio Rebaudi, Nicolas Susini, Agustin Piaggio, Simon Fidanza, Pio Pozzoli y N. Ravizza, así como E. Tubo y H. Grillo. Que fusiló á los bolivianos D. Tristan Roca, Dr. N. Vaca, D. N. Gutierrez, y varios otros. Que hizo matar á los portugueses Cándido Vasconcellos, Américo Varela, Antonio Vasconcellos, Correia Madruga, Leite Pereira y varios otros, cuyos nombres no recuerda. Que hizo lo mismo con los orientales Antonio Nin Reyes, doctor Antonio de las Carreras, Francisco Rodriguez Larraeta, Federico Anavitarte, N. Caravia, Coronel Laguna y muchos otros, y con los argentinos Coronel Lotera, Coronel Virasoro, César Condra, Coronel Martinez, Sargento Mayor Lucero, Capitan Goycochea, Coronel Telmo Lopez, Capitan Garay, Enrique Garcia, Desiderio Arias, N. Barrasa, Mayor Carranza, Aureliano

Capdevila, Sinforoso Cáceres é hijo, N. Gauna, José Catcura, Ramon Capdevila, N. Palacios, Ventura Gutierrez y Coriolano Marquez. Que además de estos hay muchos otros de las mencionadas nacionalidades, cuyos nombres no sabe, y que además han perecido casi todos los prisioneros de guerra del Ejército Aliado. Que sabe todo esto, porque él mismo ha sido Fiscal de varias causas y que declara, que los Fiscales obraban bajo la férrea presion de Lopez, teniendo siempre á su lado inspectores especiales que les ordenaban lo que debian hacer.

Preguntado: Diga y declare; que se ha hecho de los bienes muebles é inmuebles de estas víctimas, dijo: Que ha oido que han sido embargados por órden de Lopez; pero que no puede dar detalles porque á él y á los demás Fiscales, solo se les daba participacion en la sustanciacion de las causas, siempre bajo la direccion de Lopez. Que lo único que puede declarar es, que el dinero y alhajas que los reos llevaban, se les quitaba sin que jamás se volviesen á juntar con ellas, ni ellos ni sus deudos.

Preguntado: Sobre las torturas y fusilamientos de sus mismos compatriotas, hombres y mujeres, ordenados por Lopez, que diga cuanto sobre el particular sepa, dijo: Que salvas muy raras escepciones, Lopez ha sacrificado lo mejor y mas decente de la poblacion del Paraguay; que algunas veces formalizaba una causa de la que resultaba lo que él queria; pero que casi siempre azotaba y fusilaba las personas notables sin forma de juicio; que de su misma familia fusiló á su hermano Benigno y á sus dos hermanos políticos Barrios y Bedoya, y en fin, que este mónstruo habria esterminado á todos los habitantes del Paraguay si le hubieran dado tiempo para hacerlo. Que tiene apuntes, y que si se le llama de nuevo á declarar, detallará é individualizará ciertos hechos cuya sangrienta crueldad espanta.

En este estado, se determinó suspender esta declaracion con cargo de proseguirla mas tarde si fuese necesario; y habiéndola leido al declarante, se confirmó y ratificó en ellas, firmándola conmigo.

Agustin Mariño.
Secretario.

Matias Goyburú.

Sigue la declaracion de D. Matias Golburú.

En la ciudad de la Asuncion, á los catorce dias del mes de Marzo de mil ochocientos sesenta y nueve, prévia citacion,

compareció ante mí, el Capitan D. Matias Goyburú, á efecto de complementar la declaracion presentada en este espediente en doce de Febrero del corriente año; y despues de prestar el juramento que segun clase le corresponde, fué interrogado de la manera siguiente:

Preguntado: Sobre las torturas y fusilamientos hechos por Lopez en las personas de sus compatriotas, hombres y mujeres, y que esponga cuanto sobre el particular sepa, dijo: Que á parte de los miles de víctimas que produjo el estado violento á que el dictador arrastró á su patria,—cuyo número le es imposible señalar,—es creencia jeneral, que Lopez ha sacrificado, por órdenes directas dictadas al efecto, de mil ochocientos á dos mil personas, entre las que puede señalar las siguientes:

José Berges Ministro de R. E., Cumesindo Benitez su sucesor, Benigno Lopez hermano del tirano, Vicente Valle Escribano de Gobierno y Hacienda, N. Brujnes General del Ejército, id. Vicente Barrios id. id. José Mongelós, Paulo Colman, Vicente Dentella, José V. Urdapilleta, Andrés Urdapilleta; Francisco Molina, Francisco Sotera, Juan Cabrizas, Ramon Franco, N. Franco (de la Recoleta), Juan Molas doctor en Medicina, Isaac Alvarez, Francisco Vera, N. Vera, N. Salduondo, N. Rivas (De Luque), Venancio Urbieta gefe de Yaguaron, Tres subalternos del anterior; Miguel Berges Juez, Pastor Gonzalez id., Escolástico Garcete id., Raimundo Ortiz id., Fermin Basaras id., N. Ojeda id., N. Pelara id., N. Nuñez id., N. Grillo Comandante de Villeta, Miguel Rojas Comandante de Villa Oliva, N. Burgos Juez, N. Benitez id., N. Candia Gefe de Itanqua, Nicolás Troya Comisario, N. Duarte Juez de Itá, N. Galiano gefe de Itá, N. Aquino Mayordomo de Itá, Victorino Cabrizas gefe de Yaguaron, Juez de Carapeguá, M. Molina gefe de Paraguari, N. Fernandez Juez de id., Francisco Sanchez gefe de Carapeguá, Buenaventura Brasque gefe de id., F. Bogami gefe de Acahay, N. Garay capitan gefe de Carapeguá, Francisco Frutos gefe de Ibitimi, Ramon Mirecos comandante de Villa-Rica, F. Ramirez gefe de Caasapa, N. Torres gefe de Yuti, El Juez de Paz id. id., N. Perez Juez de los Altos, N. Salduondo gefe de Arroyos y Esteros, N. Ojeda teniente comandante de Villa del Rosario, Daniel Valiente Gefe de la Villa de San Pedro, N. Nuñez coronel gefe de caballeria de vanguardia, N. Gomez teniente coronel mayor de Plaza de la capital, José Fernandez ayudante de campo de Lopez, Miguel Haedo Comandante del cuartel de San Francisco, Francisco Fernandez Teniente Coronel Ministro de Guerra y Marina.

Mateo Senabria, Sargento Mayor gefe de Policia de la capital, N. Mesa Sargento Mayor gefe del Batallon 11, N. Mora gefe muy antiguo, N. Argüello Capitan Comandante de los hospitales, N. Maciel capitan educado en Lóndres, Gaspar

Lopez Secretario de Berges educado en id., Elias Ortellado teniente Ayudante de Lopez, Francisco Ortellado Cirujano, Bernardo Ortellado empleado civil,—(hermanos). N. Ferreyra teniente de Policia, N. Villacanti, N. Hermosa capitan-Gefe de la capital, N. Cañete id. id. id. id., Saturnino Bedoya empleado de Aduana, Paulo Gonzalez id. id., Sebastian Ibarra id. id., Felipe Milleres id. id., Benjamin Urbieta id. id., Abdon Molina id. id., Leonardo Lion id. id., N. Candia id. id., Y como doce ó catorce escribientes de Aduana, Dr. N. Palacios Obispo, id. Eugenio Bogado Presbitero, id. Jaime Corvalan id., id. Martin Servin id., id. Juan N. Arza id., id. Vicente Bazan id., id. Policarpo Valdovinos id., id. Juan E. Barrios id., id. José J. Talavera id., id. N. Patiño id., id. N. Rodriguez id., id. N. Narvaez id., id. N. Benitez id., id. N. Salduondo id.

MUJERES.

Doña Dolores Recalde, id. Juliana Isfran de Martinez, id. Maria de Jesus Egusquiza.

Que además perecieron muchas otras, cuyos nombres no recuerda, siendo tambien ajadas y aprisionadas varias señoras y señoritas decentes, entre ellas las dos señoritas Atanasia y Dolores Escardó.

Que fueron martirizados varios ayudantes, asistentes y esclavos de los Generales Barrios y Brujnes, del Coronel Venancio Lopez y de los Tenientes Coroneles, Fernandez y Gomez, lo mismo que tres subalternos del Gefe del Departamento de Yaguaron y diez ó doce sarjentos del de Ytapuá, siendo despues fusilados.

Que el pretesto que se dió para la muerte de estas señoras y señoritas, era que estaban complicadas en la revolucion, que segun Lopez, se estaba fraguando para tranzar con los Aliados y dar en tierra con él; pero que jamás se les ha podido probar tal complicidad.

Preguntado. Que cite algunos casos particulares que justifiquen lo que acaba de aseverar, dijo: Que el Vice-cónsul de Portugal Leite Pereira, cediendo á los atroces dolores que en el tormento le arrancaban, y obedeciendo á las intimaciones que directamente se le hacian, acusó á Doña Dolores Recalde de haber estado en correspondencia con los revolucionarios, sirviendo de intermediaria entre sus principales gefes; pero que viendo próxima su muerte y cediendo á los dictados de su conciencia, negó cuanto antes habia declarado, pidiendo público perdon á la referida señorita del mal que la habia hecho y suplicando se tuviese por nulo y de ningun valor cuanto á su respecto habia dicho. Que esta niña, cuyos

sufrimientos y valor poco comun en las personas de su sexo tenian conmovidos á todos los que conocian su situacion, se negó á perdonar lo que ella llamaba una infame cobardia de Leite Pereira, y que apesar de las declaraciones dadas por aquel al borde de la tumba, se habia ejecutado sin piedad á esta última.

Que cuando se supo la rendicion del coronel Martinez en la península frente á Humaitá, fué llamada de la capital Da. Juliana Isfran, su esposa, haciéndola comparecer ante la cuarta comision de San Fernando, siendo sus jueces los capitanes José Falcon y Manuel Maciel, y escribano de la causa el sub-teniente Duarte, actualmente en esta capital, habiendo sido tomado prisionero en Lomas el dia 27 de Diciembre del año pasado.

Que la primera pregunta qué se le hizo fué sobre la revolucion, qué conocimiento tenia á su respecto, porque el padre Barrios y el cirujano Céspedes habian declarado contra ella; y qué le habia dicho su esposo en la última entrevista que en Humaitá habia tenido con él á propósito del mismo asunto, á lo que contestó que era falso cuanto Barrios y Céspedes habian dicho; que ella no tenia conocimiento de la revolucion que se dice fraguaban los enemigos del Mariscal Lopez y que el coronel Martinez, su esposo, nada le habia dicho que tuviese relacion con esto ni con nada que pudiese perjudicar á ninguno de los dos, porque su marido era incapaz de una traicion y de practicar todo aquello que estuviese contra las leyes del honor.

Que los Fiscales dieron en el acto parte á Lopez, quien intervenia directamente en todas las causas y que este ordenó se la azotara hasta que se obtuviera una contestacion satisfactoria. Que cada vez que se le habia dado un número estraordinario de azotes, se daba parte, y volvia órden para que se le aplicase igual número. Que cuando se vió que este no era castigo bastante á quebrantar su firmeza, se la puso por disposicion de Lopez en cepo colombiano. Que la pobre señora esclamaba que estaba inocente, suplicando que se le quitase la vida, haciendo desaparecer con ella los sufrimientos á que se la sometia, y qué el inhumano Lopez le mandaba decir que si no confesaba lo que de ella se exijia, moriría en el tormento, y que ese era el castigo á que su obstinacion la hacia acreedora.

Que al retirarse el ejército de San Fernando, la referida señora fué conducida á pié, marchando dia y noche á la par de muchísimos otros reos y desgraciados prisioneros, que venian bajo custodia, arreados como animales y con órden espresa de lancear ó bayonetear á todo aquel que se cansára. Que el encargado de disponer todas estas ejecuciones era el Jeneral Resquin, y los ejecutores los piquetes que custodiaban presos, sin que á sus comandantes se les pidiese cuenta de las ejecuciones que hacian, antes por el contrario el mérito de los guardianes era tanto mayor, cuanto mas crecido era el número de las víctimas.

Que en Villeta, se reprodujeron con Doña Juliana Isfran de Martinez, las mismas escenas de San Fernando, y no obteniénse los resultados que Lopez deseaba, se la hizo comparecer ante la quinta comision, de que era Fiscal el declarante, recomendándose al Tribunal la prosecucion de los tormentos, debiendo hacerse los castigos y seguirse los procedimientos de una manera oculta y con el mayor sijilo posible.

Que el declarante recibió entónces órden de Lopez para que le diese de palos y bofetadas, le tirase del cabello y la maltratase con el mayor rigor hasta que confesase lo que se pretendia, asentando por escrito y de la manera mas minuciosa, sus declaraciones. Que lo que hacia con ella en presencia de los Ayudantes de Lopez era insultarla y amenazarla de la manera mas horrible, exhortándola privadamente á que de alguna manera hiciera cesar su tristisima situacion.

Que como entónces eran secretos los procedimientos, el que declara gritaba haciendo ver que la estaba amenazando y castigando y que cuando salia se jactaba de los castigos que le inflijía y de las probabilidades que tenia de arrancarle cuanto se deseaba. Que aparentaba que la ponia en cepo colombiano como en efecto la ponia; pero que jamás la oprimia. Que todo esto lo hacia el declarante por la compasion que en su alma habia despertado aquella infeliz y heróica mujer aun á riesgo de ser castigado severamente si se llegase á saber la lenidad con que obraba.

Pasado algun tiempo, agrega el declarante, dió parte del resultado de sus trabajos, asegurando que nada se le habia de arrancar á la referida señora; pero que Lopez, que pensaba de otro modo, se la entregó al capitan D. Silvestre Carmona, quien se encargó de ella con mucho placer. Que este nuevo fiscal estuvo dos dias encerrado con ella, castigándola atrozmente, y que al fin parece haber obtenido todo lo que el Mariscal Lopez exijia, pues la victima fué ejecutada despues de tantos y tan atroces martirios y su juez premiado con el grado de Sarjento mayor.

Que todos los que Lopez condenaba á la muerte pasaban por estos ó parecidos martirios, pudiendo asegurar con seguridad que ninguno de los que perecian por órden de este mónstruo dejaran de ser precisamente martirizados y que la relacion de tales hechos era el placer mayor que podia proporcionársele.

Que doña Dolores Recalde suplicó al marchar al suplicio, que no se le matara á bayonetazos. Que el piquete que le hizo la descarga era compuesto de machachos bisoños, quienes solo le infirieron una herida que estaba muy distante de ser mortal, habiéndosela concluido en seguida á bayonetazos, sin consideracion á la súplica interpuesta, ni á la conmiseracion que su suerte desgraciada despertaba hasta en los corazones mas empedernidos.

Que no tenia mas que añadir, y habiéndosele leido esta su declaracion, dijo ratificarse en su contenido á cargo del juramento que tenia prestado, firmándola conmigo,

Agustin Mariño.

Matias Goyburú.

Declaracion de D. Eduardo Aramburú

En la Ciudad de la Asuncion, á los treinta y un dias del mes de Marzo de mil ochocientos sesenta y nueve, compareció ante mí D. Eduardo Aramburú, á quien prévio juramento, fué preguntado de la manera siguiente:

Preguntado: por su Patria y empleo, dijo: que es paraguayo y que ha sido Capitan del Ejército del Mariscal Lopez y Jefe del Batallon N.

Preguntado: Cuándo y cómo dejó el servicio de Lopez, dijo: que cayó prisionero el dia 27 de Diciembre del año ppdo. en el combate de las Lomas, despues de encontrarse herido y estenuado.

Preguntado; Sobre el trato que recibian del Presidente Lopez los prisioneros de guerra y que diga y declare sobre el particular cuanto sepa, individualizando si fuese posible algunos hechos, dijo: Que jeneralmente los prisioneros de guerra han sido tratados con estremada crueldad, que no puede individualizar hecho alguno, por haberse hallado muy frecuente en comision del servicio, lejos del teatro principal de los sucesos.

Que despues de la accion del dia 3 de noviembre de 1867 á que asistió el declarante y fué herido, se tomaron muchísimos prisioneros, los que han muerto unos estenuados por la fatiga, el hambre y las privaciones de toda especie á que eran sometidos, y otros fusilados por complicacion en la conspiracion que se decia se fraguaba contra el Mariscal Lopez. Que aun cuando el declarante no ha presenciado ninguno de estos castigos y fusilamientos, sin embargo sabe por relacion de algunos compañeros suyos que han sido fiscales de muchas causas mandadas instruir por el Mariscal Lopez entre los cuales se cuenta el Capitan Goyburúl que dichos prisioneros han muerto todos.

Preguntado: Qué clase de martirio se imponia á las mujeres del pais, y si tiene conocimirnto de las que hayan sido fusiladas, dijo: Que se imponian los mismos castigos que á los soldados, azotándolas y poniéndolas en cepo de lazo y colombiano. Que no ha visto fusilar ninguna mujer, pero sabe que lo han sido algunas, como la señora Dª Juliaua Isfran de Martinez, Dª Mer-

cedes Egusquiza y Da. Maria de Jesus Egusquiza, y que mejores datos se podrian recojer sobre esto del Capitan Goyburú, que ha sido fiscal en estas causas.

Preguntado: Cuanto sepa respecto à fusilamiento ó muerte en cualquier otra forma, de estranjeros y confiscacion de sus bienes, dijo: Que sabe fueron reducidos á prision y tratados del modo mas inhumano todos los estranjeros que estaban establecidos en la ciudad de la Asuncion, que muchos de estos han sido fusilados por órden de Lopez, y otros han muerto á consecuencia de las torturas ó por efecto de la miseria, entre cuyas personas se cuenta su cuñado, de nacionalidad inglesa, llamado, Guillermo Stark.

Que ha fusilado lo mejor y mas decente del Paraguay, siempre por causas que él formalizaba, de las que resultaba lo que él queria.

No teniendo el declarante nada mas que añadir, se dió por terminada la presente declaracion, y habiéndosela leido, dijo ratificarse en su contenido, à cargo del juramento que tiene prestado, firmàndola conmigo.

Joaquin Montaña.

Eduardo Aramburú.

Declaracion de D. José M. Massot

En la ciudad de la Asuncion, à primero del mes de Abril de mil ochocientos sesenta y nueve, hice comparecer ante mi presencia, à D. José Maria Massot, á quien prévio juramento, lo interrogué de la manera siguiente:

Preguntado: Por su patria y empleo, dijo: Que es paraguayo y que ha sido Sub-teniente de Artilleria del Ejército del Mariscal Lopez.

Preguntado: Cuando y como dejó el servicio de Lopez, dijo: Que el dia veinte y nueve de Diciembre del año próximo pasado con la rendicion de la Angostura.

Preguntado: Sobre el trato que recibian de Lopez los prisioneros de guerra, y que diga y declare sobre el particular cuanto sepa, individualizando si fuese posible, algunos hechos, dijo: Que con muy raras escepciones, todos los prisioneros del ejército aliado, han estado sujetos á los mas horribles padecimientos, inventándose por el Mariscal Lopez, los castigos mas bárbaros para martirizar á los que tenian la desgracia de caer bajo el látigo del tirano de su patria.

Que ha observado el Presidente Lopez, durante la guerra,

agrega el declarante, las reglas mas bárbaras y absolutas que hayan existido jamás en el mundo, apartándose completamente de todo principio de justicia y equidad, sin miramiento por ninguna ley, como si una declaracion de guerra desencadenase todos los crímenes. Que no ha dado cuartel á nadie y que no solamente no se ha contentado con privar de la vida á los prisioneros, esponiéndolos á un tratamiento cruel, sino que ha llegado hasta el estremo de degradarlos por las mas horribles mutilaciones. Que la época mas horrible que han pasado los prisioneros de guerra ha sido cuando el ejércitó estaba situado en San Fernando; allí, dice el declarante, se martirizaba tan inhumamente á los prisioneros de guerra y á los estranjeros, que se encontraban presos, que para creer lo que sufrian, es necesario haberlo presenciado; que allí han sido estaqueadas y azotadas mas de cien personas, que para consumar semejantes crueldades, pretestaba levantamientos en el campo, ó complicacion en conspiraciones que se decía se fraguaban contra el Mariscal Lopez. Que habia establecido una solidaridad tal para con los presos, que la mas leve falta ó sospecha de uno de ellos era purgada por todos. Que no recuerda bien los nombres de los prisioneros y estranjeros que se encontraban presos en esa época, pero que recuerda de algunos Gefes que fueron fusilados, como el Jeneral Brujnes, Leite Pereyra, Coronel Nuñez, Mayor Mesa, Coronel Laguna, Comandante Fernandez y otros. Que en los últimos tiempos, todo aquel que se pasaba ó se tomaba prisionero, era azotado hasta que declaraba lo que se pretendia que declarase, muriendo muchos á consecuencia de estos bárbaros castigos. Que el Capitan D. Matias Goyburú y el Sub-teniente D. Bernardo Valiente, deben tener presente los nombres de todos los que ha fusilado Lopez, por haber estado dichos oficiales siempre al lado del Mariscal Lopez, y muy particularmente el primero, que ha sido fiscal en muchas causas.

Preguntado: Qué clase de martirio se imponia á las mujeres del pais y si tiene conocimiento de las que hayan sido fusiladas, dijo: Que ha visto muchas mujeres espuestas á los mas horribles tratamientos y muy particularmente aquellas señoras que tenian sus esposos complicados en la conspiracion que decian se fraguaba contra el Mariscal Lopez, que por medio de torturas les hacia arrancar la delaracion que él queria, azotándolas despues, y entregando algunas á piquetes de muchachos bizoños para su fusilamiento, concluyéndolas de matar á bayonetazos. Que entre las señoras que ha visto fusilar de esta manera se encuentra la del Coronel Martinez, que se rindió con todas sus fuerzas en la Península.

Preguntado: Cuanto sepa respecto á fusilamiento ó muerte en cualquiera otra forma, de estranjeros ó confiscacion de sus bienes, dijo: Que en esta guerra todos los estranjeros han sido tratados como enemigos, reducidos á prision y espuestos á tormen-

tos de toda clase. Que respecto á los bienes de los estranjeros todos han sido confiscados por Lopez.

Que no tenia mas que añadir, y habiéndosele leido esta su declaracion, dijo ratificarse en su contenido, á cargo del juramento que tenia prestado, firmándola conmigo.

Joaquin Nontaña.

José M. Massot.

Relacion de un prisionero argentino tomado en Curupayty (1).

Despues de haberse retirado nuestros ejércitos, salieron los paraguayos para recojernos, teniendo estos órden, de recojer nada mas que los que se podian levantar, acabando de matar á los que habian quedado muy mal heridos.

El número que sobrevivimos á esta sangrienta carneada del 22 fué 83. Despues de habernos recojido, nos condujeron á Curupayty en medio del campo, á la orilla de una laguna, donde quedamos hasta el 25 del mismo, sin casa, sin cama, nada mas que el cielo y la tierra por asilo.

Él 25 nos llevaron al hospital Mendez, distancia de legua y media de Humaitá; allí nos lavaron nuestras heridas, teniendo el cuidado de quitarnos las prendas de vestuario de su agrado, con el pretesto de lavarlas, pero nunca mas nos las entregaron.

El 26 del mismo marchamos para Humaitá á pié; llegamos el mismo dia á esta plaza de armas; al llegar nos hicieron hacer alto en el medio de la plaza, mandando llamar á todas las mujeres.

Allí nos circularon y nos mostraron á estos ignorantes como animales, diciendo y recomendando de no tener comunicacion con nosotros, porque éramos animales sin agua de bautismo.

Despues de haber quedado una hora y media sujetos al ridículo y bárbaro modo de recibir á los que habian derramado su sangre para librarlos, nos hicieron entrar en el Hospital.

Allí no habia para cama nada mas que cueros de vaca, sin poncho, sin frazada, sin puertas, sin ventanas; espuestos á sufrir los rigores del frio. Ochenta y tres entraron, y cincuenta murieron allí mismo mas bien de frio y de mal cui-

(1) Con las mismas faltas de idioma con que está escrito publicamos la relacion que vá á leerse.

dados que de las heridas. Nos daban de comer en una batea como á los chanchos, cada batea para cuatro individuos. Los primeros dias ninguno queria comer en ellas, maliciando que eran las mismas bateas que nos servian para hacer nuestra necesidad. Ha sido despues de tener hambre y habernos persuadido que eran otras, que hemos comido en ellas.

La comida era un locro de maiz con carne, algunas veces con sal y otras sin sal.

El cirujano en jefe que nos cuidaba era un señor inglés que se llamaba Skiner, Teniente Coronel de la Plana Mayor. El señor como europeo hacia lo que podia para que se hiciera lo que él ordenaba; pero como no podia presenciar las curas, por causa de la cantidad de enfermos que tenia á su cargo, los practicantes que hacian sus veces, nos lavaban, dándonos golpes, cachetadas, y á otros de un poco mas de respeto, palabras mortificantes; haciendo recuerdos con injurias de S. E. D. Bartolomé Mitre, que entonces era el Presidente de la República Argentina.

Este valiente General ha sido tratado por estos malvados de cobarde, diciendo que nunca se presentaba en el campo de batalla.

Por haber tomado la defensa de estas injustas injurias, yo y otro cabo 1.° del 12 de línea, Justo Oviedo, de la Provincia de Córdoba, hemos sido castigados.—(El nombrado ha sido fusilado en Cerro Leon un año despues).

Nos han curado es verdad; como para mejor decir, si se salvan bien! y sinó poco importan! Esta es la humanidad que han tenido con nosotros: cuando se moria uno, su cadáver era la causa de la risa y burla de los señores que nos asistian con tanto despotismo.

En fin despues de haber convalecido, el primer trabajo que nos hicieron hacer ha sido de policia; es decir de ir por las plazas y calles públicas, recojiendo inmundicias con las manos, y llevándolas y arrastrándolas en un cuero.

Despues con mas rigor, mudamos de trabajos, cortando adobes. Entonces principiaron para nosotros los padecimientos horribles, que son los de la privacion de todas las necesidades.

La comida fué disminuida; no habia mas almuerzo, ni galletas; dos veces al dia el miserable locro sin sal y á la mitad disminuido.

Alguno se quejaba de ser enfermo; no se acreditaba, se pegaba para curarle, tratándolo de mañero, que no tenia amor á la patria; y esto en el Paraguay es el mas grande crímen. Siendo uno acusado de este delito y probado, ó es muerto ó bien engrillado con cadena y zoquete y cien lazasos.

El temor de semejantes castigos por tales motivos, nos hacia trabajar enfermos ó no, hasta caer en el suelo como cayó

un inglés llamado Juan Deves, que cayó desmayado á la orilla del pozo donde hacia el barro. El sarjento viéndolo caer, lo levantó á fuerza de varillazos; el sargento se llamaba Andino.

El arriba nombrado ha sido muerto en la Cordillera frente á la Ipacaray (Laguna) el 17 de Enero de 1869, con 12 lanzasos. Con él murieron el mismo dia y por el mismo motivo, otros cuatro estrangeros, un inglés, un boliviano, un oriental y un brasilero, El crímen que habian cometido estos mis cinco compañeros es haber tenido sus nombres en seguida de los de tres desertores.

Con que terror y que horror hemos mirado los demás ese execrable castigo, y con que miedo hemos vivido despues. Ni dormir podia mi imajinacion, siempre presente el espectáculo del 17 de Enero.

Salimos veinte y un compañeros de Humaitá, quedaron diez inútiles, nos embarcaron nos llevaron para la Villeta; allí quedamos tres meses, sin trabajar, sin hacer enteramente nada; pero conforme no se hacia nada, se comia lo mismo. Una vez al dia nos daban un pedazo de carne de media libra, y si no hubiese sido por las limosnas de la poblacion, allí no mas se hubieran muerto la mitad de hambre. A mí, quien me ha dado de comer, es un francés llamado Pedro Resquin, maestro carpintero; no sé donde se encuentra ahora este protector de los aflijidos.

Despues de haber quedado tres meses en esta poblacion, nos embarcaron como para ir á la Asuncion; pero en lugar de desembarcar allí nos llevaron al Chaco, donde quedamos ocho dias trabajando en Capueras.

El 20 de Junio de 1867, nos embarcaron de nuevo para la Capital, á donde quedamos hasta el 21 del mismo. El 21 subimos en el Ferro-Carril para ir á Yuquerí para hacer de carboneros.

Aquel lugar ha sido el verdadero infierno sobre la tierra para nosotros antes de amanecer se tocaba un tambor como para pasar lista. El pobre infeliz que por causa de la fatiga del dia ó de la noche, (porque de noche se trabajaba tambien) se encontraba dormido, se le pegaban 12 varillazos.

Se quitó este castigo despues de haberme quejado al Comandante del Carril.

Para trabajar no habia mal tiempo, que lloviese ó hiciese frio ó calor, nada importaba. Domingo y dias de fiesta, estos no se conocian; siempre trabajos y trabajos; sin sueldo, sin vestuario, desnudos, nada mas que una tira de coco que no tapaba las vergüenzas, nada mas que la comida que se componia de carne de vaca la mas flaca; y los bofes mezclados con harina de maiz blanco sin sal.

Despues de haber trabajado un año de este modo, salió un pagamento á nosotros. Este pagamento ha sido de 4 pesos papel. Al mismo tiempo como se aproximaba el dia 24 de Julio, dia de la fiesta de San Francisco Solano, nos obligaron á contribuir con nuestra plata del pagamento para la fiesta que ellos solos, los paraguayos que nos cuidaban, debian disfrutar, puesto que nosotros teniamos que quedar en el trabajo despues de haber contribuido. Hasta que punto iban las opresiones de los feroces que nos cuidaban!

Algunos quisieron desertarse, pero pronto vueltos á agarrar, fueron castigados, pero no muertos. El motivo por que no los han muerto, ha sido que el Mayor Fernandez habia sido á favor de la triple alianza, y ha de ser cierto esto porque él ha sido víctima de sus buenos sentimientos. El tigre deseoso de sangre, en San Antonio se lo ha comido.

Despues de haber perdido nuestro protector vinieron órdenes mucho mas rigorosas para nosotros. Cada uno tenia que cuidar por el compañero, escuchar las conversaciones, é ir á dar parte, de lo que se decia, de lo que se queria hacer, y no faltaban algunos de estos correntinos traidores que despues de haber vendido á su patria, hacian de espia de sus paisanos y de nosotros tambien.

Todavia queda vivo uno de estos infames; lo he dejado en Pirayú, se llama Juan de Dios Gimenez. Este hizo un parte contra uno de sus paisanos, llamado Genaro Lopez, diciendo en su parte: que habia oido decir al susodicho que queria desertar; pero que no era todavia tiempo, que se esperaba un poco mas, como para dejar aproximar nuestro ejército.

Inmediatamente fué puesto preso, y puesto una barra de grillos, lo llevaron á la capital como para pasar por consejo de guerra.

El Mayor Fernandez vivia, el acusado no podia morir todavia; pero no pudiendo perdonarlo del todo, lo mandó nuevamente en nuestra compañia á trabajar, teniendo una cadena de 2 varas y media de largo y zoquete de cinco libras. Muerto el Mayor Fernandez y habiéndose despoblado Yuquerí para pasar á las Cordilleras, el infeliz Genaro Lopez que habia arrastrado su cadena en los trabajos de la carboneria como 8 meses de tiempo, no habia pagado todavia suficiente, tuvo que morir fusilado junto con un brasilero llamado Buenaventura da Silva.

Al mismo tiempo que los prisioneros padecian en Yuquerí, el tirano Lopez mandaba recojer á los estranjeros que habitaban en la República. De dia y de noche, cruzaban estas víctimas del afamado tigre, sea por el carril sea por el camino real, con los piés engrillados; los llevaban á Luque á la prision.

Allí principiaba para ellos, estos sufrimientos espirituales y corporales que los llevaban á la tumba.

Lo supe yo despues, haciéndomelo contar con los soldados paraguayos enfermos en Caacupé que estaban conmigo.

En Luque les daban de comer, porotos cocidos en agua sola, sin sal, medio crudos y poca la cantidad, como para tenerlos siempre con hambre. Despues de un tiempo los llevaban á la capital y de allí al campamento donde vivia el mónstruo humano.

Para hacerlos declarar, el juez los acusaba: el negar era devalde; cada vez que negaba el acusado, se le daban desde 20 hasta 100 lazasos ó varillazos.

Dos ó tres veces al dia se hacian las declaraciones y siempre con el mismo sistema. Acabando de declarar, los castigaban hasta que cansados, vencidos por las penas, confesaban por escrito una mentira. El sacerdote italiano Baez, redactor de la «Estrella» dijo lo mismo en Caacupé en presencia de los ingleses maquinistas y yo: en una invencion de Lopez esta tradiccion que se ocultaba á los estrangeros, al hermano y por fin á todos los que han caido bajo el cuchillo de Lopez.

Algunos se han muerto en el famoso cepo colombiano, castigo que se hace con fusil. Atados que eran esos fusiles, los apretaban, hasta sonar los huesos y reventar el espinazo. Qué torturas horribles han sufrido estos pobres infelices, sin tener crímen ni cosa alguna segun dice el sacerdote Baez. Y él lo ha de saber mejor que nadie, porque él tomó la correspondencia de Lopez.

Despues de baber hecho esta carneada, salió órden á los paraguayos de no caminar con los estrangeros, porque todos eran traidores á la patria.

En fin, en medio de tantos terrores y horrores, el corazon de los prisioneros se alegró oyendo los cañones de Ita-Ivaté, y viendo el apuro con que disparaban estas pobres poblaciones con los pocos trastes que podian llevar para ir á esconderse en las Cordilleras. A nosotros tambien nos hicieron abandonar esta pobre carboneria para ir tambien á las Cordilleras á ser testigos de los horrores del hambre que debiamos juntos con los paraguayos, sufrir hasta que Dios dijo «basta.»

Llegamos á Caacupé, los primeros trabajos fueron armar con mucho apuro el arsenal para fabricar cañones, porque Lopez en su disparada habia perdido casi toda su artilleria.

En este lugar se me declaró en la pierna derecha una úlcera que me obligó á entrar en el Hospital; allí tuve que ver morir falto de aliento á los mismos paraguayos. No habia nada para alimentar á los enfermos; poca comida, una vaca para 150 y 200; animales flacos, algunos que se morian de flacos ó enfermos se

mandaban carnear, lo mismo se cocinaba y se daba á los paraguayos enfermos. He visto morir mas de 200 paraguayos de hambre.

Solo los padres, curas, oficiales, cirujanos, practicantes y empleados en la Plana Mayor, comian lo suficiente para vivir.

En medio de tales calamidades se aproximaba el 24 de Julio, ó bien San Francisco Solano. Como 8 dias antes, obligaron á todos á ir mañana y tarde á la Iglesia á rezar por el santo; pero no era para el santo, sino para Francisco Solano Lopez.

Un dia me vino á mi tambien la gana de entrar en la iglesia para oir el sermon que pronunciaba el padre. Cual no ha sido mi estupefaccion cuando he oido al padre este, comparar al tirano del Paraguay á San Francisco Solano. Acabando su sermon dijo: Quien no ruega por el Presidente D. Francisco Solano Lopez no ruega á Dios; rogando por él ruegan á su santo, y quien no lo hace no es cristiano; por consiguiente no gozará el paraiso despues de muerto.

Manifesté mi admiracion á un amigo mio paraguayo, oficial cirujano llamado Medina, con quien tenia alguna confianza, viviendo reconocido este oficial por todo á nuestro favor. Me contestó que todos los sermones que se hacian se hacian con las mismas fórmulas, ó bien otras en el mismo sentido.

El dia 22 llegaba; precisaban hacer una fiesta, para eso los cirujanos dejaron sus raciones de yerba, tabaco y carne. La primera se vendió por comestibles necesarios, la segunda se hicieron los cigarros etc. etc.

Despues de la misa se reunieron en el salon de Caacupé, como para principiar el festejo del tirano Francisco Solano Lopez, que ellos llamaban el jénio de la América del Sur.

En el medio de la comida cada uno pronunciaba un discurso, que se volvia puros elojios y adulaciones para el tirano.

Allí me aproximé hácia la puerta del salon para escuchar esos discursos, y en medio de uno de ellos oi pronunciar por la boca de un padre la blasfemia siguiente:

«No cumpliendo con las voluntades y órdenes del Presidente Lòpez, no se cumple con la voluntad de Dios.»

Estas palabras, yo, el abajo firmado, he oido decir por un padre, el dia 24 de Julio de 1869, en Caacupé.

Los ignorantes paraguayos oyendo estos discursos y siendo pronunciados por un padre, los creen lo mismo que nosotros creemos en Dios.

En fin, el dia que debia poner á luz tantas calamidades se aproximaba; el cañon liberal se hacia oir de tiempo en tiempo y por fin se hizo por Piribebuy un camino por donde debian venir á libertarnos á nosotros pobres prisioneros

y paraguayos que habiamos gracias á la Providencia de Dios escapado á la ferocidad del tigre bípedo Lopez.

El dia de la toma de Piribebuy, vino la noticia á Caacupé, que los negros (asi es que nos llamaban al Ejército Aliado) habian sido vencidos, perdiendo 32 piezas de cañon, 19 regimientos y 12 batallones. Esta noticia causó bastante alegria á los paraguayos; á la noche del mismo dia hicieron fiesta en todos los rincones.

Una muger tuvo la desgraciada suerte de escaparse de Piribebuy; y al llegar á Caacupé quizo dar la verdadera noticia conforme habia sido: en estos términos habló: Piribebuy es tomado, el telégrafo es cortado; los negros tomaron Piribebuy.

No acababa de decir y de hablar, para que no fuese á propagar la noticia, la agarraron y ataron en un blanco, á donde la hicieron morir á azotes.

Desde este dia principió la derrota del ejército de Lopez.

Principiaron el dia 12 á la tarde á pasar por Caacupé, tropas, carretas etc. etc. Por fin, hasta el 14 á las 12 del dia pasaron fuerzas de Lopez.

Mientras tanto, los prisioneros en un cuarto, encerrados, con cuatro centinelas á la puerta, no recibian ni un bocado de carne;—obligados se vieron á matar personas para comer. Que crueldad de parte del Mayor italiano Parodi.—Parodi que habia quedado como Gefe de Caacupé y encargado de estos pobres, teniendo en su casa cajones de almidon, bueyes en el pastoreo;—no les podia dar pan á estos hermanos.

El dia 15 de Agosto llegaron en Caacupé las vanguardias brasileras, que nos salvaron la vida á los pocos que habian quedado por suerte vivos todavia. Al llegar el Sr. Príncipe d'Eu nos mandó poner en libertad. Cual no ha sido su estupefaccion cuando vió á los pobres que habian defendido á la causa de la libertad y del progreso caer en el medio de la plaza muertos de hambre.

Quién tiene la culpa de estos muertos? Lopez uno y Parodi otro.

El Cabo del Batallon 1° de Línea, hecho prisionero, herido en Curupaytí, francés de nacion—

Pablo Flancau.

Aventuras y padecimientos de madama Dorotea Duprat de Lasserre.

El 25 de diciembre de 1868 las señoras desterradas á morir de hambre por órden de Lopez, han sido salvadas por el ejército brasilero,

Yo soy una de ellas; vivo, escribo, pero aun no cabe en mi mente como es que puedo hablar de las crueldades y sufrimientos de que hemos sido víctimas.

Dios aun nos dá momentos de vida para poder demostrar nuestra gratitud por los beneficios que hemos recibido de la mano de un santo sacerdote.

El, talvez guiado por Dios mismo nos arrebataba del fiero enemigo, escondiéndonos en los mas remotos lugares.

Daré una idea de esa terrible trajedia, en la que el rol final de casi todos los actores ha sido perecer en horribles tormentos.

Mi destino era tambien sufrir una muerte cruel, he sufrido una larga agonia doblemente dolorosa, porque veia desaparecer á mi pobre madre, ¡ la he salvado gracias al Todo Poderoso !

La idea de volver á ver á nuestros esposos nos reanimaba y nos hacia sobrevivir. Habiamos hecho firme resolucion de sufrir todos los tormentos con resignacion, alimentadas con la esperanza de que llegara un dia la recompensa de tanto padecer, encontrando los seres queridos, por cuya memoria existiamos.

Los mas duros y crueles trabajos nos eran indiferentes porque nos daba fuerzas y ánimo el recuerdo de imájenes queridas. ¡ Cuál no ha sido nuestro desengaño. El desengaño para todas, no ha podido ser mas espantoso y cruel ! ¡ Todos han muerto ! ¡ De que modo Dios mio ! ¿ Escribiré esta increible verdad ? Esta historia palpitante de horrores cometidos bajo la hipócrita y criminal capa de bondad y clemencia con que eran revestidos aquellos horrores pues, de solo recordarlos se siente el frio de la punzante lanza que se ha hundido en el corazon de tanta campañera de trabajos y penurias, entre las cuales, temo y no me atrevo á pensarlo, debe encontrarse una íntima amiga mia y sus dos hijitas; puede ser que Dios en sus designios incalculables le haya mandado algun modo de salvarse. Me alucina esta consoladora idea. Me destemplo y se me hiela el corazon pensando en el fin fatal que pueda haber tenido. ¿ Por qué me separé de mi querida Eujenia (1), tan desgraciada y tan digna de la gracia de Dios ? Hubiéramos talvez sido mas felices permaneciendo juntas. ¡ Qué crueles son los recuerdos que me quedan ahora para alimento de la vida !

Cuando empezó la guerra no pensamos en salir del Paraguay, porque nunca supusimos fuese la idea de Lopez esterminar su nacion. El modo de que se sirvió para principiarla, nos hizo creer que su intencion era socorrer á Montevideo que estaba en guerra con el Brasil, garantiéndose así de la misma República y de la Arjentina. Las tramas y preparativos que se hacian, nos hicieron pensar esto, así es que no nos movimos siguiendo

(1) Eujenia Villate de Gutierrez.

fácilmente nuestro comercio sin cuidarnos para nada de lo que se decia y hacia. Mi marido me recomendaba siempre el sijilo y reserva para con mis amigas y mucha discrecion sobre lo que públicamente se hacia, y por último, en nuestra casa no se proferia una palabra sobre estos asuntos de temor, que pudieran ser mal oidas ó interpretadas por los sirvientes.

Haciamos una vida completamente retirada de toda sociedad y sinembargo, por diversos modos, y sin preguntar nada á nadie sabiamos todas las tramoyas vergonzosas de los del poder. Mi pobre hermano era el que despachaba en el almacen de negocio, jóven muy circunspecto y como era muy querido de todos los que le conocian, recibia las confidencias de una porcion de mujeres, las que hacian su pequeño comercio sacando del almacen lo que necesitaban. Poca de esta jente sabia leer y escribir y para hacerlo se valian de él, escribiéndoles las cartas que enviaban al ejército y contestando las que de allí venian, servicio que hacia con paciencia y desinterés, de modo que, sin pretenderlo, era sabedor de una infinidad de tramas, aclarándose así muchos asuntos públicos que eran muy oscuros para los que viviamos lejos del ejército. Habian tambien unos cuantos espías, pobres hombres sin malicia que por haber sido sirvientes en casa y sin mas motivo, tenian la confianza de referirle el servicio que hacian como las órdenes que recibian respecto á tal ó cual persona; pero de todo lo que se supo en mi casa nadie supo palabra; allí quedaba el secreto. El único á quien hablamos de lo que pasaba en casa, era al canciller frances Monsieur Parcos. Mi padre se pasaba los dias sin hablar con ese señor que era nuestro mejor amigo.

Ninguno de los tres se mezclaba en la política de Lopez, haciendo siempre cuanto imajinar se puede, para no llamar sobre si la atencion de nadie, no haciendo para ello ni bien ni mal.

Si se hizo algun bien á los desgraciados fué hecho sin ostentacion y con las precauciones necesarias para no ofender ni ajar á nadie, para no ser mencionados como socorredores de personas que se querian hacer padecer: era tan delicado mi marido en sus dávidas, que ni yo conocia la mitad de su bondad.

Las gracias que mas tarde he recibido de varias personas, me hicieron conocer que en mi nombre hacia esas limosnas, queriendo de ese modo que los beneficiados fuesen menos mortificados al recibir la pequeñez con que se les auxiliaba, y tambien para llamar menos la atencion del mónstruo, que condenaba á morir de miseria á ciertos hombres y á los que nadie se atrevia á socorrer. Para evitar su venganza era necesario siempre aparecer apoyando sus crueldades. Mi familia se declaró neutral completamente, por lo que tengo la satisfaccion de no haberme rebajado jamás, y el consuelo de saber positivamente que los tres mártires de mi familia han muerto sin quererse prestar á las infamias y bajezas que se les exijia.

La política de Lopez empezó á ser temible: así fué que, en cuanto empezó á perder esas fabulosas batallas que él siempre daba como ganadas, ya nos fué desde entónces preciso estar muy prevenidos y listos para saber lo que se habia de contestar á ciertas palabras inmutables que se dirijian á todos, viniesen de amigos ó conocidos, para lo que era necesario mentir ó cortar la conversacion, Tenian de espias á las señoras de buen tono, para con ciertas personas de su relacion, y vice-versa, las sirvientes para éstas mismas; de manera que recibia Lopez cada dia tres partes. Uno de los espias de la policia, otro de los del ministerio y el otro de una mala mujer (1) que se habia distinguido como muy á propósito para el caso. Si estas espias hubiesen hablado siempre la verdad, no se habria aprisionado tanta jente, pero como siempre esos cargos sirven para ejercer venganzas fué eso lo que ha sucedido desde que Lopez subió al poder, desde cuya época desató sus ódios, dando siempre crédito á cuanta delacion recibia, protejiendo asi ajenos ódios personales.

Los desgraciados á quienes cabia esa suerte eran llevados á la cárcel sin forma ninguna de juicio y sin decirseles por que se hacia aquello con ellos.

De esta clase de reos en que no habia distincion ninguna, se llenaron las cárceles, y cuando ya estaban repletas, se sacaban y enviaban á distintos puntos del interior, importando poco ó nada, que viviesen ó muriesen. El cónsul de Francia, M. Laurent Cochelet, demostró siempre el mayor interes por todos los presos estranjeros: los visitaba, los alimentaba é iba y venia al ministerio para averiguar sus causas y pedir que se les juzgase mostrando siempre un empeño digno de un ajente; distinguiéndose ademas por su humanidad para con el desgraciado y porque habia hecho punto de honor en salvar el derecho de jentes abandonado por la mano de Dios. Fué el único ajente, que se hizo respetar de Lopez y estoy segura que si él hubiera permanecido en su puesto hasta el fin de la guerra, se habrian evitado mil calamidades, pues solo un carácter firme imponia á Lopez, y sabe Dios si asombrado de la honrada persona de M. Laurent Cochelet no hubiera procurado encubrir sus crímenes nuestro tirano.

La desgracia de los estranjeros residentes en el Paraguay ha sido el cambio de cónsul, así se lo dije cuando se despidió de mí. Mis temores lo enternecieron y creyó que aunque jóven M. Paralt de Caraliere de Cuverbille seria á lo ménos un buen frances. Mucho se equivocó y yo tambien lo estuve por mucho tiempo. Desgraciados franceses, que creyéndose protejidos

(1) Madama Linch.

iban y le contaban las notícias que corrian con la confianza que se tiene en un padre, y además, porque creian cumplir un deber dándole cuenta de todo. De ese modo sabia él lo que pasaba y por la noche no faltaba quien lo magnetizase (1) con distintas clases de vinos, de que desgraciadamente gustaba mucho el dicho señor Cuverbille, é insensiblemente y con maña, le sacaba todo cuanto sabia. ¡Qué figura la de nuestro cónsul que sin sentido y solo por los efectos del vino, servia de filo para los franceses, y para varios otros, que por la estimacion que daban á su título le depositaban su confianza ó discutian con él sobre los azares de la guerra. Quiero creer que si no hubiera gustado tanto del vino no hubiera servido tan indignamente á los designios de Lopez.

Dos dias antes de la evacuacion de la capital, dijimos á Mr. de Cuverbille que era preciso no salir de nuestras casas si no nos daban pasaporte para ir donde quisiéramos. Participaba de esa opinion, mas, despues de haber estado en cierta casa mudó de opinion ofreciendo convocar á todos los franceses para que dieran puntual cumplimiento á la órden. Asi fué, el 22 de febrero de 1868 vino á anunciarnos, que habia órden para salir esa misma tarde y que nos alistásemos; hicimos muchas observaciones sobre esto; pero todo fué inútil; le pedimos que pidiese pasaportes para salir del pais los que no quisieran salir á la campaña, dando para ello poderosas razones. Nada lo pudo convencer, era un partido tomado de que habiamos de dejar nuestras casas é intereses para ir á vivir en donde le diera la gana á Lopez. Se llamaron á todos los estranjeros á la policia donde estaban impresos los pasaportes, y el jefe, que tenia ya una lista de los nombres con el lugar designado á donde debia ir cada persona, empezó á llamar uno por uno, y ordenándole que debia salir á las doce de ese mismo dia, le entregaba el que le pertenecia. Llamó primero á mi hermano, su pasaporte era para «Peribebuy,» de lo que reclamó diciendo: que él estaba bajo el dominio de mi padre y que solo él podia encabezar la familia, que viviamos juntos y que no teniamos medios de vivir separados; se convenció y nos dió órden de ir á «Valenzuela.» Mi padre vino á anunciarnos nuestro destino; no teniamos medios de salir ese mismo dia sino dejándolo todo abandonado; nos parecia imposible hacer ese viaje sin llevar siquiera colchones y ropa, asi es que aguardamos hasta encontrar una carreta. En esto salió un bando que se publicó por un juez en todas las calles diciendo: que desde esa hora tenian cuarenta y ocho horas para desocupar la capital; que pasado ese término seria fusilado todo y cualquier individuo que se encontrase en la capital, que so pena de la vida se prohibia tocar las puertas

(1) Madama Linch.

ajenas, imponiendo la misma pena á todos los que tuviesen relacion con el enemigo y á los que sabiéndolo, no dieran cuenta de ello á la autoridad. Hicimos dilijencia para que cambiasen el lugar donde debiamos ir, lo que se obtuvo por medio del cónsul, yendo á «Limpio,» donde teniamos amigos. Fuimos con la familia Gutierrez é hicimos allí vida tranquila hasta el viérnes santo.

Ese dia se dió órden á todos los estranjeros para presentarse al juzgado donde se les leyó un papel en que se ordenaba, que desde ese momento no podian salir del partido sin pedir un pase al juez de paz, el que no lo podia espedir sin obtenerlo del jefe de policia que se hallaba en Luque. Esto nos ocasionó estremados apuros, porque en Limpio no habia mercado ni nada por lo que teníamos que mandar á Luque para surtirnos de todo, importaba asi esta disposicion una disimulada órden de arresto para todos los estranjeros que vivíamos en la campaña.

Nos valimos de un ardid para dar cuenta al cónsul de lo que pasaba y pedirle que por medio de la policia hiciera llamar á mi marido, proponiéndonos con su ida á Luque hacer dilijencias para mudar de residencia, lo que se hizo. El cónsul se prestó con amabilidad á esto practicándolas todas con empeño, por lo que todo se consiguió brevemente. Nos mudamos á una casa de campo situada en una isla perteneciente al partido de Luque, por lo que nos vimos obligados á separarnos de la familia de Gutierrez.

Nos ocupamos en el trabajo de la destilacion de la caña. Vivíamos aislados de toda sociedad; pero contentos por ver toda la familia reunida. Se oia á menudo hablar de prisiones, ya de paraguayos notables, ya de estranjeros y sin embargo jamás dijimos una palabra de esto á nadie, porque sabiamos era para Lopez un gran crimen hablar de las prisiones ordenadas por él.

Llegó para mi el dia fatal. El 6 de julio de 1868 á las nueve de la noche llegó á nuestra casa un soldado diciendo que el Señor jefe de policia queria hablar con el Señor Don Narciso Lasserre. . . . . .

Partió el infeliz, para no volver mas! Al otro dia temprano fué mi madre á ver al cónsul para que hiciera dilijencias á fin de saber donde estaba mi marido. Sorprendido quedó el cónsul al oir que lo creiamos preso. *C'est ce que je craignais !* esclamó.

Esa palabra sonó mal al oido de mi padre! Por qué lo temia V.? le preguntó; ¡qué es lo que hay! ó que antecedentes tiene V. de mi yerno para espresarse de esa manera?—Se cortó el cónsul; no contestó directamente; pero hizo con prontitud dilijencias de toda clase y resultó que el Sr. Lasserre no estaba preso por causa politica. Volvió mi padre con el canciller á darme esa buena noticia, la que fácilmente creí porque sabia

perfectamente que mi marido nunca se habia ocupado ni mezclado en nada y esperé. Por varias veces fuí á ver al cónsul y al jefe de policia y siempre la misma contestacion. El doce recibí la ropa que me enviaba para hacer lavar, busqué en todas las costuras y hallé dos papelitos, el uno escrito con jugo de naranja, y el otro con plomo que yo habia mandado escondido entre la ropa limpia.

El primero de estos papelitos decia: *On m'a enferme ici sans me rien dire, on me n'a pas encore laissé voir le chef de police;* el otro decia *je ne sais rien, on ne m'a pas encore interrogé.* Fuí á ver al cónsul y supe que ya no estaba mas en Luque mi marido, que en la víspera lo habian mandado hácia la capital á caballo. Sobremanera me aflijió este cambio; el cónsul hízose el ignorante, pero despues se descubrió él mismo diciendo que ya sabia lo que pasaba. Estando yo presente fueron llamados al Ministerio de Relaciones Esteriores los cónsules de Italia y Francia, y al volver dijeron que les habian leido la órden que mandaba por el telégrafo S. E. en estos términos:

«Dése á saber á los cónsules de Italia y Francia que entreguen como presos toda la jente de su casa; si no lo hacen por voluntad que se apresen por la fuerza.»

M. de Cuverbille se enfureció diciendo incendios de Lopez como acostumbraba hacerlo siempre que hablaba conmigo. Me despedí aterrorizada porque comprendí que iban á ser presos todos en jeneral. Llegué á mi casa envuelta en un mar de lágrimas, anunciando á mi padre y á mi hermano que ellos tambien tendrian muy pronto la misma suerte. Vivian con nosotros dos carpinteros franceses; á las doce de esa misma noche tres soldados vinieron por ellos y dos horas despues vinó otro por mi padre.

Al momento dí aviso de esto al cónsul, quien me contestó amistosamente diciéndome que todo el mundo caia preso en aquel dia: jueces, empleados y estranjeros son todos conducidos presos; creo que antes que llegue la noche lo seré yo igualmente y caso contrario, disponga V. de mi y de mi casa como la suya. Pasaré por alto lo mucho que sufrí en esos dias; no me siento capaz de conservar serenidad si me pongo á referir tan tristes recuerdos. Tenia entonces á mi querida madre moribunda: hice esfuerzos sobrenaturales para ocultarle mis angustias. Pasé el dia 16 esperando por momentos viniesen en busca de mi hermano, lo que no sucedió, pasando una noche mas juntos y bajo un mismo techo.

Ya le habia hecho una bolsita con ropa y algo de comer para que no saliera tan desprevenido como los otros dos. A las dos de la mañana del 19 se oyeron unos golpes desmedidos á la puerta con ruido de armas y caballos preguntando á gritos, si Arístide Duprat estaba adentro; no nos dieron lugar para abrir la puerta, la que á empujones echaron abajo descomponiendo la cerra-

dura, entraron très soldados con caras asustadas mirándonos como si fuéramos un batallon contra ellos; todo ese aparato me sorprendió estraordinariamente, pues habiendo llevado á los demas con tanta quietud no esperaba se emplease semejante bulla para con el último: nuestra calma les impuso, no dándole sin embargo tiempo á mi pobre hermano para vestirse y ménos para hacer traer su caballo. Con ironía me preguntaron si era un caballo tordillo, á lo que contesté que lo mismo seria cualquier otro, á lo que se me dijo: traemos caballo para él. Efectivamente, le acompañé hasta el patio para despedirme y ví allí que le hicieron montar en uno de sus caballos ordenándole abriese la marcha.

Al volverme para adentro oigo sorprendida ruidoso movimiento, retrocedo, salgo y llego en el momento en que ataban los brazos á mi hermano. Te atan, le dije! y él me contestó:—«coraje, paciencia, no se lo digas á mamá.» Hasta hoy ésta lo ignora; lo habian hecho bajar del caballo para esa operacion y encontrándose así, difícil le era volver á montar. Le traje una silla y dije al sarjento: inútil es que V. ate á mi hermano, mientras vivan su madre y su hermana tiene V. en él un cordero. Que si las dos moriamos, entonces si se cuidase de él que él sabria vengarnos. Procuraba siempre despedir con serenidad á mis pobres mártires para evitarles la triste impresion de tan cruel momento, pero esta última vez fué ya demasiado, no pude ya contener un acceso de dolor, desde aquel momento lloré contínuamente siendo mi vida la de una estátua. Fui al cónsul quien se compadeció mucho de mí aparentemente. Sé del modo como lo han tratado á vuestro hermano, me dijo, como que su prision no habia sido ordenada por Lopez sino hecha por abuso del sarjento. Mas tarde supe que habian llegado á la estacion del ferro-carril como á las tres de la mañana, estando allí á su espera el jefe de policia Sanabria, quien le hizo remachar dos barras de grillos despachándolo en seguida con un sarjento para la capital, para ser conducido de allí á San Fernando como á los demás. El cónsul me ofreció su casa para vivir en ella, para no vivir aisladas ya que me quedaba sola con mi madre; le agradecí mucho su buena intencion, no aceptándole en ese momento, por motivos particulares, pero le dije, que le aceptaba para cuando hubiese algun motivo, que entónces iria á ponerme bajo su techo y la proteccion que por tan repetidas veces habia tenido la bondad de ofrecerme.

Ofrecióme tambien ser el intermediario para mandar mis encomiendas á los presos, y creyendo que irian mas seguras con el sello del consulado, aceptó con agradecimiento, preparando al otro dia un cajon que mandé para el primero que fué preso. Pasé sin noticias hasta el 22, dia en que fui á ver al cónsul para consultarle, si no seria bueno que para el 24 de julio (1)

(1) Cumple años de Lopez.

pidiese la libertad de mis presos; le gustó mucho la idea, y haciendo mucho misterio dijo, que habia un asunto muy grave de mucha importancia, al cual se referian las prisiones que habian tenido lugar aquellos dias. Qué es? le pregunté, parece V. aflijido, dígame lo que hay. Una gran conspiracion, me contestó con aire teatral, y como eso era lo que yo menos esperaba como cosa totalmente imposible en el Paraguay, me reia. Es una broma le dije, pues nunca creeré que los paraguayos sean bastante guapos para animarse á conspirar, y los estranjeros escusado es ni pensar que se puedan haber metido en nada: bien sabe V. como yo que son ovejas y no tan tontos para meterse en una revolucion que á ellos no les importa nada. Espero me dijo, que pocos serán los comprometidos, pero hay algunos como *Posoly* y otros que son buenas piezas y muy entrometidos en todo.

Discutí con él como si fuera un hombre que teniendo sus cinco sentidos podia ser sombra de becerro en esa conspiracion, que suponia una farsa: pero aun cuando sea cierta tengo las mayores esperanzas que pronto los mios serán puestos en libertad porque ellos jamás han oido hablar de tal cosa ni metidose en nada.

Me retiré para hacer mi súplica, la que mandé el 23 al cónsul exijiéndole el cumplimiento de su palabra, enviándosela á Lopez.

Pasé algunos dias á esperas de una resolucion, en uno de estos vino el cónsul y me dijo que no habia mandado mi papel porque el soberano habia dicho que no podia recibir súplica ninguna, que estaba muy furioso y que valia mas aguardar hasta el 16 de octubre. (1) Me chocó la manera sencilla é indiferente con que alargaba el martirio de los pobres presos, prision que como yo, él creia tan injusta. Se lo dije obteniendo por contestacion que no veia otro aniversario mas próximo.

Preparé otra encomienda, y el sirviente que la llevó me dijo que la habia depositado sobre la primera, que hacia quince dias tenia en su poder y que aun estaba por mandar. En esos dias fué el cónsul á visitar á Lopez á su campamento. A la vuelta me dijo que todos los mios estaban buenos, que no precisaban de nada, que esa mala mujer de quien ya he hablado se habia constituido en protectora de todos los presos estranjeros, que les mandaba hasta cigarros y carne como tambien ropa para algunos que la precisaban: nótese que esto me lo decia despues que el Sr. Presidente habitaba ya las Lomas ó Villeta y ahora sé que antes de su huida de San Fernando habia concluido ya ese verdugo con todos los presos. Si el cónsul estaba engañado no lo sé, lo cierto es que á mi me engañaba.

(1) Dia en que fué electo presidenle Lopez.

Seguí mandando encomiendas, y cuando se presentó la cañonera francesa en Angostura, tuvo el señor cónsul por segunda vez que volver al campo de Lopez, pasando, antes de partir, á mi casa para hacerme saber que el ministro francés residente en Buenos Aires Mr. Noél, mandaba la cañonera, en busca de los franceses que fuesen dignos de alguna consideracion. Le contesté que en esa ocasion todo francés por pocó que valiese era digno de todo interés, pues, se trataba de sacarlos de una prision segura ó de morir de hambre. Le pregunté si tenia la certeza de que viviesen los mios, porque habia mandado al ejército varios espias los que me habian dicho que no existian. Motivo fué este para que el cónsul se impacientase por mis preguntas, y me dijo varias veces que no sabia como esplicarse para convencerme; que ellos y los otros tambien presos, estaban no solamente vivos, sino muy buenos y bien tratados. Que respondia con su cabeza de las tres personas de mi familia, lo que me hizo decirle, que en ese caso me quedaba en el Paraguay, pues si me iba temia la venganza de Lopez, por lo que podia yo hablar abajo. Que me resignaba al sufrimiento de todo lo que nos podria sobrevenir si subiamos la Cordillera, pues no dudaba que pasaria muchas miserias. Me contestó que él no creia que Lopez ejerciera venganza sobre los presos porque yo me fuera, pero que no me aconsejaba lo hiciese, porque no habia nada que temer de la ida á la Cordillera, que de un dia á otro y cuando menos se pensase entrarian los enemigos, no dando ni tiempo á recibir las órdenes para mudar de lugar. Que en cuanto á él, habia recibido órden del ministro francés de no moversé de Luque sino para volver á la Asuncion. ¿Y sus súbditos, le dije, no tendrán proteccion de vd. contra la órden de salir, en virtud de que vd. no se mueve de acá?—Sobre eso el ministro no me dá instruccion ninguna, pero, puede vd. estar sin cuidado, no irá á la Cordillera. Si recibe alguna órden avísemelo al momento, para decirle lo que debe hacer; y se retiró.

Al otro dia vino un frances, llamado Theofile Yante, á despedirse de mí, ofreciéndome dinero y almidon porque sabia que no partia para Francia, y que de eso iba á necesitar. Agradecí la oferta y aceptándola para el caso de que me fuese posible mandar buscar la del almidon, pues me habia olvidado mencionar aquí que el dia 12 de Agosto habia el señor gefe de policía mandado en busca de todos mis caballos y que los abastecedores me tomaron las mulas, de modo que tenia solo el carro, del que no podia hacer uso sino cuando encontraba quien me prestase mulas. Ese frances me dijo que el cónsul les aconsejaba á todos que se quedasen en el Paraguay, haciéndoles mil reflexiones; que muchos no iban por lo caro del pasaje, que á él le habia ofrecido prestarle dinero, pero el tenia como costear su viaje. Estrañé mucho esto, porque siempre

habia oido decir que vapores de guerra mandados á propósito como en esta ocasion, no cobraban pasaje, ni cosa alguna por los que se embarcasen en ellos. Nada he sabido de como se arreglarian, lo que sé es que no fueron algunos por no tener como pagar su pasaje, ni aquí ni en Francia. Cuando volvió el cónsul de llevar á los pocos que se fueron, entró á mi casa diciéndome, que me traia una buena noticia, por la que me iba á alegrar mucho. S. E. le habia hecho decir que podian escribir á los presos. Fué para mi una fiesta; le averigué lo que sabia en particular de cada uno, y me dijo que no estaban muy comprometidos, nombrándome doce de los que al parecer lo estaban mas; me contó una porcion de cuentos sobre ciertas declaraciones de unos y otros, menos de los mios y por fin, me ofreció mandarme el proceso de la conspiracion para que yo viese y me cerciorase de la existencia de ella, cosa que no me resolví á creer. Para desechar hasta la sombra de esa idea, bastaba saber que entre los que se hallaban presos como conspiradores, se encontraban los mios. Si hay declaraciones de los mios, sí acepto, le dije, porque estoy ansiosa de conocer el rol que les han hecho jugar; si no hay nada de ellos, no quiero leer esa sarta de invenciones.

Por mas esfuerzos que hizo para convencerme, encontraba siempre verdades sangrientas con que contestarle, probándole que todo era una comedia ó una trajedia inventada para robar la aduana, y confundir al mundo entero sobre la segura pérdida de esta guerra, demostrando ser ocasionada por traiciones, cuando la causa importante era hacer desaparecer los empleados que le servian para que quedase el secreto encerrado en la persona que mandaba. Ya se ha visto la prueba clara de que yo tenia razon, pues hasta hoy sigue degollando á todo el que ha tenido su confianza ó malogrado sus instrucciones reemplazándoles con ignorantes que poco tiempo despues de ejecutar sus órdenes puntualmente son lanceados, so pretesto de que cometen esos horrores de su cuenta, y por estupidez. ¡Oh! política la de Lopez tan clara y á la vez tan oscura. Es preciso que los paraguayos que te siguen sean atraidos como lo son por las miradas de esa mala mujer (1) que te ha embrutecido y te tiene como una marmota jugando al papá con tus Lopecitos, mientras ella juega á la presidenta y á la jenerala en jefe del ejército, rodeada de sus bonitos jenerales con los que despacha sus oficios, y á los que apalea cuando son demasiado coquetos, disponiendo asi de todo á su antojo y capricho, hasta jugar á las muñecas con los diplomáticos estranjeros. Ese es el ánjel de Mr. de Cuverbille y de Mac-Mahon á quien convirtió

(1) Madama Linch.

en cariñoso ayo de los Lopecitos, segun se dice; es la que envuelve á todos en esa tela de araña, de la que no saben salir, pereciendo hoy en los mayores tormentos, cuando no son ya necesarios, y para lo que no falta una acusacion de querer socorrer con víveres y dinero á los brasileros prisioneros, para cuyo efecto sirven las naranjas ágrias.

Escribí tres cartas, y para enviarlas fuí á lo del cónsul á saber donde se debian mandar, indicándome para ello la policia. En la conversacion que tuvimos ese dia me dijo que corrian dos versiones, la una era que los traidores habian robado cinco millones de patacones de la aduana, y la otra era que Lopez hacia correr esas voces para cargar con el tesoro: faltaba saber á donde se hallaba. Desconfié de esa conversacion hecha en su casa en alta y clara voz, donde habia criados y espias, y recordé entónces lo que el señor Yanté me habia dicho respecto á Mr. de Cuverbille: «Il nous á vendus, madame, « je le sait; la fin fera voir que notre consul á été notre espion, « il dit un jour devant plusieurs français: «il ne tien qu'á « moi d'étre milionnaire: on m'offre un million de ma signa- « ture: j'ai refusé;» eh bien! madame, il á acepté, je vous « en réponds: autrement le gouvernement français ne se- « rait pas trompé sur la véritable sort des Français; méfiez- « vous de lui, il nous laisserá perir ici, il nous a vendus.» Yo lo quise defender, porque lo creia incapaz de una bajeza hecha á propósito. Sin embargo contesté con franqueza y alto, que el tesoro viajaba en ese momento y se hallaba refugiado en un montecillo de «Caacupé». Me habló allí de sus temores diarios respecto á su prision, á lo que le contesté que no temiese semejante cosa, que quien bailaba la galopa cada vez que ganaba Lopez una victoria estaba libre de ello, que inter hubiesen bailes podria estar tranquilo, sin ellos no respondia. Me despedí y fuí á llevar mis cartas y encomiendas al gefe de policia, retirándome en seguida á la quinta. El 2 de Diciembre fuimos con la señora de Gutierrez á visitar la señora del cónsul Italiano, y estando allí llegó un hombre trayendo carteles en los que se ordenaba á todos los nacionales y estranjeros fuesen á la capital á sacar todo lo que quisiesen de sus casas, porque desde el dia 6 del mismo mes quedaba prohibida la entrada para todos. Aprovechando de esta órden, mandé sacar licencia á un sirviente francés para ir con el carro en compañia de la señora de Gutierrez, fué á la ciudad haciendo uso de la órden, y á quien entregué las llaves de mi casa para sacar y traer de allí algunas frioleras.

Llegaron allá, y no pudiendo la señora de Gutierrez entrar en su casa sin la presencia del juez porque no tenia las llaves, pasó á la mia, no pudiendo tampoco allí hacer uso de las llaves por encontrar vencidas todas las cerraduras, fué á duras penas y pasando por encima de una pared que pudo entrar el sirviente

y abrir las puertas. La señora de Gutierrez entró, y cuando se disponia á almorzar se presentó allí el Juez La.... quien se puso furioso por haber entrado ella en casa ajena. Para satisfacerlo le mostró un papel que yo le habia dado y las llaves, y sin embargo. ¿De donde sacó vd. esas llaves? le dijo. La dueña me las ha entregado, contestó la Sra de Gutierrez. Cómo es que existen esas llaves, cuando yo he tenido que mandar hacer estas (mostrándole un manojo de llaves) para poder entrar? Será por que no las han pedido, contestó la señora, y se habrian ahorrado vds. de hacer llaves falsas, que es cosa de ladrones. Solo en el Paraguay se ven semejantes cosas! Yo no tengo la culpa, señora, dijo el Juez, lo he hecho por órden del Gobierno. De allí pasaron á otros cuartos á buscar lo que yo habia pedido, que fué unas damajuanas de vinagre, ya no existian; una caja de cigarros, ya ninguna habia; unos libros, no quiso que me los trajesen por que eran franceses ó ingleses, y que él no los entendia. Pidió á la señora las llaves de mi escritorio, diciendo que dos cajones solamente habia podido abrir, y que por no romper los otros habia dicho que nada contenian. Pues siga vd. diciendo así; le contestó ella, no le daré las llaves. Así por el estilo, todas las personas que fueron, encontraron que el Juez tenia llaves falsas y habia entrado por todas partes. La señora de Gutierrez encontró todos los almacenes vacios, los muebles de su cuarto descompuestos, un armario y un escritorio roto. A esto decia el Juez que él no tenia la culpa, que todo lo hacia por órden del Gobierno.

Volvieron á la quinta el dia seis de Diciembre. La misma tarde el sarjento urbano de nuestra compañia pasó por todas las casas á dar órden de desocupar el partido. No vino á mi casa, ni á la de Gutierrez; mandé mi sirviente á preguntarle si yo no estaba incluida en esa órden, me mandó decir que iba á preguntar al gefe en Luque, que al otro dia me contestaria; efectivamente vino á decirme que el Gefe Politico, que era el que ordenaba la salida, me mandaba decir que á los estranjeros no podia ordenar nada, que lo único que yo podia hacer era sacar pase de la policia para salir á la cordillera. Mandé avisar de esto al cónsul, que me contestó que no me moviese hasta recibir órden formal; quedé olvidada con la señora de Gutierrez en esa quinta, sin embargo me aflijia ese silencio y mandé á lo del cónsul á que me prestase unas mulas que me habia ofrecido: me hizo decir que en ese momento no las tenia, que un carrero habia desaparecido con ellas, que la policia estaba avisada, y que, lo que volviesen estaba á mi disposicion; le preguntó al serviente si yo queria las mulas para hacer el viaje de las cordilleras; no señor, le dijo el otro, la señora no ha recibido órden ninguna. Oh! órden, órden, la señora aguarda órden como si no supiera que el Sr. Presidente quiere ser obedecido en sus deseos! El se vengará si no le hace

el gusto, y de la manera mas terrible. El sirviente le replicó que él mismo así me lo habia aconsejado; «así es Cristo, dijo, pero ahora seria mejor que partiese sin órden, por fin, que haga lo que quiera, ella es la que sufrirá por su capricho.» Vino á contarme todo eso el criado, entonces me decidí á mandar el carro con unos pocos trastes á «Atirá» á casa de una amiga; para no estar tan desprevenida si llegase la órden, mandé buscar las mulas al otro dia, pero se encontró que toda la casa estaba abandonada. Mme. Anglade y Ducasse el cocinero, que eran los únicos habitantes del consulado le dijeron que las mulas no volverian ya, que el Cónsul habia ido á «Peribebuy» con una carreta cargada, que habia llevado una cama, y habia dicho que iba á pasar las fiestas del 25 allá y volveria muy pronto.

Sabiendo esto me quedé en silencio aguardando órdenes; pasé así hasta el 1° de Enero; á las 12 llegaron dos sarjentos trayendo órden para que se presentasen los hombres de mi casa en la comandancia de Luque, la señora de Gutierrez estaba en casa con toda su familia, de manera que se encontraban en casa tres hombres, mi sirviente que era un francés Luis Ribieré, el dependiente de la casa de Gutierrez, argentino, Juan Benitez y un español cocinero, Antonio Camban; los despaché con un papel dando satisfaccion al comandante sobre la estada de esos hombres en mi casa, los mandó al momento otra vez con órden de que nos aprontaramos para hacer á la mayor brevedad el viaje á la cordillera.

Los mandé que buscasen por el campo unos caballos viejos, pero en cuanto salieron, cayó un torrente de lluvia espantoso que les impedió recojer los animales; á duras penas se encontraron dos caballos de la Sra. Gutierrez, una mula y dos yeguas flacas y ajenas; nos pareció imposible partir desnudas y sin comida; hicimos un último esfuerzo: la Sra. de Gutierrez mandó mi sirviente con una carta á Mr. Chapperon, cónsul de Italia, que nos habia hecho siempre mil ofrecimientos, pidiéndole nos prestase mulas ó bueyes para llevar algo en nuestra ida; él contestó por escrito, que le era imposible mandarnos animales porque no se los podriamos devolver; lo llamó en particular al sirviente, y le dijo que, Mr. de Cuverville habia llegado esa misma noche de Peribebuy, que me dijese que Lopez habia milágrosamente escapado de los enemigos, que ya estaba refujiado en las cordilleras, que los brasileros habian derrotado completamente el ejército paraguayo y tomado todos los presos vivos; entonces le contestó el sirviente, «seria bueno que Mme. Lasserre se escondiese por dos dias, si están los presos libres pronto estarán acá.»

«Eso es mas delicado, no sé que aconsejarle, pero me parece mejor que cumpla la órden mas bien que de esponerse á ser maltratada por los espias, supuesto que antes de quince

dias todo estará concluido.» Cuando supe esto tomé aliento; contentas subimos á caballo con un atadito cada una, conteniendo dos mudas de ropa interior, y fuimos, llegando á las dos de la tarde del 2 de Enero, á la comandancia de Luque, escoltadas por dos soldados armados. Nos recibió el comandante con cara de vinagre, preguntándonos cual de nosotros encabezaba la casa, le mostré á mamá, le preguntó por qué no habiamos desocupado el partido antes de ese dia, le contestó que no habiamos tenido órden.

—Pues debian haber salido sin órden, dijo. Se acabó el interrogatorio, escribió un pase que dió á un sargento urbano viejo á quien nos entregó para llevarnos á la Policia de Peribebuy; yo las alcanzaré en el camino, me dijo el comandante con amabilidad, pues desocuparé este punto esta misma tarde con toda mi jente.

Efectivamente, estaban los restos de las tropas y los pocos urbanos que habian quedado todos reunidos en la plaza con sus ataditos esperando la última órden. Seguimos al sarjento, llegamos á eso de las cuatro al nuevo arsenal de «Yuquerí.» Habia un gran vaiven, estaban pasando máquinas en canoas, y cargándolas en wagones; en fin era una mudanza completa. Fuimos á dormir á tres cuadras de allí en una casa desocupada.

Como á las once de la noche oimos un barullo de caballos y jente, se bajó un oficial herido contando su jente, y llamando á cada uno por su nombre, no contestaron ni la mitad, casi todos habian huido; nos preguntó qué jente éramos, pidió que le dejásemos poner su hamaca debajo del galpon, fué admitido, se acostó, se hizo lavar una herida vieja llena de gusanos, y desde su hamaca mandó espias y apostó centinelas. El ruido fué tan contínuo desde esa hora, que no pudimos dormir, llegaban soldados urbanos de todos lados á reunirse, y amanecieron allí mas de cien almas; llegó el comandante de Luque á reunirse tambien allí con alguna jente; pasaron los wagones cargados de trastes de los *arsenaleros*, siguiéndole como 60 oficiales del arsenal y algunos ingleses; nos dieron órden de marchar; mandé ensillar los caballos, no faltó uno, seguimos nuestro camino en medio de la soldadezca, que llevaba aguardiante que tomaban todos en el camino, así fuimos andando hasta pasar la estacion de Areguá, allí nos paramos en una casita aislada á descansar, hice matar una oveja; mientras se cocinaba empezó á llover y siguió sin descanso una fuerte lluvia toda la noche, teniamos muchas esperanzas de que el ejército aliado nos alcanzase allí, hice hacer la enferma á la señora de Gutierrez para ganar tiempo, pero á las ocho de la mañana se mejoró el tiempo y no hubo mas disculpa, teniamos que montar á caballo, y dirijirnos hácia el paso de Reventon en la Laguna Ipacaray en Tacuarales, estaba muy crecido pero no conociamos el peligro que

ibamos à correr. Vimos embarcar jente en una canoa: mandé mi sirviente para ver como era y traernos otra vez la canoa, volvió muy pronto, y creimos que todo el trabajo seria para el pasaje de los caballos; nos embarcamos, y llegada la canoa á cierto punto arrimáronse los animales, los volvieron á ensillar en el agua, y de la misma canoa subimos á caballo.

El sarjento no sabia el paso y nos iba guiando, á veces todo su caballo se hundia en el agua, nosotras que estábamos atrás queríamos evitar esos malos pasos, haciamos una vuelta y nuestros caballos se metian hasta el anca, saliamos y caiamos en un nuevo precipicio, esto nos asustó de tal manera que mi sirviente se puso delante y á pié para tantear los pasos; rato por rato lo veíamos desaparecer y surjir de nuevo buscando mejor camino, así anduvimos en duda si nos ahogaríamos ó no, durante tres horas: cuando llegamos al puente, mamá se desmayó, habiamos pasado sobre el agua las peores horas del sol, las angustias que padecíamos las unas por las otras nos habian alterado á tal punto que mamá al reponerse de su desmayo fué atacada por una fiebre muy fuerte.

Despues del puente habia mas agua que pasar para llegar hasta la casa de Da. Luisa Gelly (1) donde habia una guardia paraguaya; allí fuimos á hospedárnos. Esa misma noche iban y venian gentes de la estacion de Tacuarales, trayendo todo lo que podian de las ropas y alhajas, encontradas en una cantidad inmensa de baules, que unos oficiales paraguayos habian deshecho só pretesto de que los enemigos no se aprovechasen de su contenido; al otro dia no amanecieron la mula y uno de los mejores caballos, por suerte pasó una carreta donde coloqué á mamá y fuimos andando como dos leguas hasta otra casita abandonada; llegamos en el momento en que pasaba gente y soldados gritando—los enemigos, los enemigos,—tuvimos un buen rato de esperanza; en el tropel, un soldado nos robó un atado con cinco hamacas finas, lo seguimos, y se le quitó el robo; se disculpaba diciendo que lo llevaba para que los negros no lo aprovechasen. No pude menos de reir: algunas veces los paraguayos son rateros muy graciosos.

Al otro dia de estar allí vino un sarjento á quitarnos otro caballo, de modo que nos quedamos con un solo animal para cinco personas; no sabiamos que hacer para movernos: de allí ese sarjento, me dijo que tenia facultad de tomar de cualquier persona su ropa, su poncho, y por fin todo lo que se le antojara, que le agradeciesemos su bondad: se despidió. Nos decidimos á mandar á nuestro sarjento á pedir auxilio de

(1) Tia carnal del General D. Juan A. Gelly y Obes.

carretas. Se fué desde allí hasta Peribebuy, y durante su ausencia me enfermé de un tabardillo que redundó en chucho. A los tres dias estando todavia muy mala, un sarjento estraño nos ordenó subir á la Cordillera. Subió mamá sobre el único animal que nos quedaba, y fuimos todos los demás caminando á pié por primera vez.

Llegamos á la cima de la cordillera como á las diez de la mañana, hicimos un caldo, ya me principiaba el chucho, cuando se apareció el sargento, que nos habia tomado el último caballo, diciendo que nos traia una carreta; me pidió mi nombre y el de todos mis compañeros de viaje, despachó el papel á Ascurra, tomó unos bueyes cansados que volvian del servicio, los unció á una carreta de mala muerte, nos ordenó subir; marchamos yo muy enferma y mamá tambien, iban dos soldados delante y dos detras; así nos llevaron como presos sin descanso ni escusa; muy tarde ya se ordenó un alto. Allí llegó el sargento que tenia nuestro pase, con órden del Gefe de Policia de sacar carretas de ausilio de partido en partido hasta llegar á Peribebuy, se hablaron con el otro, pero el que nos llevaba no nos quiso entregar al primero; y nos llevó de carrera hasta Peribebuy, nos hizo pasar por Caacupé, que nos causó una horrible impresion, nunca habia pensado ver una miseria tan espantosa, un conjunto de toda clase de infelices, entre una fetidez que me obligaba á taparme las narices, desde la Boca de la Picada hasta Peribebuy, pues el camino estaba sembrado de jente y animales muertos.

Llegamos á Peribebuy el 11 de Enero; despues de un largo interrogatorio de los dos sarjentos nos constituyeron presos afuera, en frente de la guardia. Dos franceses me vinieron á ver, y me contaron que el Cónsul despues de haberles prometido que no desocuparia Luque, se negó á protejerlos en el último momento, diciéndoles que el consulado no era posada, que despues los habia venido á visitar, y á despedirse de ellos diciendo, que habia alquilado una casa y que volveria dentro de quince dias para protejerlos mas tarde, que esa noche lo apresaron con Carlitos que iba como secretario del Cónsul Italiano, y que mediante este último, que rompió los palos de un cercado, se escapó el dichoso señor de las garras de Lopez. Mas tarde otras personas pidieron verme, no se les permitió el hablarme. Así pasamos la primera noche tirados en el suelo.

Al otro dia amaneció muy enferma la chica de Gutierrez, pedí un médico, me lo mandaron, dijo que ante todo era preciso curarnos á lo menos ocho dias, pues estábamos en muy mal estado, y ver si podiamos salir á buscar un cuarto: fuí á ver á Solalindes, que me negó toda asistencia y con bastante dureza me dijo, que no pararia en Peribebuy; me retiré. Ese dia tuve el chucho tres veces. El sol era tan

fuerte aquel dia que casi me mató. Solalindes dió órden al cabo de rehusarme todo lo que pidiese, porque no queria ser molestado por mi: dormimos otra noche allí, al otro dia pregunté si podia mandar lavar ropa, me contestó que nó, que á las doce del dia me despacharia para Ihú.—¿Y por qué me manda V. allí? le dije.—Es órden del Gobierno, me contestó.—¿Y cómo iré? A pié me dijo, mirándome como un tigre. Le repliqué, que era muy estraño que despues de haberme quitado todos los caballos me mandasen á pié tan lejos; me contestó que el estado no tenia carretas para mi servicio; reflexioné un rato y le pedí licencia para salir por la poblacion á comprar algunos animales ó alquilar carretas, consintió. Salí mas muerta que viva, recorriendo por primera vez en mi vida casas estrañas como una limosnera, preguntando por caballos y carretas; me corrian las lágrimas, apesar de los esfuerzos que hacia para serenarme; me fué imposible encontrar nada. D. Benito Rolon que se compadeció de mí fué á comprar un caballo, y un soldado me buscó una yegua; ya eran tres animales, pero no era suficiente y no sabia donde ir á buscar otro, fuí á casa del ministro Falcon á decirle lo que me pasaba: él me aconsejó fuera á ver al Juez del Partido y le suplicase me diera una carreta; fuí, me recibió muy bien, y me prometió la carreta; al otro dia me hizo comparecer Solalindes para hacer mi pasaporte, me preguntó que con qué condiciones fuí á pedir carretas al Juez:—alquilada, le dije, porque no pediré limosna sino cuando no tenga un real.—Bien, me dijo, V. pagará 8 pesos por la carreta de la gefatura hasta llegar á su destino, así lo pongo en el pase. Le pedí que no destinase á los sirvientes, que los dejase libres de seguirnos ó no, no quiso y los puso en el pase acompañándonos como residentes en Ihú. Subia la carreta á la hora del chucho el 14 de Enero, para San José, que era donde debíamos de mudar el vehículo. Fuimos sin tropiezo, allí el jefe nos acomodó bajo de un galpon y nos despachó á las 11 del otro dia, muy amable.

Marchamos para Ajos muy enfermas todas, llegamos, nos pusieron en un galpon. Cual no fué mi sorpresa cuando me ví en medio de una porcion de señoras de la capital; á todas les pregunté qué hacian allí; me contestaron, preguntándome qué era lo que hacia yo; les contesté que era destinada á Ihú. Y nosotras tambien, me dijeron. Dormí cerca de la señora de Arias, que tuve el honor de apreciar esa misma noche como una de las mejores paraguayas; fué tal su bondad que la tomé un cariño de hermana, que no se ha desmentido hasta el presente; me animó mucho y me curó, y mediante ella reviví.

El otro dia lo pasamos en Ajos; allí supe que muchas estrangeras estaban destinadas tambien. Fué entonces que

conocí el motivo de la órden de destierro del 2 de Enero hecha en Azcurra. Al segundo dia se prepararon carretas y nos despacharon en grupos para Carayaó, tratando de asustarnos terriblemente, pues nos veiamos ya enterradas con carreta y todo; pero no habia mas que resignarse. Efectivamente llegamos á los dos dias frente al tal estero que pasamos volando: habia sido tal el susto que habiamos tenido antes, que nos pareció un disparate y nos reimos mucho de nuestros temores. Fuimos llegando al Tasatyny que pasamos en canoa, allí vino el juez de Carayaó á buscarnos para colocarnos en casitas cerca del rio, aguardando que nos viniese á buscar en carretas para conducirnos á la Capilla, que dista dos leguas; nos recomendó á los dueños de casa que fueron muy atentos, y al otro dia mandó 6 buenas carretas á buscarnos.

Llegamos á Carayaó, nos dió cuarto, se nos ofreció en todo, nos sirvió como un caballero, su nombre es Nicolás Larrosa. A mi en particular me obsequió por haber sido antiguo amigo de mi hermano, se lo agradecí doblemente por que ya habia recibido muchos desprecios por ser de familia de traidores, y él me obsequiaba en recuerdo de uno de ellos. Allí estuve enferma, casi á la muerte. Salimos al otro dia de ese pueblo para Santa Ana, jurisdiccion de San Jaoquin; llegamos sin tropiezo. Allí ya no habia mas que tres carretas, que apenas podian sufrir la carga; tuvimos que aguardar diez dias. La señora de Gutierrez recibió estando allí una encomienda de Mma. Linch con una carta, que no me quiso mostrar; mas tarde estando ella enferma, tuve que revisar los papeles y viendo mi nombre en uno de ellos lo leí, en ese le decia, que ella se hacia mucho mal hablando en sus cartas de las señoras de Duprat y Lasserre, que su intencion no era influir en nada sobre sus amistades, pero que no podia menos de decirle lo mal que hacia pronunciando nuestro nombre; «quiero creer, decia, que esas señoras ignoran la parte que han tomado sus esposos en la conspiracion, pero le diré las declaraciones de los mismos criminales: El Sr. Duprat padre, ha sido uno de los mas activos conspiradores, espia brasilero en correspondencia con el Baron de Villa Maria; se encontraron muchas cartas escritas por él muy comprometedoras, pero S. E. quiso cerrar los ojos sobre esto, y lo dejó en libertad; el Sr. Lasserre, agente peligroso de la conspiracion, ha recibido una gran cantidad de dinero de la aduana para sostener varios conspiradotes y ha mandado abajo una fuerte suma; por fin el Sr. Aristide Duprat habia sido escojido entre los conspiradores para clavar el puñal asesino en el corazon de la augusta persona de S. E. Ya puede V. figurarse el mal que V. se hace estando en intimidad con ellas; si no fuera eso estaria ahora al lado de su esposo». Esto era decir que yo tenia la culpa si Gutierrez habia sido arrestado.

Como ya dije, ignoré esto algun tiempo; á los diez dias seguimos el viaje, nos depositaron en otro lugar llamado la «Escuela»; allí no habia cuarto ni galpon; permanecí bajo la carreta con el chucho, empezó á llover, no hubo donde resguardarse, casi morí de resultas de esa mojadura, pero yo queria vivir á todo trance para volver á ver á mi Narciso. Creo que en muchas circunstancias la esperanza me ha salvado.

Tuvimos que permanecer en ese lugar aguardando carretas, entonces vimos una casa vecina, nos hospedó en un galpon todo abierto; y allí estuvimos viviendo un mes y seis dias. Los sirvientes de la señora de Gutierrez se disgustaron, el mio estaba con las piernas miserables de sarna, de modo que en los últimos dias me determiné á hacer un esfuerzo é ir al *rebusque;* esto es, á buscar la vida. Subí sobre un caballo que un poco de peso hacia bambolear, y fuí pasando aguas y barro, cayendo y levantando á ver si encontraba algo: volví con ocho espigas de maiz y tres mandiocas; la carreta vino por fin, que nos tenia que llevar hasta la capilla; los caminos eran horribles.

La ascension del Cerro fué muy dificil para las carretas; pero no encontramos tropiezo. Llegamos á San Joaquin á las doce de la noche, el Juez nos recibió bien, nos dió un buen cuarto, nos ofreció descansar y lo que quisiésemos, no aceptamos deseosas de llegar á Ihú, porque se nos acababa el dinero, y seguimos hasta allí al dia siguiente, tardamos dos dias en el viaje, y entramos á la capilla el 21 de Marzo de 1869. Nos hospedaron las señoras de Rolandi y Susini; nos presentamos al Juez, que nos recibió perfectamente, nos inscribió como pobladoras, y nos dijo que podiamos caminar sin pase hasta una legua, al rededor de la capilla, que buscasemos pronto capueras, (1) ó sino que nos haria dar terreno para sembrar, que él nos proporcionaria toda clase de semillas, y nos retiramos.

Al otro dia vinieron unos sargentos del partido, queriéndonos obligar á ir personalmente al monte á cortar palos para hacer cujas, hice uso de mil mañas para no ir, pero era una continua mortificacion. Eramos todavia señoras delicadas y nos veiamos tratar peor que esclavos, por los que tenian órden de hacernos sufrir. Me fuí á quejar al Juez, quien me dijo, que no podia intervenir en lo que hacian los sargentos, que éramos pobladoras y que estábamos sujetas á hacer las obras públicas como las hicimos. Estando allí fué que supe el contenido de la carta que mencioné. Al instante me separé de la señora de Gutierrez, creyendo que mi compañia podia causarle perjuicio, esperaba que Mma. Linch la atenderia sino viviamos juntas.

Fuí á vivir en una casa retirada de la capilla como una legua. Bajo ciertas condiciones me daban de comer;—mi sirvienta me

(1) Chacra.

habia abandonado, porque no podia comer sin sal y porotos. Como yo no tenia otra cosa que comer, tuve que sujetarme á lo que allí me daban. Mi sirvienta buscó su vida donde pudo, nosotros fuimos á esa casa; allí enseñaba á leer y escribir á cuatro niños: por gusto ayudaba á la señora en los quehaceres de una casa de campo; le cobré mucho cariño porque atendia á mamá con mucha delicadeza, observando la misma conducta durante los cinco meses que fuimos sus huéspedas—nunca me olvidaré de esa campesina, de maneras nobles y bondadosas, reuniendo en sí todas las cualidades de una gran señora, que aunque en camisa y haciendo toda clase de trabajos, puede sin recelo ocupar un buen lugar en un palacio. Me la figuro siempre con su sonrisa buena y su porte gracioso y magestuoso á la vez, trayendo á mamá el almuerzo á la cama. La muger que describo es una paraguaya, una escepcion, se llama María Ana Paredes de Villagra, nacida y criada en Ihú. Esa mujer me hizo pasar el tiempo sin sentirlo: estábamos bien, muy bien: hasta el principio de Setiembre no ocurrió nada de particular.

El 2 ó 3 de ese mes aparecieron unos 12 soldados gordos, bien vestidos, sobre caballos regulares; se desconfió de ellos, pero por fin se admitieron como paraguayos de Lopez, se les festejó, pedian cintas amarillas y verdes para adornar sus sombreros, todas las señoras se las dieron. El oficial que los comandaba tuvo una conferencia con el Comandante de Ihú, le dijo que su cuerpo se componia de 500 hombres, que buscaban al Presidente, que él habia venido á ver si el camino estaba limpio, que tuviese la bondad de darle un hombre para despachar un aviso á anunciar que podian caminar, que no habia tropiezo. Así se hizo, pero el oficial dijo, que habian salido de prisa de Villa Rica, porque los enemigos estaban atrás, que si hubieran alcanzado su tropa estarian ya derrotados; que no podia asegurar cuales se presentarian primero, en caso de que fuesen los enemigos, aconsejó al comandante se rindiera ó escondiera en los montes. Se despidió y se fué con sus hombres, dejando la poblacion en una gran emocion.

El sacerdote de San Joaquin mandó un propio á decir, que él se preparaba á recibir los enemigos: se llamó á junta á los paisanos. Se pusieron guardias y en la duda de que vinieran paraguayos ó brasileros, se fueron calentando los espiritus hasta el punto de declarar sin mas noticias, que se aguardarian á los enemigos con bandera blanca, para evitar que bombardeasen el pueblo. El Juez hizo reuniones donde se enseñaba á hacer manifestaciones mas dignas de los libertadores de la patria, y por ese estilo llegó la locura hasta preparar coronas con los colores brasileros para recibir aquel ejército. Hubieron personas entre las destinadas que ofrecieron en altas voces vengarse del Comandante. El lo supo y creyendo real-

mente que lo harian matar, gritó que él iba á buscar al Presidente y que se vengaria de las destinadas y en particular de dos familias; obligó al Juez á seguirlo infundiéndole miedo de Lopez y de los enemigos. De este modo partieron todos dejándonos solas.

A la noche volvió el Juez con una órden para que las destinadas caminasen hácia Curuguaty, pero estaba ese hombre tan asustado y apurado, que ni juntó la jente para darles la órden, la dió á algunas personas que se hallaban en la vecindad con órden de pasar la voz á las demás, y él se mandó mudar á todo galope; la voz se esparció, pero como no habia quien representase la ley y obligase á marchar, pocas personas se movieron.

A los dos dias vino un sargento mandado por el Juez, diciendo que él estaba aguardando á la gente en el arroyo Ibicuy, que nos diésemos prisa en ir, que sino él obraria de otro modo; muchas destinadas habian marchado con él, muchas se pusieron en camino para reunírsele, por fin las últimas nos pusimos en marcha lentamente aguardando de hora en hora un movimiento.

El Juez siguió su camino en los montes; nosotras teniamos la disculpa, si acaso era ejército de Lopez el que venia, de que considerábamos al Juez como huido, puesto que él partia por delante cuidándose poco si lo seguiamos ó no, y si eran aliados estábamos salvadas. Así fuimos dando lugar al tiempo.

Dos de entre nosotros escribieron al Comandante del ejército que venia suplicándole que si no pensaba llegar á Ihú prontamente, mandase alguna fuerza para custodiarnos: un jóven paraguayo llevó la carta, lo apresaron, lo lancearon, pero murió sin descubrir los autores de la carta.

Por fin llegó una punta de caballeria comandada por el capitan Aquino, un mulato renegrido, que llegó por el camino donde estaban las familias arrimadas al monte, á todas las agasajó mucho, diciéndoles que se fuesen á su casa, que el Juez era un traidor que las queria llevar al enemigo, que no podia existir órden de Lopez para nuestra salida puesto que no se sabia de él.

Todas muy contentas volvimos á nuestra casa y á nuestros trabajos. Yo no presencié los bailes que hubieron en la capilla en los cuales no se dieron vivas. Los soldados pedian cintas de los colores del imperio, los oficiales no eran reconocidos por los soldados, ni estos entre si se conocian. Llegó la cosa hasta tal punto que las partidas volantes, que hacian descubierta, cuando se encontraban, se apresaban, y hasta se mataban considerándose espias brasileros unos á otros.

De unas conversaciones que tuve con varios de ellos, deduje que eran heridos escapados del combate, que al salir de algunos montes habian formado un cuerpo: la misma incertidumbre que ellos mostraban daba mucho que pensar.

A los ocho dias de estar entre nosotros, hubo una reunion general so pretesto de nombrarse un nuevo Juez; todas acudimos, nos reunieron en un cuarto, allí nos contaron: despues entraron preguntando cual era nuestro partido: en seguida llegó un convite para baile so pretesto de que faltaban algunas señoras. Este modo de tratarnos alucinaba nuestras ideas. Como á las cuatro tocaron llamada, nos formaron en línea y separaron las viejas, las de media edad, señoritas, señoras casadas y estrangeras, todas en grupos separados; entonces principió á enojarse un sargento con las estrangeras, porque no entendian el guaraní, llamándonos en burla Pernambuco-cueva; ofreció cuarenta palos á la que no estuviese en línea, separó 50 viejas, y las mandó á presentarse en seguida, llamó despues todas las estrangeras, nos apuntaron; me llamó á parte y me dijo con tono áspero; «vd. señora retírese hasta segunda órden; llamó á un hombre y le encargó que atendiera á que los dueños de casa nos hicieran trabajar la tierra, me despidió, me fuí á casa, pasé la noche trabajando para la dueña de ella. A media noche oimos un gran ruido y era que los soldados acababan de irse; amaneció la capilla en silencio, esperamos en Dios que las apuntadas no partirian y fuí á ver á mamá. A la tàrde supe, que habian venido dos espias á llevar todas las apuntadas hácia San Joaquin á presentarse al general Delgado, fué allí donde las madres pidieron por sus hijas, y fueron atendidas. Les ordenaron volver á San Antonio, mandar llamar cada una sus familias y partir al otro dia para Curuguaty.

Unos estranjeros llamados Juan Benitez, argentino, Antonio Cambone, español, y José Vidal, que habian sido tomados como soldados, fueron despachados como acompañantes de esas señoras con plazo de 10 dias para presentarse en su destino. Quedamos las de Ihú en un continuo sobresalto; los espias iban y venian, agujereaban casas, sacaban miel y comestibles en unas, en otras pedian con instancia ropa, comida, cualquier cosa, que se les antojaba, hasta que se las daban; todos los dias carneaban vacas de los particulares y destinadas, por fin el 19 de Setiembre, llevaron todos los animales que quedaban en el partido y á las 10 de la noche llegó una partida volante con órden de arrear las destinadas á lanzasos hasta Curuguaty. Nos alistamos al momento y nos presentamos. En cuanto supo mi antiguo sirviente la órden, aunque á él no le tocaba por ser residente, pidió con instancia acompañarnos, estaba enfermo, pero no hizo caso de lo que le decia y se puso en marcha con nosotras.

Partimos de Ihú á las doce de la noche, y caminábamos como podiamos por pantanos, arroyos y cargadas. Yo no tenia para el camino sino quince libras de almidon, una libra de azúcar negra, tres libras de grasa y un puñado de sal:

éramos tres personas para vivir con esto, quien sabe cuanto tiempo; llegamos á un punto donde no ya sabiamos el camino, nos habiamos juntado como 30, nos acostamos en medio campo hasta amanecer, nos levantamos al alba, vimos el campo sembrado de partidas volantes levantándose, descubrimos un caminito y lo seguimos, buscando las que tomaban mate, no teniamos entre todas medio para hacer fuego, al fin dimos con una partida mejor provista, nos sentamos á almorzar, tomamos mate y una torta, que fabriqué á la ligera, nos juntamos con otras tropas que sabian el camino y con el sol ya fuerte llegamos á una casa cerca del paso Ibicuí, donde todas cocinaban. Hice buscar carne entre la concurrencia, siquiera para el sirviente, que no se acomodaba con torta sola, pero nadie me quiso vender, la señora de Leite Pereira viendo mi apuro, me dijo que mi sirviente podia comer de la carne que cocinasen los suyos, le agradecí sobremanera y acepté su oferta. Me puse á cocinar una sopa que inventé, la invité á partirla conmigo y aceptó. Desde ese momento, fuimos siguiéndonos en todas partes, comiamos juntas, dormiamos juntas, y no nos hemos separado mas. Tuve el gusto de conocerla íntimamente y de apreciar de cerca á la paraguaya, que se habia espuesto tantas veces á la ira de Lopez, socorriendo á los aliados oprimidos.

De alli caminamos hasta el arroyo, pasando el estero; mojé mis botines; todos me decian que tendria que descalzarme: me los quité y al momento que pisé en el suelo descalza me dió un dolor de muelas terrible. Pedimos al sargento que nos hiciese pasar el arroyo para reunirnos con otros compañeros que habian ido adelante y accedió; nos mandó que durmiesemos en unas carretas vacias que las destinadas á Caaguazú habian tenido que dejar allí. A eso de las once de la noche llegaron unos cuantos soldados, que metieron bulla, ordenándonos al momento pasar el arroyo, diciéndonos que si el alferez nos encontraba alli á la vuelta de su ronda seriamos lanceadas. Les informamos del motivo por que dormiamos allí se apaciguaron un poco y nos contaron que ellos venian de Caraguaty mandados por el mismo Lopez á buscar las destinadas con órdenes muy severas de lancear á las que se cansaran en el camino ó que pareciese de mala voluntad.

Asi pasamos el arroyo Ibicuí á la una de la mañana; me habia vuelto á calzar y desde esa hora caminamos por sendas en un monte espeso sin ver nada, entrando y saliendo del camino; me cai en unos posos muy feos, porque iba adelante para evitar que mamá tropezase y ayudarla á salir de aquellos hoyos, donde dejé primero un botin y no muy lejos el otro. Caminé asi en medias hasta que alcanzé las compañeras que estaban fuera del monte; todavía no amane-

cia, no se nos dejó descansar, y se hizo levantar á las otras amenazándolas lancearlas. Seguimos la marcha; entramos al amanecer en otro monte y no nos separamos hasta salir de él. Serian las dos de la tarde, ninguna de nosotros habia tomado un mate todavia: alli era el punto fijado para aguardar ese alferez que habia ido hasta Ihú á ver sino habia algunas destinadas resagadas. Efectivamente llegó; apenas habiamos prendido fuego cuando cayó un aguacero espantoso, que recibimos sin pestañear; cuando pasó, las que tenian ropa se mudaron, nosotros no nos secamos hasta dos dias despues: pasado la lluvia nos dormimos. La señora de Leite sufrió mucho, yo no sentia nada, parecia de hierro.

Al amanecer lloviznaba. Se ordenó la marcha, apretadas, unas con otras. Las órdenes y amenazas de avanzar llovian de atrás; pero no se podia salir de aquel barro infecto y espeso; empleamos como dos horas para salir de un pequeño trecho, entramos en otro monte por un caminito angosto con un barro colorado y resbaladizo como jabon, era de cinco leguas de largo y no descansamos hasta salir: pasamos á la tarde un puente horrible, pero con el coraje de la desesperacion salimos sin tropiezo, llovia siempre. Descansamos una hora: comimos unas tortas que habia preparado la noche antes, y seguimos hasta salir del monte; ya era muy tarde, y oscurecia cuando prendimos fuego, pero ibamos tan cansadas que no comimos por dormir; antes del dia nos despertaron. Siempre con amenazas, apenas tomamos mate, y partimos; no recuerdo bien que camino llevamos ese dia, pero salió el sol, á las doce nos paramos un momento á secar la ropa y tomar mate. A la tarde de ese dia pasaron unas mujeres y un espia corriendo y gritando: «los enemigos nos siguen, caminen, caminen.» Todos nuestros guardianes nos dejaron, y se fueron disparando á alcanzar al alferez que iba adelante, hicimos el *complot* con la señora de Leite de hacernos las enfermas y de quedarnos allí para internarnos en el monte cuando nadie nos viese; asi lo hicimos; pero siempre pasaba gente asi es que estábamos siempre en el camino, el alferez mandó 6 espias á bombear á retaguardia, nos encontraron allí, se sentaron con nosotras, exigieron que les hiciésemos de cenar, tenian mucho miedo y así que cumplieron las órdenes, lo pasaron con nosotras hasta el salir de la luna; á esa hora vino el alferez, ellos se esparcieron, y nosotras tuvimos que caminar. Los arroyos estaban tan crecidos, que nos metíamos hasta la cintura; los pasages se hacian á todo correr. Ese dia caminamos sin descanso.

En fin, marchamos así de dia y de noche hasta llegar á Curuguaty el dia 28 de Diciembre al amanecer; nos contaron, nos reunieron bajo un árbol, hicieron una lista, y nos dejaron descansar aquel dia; yo lo pasé escribiendo, todas hacian protes-

tas de amistad á Lopez en todo sentido, pidiendo unas veces perdon, otras seguir al ejército, «en fin mil bajezas innecesarias como acostumbra la gente del pais». A la noche llegó un sargento y nos hizo marchar de repente, nos asustamos mucho, pues nos habiamos formado la idea de descansar esa noche. Caminamos como 4 cuadras, se hizo alto y dormimos. Olvidaba decir, que nos dieron muy buenas raciones de carne, al amanecer supimos que Lopez habia entrado y salido esa noche de la capilla, que ese fué el motivo porque nos hicieron dormir lejos del centro. Con mucha calma, despues de dejarnos tomar mucho mate y hasta hacer tortas, se nos hizo caminar con un guia que nos llevó hasta Ygatimí, nos condujo despacio con muchas atenciones, cuidando á unas y á otras, y haciendo alto á donde queriamos: al segundo dia de marcha á la tarde pasamos el Jejuí, allí hubo apuro porque se dijo que los enemigos venian por ese rio, pero no sucedió ninguna desgracia.

Al otro dia caminamos hasta cerca de la capilla, y nos presentamos al comandante Pablo Urbieta. El 1° de Octubre nos pasó lista con cara muy ágria, delante del padre Cantero, despues de las dos nos hicieron un sermon sobre los deberes de nuestro estado, diciéndonos, que debiamos trabajar la tierra para ganar nuestro sustento, que la que se negase á hacer personalmente ese trabajo era por que queria morir; que por consiguiente se le lancearia para que concluyera. Con esta exhortacion nos entregó á un teniente para ser conducidas á Ytamaran, donde estaban acampadas las compañeras que habian venido adelante. Llovió, pero seguimos andando, llegamos á un arroyo que tenia un barrial terrible á la bajada, y otro peor á la subida, por fin arribamos á nuestro destino, mojadas, ensopadas, allí nos pasaron lista y nos ordenaron que al momento hiciésemos casa. Cual seria nuestro desaliento viéndonos tiradas en medio del monte como animales, sin recursos y con órdenes tan bárbaras, no teniendo siquiera ni donde sentarnos á descansar. Ahí me encontré con mi amiga Eugenia, cocinando á otra persona para conseguir un bocado para sus hijas, mojada hasta los huesos.

Mis sensaciones son indescriptibles, y temo tambien dejarme llevar de esos tristes recuerdos, siento poco coraje, mas tarde daré quizá una pequeña idea de nuestros padecimientos morales.

Allí me enfermé, la señora de Leite y mamá hicieron una casita donde me llevaron, tuve un acceso de fiebre pero amanecí buena, gracias á la misericordia de Dios. Salió el sol, nos secamos un poco, vino un sargento á ordenarnos ir á ver la capuera ese mismo dia, pero una hora despues vino el mayor ordenando nueva marcha. Esto fué un laberinto, nos llevaron por un monte sin camino, por fin á puesta del sol salimos de este enredo, y nos encontramos sobre un rosado, nos ordenaron arrimarnos al monte lo mas que pudiéramos, nos vimos entre una maciega

mas alta que nosotras, pero con cuchillos y palos limpiamos un rincon donde nos acostamos. Al otro dia vino el sargento á ordenarnos limpiar ese rosado, viendo que nos dábamos poca prisa en obedecerle, vino el comandante, nos juntó, nombró de entre nosotras dos sarjentas con órden de formar dos compañías que trabajarian la tierra cada una un dia, dando un dia de descanso para salir al rebusque, yo fuí escribienta de mi sarjenta. Cada mañana de trabajo iba á pasar lista, nos llevaban con nuestros cuchillos en pedazos de palo á cortar y quemar esa maciega. Venia el mayor y nos retaba por lo poco que haciamos, asi era que las sarjentas nos apurában mucho; despues de limpio un gran espacio de terreno, unas fueron mandadas á buscar ramas, otras á alinear y hacer agujeros para plantar la rama, y otras á tapar el sembrado; no habia en la sociedad mas que tres arados de hierro, los demás eran de palo, nos cansábamos mucho, pero era preciso cumplir la órden, y lo mas gracioso, era que algunas compañeras nos apuraban y retaban porque haciamos mal los agujeros, ú otras cosas por el estilo, convirtiéndose ellas mismas en otras tantas tiranas; me reia mucho de esto y las condenaba á comer toda la mandioca que saliese. Los dias de por medio saliamos á rodar dos y tres leguas, comprando mamones y bananas verdes, por fortuna miel y mandioca, por casualidad algunas patatas, y en fin, comiamos algo. Las que tenian ropa la cambiaban, y si alhajas tambien; de este modo pasamos algunos dias.

La señora Cármen Goiburú quiso que se hiciese una súplica al Presidente, á ver si nos dejaba habitar como residentes en la capilla, me pidieron consejo, desaprobé por lo que me tocaba, dejando á cada una que hiciese lo que quisiese; la hicieron y firmé tambien por que no me gusta llamar la atencion en ningun sentido, pero hubo por eso un barullo terrible. El mayor vino á retarnos de la manera mas séria, ató y apresó á la encabezante del papel, y nos prohibió formar una letra; una tarjeta que fuera, seriamos castigadas de muerte; quedamos en silencio otra vez siguiendo nuestro trabajo. Vino órden de hacer casas; una parte fué al monte á cortar palos, otra á arrancar paja y á acarrearla; yo fuí allí: otras tuvieron que alinear y fabricar los ranchos, cuando yo acarrié los palos para la mia é hice el primer agujero para el horcon principal, recibimos al alborear la órden de marchar.

Hacia dos dias que habiamos recibido órden de no salir del rosado, bajo pena de la vida, porque el presidente estaba cerca. El 23 de Octubre salimos del rosado, nos tomó el sol todo el dia, pasóse lista de dos mil catorce personas; se nos entregó á un sargento. Como á las tres de la tarde dió órden de caminar, fuimos andando como ovejas, hizo alto á la puesta del sol á la entrada de un monte, preguntó con disimulo quienes éramos, procuró conocer las principales familias, pero tenia un cuidado

especial de la señora de Leite y de mi; muchas veces hacia alto á deshoras porque deciamos que estábamos cansadas, si caminábamos de noche nos acompañaba de cerca, se enloquecia si nos perdia de vista, preguntando á todo el mundo si nos habian visto. Nos causó tanta gracia que nos escondiamos para darle que hacer. Empleamos siete dias para llegar al Spadin, debia tener órden de traernos con tanta lentitud para que nos debilitásemos en el camino; en fin, la última noche nos acostamos en el montecito antes del paso Igatimí. Cayó una lluvia espantosa: estaba con un dolor terrible de muelas, nos mojamos en grande, amanecimos sin un mate de yerba que tomar, ni un bocado de algo que comer; eran ya las doce, llovia siempre, ya teniamos verdadera hambre, la sirvienta de la señora de Leite estaba en un estado deplorable de languidez, cuando de repente abortó una burra de la señora; yo les dije que en Francia se comia burro, y que comiese el aborto al momento. Se animaron y bajo una contínua lluvia cocinaron esa carne. Mamá y la señora de Leite tuvieron una espantosa repugnancia hasta de mirar, yo cerré los ojos, pues habia jurado vivir y comí ese alimento.

A la noche no quedaron ni las patas ni el cuero de aquel burrito. Fuimos guapas para pasar el arroyo; nos establecimos en una islita cerca del rio, allí estuvimos creyendo no permanecer ni ocho dias en ese lugar; pues por momentos nos veiamos enterradas, ó salvadas por los enemigos.

Las que tenian comida no se aflijian, pero las que no tenian se desesperaban; en fin, era un desaliento sin igual. El sarjento nos juntó y nos entregó á otro sarjento que parecia no hacer mucho caso del cargo que tenia; nos dijo que podiamos buscar frutas silvestres en el monte; pero que no debiamos por eso desatender nuestra poblacion; marcó el lugar de casa diciéndonos que ese era el lugar donde debiamos pasar nuestros últimos momentos de vida, que seria considerada como desertora la que pasara el cerco y el arroyo Igatimí.

Sin mas ni mas se despidió de nosotras diciendo que iba á contar á S. E. lo mucho que ya sufriamos, que no habia ni naranjas ágrias allí, para que se compadeciese de nosotras y nos perdonase. La señora de Leite le dijo, que era escusado que se tomase ese trabajo que ya estábamos condenadas á morir de hambre, pues ya sabia el señor presidente como era ese lugar, y que por su escasez de todo lo habian escojido para nosotras. No contestó una palabra, se fué. A la tarde, se carneó una mula flaca que habia quedado empantanada; la dueña de casa no estaba tan escasa de comida como muchas de nosotras, dió una parte del animal para ser repartida entre todas.

Mi madre estaba acostada sin poderse mover de debilidad, pero no se resolvia á comer burro. Encontré un medio trozo de coco, lo pisé é hice una sustancia con la que mi madre pasó aquel dia.

El 1.° de noviembre unas mujeres que habian entrado en el monte descubrieron que habia allí una gran cantidad de naranjas ágrias, todas dimos gracias al Todopoderoso. ¡ Nos reiamos en las barbas de Lopez ! Pues con un monte de naranjas ágrias creiamos resistir hasta ocho dias. Ya veiamos llegar á los aliados en nuestro ausilio con cargueros de fariña, azúcar, arroz, sal, caballos blancos ensillados para las jóvenes i coches para las ancianas. Nos alegrábamos de antemano de la que le ibamos á jugar á Lopez.

Habia noticias cada mañana, es decir, creiamos tenerlas, pues contínuamente veiamos castillos en el aire. En fin los primeros dias mamá resistió, pero de repente se aniquiló, entónces me aflijí, lloré ; ella no quiso ser causa de mi desesperacion y se resolvió á tomar la carne de burro, pues era preciso vivir, la compré á un precio fabuloso, le hice un caldo sin sal ni nada, y lo sazoné con jugo de naranja ágria, lo tomó con gusto, comió toda la carne, i se restableció al momento.

Así fuimos pasando, pero cuando se acabaron los burros fué la desesperacion ; ya moria mucha jente, se habia elejido la orilla del rio frente á nuestra casa para cementerio, de modo que todo el dia presenciábamos esa muerte de hambre tan terrible, y aquellos entierros tan conmovedores.

Llegó el dia en que se oyó un grito de desesperacion, las naranjas ágrias se acabaron, no creiamos poder resistir hasta el momento de obtener nuestra libertad. El *pindó* era lo único que nos quedaba y tan difícil era conseguir una hacha para cortarlo como encontrar quien lo hiciera.

En fin, habia dias en que todo era difícil y en que era preciso cambiar hasta nuestros últimos trapos para no morir. Algunas mujeres guapas que andaban por los montes, pasaron esteros y encontraron otro naranjal; fué un regocijo jeneral, las esperanzas y los sueños dorados volvieron á nosotras. Comiamos una inmensa cantidad de naranjas, pero sentiamos la falta de la carne de burro: algunas familias comieron perros, zapos y serpientes. Los muchachos se paseaban flacos como esqueletos agarrando lagartos, pero la mortandad seguia llevando criaturas y viejos ; los dias de lluvia sobre todo, eran fatales; hoy amanecian yertos, helados, aquellos que ayer aun buscaban su sustento.

El 28 de noviembre se oyó un gran alboroto, corrimos á la novedad, eran los indios que venian con comestibles: todos cayeron encima, con cantidad de patacones, con toda clase de ropa para cambiar por alimento, así es que los indios se pusieron muy careros.

Solamente las que menos precisaban consiguieron de todo; en fin, eso ayudó á pasar.

Se fueron á cazar en los dias siguientes y trajeron carne muy cara. Era tal el mercado que la jente iba á dormir en los toldos.

Dos veces me estropié los piés, pues habian tres leguas de distancia, y no conseguí nada porque me quitaban de la mano lo que compraba, como es costumbre entre los paraguayos, digo esto porque eran señoras ó pasaban por tales las que andaban atropellando á las mas tímidas; las dos veces volví con los piés llenos de espinas, y no quise saber mas de los indios.

El 2 de Diciembre amanecimos con una sensacion jeneral en nuestro campamento, pues faltaban tres principales familias de entre nosotras, personas que dias antes habian dado ropa, dinero, carne, sal y alhajas en cambio de comestibles.

En la capilla estas señoras hicieron grandes beneficios, invirtiendo su dinero en compra de fincas, cuyo importe, aunque módico, proporcionaba á sus dueños con que poder atender y satisfacer las primeras necesidades de la vida; todas las que hicieron ese negocio no tuvieron perjuicio, pero algunas sí; yo era el escribano, puede calcularse cual era la formalidad de la venta. En fin, la desaparicion de esas familias nos llenó de temores que no eran infundados, pues Lopez ha dado tantos terribles ejemplos de venganza, que nos estremeciamos al pensar, que á la hora que supiese esa desercion, nos llevaria á Panadero y allí seriamos víctimas. A mas, ninguna de nosotras nos sentiamos con fuerzas para hacer diez leguas de camino. ¿Cómo habiamos de hacer treinta?

Entre nosotras no habia mas que una alternativa, morir de hambre ó morir lanceadas: escojimos la de entregarnos á los indios. Nos consultamos unas con otras y mandamos una diputacion al toldo para que trajese al indio con el fin de tratar con él. Nos arreglamos por grupos de cinco á seis familias y se convino pagar un tanto allí mismo y otra cantidad despues de estar entre los aliados. Fué una locura: á la entrada de la noche, salieron mas de 200 personas, las niñas mejores y las mas guapas.

Ya estaba lista para marchar cuando regresó la señora de Leite del toldo adonde habia ido por la mañana temprano á hacer cambio; traia un pedazo de carne, me dijo que no le parecia bien la comportacion de los indios, que desconfiaba de ellos, que yo podia hacer lo que quisiese, pero que ella no se movia. Mamá se desanimó y fuí á dar parte que no iriamos. Amanecieron muchas casas vacias, por lo que el temor nos trastornaba mas y mas. Las naranjas se acabaron: entónces la señora de Leite se resolvió á salir. Tambien llegó un soldado de la guardia que dió la voz que el sarjento habia ido á dar parte que todas las destinadas se iban: eso determinó á muchas y volvimos á hacer trato con otro indio; lo cargamos de ropa, hamacas, ponchos y nos fuimos.

Esa noche era el 14 de Diciembre: al pasar el estero me hundí; detras de mí venia la señora de Joana, que tambien se hun-

dió; pero en cuanto salvamos nos mudamos de ropa: estábamos bañadas. Al poco rato se pidió socorro, la señora de Leite, se habia metido hasta medio cuerpo en el barro, esto me pareció de mal agüero, pero seguimos al indio en silencio, nos hizo atravezar un inmenso quemado que nos desolló los piés y rasguñó las piernas horriblemente; pero seguimos sin proferir una queja; caminamos hasta media noche, alcanzamos una punta de monte, nuestro guia nos ordenó nos sentáramos en silencio y lo aguardaramos. Al poco rato llegó diciéndonos, que era mas prudente retirarnos á nuestro rancho, que la guardia habia apresado á todas las señoras que habian partido ántes; creimos que fuese una astucia del indio para robarnos nuestros efectos, pero desgraciadamente era la pura verdad; volvimos pues hácia nuestro campamento.

Las compañeras entraron antes del dia en él, pero yo no me animé á pasar el estero de noche, nos sentamos solitas con mamá á aguardar que amaneciese, en esto pasaron dos indios cargados con las cosas que les habiamos dado, se iban á sus toldos. Al amanecer pasamos, llegamos á tomar mate en casa de una vecina, ¡qué noche habiamos pasado! Ya llegábamos determinadas á morir sin movernos mas de nuestro destierro, pero no quise volver á mi rancho, saqué la cuenta que era mas prudente vivir retiradas del pueblo junto al monte, por si acaso venian á llevarnos poder escondernos. Llevé á mamá al rancho que habia abandonado doña Olivia Corvalan, que era el penúltimo, léjos de todos; la señora de Leite aprobó mi idea y vino con nosotras; ella y mamá se acostaron y estuvieron muy enfermas de resultas de nuestra aventura.

Cada dia formábamos nuevos proyectos como v. g. ir á habitar el tercer monte de naranjas; pero acordándonos de nuestras casi perdidas esperanzas no queriamos movernos del centro. Asi fuimos pasando hasta el 22 de Diciciembre: nos tomó otra vez la locura porque una señora que se habia escapado de la tropa que iba al Panadero nos mandó decir que fueramos pronto, que no habia nadie en el cerro y que Lopez al dispersarse haria cosas terribles.

Nos juntamos cinco familias; el 21 á la noche fuimos caminando, llegamos á un monte habitado por los indios, nos acostamos á aguardar el dia; á media noche empezó á llover, nos pusimos bajo unas frazadas, y nos mojamos completamente. Cuando fué de dia fui á cebar mate á mamá, hice sustancia, y vendí mi última cuchara de plata por un poco de miel de abeja, de allí partimos despues de asar unos pedazos de cuero. Ya era tarde, no habiamos hecho quince cuadras cuando nos vinieron al encuentro unas que la víspera habian caminado á lo largo y habian llegado hasta el cerro; allí habian presenciado la llegada de tres espias que se llevaron una porcion de jente.

Por segunda vez retrocedimos, caminamos hasta muy tarde,

de miedo del estero, nos acostamos en medio del campo, y amanecimos mojadas por el rocio. No sabiamos como hacer fuego para tomar un mate, fuimos por atrás á unos ranchos de residentes; apénas nos admitieron cerca de su fuego. Nos arreglamos bajo de un árbol y despues de tomar mate entré en el monte con otras muchachas á buscar frutas.

Tuvimos la suerte de encontrar un coco volteado, le quitamos el cogollo que era magnífico, nos fuimos con nuestro botin á hacer un buen caldo con cuero, comimos perfectamente, traje una flor tierna que mamá se propuso cocinar para la noche. A la tarde fui al monte con una compañera á sacar frutas, cortó ella el árbol y despúes de recojer las frutas salimos, yo por un lado ella por otro.

Le dije que erraba el camino, me contestó que no, la seguí. Siendo tan cerca la boca del monte no hice caso, fuimos andando, dió vueltas y mas vueltas, y nos enredamos en las maciegas. Cuando oscureció me dió una locura de dolor pensando en las afficciones que tendria mi madre no viéndome volver, me puse á llorar y gritar sin juicio: parecia que de afuera oian mi llanto y me contestaban. Pero como yo no cesaba un momento de gritar no oí nada, nos fuimos internando en el monte. Cuando oscureció no pude caminar atrás ni adelante, me paré á gritar, me contestaron. Esto me sirvió de consuelo, de rato en rato gritaba, me senté con mi compañera y allí aguardábamos temiendo nos asaltara toda clase de bestias.

Pasé esa noche horrible pensando en mi madre y llorando; al amanecer pegué un grito que al instante fué contestado, rompimos la maciega en direccion á la voz amiga que me llamaba, salimos, y abracé á mi pobre madre que habia pasado la noche llorando tambien; comí la cena que me habia guardado y despues de reposar un rato fui á otro monte en busca de cogollos de pindó y volví tarde.

El sol ya habia secado las pajas que me abrieron las lastimaduras que á la noche me habia hecho sin sentir, me dolieron de tal modo que llegué casi desmayada junto á mi mamá.

Me acosté, pasé el dia así, y á las cuatro de la tarde marchamos otra vez al Espadin. No me quiso recibir la mujer que me hospedaba porque estaba enferma; pasé sinembargo la noche allí, y al otro dia me alquilé para pisar palma, con el objeto de ganar un poco de harina, y á la tarde me hospedé en casa de una vecina.

Al anochecer vino la noticia que Josefa Rojas venia del cerro á buscarnos, que los brasileros estaban aguardándonos. Estábamos entre ir y no ir porque temiamos una emboscada de Lopez para concluir con nosotras. Nos acostamos muy tarde y apenas habiamos dormido, una voz nos dispertó gritando: vayan al paso, allí hay una cantidad de señoras que las aguardan. Nos levantamos rápidamente, tomamos nuestros atados y salimos.

Yo lloraba amargamente, mi madre me preguntó si creia que era Lopez quien nos hacia llevar, le dije que no, que eran nuestros salvadores, pero que para mi era la hora cruel del desengaño, que pronto sabria á que se reducian tantas esperanzas, que en ese momento me parecia haber alimentado sin mayor razon, pero le prometí conformarme á la voluntad de Dios que me salvaba de la terrible muerte del hambre. Llorando caminé hácia mis salvadores, pasamos el arroyo donde nos recibió la ordenanza del comandante Moura, que nos esperaba con palabras de consuelo al otro lado del estero; se tomaron dos espias entre nosotros que quizá estaban ya con órden de hacernos marchar.

Esto era la noche del 24 de Diciembre.

Salimos con una hermosa luna, caminamos dos leguas donde se hizo alto á tomar mate aguardando las disposiciones. Al romper el dia seguimos, ibamos tan lijero, que era imposible creerlo, pasando por alto los incidentes de un viaje que haciamos con placer y temor.

Llegamos á la guardia, allí fué que oí decir al comandante que todos los presos habian muerto; fué un golpe terrible, pero me aluciné todavia. Caminamos todo el dia sin cesar; el suelo era fuego, el dolor de los piés nos desmayaba; pero el afan de salvarnos era mas poderoso, hicimos un esfuerzo y nos presentamos al Príncipe y su estado mayor, quien nos manifestó con el mayor interés y nos dió las muestras de la mas sensible compasion.

Dos franceses me ofertaron su casa, que acepté con agradecimiento, pues me encontraba tan sola y tan desamparada en el mundo, que mi salida á la vida me hacia llorar.

Nos hicieron pasar á la ayudantia jeneral para inscribirnos; en seguida pasamos al patio á aguardar racion de carne, sal y fariña. Estando sentada allí vinieron unos señores, conversaron conmigo, entre ellos mi distinguido huésped el señor coronel Pinheiro Guimaraes, que me pidió algunas notas: á él es á quien dedico este triste recuerdo de mis desgracias, las que él me ha hecho olvidar tan amenudo en los dias que he tenido la dicha de pasar bajo su techo hospitalario; las mas delicadas atenciones, los mas atentos cuidados han sido empleados por él y todos sus compañeros, para hacernos olvidar nuestra reciente agonia.

(Firmado)—*Dorotea Lasserre.*

P. S. Llegadas á Curuguaty tuve la triste certeza que los tres de mi familia fueron ejecutados en San Fernando, mi hermano el 9 de Agosto de 1868: mi padre y mi esposo el 22 del mismo mes.—En una parte me parece haber escrito Paso Pucú, en lugar de San Fernando: no tengo tiempo de revisar.

Dorotea Lasserre.

Terribles revelaciones del Sacerdote Fray Basilio de Bagnalia

Cuyaba, Noviembre 12 de 1869.

Cinco años de tormentos
Incesantes y sin tregua
Por causa tan solamente
De la Iglesia y de Jesus

Muy reverendo padre General.

Despues de veinte y tres años de un apostolado lleno de fatigas en las regiones mas meridionales de la América, y siendo esta la primera vez que tengo el honor de dirijiros mis homenajes, lo hago con viva alegria lleno de reconocimiento hácia la bondad divina que me ha arrancado de la muerte y me ha librado de las manos de tiranos mas feroces que lo que fué la Sinagoga para la Iglesia de Cristo.

En esta narracion, corta, pero exacta, vereis de una parte la divina misericordia y de otra, la maldad humana llevada á un grado tal, que parece sobrepasar los límites de lo verosimil. Es verdad que se trata de hombres que solo la imágen tienen de humano, y que no siguen otras leyes que sus salvajes instintos. Me refiero á Lopez y á Sanchez, su cómplice, rodeado de una turba de sanguinarios secuaces. Desde 1865 hasta el dia, estos bandidos han sacrificado millares de familias, con el único fin de apoderarse de sus bienes. El número medio de las victimas es de 20 ó 25 por dia. Un dia, en el campo de Caraguatay, el sacrificio fué de 1000 hombres y de 70 mujeres. Allí fueron muertos 30 sacerdotes, y el obispo diocesano, Manuel Antonio Palacios.

Principio mi relacion:

A principios de 1865 me encontraba, por órden de mis superiores, en la ciudad de Miranda, en las fronteras del Brasil y del Paraguay, para encargarme del cuidado de 3000 indios, entre los cuales habia construido una iglesia, dedicada á nuestro fundador, gracias á la confianza del Obispo de Cuyabá, del gobierno y de las poblaciones del lugar; era yo al mismo tiempo cura, delegado episcopal y visitador en la vasta division eclesiástica llamada *Bajo Paraguay*.

Por este tiempo una horda de Guaranies, mas furiosos que los Caldeos, invadió este municipio, tan floreciente en otro tiempo, y hoy tan desgraciado. Por do quiera pillan, queman, matan. Los pobres habitantes, tanto indios como civilizados, tomados de sorpresa y desarmados, huyen ante los vándalos, abandonando todo por salvar su vida. Se me rogó, á mi que era el pastor, que me quedase para proteger el resto de los habitantes en caso de invasion.

Dije con San Martin, como debia hacerlo: ***Domine, si populo tuo sum necessarius, non recuso laborem.***

Llegaron; me presenté á ellos, la cruz sobre el pecho, pidiéndoles gracia para mis neófitos y mis feligreses. Me respondieron que la órden que habian recibido de Lopez, su gefe, era de devastar todo, y de conducir lo que pudiesen coger. Y despues de haber visto, como Jeremias, la destruccion del templo y de las casas, perdí la libertad. Me llevaron junto con la Vírgen y los feligreses que escaparon de la matanza. Veinte y seis bandidos armados é implacables me obligaron á partir bajo una lluvia torrencial.

Despues de seis meses, durante los cuales no se perdonó ningun insulto á mi persona, ninguna ignominia á mi carácter sacerdotal, hasta el punto de despojarme de mi hábito relijioso, llegué á su capital, la Asuncion, agobiado y lleno de oprobio. Allí encontré uno de mis compañeros, el R. P. Anjelo de Caramanico, arrastrado tambien él de mi municipio, como prisionero.

Se nos encerró á ambos en un horrible calabozo, sin alimentos, sin luz, sin ninguna comunicacion entre nosotros. Este calabozo estaba lleno de culebras que se paseaban por mi cuerpo, que yo tocaba, y que me servian, por decirlo así, de lecho; pero, fuera del horror, no me hacian daño alguno. R. P. no puedo describiros la intensidad del martirio que aquí he sufrido. Pero Dios, para sostenerme, se dignó mostrarme, como á Exequiel, su santa gloria.

....Cuántas veces no he oido de los lábios del Cristo que, dia y noche tenia en mis manos estas palabras: ***Super ipsum autem efflorebit santificatio mea!***

La inmensa cantidad de insectos asquerosos de que estaba llena mi inmunda fosa, el horrible rozamiento de las serpientes, me llenaban de horror y me quitaban el sueno.

En fin, despues de muchos meses de este suplicio, á media noche, en mi fosa, transformada de repente en capilla, ví á mis santos patrones cuyas imágenes habia apercibido algunos dias antes en la pared.

Me hablaron en nuestro idioma, pronunciaron el nombre de Jesus y acusaron la crueldad del tirano.

Permanecí allí quince meses.

Un dia, un sicario desenvainó la espada para cortarme la cabeza. Le supliqué que me perdonara por el amor de Dios, ya casi muerto de hambre, de sed, de debilidad y de todos los tormentos.

En seguida el prefecto de policia me hizo comparecer, y con una familiaridad grosera, me reprochó el haber servido al Emperador del Brasil cuando vivia en sus estados.

—No es al Emperador del Brasil á quien he prestado estos servicios, le repliqué, sino al Emperador del cielo.

Entonces me dió una apariencia de libertad, y me hizo atravesar la ciudad, con los cabellos crecidos y desgreñados, y cubierto de harapos; fué una vergüenza sin igual, pero *initium dolorum haec.*

Pedimos nuestros pasaportes para irnos: se nos los rehusaron. Indignado de nuestra audacia, el tirano nos envió al destierro, á través de los bosques; al P. Angelo á Acahi y á mí á Caacupé. Abrazé por última vez al P. Angelo y lo dejé en la mitad del camino.

En Acancapé se me encerró en una cabaña sin techo, sin ningun alimento. Solo una pobre esclava brasilera, prisionera como yo, me daba á ocultas una parte de las limosnas que le hacian damas compasivas. Asi pasé catorce meses.

Al cabo de ese tiempo, el ejército brasilero derrotó las tropas de Lopez en Villeta (500) heridos paraguayos vinieron al lugar en que yo me encontraba. El cólera se declaró en la ciudad, que encontré abandonada de todos. La pobre esclava murió sin que me fuese posible socorrerla; en efecto, con nadie podia comunicarme.

El tirano me hizo transportar entonces á Perybebuy, donde fuí arrojado á una especie de cloaca tan inmunda y tan horrible, que los negros mismos no podian vivir allí sino muy pocos dias. Era una carniceria continua. Salian de allí todos los dias cadáveres de paraguayos y estranjeros muertos por el hambre, por el palo y por la espada. Triste espectáculo, pero *initium dolorum haec.*

Ocho meses despues el ejército brasilero pasó las Cordilleras, atacó las fuerzas de Lopez, las hizo pedazos. De mi cabaña oia el silbido de las balas.

Se me sacó entonces del calabozo y se me condujo al medio de 4000 bayonetas, rodeado de 20 lanceros, para ser muerto en el momento en que tuviese lugar el encuentro de los dos ejércitos.

Esta era la costumbre del tirano!

Marché con 18 pobres señoras, víctimas hácia el sacrificio con un haz de leña en las espaldas, mudo, con los pies descalzos, y bajo el fuego de las injurias de estos miserables que solo esperaban el momento de saciar su sed de sangre.

El ejército brasilero se aproximaba.

Los verdugos dejaron el camino carretero para tomar un sendero. Ya se oian silbar las balas.

—Nuestra hora ha llegado, me dijo una de mis compañeras de infortunio, Ana Casal.

—La hora de nuestra libertad, la respondí lleno de confianza.

Un oficial paraguayo atravesó las filas y dijo al verdugo:

—Deja esos pobres prisioneros, pues el enemigo se acerca.

—No puedo, replicó el verdugo; mi consigna es matarlos aqui.

Hablaba aun cuando principió el fuego.

El verdugo, sea por salvarse, sea por perdonarnos, emprendió la fuga.

Apenas libres mis compañeros, llenos de terror, echaron á correr por el bosque. Lleno de alegria, me refugié en un bosquecillo, esperando que pasase la bandera brasilera, símbolo de mi libertad.

Despues de cinco horas de un nutrido fuego, las fuerzas brasileras derrotaron los 4000 paraguayos que nos conducian.

Las damas y yo atravesamos un profundo foso. En seguida vi soldados brasileros: los conocí porque estaban vestidos, mientras que los soldados de Lopez, estaban enteramente desnudos. Les hablé en su idioma, y al momento me preguntaron si era brasilero.

—Lo soy, respondí.

—Y sacerdote, agregó Ana Casal.

—¡ Sacerdote ! esclamaron, ¿ y cómo os llamais ?

—Soy el cura de Miranda.

—¡ Oh ! Padre Mariano ! Se nos habia dicho que habíais sido asesinado. Pero hace rato una dama paraguaya que hemos libertado nos dijo—Apresuraos; id á salvar al padre Mariano. Esos caníbales van á inmolarlo.

Entonces me prosterné en el campo de batalla y entoné con todo mi corazon el *Te-Deum*.

¡ Era el 16 de Agosto, dia memorable ! en el campo de Barreiro. *Fué el dia de mi libertad.* Al siguiente, me presenté al conde D'Eu, gefe del ejército victorioso.

El campo estaba sembrado de cadáveres de los salvajes que, la víspera misma, se hallaban dispuestos á atravesarme á lanzasos.

Qu persequebantur justems demergisti eos:

En seguida volví á la Asuncion, donde encontré á mis cofrades, limosneros del ejército brasilero, que me dieron un hábito para cubrir mi desnudez.

De allí, volví aqui, donde he aparecido como un resucitado. Fui muy bien acojido por todos, especialmente por mis escelentes amigos el Obispo y el Gobernador de la Provincia. Monseñor celebró en persona una misa en accion de gracias por mi libertad.

El pobre padre Angelo ha sido muerto por Lopez en Abril de este mismo año en Azcurra.

Perdono de todo corazon á estos hombres, tanto mas cuanto que todos los que me han causado daño han muerto: mis perseguidores, han perecido de una manera espantosa:

Per qu peccat quis, per hoc punietur.
Pido humildemente vuestra paternal bendicion.
Soy vuestro humilde é inútil servidor.

FRAY MARIANO DA BAGNALIA.

Vice-Prefecto de las Misiones de Mato-Grosso en el Brasil.

Interesante carta

DIRIJIDA AL Sr. CUELLAR, PRESIDENTE DE LA CORTE SUPREMA DE BOLIVIA SOBRE EL MARTIRIO Y MUERTE DEL REDACTOR DEL « CENTINELA » Y LOS PADECIMIENTOS DE SU FAMILIA.

Santa Cruz, Enero 10 de 1870.

Sr. Dr. D. Basilio de Cuellar.—Sucre,

Mi muy respetable señor :

No pude contestar á su apreciable carta en el correo anterior, por haber salido á encontrar á Merceditas que llegó el 26 del pasado. La relacion circunstanciada que esta hermana desgraciada me ha hecho de la suerte de su esposo y los sufrimientos de ella, dan por resultado que Lopez es el mayor malvado que ha producido la naturaleza. Los referiré, no solo cumpliendo con los deseos de vd. sinó llenando el sagrado deber, que impone el síncero cariño que vd. le tenia á Tristan, lo mismo que á Merceditas, á la que no dudo compadecerá vd.

Así que llegaron á la Asuncion, dió Tristan á la prensa algunos artículos de fondo, que bastaron para que se captase las simpatias de ese gobierno. Empero, esto fué el preludio de sus futuras desgracias, porque desde entonces le trazó la forma y manera como debia dar á luz el *Centinela*, que publicó contra sus sentimientos hasta el dia que fué preso,—ni como evadirse, porque la negativa parecia importarle su desaparicion.

Poco tiempo despues se trasladó la capital al pueblo de Luque, distante tres leguas de la primera, y de allí solicitó la gracia de establecerse en Aregua, cuatro leguas mas adelante, por la necesidad de los baños medicinales, que allí se encuentran, y con la condicion de que bajaría á Luque en las fechas que debiera salir el periódico ; la peticion fué admitida, el ferro-carril le proporcionaba la celeridad de sus marchas continuadas al referido Luque y aun hasta la Asuncion.

La guerra obligó á Lopez á retirarse á San Fernando, punto medio entre Humaitá y Asuncion, y en ese pueblo forjó el horri-

ble plan de que los paraguayos, bolivianos y estranjeros habian robado al tesoro nacional 3.000,000 de fuertes, con el objeto de fraguar una conspiracion, teniendo por base el asesinato del tirano, y desde ese momento principiaron las matanzas.

Se apresaban cada dia cientos de paraguayos y estranjeros llevándolos en seguida á bordo, donde los martirizaban del modo mas bárbaro. Llegaban á San Fernando y se les tenia un mes sujetos á distintos tormentos, en los que se les obligaba á firmar declaraciones que les presentaba un tribunal inquisitorial; confesando haber sido cierta la conspiracion y recibido dinero para llevarla á cabo. Hecho esto, á unos los lanceaban, á otros les descuartizaban atados á cuatro mulas, etc., y ninguno era pasado por las armas.

En el mes de junio del año pasado, el boliviano Vaca fué llevado á San Fernando: los demás paisanos se consideraron ya en capilla. Tristan decia á Mercedes: no sé que hay; haz promesas, la crisis que atravesamos es fatal. ¿Por qué temer? ¿No estoy sirviendo con mi pluma al mariscal? ¡Le daria vergüenza tocar mi persona!

El tiempo avanzaba. Mercedes es nombrada comisionada para entender en una ofrenda que el bello sexo presentaría á Lopez en su cumple años; con tal motivo venia frecuentemente de Aregua á Asuncion para verse con Madama Linch, querida de Lopez, quien era la que dirijia tales ofrendas.

Tristan venia á Luque los dias martes á dar á luz el periódico, y el 13 de julio que estuvo, Mercedes pasó á la Asuncion y en esa misma fecha llama la policia al Dr. Gutierrez, al padre Basiliano, á D. Juan Padilla y á Tristan, los meten abordo y los ponen en cepo de lazo, que consiste en atarles las manos por detrás y estirarles las piernas con dos lazos hasta medio rasgarlas, teniéndolos sentados abajo en el suelo. Llegan á San Fernando y á Tristan le sueltan á los cinco dias; escribe á Lopez solicitando una entrevista y no recibe contestacion. Al sesto dia amanece encadenado y el tribunal quiere que absuelva el interrogatorio que se le presenta; se le condena al tormento de prensa á todo el cuerpo, pide la muerte; pero en vano, pasa tres veces por el martirio, su espíritu desfallece por los dolores y al fin firma la declaracion que se le presenta, y sale por último para ser lanceado despues de haberse negado, protestando con la energia de un valiente ser absolutamente inocente, y haciendo un esfuerzo sobrehumano grita, asegurando que su firma ha sido arrancada por el tormento y que el cielo castigará la injusticia de su muerte.

Mercedes, que pasó á la Asuncion el 13 de Julio, como tengo dicho, fué retenida por Madama Linch seis dias, acariciándola del modo mas tierno: al fin la deja marchar encargándole un recuerdo para Roca. Llega á Aregua, nadie le dá razon de su esposo: regresa á Luque y nada sabe: pasa á la Asuncion y la

maldita madama Lynch rehusa verla: ruega, llora y se desespera porque se le permita pasar á San Fernando y todos le vuelven la cara porque ha incurrido en el crímen de traicion: se vá á Aregua, y el Juez le toma á su llegada dos declaraciones en dias distintos sobre el armamento que debe tener oculto su marido, lo mismo que 35,000 pesos en metálico: contesta que ignora todo esto, y que se le calumnia á Roca, porque si tal cosa hubiera habido, seria sabedora. Al siguiente dia de la última declaracion se le presenta el juez y le confisca los cortos intereses que le habian quedado; la vota de la casa y hecha llave á las puertas.

La infeliz se refujia en frente, y suplica se la admita; pero la dueña de casa rehusa recibirla, porque teme morir; pasa algunos dias en un corredor con sus dos hijitos, y embarazada de dos meses. Al fin se le devuelve únicamente su ropa, y vendiéndola poco á poco consigue no morir de hambre: se le concluye aquella y desde entonces come cinco naranjas, unos dias con la corteza, raspándole solamente el zumo, con sus dos hijos, y otros dias nada; otros come afrecho de yave, y seria no acabar referir sus padecimientos.

Se da órden que la poblacion de Aregua desocupe este punto, y sale Mercedes á pié, metiéndose por fangos hasta la cintura; llega á Azcurra y despues de seis meses sale al encuentro de madama Linch, que se presenta allí: le ruega le avise la suerte de su esposo, y le contesta secamente que habia muerto; pasan pocos momentos y la hace llamar Lopez á su campamento, situado á la orilla del pueblo; se aflije, duda de salir de allí con vida y se resuelve á ir acompañada de sus hijos; se presenta al tirano, que la recibe tomándola de la mano y le brinda una silla, sentándose él sobre un zurron de yerba; entonces poniendo á uno de los chiquillos sobre sus piernas, tiene lugar el diálogo siguiente:

—Señora, siento mucho conocerla peregrinando: yo la he de sostener con dignidad en el Paraguay mientras viva.

—Aunque veo la imposibilidad de volver á mi patria, deseo regresar á mi país.

—Regresará vd. señorita, y allí la sostendré con dignidad.

—Ojalá, señor, no se haya obstruido el camino de Currumbá.

—Regresará vd. á Santa Cruz, y allí tendré el placer de que me convide con una copa de limonada.

—Roca me hará falta en Bolivia.

—Usted no ha sabido aconsejar á su esposo, ni á vd. ha sabido dirijirla su confesor, ese fraile Basiliano.

—Señor: Roca solo se ha ocupado en el Paraguay en servir á V. E. y el padre Basiliano ha dirijido mi conciencia muy bien.

—Yo he hecho lo posible por salvar á su esposo; pero él no me ayudó. Cálmese vd., es vd. muy jóven y encontrará otro esposo.

—Ya el mundo, señor mariscal, ha muerto para mí.

—No me agrada disentir con las señoras. Señorita: ¿le han devuelto sus intereses?

—No, señor.

—Haga vd. una presentacion sin decir que yo se lo he dicho.

Se retira Mercedes; hace la solicitud que jamás se le proveyó. Estando en Azcurra se aproximan los aliados y se dá entonces la órden de que el pueblo se retire á Caraguatay: á este punto parte siempre á pié por entre fangos, y muy próxima á desembarazar. Luego despues tiene lugar un horroroso combate en el promedio de uno y otro pueblo. Lopez abandona el campo, dando órden de que las familias que no sigan al ejército, sean degolladas: al cumplirse esta inicua órden avanzan los aliados y salvan al pueblo. Inmediatamente estos proporcionan cuarenta carruages para las familias que quieran volver á la Asuncion: á Mercedes le toca uno, y regresa hecha un esqueleto, y con solo unos harapos con que cubria sus carnes, despues de haber muerto de hambre su chiquillo, que dió á luz en Caraguatay, porque sus pechos no daban leche. Supo al partir que Miguel Zarco, esposo de nuestra hermana Mariquita, habia sido lanceado por órden del mismo Lopez en el centro de la cerranía con los únicos cuatro paisanos mas, que habian podido sobrevivir Luis Antonio Justiniano, Manuel María Buellar (hijo del señor D. Nicolás), un tariñejo Mareño y un mozo mas.

Llega Mercedes á Asuncion el 10 de Setiembre último, y por Fr. Jerónimo Bechi, italiano, y D. Adolfo Layer, paraguayo, ambos amigos de Tristan, quienes milagrosamente escaparon de los suplicios de San Fernando, vino á saber que el 22 de Agosto del año pasado tuvieron lugar las ejecuciones del malogrado Tristan, paisanos y del amabilísimo P. Fr. Basiliano. Los dos citados arriba presenciaron estas muertes, segun le relato á vd. en esta. A fines de setiembre entra á la Asuncion el Sr. David Oronenbolt, yerno del Sr. D. José Suarez, que marchó de esta ciudad con negocio, y muy recomendado para que buscara á Mercedes y la trajera. En efecto, este señor la ha sacado, prestándola en su marcha mil consideraciones. En Corrientes murió uno de los chiquillos, y solo ha llegado acá Merceditas, que es lo mejor. Los niñitos aun no los ha visto su madre por que estan en Santa Rosa. Mercedes sigue convaleciendo, y al saber que yo le escribia á vd., me ha encargado lo salude de su parte, y esprese su sentimiento por la muerte de la señora Romana.

Concluyo, señor, asegurándole, la buena voluntad que le profeso, juntamente con Teodolino, como su afectísimo y A. S.

Zacarias Rivero.

Adicion.—Se me olvidaba decir á usted que cuando madama

Lynch retuvo á Mercedes seis dias, fué para que ayudase á coser dia y noche á otras estranjeras, que habia hecho llevar á su casa con este objeto.—*Z. R.*

Importante declaracion de D. Manuel Palacios

De la secretaria del cuartel general de Lopez, y uno de los fiscales encargados del proceso de su madre.

A bordo de la cañonera *Iguatemy* en el puerto de la Asuncion,
20 de Marzo de 1870.

Deseando dar una cumplida satisfaccion de mi conducta cerca de Lopez, desde que he estado cerca de él: paso á esponer todo lo que ha pasado á mi respecto, lo mismo que cuanto ha llegado á mi conocimiento y de alguna importancia considero.

El 7 de Mayo del año 1865, por órden del ministro de la guerra Venancio Lopez, fui llamado al servicio del telégrafo eléctrico, en donde he servido hasta fines del 67. En esta época me hallaba en la estacion de Paso-Pucú, cuando me llamó Lopez, y me dijo, que entonces habia poco trabajo en el telégrafo por que la línea, que habia del ejército para la Asuncion habia sido cortada por la caballeria enemiga y el telégrafo no funcionaba sino dentro de las trincheras, y que me iba á llevar á su cuartel jeneral para darme alguna ocupacion. Por este motivo dejé mi oficio, fuí allá y anduve mas de tres meses sin ninguna ocupacion, si no es mandarme una que otra vez á buscar noticias en el telégrafo, especialmente cuando habia movimiento en el campo enemigo.

Mas el 26 de Febrero del 68, creó Lopez una secretaria nombrando secretario jeneral al despues ministro de guerra y marina Luis Caminos, y oficiales primeros de esta secretaria al hoy coronel Aveiro y á mi; al secretario jeneral dió la graduacion honorífica de coronel y á nosotros la de sargento mayor. Al ponerme en posesion del empleo, me encargó de recibir los telégramas, que vinieran para él, cuando estuviese dormido, ó fuera de su cuartel; si trajeren novedad, tenia órden de hacerlo recordar luego por los ayudantes del servicio para entregarle, y sino esperase á que amaneciera.

Como el sitio se habia hecho sentir con fuerza sobre el ejército, no siendo bastante la via del Chaco, Lopez se resolvió á abandonar su campamento de Paso-Pucú, pero antes de hacerlo habia querido ensayar un asalto á los dos encorazados, pues

decia Lopez, que si se lograba tomar alguno, en quince dias concluiria la guerra. En la noche del 2 de Marzo mandó algunas canoas con órden de abordar los encorazados, que hacian la vanguardia en Humaitá; la espedicion no tuvo buen resultado, entonces volaron los sueños dorados de Lopez y se vió obligado á abandonar Paso-Pucú.

En la noche del 13 de Marzo del mismo 68 pasamos á Timbó, y de allí seguimos para Monte Lindo y despues de algunos dias de estar en el Seivo pasamos á San Fernando. Poco á poco las tropas iban viniendo y Humaitá quedó completamente aislada.

En San Fernando habia yo continuado con el mismo encargo de recibir los telégramas, y si alguno necesitaba de contestacion, escribia yo, así como una que otra vez, órdenes para los gefes que ocupaban puntos militares.

Á fines de Junio ó principios de Julio habia comenzado el terrible cataclismo, titulado *gran conspiracion* fraguada contra Lopez en la Asuncion, por nacionales y estranjeros. Lopez no respetó ninguna clase de nacionalidad, á todos mandó arrastrar á San Fernando, donde eran sometidos á declaraciones y juzgados por consejos de guerra, en que eran todos sentenciados á muerte. Sin embargo de que yo nunca habia ido por tribunales, he sabido que todos eran torturados para hacer sus declaraciones.

Los fiscales hablaban con Lopez, ó solo en presencia del obispo Palacios, los jenerales Barrios y Resquin y el secretario Caminos, despues de estos nadie se aproximaba por allí, teniendo sobre esto rigurosa órden los ayudantes de servicio.

Una ocasion, cuando el asunto estaba en su mayor calor; habia estado yo tambien muy próximo de ser arrastrado á los tribunales. Una prima noche me llamó Lopez y me preguntó, «á quien habia yo ofrecido prestar mi paletó,» le contesté negativamente y me hizo retirar recomendándome que hablase la verdad, pues que de lo contrario me iria mal, y una amenaza semejante en boca de Lopez era terrible.

Despues de un momento fueron ya Caminos y el capitan Serrano, uno de los fiscales, á hacerme una cáfila de interrogaciones, á que satisfice; pero mas por la providencia divina me escapé del incendio. Muchos dias anduve sin hacer ningun servicio. Despues averiguando poco á poco, he podido saber de donde habia surjido esa investigacion conmigo y habia sido, que alguno en el curso de las declaraciones habia dicho, que embosado con un paletó grande, habia debido entrar en el cuartel jeneral de noche para dar de pistoletazos á Lopez.

Desde entónces Lopez mandó doblar guardias y colocar una infinidad de centinelas. El sangriento drama cada dia era mas terrible, pues hasta las personas, que habian sido intimas de

Lopez eran tambien llevadas á los tribunales, como son el obispo, los jenerales Barrios y Bruguez y todos sus hermanos y hermanas, y por fin todas las personas, que mas servicios le habian prestado.

En ese tiempo Lopez ya no escribia mas á nadie, porque de todos desconfiaba.

En este tiempo, el ejército aliado se habia acercado al Tebicuary y Lopez temió ser batido en esa posicion y siguió camino para la Villeta habiendo concluido antes de la marcha con las infelices víctimas. Despues de una muy acelerada, llegamos á Villeta el 1° de Setiembre y luego empezaron los trabajos de defensa, tanto sobre el rio, como en la línea de Pikysyry.

Despues de estar en Itaybaté ó Lomas Valentinas, como el secretario Caminos habia sido nombrado ministro de Guerra y Marina y habia pasado á la Asuncion, yo habia preguntado á Lopez, quien autorizaria en adelante las patentes de promocion y entónces me dijo que lo hiciera yo ó Aveiro en ausencia del secretario jeneral.

Cuando estábamos en Lomas Valentinas habian arribado á la Angostura algunos buques estranjeros, ingleses, franceses, italianos y americanos, todos á escepcion del último han traido el objeto de buscar sus paisanos para sacarlos del pais, como lo han hecho. El buque americano vino trayendo un ministro acreditado cerca del gobierno de Lopez.

Uno de los buques italianos, me consta, que ha traido á *madama*, muchos remedios de botica y *algunos fardos de jéneros que entiendo eran paños y bayetas*. Por el *vapor francés* he sabido que Lopez ha mandado algunos *sacos de dinero*.

Cuando el ejército aliado habia abierto camino por el Chaco y desembarcado en San Antonio, Lopez mandó á las órdenes del jeneral Caballero una division de cuatro á cinco mil hombres á guardar el puente del arroyo Itororó, pero despues del ataque que recibió allí, y perdida la posicion, la mandó retirar sobre el *Abay* y ese dia en que fué atacado otra vez allí, que fué el 11 de Diciembre, iba Lopez á replegarse á si en Lomas Valentinas, la division de Caballero. En esta accion sucumbió todo, salvando solamente Caballero con dos jefes heridos y algunos soldados. Entonces no quedaban á Lopez sino como tres mil hombres, fuera de los que estaban en la Angostura y la trinchera grande,

Despues vino el ataque del dia 21 en Lomas Valentinas, el combate estuvo muy reñido y para la entrada del sol todos nuestros jefes ó habian sido muertos ó heridos, la mayor parte de los oficiales estaban tambien fuera de combate y para que decir de la tropa; de manera que si en la madrugada del 22 no hubiera llegado,un rejimiento de caballeria y un batallon de infanteria de refuerzo, no se hubiera rechazado mas el ataque de aquella mañana, que felizmente fué en un solo punto.

El ministro americano Mac-Mahom se hallaba entonces en nuestro campo y como corria muchisimo riesgo, que le tocase alguna bala por allí, porque los fuegos continuaban siempre con toda fuerza, el dia 23 por la mañana salió para Peribebuy, llevando consigo todos los hijos de Lopez, así como algunos intereses. Ese mismo dia tambien se mandaron para Cerro Leon todos los heridos que se pudo.

El dia 24 por la mañana los jenerales aliados intimaron deposicion de armas á Lopez y este contestó negativamente, sin embargo de que no tenia ni trescientos hombres, pero estaba esperando refuerzos de varios puntos; pero aun sin eso mismo Lopez decia que nunca depondria las armas.

El dia 25 hasta las 12 hubo un bombardeo muy nutrido de toda la artilleria de tierra sobre nuestro campo y á la tarde algunas pequeñas escaramuzas entre la caballeria á la derecha.

El dia 26 no hubo cosa particular y de los refuerzos que esperaba Lopez no habian llegado sino dos batallones de reclutas y muchachitos todos, él habia llamado la guarnicion de la Asuncion y el batallon de marina, pero estos no aparecian. Lopez no estaba para resistir un ataque, porque no tenia fuerza, no tenia absolutamente artilleria, todas las piezas estaban fuera de combate ó no tenian ya dotacion, de manera que los refuerzos esperados eran el áncora de salvacion para Lopez.

El 27 á las 6 de la mañana despues de un récio bombardeo se inició el ataque por la derecha y luego por el frente y la izquierda.

Luego entraron por todos los puntos dentro de las trincheras y la caballeria que habia corrido mas á la derecha como á cortar la retaguardia, tuvo un choque con una poca caballeria, que Lopez mandó apostar allá, pero luego fué desparramada, y en vez de quedar á cubrir la retaguardia volvieron los rejimientos enemigos á buscarla hácia Lomas Valentinas. La infanteria enemiga y algunas piezas de artilleria habian avanzado ya cerca de una cuadra, *cuando Lopez con su estado mayor se retiró por el camino del potrero Mármol á vista de todo el ejército enemigo hasta larga distancia,* pero no tentaron perseguirle. El jeneral Caballero habia quedado todavia en el campo, sosteniéndose con alguna poca caballería, pero pronto tambien se retiró con los suyos por el camino que Lopez habia traido. Fué entónces que la caballeria enemiga hizo la persecucion, y eso hasta cerca del Yukyry no mas, pues si hubiera pasado este, seguro de que hubiesen alcanzado á Lopez. Este siguió luego para Cerro-Leon, haciendo volver para allá á la guarnicion de la capital, que encontró en las cercanias de Zaguaron, lo mismo que un rejimiento de caballeria que venia de Caacupé. Esa misma tarde llegaron á Cerro Leon.

He sabido que el dia 21 un poco antes de venir el ataque habian sentenciadas muchas personas á pena capital, entre ellas

su hermano Benigno, el obispo, el jeneral Barrios y el ministro Berges. A Venancio y sus dos hermanas les fué conmutada la pena capital, mas no sé en qué. En estos asuntos Aveiro era quien entendia.

Estuvimos tres dias en Cerro-Leon, en donde llegaron muchos de los derrotados el 27 y pasamos á la Cordillera de Azcurra, en donde Lopez se ocupó en formar otra vez su ejército; hizo nuevos reclutamientos y mandó sacar del hospital todos los hombres, que sus heridas les permitieran andar. Despachó á Galeano á San Pedro para mandar ganados y caballos de todos los departamentos de costa arriba, asi como para reclutar y organizar tropas.

Se volvió á establecer el telégrafo para Peribebuy, Caacupé y Cerro Leon. Al principio Lopez quiso sostenerse en la Cordillera, á lo menos si le atacasen de frente.

Cada tres ó cuatro dias salia un propio para Concepcion ó San Pedro, y escribia para los que mandaban esos puntos; pero lo que mas ha recomendado en todos los oficios que han pasado por mis manos, ha sido la remision de ganado y caballos. En Mayo despachó de Azcurra para Caàzafra al coronel Romero con órden de organizar tropas y disciplinarlas para cuando el enemigo pasase á la villa de la Encarnacion, porque ya Lopez esperaba eso, como en efecto ha sucedido; pero todas las instrucciones que habia trasmitido á Romero, quedaron nulificadas por el movimiento de la fuerza que avanzó por Yuty.

Lopez siempre se quejaba de que los jefes no cumplian sus órdenes, y la razon era muy sencilla, pues en asuntos de guerra, minutos son bastantes para cambiarse completamente una situacion y exijir nuevas medidas, nuevas disposiciones, y él pensaba dirijir con acierto desde treinta, cuarenta ó muchos centenares de leguas, los movimientos y operaciones de sus jefes.

En la noche del 13 de Agosto salió de Azcurra el ejército con un pesado convoy, que consistia lo mas en intereses particulares de Lopez y madama Linch. Lopez habia organizado dos divisiones, una al mando del Jeneral Resquin y otra al de Caballero, que llevaba la retaguardia, que fué batida y destruida completamente en Barrero.

Despues de esto Lopez ya no pensó sino en marchar á toda prisa hasta San Estanislao. Aqui el 30 de Agosto, aniversario de su protesta, declaró en presencia de todos los jefes y oficiales, que él habia hecho su retirada de Azcurra en el interés de economizar mas sangre, pues que habia tenido buenas esperanzas de alcanzar un buen resultado en caso de un ataque y que su propósito era hacer la guerra en adelante con las piernas; el donde, ni el cuando debia marchar no le convenia declararlo. Ese dia proveyó muchas patentes de pro-

mocion entre las que tambien salió una para mi pero siempre honorífica.

A los dos dias yo llegué á quebrar con él, pues me habia llamado y como no acudiese pronto, me mandó arrestado por algunos dias, y despues, sin embargo de levantarme el arresto, habia dicho que no queria mirarme y asi anduve mas de un mes, desempeñando mi puesto un comandante Maciel antiguo escribiente suyo.

En San Estanislao, Lopez mandó fusilar mas de cincuenta hombres de su escolta, todos los oficiales, al sarjento mayor, y al coronel del rejimiento y estos últimos sin mas *crimen*, que haber ignorado una maquinacion urdida en el cuerpo por un oficial. La ejecucion tuvo lugar sin ningun proceso, apenas con un procedimiento verbal en presencia de Lopez mismo.

Despues de esta catástrofe siguió el ejército adelante, y en Capybary hizo una estacion de once dias y despues ya fué hasta Caraguaty, acampándose en un paraje llamado Tandey. Aqui el dia 9 de Octubre me llamó otra vez, para ordenarme que fuera á escribir la esposicion jurada de algunos oficiales. Cumplí la órden; no habia resultado cosa particular y menos un crímen.

Cuando yo habia escrito esta esposicion, se habia seguido ya la ventilacion de la causa, y en ese tribunal habian salido algunos cargos contra varios de los oficiales que habian hecho su esposicion, entónces el espediente fué elevado á proceso. El crímen era un conato de fuga por el rio Curuguaty en canoas para la Asuncion, en caso de salir mal en un proyecto de asesinato de Lopez. En esta causa fueron acusados de estar complicados la madre y hermanas de Lopez y encabezado por su hermano Venancio. El asesinato debia hacerse por medio del veneno, y este tenia que ser propinado en dulce y vino. Cuando en el curso de la causa fué sindicada la madre, yo, mi cólega el capitan Romualdo Nuñez, el padre Maiz y otros muchos, pedimos á Lopez que no compareciese su madre en los tribunales y el coronel Aveiro opinó en contra, diciendo que era preciso compareciera á responder á los cargos muy graves, que habia contra ella; por la divergencia de opiniones tuvimos una calorosa discusion con Aveiro, yo sostenia mi primera opinion y pedí con muchísimo interés á Lopez que dejase pasar esto como un conocimiento privado, pero él estuvo porque compareciese tambien. Entonces ya no sabia que decir.

En el tribunal del comandante Benitez han dado sus declaraciones, Venancio y las hermanas, en el mio iban las personas de ninguna importancia, fuera del que estaba encargado de propinar á Lopez el veneno. La causa no podia seguirse con regularidad, pues que andábamos mudando de un lugar á otro, es decir, cumpliendo Lopez su proclama del 30 de Agosto. Recien en Zanja-hú cerca de Panadero, el 23 de Diciembre, Lopez pro-

veyó para que su madre fuese llamada á juicio en estos términos poco mas ó menos: «Sea interponiendo desde ya y para su tiempo todo mi valer en favor de ella, y de mis desgraciadas hermanas lo que la salud pública todavia me permita.»

Entónces fueron englosados los procesos de ambos tribunales, haciendo siempre de principal el del Comandante Benitez y nos constituimos á la habitacion de la madre. Lopez al principio nos recomendó toda consideracion para con su madre, como fué tratada, pero como no diese las declaraciones como él deseaba, mandó que se usasen con ella demostraciones de rigor como poco á poco fueron usándose. Estas consistian en tenerla parada durante el tiempo de su declaracion, algunos empujones y otras en este sentido, á escepcion de que el Coronel Aveiro le castigó con espada, no recuerdo, si fué dos veces ó una vez. Yo la toqué con la mano dos veces únic amente, pero todas estas cosas contabamos á su hijo y este decia, que una vez criminal, como se hallaba su madre, se hacia acreedora á esos tratamientos.

Aveiro presidia el tribunal, el padre Maiz hacia las interrogaciones y dictaba todo nosotros, que figurabamos como fiscales en el papel, no hemos hecho otra cosa que firmar al final de cada dilijencia y llevabamos noticias á Lopez del estado del trabajo. Sin concluirse las dilijencias, el 4 de Enero marchamos otra vez de Zanja-hú y anduvimos cerca de dos meses vagando por los desiertos, en que casi todos nos hemos muerto de hambre y fatiga, y recien el 11 de Febrero paramos en Cerro-Corá. No ha tenido mas mocion ninguna esta causa, sin embargo de que no se habia concluido. La madre de Lopez en las marchas iba en su coche, pero tenia su guardia; yo no sé como se la daba de comer, pero en Zanja-hú se la atendia muy bien, porque siempre me ha constado que le venia del cuartel jeneral comida, y ella tenia su café ó chocolate, y todas sus necesidades.

En cuanto á Venancio y hermanas no puedo dar ninguna relacion positiva del como pasaban pero creo que se les mandaba tambien comida del cuartel jeneral, esto digo cuando aun estábamos en Zanja-hú.

Puedo decir con la conciencia tranquila, que en el tribunal que yo he manejado, hubo menos tortura, hasta el punto de ser reprendido muchas veces por Lopez por eso, diciéndome que era un flojo, y en fin otros epitetos en este sentido.

Todo el tiempo que yo andaba ocupado con el proceso, no he hecho ningun servicio en la secretaria y últimamente apenas hemos escrito algunos oficios para los jefes de la retaguardia.

Fué en esta situacion que llegaron las fuerzas aliadas que fueron á Cerro-Corá y tan pronto como comenzó el ataque me metí yo en un monte y despues nos reunimos con algunos compañeros y nos resolvimos á venir á presentarnos, como yo lo hice, al ejército aliado, muy cerca de la villa de la Concepcion.

Lopez no tenia ya absolutamente soldados, apenas habrian como 30 ó 40 y despues oficiales; pero todos estenuados por la miseria, y ni armas de fuego casi habia, de manera que el dia de la declaracion dije que Lopez pensaba ganar los montes à buscar las tolderias de los indios Caigúas, para vivir. Esto supe yo en el camino, por relacion de Aveiro.

Yo nunca he participado de sus consejos, las personas mas íntimas de él, eran el Ministro Caminos, los jenerales Resquin y Caballero y los Brigadieres Roa y Delgado. El Coronel Aveiro era el Comandante del Cuartel Jeneral. El padre Maiz y el Coronel Centurion, gozaban amplia confianza de él.

Todo lo que dejo espuesto es la verdad, y si en algo hay deficiencia, estoy dispuesto à ampliarla, à mi parecer no omito nada, pero tal vez por un olvido se me pase alguna cosa, mas será involuntario y nunca por malicia.

Al concluir mi esposicion, con todo respeto ruego muy encarecidamente à S. A. I. el señor Conde, quiera su jenerosa bondad dispensar una gracia à su prisionero, dándole su libertad, pues tengo aquí en la Asuncion mi familia enteramente sin recursos para pasar la vida.

Manuel Palacios.

Importante documento

DECLARACION DE SILVESTRE AVEIRO SECRETARIO DE LOPEZ, FISCAL ENCARGADO DE MUCHAS DE LAS TERRIBLES CAUSAS INVENTADAS POR LOPEZ Y SUS SECUASES, CONTENIENDO DETALLES NOTABLES SOBRE EL PROCESO Y LA SUERTE DE LA MADRE, HERMANAS Y HERMANOS DEL TIRANO (1).

Abordo de la cañonera «Iguatemy,» Marzo 23 de 1870.

Habiendo recibido órden de presentar à V. A. I. mi esposicion sobre el rol y conducta que he tenido que guardar al lado y à las órdenes del mariscal Lopez, con el debido respeto à V. A. I paso à darla con toda injenuidad.

Cuando el mariscal Lopez fué nombrado presidente en 1862, yo me hallaba ejerciendo el empleo de escribano de gobierno y hacienda y archivero jeneral, y cuando sobrevino la guerra me llevó al ejército agregado al estado mayor, adonde seguí hasta 1866, que retirando el ejército del Paso de la Patria à Paso Pucú, me llevó à su cuartel jeneral para ocuparme como

(1) El nombre de este declarante se halla citado varias veces por el Sr. Mastermann, y por consiguiente debe ser conocido por el lector.

me ocupó de escribiente de su despacho, hasta Marzo de 1868 en que creó una secretaria jeneral, nombrando secretario jeneral á Luis Caminos con honores de coronel y á mi y al comandante Juan Manuel Palacios, oficiales primeros de la secretaria con honores de sarjentos mayores. Fué entonces que dejé de llevar el título de escribano de gobierno y hacienda.

Continué ejerciendo el oficio de oficial 1.° hasta Diciembre de 1868, en que despues de la batalla del 21, en Ita-Ibaté ó Lomas Valentinas, me promovió á teniente coronel de infanteria con servicio de ayudante de órdenes de su E. M.

El 24 del mismo mes, con motivo del fallecimiento de los gefes que mandaban el cuartel general, me encargó el mando provisoriamente, teniendo por segundo á su hijo, el mayor entonces, Juan Francisco Lopez, conservando siempre el título de oficial 1.° pero casi sin prestar servicio en la secretaria, como muy poco lo habia prestado anteriormente, ocupando siempre al comandante Palacios, y al ministro Caminos, si este se hallaba presente en el ejército.

El 13 de Agosto de 1869 me nombró ayudante de campo y el 30 del mismo mes, en San Estanislao, recibí la patente de Coronel.

En Paso-Pucú, en Julio del 66, me nombró caballero de la Orden nacional del Mérito; y en Azcurra en los primeros dias de Enero de 1869 me nombró oficial de la misma órden; en los últimos dias, en Cerro-Corá, decretó una medalla al ejército.

Estos son los empleos que he recibido durante la administracion del mariscal Lopez.

Pasando ahora á los servicios que he prestado en las causas que se han seguido y en las cuales he tenido que tomar parte, ellos fueron los siguientes:

En Paso Pucú, en los primeros meses del 67, fuimos nombrados juntamente con Cárlos Rivero, oficiales 1.os del ministerio de gobierno, fiscales en la causa del juez de paz 1.° de la catedral, Domingo Rosas Aronda, acusado de producciones sediciosas contra la administracion de Lopez y contra sus disposiciones en el desarrollo de la guerra fenecida. Sus cómplices fueron Policarpo Garro y el juez del crímen en primera instancia José Maria Montiel. Los dos primeros despues de poco tiempo de prision, regresaron á la capital en libertad, y el último pasó á servir de soldado en uno de los cuerpos de infanteria, segun he sabido despues. Yo he entregado el proceso en el despacho de Lopez, proceso que no pasó de una simple indagatoria, sin haber habido durante las actuaciones ningun procedimiento violento.

En el mismo momento se me encargó tambien por el general Barrios tomara la declaracion del norte americano Ja-

mes Monlowe, que pasando por las líneas del ejército aliado se habia presentado en el ejército paraguayo con objeto, segun declaró, de obtener del gobierno patente de corso, ofreciendo la venta de seis encorazados para arriba, á abonarse despues de la terminacion de la guerra. Este objeto no quiso revelarlo al principio á otra persona que al mariscal, y fué lo que motivó su declaracion jurada en que muy corrientemente esplanó todo. Dijo además Manlowe, que á ese objeto no era estraño el ministro americano Washburn, que á la sazon se hallaba en Corrientes.

Su proposicion no fué aceptada y algun tiempo continuó Manlowe detenido en la mayoría hasta que últimamente fué enviado para la capital en libertad.

Estando el ejércíto en Seibo, en su retirada por el Chaco, asistí á una conferencia que tuvo lugar entre el Obispo Palacios, ministro Caminos, el ministro Berges, Gumcsindo Benitez y Carlos Riveros, oficiales primeros, el comandante Francisco Fernandez, juez de lo civil Bernardo Ortellado y tesorero Saturnino Bedoya. La conferencia ó mas bien el careo rodaba sobre una especie de cambio de gobierno y medios de terminar la guerra, que el último Bedoya, detenido en Paso Pucú, habia ido á revelar (el mismo dia que las corazas forzaron el paso de Humaitá) al general Barrios y al Obispo Palacios, como la única causa que decie Bedoya reconocer en sí, habiendo ese pensamiento nacido de él, en conversaciones que tuvieron en la capital con su cuñado Benigno Lopez y el gerente del consulado francés Mr. Cuverville, siendo candidato el mismo Benigno Lopez.

La conferencia de Seibo (á que fui enviado y he asistido sin saber antes nada) habia tenido por objeto esclarecer esa vaga y confusa especie, al lado de otro incidente, que ocurrió en la capital, cuando por primera vez arribaron las corazas á la Asuncion. Al divisarse las corazas habian tenido su reunion los consejeros de estado del gobierno vicepresidencial, y se habia puesto en discusion la mocion del comandante general de armas, coronel Venancio Lopez, de si tiraban ó nó á las corazas, cuando se aproximasen á la rada. Al principio los pareceres habian estado divididos, pero últimamente resolvieron unánimes hostilizarlas, como en efecto lo hizo el comandante Fernandez, dirigiéndoles algunas balas, y las corazas despues de algunos cuantos tiros que se les hicieron, retrocedieron.

Nada de estos dos puntos pudo esclarecerse, y entonces el mariscal proveyó se instruyera una sumaria informacion contra la conducta *inesplicable* de Bedoya, cometiéndome las diligencias. Fué llamado Bedoya repetidas veces á declaraciones. Tenia entonces por secretario al despues coronel, y subtendente entonces, Delvalle, y en las actuaciones no se ha usado de ninguna medida coercitiva.

Entretanto y con poca diferencia de tiempo se iniciaron en San Fernando tres causas distintas en orijen, mas en tendencia idénticas casi, que era censurar el régimen gubernativo de Lopez en todos sus actos, y procurar su derrocamiento del gobierno para sostituirlo con otro etc., etc.

Una de estas causas la instruia el Canónigo Justo Roman con el Presbítero Fidel Maiz. Otra, instruia el coronel Manuel Nuñez, y otra el despues coronel, entonces capitan Serrano, asociado al ministro Falcon como capitan honorario.

Los reos del primer tribunal fueron al principio, el Arcediano N. Barrios y algunas mujeres de cuyos nombres no me acuerdo, pero eran hijas de un tal Carreras de la capital, cuyas mujeres fueron luego restituidas á su vecindad por haber declarado todo lisa y llanamente.

Los reos del segundo tribunal fueron, el trompa Félix Garcia, mayor José Fernandez, Benigno Lopez, Comandante Juan Gomez y el Arcediano Barrios (Evangelista) el juez de San Roque Pastor Gonzalez y otro de Recoleta cuyo nombre no puedo recordar.

Los del tercer tribunal fueron el presbítero Patiño, y algunos prisioneros de Corumbá con otros reos paraguayos, de la cárcel, que fueron transportados al ejército, segun iban resultando citas contra ellos.

De estas causas yo no tuve conocimiento sino despues de algun tiempo de haberse iniciado, y cuando ya se habian esclarecido bastante los hechos acusados, á escepcion de la segunda que yo fuí comisionado para llevar la redaccion, pero despues que el coronel Serrano habia averiguado todo verbalmente, empleando medidas de rigor, como azotes y cepo de campaña, de suerte que á mi no me tocó sino el trabajo de de la redaccion del proceso que no concluí, habiéndose encargado de ella el presbítero Maiz, reprobándome como que no hacia nada para adelantar las actuaciones.

El Coronel Serrano en aquel tiempo, oi decir en San Fernando y lo mismo en Ita-Ivaté, fiscalizaba á todos los tribunales y fué el primero en San Fernando que puso en práctica el azote y cepos con los reos, aplaudiéndose estas medidas por el obispo Palacios, los generales Barrios y Bruguez y el ministro Caminos, así como por el coronel Nuñez, diciendo al mariscal que era el único medio eficaz para adelantar el esclarecimiento breve de las causas y de librarse, decian, de tantos malvados, con lo que quedó establecido este procedimiento.

El obispo Palacios y el general Barrios llegaron á decir mas de una vez que era de necesidad cortar esa causa, degollando á todos los citados sin forma de proceso, de que no habia necesidad cuando estaba tan esclarecida la causa, y

cuando por otra parte el estado de guerra apremiante no permitia un procedimiento jurídico prolongado etc. Cuando no lograron este deseo, apuraron á los fiscales privadamente á la brevedad, es decir que para conseguir esto no omitieran los rigores necesarios. Y mientras tanto el primero habia llevado un diario con espíritu muy opuesto.

Ya anteriormente en Paso Pucú el coronel Centurion puso en práctica el castigo de azotes con los prisioneros y pasados del ejército aliado, y por fin con todos los delincuentes encargados á él para tomarles declaracion. Allá he oido por primera vez el azotamiento de algunos valientes oficiales, como el capitan Pascual Elizalde y otros, por el coronel Centurion.

Volviendo ahora á los procesos arriba mencionados, de ellos habia resultado, poco mas ó menos á un mismo tiempo, la existencia de una conspiracion en la capital.

En el proceso del canónigo Roman, declararon por primera vez, un brasilero pasado, llamado Amancio, de su apellido no me acuerdo, y Ramona Egusquiza, el primero antes de sufrir los azotes que se le preparaban y la segunda despues de haber estado encepada, uno y otro por Serrano.

A esto siguieron la confesion de un tal Prado español y del italiano capitan Fidanza, el primero declaró lisa y llanamente antes de sufrir nada y el segundo despues de haber estado algunos minutos encepado. De este último no recuerdo bien si fué asi, ó si fué despues de habérsele remachado una barra de grillos. Yo hablé con Prado y Serrano con Fidanza. Los cuatro continuaron despues en simple arresto, y Amancio y Ramona fueron puestos en libertad.

En el proceso seguido por el coronel Nuñez, declaró primero el mayor José Fernandez que debia haber sido invitado por Benigno Lopez en ocasion de visitarle clandestinamente en su arresto, en cuya ocasion le hizo referencia de estar ya la mayor parte de los hombres en la capital comprometidos con él para obrar una revolucion, citando espresamente al comandante Gomez, al tesorero Bedoya, al arcediano Barrios y otros dos mas.

Estas declaraciones ocasionaron las numerosas prisiones que entonces se verificaron y ocasionaron tambien la creacion de cinco tribunales mas con cesacion de los del coronel Nuñez y del coronel Serrano.

Estos tribunales se compusieron del modo siguiente:

1.° Del coronel Carmona y coronel Centurion, ambos capitanes entonces.

2.° Capitan Andres Maciel y teniente Mauricio Benitez, hoy teniente coronel.

3.° Capitan Matias Goyburú y teniente Juan Bautista Delvalle, hoy coronel.

4.° Capitanes Francisco ó Vicente Abalos y Adolfo Saguier, el 1.° hoy coronel.

5.° Capitan José Falcon, despues ministro de gobierno y alferez honorario de marina Angel Benitez.

Cada uno de estos tribunales dependia del Canónigo Roman, de donde recibian sus instrucciones y conocimientos, pero en lo demás todos se entendian directamente con el mariscal; de quien recibian órdenes y recomendaciones especiales para con cada reo, de cuyas declaraciones ellos mismos le daban cuenta. Yo habia recibido el encargo de atenderlos en sus trabajos para que no hubiera entretenimiento y resolverles sus dudas directamente con algunos reos, cuando hubiese recibido órden para ello ó estubiera presente en un tribunal.

Con la visita de los reos y la penalizacion corria inmediatamente el Coronel Serrano, quien decia llevar la *vanguardia* en estos casos, es decir que antes de ser llamado un reo por los tribunales, verbalmente él lo examinaba, mandándolo castigar ó ponerle en el cepo. Pero los tribunales en lo demás eran libres para tomar toda medida con los presos.

Lo que tenia el mariscal era, que la declaracion de cada uno se le hacia cada vez mas de urgente necesidad y precision, y por esto él mismo prescribia la clase de rigor que habia que usar con tal ó cual reo.

Citado el ministro Berges por numerosos declarantes, Serrano recibió órden de entenderse con él, despues de la notificacion de su destitucion que le fué hecha por el ministro Caminos, Serrano le dió en dos ocasiones como ochenta azotes, si mal no me acuerdo. Con este castigo no confesó nada, pero despues con el careo que tuvo con Venancio Lopez, Fidanza, Leite Pereyra, Vasconcellos y otros mas, se dió por convencido y dió sus declaraciones, sirviendo despues como el mas fuerte convencedor de sus cómplices, por lo que estuvo siempre en simple arresto, asi como los nombrados arriba.

Berges y Venancio Lopez con el comandante Francisco Fernandez hicieron declarar á Benigno Lopez, antes tenazmente negativo, á quien Serrano puso varias veces en la Uruguayana.

Cuando todos estaban confesos continuaron todos por enumerar á sus cómplices, entre los que el segundo y el último, juntamente con el arcediano Barrios y teniente cirujano Roque Céspedes, citaron á Juliana Isfran de Martinez, esposa del Coronel Francisco Martinez. Ella vivia á la sazon con Elisa Linch (como su compañera que ha sido siempre desde el Paso de la Patria), en el cuartel general y fué mandada en arresto cuando se acumularon aquellas citas.

Ese mismo dia se entregó al tribunal de Falcon para to-

marle la declaracion, con recomendacion especial de que desde ese mismo dia se le hicieran confesar los cargos que contra ella resultaban. Habia verbalmente hablado primero Serrano con ella mas sin resultado, por lo que el mariscal comisionó de nuevo al mismo Serrano, al comandante Benitez, á mi y no recuerdo si algun otro, en cuyo caso debió ser el comandante Manuel A. Maciel, de lo que tengo especie, para asistir á sus declaraciones, con prevencion de decir á Juliana, que si declaraba bien seria perdonada, y que sino declaraba, ninguna medida de rigor se omitiria con ella.

Quiso que cuando se manifestara tenaz, se le dieran algunos golpes de mano y empujones, como en efecto se le dieron por el comandante Benitez y por casi todos. Y manifestándose aun tenaz se le careó con el teniente Céspedes, primero. cuyo careo fué igualmente sin resultado; entonces se dió cuenta de su constante negativa y ordenó que se le diera de azotes hasta que declarase. En efecto, el comandante Serrano le mandó de sesenta á ochenta azotes y no queriendo sin embargo declarar nada, Serrano la llevó á poner en la *Uruguayana*, tortura que el mismo Serrano inventó por enseñanza de un soldado, que fué de los de la Uruguayana y habia visto allí, segun decia, esa clase de cepo, por lo que se llamó *Uruguayana*.

Llamada despues á careo con todos los que la habian citado, ninguno pudo convencerla, y sin declarar nada fué condenada á sufrir la pena capital por sentencia del consejo de guerra, que tuvo lugar el 19 de Diciembre de 1868, cuyo consejo condenó tambien, á la misma pena á todos los que resultaron cabezas de la conspiracion, como Benigno Lopez, José Berges general Barrios, obispo Palacios, Dean Bogado, Simon Irlanda, Leite Pereyra, Vasconcellos y coronel Alen. A solicitud de Lopez fueron indultados sus hermanos Venancio Lopez é Inocencia y Rafaela de la misma pena.

Despues que el ejército se trasladó á Ita-Ibaté el mariscal dijo un dia, al darle cuenta de la declaracion de nuestros reos, « y bien, Juliana no va á hablar. » Entonces encargó de nuevo á Serrano que la examinase verbalmente como en efecto lo hizo Serrano azotándola y torturándola, pero no habiendo conseguido que hablase dió cuenta, y entónces, manifestando disgusto conmigo y Serrano, preguntó al coronel Carmona, capitan entonces, si él tambien se desanimaba para hacer hablar á Juliana, y diciendo Carmona que no, fué con mucha seguridad para hacerla hablar. La tuvo durante dos dias haciéndola pasar por todas las pruebas del rigor, pero ella se sostuvo firme, y habiendo de resultas quedado muy enferma, yo la mandé asistir con medico; recomendé su buena asistencia, y no tardó en convalecer.

Despues de esta causa que se concluyó en Ita-Ibaté ya no tuve ingerencia en ninguna otra hasta Tandey, en la villa de San Isidro. En todas las causas que se siguieron en Azcurra y en San Estanislao se entendian siempre el coronel Centurion, coronel Abalos, comandante Benitez y otros oficiales de inferior graduacion.

En Tandey habia sucedido la aparicion de una mujer desconocida que fué denunciada al general Resquin, quien la recogió y entregó despues al coronel Centurion para examinarla detenidamente, desconfiando de ella el general Resquin, que como he dicho la habia examinado ya.

El general Resquin habia dado cuenta al mariscal de esta muger sospechosa y este envió al ministro Caminos para que acompañado de Centurion la examinase.

Esta muger resultó ser viuda de un criado de la señora Juana Carrillo de Lopez, que se encontró asesinado cerca de su casa. Vehementes sospechas hubo entonces contra la misma (que resultó ser adúltera) de que ella misma hubiese procurado la muerte de su marido. Sin embargo no hubo pruebas y fué puesta en libertad.

Y habia declarado á Caminos y Centurion, que cuando la retirada del ejército de Azcurra, ella se habia encontrado en Piribebuy y que allí habia hablado con algunos brasileros y tambien con algunos paraguayos, y que fué ocupada por ellos como espia.

Apurada mas por Caminos y Centurion habia declarado, que habia sido ocupada ante Venancio Lopez, de vaqueana, con unos espias.

Hicieron comparecer á todas las personas citadas y resultando identidad en sus declaraciones, se formalizaron las actuaciones y se estrechó la prision á Venancio Lopez, creándose dos tribunales, compuestos, el primero del coronel Abalos y el mayor Bernandino Villamayor y el segundo del comandante Palacios y el capitan de fragata Romualdo Nuñez. Despues, en Itanaranú, reemplazó al coronel Abalos, que se enfermó, el comandante Benitez (Mauricio).

Venancio Lopez, en Azcurra habia sido nuevamente preso y puesto en incomunicacion; en la retirada se habia encargado su custodia á un oficial á las órdenes del coronel Marcó, gefe de la mayoría, pero se habia ido poco á poco ensanchándole su libertad hasta gozar ya en Tandey, casi de la mas completa, sin órden ni autorizacion para el efecto, permitiéndosele estar en relacion íntima con todos los de la mayoria, y aun con personas estrañas á ella, por cuyo abuso fué tambien arrestado el coronel Marcó, quien llamado á responder de esta conducta, se declaró reo de complicidad con Venancio para un conato de asesinato del mariscal, á fin de terminar la guerra. Venancio Lopez á su vez se declaró tambien reo de la misma causa en

complicidad con Marcó y varios oficiales de la mayoria, conato que intentaron realizar el 19 de Octubre último, teniendo preparadas dos canoas para fugar en caso de fracazar ó de ser perseguidos.

« Confesos todos los cómplices, Venancio Lopez, Marcó y su « mujer Bernarda Barrios, delataron contra la señora Juana Car« rillo de Lopez y sus hijas viudas, Inocencia y Rafaela Lopez, « estas como conocedoras y la primera como empeñada coope« radora del asesinato proyectado.

« Venancio Lopez, al principio de sus declaraciones sufrió « de mí algunos sablazos, y despues por órden de Lopez le « mandé castigar con doce azotes. Le hube de castigar mas, « pero él no dió mas lugar.»

En este estado, y resuelta ya la comparencia de las dos últimas ante los tribunales, un dia en Itanararú reunió ante sí el mariscal, á S. E. el vice-presidente Sanchez, jeneral Resquin, ministro Caminos, ministro Falcon, coronel Centurion, capellanes Mayores, Maíz, Francisco Solano Espinosa y José del Rosario Medina, comandante Palacios, capitan Romualdo Nuñez y yo, y pidió á cada uno su parecer sobre la necesidad de hacer comparecer á su madre en juicio á responder á las acusaciones que contra ella se hacian y entonces hablaron algunos para escusar su comparecencia y sobreseer en la causa respecto de ella. Entónces hablé yo diciendo, que me parecia de necesidad su comparencia á responder á los cargos que pesaban sobre ella, no para sujetarla á las consecuencias de la causa, cierto de que el gobierno por las facultades estraordinarias que le acuerda la Ley y por el derecho de gracia mismo, podia librarla de todo, sino para que se reconozca y pueda así en adelante enmendarse ante la sociedad y hasta en su relijiosidad pues habia llegado en su estado de error hasta dudar de la existencia de Dios, blasfemando contra él y profiriendo terribles imprecaciones con sus hijos á quienes con el crucifijo en la mano les hizo jurar, para que no declarasen nada si fueren llamados á declaraciones.

Para dar este parecer deseé de corazon sinceramente, que la señora se confesase en juicio y se enmendase de sus estravios pasados, cosa que me parecia no poderse conseguir mientras ella no pasase por esa prueba del juicio, por que me parecía que el estado de error en que vivia le habia traido de precipicio en precipio, incurriendo en los cargos que resultaban de nuevo contra ella, pareciéndome además, que habiendo llegado la causa á la altura á que llegó, la rectitud de la justicia no podia prescindir de hacer comparecer á la que estaba acusada como uno de los principales.

Cuando acabé de hablar, el mariscal habló, concordando con mi parécer y diciendo á los otros, que les agradecia por el parecer que habian emitido, pero que no podia acep-

tar por que era una adulacion para con él, que no le gustaba, etc. etc.

Francamente, al dar aquella opinion, lo hice con la mejor intencion, la misma que he espresado, pues no abrigué nunca para con la señora Carrillo bastardas intenciones, ni menos deseé que sufriese inútilmente, habiendo sido la persona que en otro tiempo, me ha dispensado consideraciones y favores muy especiales, y acordándome de esto cuando di mi opinion, mis ojos vertieron lágrimas, que á nadie se habrán ocultado. Me acordaba tambien de su difunto marido que tanto me habia querido. Mas la justicia me parecia superior al reconocimiento. Habia sido para infortunio.

No me acuerdo bien si fué con anterioridad á esta reunion ó posteriormente, que el mariscal llamó á su madre y hermanas repetidas veces á hablarles sobre la causa y á aconsejarles sobre la necesidad que habia de que lisa y llanamente hicieran sus confesiones.

Entendia yo, que les decia, que los fiscales las pedian ya, y que él no podia librarlas de este trámite, pero que dando cumplida satisfaccion á la justicia, él les libraria de toda pena.

Marchamos de Itanaranú al Arroyo-guasú y allí nos mandó hacer comparecer á sus hermanas. En efecto llamó primero á Inocencia quien muy luego y sin demostracion alguna se puso en términos, declarando, conforme con los datos del proceso, interesándose además, en hacer hablar á su hermana y madre, con quienes dijo tener compromiso de sijilo, para que de una vez confesasen todo para buscar su salvacion en la clemencia de su hermano, etc.

Despues fué llamada Rafaela y antes de todo fué tambien llamada su hermana Inocencia, quien conforme habia deseado, le habló mucho y muy tiernamente, para que no tratase de ocultar nada, pues que todo estaba sabido, cosa no estraña le dijo, desde que hemos vuelto á meternos con Venancio. Le dijo además que se desentendiese del compromiso de reserva ó sijilo que habian hecho y que tratasen de buscar por una sincera confesion, la clemencia del mariscal, que asi les habia prometido.

Recomendó el mariscal como en el caso de Inocencia, que se guardara toda consideracion á su hermana Rafaela, procurando convencerla, decia, con la fuerza de la lógica. Durante cuatro ó cinco dias de constante negativa, pasamos, y al fin no pudiendo resistir la fuerza de las razones, declaró y dió conforme con las que precedieron con algunas variaciones poco esenciales. Pero despues se puso á restringir lo que habia declarado, y poco á poco fué retractándose de todo hasta afirmar últimamente que todo era falso; esto sucedió cuando fué interrogada respecto de su madre.

Procuramos hacer que volviera á ponerse en términos pero

cada vez ella se iba desconcertando mas; entónces se dió cuenta de su estado y el mariscal dijo: que se procediese todavia con ella con paciencia, que pronto habia de volver en si y se pondria de nuevo en términos.

Pasamos un dia y otro sin ningun resultado, con lo que dimos cuenta de nuevo y el mariscal dijo que sin embargo de que le pesase dar órdenes contra una hermana, la necesidad de la sustanciacion de la causa le obligaba, y que así, podiamos proceder con ella, al principio con demostraciones leves, pero que si aun se manifestaba tenaz, con semejante proceder, ella se habria retirado toda consideracion y puéstose en la condicion de todo otro reo, y seria tratada con rigor. Pero antes de todo quiso que esto se dijera á su hermana, con el agregado de que le aconsejaba por última vez, que escusase esa tenacidad y que diera una franca declaracion, que así, él podia todavia hacer mucho en su favor.

Le dimos este recado pero despues, léjos de aprovecharlo, se puso en peores términos, hasta negarse á responder á las preguntas que se le hacian. Entónces se le hicieron algunas demostraciones leves y esto la enfureció.

Era á prima noche y hacia bastante frio, por lo que hicimos debajo del ranchito en que se trabajaba una fogata, y en el momento menos esperado se echó á la fogata procurando echarse en la boca una brasa, pero no lo logró porque fué á tiempo levantada.

Se le preguntó despues para que quiso hacer eso y ella respondió (esto fué despues que volvió á dar su declaracion), que era con el propósito de inhabilitarse por completo para prestar sus declaraciones, pues que habia oido entre la familia, que puesta una brasa sobre la lengua, en el momento se hinchaba y no se podia hablar hasta morir.

De este incidente se dió de nuevo cuenta y entónces dijo, que ya no habia que tenerle ninguna consideracion, y que estábamos autorizados á proceder con ella con rigor hasta que confesase sus crímenes.

En efecto, despues de las largas exhortaciones que aun le hicimos, no quiso aprovecharlas y se le hicieron algunas demostraciones de rigor, que no fué mucho, porque pronto se puso en disposicion de declarar, y declaró todo desde el principio hasta el fin, lamentando haberse comportado ante el tribunal de la manera como lo hizo, perdiendo así, segun decia la gracia de su hermano y hasta la esperanza de un segundo perdon.

Despues se movió el ejército para Sanja-hú, cerca del Panadero, y allí el mariscal ordenó á los fiscales de la causa para que le dirijeran una representacion pidiendo el allanamiento de su madre, para serle tomada su declaracion.

En efecto el presbítero Maiz redactó ese oficio, que firmado por los fiscales presentaron al mariscal, quien proveyó con estas

palabras: «Sea interponiendo desde ahora para su tiempo, todo mi valer en favor de mi madre, y en el de mis hermanas, aquello que la ley pueda aun permitirme.» Mas ó menos era en estos términos el decreto que dió en la representacion citada del tribunal, á quien al entregarla dijo: «la copa está servida, es preciso beberla» y ordenó despues que los tribunales colectivos se constituyeran en la morada de la señora, como lo hicimos, con asistencia mia y del presbítero Maiz.

Las actuaciones con la señora duraron nueve dias sin resultado alguno.

Fué careada con Bernarda Barrios de Marcó, que no llanamente la recordó, sino que la exhortó, la rogó y hasta le lloró para que confesase sus criminales estravios, que la habian perdido á ella misma (Bernarda.)

Despues fué careada con su hija Rafaela, la cual le habló muchísimo y de una manera muy tocante y conmovedora, pero tambien sin resultado.

Desde cinco á seis dias de estas acusaciones la señora se sobrepasaba para con el tribunal, y á veces queria avalanzarse del cuarto en que se hallaba para echarse á correr decia, y estos son dos de los motivos porque sufrió algunos empujones y golpes de mano, así como cuando no queria estar en pié, y se sentaba ó se dejaba caer en tierra, en cuyas ocasiones se le hacia levantar forzadamente.

Pero de todo lo que se hacia con ella se daba minuciosa cuenta á su hijo el mariscal, tanto mas cuanto que conociamos, que la señora nos provocaba de propósito, y de cualquiera cosa, que se le hacia ó se le decia, con alguna dureza, iba acumulando quejas contra nosotros mismos para con su propio hijo.

El mariscal nos oía al darle cuenta del procedimiento, que habiamos guardado con ella, y decia—«cómo ha de ser, ella no me ha querido oir.»—Siento mucho etc.

En el proceso deben constar todo los desmanes de la señora durante esas actuaciones.

Al moverse el ejército de Sanja-hú para la campaña del Amambay, teniendo en consideracion, dijo el mariscal, el buen comportamiento de Rafaela en el careo con su madre, mandó que se juntase con su hermana Inocencia á quien mandó tambien entregar su hija Juanita para tenerla consigo y desde entónces durmieron en un mismo carreton.

En Sanja-hú tambien mandó recojer el equipaje de la señora para proceder al escrutinio de una carta citada por sus hijos, escrita por Venancio, y se encontraron otros papeles que se glosaron al proceso.

El dinero en onzas, patacones y billetes y las alhajas y joyas, mandó que se reunieran en una caja grande y se entregasen, como se hizo, en depósito, al ministro Caminos—y toda la plata labrada y ropas las mandó acomodar en un carreton, que en Sa-

macerá por falta de bueyes se dejó con llave á cargo del mayor Félix Garcia, que últimamente se supo haberse desertado róbando muchos objetos preciosos de su cargo.

Del dinero en onzas, el dia mismo de nuestra marcha de Sanja-hú, me pidió le trajera alguna cantidad. Llevé conmigo á un oficial, saqué cinco ó seis bultos y dos cinturones, entre los bultitos se vieron dos caños de lata soldados, dejando seis de estas mismas latas. Cuando se los entregué me mandó ponerlos en un rincon sobre unas piezas de paño. Yo entiendo que este dinero lo habrá enviado para el esterior por conducto de los ingleses Mr. Nervit y Mr. Hunter, que fueron ese mismo dia despachados con una carta. Yo calculé la cantidad como en ochocientas onzas poco mas ó menos.

Algunos ornamentos y dos ó tres piezas de plata de dos servicios de iglesia, fueron entregados al presbítero Maiz de órden del mariscal.

En Rio Corrientes con motivo de una enfermedad grave de Venancio Lopez, ordenó muy urgentemente el careo de él con su madre, que aun no se habia practicado, diciendo que iba á nombrar ese dia un consejo de guerra, que despues no se nombró.

Sabiamos que la señora andaba muy furiosa con todos y mas contra su hijo el mariscal, á la vez que con sus fiscales — con cuyo motivo y para no errar yo le pregunté, que si salia con insolencias á nosotros si las dejaríamos pasar inapercibidas, y entonces me dijo, que no era posible que hasta allí llegara, pero si tal sucediese no seria bueno dejarla pasar, YA HAN JUGADO MUCHO CON USTEDES Y PUEDEN HASTA SINTAREARLA CON ALGUNOS GOLPES. YO NO LO HUBIERA QUERIDO PERO EN FIN ELLA SE VA PORTANDO MUY MAL.

Se practicó el careo, y Venancio con un interés verdadero, le dijo, que no tratase de ocultar nada, que él habia declarado todo, que nada se podia ocultar á la justicia, y que este era el consejo que le daba desde la puerta de la tumba en que ya se hallaba, desprendido de todo vínculo mundano y queriendo solo satisfacer á la justicia y reconciliarse con Dios á quien tanto habia ofendido, etc., etc. La señora dijo «que no tenia nada que declarar, que nada sabia y que por Dios se le dejase descansar : que como mentian tanto, etc. etc.» En esto se levantó y quiso subir en su coche, y requerida por el tribunal que para qué queria subir, dijo, «para qué quieren saberlo vds.», y prevenida que no estando aun concluida la dilijencia no podria sin un exijente motivo levantarse, se insolentó mas, gritando á voces, con un manifiesto desprecio á los circunstantes. A lo que su hijo le dijo «que no convenia asi á los estrados de la justicia, que se moderase; ella no quizo oir nada. Cada uno procuramos que se moderase, pero no atendió á nadie y entónces le dí como cuatro golpes de sable, no tan fuertes, con lo que se sujetó, diciendo solamente, *¿porqué me tratan así?* Yo di cuenta

al mariscal de haberse dado esos sintarazos, y él me dijo: *como ha de ser, desde que ha dado lugar, pero hubiera sido mejor otra demostracion.*

Es esta la última vez que yo me he visto y hablado con ella. Me mandaba pedir solamente sus necesidades que le proveia con conocimiento y órden del mariscal, pues yo nada tenia. De lo que no le provei fué de yerba, café, azúcar y dulce, porque Lopez decia que ya no habia, sin embargo de saber yo por otro conducto, de que habia bastante de los tres últimos artículos.

Son las causas en que he tenido que ver por comision especial del mariscal, y aunque han habido otras muchas, fueron otros los encargados de corrèr con ellas. En cuanto á los detalles en las causas que dejo mencionadas, los he referido muy lijeramente solo para establecer los hechos y pasar á referir la particicipacion que yo he tenido en ellos.

Por lo que hace á mi posicion cerca del mariscal, ella ha sido de alta suposicion al parecer, pero es sabido, que no era muy así, porque aunque mandaba yo en primer lugar, no se hacia en el cuartel general sino lo que queria su hijo, el coronel Lopez, que era mi segundo. Desde Azcurra tuve yo que someterme completamente, porque mi oposicion á él, me ha atraido muchas veces la indignacion del mariscal y mi propio desprestijio. Lo que habia era, que el coronel Lopez queria echarme para mandar él en primer lugar, y ante su padre él nunca perdia.

Confianza de secretos de Estado, ó de importancia sobre asuntos de guerra, ú otros, nunca me ha hecho, siendo las personas á quienes la hacia, el ministro Caminos, el general Caballero y el general Resquin.

Madama Linch fingia mucho conmigo, mientras que yo sabia que no me queria, y alguna sombra de motivo que hubiese dado me hubiera echado. De esto he hablado siempre con mis amigos, asi como de la opresion en que me tenia el coronel Lopez, que murmuraba mucho de mi como su madre.

Madama Linch ha contribuido mucho para la desgracia de muchos. Las veces que ella iba á la capital, despues de regresar, caian muchos. Interesada hasta el estremo ella ha soplado al pueblo el asunto de las alhajas, de la espada, del tintero, etc., haciendo hasta el escándalo de comprar tierras y casas por billetes, así como de joyas y alhajas.

El mariscal en privado y públicamente me echaba en cara mi carácter bondadoso para con mis inferiores, diciendo que era la causa del amilanamiento y flojedad de ellos, lo que no sucedia, decia, con el coronel Centurion, el coronel Lopez y el mayor Segovia, quienes mandaban como gefes, con energia y falta alguna toleraban. En el ejército son conocidos como mas bravos aquellos tres y como mas mansos y de consiguiente nulos, el coronel Aveiro y el mayor Obelar, á quien reemplazó en el mando de los rifleros el mayor Segovia. El mismo general Res-

quin me dijo, que yo era demasiado suave, que no servia sino para mandar en tiempo de paz.

En los parlamentos llevábamos la prevencion de no dejarnos sondear y de rechazar con energia cualquiera produccion poco conveniente. Este era el motivo porque algunas veces cargábamos de algunas bravatas para los argentinos particularmente por que ellos querian tocarnos.

Con los brasileros muy pocas veces he tenido que hablar, porque ellos han dado siempre menos ocasion.

Y aquellas bravatas no pasaban de palabras.

Es cuanto puedo recordar por ahora, y respetuosamente espongo á V. A. I. bajo mi palabra de honor.

Yo señor, desde que vine á entregarme prisionero á las autoridades del ejército brasilero, se me abrieron los ojos, que antes habia tenido enceguecidos, y reconozco, que soy culpable de haber servido con lealtad tanto tiempo y con tantos sacrificios al gobierno del mariscal Lopez.

¡Oh ceguedad!

¡ Me abismo en mi miseria ! Creia servir á mi patria y me habia equivocado. Lo deploro hoy de todas veras y no me queda otro consuelo sino la esperanza en la bondad y clemencia de V. A. I. de quien imploro su perdon y la proteccion como prisionero que soy de las fuerzas que V. A. I. manda con tanto acierto y tan buen suceso.

Y me permito, señor, pedir á V. A. I. una gracia y es que me haga llevar para el Brasil en mi calidad de prisionero.

Yo, señor, sabré siempre reconocer esta gracia muy especial de la benignidad de V. A. I. y nunca jamás propenderé ni en lo mas mínimo contra la política del gobierno imperial, de cuyos empleados recibo en mi desgracia un generoso tratamiento, debido todo á la magnanimidad de V. A. I.

De V.A.I. su mas humilde prisionero.

Silvestre Áveiro.

Importante escrito de Mr. Washburn, Ministro de los E. U. en el Paraguay

REVELACIONES SOBRE LAS PRETENSIONES DE LOPEZ AL IMPERIO DEL RIO DE LA PLATA, SU DESEO DE CASARSE CON UNA HIJA DEL EMPERADOR DEL BRASIL—RECAPITULACION DE VARIOS JUICIOS SOBRE LOPEZ.

(Escrito publicado en Nueva York, Enero 22 de 1870)

Nueva York, Enero 22 de 1870

El ex-ministro norte-americano en el Paraguay, Mr. Charle A. Washburn, publicó ahora tres meses una larga

carta contestando lo que en favor del tirano de ese pais, estaba en aquel tiempo publicando el ex-ministro Mac-Mahon y otros amigos y admiradores de Lopez. Mr. Washburn no dice cosa que no estuviese en el dominio del público rio platense, lo que ha hecho es mostrarnos una vez mas las escenas de horror tan multiplicadas en el Paraguay por la tiranía de Lopez y llenas de peripecias tan espantosas, que ahora, cuando parece que este pais está libre de ellas, los lectores querrian no verlas vivificadas en su imajinacion. Pero la carta de Mr. Washburn está firmada por un hombre de carácter público y que representó un papel muy importante en las complicaciones del Paraguay. Ella es un escrito que en el porvenir será sometido al estudio de la historia, é importante, sino por su peso ilustrativo en las cuestiones, al menos por ser un documento americano, en el cual el bárbaro Lopez está fielmente retratado.

Mr. Washburn llegó á esta ciudad, con procedencia de Washington, justamente cuando el *Herald* daba publicidad á todos los despachos que contra Washburn y en favor de Lopez le mandaban de Washington los corifeos de la gloria del déspota.

Washburn escribe así:

« Al editor de la *Tribuna*. — Señor: —Aunque esté pendiente la investigacion sobre los negocios del Paraguay á que ahora procede la comision de negocios estranjeros de la cámara de representantes, pretendia no publicar por la prensa ni una sola línea sobre la materia de esas dificultades: pero habiendo notado que se está haciendo una tentativa desesperada por parte de los amigos de aquel fratricida matador de sacerdotes y obispos, de aquel asesino de todos los estranjeros y esterminador de su propio pueblo, Francisco Solano Lopez, para falsear la opinion pública por medio de un osado y desvergonzado sistema de mentiras, — creo que es deber mio y de las otras víctimas de los inhumanos barbarismos de aquel déspota, hacer algunas breves aclaraciones.

« Ante todo permitidme tratar de una noticia aparecida en gran número de periódicos, á saber, que en el curso de esta investigacion el comandante Kirkland, del *Wasp*, depuso que despues que yo me zafé de las manos de Lopez con parte de mi legacion, y estando á bordo de su buque, la señora Washburn declaró en la mesa de comer, en presencia mia, que habia habido en el Paraguay una conspiracion con el propósito de echar por tierra á Lopez y elevar en su lugar á su hermano Benigno. Y se agrega: «Al hacer su señora esta observacion, el ministro Washburn tornóse hácia ella, frunciendo visiblemente las cejas. El comandante Kikland no pudo dejar de notar esta declaracion de la señora y la angustia de su marido al vérsela hacer y cambió ojeadas significativas de su sorpresa con un jóven venido con él de Buenos Aires en calidad de intérprete. Dícese que esta denuncia hecha por la señora

Washburn produjo una impresion muy violenta en el ánimo de la comision investigadora.»

«Todo esto, punto por punto, es una grande falsedad. Es falso que la señora Washburn dijese que habia habido una conjuracion, pues ella ni quien quiera que haya escapado de las manos de Lopez, cree que haya habido tal cosa. Es falso tambien que cosa alguna respecto de esta pretendida revelacion del secreto haya ocurrido ante la comision. Lo que el capitan Kirkland declaró, fué que un dia, en mi ausencia, mi esposa dijo que no hubo conspiracion alguna, pero sí un plan para deponer á Lopez, haciéndole suceder por sus dos hermanos. Declaró además que esta observacion de la señora de Washburn estaba tan en contradiccion con lo que yo habia hablado antes, en presencia de ella y con su apoyo y entera adhesion, que él quedó sorprendido y no sabia qué acreditar. Ahora, pues, él sin preguntar absolutamente la razon de la discrepancia ni á ella misma ni á mi, la refirió con la fidelidad digna del amigo de Lopez, á su jefe el almirante Davis.

«Pero como fuese concebible que esta historia era muy absurda para poder ser creida bajo su propia fé, salió con la deposicion bajo juramento de un amigo suyo llamado Davie que dijo estaba presente cuando la señora Washburn descubrió el secreto. Qué papel hacia este Mr. Davie á bordo del *Wasp*, es lo que nunca supe. Kirkland, dice que lo tenia como intérprete, traductor etc; pero Kirkland habla el español con tanta perfeccion como el ingles, y no precisaba de traductores. Lo que puedo inferir de la presencia de ese hombre á bordo, es que fuese puesto allí justamente para ser lo que fué, un testigo de fácil ajuste, una espía. Este hecho de Kirkland, de querer corroborar su historia con una deposicion estraña, muestra bien que ella es tan absurda que no contaba hacerla creer mediante su sola declaracion. ¿Pero porqué es que no presentó tambien deposiciones juradas sobre los *hechos* acerca de los cuales depuso su amigo? ¿De qué sirve, pues, esa deposicion?

Despues de la vuelta del almirante Davis á Buenos Aires, ocurrida la entrega de Bliss y de Mastermann para ser conducidos presos, segun las órdenes de Lopez, juzgados, como mis cómplices en la conjuracion imajinaria, circuló jeneralmente en toda la prensa del país que Davis daria prueba irrefragable de que en el Paraguay existió una conspiracion á la cabeza de la cual yo me hallaba. Es claro que esta noticia vino ó del mismo almirante, ó de alguno de sus oficiales Ramsey ó Kirkland, eran ellos las únicas personas de la escuadrilla que tuvieron entrevistas con Lopez ó cualquier otro, en su campamento.

Todavia á cada uno de estos héroes marinos preguntó la comision si tenia alguna prueba de persona que hubiese estado en el Paraguay antes y durante la guerra y que hubiera escapado

de las manos de Lopez, que mostrase que no habia habido tal conspiracion; y los bravos fueron obligados á declarar que no sabian de persona alguna, escepto Mr. Washburn, con la declaracion que hizo, declaracion que ellos mismos confesaron estaba en contradiccion manifiesta con toda mi primera conversacion á bordo del *Wasp*. Es verdad que el almirante Davis, no teniendo á su ayo Ramsey para avisarle del disparate que iba á hacer, leyó un estracto de cartas mias á Benitez (el secretario de negocios estranjeros de Lopez y á quien este mandó matar despues), en que yo declaraba ignorar completamente los estraños hechos que se producian á mi alrededor, pero por las medidas tan enérjicas tomadas por el gobierno, estaba persuadido de que se descubria algo estraordinario.

« Cuando ayer á la noche salí de Washington, ví en el *Herald* una reseña de lo que anteayer habia traspirado en la comision. Los materiales de este tejido de falsedades está visto que fueron dados por el jeneral Mac-Mahon, quien cayó en el mismo error estúpido del almirante Davis, pretendiendo probar con mis despachos á Benitez que habia habido una conspiracion. La cita que ambos hicieron y tan triunfalmente alardearon fué sacada de una carta en que yo replicaba á una noticia oficial de que se habia descubierto una conjuracion para asesinar á Lopez, y que se frustró. No creí en tal cosa en aquel tiempo; pero decirlo no se acordaba con mi carácter de ministro. Los usos diplomáticos y la cortesía me obligaban á espresar mis felicitaciones por el hecho de haber el presidente escapado de tan inminente peligro.

« Tal es el simple hecho presentado como prueba suficiente para demostrar que hubo conspiracion, á pesar de que, como dice el resto del despacho, yo solo supiese eso por via de los mismos ministros de Lopez. Ni el mismo Mac-Mahon, á pesar de haber sido interrogado muy circunstanciadamente por la comision, puede decir que creia hubiera tal conspiracion, puesto que lo divulga de un modo repugnante por las líneas telegráficas. En cierto tiempo confieso que realmente creí haberse descubierto una conjuracion contra Lopez; pero en mi casa no habia quien supiera de esto.

« Así que se me mandó las declaraciones de las víctimas torturadas por Lopez, en que se referian conversaciones imajinarias conmigo, y se me imputaba gran número de acciones que ni habia soñado, pensado ni oido, y que ví acusaban del crímen de tentativa de asesinato á hombres que bien sabia yo ni imajinaron semejante cosa; entónces reconocí que todo era falso, y que el negocio no pasaba de un plan de Lopez para matarnos á todos, guardándose tales declaraciones, que luego aprovecharia lanzándolas al mundo como confesiones, para justificarse.

« Nunca supuse que me mandara ejecutar, abierta y pública-

mente; pero tengo la prueba mas concluyente admitida por la naturaleza del caso, de que estaba anticipando el placer de verme conducido á su cuartel jeneral, torturado á su vista, y de divulgar el resultado probable de esta tortura como un mero accidente ó un suicidio á consecuencias de mis *confesiones*.

« Sé perfectamente que los ingleses y otros estranjeros que andaban por el campamento de Lopez, esperaban á cada hora verme aprehendido, y que entónces ellos y todos los que en el porvenir pudieran dar alguna prueba de mi destino, serian luego sacrificados, como medida de precaucion. Pero la llegada del *Wasp* desconcertó los planes del dictador, porque entónces no podia aprehenderme sin que el hecho se esparciera por todo su ejército, y si el buque hubiese vuelto sin mí, todos habrian hecho conjeturas sobre mi destino. Además de todo eso, no tenia tiempo de preparar las ulteriores desposiciones y confesiones necesarias para su justificacion en el esterior. Al jeneral Webb debo que el *Wasp* no llegara tarde. Si el gobierno del Brasil no hubiese tenido otro con quien entenderse sino el almirante Davis, el *Wasp* no hubiese hallado al ministro á su llegada al Paraguay.

« Solo muchos meses despues vine á saber cuál era la causa de esta acérrima hostilidad de Lopez para conmigo. Héla aquí simplemente: Cuando al fin de los dos primeros años de lucha, Lopez halló que los aliados nunca tratarian con él, y que ni á cambio de los mayores sacrificios permitirian dejar á la cabeza de una nacion vecina un déspota que no respetaba ley alguna, divina ni humana; entónces comprendió que, sin la intervencion de alguna potencia estranjera, seria derribado. En estos apuros, supo con gran confortamiento para su ánimo que los Estados-Unidos habian ofrecido su mediacion en el negocio. Este ofrecimiento no fué aceptado por los aliados, y aunque obedecí mis instrucciones tan á la letra que merecí improperios de parte de los aliados, aun asi Lopez desde entónces se tornó en mi acerbo enemigo.

« El tenia para sí que yo podia, si queria, inducir á mi gobierno á unirse á su causa, y por medio de una activa intervencion, sacarlo de la situacion desesperada á que lo precipitaron su propia ambicion y locura. Pero como ni aun queriéndolo hubiese yo podido hacer tal cosa, desde entónces comenzó á injuriarme con las espresiones mas injustas é indecentes, particularmente durante sus accesos de acrimonia.

« Pero por entónces no dejó ver esto en sus relaciones oficiales, y solo mucho despues es que lo supe. En las desesperadas tentativas que recientemente se han hecho para falsear la opinion y poner á cubierto al almirante Davis y sus inquisidores Ramsey y Kirkland, los admiradores de Lopez lo pintan sistemáticamente como ultrajado por mí y otros. Las

declaraciones dadas en su favor dicen ser hechas bajo la autoridad de mi sucesor, el jeneral Mac-Mahon. Pero este testimonio es de un carácter negativo. El jeneral Mac-Mahon solo puede deponer no haber visto á Lopez torturar ni matar persona alguna. Yo tampoco lo vi, á pesar de haber demorado en el pais diez veces mas que él. Pero sé, como si lo hubiese visto por mis propios ojos, que millares de personas fueron inhumanamente torturadas y ejecutadas por aquel mónstruo execrable, y todo esto se hizo, digámoslo así, no por castigar crímenes que hubiesen cometido, sino para que callaran por siempre aquellos, cuyo dinero habia sido robado, y para dar á Lopez el mayor placer de que es susceptible su torpe naturaleza—el de inflijir los mas crueles tormentos á sus desventuradas víctimas.

« El propio jeneral Mac-Mahon confiesa que este modelo de presidentes mató su obispo y gran número de sacerdotes; pero si piensa ahora que el asesinato de obispos y sacerdotes es una diversion propia de un buen jefe católico, debe informar de esto al público.

« Todas las deposiciones directas ó positivas versan hácia un solo punto de esta cuestion. Todos los testigos competentes para prestar una declaracion cualquiera de su propio conocimiento, están de acuerdo en lo que toca al carácter de Lopez, su cobardía y sus barbarismos. Se ha hecho gran esfuerzo para desacreditar las deposiciones de los señores Bliss y Masterman á resultas de cuya memoria al congreso, la comision ha procedido á la investigacion presente. Pero lo que ellos dicen está plenamente corroborado por todos los escapados de las garras del mónstruo. Si produzco sus nombres, tengo miedo de verlos insultados y difamados como últimamente Mr. Bliss lo ha sido por los amigos de Lopez en este pais.

«Y ahora séame permitido destruir la ilusion en que aquí todos están, de que la causa de Lopez es la causa del republicanismo contra el monarquismo. Desde 1814 adelante, el Gobierno del Paraguay ha sido mas absoluto y mas despótico que cualquier rey ó emperador; y el mismo Lopez pretendia, al comenzar la guerra, proclamarse emperador del Paraguay, si de ella surjia resultado favorable á sus planes y si conseguia incorporar á su pais territorio bastante para dar á aquel dimensiones respetables en el mapa. *Una vez me dijo que el Brasil le habia animado á declararse emperador del Paraguay, y aseguróme que le era cosa facilísima. Llegó hasta instituir una* ÓRDEN DEL MÉRITO, *á guisa de* LEJION DE HONOR *cuyo alto grado solo seria conferido á las testas coronadas ó á príncipes hereditarios de las coronas. Además de eso, se sabe que «el modelo de una corona imperial fué últimamente hallado entre algunos objetos de real manificencia que Lopez recomendó á Paris, y que naturalmente eran destinados para su uso durante y despues de la coronacion.»*

«COMO S.M. DON PEDRO LO TRATÓ UNA VEZ DE GRANDE Y BUEN AMIGO Y HERMANO, NUTRIA LA ESPERANZA DE QUE EL ENPERADOR PODRIA VENIR Á SER SU SUEGRO, DÁNDOLE EN MATRIMONIO, PARA REPARTIRSE SU TRONO, SU HIJA MAS JÓVEN. LOPEZ HIZO PROPOSICIONES EN ESTE SENTIDO, Y CUANDO SUS ESPERANZAS ESTABAN MAS EXALTADAS, PREMEDITABA HACER GUERRA DE CONQUISTA Á LA CONFEDERACION ARGENTINA Y AUMENTAR SUS DOMINIOS Á COSTA DE ESTE PAIS. PERO EL EMPERADOR, YA BIEN ENTERADO DE SUS INSTINTOS FEROCES, PREFERIRIA CONFIAR SU HIJA Á ALGUN YACARÉ DEL RIO ANTES DE ENTREGARLA Á LAS TIERNAS CARICIAS DE LOPEZ. FUÉ PUES GRANDE SU MARTIRIO Y SORPRESA CUANDO, EN EL VERANO DE 1864, LE CONSTÓ POR LOS DIARIOS QUE LAS HIJAS DEL EMPERADOR IBAN Á CASARSE CON LOS NIETOS DE LUIS FELIPE. Desde entónces Mrs. Lynch comenzó á instarlo para poner en ejecucion sus designios imperiales. Esta mujer es casada con un cirujano de la marina francesa y Lopez la halló en las calles de Paris, hace cosa de diez y siete años. Le ha dado varios hijos, y la pobrecita abrigaba la esperanza de que alguno de ellos fuese un dia el segundo emperador siendo ella y su cómplice los fundadores de una dinastia.

«Con estas intenciones fué que nuestro campeon del republicanismo comenzó la guerra sin haber hecho declaracion prévia alguna, de un modo tan salvaje y con tal escarnio del derecho de jentes, que el Brasil nunca podria tratar con él sin incurrir en el justo desprecio del mundo.

«Ahora quiero ofrecer el testimonio de algunos de los estranjeros presenciadores ó víctimas de los barbarismos de Lopez. No se diga que son deposiciones de brasileros; las doy de ingleses, alemanes y de otros honestos y respetables estranjeros que vieron y sufrieron.

«El Sr. R. von Fisker Trenenfeldt, el constructor de los telégrafos paraguayos, hombre excelente y digno de toda confianza, es mi primer testigo. Estaba en libertad cuando salí del Paraguay; pero algunas semanas despues pidió licencia para retirarse del pais en una canonera italiana que habia ultrapasado las líneas del bloqueo, y fué inmediatamente preso como conspirador, llevado al cuartel jeneral, y como tal juzgado. Se escapó recien en las batallas de Diciembre del año pasado. Hé aquí como él mismo pinta sus sufrimientos.

«Me dijeron que el Tribunal tenia muchas pruebas de que yo sabia todo acerca de la revolucion, y que habia recibido dinero del Comandante Fidanza, para mantenerla. Como negase ambas acusaciones, uno de los capitanes ordenó á un cabo que fuese á buscar un par de esposas que felizmente no se me llegó á aplicar . . . . . El Juez me aseguró que el Tribunal estaba perfectamente persuadido de ser yo reo, y que el Tribunal nunca llamaba á nadie á su presencia sino cuando habia delito. A esto repliqué que siempre habia creido que un Tribunal tiene derecho de llamar cualquier persona á su barra, pero

que solo puede castigar á los criminales. Con esto terminó el exámen, y fuí prevenido de reconciliar mi alma con Dios, porque mi vida seria corta. Me condujeron de nuevo á la prision, y nunca mas ví persona ó juzgado alguno. Entre tanto podeis ver, mi caro señor, que fuí el mas afortunado de todos los presos, porque nunca me pusieron esposas ni emplearon conmigo aquellas diabólicas máquinas del tiempo de la inquisicion, con las cuales torturaron y forzaron á todos los demás estranjeros á confesar y afirmar que realmente habia habido un plan de revolucion y que todos ellos habian entrado en él . . . Por la mañana temprano del 21 de Diciembre, un cuerpo de oficiales y sacerdotes vino á nuestra prision, y el comandante Marcó leyó una lista de mas de una tercera parte de los presos que debian dar un paso al frente. Todo contribuia á mostrar que aquel era uno de esos momentos solemnes que los paraguayos se atreven á llamar ejecucion de justicia. Entónces los presos cuyos nombres se leyeron formáronse en círculo, el Comandante Marcó leyó una corta sentencia, los sacerdotes les confesaron, un de soldados les condujo al lugar en que las tinieblas son mas densas, y despues de algunos momentos de absoluto silencio una descarga acabó con todos. Entre ellos estaban: Benigno Lopez hermano del presidente; Barrios, su cuñado; el Ministro Berjes; el Obispo; el Cónsul portugues, Leite Pereira; el Coronel Alen, el Capitan Fidanza, la ya caduca madre y la esposa del Coronel Martinez y el padre Bogado. Teníamos tambien como compañeros de prision á las hermanas del presidente y á su otro hermano el Coronel Venancio Lopez. Estos fueron encerrados en un carro cerrado, y llevados no sé dónde. . . . Cuando Lopez huyó para Cerro Leon, despachó un ayudante con una lista de todos los presos antiguos y nuevos, quienes debian ser muertos donde quiera que se hallasen. Felizmente nos escapamos; los brasileros agarraron al ayudante con su lista, y asi me salvé de una segunda condenacion á muerte.»

«Tal era la invariable costumbre de Lopez: siempre que huia de alguna batalla ó posicion perdida, daba órden para matar á todos los que no podian ya ser sujetos á las largas torturas que se complacia en inflijirles. En su último descalabro, habiéndose escapado cuarenta y un ingleses, la mayor parte mujeres y criaturas, dió la órden de costumbre, de matarlos á todos. Pero el oficial encargado de cumplirla halló algunos licores espirituosos y se embriagó antes de llegar á su destino, y llegando luego los brasileros, lo tomaron, salvándose asi los condenados.

«Los sufrimientos que estos infelices contaban haber pasado en poder de Lopez, hacen estremecer el corazon. El cirujano Tarabull, de la cañonera inglesa *Cracker*, publicó en los periódicos británicos una narracion de su estado y padecimientos en aquel pais. Trascribo el siguiente párrafo de su carta: «Todos los estranjeros escapados últimamente confirman lo peor que se

ha dicho de las terribles atrocidades de Lopez, y hablan del horrible estado en que vivieron no durante meses, sino durante años. A los que se toman algun interés en esta guerra, basta decir que cada una de aquellas víctimas habla en favor de Mr. Washburn el Ministro de Estados-Unidos, y todos están unánimes en condenar á su sucesor, el jeneral Mac-Mahon.»

«Mr. W. Eden y su señora, que vivieron cinco meses y medio en la legacion, fueron de los escapados en aquella coyuntura. Mr. Eden refirió estensamente en el *Standard* de Buenos Aires los terribles sufrimientos que Lopez les impuso. Dijo que no creyó que hubiese jamás conspiracion alguna, y que su mujer, que estuvo á la cabecera de la cama de Mr. Washburn en su última enfermedad, nunca oyó hablar de semejante cosa. Si ella hubiese sido tan lista para descubrir traiciones y servir á Lopez como lo fué el capitan Kirkland, tal vez hubiera descubierto tanto como este descubrió.

" El coronel Jorje Thompson, que fué el principal injeniero de Lopez y el verdadero héroe de la guerra, y que se rindió prisionero en la batalla de Angostura, publicó un libro dando la historia militar de la guerra. En este libro presenta á Lopez como un *mónstruo sin semejante*, cobarde y cruel. Hablando del asesinato descrito mas arriba por Trenenfeldt, dice que "estas ejecuciones se hicieron á vista de las propias hermanas de Lopez horriblemente apaleadas, nadie sabe porqué, y despues mandadas para adentro del país en carretas de bueyes."

Sobre el coraje de Lopez, dice el coronel Thompson: " Antes de estos últimos dias de la guerra, Lopez nunca estaba al alcance del fuego, y aun así mal se puede decir que entrase en fuego, pues se conservaba siempre fuera de las líneas ó abrigado por las anchas paredes de su casa. En los últimos dias de Diciembre juró repetidas veces á sus tropas que habia de vencer ó morir con ellas. Al fugarse él casi sin oler la pólvora, su jente, aunque perfectamente preparada para juzgar como muy bueno lo que él hiciese, aun así llenóle de ira su proceder, y yo mismo hoy á muchos caidos prisioneros condenar su cobardia."

" Hablando de los motivos que llevan á Lopez á torturar y matar tanta jente inocente, Thompson dice: "No hay casi duda de que el propósito al cual tendia Lopez haciendo esto, era robar todos los caudales, particulares y públicos, que encontrase en el país, y al mismo tiempo librarse, aprovechando la excelente ocasion, de todos aquellos contra quienes nutria despecho. Gracias al tan bien establecido sistema de espionaje, siempre en obra, especialmente en la reparticion del tesoro, el robo de los dineros públicos lo podia hacer en el Paraguay él solo. Despues de ordenar que todos los dineros públicos fuesen depositados en sus propios cofres, y naturalmente que fuesen depositados en diversos sitios del país, mandó para el

ejército y allí hizo matar á *uno por uno* de los que tenian algo que ver con el tesoro, con empleos públicos ó con su mayordomato particular; de manera que ahora no existe un solo viviente, fuera de él mismo, que tenga la mínima idea de donde están los dineros del tesoro paraguayo. Todos los comerciantes y otras personas que tenian algun dinero, recibieron igual tratamiento."

"Mr. Alonso Taylor, otro inglés por mucho tiempo residente en el Paraguay, y hombre de carácter exelente, fué, como casi todas las personas decentes habitantes allí, preso y sujeto á la tortura, como conspirador, en el *cepo Uruguayana*. Hé aquí como Mr. Taylor describe este predilecto medio que Lopez empleaba para arrancar confesiones:

"La tortura es así, al menos segun yo la sufrí: Me puso en cuclillas en el suelo. Primeramente mis piernas fueron bien ligadas juntas, y me amarraron las manos á la espalda, con las palmas vueltas para afuera. Entonces me ataron una carabina en la curva de las piernas, y me pusieron seis mas en los hombros, atándolas todas en las estremidades con tiras de cuero. Despues hicieron un lazo que tomaba en la curva de las piernas la carabina puesta encima, y dos soldados, tirando el estremo de este lazo, me hicieron agachar la cabeza hasta abajo de las rodillas, dejándome así.

"El efecto fué el siguiente: Primero se me durmieron los piés; luego las puntas de los dedos me empezaron á temblar, estendiéndose el temblor gradualmente á las rodillas, á las manos y á los brazos, aumentándose hasta que era insufrible. La lengua se me hinchó mucho, y creia tener las carretillas fuera de su lugar. Despues del martirio estuve quince dias incencible de uno de los lados de la cara. El sufrimiento fué terrible. Ciertamente yo habria confesado todo si hubiese tenido que confesar, y creo bien que muchos hayan preferido decir cualquier cosa á sufrir la terrible agonía de ese suplicio. Estuve dos horas en el estado descrito, y me consideré muy feliz cuando me dejaron retirar. Muchos fueron puestos en *cepo Uruguayana* dos veces, otros seis veces y con ocho carabinas en la nuca.

"La señora de Martinez fué seis veces torturada en ese tormento terrible, además de haber sido apaleada hasta quedar todo su cuerpo convertido en una inmensa herida..... Por mi parte no creo que hubiese conspiracion alguna, á menos que no sea la del mismo Lopez para robar el dinero de los estranjeros.

"El capitan Adolfo Saguier, natural del Paraguay y primo de Lopez, sujeto á la tortura sin ningun motivo, como él dice, sino el mismo por el cual se inflijió igual castigo á los otros, esto es, no ser bastante salvaje y cruel para adorar al mónstruo, declaró por escrito, despues de haberse escapado, que "la mayor parte de los prisioneros sufrieron torturas de todas

clases, antes de dar fé de eso, tales como el *cepo Uruguayana*, la baqueta y el hambre. Muchos de ellos murieron, á veces cinco y seis por dia, de martirios y de hambre."

"Tengo ante mí un gran monton de testimonios del mismo carácter. Tengo las alegaciones de cerca de cincuenta testimonios diferentes, todos los cuales hablan de la crueldad del mónstruo sin discrepancia alguna en cuanto al fondo y las principales circunstancias de su horrorosa historia. Lo que apenas aparece respecto de la conspiracion, es que centenares de estranjeros y casi toda la mejor clase de los nacionales fueron torturados y ejecutados por estar complicados en ella. De esos otros testimonios me basta citar algunos.

"El doctor Von Stewart, médico escoces, que por muchos años fué el facultativo de Lopez y estaba mas con él y conoce su carácter é índole mejor que cualquier otro de los escapados de sus uñas, me escribe lo siguiente en una carta datada el 20 de junio último:

"Me indigné al saber que habeis sido calumniado por la prensa, á vuestra llegada á los Estados Unidos; y me mortifica ver que los diarios no cesan de perseguir á un hombre que hizo todo cuanto podia hacerse en la posicion terriblemente crítica en que os hallasteis en el Paraguay, para no desafiar á un déspota sin escrúpulos, que en cualquier momento podia mandaros matar y someter vuestra familia á horrores indecibles...."

"En cuanto á la parte de responsabilidad que toca á Mrs. Lynch en los barbarismos de Lopez, es mi creencia que ella fué quien le instó á declarar la guerra; que antes y despues de estallar ésta, ella nunca perdió ocasion de envenenar el espíritu de su hombre con ódio y celos hácia todos los que tenian algun mérito; que aprobó siempre la severa justicia de Lopez, diciendo que eso era muy bueno; que tanto cuanto pudo, aumentó su disposicion naturalmente cobarde, porque sabia que nada le agradaba tanto como decirle que corria peligro de ser asesinado; que no perdió ocasion de echar mano á todo objeto de valor existente en el tesoro y en los santuarios del país.

Sé que ella animó á todos á creer en la pretendida conspiracion. En estas ocasiones muchas veces fijé mis ojos en los suyos, y por la confusion en que entónces la veia caer, estoy cierto de que se hallaba convencida de la falsedad que sostenia...

"No tengo duda de que su memoria será maldecida hasta por las jeneraciones que nazcan en aquel desventurado país.

«Me preguntais cual es mi opinion sobre cómo la idea de una conspiracion brotó en el espíritu de Lopez. He tratado minuciosamente este asunto en algunos escritos que os remitiré asi que vengan á mis manos. Debemos ir muy adelante en las mas pequeñas circunstancias que rodean este asunto. Los nombres de los muertos exijen que nosotros, escapados de

igual suerte, hagamos una esposicion muy completa de toda esa historia y de que Lopez sabia perfectamente que todas las acusaciones de conspiracion no tenian el menor fundamento.

«He de esforzarme por mi parte para hacer esta obra de justicia. Muchas de las víctimas asesinadas por Lopez eran mis amigos íntimos y carísimos. Su sangre reclama mi defensa contra las aserciones de Lopez y de sus mirerables defensores y apolojistas, á quienes aun se permite degradar la marina de este pais y pasear las calles con las insignias que ha mucho se debia haberles arrancado de los hombros. Durante la visita que últimamente hice á Inglaterra, supe la llegada del jeneral Mac-Mahon á Paris, é inmediatamente circuló por los diarios que Lopez era un hombre muy difamado y que estaba mas fuerte que nunca, aun mas, en una posicion absolutamente inespugnable. Se dijo tambien que los ingleses residentes en el Paraguay estaban tan contentos y bien tratados, que no mostraban deseos de retirarse.

«Pero desde que esto se escribió, ya Lopez fué corrido de aquella *inespugnable* posicion con gran pérdida para su ejército, y los *contentos* ingleses se escaparon y publicaron en los periódicos de Buenos Aires las mas chocantes narraciones de los sufrimientos y crueldades que esperimentaron en las manos de Lopez, denunciándolo unánimemente como un infame mónstruo. Se contestó por los diarios que cuatro ó cinco no escapados habian acompañado al tirano; pero desde entónces uno de esos *acompañantes voluntarios*, Mr. C. H. Thompson, escapó, y nuestro ministro en Buenos Aires escribe ahora que se confirma todo lo que anteriormente se dijo de las atrocidades de Lopez, y agrega que mucho aun queda por decirse. La mayor parte de esos ingleses, á su llegada á Buenos Aires, se alojaron con Mr. Kirk, y (así me escribe este) todos sostuvieron entusiastamente mis actos y condenaron á mi sucesor. Tambien dijeron que «ni la mitad de las crueldades de Lopez habia sido referida.» Todos agregaron igualmente que nunca hubo tal conspiracion.

«Con esta porcion de testimonios, ninguno de los cuales fué aun contradicho, creo que el espíritu público debe haberse convencido de que Lopez es el peor mónstruo que jamás afligió el continente americano, ni el mundo entero. El ha hecho lo que ningun tirano hizo aun: causó el casi total esterminio de su pueblo. De 800,000 paraguayos existentes cuando subió al poder, dudo que haya mas de 100,000 vivos, y mientras tanto no hay mas de 2,000 hombres dentro de sus líneas. Afirmo de nuevo que ni un solo de los testimonios que acabo de emitir, ha sido refutado.

«Mac-Mahon no puede contradecirlos porque no sabe sino lo que Lopez le dijo. Su admiracion por Lopez y Mrs. Lynch es tan manifiesta, que los ingleses *contentos* que encontró en el

cuartel jeneral no se animaron á confiarle su opinion sobre el tirano ó quejarse de su tratamiento.

«Se ha esparcido por todo el pais que el secretario de Estado Fisch aprueba en todo el procedimiento del ministro Mac-Mahon, y que va á mandarlo otra vez á entregarse á los tiernos brazos de Lopez y de Mrs. Lynch. Esta última noticia sé que es falsa, y en la primera no creeré sin prueba ulterior, y esta aun no se ha visto publicada en parte alguna. Aprobar á Mac-Mahon es no solo aprobar á Lopez, su violacion de la legacion americana y la prision y la tortura de sus miembros, sino tambien hacer la bestial declaracion, hecha publicar en su nombre por todo el pais, de que el emperador del Brasil, el ex-presidente Mitre y los otros jefes aliados son tan malos ó peores que el demonio del Paraguay.

«Ahora el como la reparticion de la marina considera el procedimiento del almirante Davis y de sus inquisidores Ramsey y Kirland, se puede inferir del hecho que, pendiente esta investigacion y de un modo como para mostrar desprecio por el congreso y especialmente por la comision de negocios estranjeros, Kirland fué repuesto en el empleo de Comandante del *Wasp* y Ramsey fué designado para un empleo magnífico en el arsenal de marina de Washington. Cual recompensa reserva el ministerio de marina para el almirante Davis, no se sabe; indico al secretario Robeson que en su memoria al congreso proponga sea hecha en su honor una medalla, cuyo anverso tenga en relieve el retrato del almirante y el reverso de su amigo Lopez.

CHARLES A. WASHBURN.

Hotel de San Nicolas, Nueva York, Noviembre 16 de 1869.»

Declaracion

DEL GENERAL FRANCISCO ISIDORO RESQUIN, JEFE DE ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO PARAGUAYO, PRESTADA EN EL CUARTEL GENERAL DEL COMANDO DEL EJÉRCITO BRASILERO EN HUMAITÁ EN 20 DE MARZO DE 1870.

A los 20 dias del mes de Marzo compareció ante el Señor Coronel D. Francisco Piñero Guimaraens, el General Francisco Isidoro Resquin, gefe de E. M. del ejército paraguayo y declaró: tener 46 años de edad, ser soltero, aunque vivia en compañia de una mujer con cinco hijos. Declaró además haber sido prisionero en Cerro Corá por las fuerzas brasileras, y que al principio de esta guerra era coronel y que mandaba una columna de 12,500 hombres, casi todos de caballeria, que invadió por tier-

ra á la provincia de Matto-Grosso, yendo el declarante á órdenes del General Barrios que siguió embarcado para aquella provincia, llevando consigo cuatro mil y tantos hombres.

Estas fuerzas efectuaron su reunion en la Villa de Miranda, despues de apoderarse Barrios del fuerte de Coimbra, sufriendo grandes pérdidas.

La caballeria paraguaya llegó á pié á Miranda, y no encontrando camino, se estacionó allí. Algun tiempo despues se retiró hácia los lados del Niosac; pero antes de llegar á este punto, (y habiéndose enviado de Bella Vista los caballos necesarios) recibió órden del Presidente Lopez para enviar á Coxim una fuerza de 300 hombres.

El camino á Coxim era intransitable: habia que atravesar un bañado de 22 leguas.

La espedicion no encontró á nadie en Coxim y perdió 30 hombres, y regresó cargando gran número de enfermos.

El declarante entregó el mando de la columna al Mayor Urbieta en Niosac, y siguió en una canoa para la Asuncion, y de allí á Humaitá, en el mismo dia que llegó á presentarse al Presidente Lopez. Este le hizo algunas ligeras reconvenciones; pero despues se serenó, y al dia siguiente 24 de Junio de 1865 lo hizo brigadier general diciéndole que lo iba á mandar á Corrientes, como segundo de Robles, de quien no estaba satisfecho, abrigando sospechas acerca de sus procederes, por cuanto se le manifestaba activo. Lopez no queria romper de pronto con Robles; pero queria averiguar sus procedimientos por intermedio del declarante que debia él entretanto organizar las caballerías.

El declarante se dirijió al Empedrado en Corrientes, y ocho dias despues el General Robles fué preso por el Ministro de la Guerra, General Barrios. Él entretanto, nada notó en el procedimiento de Robles que motivase sospechas, y hoy mismo cree que nunca fué su intencion traicionar.

El Coronel Alen fué quien denunció á Robles ante Lopez, diciéndole que despreciaba una condecoracion que Lopez le habia enviado, y que tenia correspondencia con los gefes correntinos. Alen era gefe de Estado Mayor, y estando desavenido con Robles, formó contra su general una especie de partido.

El hecho es que las fuerzas estaban desnudas y que solo tenian carne para comer, faltándoles los medios de movilidad, y mientras tanto Lopez apuraba á Robles para que avanzase.

Preso Robles se encargó el declarante de las fuerzas en Peguajó, quedando siempre como gefe de Estado Mayor el Coronel Alen. En aquella ocasion ascendia la fuerza á 20,000 hombres de las tres armas con 30 piezas de artilleria, que era lo que formaba el ejército del Sur.

Además de estas fuerzas habia en Humaitá 12,000 hombres, en Cerro Leon 5,000, en la capital 4,000, y de la Encarnacion

habia partido Estigarribia con 10,000 hombres, dejando algunas fuerzas en aquel punto. Por todas partes se reunian reclutas, de modo que en un año Lopez levantó 80,000 hombres hechos.

La mortandad, sin embargo, era escesiva. La diarrea, sobre todo, hacia grandes estragos. Cerro Leon y Humaitá eran verdaderos cementerios.

El estado sanitario del ejército del Sur era sin embargo, mucho mejor; y únicamente al retirarse de Corrientes fué atacado por la escarlatina que en el Paso de la Patria le causó un gran número de víctimas.

Cuando se encargó del mando del ejército del Sur le fueron dadas las siguientes instrucciones: reuniese los gefes y proponerles marchar sobre el Uruguay, en caso que el declarante se decidiese á ello, debiendo reunirse con Estigarribia para batir al General Flores que marchaba sobre Estigarribia con una pequeña columna.

Reunidos los gefes todos aprobaron el plan: pero el declarante les hizo presente que habia gran escasez de medios de movilidad, y que los comandantes de divisiones, compuestas de 3000 á 4000 hombres, no sabian hacerlas maniobrar, y que, por lo tanto, se esponia el ejército á una derrota. Esto mismo escribió el declarante á Lopez, agregando que no se sentia con fuerzas para llevar á cabo la empresa, y que solo S. E. el señor Mariscal podria realizarla poniéndose á la cabeza del ejército.

Lopez le contestó que en breve iría con 22 mil hombres mas á reunirse á el ejército del Sur para dirijir las operaciones. Esta misma promesa le habia hecho ya Lopez al declarante, y ella le animó á escribirle en aquel sentido. Lopez agregaba que le mandaria carretas, bueyes y caballos; pero nada de esto le envió.

Esperaba la venida de Lopez en Santa Lucia, cuando el 5 de Octubre de 1865, le dió la noticia el ministro de la guerra de que las fuerzas de Estigarribia se habian rendido, recibiendo en consecuencia órden para retirarse él con el ejército de su mando para el Paraguay en vista de que ya nada mas tenia que hacer en Corrientes.

Lopez le habia dicho anteriormente que el General Urquiza se habia comprometido á unirse con él para hacer la guerra al Brasil y á la Confederacion Argentina; pero que cuando Lopez hizo la protesta de 30 de Agosto de 1864, el general Urquiza se apartó de él. Lopez persistió en mantener solo aquella protesta.

Sea lo que fuere, el ejército del Sur no recibió el menor auxilio del General Urquiza.

El ejército del Sur llegó con muchas dificultades á la márgen del Paraná, y lo atravesó en dos balsas, remolcada la

una por un vapor, y la otra á remos. Cada balsa llevaba un batallon. Empleó el ejército cinco dias en el pasage, dejando en la márjen izquierda del Paraná una fuerza de 3000 hombres al mando del entonces teniente coronel Diaz, con las carretas, bueyes, caballos y 6 piezas de artilleria. Esta fuerza tenia por objeto recojer algunos animales, y solo pasó el Paraná al cabo de 12 á 15 dias despues.

Al llegar al Paso de la Patria el mariscal Lopez reasumió el mando de todas las fuerzas, quedando el declarante como gefe de E. M.

La escuadra brasilera no pasó sino una sola vez la confluencia del Paraná con el Paraguay, cuando ya el ejército paraguayo habia atravezado el rio, en cuya ocasion disparó uno ó dos cañonazos que no podian impedir la operacion.

Declaró además que el ataque á la isla frente de Itapirú fué concebido por Lopez, aceptado con entusiasmo por Diaz, y puesto en práctica, no obstante haberlo impugnado el declarante, por no alcanzar la ventaja que de ese ataque podia reportarse. Lopez le respondió que al menos, los soldados se ejercitarian en atacar trincheras artilladas. El éxito fué tan desastroso como era de esperarse: los pocos que escaparon lo consiguieron gracias á ser buenos nadadores, y todos llegaron heridos.

Declaró además que Lopez esperaba que el desembarque del ejército aliado en el Paraguay se efectuase mas abajo y á inmediaciones del fuerte de Itapirú, y preparaba fuerzas para salir al encuentro de los invasores en el momento del desembarque; pero habiendo desembarcado las fuerzas brasileras muy abajo de ese punto, el plan se frustró, y recien al siguiente dia, 17 de abril de 1866, mandó Lopez algunos batallones de infanteria y regimientos de caballeria, poca fuerza, con dos cañones, á esperar la columna brasilera en la estrecha lengua de tierra que vá á Itapirú. La caballeria é infanteria paraguaya se dispersaron; su artilleria fué tomada. En la misma noche los paraguayos abandonaron á Itapirú y fueron á acampar en el Paso de la Patria, dejando algunas guardias avanzadas, en observacion del lado de Itapirú.

El Paso de la Patria estaba fortificado; pero apesar de estar guarnecida la trinchera con 24,000 hombres, la juzgaron demasiado estensa, y como además de esto podia ser flanqueada, desembarcando fuerzas en el rio Paraguay, mas abajo de la Laguna Piris, operacion que cortaria la retirada del ejército paraguayo, resolvió Lopez abandonar esa posicion.

Declaró que el ataque del 2 de Mayo, asi como el de Corrales, fué motivado por el deseo que tenia Lopez de ejercitar sus fuerzas en pequeños combates, pues le constaba

que el General Mitre tenia en vista evitarlos. Queria tambien probar las fuerzas aliadas, y ver si sorprendiendo las guardias avanzadas obtenia algunos prisioneros que le diesen datos respecto al número de esas fuerzas, pues carecia de ellos.

Para Corrales mandó 400 hombres y despues 1,000 mas de refuerzo, que solo tomaron parte al fin de la lucha, al desembarcar. Los paraguayos entre muertos y heridos tuvieron en el combate 300 bajas.

El combate del 2 de Mayo fué traido por 3500 hombres; además de esa fuerza habia alguna infanteria y ocho piezas de artilleria de reserva sobre el Estero Bellaco para protejer la columna que atacaba. La infanteria que atacó era mandada por el teniente coronel Diaz, que fué quien aconsejó á Lopez, esa operacion. La caballeria, por el comandante Benitez, que murió en la accion.

La columna paraguaya perdió cuatro piezas que traia y llevó otras cuatro que estaban en la vanguardia brasilera, mandada por el General Flores, y que fué sorprendida. Ignora la pérdida total, pero afirma, que solo en el Estero Bellaco, donde tuvo lugar la última base del combate, dejaron los paraguayos 250 muertos, contados despues que los brasileros se retiraron á sus campamentos. La causa de ignorar la pérdida total es que el Teniente Coronel Diaz, dió parte de ella directamente á Lopez. Que todo el ejército de Lopez se puso en movimiento, pues se creyó completamente perdida la situacion y se juzgó que ni la reserva se podria retirar. En cuanto á las columnas que atacaban fueron totalmente desbaratadas, rehaciéndose en grupos de 10 y 12.

Los aliados, por su parte, despues de haber hecho pasar algunos batallones el Estero Bellaco, lo repasaron de nuevo, y dueños del campo, volvieron á sus campamentos.

El dia 2 de Mayo, el ejército paraguayo que habiendo salido del Paso de la Patria habia acampado en el Estero Bellaco donde permaneció cuatro dias, que se hallaba mas allá del Estero Rojas, el cual muy luego empezó á cubrir con trincheras, pues hasta entonces no existia ninguna.

Declaró además, que el dia 23 de Mayo, Lopez reunió á sus principales gefes y les dijo, que habiendo sabido que en el dia 25 el ejército aliado debia atacar sus atrincheramientos, que apenas se hallaban artillados con algunas piezas de campaña, y no teniendo bastante confianza en ellos ni en la firmeza é instruccion de sus soldados y gefes, queria atacar por sorpresa á los aliados, haciendo al efecto una especie de salida.

Lopez tenia entonces 24 mil hombres en el campamento de Rojas, de los cuales 2,500 enfermos. Dispuso para el ataque de 16 á 17 mil hombres, divididos en tres columnas, del

modo siguiente: Una de la izquierda compuesta de ocho regimientos de caballeria y dos batallones de infanteria con dos coheteras á la congreve, ascendiendo el total á 5,000 hombres á las órdenes del declarante: esta fué la fuerza que atacó al ejército argentino y parte de la vanguardia brasilera. Otra columna del centro compuesta de 7,000 hombres, llevando cuatro regimientos de caballeria y alguna artilleria de campaña, al mando del coronel Diaz. La tercera de la derecha se componia de 4 á 5 mil hombres, entre los cuales figuraba apenas un escuadron de caballeria, mandando esta columna el general Barrios. Estas dos columnas últimas atacaron al ejército Brasilero. La columna del centro tenia ademas por apoyo cuatro batallones que formaban la reserva con un total de dos mil hombres, los cuales únicamente se empeñaron despues que se inició la accion. El resto formó una segunda línea que protejia la retirada de las columnas de ataque.

Las columnas de ataque sufrieron enormemente. Su pérdida entre muertos y heridos ascendió á 12 mil hombres, mas bien mas que menos.

La derrota fué completa. En esa misma noche Lopez hizo venir cuatro batallones de infanteria y un rejimiento de caballeria de Humaitá, donde tenia 14 mil hombres inactivos. De allí vinieron 12 piezas de artilleria del calibre de á 32 y 68. Lopez pasó el dia 25 con mucho recelo de ser atacado; y entonces decia él, que si en aquella noche ó en el siguiente dia no fuese atacado, podia contar con larga vida.

Entre tanto la izquierda de la linea de Rojas desde el paso Saty no tenia trincheras, estaba franca y era apenas defendida por algunas guardias.

El Estero era alli vadeable en cualquier punto. Los aliados lo suponian naturalmente dificil de atravesar porque no lo reconocieron. Durante el periodo inactivo de los aliados, el ejército paraguayo se ocupó en levantar trincheras por aquella parte.

El combate del 16 de julio fué determinado por la construcion de una trinchera en el bosque que quedaba á la derecha de las posiciones paraguayas, cuya artilleria debia tomar de flanco al ejército aliado. No se terminó esa trinchera por haber sido tomada por los aliados en el combate de 16 de Julio de 1866, y que fué motivado por su posesion.

En el combate del 18 una fuerza aliada llegó á apoderarse de la trincera del Sauce, á la derecha de la paraguaya. Esta trincera entonces era insignificante, poco elevada, y su foso tenia apenas una vara de profundidad. Sin embargo, despues de haber sido tomada por los aliados, una fuerza paraguaya cargó sobre los asaltantes y los desalojó, retomando la posesion perdida, por carecer las fuerzas aliadas de proteccion ó reserva.

En el dia 16 la pérdida de los paraguayos fué muy creci-

da, muriendo el General Aquino. Los paraguayos perdieron la artilleria que pretendieron colocar en la nueva trinchera. Despues del 18 de Julio los paraguayos se reforzaron, dando grande desenvolvimiento á las trincheras.

Declaró además que Curuzú estaba guarnecido por tres batallones de infanteria y un escuadron de caballeria. Los batallones tenian 500 plazas, y su artilleria era de diversos calibres, teniendo uno ó dos cañones de 68.

En Curupaity habia apenas un batallon y cuatro ó seis piezas de artilleria del calibre de á 12.

Las trincheras de Curuzú eran las que defendian á Curupaity por el lado de tierra. Tomadas estas no habia nada mas fácil que el que los aliados se apoderasen de Curupaity, y tomado Curupaity, quedaba el ejército paraguayo completamente cortado. Fué despues de la toma de Curuzú que se hicieron las trincheras de Curupaity, trabajando á gran prisa de dia y noche.

En el dia 22 de Setiembre de 1835, dia en que los aliados atacaron Curupaití, este punto estaba perfectamente atrincherado, y tenia una guarnicion de 5000 hombres y mas de 60 piezas de artilleria. La linea de Rojas estaba defendida por tres divisiones: una en el Sauce, otra en Rojas propiamente dicho, y otra en el Paso de Saty, lo que daba por esta parte una fuerza de 10,000 hombres, sin contar 1,000 hombres de caballeria de vanguardia que cubrian el espresado Paso de Saty.

En Paso Pucú, donde estaba entonces el cuartel jeneral paraguayo, habia ocho batallones de infanteria y cuatro rejimientos de caballeria. Esas fuerzas fueron formadas del resto de la gente que entró en pelea el 24, de heridos que sanaron, y de 8.000 hombres venidos de la capital, de Cerro Leon, de Encarnacion y del Paso de Tebicuari, y el reclutamiento continuaba siempre.

El ejército paraguayo perdió en el ataque de Curupaití apenas 250 hombres entre muertos y heridos, y nunca salió detras de las trincheras.

Declaró que el contento de Lopez por haber rechazado el ataque de Curupaití era tanto mayor cuanto que poco antes habia propuesto en una conferencia celebrar la paz con las potencias aliadas á costa de cualquir sacrificio; pero que habiendo el general Mitre impuesto como condicion la retirada de Lopez del poder y del pais, diciendo que podia ir á vivir á Europa con toda su familia y bienes, Lopez rehusó; pero reunido un consejo de jefes y personas importantes del ejército, dioles parte de su proposicion y de la respuesta del general Mitre, alegando que esto era un insulto no solo para él, sino tambien para la Nacion paraguaya á quien se queria de este modo quitar el gobierno por ella elejido; pero que, entre tanto, diesen su opinion los miembros del consejo.

Ahora bien, siendo evidente que Lopez no aceptaba la condicion impuesta, pues si quisiese sacrificar su poder por la salvacion de la patria, no necesitaba acudir á ningun consejero, y mucho menos, no se espresaria de aquel modo: ninguno de los miembros osó declarar que debia ser aceptada la condicion de los aliados.

Dice además el declarante que el ejército paraguayo percibió claramente la marcha de flanco hecha por el ejército aliado en julio de 1857, pero que Lopez prefirió ser sitiado á salir al encuentro de las fuerzas aliadas, pues habiendo marchado estas en direccion á Tio Domingo, se necesitaban para alcanzarlas medios de movilidad que no poseia.

Declara además que cuando el ejército aliado terminó su movimiento de flanco y llegó á Tuyu-Cué, las tricheras que unian Humaitá á la linea de Rojas estaban concluidas, á escepcion de algunas esplanadas para colocar artilleria, y el ante-foso que despues se terminó.

Esa chinchera fué principiada el 23 de Setiembre, despues que Fores el dia 22, flanqueando la linea de Rojas, amenazó aquel lado del cuadrilátero, punto entonces descubierto, mandando un rejimiento hasta San Solano.

En esa espedicion el grueso de la fuerza de ese General no atravesó el paso Canoas y permaneció del otro lado del Estero.

Declaró además que los combates del 3 y 21 de Octubre fueron en estremo fatales á las fuerzas paraguayas, escapando de estos apenas unos soldados y oficiales dispersos.

En esos dos combates dados por Lopez sin ningun fin estratéjico, perdieron los paraguayos toda su caballeria. Lopez, sin embargo, para reanimar el espiritu abatido de sus tropas, dijo que habia triunfado y dió condecoraciones.

Declaró además que Lopez intentó dos ó tres veces atacar los convoyes que se dirijian de Tuyuty á Tuyu-Cué, mas habiendo salido mal parado de esas operaciones las abandonó.

Declaró además que ocupado por los Brasileros el punto de Tayí, todas las antiguas comunicaciones de Humaitá con el interior quedaron cortadas.

En cuanto al ataque llevado por los paraguayos á Tuyuty el 3 de Noviembre de 1837, declaró que Lopez tuviera por fin, atacando la base de operaciones de los aliados, obligar á las fuerzas que habian ejecutado el movimiento de flanco, á retroceder hasta Tuyuty en caso de que las tropas paraguayas consiguiesen apoderarse de ese punto, y aun cuando de él no se apoderasen, obligar á los aliados á guardar con mas gente á Tuyuty, debilitando las fuerzas que guardaban á San Solano, para poder romper por allí la linea del sitio, dirijiéndose al Arroyo Hondo.

Para el ataque de Tuyuty preparó Lopez 5,000 hombres de las tres armas, mandados por el general Barrios, que en la ma-

drugada del referido dia 3, cayeron de sorpresa sobre las líneas, por demás estensas, que guardaban á Tuyuty. Al principio, como era natural, esas fuerzas obtuvieron grandes ventajas; pero despues fueron rechazadas perdiendo 2,500 hombres.

Solo la caballeria volvió con algun órden. La poca gente de infanteria que regresó venia completamente desbandada y en pequeños grupos.

Este mal resultado obtenido por Lopez le obligó á abandonar el plan de forzar la linea de sitio, decidiéndose á escapar por el Chaco. Mandó abrir por allí un camino, que desde un punto frontero á Humaitá iba hasta frente á San Fernando.

Ese camino, malo en un principio, compúsose despues. Cuando la escuadra brasilera forzó á Humaitá, Lopez tenia aun en el cuadrilátero 22,000 hombres, incluso los en frente y sin contar la guarnicion de Humaitá.

El sitio del cuadrilátero, que hacia tiempo causaba privaciones á sus defensores, no permitia ya que tanta jente se mantuviese en aquel punto. La diarrea y el hambre hacian gran número de víctimas; además, solo una pequeña cantidad de ganado podia venir por el Chaco. De las 17,000 cabezas que tenian de reserva, del ganado que fué traido por diversos puntos, 15,000 murieron de malestar y fueron enterradas.

En cuanto al ganado que estaba en el potrero Ovella, una parte fué tomado por el ejército brasilero. En vista de esto, Lopez con una escolta y alguna fuerza, siguió por el Chaco, en 11 de Marzo, para San Fernando, mandando retirar poco á poco para Humaitá la artilleria y las fuerzas que guarnecian las trincheras de Rojas y Paso-Pucú.

Esas fuerzas de Humaitá pasaron el Chaco, de manera que cuando los brasileros rompieron las líneas de fortificacion en el Sauce; no habia en las líneas de Rojas, Paso-Pucú y Curupaity mas de 10,000 hombres que se reunieron en Humaitá.

En ese dia el declarante, que con el jeneral Barrios habia permanecido en Paso Pucú, se retiró á Humaitá, y de allí siguió por el Chaco para San Fernando, dejando en Humaitá dos rejimientos, dos batallones y 12 piezas de campaña. Esa fuerza se unió á 5,000 y tantos hombres que pertenecian á la guarnicion de esa fortificacion y que en ella permanecian. Dijo que cuando los brasileros rompieron la línea en el Sauce, los paraguayos se preparaban á abandonarla definitivamente. Habiendo tenido en un principio la idea de guardar la segunda línea que iba de Curupaity á Paso-Pucú, la desecharon despues por ser aun muy estensa esa segunda línea y reclamar una guarnicion que no podia tener alimento suficiente.

Juzgaron mejor concentrar los defensores solo en los muros de Humaitá, dejando allí apenas 5,000 y tantos hombres, no solo por la cuestion de alimentos, como tambien por no tener

mucha jente aglomerada bajo los fuegos de la artilleria que los aliados no tardaron en asestar.

De la jente que quedó en Humaitá solo 800 hombres poco mas ó menos escaparon y se reunieron al ejército de Lopez con el coronel Hermosa, esto, segun parte telegráfico del jeneral Caballero que estaba encargado por Lopez del pasaje de aquella jente al través del Chaco.

Entre esos 700 hombres se contaban los enfermos que pasaban con las mujeres, al principio, cuando aun no habia fuego.

En San Fernando reunió Lopez 18.000 hombres sanos, con los cuales marchó á Pikisiry.

Lopez nunca pensó resistir en San Fernando; pues la posicion era insostenible, y se detuvo allí solamente para organizar sus tropas, darles algun descanso y protejer los cañones y la retirada de las fuerzas del Timbó. Declara que nada sabia respecto de la conspiracion que se descubrió en San Fernando, sino lo que Lopez le digera: esto es, que Benigno Lopez queria hacer una revolucion, asesinar á Lopez con un cuchillo que al intento encargara, como fué revelado por un corneta. Que Benigno, su cuñado Bedoya y otros habian robado en la tesoreria para comprar cómplices. Que Benigno mandaria al marqués de Caxias un mapa de las posiciones por donde éste se podia guiar, y dos petacas con oro. Que Barrios, habiéndole dicho Lopez que él y su muger (hermana de Lopez) se hallaban complicados en la conspiracion, volvió á su casa y se cortó el cuello con una navaja, lo que no obstó para que fuese fusilado despues de curado. Sin embargo, como ministro de Guerra y Marina y General de Division, Barrios, formando el ejército, hubiera acabado con Lopez.

Que si hubo conspiracion, le causa mucho espanto, el que hombres importantes, despues de descubierta esta, se hubiesen dejado tomar y traer como carneros á San Fernando, donde eran sacrificados. Venancio, sobre todo, como comandante en la Asuncion, recibia órden de mandar á ser procesados á sus supuestos cómplices, sin ignorar el motivo y no se comprende como no procuró escaparse si era criminal. Asegura que las declaraciones obtenidas contra los comprometidos, lo eran por medio de torturas, cepo Uruguayana y rebenque. Calcula que en San Fernando fueron ejecutadas 200 personas y asegura que desde entonces las ejecuciones no cesaron. Que los estrangeros fueron muertos por suponerse cómplices de Benigno y comprados por él.

Declaró además que el ejército paraguayo marchó de San Fernando á Pikysiry y que al llegar allí se puso á levantar trincheras y á fortificar la Angostura, fortificacion de que fué encargado el Teniente Coronel Thompson. Este Thompson, antes de ser encargado de ese trabajo, no era mas que un

protejido de Mme. Lynch, con quien vivia y cuyo piano afinaba. Por su timidez, no se le encargaba otro servicio que el trazado de diseños. No habiendo entrado nunca en combate, obtuvo sus ascensos por pedido de Mme. Lynch. Frecuentemente el declarante oyó decir á Mme. Lynch: «¡este pobre Thompson se muestra tan interesado! trabaja tanto en sus diseños! es preciso darle un ascenso.» Y Thompson era promovido ó recibia alguna condecoracion.

Declaró además que la posicion de Pikisiry era escelente: que si el ejército aliado atacase de frente, la defensa tendria una grande ventaja; si procuraba flanquearle por la izquierda tendria que pasar por desfiladeros muy estrechos que hacian dificilísima la operacion y que la marcha por el Chaco dió un golpe mortal al ejército paraguayo.

Agrega que Lopez juzgaba imposible que el ejército aliado pasase por el Chaco, tanto mas cuanto que, una comision presidida por el mayor Lara, aseguró esto. Quedó, pues, muy sorprendido Lopez, no obstante saber que se trabajaba en el Chaco, cuando el ejército brasilero atravesó esta region de pantanos, yendo á desembarcar en San Antonio. Entre tanto, apesar de sentirse flanqueado, no quiso retirarse de Pikisiry, ni de Ita-Ibaté (Lomas Valentinas), diciendo que no queria entregar á los aliados la capital, ni los distritos inmediatos á ella que estaban muy poblados. Lo que hizo fué mandar 5,000 hombres á las órdenes de Caballero para esperar á los aliados en el puente de Itororó. Esta fuerza fué rechazada el 6 de Diciembre de 1868 con gran pérdida, y se retiró para el paso de Avahy. Allí fué reforzada por un regimiento y un batallon que estaba en Villeta; pero atacada de nuevo el 11 de Diciembre por las fuerzas aliadas, fué totalmente destruida. Apenas volvieron á reunirse al ejército de Lopez algunos hombres que escaparon por los bosques, y que llegaron heridos. El general Caballero regresó con solo dos hombres.

Lopez en vista de esto decidió no retirarse aun. Mandó abrir una trinchera protejiendo á Angostura por la parte de Villeta, y colocó en el camino que de Angostura va á aquel punto una vanguardia de tres rejimientos, que fueron destrozados el 17 de Diciembre. Al mismo tiempo se levantaron algunas trincheras en Ita-Ibaté (Lomas Valentinas).

Declaró además que el dia 21 de Diciembre Lopez tenia 13 mil y tantos hombres distribuidos del modo siguiente: 700 en Angostura, 2,500 á 3,000 en la línea de Pikisiry, y el resto en Ita-Ibaté (Lomas Valentinas).

Declaró además que los puntos atacados por el ejército brasilero el dia 21, eran precisamente los mas fuertes; pues solo por esos puntos habia trincheras y artilleria; pero apesar de esto, á las once de la noche de ese dia, habiéndose pasado revista de la fuerza paraguaya allí existente, solo se hallaron 300 hombres en línea.

El dia 22 por la mañana, un cuerpo de caballeria que hubiese entrado por la derecha, donde no existia ningun obstáculo, habria tomado prisionero á Lopez con todo su cuartel general.

En la noche del 21 Lopez pensó en retirarse para las Cordilleras con la jente de Angostura, á cuyo efecto pensaba mandarla llamar; pero mudó de parecer. En el transcurso del dia 22 pudo reunir mas de 500 hombres, entre asistentes, sirvientes de los hospitales, guarda parques, empleados en la comisaria, y otros soldados que á pretesto de conducir heridos se habian retirado del combate.

En el dia 24 llegaron de Cerro-Leon ocho batallones de convalecientes y urbanos; y en el dia 25 tres rejimientos y dos batallones mas de la capital.

Que el bombardeo hecho por el ejército brasilero el dia 25 causó muchas pérdidas, porque en todas partes mató gente. Que en el dia 27 todo fué empezar el ataque y empezar la derrota. Las fuerzas que entraron por la derecha, no encontraron ni podian encontrar resistencia séria. Lopez con su cuartel general se retiró, cuando las tropas asaltantes se hallaban á medio tiro de fusil, librándose por acaso de ser envuelto. Con sesenta hombres huyó por una picada del potrero Mármol.

Al salir del potrero una fuerza de caballeria brasilera que cruzó viniendo de los lados de la Villeta, alcanzó á cambiar algunos tiros con los soldados paraguayos que cubrian la retaguardia en la fuga de Lopez.

Lopez pasó el arroyo Yuquery, y de alli para adelante ya no avistó mas fuerzas brasileras. A las seis ó siete leguas de Itaibaté (Lomas Valentinas) Lopez encontró una fuerza paraguaya de 700 hombres que se le iba á incorporar, al mando de Caminos. Dejó 300 hombres en el camino y con el resto se dirigió á Cerro-Leon, donde existian dos batallones y un regimiento de artilleria, y gran cantidad de enfermos y heridos. Los heridos y enfermos de Lomas Valentinas, se habian replegado desde el dia 21 á aquel punto por órden de Lopez.

De Cerro Leon pasó Lopez á Azcurra, donde empezó á reunir gente que le iba llegando de diversos puntos, y que además de las de Cerro Leon eran las guarniciones de Carapeguá, Caacupé, Caapocú, San José y otros lugares. Mandó hacer nuevo reclutamiento de viejos y muchachos, y gran número de heridos que fueron incorporados á las filas, de manera que cuando el ejército brasilero llegó á Pirayú, ya Lopez tenia 13 mil hombres organizados.

Por el ferro-carril siguieron para Azcurra los materiales para el establecimiento de una fundicion, cantidad de yerba y tabaco y varios otros objetos que en el primer momento habian quedado abandonados en Itaguá, Iparacay y otros puntos de la via férrea, y que anteriormente habian sido traidos de la Asuncion.

Al principio todo era un laberinto: nadie se entendia: el camino estaba lleno de objetos de toda especie, incluso el dinero del tesoro, además de una poblacion numerosa, que violentada y en desórden procuraba ganar las Cordilleras llevando sus haberes, lo que aumentaba la perturbacion. La confusion en los espíritus era tan grande como en las cosas.

El Ministro Caminos acusaba al Ministro Gonzalez; el Ministro Gonzalez acusaba al Ministro Falcon; todos acusaban al Vice-Presidente, y Lopez á su vez confundia á todos, sobre todo por no aparecer el dinero. El declarante en tales circunstancias era el burro de carga, arreglando los transportes de toda especie con inmenso esfuerzo. Con carretas, y poderosamente auxiliado por el ferro-carril, consiguió al fin trasladar todo á Azcurra, Caacupé y Peribebuy, habiéndose hallado el dinero.

En Caacupé se estableció la fundicion, que fundió 18 piezas de artilleria, 2 de fierro y 16 de bronce. El resto de la artilleria que Lopez presentó fué traida de la Asuncion, Cerro Leon, Caacupé y San José.

Lopez mandó recojer de Lomas Valentinas los fusiles abandonados en el campo de batalla, y de este modo consiguió 509 fusiles.

En Azcurra se levantaron trincheras, y Lopez permaneció en la falda de la Cordillera, remontando á la cima de ella en vísperas de llegar á Pirayó el ejército brasilero.

El ejército de Lopez continuó recibiendo gente. En esta posicion Lopez esperaba ser atacado por Azcurra, ó tal vez por Altos, y cuando el declarante le decia que el ejército aliado subiria por la derecha en un punto distante de Azcurra, aunque no tuviese mas objeto que cortarle los recursos, Lopez se reia.

Insistia el declarante en decirle, que si Portinho ocupase Ibitimy, que si el ejército aliado diese la vuelta por San José, que si fuese á Caraguatay, ó que si maniobrase entre Peribebuy y los caminos que de Caacupé y Pobaté van á aquel pueblo, quedaria el ejército paraguayo completamente cortado de todos sus recursos y de algunas pequeñas fuerzas que tenia en el Norte, ocupadas en recojer ganado para mandar al Sur.

En cualquiera de estos casos, Lopez de no querer aceptar un combate desigual, se veria forzado á hacer una retirada precipitada por alguno de los caminos que por ventura los aliados le dejaran abiertos por falta de fuerzas con que interceptarlos, y sujetaria á sus fuerzas á los terribles azares de uno de estos movimientos, hecho al frente de un ejército superior en todos respectos.

Lopez le contestaba á esto: V. está soñando: el ejército aliado no podrá nunca realizar una marcha de flanco semejante, que requiere tantos medios de movilidad.

Entretanto, cuando vió que la espedicion del general Juan

Marciel llegó hasta Ibitimy, mandó fortificar y guarnecer á Sapucay, y concentró en San José las fuerzas de Caacupé haciéndolo fortificar igualmente.

En cuanto á la emboscada preparada por Caballero al general Juan Marciel, el declarante supo que las fuerzas paraguayas solo habian conseguido retomar algunas mujeres y matar otras, pues se salvó hasta la fuerza brasilera que fué cortada en aquella ocasion.

Agregó: que cuando Lopez sintió el movimiento del flanco del ejército brasilero, ya no trató de fortificar á Sapucay. En seguida mandó órden á Romero para que se reuniese á la division existente en San José, dejando abierta la picada de Valenzuela por no juzgarla de importancia desde que la de Sapucay estuviese ocupada, ó tambien por no conocer bien aquella subida; y si no mandó mas jente á defender Sapucay fué por suponer que una fuerza brasilera podia dar la vuelta por otro camino de Sapucay y saliendo á retaguardia de la posicion cortar toda la fuerza que en ella estuviese.

Agregó además: que Lopez no habia preparado su retirada, y solo pensó en realizarla despues de la toma de Peribebuy, siendo sus movimientos determinados por los de los aliados, los cuales, segun el declarante, fueron los que él habia previsto, como los mas propios para destruir el ejército de Lopez.

En cuanto á Peribebuy, Lopez siempre esperó que sus fortificaciones detuviesen el ejército brasilero el tiempo suficiente para poder él maniobrar.

A las 10 de la mañana del mismo dia, en que fué tomado Peribebuy, Lopez supo por medio de las fuerzas que tenia en los bosques, que el ejército brasilero habia entrado en aquella villa; pero ocultó la noticia, anunciando que tal ejército habia sido rechazado; para solemnizar tan feliz victoria (segun él) mandó celebrar un *Te-Deum*. Lopez, el declarante, todos los miembros y mucha gente del ejército asistieron á esta festividad.

Lopez se mostró muy satisfecho y recibió los cumplimientos de todos. Entretanto ninguno de los defensores de Peribebuy, que ascendian á dos mil y tantos hombres apareció en Azcurra.

Al dia siguiente por la mañana, Lopez dijo al declarante y á las personas de mayor graduacion del ejército, que habia sido engañado, que Peribebuy habia sido tomado por los brasileros, y que en la tarde el ejército debia moverse, recomendándoles sin embargo el secreto.

La fuerza que estaba en Azcurra subia á once mil y tantos hombres, sin contar 1,800 enfermos. Estaba dividida en dos cuerpos de ejército.

El segundo cuerpo mandado por el general Caballero fué encargado de escoltar el parque y los objetos pesados, asi como de cubrir la retaguardia.

En ese dia (13 de Agosto) á la tarde, el ejército paraguayo se

puso en movimiento, marchando á la cabeza del primer cuerpo de ejército con 5,000 y tantos hombres á las órdenes inmediatas de Lopez con quien iba tambien el declarante.

A retaguardia seguia el 2.° cuerpo arrastrándose pesadamente.

El primer cuerpo marchó toda la noche del 13, y en el dia 14 por la mañana al rayar el sol, habia pasado el camino que de Peribebuy se dirije á Caacupé, punto que se llama la Encrucijada. Marchó todo el dia 14 y en la noche de ese dia, y durante el dia 15 apenas tomó algunas horas de descanso. En la noche del dia 15 llegó á Caraguatahy.

La tropa estaba fatigadísima: no habia comido ni dormido.

El segundo cuerpo que venia muy pesado, fué alcanzado por el ejército brasilero el 16 y completamente derrotado. Perdió no solamente su artillería sino tambien el parque general del ejército, víveres, archivo, etc.

De la gente derrotada en este combate ninguna se reunió al primer cuerpo, á escepcion del general Caballero con cuatro ó cinco hombres, todos á pié que habia conseguido escapar por el bosque.

Al seguir para Caraguatahy Lopez destacó del primer cuerpo una fuerza de 900 hombres con artillería, bajo el mando del Coronel Hermosa, la cual guardó la boca de la picada que conduce á aquel punto, y que fué completamente derrotada el dia 18 de Agosto cuando los brasileros atacaron y tomaron aquella picada.

El 16 á la tarde el primer cuerpo pasó el Cagay; el dia 17 comió y descansó, y en el 18 se puso en marcha para San Estanislao.

Desde este dia su retaguardia empezó á ser hostilizada por los aliados, hasta llegar al Rio Hondo, perdiendo carretas y algunas pequeñas fuerzas de retaguardia. De allí para adelante ya no fué perseguido mas.

El declarante no está cierto, pero cree que el primer cuerpo llegó á San Estanislao el dia 25 de Agosto.

Durante esta marcha murieron muchas mujeres y niños, estraviándose soldados, pues el camino era pésimo, y casi no se hizo alto ni para dormir, ni para comer.

El primer cuerpo llegó á San Estanislao con 4,000 hombres, á los cuales se reunieron mil y tantos mas de diversas guardias y del campamento de Taperaguay.

En el dia 30 Lopez hizo una gran promocion. El declarante y el General Caballero fueron ascendidos á Generales de Division, Roca y Delgado á Brigadieres, etc.

En este tiempo una muger y un individuo que la acompañaba fueron presos cerca de Paraguaty por sospechosos, pues el hombre era paraguayo y andaba armado. Este escapó, y la

muger fué conducida al cuartel general de Lopez en San Estanislao.

Fué fusilado un sargento de los urbanos por haber dejado escapar al hombre, y la muger fué sugeta á un interrogatorio, en el cual declaró ser espia del ejército aliado, estar en inteligencia con el alferez Aquino, de la escolta de Lopez, con quien segun decia, se habia convenido anteriormente, desde que el ejército paraguayo estaba en Azcurra, para que, con una parte de la escolta del mismo Lopez se sublevase y lo asesinase.

Que desde que el ejército paraguayo se movió, ella recibia las noticias por medio de Aquino, las que trasmitia al ejército brasilero, y que habia sido encontrada cerca de Curuguaty, porque venia de Villa Rica por Ayor y San Joaquin á reunirse al ejército paraguayo, á fin de dar parte al general brasilero de todo lo que viese. Careado el alferez Aquino con ella, negó al principio; pero despues habiendo sido castigado con azotes y cepo, confesó todo al mismo Lopez, diciéndole que no era á él á quien queria matar, sinó á la patria. Lopez en tal ocasion le mandó dar de comer y beber aguardiente. Aquino denunció algunos individuos como cómplices suyos, estos denunciaron á otros, y asi de un golpe fueron fusilados 86 individuos de tropa y 16 oficiales, entre los cuales el coronel Mongiló comandante de la Escolta y el mayor Rivero su segundo, no porque hubiesen tomado parte en la conspiracion, sino por haberse urdido en el cuerpo de su mando una trama tal sin haberla ellos descubierto. Los otros oficiales antes de ser fusilados fueron azotados á vista de Lopez hasta el punto de estar casi espirantes.

El 12 de Setiembre, poco mas ó menos, se movió el ejército paraguayo de San Estanislao con direccion á Igatimy. El ganado que tenia se habia traido de Azcurra, habiendo sido traido de Ayos y recojido por allí á las inmediaciones de San Estanislao. En el camino encontraron ganado enviado de Concepcion. El ejército continuó siempre marchando, parando aqui y alli dos ó tres dias. Aun en la entrada de Pacorá, donde Lopez desde San Estanislao habia ordenado que se le construyese una casa, poco tiempo se detuvo, pues ya las fuerzas brasileras estaban en San Joaquin. En Capinari fué donde el ejército paraguayo se estacionó seis dias para proceder nuevas pesquizas relativas á la conspiracion de Aquino. Alli fueron fusilados 69 hombres mas, y el Alferez Aquino. Mientras tanto la mujer denunciante continuaba presa. El declarante y otros gefes vivian sobresaltados, con temor de ser ejecutados de un momento á otro, aun sin haber dado para ello motivo, porque Lopez era un mónstruo que despreciaba de tal modo la vida del prójimo, que por una nada mandaba matar á sus mas fieles servidores.

En Tandey, á inmediaciones de Curuguaty, acamparon

con intencion de detenerse algun tiempo; pero la noticia de la llegada de las fuerzas brasileras á San Estanislao y de que se iban á mover, fué lo que hizo que Lopez levantase su campo en la tarde del 16 de Octubre y marchase precipitadamente para Igatimy.

En Curuguaty apareció otra nueva historia de conspiracion. Lopez dijo, que su madre, sus hermanas y su hermano Venancio de acuerdo con el Coronel Marcó habian tramado envenenarlo el dia 16 de Octubre por medio de unas conservas y chipás preparado para su comida en aquel dia. La madre fué inmediatamente puesta en prision en el cuarel general y sus hermanas que estaban en libertad fueron de nuevo presas. El Coronel Marcó fué preso entonces por la primera vez. Asi marcharon para Igatimy.

Allí reunió Lopez al declarante, á los Ministros y á los principales gefes, y les consultó si debia ó no procesar á su madre.

El declarante y otros gefes, á escepcion del coronel Aveiro, por haber dicho que era mejor no procesar formalmente á la madre, fueron insultados por Lopez, llamándoles adulones y serviles, elojiando mucho al coronel Aveiro por haber dicho que su madre debia ser tratada como cualquier otro criminal. En consecuencia se abrió el proceso.

Marcó y su muger fueron azotados, hasta que dieron declaraciones que comprometian á los acusados.

El Igatimy ya comenzó el ejército á sufrir muchas penurias, porque la ocupacion de Concepcion por los aliados no permitia que les llegase el ganado necesario, y tenia únicamente para su consumo las reses que del Sur habia traido.

Desde Pandey donde acampó el ejército, empleó de 12 á 15 dias para llegar á Igatimy.

Allí se estacionó cerca de un mes, continuando en seguida para Panadero, desde donde se movió en los primeros dias de Enero (el 2 ó el 3) en direccion á Cerro-Corá.

La retirada del Panadero fué motivada, no solamente por la noticia de la aproximacion del Jeneral Cámara al Rio Verde, sino tambien porque Lopez recelaba, de que una fuerza brasilera que saliese de Guruguaty, subiera la cordillera y lo cortase por la retaguardia.

Ya en Panadero el hambre era escesivo y se empezaron á comer los bueyes de los carros, hallándose los palmares que proporcionaban el coco á mucha distancia.

Entretanto Lopez salió del Panadero con cinco mil hombres y veinte cañones, algunos de grueso calibre.

Tanto en Igatimy como en Panadero hubo fusilamientos y lanceamientos.

Al romper la marcha del Panadero tuvo lugar una ejecu-

cion en grande escala: entónces fué lanceada tambien la denunciante del alferez Aquino.

Los enfermos quedaron abandonados en el Panadero.

Cree el declarante que Pancha Garmendia murió de hambre en Igatimy. Marcó y su mujer fueron fusilados en el Panadero.

Durante la marcha á Cerro-Corá atravesó el ejército paraguayo los rios de Igatimy, Amarchahy y Corrientes.

La marcha del ejército del Panadero á Cerro-Corá, contando con las vueltas del camino, fué de mucho mas de sesenta leguas, y tal vez de ochenta leguas.

Toda aquella region era completamente desierta, y la marcha fué muy penosa.

Mucha jente murió de hambre y los soldados y oficiales se desbandaron en grupos de ocho y de diez. Los que eran encontrados eran lanceados inmediamente sin mas forma de proceso.

El camino quedó sembrado de cadáveres: unos muertos á lanza y otros de hambre.

De los cinco mil y tantos hombres que partieron del Panadero apenas llegaron trescientos á Cerro-Corá, incluyendo en este número jefes y oficiales.

De la poblacion que acompañaba al ejército, muy poca llegó con él.

Delvalle quedó atrás con alguna poca jente y dos piezas de artillería, cuidando de las carretas rezagadas.

El jeneral Roa aun conservaba entonces ocho piezas de artillería.

El jeneral Caballero fué despachado de Cerro-Corá á Dorados con 23 oficiales á pié, á fin de reunir ganado.

El desierto, las marchas forzadas, el hambre, las miserias de toda especie, habian devorado cinco mil hombres, último resto de los *ciento cincuenta mil*, sino mas, que Lopez armó para esta guerra, segun los cálculos del declarante.

En medio de tantas miserias, y de estas escenas de desolacion, y de las ejecuciones sin término, Lopez continuaba haciendo la misma vida que antes: se levantaba á las 9, á las 10 y á las 11 de la mañana y á veces al medio dia, fumaba y jugaba con los hijos; comia bien y bebia mucho, quedando muchas veces en un grande y terrible estado de escitacion.

Madama Linch siempre se mostraba vestida de seda y en gran *toilette*.

Hacian ocho dias que estaban en Cerro-Corá cuando fueron sorprendidos por el jeneral Cámara el dia 1° de Marzo. En tal ocasion Lopez ordenó al declarante que siguiese por la derecha acompanando el carruaje de madama Linch, y mientras tanto, Lopez huyó por la izquierda. Perseguido por la caba-

lleria brasilera fué alcanzado y muerto. El declarante se rindió.

Aprovecha la ocasion que se le presenta para manifestar que, desde el momento en que se entregó á las fuerzas brasileras como prisionero, tanto él, como los jefes, soldados y familias que cayeron en poder de estas fuerzas, fueron siempre perfectamente tratados. Para ellos fué su captura una salvacion, pues de lo contrario habrian muerto de hambre, si hubiesen permanecido quince dias mas en Cerro-Corá.

Terminó declarando que Lopez nunca le dijo, ni le manifestó por acto alguno, intencion de retirarse del Paraguay.

Aseguró además el declarante que Lopez buscó el desierto y siguió el rumbo que llevó forzado por los movimientos del ejército brasilero, que puede decirse lo persiguió incesantemente desde que salió de Azcurra.

En los departamentos de Curuguaty y de Igatimy podria haber permanecido un año, merced á las estensas plantaciones que allí habia. Hasta tenian ganados vacunos y caballos, que invernados habrian engordado, y que con las marchas subsiguientes perecieron en gran cantidad. Perdidos todos estos recursos se vió obligado á replegarse al Panadero, huyendo de la columna brasilera que ocupó aquellos departamentos.

Amenazado por esa columna, que destacó espediciones, por una parte del lado del potrero de Itaramá, y de otra por Espadin encima de la cordillera, por donde se le podia cortar la retirada: viendo además de esto, que las fuerzas de la Concepcion ya llegaban al Rio Verde, y no pudiendo ya recibir recursos de punto alguno, se retiró precipitadamente de Panadero, siguiendo el único camino que le quedaba abierto. Efectuó esta retirada con tanta mayor precipitacion cuanto que temia encontrarse frente á frente con la columna de Curuguaty antes de alcanzar el paso de Igatimy.

Nada mas dijo ni le fué preguntado; y habiéndosele leido esta su declaracion, se ratificó en ella por hallarla conforme y firmó conmigo el presente documento por mí escrito.—*Antonio Raymundo Mirando de Carvalho*, teniente de órdenes de la reparticion del diputado del ayudante jeneral cerca del comando en jefe.—*Francisco Isidoro Resquin.*—Como testigo, el Capitan *Fernando Melquiades Ferreyra Lobo.*—Y yo el teniente *Anacleto Ramos de Abren Carvalho y Contreras* que le copié del orijinal—Conforme, *Francisco Xavier de Godoy*, Mayor.

N. B.—Esta declaracion se publicó el 28 de Mayo de 1870, la Revista Argentina del 1º de Junio decia sobre ella lo siguiente:

« Se ha publicado en estos dias un importante documento para la historia de la guerra del Paraguay, traducido de los diarios de Rio Janeiro.



Es la declaracion del célebre Resquin, conocido como general de una division del ejército del Paraguay, pero en realidad gefe del Estado Mayor, y mas que esto, Gefe de Policia y encargado de ejecutar la mayor parte de los crímenes de Lopez.

« Este documento, que será agregado al apéndice del libro de Masterman, por los editores de la publicacion, es sin duda uno de los mas notables que hayan visto la luz.

« Pero nos parece ver en ciertas partes del relato, la mano interesada del Brasil, ó de sus gefes militares. El golpe ha sido preparado con habilidad; solo ha habido torpeza en un punto de que nos ocuparemos mas adelante.

« Todas las operaciones que han sido llevadas á cabo por brasileros solamente, ó cuando el ejército estaba bajo el mando de estos, es realzada por la forma en que está concebida la declaracion, y las que se han hecho por tropas argentinas ó bajo la direccion de su gefe, pasadas á la lijera ú oscurecidas por alguna sombra. La trampa es disimulada y está calculada para que los futuros escritos brasileros esploten el documento en su favor.

« El punto en que sin duda han sido poco hábiles y en que se descubren sin querer, es el relativo al Teniente Coronel Thompson.

« Llama mucho la atencion, que no hablándose en toda la relacion, de ninguno de los muchos gefes que han tomado una parte brillante en la campaña, como Bruguez, Diaz y otros, ni de los atroces verdugos que han acompañado á Lopez (lo que quizá sea un escrúpulo del declarante), solo se pidan y se den detalles, sobre un injeniero, que recien tomó parte como soldado en las últimas posiciones del enemigo; pero el misterio se aclara, recordando, que Thompson ha escrito un escelente libro, en donde los brasileros y sobre todo la escuadra, son duramente atacados y en que se retrata en cortos, severos y merecidos rasgos la figura del declarante, que es una de las mas siniestras de la guerra, á juzgar por las tablas de sangre que se publican en este apéndice y por la aseveracion de Thompson.

« La posicion equivoca que Resquin atribuye á Thompson en el campamento, diciendo que solo se ocupaba en hacer diseños, y en cortejar á la Lynch, tiene por objeto desprestijiarle, á no ser que el militar gefe de Policia, sea tan poco entendido que no distinga copiar modelos de hacer planos.

« Esto no seria del todo estraño; el general que sitiaba á Tolon, en tiempo de la revolucion francesa, escribia quejándose de un oficialito que le habian impuesto, y decia «me han mandado un mequetrefe, que pasa el dia tirando rayas y haciendo dibujos.» El mequetrefe era Napoleon.

« Sin mas antecedentes, que la lectura de su libro, puede asegurarse que el Sr. Thompson es un hombre sério, de talento, y que no ha podido representar el papel de farsante; si lo fuera habria hecho valer sus servicios y su persona en todos los capítulos de su libro, y por el contrario, apenas se le encuentra en un modesto rincon de sus pájinas.

« Que solo recibió su último grado cuando fué á fortificar el Pikiriry, no es una novedad, pues él mismo lo dice; y que solo sirvió como oficial en los últimos tiempos, tambien lo dice él mismo.

« Así, pues, á no ser que Resquin confunda la cópia, con el trazado de planos y los trabajos de injenieria, ó que ignore la verdad, la declaracion es concebida con el premeditado fin de desprestijiar á un hombre que ha dicho la verdad al declarante y á los interrogadores.

« Si el estilo es el hombre,—pocas figuras mas fáciles de diseñar que la de Thompson. Es un inglés de sangre pura, duro, breve, y de muy pocas palabras; no dice lo que no hará, ni escribe para alabarse, si da un dato inexacto, es por ignorancia y no por malicia—es imparcial hasta donde es posible y casi rudo para espresar sus opiniones. Un hombre

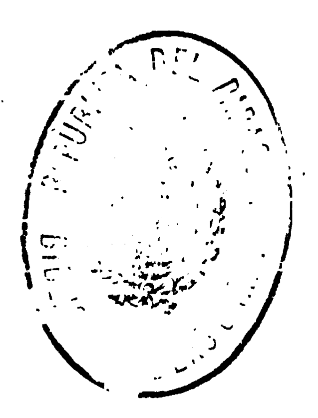
así, no es nunca una figura vulgar, si lo fuera habria hecho su libro para su persona y no para la historia.»

El juicio anterior ha sido confirmado por los hechos. En una refutacion al libro del Sr. Thompson, que se ha publicado en el Brasil, la relacion de Resquin figura en primera línea, esplotada, en el sentido indicado por la *Revista*, cuando recien apareció en Buenos Aires.

Como apesar de sus defectos capitales, el documento de este general tristemente célebre, es una de las piezas mas importantes para la historia del Paraguay, lo publicamos íntegro, esperando que el lector juicioso conociendo los antecedentes de su autor y las circunstancias en que fué tomada su declaracion, sabrán fallar.

(N. del E.)

FIN



ÍNDICE

PÁJINA

